

1875

LA  
MA  
CAS

2)



BIBLIOTECA POPULAR

Estante . . . . .

1

Tabla . . . . .

2

Número . . . . .

28

24

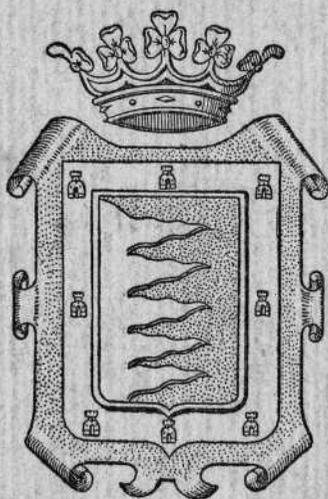


52  
893  
(v.2)



ZORRILLA  
SU VIDAY SUS OBRAS

1817



1917

NARCISO ALONSO  
CORTÉS

OBRA PUBLICADA POR EL  
EXC<sup>mo</sup> AYUNTAMIENTO DE  
VALLADOLID



ZORRILLA



R. 80.646

# ZORRILLA

## SU VIDA Y SUS OBRAS

POR

NARCISO ALONSO CORTÉS

C. DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

CRONISTA DE VALLADOLID

OBRA PUBLICADA

por el Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad

—  
TOMO II  
—



VALLADOLID: IMPRENTA CASTELLANA

1918

R. 1935

NORRIS

THE 7th REGT. OHIA

1862



**En Francia.—Las primeras impresiones.—Amistades literarias.—El golpe más rudo.—Regreso á España.—En el solar.—Vuelta al trabajo.—Obras dramáticas.—El «Teatro Español».—Renacimiento del «Liceo».—Zorrilla y Cañete.—A la Academia.—«Traidor, infan- confeso y mártir».—«María».—Muere el padre del poeta.**

Llegaba Zorrilla á Francia dispuesto á trabajar sin descanso en su poema *Granada*, saturada su alma de todas las emanaciones que había aspirado en los aposentos de la morisca Alhambra y en los jardines del Generalife. En su mente bullían zambras y leilas, y pugnaban por tomar forma real los califas y amires que habían de animar el poético relato.

La estancia de Zorrilla en Granada, aunque breve, habíale sido de mucho provecho. Por ella se hizo la identificación entre el poeta y el genio que vivificaba los recuerdos de la dominación árabe, espaciado por todos los ámbitos de la ciudad mora. Otro que tratara de resucitar hechos históricos, hubiera rebuscado materia adecuada en los anales cristiano-arábigos; Zorrilla, sin dejar de documentarse—porque no se abandonaba nunca al azar de la improvisación, ni creía que el poeta ha de ser un ignorante—, quiso ante todo surtir su imaginación en los inextinguibles efluvios de poesía que poblaban la antigua mansión de Boabdil (1).

---

(1) D. Juan Valera, que era á la sazón estudiante en Granada, sirvió de acompañante á Zorrilla, según él mismo refiere. «Allí vivió él en la misma fonda en que yo vivía, cuando él fué á inspirarse para escribir su poema. Y casi siempre, mientras él allí estuvo, le acompañé y hasta le serví de *cicerone*, yendo

Una escena de ensueño nos describe Zorrilla, refiriéndola á uno de los días de aquella estada en la ciudad del Darro. Es su *entrevista* con los «gnomos de la Alhambra.» Tan bella es la página, que el lector ha de agradecerme seguramente que la transcriba. Véala, pues, á continuación:

«A mediados del mes de abril de 1845 (1) vivía yo, aposentado por el Ayuntamiento de Granada, en la casa anexa á la parroquia de Santa María de la Alhambra, cerrada por entonces al público. Todo era en aquella casa, tan destartada como pintoresca, fantástico y misterioso. Sin dueño y sin vecinos, tocaba y tenía luz por una parte dentro de la solitaria nave del abandonado templo cristiano, y por otra sobre la ruzafa ó cementerio musulmán de los antiguos Reyes granadinos. Sus aposentos, de pavimento desnivelado y á cada uno de los cuales había que penetrar subiendo ó bajando á lo menos un escalón, tenían sus paredes limpia y recientemente encaladas, pero desprovistas de todo papel, pintura ó adorno que las decorara; ni en ninguna de sus puertas, balcones y ventanas, mal encajados, interrumpía el paso del aire por mil rendijas el más ligero pabellón, el más deshilachado tapiz, ni la más transparente muselina. Mi alcoba era una especie de panteón embovedado, en cuyo rosetón central se ostentaba un saliente y poderoso gancho de hierro, que así podía servir para suspender una lámpara como para

---

con él á la Alhambra, al Generalife, á la Cartuja, al Sacro Monte y á la fuente del Avellano, de la que sin duda el poeta hizo salir más tarde al hermoso Azael, al Angel de las perlas que tantas desventuras y grandezas pronosticó y que tan espléndido tesoro regaló á Alhamar el Nazarita.» (*Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, t. V, pág. 268.)

(1) *De 1846*, dice Zorrilla equivocadamente. En el mismo error incurre siempre que quiere referirse al año 1845, en los *Recuerdos del tiempo viejo* y en otros lugares. Es particular que al citar días y meses sea rigurosamente exacto, y en cambio confunda á menudo los años. Parece indudable que Zorrilla, bajo la forma de memorias ó en la de anotación escueta, apuntaba las fechas, y acaso por no creerlo necesario omitía el año. De aquí que, al escribir muchos años después, incurriera en aquellas confusiones.

colgar á un hombre. Aquel camarín, al cual se descendía por cuatro escalones, era todo de maciza piedra, tenía trazas evidentes de haber sido capilla particular de los desposeídos párrocos de aquella feligresía, y tenía en el muro del Norte y en una hornacina con ciertas pretensiones de plateresca, una imagen de piedra de la Virgen Santísima con el Niño en brazos y adornada, por algún devoto, con una corona de rosas de papel.

»La noche del 27 de abril, á poco de haber conciliado el sueño, me desperté de repente azorado, con la conciencia de que algo había acaecido que no comprendía, pero seguro de que se había efectuado por el malestar que sentía en el estómago y el mareo que me desvanecía. Al mirar en torno mío, me apercibí á la luz de mi lamparilla de que la imagen de piedra, mal basamentada en su hornacina, se meneaba, como jurándomelas con la cabeza, y de que mis pantalones, colgados en una percha, seguían casi imperceptiblemente los movimientos de la hornacinada escultura. Viniéronseme á la imaginación las estatuas del Don Luis Mejía y del Comendador de mi «Don Juan»; estremecióme por primera vez el carácter sepulcral de aquel dormitorio tan próximo al cementerio moro y al templo católico, donde también había cristianos enterrados en las sepulturas de su pavimento embaldosado, y me sentí asaltado por uno de esos miedos nerviosos, justificados por lo misterioso, inexplicable é incomprensible de su desconocido origen. Encontrábame muy poco á gusto en aquella embovedada alcoba, y empecé apresuradamente á vestirme para librarme de la lúgubre y medrosa impresión que en ella me dominaba. El gobernador y el conserje de la Alhambra habían puesto á mi completa disposición el palacio moro, cuyas llaves dejaban en mi poder por la noche para que muy de madrugada pudiera yo continuar mis estudios, dibujos y apuntaciones, ó permanecer en sus salas, patios y galerías en las nocturnas horas, según mi necesidad de aprovechar las horas ó mi antojo de desperdiciarlas. Embocéme en mi capa, encendí mi linterna en la lamparilla, y cogiendo mis llaves, saíme cautelosamente de la morada parroquial y di con-

migo en el patio de los Arrayanes á la plateada claridad de la última noche de cuarto creciente.

»Nada tan poderoso y fascinador como las ilusiones de los poetas; yo doy á Dios continuamente gracias por haberme dotado de tan vigorosa imaginación que, desprendiendo mi espíritu del mundo real, me transporta y me hace vivir en la deleitosa región de la poesía, en aménísima sociedad con los seres fantásticos que la pueblan, hijos casi siempre de mis propios recuerdos y de los delirios de mis sueños. Yo preferí aquella noche al abrigo y al reposo de mi murado aposento los vacíos salones, los desabrigados patios y las solitarias arcadas de la habitación de verano de los granadinos Monarcas; y huyendo de los fantasmas por mis nerviosos terrores abortados, me complací en arriesgarme á tropezar con las tristes sombras de la enamorada Muraima, de la severa Aixa y del desventurado Abú-abdil-al-Zogoibí, que acaso vuelvan alguna vez á su perdido Alcázar cruzando el Estrecho en el vacío de la estela de aire que abren las golondrinas, que ya empezaban por aquel entonces á labrar sus nidos en sus descascarilladas torres y desmantelados paredones.—¿Quién sabe?—¿No es creencia universal de todos los pueblos y de todas las religiones que las almas de los muertos vagan alguna vez por las mansiones de los vivos?

»Yo hubiera conversado tranquilamente aquella noche con la nacarina aparición de la pálida esposa desdeñada de Boabdil, si por las crujías de la Alhambra me la hubiera encontrado; y habría abandonado por miedo de mí mismo mi berroqueño dormitorio, bendecido por el hisopo y amparado por la santa imagen de la Divina Madre del Salvador, á quien yo acababa de consagrar medio poema.

»Y recorría embebecido los silenciosos ámbitos del palacio moro, y me había asomado á escuchar el rumor del Darro desde el balcón de la torre de Comares, y á oír y á reclamar á los ruiseñores del bosque de los avellanos desde el mirador perfumero de las sultanas, y había descendido á la planta baja y me encontraba muy satisfecho y descansando entre la estatua que

guarda el tesoro y el ánfora maravillosa conservada de la conquista, cuando me creí percibir un murmullo de pasos y voces, pero tan menudos y tan vagas, que no podía darme razón de por qué seres vivientes podían ser producidos. Ahogué la luz de mi linterna bajo mi capa, sintiéndolos aproximarse, y acogiéndome al rincón más oscuro de la casi subterránea estancia, esperé la presentación en ella de aquellos andantes y parlantes seres todavía invisibles. A poco los sentí positivamente moverse y cuchichear dentro de la habitación, y el sonido extraño de sus escasas voces y el rumor escaso de sus movimientos me dió idea de la pequeñez de sus cuerpos, pero no de su naturaleza. Cesó de repente todo rumor y suspendióse todo movimiento, y después de escuchar atentamente por unos instantes, y creyéndome ya libre de su proximidad, desembocéme y alumbré la sala, dirigiendo á mi alrededor la faja luminosa del foco de mi linterna. ¡Cuál fué mi asombro al verme rodeado de un centenar de hombrecillos de pie y medio de estatura, contrahechos, patiestevados y cabezudos, que me contemplaban á su vez absortos, con unos ojillos redondos como los de las lechuzas, cuya órbita saliente y cuya dilatada pupila me probaban que no necesitaban mi luz para ver en la oscuridad, y que antes de que yo los apercibiera ya de mi presencia se habían ellos apercibido! Permanecimos aun otro breve espacio observando; ellos á mí con una tranquilidad que nada tenía de hostil, y yo á ellos como si no fueran más que entes ilusorios, creaciones incorpóreas de mi poética imaginación.

»Al fin, uno que parecía jefe, soltando unas herramientas que, como todos, en la mano tenía, trepó como un macaco por el embozo izquierdo de mi capa, y sentándose sin ceremonia en mi doblado brazo, y asiéndose con ambas manos, en la previsión, sin duda, de que yo le quitara el apoyo del brazo, de los cordones de un dormán que yo usaba para montar, entabló desde allí con los suyos y conmigo, como quien desde un balcón de un primer piso pudiera hablar con los del segundo y con los de la calle, la siguiente conversación:

»(A los de abajo.) - Él es, y como al cabo y al fin ha de concluir por apoderarse de todos los secretos de este palacio, creo que importa poco que le confiemos el nuestro.

»-Es verdad - contestaron abajo todos

»Y, dirigiéndose á mí, continuó el de arriba.

»-¿Conque, por lo visto, has tenido miedo del tamb'or y te has acogido á la Alhambra?

»Por cuyas palabras comprendí que acababa de verificarse un movimiento subterráneo, cuyos efectos me eran entonces desconocidos; pero viendo que yo no hice más que una inclinación de asentimiento con la cabeza, siguió diciéndome:

»-Has hecho bien; aquí es donde más seguro estás. Vosotros los españoles, vencedores de los árabes, no les habéis nunca hecho justicia. Sobre todo, vuestros arquitectos, que han tachado de débil la fábrica de este palacio sin verlo más que con los ojos de la cara, y sin que siquiera se les ocurra que los alarifes moros lo hicieron así porque así, y no de otro modo, debía fabricarse en este cerro, sacudido continuamente por los terremotos. Nosotros, que poseemos todos los secretos y comprendemos todos los primores de su construcción, somos los que apreciamos la parcialidad y la ligereza de vuestros juicios.

»-Pero, ¿quiénes sois vosotros?—exclamé yo sin poder contener mi curiosidad.

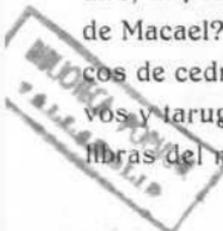
»-¿Eres un poeta cristiano injerto en moro, nos estás viendo y no nos conoces? Nosotros somos los *gnomos de la Alhambra*; habitamos bajo la tierra de sus cimientos, dentro de su montaña roja y cuidamos de su conservación y sostén, previniendo las averías con que los terremotos pueden perjudicarla. Si vuestros arqueólogos y vuestros Gobiernos cuidaran de sus preciosos restos, como su valor merece y como la gloria artística de España exige, ya estaría por tierra esa monstruosa prueba de la barbarie de conquistador de Carlos I, que, como todos los conquistadores, hizo una barbaridad derribando los pabellones de invierno del alcázar moro para hacer ese babilónico picadero, que no ha servido más que para circo de las ratas á

quienes perseguimos sin cesar nosotros para que no minen por debajo lo que aquel loco flamenco dejó en pie por casualidad arriba.

» — ¡Diantre! — exclamé yo casi escandalizado — ¿Así hablas del gran Emperador Carlos V?

» — Amigo, los moradores de bajo tierra no tenemos por qué guardar consideraciones, ni menos adular, á los de encima. Ese cuadro de piedra no es más que un padrón de ignominia para tu Emperador cinco veces primero, puesto que le llamáis quinto, y la Alhambra es una estancia regia tan noble y tan especialmente construída, que ni merecía el atropello de aquel desatinado Emperador, que tuvo que meterse á fraile por no saber por dónde salir de los atolladeros de la política y de la administración en que se había metido, ni merece el desdén con que la miran los arquitectos y anticuarios, que no conciben solidez ni belleza más que en las macizas columnas y los ángulos y líneas rectas de las reglas del clasicismo arquitectural. Ven, ven con nosotros y verás lo que es la Alhambra. Esos muros, que parecen de tierra colorada para hacer cántaros, son de un hormigón tan sólida y científicamente cementado y argamasado, que se petrifica casi al mismo tiempo que se seca; y estos muros petrificados como si fueran de una sola pieza los rajan los terremotos y los proyectiles; pero no los desmoronan ni pulverizan, porque su fuerza de resistencia tiene su apoyo en todos sus átomos, cuya adhesión, cuando cede á la hendidura, separa los dos trozos hendidos como los dos pedazos de una espada, que salta, pero no se hace cachos..

» Ven ahora á inspeccionar la débil arquería de los aéreos templetes y galerías del patio de los Leones. ¿Qué ves en esos arcos calados de ligero estuco, que no oponen resistencia al aire, ni pesan ni gravitan sobre sus blancos pilares de mármol de Macael? ¿Qué ves? No son arcos, que no son más que marcos de cedro perfectamente ensamblados y claveteados con clavos y tarugos cementados que se agarran y se unifican con las llbras del maderamen, de modo que aquí no hay más que las



líneas y ángulos rectos de la ensambladura y clavazón de ese maderamen, que pesando poco y ensamblado perfectamente sufre el movimiento de la tierra sin peligro; porque las maderas fibrosas se cimbran al hilo, el poco peso de las bóvedas y arquiv-trabes de cedro no rinden ni quiebran sus machones porque no pesan; y esos arcos fingidos, que sólo están encuadrados en sus marcos, cabecean pero no se derrumban porque todos los empujes y las resistencias de los ángulos y líneas rectas se contrarrestan y se equilibran, y así está construída la Alhambra por los moros, que sabían mejor que los cristianos qué tierra pisaban. Conque adiós, que tenemos que tapar y cegar los huecos y hendiduras que los gases y el arrugamiento que en el globo produce su paulatino enfriamiento han producido esta noche en el cerro de la Alhambra y Torres Bermejas.

»Yo no sé, mi querido director de «Los lunes de EL IMPARCIAL», cuándo, cómo, ni por qué se fueron y me dejaron aquellos cien hombrecillos, cuyo jefe me pareció el que para hablarme trepó por el embozo de mi capa. Ya hacía más de una hora que el sol estaba sobre el horizonte; ya sus rayos doraban las torres de la Vela y de Comares, y ya los pájaros llenaban de armonía la selva de los avellanos, cuando yo me desperté sin poder darme cuenta de cómo me había dormido en una silla que el conserje me tenía siempre puesta en el camarín de Lindaraja.

»Pero á mí no me sacaré nadie de la cabeza que yo anduve y conversé con aquellos mirmidones, y que este pensamiento consolador de la solidez y seguridad del palacio árabe que yo envió en las columnas de EL IMPARCIAL á los granadinos, me lo metieron en el cerebro aquella noche los gnomos de la Alhambra.» (1)

Zorrilla, pues, había hablado con los gnomos de la Alhambra; Zorrilla había penetrado los secretos del solar granadino, y al llegar á Francia dispuesto á escribir su poema, llevaba

---

(1) Se publicó primero en *El Imparcial* y luego en las notas á *Los Gnomos de la Alhambra*.

aprisionados en su fantasía los elementos espirituales para su obra. En Francia quería hacer algo más: quería aprender el árabe y consultar libros que le ilustraran sobre la dominación musulmana en España.

En Burdeos permaneció Zorrilla algunos días, pocos, según parece. «Como yo no era hombre de política ni de administración, ni de ciencia —escribe— no me ocupé de más en Burdeos que de sus templos, como cristiano, y de sus teatros, como poeta». Observador sutil, que solía reflejar sus impresiones en cuatro palabras expresivas y categóricas, Zorrilla comparó á Burdeos con «una rica, nobilísima y aristocrática viuda legitimista que sonríe á la república, papista que no llora el perdido poder temporal de los papas, que se ha retirado á vivir y á morir tranquila en sus opulentas posesiones, á cuidar de sus incomparables viñedos y á gozar de sus rentas sin miseria y sin despilfarro, sin ruinosos vicios y sin pretenciosas virtudes, sin orgullo de la majestad de su noble raza, pero con la conciencia de la dignidad de su ilustración y de su bien heredada opulencia». Zorrilla escribió una larga epístola á un condiscípulo suyo, cura carlista, comunicándole aquellas sus primeras impresiones en Francia. (1)

---

(1) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. I, pág. 234-240.

También escribió varias cartas á un amigo poeta —ignoro quién sería— de Granada. Poseía estas cartas en 1893 D. Mariano Piña Domínguez, y de ellas se insertaron fragmentos en *El Imparcial* de 25 de enero de aquel año.

Hablando de Burdeos decía así:

«La campiña es magnífica, pero este cielo mate y turquí no da luz para iluminar el paisaje, por lo que sus jardines me parecen cementerios. Mucha soledad, mucha tranquilidad, buena para escribir mi poema, pero detestable para vivir. No hay más tierra que la de España ni más cielo que el de nuestra Granada. Aquí las flores no tienen aroma; las frutas están faltas de sabor; no da placer respirar el aire; la hermosa campiña carece de vida y de poesía. ¿Las mujeres? ¿Qué te diré de las mujeres? Son como las frutas y las flores: polvos y mentira. Vale más una pestaña negra de una gitana del Albaicín que un ciento de estas yeguas normandas. El teatro Grande es uno de los mejores de Francia, y la compañía de ópera una de las que en España se silbarían en Valladolid. Lo que

En Burdeos escribió Zorrilla los primeros versos de su poema *Granada*. Después marchó á continuarle en la capital de Francia.

\* \* \*

Es necesario que transcribamos unos párrafos de los *Recuerdos del tiempo viejo*, para saber la impresión que París causó en Zorrilla, y lo que Zorrilla hizo en París durante los primeros meses de su estancia. Son los siguientes:

«París tiene dos fases: es el manicomio de los ingenios y el paraíso de los tontos. En el primero forjan sus grandes elucubraciones todos los grandes locos, que con sus inventos y con sus escritos impulsan hacia el progreso el movimiento social europeo; y en el segundo pierden su tiempo, su salud y su dinero, en el turbión de marionetas, charlatanes, estafadores y mujeres perdidas, que pueblan aquel falso edén á la luz del gas y al son de las orquestas de Mussard y Straus, todos los imbéciles que de las cuatro partes del mundo acuden como mariposas á quemarse en aquel foco de luz infernal.

»De París salen simultáneamente los gérmenes de todo lo bueno y de todo lo malo, sobre todo para nosotros los españoles; que, sea dicho sin que nadie se ofenda, ó aunque se amosque conmigo la mitad de la nación, solemos tomar casi todo lo malo y poquísimo de lo bueno. Llegué yo á París mientras ocupaba el trono francés el rey ciudadano Luis Felipe de Orleans, de quien sabían trazar la caricatura todos los chicos de su capital bajo la forma de una pera, cuya regia representación se veía por todas las paredes y siempre de un parecido maravilloso. No era todavía el París ensanchado, dorado y ampliamente

---

más me gusta de todo esto es que aquí soy uno de tantos y nadie hace caso de mí ni saben quién soy. Alguna vez siento venirme las lágrimas á los ojos al acordarme de la Alhambra. Desde allí se ve á Dios por todas partes. Desde aquí no se ve más que á los hombres.»

refundido por el imperio del tercer Napoleón; era todavía su primer teatro la sala de la rue Lepelletier, y no estaba aún cerrada la plaza del Carroussel por la calle de Rivoli; existían aún al frente del Palais-Royal una espesa red de callejuelas, tan conocidas como mal afamadas, y á su espalda los dos famosos restaurants de Befour y de los tres hermanos Provenzales, y se alzaban todavía gárrulos y chillones, en los boulevares du Temple y de Beaumarchais, los cien teatrillos más divertidos del mundo, la Gaité, Folies-Dramatiques, Delassements-comiques, etc.

»Asomé yo las narices los dos primeros meses al paraíso de los tontos, y sin dejarme fascinar ni embriagar por sus delicias de contrabando ni por sus huríes sin corazón, me establecí á la puerta del manicomio, haciendo con el editor Baudry un trato poco lucrativo, por el cual fueron mis versos los primeros que de poeta español tuvieron lugar en su magnífica colección. Por un puñado de luises y dos carros de libros, le dí el derecho de coleccionar todas las obras por mí hasta entonces escritas, por dos razones que me eran exclusivamente personales: la primera para que mi padre leyera mi nombre en el catálogo de la colección de los primeros escritores de Europa; y la segunda porque la extensa venta, el gigantesco anuncio y el renombre universal que ya tenía la colección Baudry, me hicieran conocido como poeta fuera de mi patria. A pesar de que mi padre, encerrado en nuestro solar de Castilla, no había vuelto á darme noticias suyas, esperaba yo que esta prueba honrosa de aprecio de la librería editorial francesa para su hijo, le convencería, por fin, de que no era menester que me doctorara en Toledo y de que ya no había razón de cerrarme la casa y los brazos paternos. En esta esperanza viví en París desde Julio á Noviembre, estudiando y trabajando en mi *Granada* y dividiendo mi tiempo entre las Bibliotecas y los teatros, esquivo como en España á la sociedad banal de las visitas y la chismografía, y un poco en contacto con la sociedad del arte y de las letras.

»La relación de la *Revista de Ambos Mundos* me acogió con simpáticos obsequios, y sus redactores Charles Mazzade, Pauli-

no de Lymerac y Xavier Durrieux fueron mis amigos y comensales; y por mi influencia y la de Juan Donoso, que fué después nuestro embajador, empezaron á publicarse en aquella *Revista* artículos sobre España, en los cuales comenzaba á probarse á los franceses que el África no empieza en los Pirineos. Pitre Chevalier, director del *Museo de las Familias*, se empeñó en publicar en él mi retrato y mi biografía, y lo hizo, como francés, sin atender á mis justas y modestas observaciones. Convirtió mis breves notas biográficas en una fantástica novelilla, y Mr. Pauquet, el primer dibujante de aquel tiempo, recibió su orden de retratarme embozado en mi capa española y mirando de perfil al cielo, como un D. Juan jerezano que espera que se le aparezca su Dulcinea en el balcón para decirla: «por ahí te pudras.» No era posible que mi retrato indicara que era un poeta español, si no tenía capa y si no buscaba con la vista la inspiración del Espíritu Santo; y aun le quedé agradecido á que no me pusiera una guitarra en la mano, de lo que creo que me libró sólo su afán de embozarme. (1)

«En aquel retrato, correcta y francamente dibujado, y por aquella biografía, *bizarramente detallada* á la parisienne, no me conoce la madre que me parió; pero no por eso quedó menos agradecido el español á la buena intención del francés.» (2)

Llegó Zorrilla á París á fines de Junio ó principios de Julio (3). Según él nos dice, acompañábale su familia; pero luego

(1) También en esto anda trascordado Zorrilla. El retrato y la biografía se publicaron en el *Musée des Familles* correspondiente al mes de febrero de 1851.

(2) T. I., pág. 241.

(3) En un lugar de los *Recuerdos* dice: «En Junio del 46 fuí yo á Francia, de donde regresé en Enero del 47, por el fallecimiento de mi madre.» (T. I., página 186). En otra parte dice que partió á Francia «el 8 de Julio de 1846.» (T. III, página 68.)

Dejando á un lado el error del año (no fué el 46, sino el 45) fué indudablemente en Junio cuando marchó á Francia: acaso el día 8, como él dice, bien que refiriéndose al mes de Julio.

dejóle solo en París, y él se fué á vivir al hotel de Italia, frente á la Ópera Cómica (1)

Hizo entonces Zorrilla valiosas amistades, y renovó otras que ya tenía: se relacionó con Dumas, padre, con *Jorge Sand*, con Alfredo de Musset, con Teófilo Gautier, con la Rachel, la Rosa Chery, Federico Lemaître, Giuseppe Multedo, Zariatogui y otros emigrados españoles é italianos; con una muchedumbre, en fin, de embajadores, editores, escritores, cómicos y bailarinas. Uno de sus amigos más íntimos fué Fernando Freyre, «pariente próximo—dice Zorrilla—del general del mismo apellido, adherido no sé muy bien cómo á la corte de Fernando VII, de quien elegía los caballos y para quien iba á buscar los toros, amigo de los ganaderos, amparador de los *die-tros*, y el primer inspector de la escuela taurómaca sevillana, institución de aquel señor rey, que santa gloria haya.» Otro lo fué el doctor Julio Delmas, que le sirvió de hábil *cicerone* en París.

Sabemos por testimonio propio que Zorrilla hizo algunos escarceos en el campo de la medicina, auxiliado por Delmas, el cual andaba á la sazón estudiando la manera de abstraer el bazo á una señora anciana, segunda madre suya, y realizaba para ello experimentos en algunos animalitos (2). Él le llevó va-

(1) *Recuerdos*, t. I., pág. 246.

Si acompañó á Zorrilla su familia, como afirma en un lugar de los *Recuerdos* y en algún otro da á entender, tuvo que estar con él muy poco tiempo, pues que llegó á París á fines de Junio y en Noviembre ya le encontramos solo.

(2) Dice Zorrilla que todo esto ocurrió durante su primera estancia en París; que por entonces hizo un viaje «de algunos meses á Bordeaux», y al volver encontró que Delmas estaba haciendo los experimentos en media docena de animales «que no tenía antes de su partida». Esto es totalmente imposible, puesto que permaneciendo Zorrilla esta vez en París desde Julio á Noviembre, no pudo estar «algunos meses» en Burdeos. Ello debió de suceder, por tanto, durante la segunda estancia de Zorrilla en París; pues si bien consigna (t. III, pág. 95), que al volver en 1849 á la capital de Francia ya no encontró á Delmas, del cual le dijeron que había muerto en las barricadas del faubourg Saint-Denis, asistiendo á los heridos en una noche de 1848, agrega á renglón seguido que la noticia era inexacta y que Delmas viajaba por Alemania. Debe suponerse, pues, que al regresar de este viaje el médico francés, ocurriera lo que Zorrilla refiere.

rias veces al Hotel-Dieu, y le presentó al cirujano Ricord, famoso entonces (1).

A esta fecha refiere también Zorrilla el episodio de su amigo Fermín, que aparece relatado en los *Recuerdos* bajo el título de

(1) Gustará el lector de repasar lo que Zorrilla dice á este propósito:

«En el trascurso de ellos me presentó á Ricord, á cuya cátedra asistí de oyente algunas veces, y á la cual dejé de ir desde que presencié en el anfiteatro una operación de aquel primer carnívero de París (*premier charentier*), como dió en llamar el vulgo á aquel famosísimo operador.

»Tratábase de un hombre que tenía una horrible caries en el lado derecho de la mandíbula inferior, y habíase Ricord propuesto sacarle todas las muelas, aserrarle la parte cariada de la mandíbula y sustituírsela con una de boj que tenía ya preparada, por las medidas que el doctor le había dado, un ebanista tan joven como diestro que á su servicio tenía. El anfiteatro estaba lleno de estudiantes y de espectadores; el individuo estaba amarrado á la mesa de operaciones; los practicantes alerta, y en torno de ella, y yo en una de las galerías altas, con unos buenos gemelos de teatro, para no perder el más mínimo pormenor de la operación, que empezó Ricord explicando con la mayor calma lo que iba haciendo. Todavía no se había adoptado la aplicación del cloroformo. El enfermo bramó al sentir el bisturí dividirle en tres el carrillo, y al contacto del aire en sus descubiertos huesos; los practicantes ponían nieve en la herida y recogían la sangre con esponjas; Ricord aserraba y arrancaba los huesos cariados, explicando su operación en voz tan alta como los berridos del paciente; el ebanista midió, corrigió, pulió y acomodó su pieza de sustitución; Ricord asentó sobre ella la dividida carne y cosió la piel como los chicos el cordobán de una pelota; y al cabo de veintisiete minutos, desde el sexto de los cuales el paciente había perdido el sentido, mandó á los practicantes que le volvieran á la cama, diciendo con la más francesa seguridad: *Messieurs, si la fièvre ne survient pas, je répons de l'individu* (señores, si no sobreviene la fiebre, yo respondo del sujeto). La operación trajo la fiebre, y el operado murió al segundo día; pero la responsabilidad del operador quedó á salvo, puesto que él previno su condición, «si no sobreviene la fiebre.» La culpa fué de ésta.

»Otro día me preguntó Delmas:

»—¿Tú no has visto nunca galvanizar un cadáver?

»—Nunca—le respondí.

»—Si quieres verlo, M. Velpeau tiene uno que nadie ha reclamado de la Morgue, y te llevaré conmigo á ver su experiencia.

»Acepté yo, y nos citamos para las dos de la tarde en el pasaje du Saumon; Velpeau vivía en la calle de Montorgueil.

»El cadáver estaba cubierto con un paño sobre una mesa de mármol en plano

*Hermosas y jorobados* (1). Era Fermín un joven navarro, que había ido recomendado á Zorrilla, desde Burdeos, por valiosos amigos de su padre. Rico, apuesto y temerario, Fermín dejábase llevar de repentinos arranques, pero bien pronto escuchaba la voz de su corazón generoso. Fermín, Zorrilla y el doctor Delmas

inclinado, colocada en medio de una sala. Unas quince personas, todos individuos de la docta facultad, conversaban en grupos en torno de ella; y el dueño de la casa, ayudado de otro joven, preparaba una pila de Volta y todo lo necesario á la cabecera de la mesa, la cual no cubría el paño que estaba plegado sobre la cara del cadáver. Comencé yo á calcular dónde me colocaría que lo que yo suponía que iba á ver no me sorprendiese, y que no me alcanzase ninguno de aquellos cuatro remos inertes que el galvanismo iba á poner en movimiento; y resolví colocarme á los pies de la mesa, desde donde veía sin riesgo de una sorpresa que pusiera en ridículo al español profano ante aquella sabia y francesa gente. Comenzó la operación: descubrieron el cadáver; era el de un mancebo de veinte á veintitrés años, que se había metido en la cabeza una bala por el parietal derecho; la muerte había sido instantánea, y no había en su fisonomía contracción ni señal de sufrimiento; era un misterio social que dejaba sin explicar un suicidio.

•Contemplaba yo aquella cabeza juvenil de Anífnco y las correctas proporciones de aquel cuerpo de mármol blanco como el Apolo de Belvedere, y pensaba con honda tristeza en la madre desolada, en la hija huérfana ó en la esposa viuda (que de él no sabían, pues no le habían reclamado), fijos mis ojos en su inmóvil cuerpo, sobre cuyos nervios y músculos no ejercía aún su acción el poder misterioso del galvanismo. A poco parpadeó, descubriendo y volviendo á cubrir sus dos pupilas fijas y sin mirada; yo apoyé mis manos en la mesa, y esperé con pavor, fijos mis ojos en su semblante: de repente hizo una mueca indescripible, abriendo desmesuradamente los párpados, y contrayendo y dilatando los labios, extendiendo los brazos y los dedos, y sacudiendo todo su cuerpo como para incorporarse á impulso de una contracción de la columna vertebral; y mientras yo contemplaba absorto el fenómeno de la galvanización en la fisonomía movilizada por ella, el cadáver, resbalando por el plano inclinado, tocó con sus pies mi pecho, y yo di, al retirarme despavorido, con la cabeza en la pared, excitando la hilaridad de aquellos graves doctores, que era justamente lo que había tratado de evitar. Salíme corrido y amedrentado de aquella casa, de donde sacaba mi merecido por meterme á sobresaliente en el anfiteatro.

(*Recuerdos del tiempo viejo*, t. III, pág. 95.)

(1) T. III, pág. 148.

solían comer juntos, ya en la barrera Rochechouard ó en el bosque de Boulogne, ya en San Germán ó en Versalles, ya en el boulevard Beaumarchais á dos francos ó en el de los Italianos á dos luis. Fermín les regalaba diariamente con una botella de champagne Sillery-Mouseux. Comían cierto día en un saloncito del Café Inglés, cuando llegó al mismo sitio, en un elegante coche de dos caballos, un caballero jorobado, acompañado de una mujer supremamente hermosa. Fermín, en voz alta y tono provocativo, comenzó á dirigir incendiarios elogios á la bella y despectivas frases á su acompañante. Éste, al partir, entregó su tarjeta al imprudente navarro, retándole á un lance de honor.

Días después, el 24 de Junio, se celebró el duelo á espada en el bosque de Vincennes, y el jorobado, que era un tirador de primera fuerza, perdonó generosamente la vida por dos veces á Fermín. No satisfecho éste, sin embargo, concertó otro duelo á pistola, que no llegó á celebrarse, porque el padre de Fermín, á quien precisamente debía la vida el caballero de la joroba, llegó á tiempo de impedirlo. Zorrilla, al referir este episodio con el aditamento de interesantísimos detalles, saca conclusiones tan oportunas como ingeniosas.

Hay razones para afirmar, sin embargo, que estos sucesos no ocurrieron durante la primera estancia de Zorrilla en París, sino después de 1849, cuando volvió por segunda vez (1)

Aquellos meses corrieron tranquilos y felices para Zorrilla «Entretengan y abreviaban sus horas—escribe él—los amenos estudios históricos de mi malhadado poema de *Granada*, y distraían mis noches los para mí nuevos entonces espectáculos de París. Era la primera vez que no tenía que afanarme para

(1) El hecho causante del desafío ocurrió algunos días antes del de San Juan, 24 de Junio; es decir, cuando Zorrilla no habría llegado aún á París. Además, Zorrilla consigna el siguiente detalle: «Tomamos café, paseamos, llegamos hasta la media noche en un jardín público, y nos despedimos en el boulevard, á la esquina de la Chaussée d'Antin, en cuyo número 36 vivía yo entonces...» No fué en 1845 cuando Zorrilla vivió en la Chaussée d'Antin, número 36, sino en 1850, como lo veremos oportunamente.

busear mi pan cotidiano, porque los que por mí y mi *Granada* se interesaban, subvenían decorosamente á mis gastos; y aquellos cuatro meses son los únicos de bienandanza que cuento en los años de mi existencia. Trabajaba durante el día en una obra de mi gusto, por mí elegida é imaginada, y no forzada ni impuesta por editor ni empresario; y esparcía mi ánimo desde el anochecer á la media noche vagando por aquellos teatros y jardines, que constituyen el paraíso de los tontos para explotar sus bolsillos, pero en los cuales ha habido siempre un fondo de arte y de poesía, en que se apoya el mundo fantástico de ilusión que brota y fermenta en la atmósfera de la capital de Francia.» Diez mil reales, dice Zorrilla en una carta particular, le daban al mes para vivir en París dedicado á escribir su poema (1).

Vivía el poeta, como ya se ha dicho, en el hotel de Italia, con su amigo D. Fernando Freyre. Éste, olvidado de sus andanzas realistas en España, había establecido un depósito de vinos, pasas, caldos y frutos de Andalucía, que colocaba entre los emigrados sus compatriotas Zorrilla, que le había cobrado gran afecto, llamábale *tío* y con él comía no pocas noches y asistía á los teatros, alguno de los cuales daba entrada gratuita á nuestro poeta, como escritor extranjero con editor en Francia.

Esta felicidad no había de prolongarse por mucho tiempo. Repentinamente vino á destruirla un acontecimiento que dejó anonadado á Zorrilla. Necesario es que una vez más oigamos las propias palabras de éste, que nos revelarán circunstancias interesantes:

«Llegó así Noviembre, y ya tenía yo apalabrados contratos para imprimir mi poema de Granada, y pagábanme ya no escasamente la prosa y los versos que para sus publicaciones de América me pedían, cuando se acordó Dios de mí, como dicen los católicos, enviándome una de esas desventuras que envene-

---

(1) Parece que se había formado una sociedad para la explotación del poema *Granada*, en la cual entraban, con el poeta, su primo Protasio y Rafael de Guardamino.

nan y enturbian para toda la vida el manantial amargo de la memoria.

»Pedíame de Madrid mi primo P., consocio mío, con Rafael X, una cadena de reloj igual á otra mía, que era una cinta hecha con mil pequeñísimos cilindros de oro engarzados y giratorios en una red de ejes, de tan prolijo trabajo, como maravillosa flexibilidad. Averiguó Freyre el domicilio del obrero que para el platero los trabajaba, y nos acostamos conviniendo en que á la mañana siguiente muy temprano iríamos á comprar ó á encargar la demandada cadena.

»Habíanme regalado en Burdeos un *necessaire* de ébano fileteado de marfil, que garantizado por una guadamacilada funda de cuero, llevaba yo á la mano y servía en nuestros viajes de escabel á mi mujer. Al levantarme al día siguiente, híceme la barba según costumbre con las navajas y ante el espejo de aquel *necessaire*, y llamando Freyre á mi puerta y dándome prisa, porque él la tenía de acudir á sus negocios después que al mío, vestíme apresuradamente y partí con él; dejando las navajas sobre el velador y el espejo colgado en la escarpia, que para ello tenía puesta á mi altura en el marco de la vidriera.

»Fuimos hasta el final del Faubourg de San Dionisio; hallamos y compramos el objeto pedido, acompañé á Freyre á tres ó cuatro puntos que tenía que recorrer, y volvimos juntos al hotel de Italia.

»Pedimos al conserje nuestras llaves, pero la mía no estaba en el llavero; en vez de dejarla en él al salir, me la había llevado en el bolsillo. Al entrar en mi cuarto, exclamó Freyre: «Mal agüero, zobrino; aquí han andado loz menguez en auzencia nuestra: mira:»—y me mostró el espejo hendido trasversalmente de arriba á abajo.—Reíme yo de su supersticiosa observación, y llamé al camarero; el cual respondió á mis reclamaciones diciendo, que ni él había podido *hacer* mi cuarto ni nadie entrar en él, porque yo no había dejado la llave en la conserjería.

«¡Mal agüero, zobrino, mal agüero!», seguía Freyre rezun-gando entre dientes, y yo, que no creo más que en Dios, le hice

observar que al cerrar la puerta de golpe, la vibración de las vidrieras produjo probablemente el choque y rotura del espejo; y que teniendo los dueños de los hoteles dobles llaves por mandato expreso de la policía, tal vez el no haber yo dejado la mía llamó la atención, abrieron sin precauciones la puerta y ocasionaron el fracaso.

»Freyre fragó como pudo mi explicación; y teniendo ambos el día libre, nos fuimos á almorzar á la taberna inglesa de la calle de Richelieu, con la intención de ir á las dos al hipódromo del Arco de la Estrella.

»Almorzamos tranquilamente, y habiendo encontrado Freyre en el fondo de una botella de Chambertin, un raudal de andaluza verbosidad y un tesoro de alegría juvenil, salíamos cruzando el patio como estudiantes que hacen novillos, cuando dimos de manos á boca con un sobrino del banquero A. B., que en el piso principal de aquella casa tenía su escritorio establecido. «Del cielo me caen ustedes —exclamó al vernos— y me ahorran un viaje. Hace dos días que tenemos una carta de España para el Sr. Zorrilla, y á llevársela iba; por cierto que trae luto y la apostilla de urgente. Aquí está.

»Y presentóme la carta, que me hizo palidecer. Era de mi padre, y revelaba en sus cuatro líneas su extraño carácter, y lo más dolorosamente extraño de nuestras relaciones.

»Decía:

»Pepe, tu pobre madre ha fallecido hoy á las tres de la madrugada; tú verás si te conviene venir á consolar á tu afligido padre.

»JOSÉ»

»No puedo decir lo que sentí ni lo que hice en aquel momento.

»Aquella noche rompí mis contratos y retiré las palabras dadas á los editores franceses; y á la mañana siguiente, rompiendo con mi porvenir, emprendí mi vuelta á España y al paterno hogar, cuyas puertas me abría la muerte por la tumba del ser más querido de mi corazón.

»Dejé á Freyre llorando en la estación, y repitiendo lo que desde el día anterior le había oído rezungar muchas veces por

lo bajo: «Sí, dicen bien las gitanas de Triana: que el diablo ez quien inventó loz ezpejoz, y que anda ziempre entre el azogue é zuz criztalez.»

»Yo partí viendo á través de mi espejo roto el rostro adorado del cadáver de mi madre, cuyo último suspiro no me había permitido recojer Dios». (1)

\* \* \*

Efectivamente, doña Nicomedes había muerto en Torquemada el día 7 de Diciembre (2). Había hecho testamento en 19 de Septiembre del mismo año ante el escribano D. Jacobo Liras, y en él, después de adjudicar á su marido la parte por la ley permitida, «como prueba del cariño y unión inalterable en que siempre hemos vivido», declaraba único y universal heredero

*Nicomedes Moray*

en el remanente de sus bienes y acciones a su hijo José, «para que los haya y disfrute con la bendición de Dios y la mía que le concedo con toda la efusión de mi corazón.» ¡Con qué íntima y profunda emoción leería el poeta estas palabras de la madre amante! (3)

El apenado poeta tomó el camino de España. El día 8 de Febrero de 1846 había llegado á Burgos, y desde allí comunicaba á su padre haber recibido la triste noticia y vaciaba su corazón en las líneas de una carta llena de amor filial. Como es documento capital en la vida del poeta, véase á continuación el texto íntegro de esta carta:

(1) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. I, pág. 264.

(2) V. copia de la partida en el apéndice XI.

(3) «Lego y mando—decía doña Nicomedes—á el expresado mi hermano D. Zoylo el Relox de oro con la cadena del mismo metal que yo uso.» Este reloj era seguramente la *repetición de French* regalo de los hermanos Torre, de que Zorrilla, como ya veremos, habla en varias ocasiones. Como D. Zoilo murió muy poco después que su hermana, el reloj quedaría en la casa.

«Burgos—Febrero 8/46.

»Mi querido Padre y Señor: He recibido en París la infausta noticia del fallecimiento de mi pobre madre, y he olvidado la manera con que V. me la ha comunicado porque concibo el pesar que le abrumaba al momento de escribirmela.—He abandonado todos mis intereses en el extranjero, he desistido de todos los proyectos que me conducían según buenas esperanzas á próxima y venturosa fortuna, y he tomado la posta para venir á los brazos de mi padre á decirle nada más que esto:

»Si tiene V. deudas, yo las pagaré.

»Si quiere V. reponer sus bienes, yo le daré cuanto necesite.

»Si necesita V. protección del gobierno, yo la conseguiré.

»Si quiere V. vivir á mi lado tranquilo, libre, bien cuidado, honrado, y como dueño absoluto de todo, mi casa, mi reputación, mi fortuna, y mis buenas relaciones están á su disposición, sin restricción, ni reserva.

»Si no quiere V. vivir en un país donde acaso no esté V. tranquilo, en la provincia más fértil de España puedo adquirir para V. posesiones más productivas, más salubres, y más respetadas á la sombra de nuestro apellido.

»Hace siete años que trabajo por honrar su nombre, y gracias á él he sido bien recibido en los países extranjeros, y mis obras se leen hoy en Inglés, en Alemán, en Italiano y en Francés, cosa que ha muchos siglos no ha sucedido á ningún Español durante su propia vida.

»Este es el hijo que vuelve V. á ver: el hijo á quien no conoce, y cuya vida envidiada de muchos ha sido comentada y adornada de cuantas sandias interpretaciones han ocurrido á los murmuradores. Pero ¿qué se puede exigir de un hombre que abandona su familia y se lanza solo y desatentado en el mar de la sociedad?; ¿cuál es el fin que se propone todo el que nada posee, y todo lo ambiciona? Que consiga lo que se propone conseguir.—Pues bien, yo cumpliré treinta años el 21 de este mes, y ya he reusado destinos que otros no han podido adquirir con cincuenta años de buenos y leales servicios: hombres

célebres de todas clases, embajadores, títulos y príncipes se han dado por bien servidos cuando yo he aceptado su mesa, Y han alargado francamente su mano al hombre que nada poseía en 1837, y de quien dice su familia *que se ha perdido*. Este mozo que se ha perdido ha sido amigo de los ministros y admirado por sus compatriotas, sin haber jamás tenido opinión ni partido, ni destino político por no ofender los de su padre. Por su padre, ha trabajado en adquirir una buena reputación ¿y su padre solo es el que no le quiere conceder esta reputación?

»No hablemos de nuestra vida pasada. La educación de los grandes colegios es muy buena para hacer hijos sabios, ó diestros para saber prosperar, pero no para hacer hijos leales, cariñosos y adheridos íntimamente á sus familias, cuyas costumbres desconocen, puesto que se han criado lejos de ellas.—Por eso mi educación me ha servido para hacer mi fortuna, pero no la felicidad doméstica de mis padres. Convengo y confieso en que egoísta é ingrato me he portado mal ¿pero quién nos responde de que falsas interpretaciones no nos hayan agriado unos con otros más de lo que hubiera sido si nos hubieran dejado á nosotros solos arreglar nuestras diferencias y corregir mis desaciertos? Puede que cuando V. hable dos semanas seguidas con su hijo, comprenda muchas cosas que no ha podido comprender jamás.—Anciano, desdichado y solo, no tiene V. más apoyo ni más amigo que yo: ninguna condición pongo para volver á sus brazos, cuanto soy es de V.; pero bien entendido de V. solo, mi familia, mis amigos, mi sociedad, mi porvenir es V. solo, por V. solo lo he hecho todo, por V. solo estoy dispuesto á perderlo todo, incluso la vida; que bien sabe Dios que no la amo sin V., y que no durará mucho si no ha de servir para su consuelo y estimación.

»Así voy á Torquemada, á ponerme á su disposición. Si V. me recibe como Padre, seré el más feliz de los hombres; si V. me recibe con la reserva de juez, y con la desconfianza de ofendido, seguiré mi camino resignado con mi mala suerte, me volveré

á lanzar en la sociedad y llegaré donde Dios quiera: pero ya no será por mi culpa. Yo hice todo lo que estaba de mi parte; mi boca no volverá á producir una sola palabra sobre ello, y Dios y la posteridad juzgarán de mí; Él en la eternidad y ella en la tierra.

»Una sola cosa me falta que tocar: mi mujer.—Pero aquí no entra por nada; si V. no quiere vivir con ella, no vivirá, ni la verá jamás; á condición de que jamás recaerá conversación sobre ella, pasada la primera vez.—Mi primo Patricio se ha casado con una tendera; la Gumis con un guantero; Juan el de Celada, con una modista; Juan el de Burgos, con una panadera; Eladia con un procurador sin negocios, que acaba de estafar al tío Zoilo; yo me he casado con una señora de la primera nobleza de España, que empezó por ser mi amparo y segunda madre, y con quien me casé al día siguiente del en que perdió en un pleito sus últimos once mil duros. Esto basta sobre ello; y tenga V. presente que los padres y los hijos deben ser los mejores amigos, y deben hablarse con franqueza y lealtad.—No atienda V., pues, á la materialidad de mis palabras, sino á la recta intención de mi corazón; y cuando todo lo pospongo á V. no se pare en la colocación de las palabras, ni en la lógica de los pensamientos. V. tiene un hijo, lo que no esperaba; y tiene V. un hijo como hay pocos para protegerle y amarle; pero no necesitando V. de nadie más que de él, que quien quiera que sea se abstenga de interponerse entre los dos.—Yo trabajaré; yo ganaré cuanto necesitemos; mi mayor razón para trabajar día y noche, será el ver que V. se sirva de mi trabajo.—Abra V., pues, libremente el corazón, ponga V. sin medida ambas manos en mi bolsillo, gaste, viva, empíee en lo que quiera cuanto soy y cuanto valgo hasta mi sangre, aquí estoy yo para V. Ahora me llega á mí la vez. V. descanse y consuélase, este es el tiempo en que el hijo vuelva los beneficios á su padre, y no le pese á usted el dinero que dispendió en una educación que le da á V. hoy un hijo generoso y que viene á ofrecerle todo su ser, salvo el alma que es de Dios.—¿Quiere V. vivir quieto? Yo le

acompañaré. ¿Quiere V. movimiento, distracción, viajes? Yo le proporcionaré todo —¿Quiere V. ser rico?, yo trabajaré día y noche, y los veinte y seis mil duros que llevo ganados y gastados volveré á ganarlos en dos años, y vida nos queda por delante.—Adiós, Padre mío, dentro de algunas horas estará V. con su hijo que le ama, y que espera hacer su futuro bienestar.

JOSÉ ZORRILLA » (1).

Los sentimientos que entonces henchían el alma infantil de Zorrilla se desbordan en la anterior carta. Es seguro que al trazar esas líneas, Zorrilla creía llegado un momento decisivo de su vida: aquel momento en que, renunciando á sus peregrinaciones por el mundo, había de acogerse á las soledades de Torquemada, y dedicarse al cuidado de su padre anciano, y mantener la gloria de su nombre sin abandonar hasta el fin de sus días el rincón de su casa solariega. Pensaba que ya habían terminado para siempre las diferencias que, por arbitrio de la fatalidad más que por dificultad invencible, habían separado durante varios años al padre y al hijo. Iba á cesar su vida de agitación, de lucha, de desasosiego, para iniciarse otra de reposo y de paz familiar.

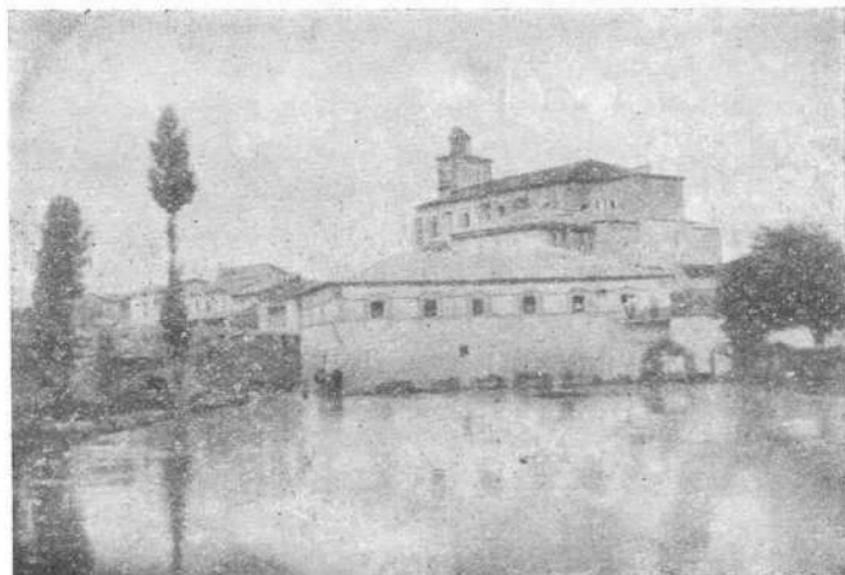
El poeta debió de vislumbrar en lontananza la felicidad apetecida. Repetidamente nos dice en varias de sus obras que su sueño dorado hubiera sido vivir en el tranquilo hogar paterno, entretenido en cuidar de sus heredades. Recuérdense, por no alegar más citas, los versos de su discurso de recepción en la Academia Española:

Yo nací para amar y ser amado;  
yo concebí desde mi edad más tierna  
que el calor del hogar y la familia  
es el solo que nutre y que calienta.  
Mi alma fué del amor y de la casa  
no más por Dios para los goces hecha:  
un rincón de la tierra con cariño,

(1) Poseen esta y otras cartas autógrafas los descendientes de D. Tomás Manrique, dueños actuales de la casa de Zorrilla, en Torquemada.

un techo propio en heredada tierra,  
un heredado ajuar, un nombre oscuro,  
ningún anhelo de mi casa fuera;  
amigos, pocos; enemigos, nadie,  
y una vida vulgar, honrada y quieta;  
reunir á mis abuelos y mis padres  
un día con mis hijos á la mesa,  
juntos orar, sufrir y gozar juntos  
el calor del hogar en paz perpetua,  
fué mi bello ideal desde la cuna:  
y no vi en el Edén de la existencia  
más que luz, esperanza, poesía,  
y eterno amor en juventud eterna.

Ni un solo momento es posible dudar de los propósitos que guiaban á Zorrilla al correr junto á su padre. Si no los revelara

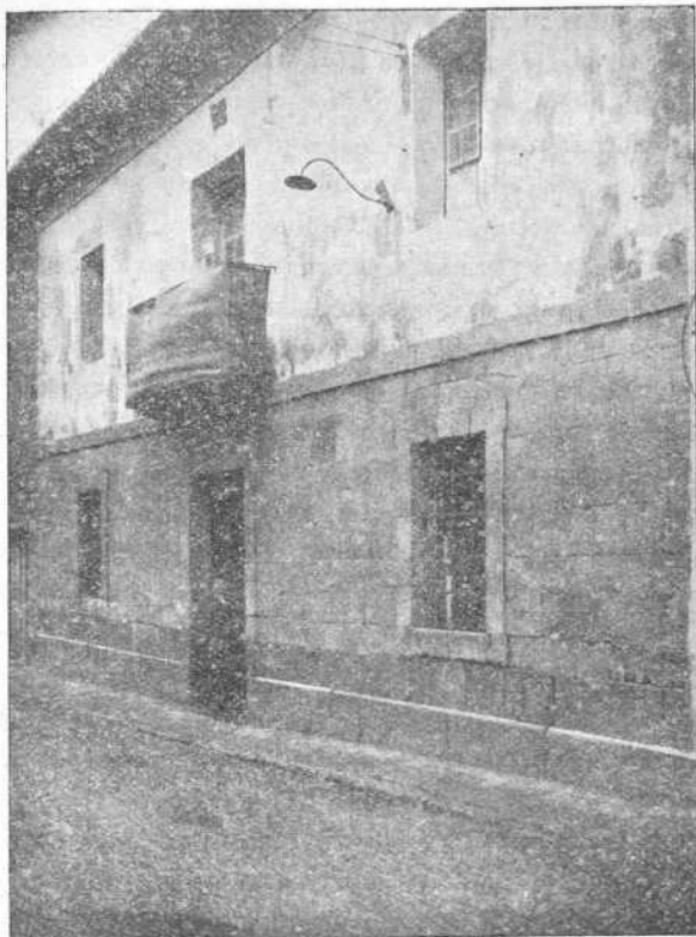


con suficiente elocuencia la carta copiada, bastaría parar mientes en que, apenas tuvo noticia del fallecimiento de su madre, abandonó sin titubear todos los proyectos que le retenían en la capital de Francia, y en los cuales cifraba acaso su porvenir. Y como conocía muy bien la contumacia de su padre, trataba de persuadirle en su carta á que, abriendo de una vez los ojos á la realidad y

el corazón al cariño, se preparase á iniciar una vida nueva. El hijo daba consejos al padre.

Zorrilla nos informa de su llegada á la casa paterna. «Tenía mi padre—dice—gran fuerza de voluntad y absoluto dominio sobre sí mismo; pero no pudo dominar su emoción en el momento de volverme á ver en su casa y por tan doloroso motivo. Nos abrazamos llorando: él fué el primero que se repuso y volvió á la prosaica realidad de la vida.—«Vienes muy cansado:—me dijo—no agravemos el mal que no tiene ya remedio. Come y reposa: la naturaleza es un tirano irresistible: tenemos tanto tiempo como razones para contristarnos; pero en este instante nuestro dolor está endulzado por la alegría, y no podemos ni alegrarnos ni condolernos, sin asustarnos de nuestra alegría como de nuestra pena.»—Y era verdad; los recuerdos alegres de la niñez que poblaban aquella casa, la satisfacción de volver á respirar en aquellos aposentos, la vista de aquellos muebles tan conocidos, el servicio de aquellos antiguos criados tan leales, y la presencia, en fin, de mi padre, tan firme, tan erguido y tan vigoroso, que iba y venía dando á aquellos las órdenes necesarias, me tenían en un estado de arrobamiento que me impedía darme cuenta de mí mismo; me sentía tan impulsado á llorar como á reír; y la imagen de mi madre muerta se me ocultaba y casi desaparecía tras de mi padre vivo. Acompañóme éste durante un ligero almuerzo que preparado me tenía; me habló del estado en que había hallado sus viñas, de las mejoras que había hecho en el cultivo de los viñedos y de las que necesitaba la casa; ni una palabra de mi madre; ni la más leve alusión á mi vida pasada: ni la más mínima esperanza para el porvenir. Yo volvía á casa de mi padre, no á la mía; así lo había yo entendido, y volvía resuelto á respetar todos los derechos y á acatar todas las disposiciones de mi padre, sin permitirme la más nimia observación: puesto que al abandonar á mi familia en 1856, había yo renunciado á todos mis derechos de hijo y de heredero, dando á mi padre el de hacer de su hacienda lo que más á cuenta le viniere, como si Dios le hubiera quitado por muerte natural el

hijo que civilmente murió, al fugarse del paterno hogar en brazos de su locura. Tal era mi respeto por mi padre, tales la justicia y las facultades omnímodas con que yo mismo le había investido; y si le hubiera dado por ser jugador y vicioso, yo me hubiera empeñado y vendido á Satanás por pagar sus deudas ó man-



tener sus concubinas. Yo no le pedía, al volver á mi casa, más que un poco de cariño y el perdón de aquellos dramas y leyendas más, por las cuales había tirado por la ventana las Pandectas y las Novelas de Justiniano.»

La casa de Zorrilla era la mejor de Torquemada, Reedificada

por el exsuperintendente sobre la vieja de sus antepasados, tenía soleados corrales, amplios anejos de cuadras, troje, pajar y bardas, fresca bodega guardadora de vino selecto. D. José Zorrilla Caballero la había convertido en una especie de fortaleza: cerrábanla fuertes y macizos muros, pesadas puertas aseguradas con férreos pasadores y barrotes, elevados tapiales que vedaban toda indiscreción de la vecindad. «Tenía su exterior—dice el poeta—tanto de frío, oscuro, triste, carcelario é inquisitorial, cuanto su interior de abrigado, claro, alegre, ventilado y patriarcal »

Un mes, según parece, permaneció el poeta en Torquemada. Visitó con su padre las bodegas y los plantíos; ofrecióle dinero para adquirir, como era su deseo, unos solares de casas quemadas por los franceses, que con la suya lindaban; y protestó reiteradamente de que «su única ambición era la de vivir allí con él y hacerle lo más agradable posible aquella mansión, con la cual había soñado siempre, y la cual se había siempre imaginado como un oasis de reposo en el desierto de su vida de trabajo y de abnegación.»

Luego marchó Zorrilla á Madrid, donde le reclamaban sus asuntos, y especialmente, sin duda, el de su poema *Granada*. Acaso disolviendo la sociedad formada para explotar su poema, vendióle á la que con el título de *La Publicidad* acababa de establecerse. Las condiciones no fueron malas para el poeta: cobraría dos mil duros por tomo; había de entregar su manuscrito por medios tomos, y recibir mil duros al hacer cada entrega.

Al llegar el verano, Zorrilla volyó á Torquemada, acompañado de su mujer, por deseo expreso de su padre. No contento el hijo amoroso con dar dinero para la adquisición de los solares lindantes á la casa, comenzó á convertir el corral de ésta en un jardín agradable, y por su propia mano cavó las hoyas para los frutales y abrió arriates para las flores (1).

---

(1) Los dueños actuales de la casa de Torquemada, conservan algunas de las cuentas que pagó Zorrilla con este motivo.



Dos viajes hizo el poeta con su mujer de Torquemada á Madrid y de Madrid á Torquemada, hasta que, por consejo del venerable Tarancón, puso nuevamente casa en la

corte. ¿Exigencias acaso de doña Matilde, que ni se avenía á vivir en un pueblo ni acababa de congeniar con su indomable suegro? Es muy posible.

Por el mes de Octubre todavía estaba Zorrilla en Torquemada. Tal se ve por la dedicatoria de *Al-hamar el Nazarita*, dirigida á D. Rafael Guardamino:

Cuarenta y seis. — Octubre. — Torquemada.  
Querido Rafael: si tu hora extrema  
no ha llegado, y tu alma sosegada  
dirige aún tu corporal sistema,  
al recibir la epístola presente  
recibirás un libro: es mi poema...

En uno de sus viajes á Madrid tropezaría con la *Galería de la Literatura española*, publicada al comenzar el año, y en que su amigo Ferrer del Río le dedicaba no pocas páginas. Acaso más que la jugarreta de *Los dos virreyes* desagradó á Zorrilla el artículo, sutilmente intencionado, en que Ferrer trazaba su biografía (1). Había un largo párrafo, sobre todo, que le haría poca gracia, y es el siguiente:

(1) En *Cuatro palabras* que preceden á sus *Obras completas* (Barcelona, 1884), dice Zorrilla lo siguiente: «No añadido inmediatamente al artículo de Ove-

«Ya se estudie a Zorrilla como lírico, ya como dramático, siempre se descubre al poeta de las tradiciones, género el más popular en España. Unas veces trata los asuntos sin quitar ninguno de los pormenores con que circulan entre el vulgo, y los enriquece con gala de poesía, con viveza de descripciones, con desusados y pintorescos giros, como sucede en *El capitán Montoya* y en *Margarita la Tornera*. Otras presenta la omnipotencia de la justicia divina en contraposición de los errores á que yace sujeta la justicia humana, como en el *Testigo de bronce*, *Recuerdos de Valladolid*, *A buen juez mejor testigo*. Toma por protagonista de un drama á *Don Juan Tenorio*, para demostrar que un instante de arrepentimiento basta á borrar ante la clemencia del Señor de cielo y tierra, una vida licenciosa sembrada de desafueros y delitos. Saca á la escena al *Alcalde Ronquillo* con el fin de explicar de qué modo pudieron nuestros mayores creer que se lo llevaron los demonios en cuerpo y alma, atribuyendo á milagro lo que era obra de la astucia y de la sutileza; y sin ofender la creencia tradicional y antigua, que constituye la historia del pueblo, la combate en un siglo que no presta asenso á duendes, apariciones ni sortilegios. Sus resortes dramáticos son la *popularidad* y el *fatalismo*. *Sancho García*, *El puñal del godo*, la segunda parte de *El Zapatero y el Rey*, *El eco del torrente*, corroboran nuestro aserto. Todos sus protagonistas son valientes, gallardos, decidores, simpáticos, resueltos, enamorados, celosos de su fama y de su honra, y en bosquejar sus caracteres se esmera mucho; casi en todos sus dramas aparece un personaje misterioso que posee el nudo de la intriga, y va soltando hilos y los embrolla y desenreda á medida que la acción avanza hasta conducirla á su desenlace. Prefiere los argumentos de la edad media, y al desenvolverlos se explaya su fantasía poderosa y derrama torrentes de armonía, imágenes de singular

---

las mi biografía por Ferrer del Río, porque de ésta, de él, de sus obras literarias y de sus obras para conmigo tendré que hablar extensamente en la Nota á mi drama *Los dos virreyes*, que es su lugar.» Es lástima que no llegara á hacerlo.

hermosura en versos fáciles, robustos, bien sonantes. No se detiene en inverosimilitudes á trueque de producir cuadros de efecto, contrastes prodigiosos, situaciones de bulto: por eso sus mejores concepciones degeneran á veces en melodramas. Asombra su atrevimiento, su numen inagotable cautiva, y la magia de su musa sirve con frecuencia de escudo á sus poéticos extravíos, á los lunares de sus obras, que en ocasiones casi pesan tanto en la balanza como sus bellezas. Zorrilla no tiene más norte que su inspiración caprichosa, se encumbra en sus alas y se abandona á su versátil vuelo, se remonta ó desciende, gira por los espacios, crece y mengua á su albedrío. Si se empeña en escribir y no está inspirado, se acuerda de que muchas veces lo estuvo y se repite y se copia, y baraja poesías orientales con tradiciones, leyendas con dramas, composiciones líricas con fantásticos cuentos; dialoga lo que en otro lugar ha narrado; adopta por introducción de un romance una poesía de un amigo, y lo dice sin rebozo, y así llena pliegos y acaba un tomo ó la última escena de un drama en el día que se ha propuesto, señalándolo con tinta antes de escribir el primer verso en el calendario, que nunca falta de su bufete. Referimos hechos, no aventuramos conjeturas. Pinta con la galanura de costumbre los gabinetes de la Alhambra en la leyenda de Boabdil el Chico y en la de la *Favorita* aprovecha toda aquella pintura para dar idea de un serrallo en Constantinopla. Después de publicar una hermosa poesía: *Las nubes*, no duda en intercalarla en el cuento de *Las píldoras de Salomón* en que es protagonista el Judío Errante. Todo un cuadro de la tradición. *Honra y vida que se pierden, no se cobran mas se vengán* pasa á ser escena del segundo acto de *Lealtad de una mujer y aventuras de una noche*. Sin más que convertir todos los verbos de pasado en presente, otro cuadro de la *Historia de un español y dos francesas* constituye un largo monólogo del *Eco del torrente*. Le ocurre componer una leyenda titulada *Un sermón sobre los Novísimos*, y adopta por encabezamiento una poesía de Hartzenbusch nada corta, *El Alcalde Ronquillo*. Del poema *Pentápolis*, no lleva concluídos más que dos cantos y

ya ha acomodado en uno de ellos *El Angel exterminador*, bella poesía dada á luz en su octavo tomo. Zorrilla, pues, imprime á sus obras todo lo irregular, grande, indolente, atrevido, extravagante, maravilloso, desordenado, sublime y creador del genio: se podría decir con exactitud que es el Calderón de la Barca de la edad presente. De continuo ostenta su españolismo y su fe religiosa: ese es el carácter de todas sus composiciones, y así cuanto sale de su pluma puede correr en manos del tierno infante, de la casta doncella, de la honesta esposa. Si no respiraran nacionalidad sus inspiraciones, no serían populares; si hollaran las creencias de los corazones, no lucirían portentosas; muere la belleza donde el espiritualismo acaba: no concebimos al artista, ni al poeta, sino creyentes y como mensajeros de la divinidad sobre la tierra: debe inflamar su alma un átomo del celeste aliento á cuyo soberano impulso un *fiat lux* cubriera de esmaltes los montes, de matices las campiñas; resplandeciendo de transparencia las aguas, y de excelsitud esa muchedumbre de globos que vaga por los espacios. Sólo la fe es creadora, sólo la idea de un Dios arranca al hombre del polvo, que sus pies huellan; sólo el convencimiento de la inmortalidad le enaltece y sublima y engendra en sus entrañas voces, cuyo eco retumbe poderoso de raza en raza hasta la consumación de los siglos. *Fe, Dios, inmortalidad*, gérmenes fructíferos y vivificadores que atesora la mente de Zorrilla; manantiales de origen puro, de raudal copioso, de salutífera influencia; anchos y ricos veneros de poesía, de santidad, de perenne gloria; reverberantes lumbreras que engalanan todo lo creado y enardecen los espíritus quebrantados por las tribulaciones del mundo.\*

La verdad es que, salvo la intención, esas palabras de Ferrer del Río son en gran parte exactas. El mismo Zorrilla señaló más de una vez en su obra idénticas tachas; mas sin duda lo que en labios propios le parecía justo, sonábale mal en boca de otro. Por otra parte, Ferrer del Río no escatimaba los elogios al autor de *Don Juan Tenorio*. «Zorrilla—remataba, completando el retrato—suele buscar reposo á sus tareas literarias en

diversiones propias de un niño: hace ejercicios gimnásticos y juegos del Malabar ó se entretiene con un macaco, ó da cuerda á una caja de música ó se pasa las horas muertas tirando á la pistola. Para escribir elige el aposento más reducido de su casa, se coloca de frente á la pared y así canta con mágico estro.»

En el *Album literario español*, que la *Biblioteca popular*, de Mellado, publicó aquel mismo año como complemento de la mencionada *Galería*, quedó incluido *El capitán Montoya*, de Zorrilla.

\* \* \*

El día 15 de Enero de 1847 se verificó en el teatro del Príncipe el beneficio de Carlos Latorre. El genial actor tuvo ya para aquella noche una obra de su gran amigo Zorrilla: *El rey loco* (1).

(1) En las *Obras completas* (Barcelona, 1884, pág. 172), escribe Zorrilla lo siguiente:

«Me labré una reputación sólo á fuerza de trabajo, y sin pertenecer á ninguna academia, instituto, club, ni pandilla, más que al Liceo, en cuyas sesiones hacía frecuentes lecturas: y pasé así seis años sin ser nada, ni siquiera guardia nacional. El fusil tuve año y medio tras de la puerta de la escalera de mi casa; y cuando venían á avisarme que al día siguiente me tocaba de guardia, alargaba un duro al que venía á participármelo, diciéndole siempre «para el individuo que me represente». De estas representaciones vivían muchos; y como todos los vecinos útiles de Madrid estábamos alistados en la milicia, había como yo sin duda muchos sustituidos en las guardias por un individuo. No podía, sin embargo, marchar siempre por tan estrecho camino sin tropezar; y al fin tropecé. Una de las atrevidas expediciones carlistas, no recuerdo si la del conde de Negri ó la de Zariategui, llegó casi á la vista de Madrid: batieron generala los tambores de la milicia nacional: todo el mundo acudió á las tapias, que se llamaron murallas; instaláronse las avanzadas: asoleáronse y serenáronse día y noche los milicianos: y como no hay peor sordo que el que no quiere oír, yo no oí la generala: delatáronme los vecinos y vecinas, que tenían al sol y al sereno á sus maridos y á sus hijos, y que me vieron desde las suyas á través de las vidrieras de mis balcones, y me formaron consejo de disciplina. Escribí *EL REY LOCO* en aquellos quince días de sustos para mis compañeros de armas y de encerrona forzosa para mí, y dejando de afeitarme en aquellas dos semanas de trabajo, cuando al fin de ellas me presenté en el consejo, pálido, ojoso, enteco, mal embarbado y con dos certificados de no sé cuántas en-

Representaban en el Príncipe Romea y Matilde, con una compañía en que figuraban Latorre, Guzmán, Sobrado, la Tablares y la Llorente. Acaso la intervención de Latorre hizo borrar las asperezas entre Julián y Zorrilla, y el gran poeta resolvió al fin dar sus obras al gran comediante (1).

---

fermedades profilácticas que en mi mezquino cuerpo llevaba con ellas, el consejo, persuadido de que con tantos alfafes no podría yo vivir un mes más, me absolvió de culpa y pena; y volviéndome á desbarbar, me fué aquella misma noche á entregar á la empresa del teatro de la Cruz mi drama de Wamba.»

Ó fué otro el motivo de la encerrona y consejo de disciplina de Zorrilla, ó los hechos en las copiadas líneas referidas, por razones cronológicas que fácilmente se advertirán, sucedieron en fecha anterior, y en tal caso no fué *El rey loco* el drama que escribió en semejante ocasión. Lo más probable es esto último, porque Zorrilla dice que llevó su drama al teatro de la Cruz, y *El rey loco* se estrenó en el Príncipe.

El suceso, de todos modos, tiene que ser posterior á las expediciones de Negri y Zariategui. Por aquella fecha no escribía todavía Zorrilla para el teatro.

(1) Zorrilla, sin concretar la fecha, é incurriendo, como de costumbre, en varios anacronismos, cuenta en los *Recuerdos* (t. I, pág. 205) que á consecuencia del exceso de trabajo y las malas condiciones del agua que surfa á Madrid, fué acometido de una enfermedad. Más de cuarenta días llevaba en cama, cuando una noche se presentó á verle Julián Romea, con quien mantenía relaciones harto frías, y cariñosamente se informó de su estado. Mandóle al día siguiente á su médico el doctor Larios, y entre éste y Julián le metieron en un baño, despojándole de los trapos en que le tenía envuelto el doctor Codorniu. Dos días después condujéronle al Pardo, y allí, con el cambio de aguas y temperatura, se restableció bien pronto. Un día le rogó Julián que le escribiese un drama, y Zorrilla, deseando complacer á Romea—que había completado sus atenciones entregando á la mujer del poeta seis mil reales para subvenir á los gastos de la enfermedad—, puso manos en *Traidor, inconfeso y mártir*.

Si tal fué, en efecto, el comienzo de la reconciliación, la enfermedad de Zorrilla pasó á fines de 1846, pues en 15 de Enero de 1847 ya estrenaba Romea *El rey loco*; pero fué esta obra, y no *Traidor, inconfeso y mártir*, la primera que le dió para su teatro.

Sospecho, sin embargo, que cuando Zorrilla estuvo enfermo fué en el verano de 1847, esto es, después de haber reanudado sus relaciones con Romea.

No es cierto, como dice Zorrilla, trascordado, que Carlos Latorre anduviera entonces por provincias, ni que se hubiesen celebrado ya los Juegos florales del Liceo, en que fué premiado Julián Romea.

Suscribo en un todo lo que Menéndez Pelayo, al hablar de la *Comedia de Vamba*, de Lope de Vega, dice de *El rey loco*, de Zorrilla:

«No recuerdo que Vamba volviese á ser héroe de ninguna composición teatral hasta que en 1847 compuso Zorrilla *El rey loco*, drama de los más olvidados de su repertorio, pero notable por su espléndida versificación, principalmente en las escenas escritas en endecasílabos, á las cuales daba tanto realce la poderosa declamación de Carlos Latorre, que transportó al género romántico el énfasis y la pompa de la tragedia clásica. Nada de tradicional hay en este drama; nada que arguya lectura del de Lope. La elección de Vamba se supone en Idania la Vieja; pero no seguramente por influencia del *Valerio*, sino de Morales ó Mariana, que en esta parte le copian. Todo lo demás pertenece al romanticismo convencional de la escuela francesa: la fingida locura de Vamba, el enigmático destino de Rodesinda; sus amores con Ervigio, encubierto bajo el nombre de Germano; el pergamino partido de Recesvinto; la escena final, en que el supuesto loco arroja su corona al pueblo. No hay color histórico ni sombra de verosimilitud moral: lo único que hay son excelentes versos.» (1).

Realmente Zorrilla, para los escasos visos históricos que dió á su drama, no debió de tener á la vista más que la *Historia* de Mariana (libro VI, cap. XI-XV). En todo lo demás dejó vagar libremente su imaginación, y acaso no con tanta fortuna como otras veces.

De la acogida que mereció, júzguese por lo que decía *El Telégrafo*:

«Queda *El rey loco*, drama histórico en tres actos; los dos primeros asaz débiles y bueno el último, bueno sobre todo por el admirable desempeño del señor Latorre; gigante unas veces, pequeño en otras sin dejar de ser grande, saca el artista cuanto es posible sacar de su difícil papel, y si hay momentos de an-

(1) *Obras* de Lope de Vega, ed. de la Academia, t. VII, pág. XXV.

gustia, si el corazón llega á sentir, tanto contribuye en ella el personaje como el poeta. Ambos se apoyan uno en otro, ambos se necesitan. Prescindiendo de que los dramas históricos tienen ya un argumento de sabido desenlace y de que la historia trilla por sí sola toda la marcha de la pieza, creemos que el autor del *Rey Loco* no se sostiene en esta composición á la altura de *El Zapatero y el Rey*, y creemos tener un derecho más fuerte para decirlo, por cuanto el vate que nos ocupa es uno de nuestros primeros poetas, ó quizá el verdadero poeta de la época. Pasaremos en silencio refutar el argumento del drama, pues nadie ignora la historia del rey Wamba.»

A principios de Abril, Zorrilla pudo abrazar nuevamente á su padre, que, no obstante sus achaques, pasó de Torquemada á Madrid para arreglar lo relativo á su jubilación, á la cuenta no resuelta todavía (1). Este es, sin duda alguna, el viaje á que se refiere Zorrilla en los *Recuerdos* (t. I., pág. 228), ya que entonces se daba la circunstancia de ser D. Nicomedes Pastor Díaz ministro de Comercio, Instrucción y Obras públicas, y D. Antonio Gil y Zárate director general (2). El buen ex-superintendente vió con asombro cómo Patricio de la Escosura, en el mismo

(1) D. José Zorrilla Caballero escribió á su hijo la siguiente carta:

\*Torq<sup>da</sup> 31 de M.<sup>no</sup>, 47.

«Querido mío, según me dice el amigo q<sup>e</sup> ha agenciado mi jubilación conviene q<sup>e</sup> luego me presente en esa con los documentos necesarios p.<sup>a</sup> el arreglo de la clasificación y sueldo. Con este motivo no será extraño q<sup>e</sup> tengamos el gusto de abrazarnos antes de lo q<sup>e</sup> yo pensaba. Saldré en la próxima semana, cuyo día os avisaré, p.<sup>r</sup> q<sup>e</sup> convendrá me espere alguno en la casa de las Diligencias. Regularmente q.<sup>do</sup> llegue no podré moverme, p.<sup>r</sup> q<sup>e</sup> los pies están peores cada día. ¡Dios quiera no tenga q<sup>e</sup> quedarme en el camino!

«Entretanto cuidaos y divertíos, y cuenta con el cariño de—Tu Padre»

En el sobrescrito: «Sr. D. José Zorrilla.—Calle Angosta de S.<sup>n</sup> Bernardo n.<sup>o</sup> 6 q.<sup>to</sup> pl.—Madrid.»

Posee esta carta autógrafa el muy docto literato y notable poeta D. José Borrás.

(2) Precisamente la crisis en que entró Pastor Díaz ocurrió en aquellos días (28 de Marzo). Gil y Zárate era director general desde 18 de Febrero.

despacho del ministro, levantaba en brazos al *tarambana de su hijo*, y cómo Pastor Díaz, recibiéndole en secreta entrevista, le prometía resolver inmediatamente su asunto. «Jamás—pudo decir á su hijo—fué pretendiente mejor servido que yo. Dentro de cuatro días puedo irme á cuidar de la hacienda de Torquemada, con todos mis negocios despachados en Madrid» (1).

A.B. El día 5 de Mayo estrenó Zorrilla en el Príncipe su comedia histórica *La reina y los favoritos* (2). La acogida que el público y la crítica concedieron á esta obra, expresada está en las siguientes líneas:

«Sentimos de corazón, porque nuestra imparcialidad nos lo veda, no poder en la ocasión presente tributar al autor de *Sancho García* los ardientes y sinceros elogios que en muchas le hemos tributado, así como al público no le ha sido posible tampoco recompensar á uno de sus poetas favoritos con los aplausos entusiastas que fueran otras veces galardón digno de sus esfuerzos. Ni es ciertamente el Sr. Zorrilla de esos escritores contra los cuales abrigan prevenciones desfavorables ni el público ni la crítica; al revés, simpático, festejado y estimado generalmente, al esperar sus obras, se aguardan también sus triunfos, y se juzgan imposibles las derrotas. Sin embargo, todos nos hemos equivocado ahora, y el distinguido vate no

---

(1) D. José Zorrilla Caballero, según leemos en los *Recuerdos*, había salvado la vida á Pastor Díaz en el asalto de Segovia por el conde de Negri (6 de Abril 1838): «Nicomedes—contaba D. José á su hijo—se vió obligado á esconderse en un horno; yo lo supe y me alojé en la casa en que estaba. En un momento en que soldados revoltosos podían haber dado con él y cometer cualquier tropelía, me senté yo á la boca del horno y entablé con él conversación á través de la tapa que le cerraba y que él sostenía por dentro. Le dije quién era y le pregunté por tí. Cuando tocaron bota-silla, no abandoné aquella casa hasta que las tropas comenzaron á salir de la población, y le dije el camino que íbamos á tomar para que echara por el opuesto.» (*Recuerdos*, t. I., pág. 229).

(2) Anuncióse así: «La comedia histórica, nueva, original, en tres actos y en verso, debida á la pluma de uno de nuestros primeros escritores, titulada *La reina y los favoritos* (primera parte)».

ha cogido un laurel más en la arena dramática, donde tantos han brotado para él lozanos y bellos.

»Nosotros creemos que esto ha consistido en haber adoptado el Sr. Zorrilla un género, el único quizá para el cual no se presta la especialidad de su talento. Pídansele, exijanle grandes concepciones; la tragedia, el drama, la epopeya, y el poeta saldrá airoso de las empresas más arduas; pero no se le reclamen nunca esos juguetes de filigrana, esas obras maestras de artificio, esos primores literarios que otros ingenios menos elevados conciben y ejecutan admirablemente. En el Sr. Zorrilla todo es imaginación, todo es espontaneidad: déjesele que derrame los tesoros de su brillante poesía; ofrézcasele campo por donde se precipite el torrente de imágenes y de sublimes conceptos que le acuden fácilmente, y no se le encierre, ó no se encierre él á sí mismo, dentro de los límites que la comedia tiene; dentro de las reglas que siempre prescribe.

»Así, después de haber hecho excelentes obras trágicas, después de haber escrito *El Zapatero y el Rey*, *El puñal del godo*, *Sofronia*, etc., ha dado á luz *La reina y los favoritos*, la más débil y la más pálida de todas sus concepciones.—Conócese allí que el autor trabaja para sujetar y comprimir su ingenio, del que brotan algunas chispas á pesar de todo; y que intentando amoldarse á las exigencias de aquella escuela, á los preceptos de aquel género, no consigue sino que resalten y sobresalgan sus cualidades dominantes.

»Por eso no es comedia la que analizamos, sino un drama verdadero en su corte y en su estructura, en su desenlace y en sus caracteres, y por eso además no es un buen drama. La lucha entre el designio del poeta y sus propensiones se revela claramente y produce semejante resultado.

»El Sr. Zorrilla ha dado pruebas de que puede abordar con felicidad la comedia caballeresca; pero entre ésta y la de intriga cortesana media un abismo. ¡Qué diferencia sino entre *Cada cual con su razón* y *La reina y los favoritos*! Campea en la una el genio del poeta, y en la otra se le ve rebajado por no

caber en tan reducido espacio, así como un gigante no cabe en una estancia pequeña.

»De ahí lo que antes hemos dicho de la acción, los caracteres y hasta el estilo. No es la primera interesante; no son los segundos bellos ni consecuentes ni es, en fin, el último tan notable, tan poético, tan elevado como debíamos aguardar. —No hay un solo personaje al cual se aficione decididamente el espectador; la Reina Doña Luisa está bosquejada y no más, cuando esta figura principal debía formar el contraste con las otras: su hijo el Rey es un mancebo ingrato é irreverente, que no sale del yugo de un favorito sino para dar en el de otro; por último, Conti y Castelmelhor no tienen mucho que echarse en cara, bien que la historia pinta á entrambos con iguales colores que el Sr. Zorrilla.

»La fábula no es mejor tampoco, ni marcha rápidamente, ni abunda en situaciones cómicas ó dramáticas, ni los incidentes son nuevos ó variados. —La escena del acto primero entre los dos validos es indudablemente la de mayor efecto, y la que está escrita con más cuidado. El final parece frío y no satisface, porque es como el *se continuará* de los folletines, el *se continuará* para la ofrecida segunda parte.

»Deseamos real y sinceramente que el célebre poeta tome su desquite cuando esta segunda parte se ejecute, y que logre evitar entonces los escollos de que ahora no ha conseguido huir: un poco más de esmero; un poco más de trabajo, y convertirá nuestra esperanza en realidad.

»La ejecución no puede ser nunca mala en el coliseo del Príncipe: sin embargo, esta vez tenían los actores, exceptuando al Sr. Romea, escasas oportunidades para brillar. Todos hicieron laudables esfuerzos en sus papeles, y el autor no habrá quedado descontento, como no lo quedó tampoco de ella el público». (1)

No está, con todo, mal llevada la intriga de *La reina y los favoritos*. Con un leve fundamento histórico — que sacó indudable-

---

(1) *Gaceta de Madrid* del 11 de Mayo.

mente de las *Revoluciones de Portugal*, del Abate de Vertot<sup>(1)</sup> -, Zorrilla enlazó los agitados sucesos de la corte de Alfonso VI de Portugal con una historia de amores, no exenta á ratos de interés.

Todavía dió Zorrilla al público otra obra en aquel año de 1847: *La Calentura*, segunda parte de *El puñal del godo*. Estrenóse en el mismo teatro del Príncipe el día 5 de Noviembre, en el beneficio de Florencio Romea<sup>(2)</sup>.

Indújole acaso á escribir esta obra el ver que D. Ramón Valladares y Saavedra, metiéndose en terreno ajeno, había estrenado mientras él estaba en París (31 Octubre 1845) una segunda parte de *El puñal del godo*, con el título de *Juicios de Dios*; y el leer en *El Imparcial* (26 Agosto 1846), un suelto que decía así: «D. Ventura García Escobar, autor de *Doña Juana de Castilla*, está escribiendo la segunda parte de *El puñal del godo*.»

Sin alcanzar los vuelos que *El puñal del godo*, encierra *La calentura* un cuadro sobrio y vigoroso, envuelto en cierto conmovedor misterio. Del *David perseguido* tomó Zorrilla la referencia que presenta á la madre de la Cava enamorada de don Rodrigo y suplantando infamemente á su hija, en una cita nocturna; pero inventó á capricho los hechos que sirven de fundamento á la acción. Él hizo intervenir á D. Rodrigo en la batalla de Covadonga, y le llevó de nuevo, desconocido de su propio

---

(1) *Revoluciones de Portugal, por el Abate de Vertot, traducido al castellano por D. J. C. Pagés, Intérprete real. - París, Librería de Parmantier, Calle Dauphine, n.º 14. - 1825.*

Aún figura un ejemplar de este libro entre los libros que pertenecieron al poeta, y se conservan en su casa de Valladolid.

(2) Lleva «La Calentura» la siguiente dedicatoria:

«Al señor Don Leopoldo Augusto de Cueto, encargado de negocios por S. M. C. en Dinamarca.—Querido Leopoldo: te dedico esta obrilla, cuyo manuscrito te envié, para que lleves á Dinamarca un recuerdo de nuestra última entrevista. Al hojearle en Copenhague acuérdate de tu mejor amigo José Zorrilla.—Madrid. 3 de Octubre de 1847.»

primo D. Pelayo, á la cabaña del monje Romano, y le juntó otra vez con su fiel Theudia. Invención felicísima, y de seguro efecto teatral, es la fantástica aparición de Florinda. La ultrajada doncella recuerda al monarca su acción villana, y le cuenta la historia de vilipendio que él ignoraba, y acaba por llevarle á la desesperación.

La versificación, que guarda un tono semejante á la de *El puñal del godo*, irradia análogos brillantes destellos. Compruébese con la escena entre Don Rodrigo y Theudia, tan parecida á otra de aquel drama:

*Rod.* Escucha. A veces, á la luz postrera  
del día, bajo hacia la mar: me place  
verla estrellarse humilde en la ribera  
al triste son que con sus ondas hace.  
¿Qué busco allí? No sé. Voy arrastrado  
allí por un instinto poderoso  
á esperar al fantasma, amedrentado:  
porque le temo aunque le busco ansioso.  
Y no en vano. Del Africa viniendo,  
acercarse le veo de ola en ola,  
su caprichosa oscilación siguiendo  
la playa hasta tocar callada y sola.  
Huyo al verle llegar, y me parece  
(yo no sé si es el viento que murmura),  
mas creo que se ríe y me escarnece  
y en lengua que no sé, volver me jura.

*Teud.* ¡Mísero!

*Rod.* Hoy le esperé: del horizonte  
destacarse le vi, crecer, llegarse  
más que nunca visible: huí hacia el monte,  
mas mi sangre sentí paralizarse  
cuando le oí lanzar hondo lamento  
que estuvo en tierra para dar conmigo,  
y gritando le oí: «*Vuelve, Rodrigo*»,  
y esta vez fué su voz, no la del viento...

La escena final, sobre todo en el relato de Florinda, abunda en excelencias del mismo género:

*Rod.* Habla.

*Flor.* Yo era una flor que cultivaba  
un rey en el jardín de su palacio:  
con solícito afán él me cuidaba,  
y yo con mi perfume embalsamaba  
de su real corazón todo el espacio.  
Era aquel rey galán, rey de las flores,  
y una elegir debía para esposa:  
yo era entre ellas la flor de sus amores...  
¡mas Dios me hizo brotar de los traidores  
tallos de una letal flor venenosa!... (1)

*La calentura* fué recibida con aplauso. En su número del día 7 decía la *Gaceta*:

«Antes de anoche se verificó en el teatro del Príncipe el beneficio de D. Florencio Romea, al que asistió una brillante y numerosa concurrencia. *La calentura*, continuación de *El puñal del godo*, drama en un acto del Sr Zorrilla, obtuvo un éxito feliz: Esta composición fantástica es una de las que mejor ha versificado su célebre autor, y encierra altos pensamientos y bellísimas imágenes. En la ejecución se distinguieron especialmente Matilde Díez y el Sr. Romea (D. Julián), obteniendo grandes aplausos» (2).

(1) En la escena III reproduce Zorrilla un verso famoso del *Tenorio*:

Llamé al cielo y no me oyó.

Es curioso detalle que algunos versos sueltos de aquel drama aparezcan también en otros. En *El caballo del rey don Sancho*, escena VII de la jornada 1.ª, se ve el siguiente:

No, no me infundén pavor.

Y en el acto 1.º, escena XII de *Entre clérigos y diablos*, se encuentra éste:

No os podréis quejar de mí.

En *Un año y un día*, acto 1.º, escena XIV:

Esclavo, la lengua ten.

(2) «El drama del Sr. Zorrilla titulado *La calentura* — decía el *Semanario Pintoresco Español* —, á pesar de no ser de gran efecto teatral ha merecido muy

Otros triunfos alcanzaba Zorrilla con la *reproducción ó reaparición*—según se decía entonces, en vez de la bárbara *reprise* de hoy—de obras anteriores. En el teatro de Buenavista, por Abril, se representó la segunda parte de *El Zapatero y el Rey*. En el del Instituto, por Diciembre, obtuvo *Don Juan Tenorio* una clamorosa acogida. En este teatro—la memoria es fiel á Zorrilla, que lo consigna—deleitaban al público *Los celos del tío Macaco* y *La flor de la canela*, de Sanz Pérez, ejecutadas por Dardalla y José Calvo, y este último «hacía un tío Macaco tan indescriptible y característico, un gitano tan picaresco y

---

buena acogida, pues aparte de la riqueza poética que en él ha ostentado su autor, abunda en magníficas escenas, escritas con enérgico y vigoroso estilo.»

*El Herald* del día 7 publicaba la siguiente crítica, más extensa:

«Revista de espectáculos.—«Un drama del Sr. Zorrilla, el poeta cuyas más insignificantes producciones, no pueden pasar nunca desapercibidas, estrenóse el viernes... La nueva obra del Sr. Zorrilla, si no de las de mayor efecto teatral entre las suyas, es sin duda de las mejor escritas. Naturalmente debía ser así, porque la poesía es la base principal de ella, faltándole acción y movimiento, no teniendo para interesar sino los caracteres y la elocución. *La calentura* no es otra cosa que un cuadro de pequeñas proporciones y de lúgubre color, en el que no obstante aparecen dos figuras gigantescas: la de ese monarca á quien la historia ora llama culpable, ora infeliz, que perdió su cetro y su honra en la funesta batalla de Guadalete, y la de aquella mujer no menos célebre, á la cual los cronistas y los poetas presentan generalmente como causa de tan horrible catástrofe; en suma, el rey D. Rodrigo y Florinda, son casi los únicos interlocutores del drama, así como éste no es más que la escena entre los dos, escena magnífica, sin embargo, llena de interés, abundante en atrevidas imágenes, escrita con enérgico y vigoroso estilo—El Sr. Zorrilla ha acometido más de una vez la noble, la generosa empresa de rehabilitar á algunos personajes históricos, sobre los cuales había perpetuado el tiempo la marca de ignominia que les imprimieron sus contemporáneos. Así el Sr. Zorrilla justificó á Sancho García de la acusación de matricida; al conde D. Julián de la de traidor, y ahora ha purificado también á la Caba del negro borrón que los siglos conservaron sobre su honra. Parécenos que es altamente laudable este propósito de defender á los que ya no existen, respetando empero la autoridad de la Historia, y dándole una explicación que es cuando menos posible. Más vale hacer eso que calumniar, cual otros, los grandes y gloriosos tipos de las virtudes de nuestros antepasados.—El colorido fantástico que ha prestado el Sr. Zorrilla á *La calen-*

atruhanado, tan anguloso, descaderado y zancudo, que no le produjeron más espirobao ni Triana en Sevilla, ni el Perchel en Málaga» (1) Para su beneficio (7 Diciembre) eligió Calvo el *Don Juan Tenorio*, y tal fué el éxito de la representación, que el público llamó á las tablas á Zorrilla, espectador en una luneta, y aplaudió estrepitosamente al beneficiado. La obra siguió en el cartel durante varios días (2).

Llegó también el momento de que salieran al público las primicias del poema *Granada*. Zorrilla debió de creer necesario

---

*tura* le ha perjudicado no poco; fácil le habría sido dar otro giro á su obra sin apartarse de su idea primitiva, y amenizarla con algún episodio natural que entretuviese y distrajera al espectador. Pero el autor no ha hecho más que justificar á Florinda y hacer la moribunda, delirante, demente, á expirar á los pies mismos de aquel á quien la crónica atribuye su mancilla. El leal Theudía y su monje Romano, son los otros dos pálidos personajes que aparecen en la fábula para darla dimensiones regulares y no para complicarla ni resolverla.—En cambio de esta sencillez, de esta pobreza de la trama, ¡cuánta riqueza poética ha ostentado el Sr. Zorrilla en ese que para él es un juguete! La relación de Rodrigo á Theudía, se una joya de inestimable precio, la delicada y graciosa alegría de Florinda, simbolizando su virtud en una rosa, es admirable; y en fin, las imágenes, los elevados pensamientos que ha derramado el autor á manos llenas en el diálogo, parecénnos todos dignos de su privilegiado talento.—Los dos únicos papeles de importancia y de lucimiento en el drama son los del rey y Florinda; ambos ofrecían una dificultad suma por su enfonación extraña y por su carácter particular; ambos, en fin, eran de prueba para los artistas; la Sra. Díez (M) y el Sr. Romea (F.) han salido de ella como suelen: con fortuna y con gloria.»

(1) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. I., pág. 186.

(2) En la *Gaceta* del 28 de Noviembre apareció el siguiente suelto:

«Los que acusan al Sr. Romea de que prodiga las traducciones en su teatro, no sabemos lo que dirán cuando sepan que además de las obras originales de que hablamos arriba, prepara para muy en breve dos dramas de los señores Rubí y Zorrilla, otro titulado *Bernardo de Saldaña*, de los jóvenes escritores señores Cea y Aguilera, y un juguete cómico titulado *Percances de un mismo hombre*.

«Esto prueba la consideración que otorga el hábil empresario al teatro nacional, y sus incesantes desvelos para protegerle y alentarle.»

El drama de Zorrilla á que se refiere, es probablemente *Traidor, inconfeso y mártir*.

dar un mentís á los que afirmaban que el tan anunciado poema no se escribiría nunca, y comenzó por imprimir la primera parte, esto es, la *Leyenda de Al-hamar* (1). Iba dedicada á D. Rafael de Guardamino, que era, á la cuenta, uno de los que formaron la primitiva sociedad para explotar el poema, y uno también de los que con más firmeza creían que éste no había jamás de salir á la luz del día. Así le decía Zorrilla:

Grande cosa es el tiempo: de verdades  
sagaz descubridor y fiel testigo  
en el gran tribunal de las edades.

Y no te extrañe, Rafael amigo,  
que hoy así en tono doctoral y grave  
hable del tiempo sin hablar contigo:

porque es razón que su valor alabe  
y ponga en él mi confianza extrema,  
puesto que él es del porvenir la llave  
y contra ti resuelve un gran problema.

*Tu poema es un sueño irrealizable,*  
dijiste: el tiempo fué, y he aquí el poema.

Puede que sea aborto abominable  
de mi talento ruín; mas no se opone  
á que sea obra real, cosa palpable.

Parte de esta dedicatoria á Guardamino entró luego, al publicarse *Granada* (1852), en la dedicatoria á D. Bartolome Muriel. Y como la *Leyenda de Al-hamar* quedó antepuesta también al poema, al hablar de éste habrá ocasión de referirse á aquélla.

Entretanto, Baudry daba á la estampa las *Obras* de Zorrilla, satisfaciendo así los deseos del poeta, que ansiaba ofrecerse á su padre en la colección donde los más famosos autores tenían

(1) No me ha sido posible ver la edición de 1847. Hidalgo cita una de 1849. Circulan ejemplares de una misma edición en que se ha hecho sustitución de portada. Unos de ellos dicen: *Leyenda de Al-Hamar, dividida en cinco libros... Madrid, Centro de suscripciones, Jacometrezo, 26*. Otros: *Al-Hamar el Nazariita, Rey de Granada. Leyenda oriental... Madrid. Imprenta de Julián Peña, Cava Alta, 44.—1853*.

cabida. Esta primera edición de 1847 constó de dos tomos (uno de obras *poéticas* y otro de obras *dramáticas*; la segunda edición (1852) tuvo ya un tercer volumen, cuyo contenido se modificó levemente en las sucesivas.

Por si todo esto pareciera poco á Zorrilla, el pintor Esquivel dió remate á su famoso cuadro de *los poetas* (hoy en el Museo de Arte Moderno), donde el autor de *Margarita la Tornera*



aparece leyendo una poesía, mientras le escuchan los hombres más célebres en las letras. El ingeniosísimo Villergas escribió entonces su donoso *Cuadro de pandilla*, en que pasa revista á los literatos retratados por Esquivel, sin que sean muchos (Zorrilla, á la sazón amigo suyo, se libra del varapalo) los que escapen á las mordaces zumbas contenidas en aquellos fluidos tercetos:

No es hoy un individuo al que acribilla  
mi péñola, á reverses avezada:  
es á una comunión, á una pandilla.  
Es á una turbamulta acostumbrada

con la intriga á medrar, gente en conjunto  
que vale, fuera de los nueve, nada.

Es un club cuyo intríngulis barrunto;  
poetas cuyo nombre es un arcano,  
todos de Rabadán digno trasunto.

Vates de mucha paja y poco grano,  
que el que más ha compuesto tres cuartetas  
y el que menos ignora el castellano (1)

\* \* \*

Por Real decreto de 50 de Agosto de 1847 hab'ase dispuesto la creación de un *Teatro Real Español*, que correría á cargo del Gobierno y quedaría establecido en el Teatro del Príncipe. El objeto de la reforma era fundar «un teatr» nacional de declamación en Madrid, que, subvencionado por el Gobierno y bajo su inmediata dirección, no solamente sirva de modelo á todos los demás de su clase, sino que sea también una escuela donde se formen los actores para generalizar las buenas máximas del arte dramático, el verdadero tono de la declamación, la expresión sencilla y pura de los afectos, la propiedad de los trajes y de las decoraciones, la prosodia y el acento genuino del habla castellana con la variedad y riqueza de su armonía.»

Esta disposición produjo tremenda marejada entre autores, cómicos y otros afines. Algunos clamaron por sus intereses lesionados, acudieron otros con reclamaciones opuestas y encontradas, censuraron no pocos el desamparo en que quedaba «la ópera nacional», y no faltó quien amenazase con «turbar la tranquilidad pública». Entonces el Gobierno se creyó obligado á nombrar una junta en que estuviesen representados «todos

(1) Aprovecho la ocasión para advertir que en mi libro *Juan Martínez Villergas* se deslizó una errata numérica que, por tratarse de la fecha de que se trata, tiene gran importancia. No fué el 8 de Marzo de 1816, sino de 1817, cuando Villergas vió la luz en Gomeznarro.



aquellos intereses» y á cuyo examen habrían de someterse cuantos proyectos hicieran referencia al *Teatro Español* y las reclamaciones que con tal motivo se entablasen. En esta Junta entró D. José Zorrilla (1).

Las varias y prolongadas diligencias que para hacer fructífero el proyecto realizaron la Junta y el Gobierno, fueron, por desgracia, inútiles. El Ayuntamiento madrileño, sin darse por entendido, sacó á subasta el teatro; pero exigiendo ocho mil duros al empresario que de él se hiciera cargo, con lo cual la subasta quedó desierta. Mucho tiempo después, en 8 de Abril de 1849, y gracias á los esfuerzos del conde de San Luis, se inauguró por fin el *Teatro Español*, previas algunas reformas en el local del Príncipe (2); mas rápidamente se avecinó el fracaso. Cuando el Gobierno quiso corregir la pésima administración de los primeros meses, chocó con el obstáculo de los cómicos. La intransigencia de Julián Romea deshizo la primera combinación propuesta; se acudió á Latorre, á Teodora Lamadrid, á Arjona... Todo en vano. Por Real orden de 19 de Mayo de 1851 el teatro del Príncipe fué devuelto al Ayuntamiento de Madrid, como propiedad de la villa, para que le diese el destino que por conveniente tuviera.

Zorrilla, según nos dice él mismo, sólo asistió á la primera sesión de la Junta. Bajo pretexto de que necesitaba marchar á

---

(1) Esta Junta, nombrada por Real decreto de 13 de Enero de 1848, estaba formada por los individuos siguientes: D. Antonio Benavides, presidente — D. Patricio de la Escosura, D. Antonio Gil y Zárate, D. Juan Nicasio Gallego, D. Manuel Bretón de los Herreros, D. Ramón Mesonero Romanos, D. José Zorrilla, D. Andrés Borrego, D. Fernando Corradi, D. Buenaventura Carlos Arribau, D. Agustín Azcona, D. Antonio de Guzmán, D. José García Luna, D. Carlos Latorre, D. Julián Romea, D. Juan Lombía, D. Baltasar Saldoni, D. Basilio Basili, D. Francisco Salas.

(2) En la fachada se colocó una lápida con la siguiente inscripción: *Teatro Español.—Se fundó reinando D.<sup>a</sup> Isabel II, siendo Ministro de la Gobernación del Reino el Excmo. Sr. D. José Luis Sartorius, primer Conde de San Luis.—Año 1849.*

Francia, presentó la dimisión y fué relevado de su honorífico cargo (1).

Tuvo Zorrilla la satisfacción de ver que Latorre y Bárbara, uniéndose á Julián Romea, se presentaron nuevamente al público de Madrid, en el Príncipe, el día 1.º de Mayo de 1848, con su drama *Sancho García*; pero esta alegría fué acompañada del dolor que le produjo el triste fin de su editor D. Manuel Delgado, que murió loco el día 25 de Abril (2).

El 28 de Junio, aniversario de la muerte de D. Leandro Moratín, los teatros celebraron funciones en su honor. En el de la Cruz se leyeron poesías de Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Hartzenbusch y Zorrilla. Días después cerró sus puertas el teatro del Príncipe. Las abrió nuevamente el 1.º de Septiembre, y el 5 del mismo mes estrenó una obra de nuestro poeta: *El Excol mugado*.

Zorrilla encontró el asunto de este drama en el *David perseguido* (t. I, pág. 255); pero sin duda buscó más datos en la *Historia* del P. Mariana (l. XIII, cap. VI). Trátase de los amores de D. Jaime de Aragón con doña Teresa Vildaura, y gravísimos hechos que en ellos tuvieron origen; la noticia que de tales amores da al romano Pontífice el obispo de Gerona, cuando D. Jaime trata de casarse con doña Violante de Hungría; el castigo que D. Jaime impone al obispo, haciéndole cortar la lengua; y la excomunión, en fin, que Inocencio IV fulmina contra el impío monarca, y que le aterra y anonada.

A más de añadir no pocas circunstancias de su cosecha, Zorrilla *dramatizó* sensiblemente los caracteres, en especial los de doña Teresa y doña Violante, é introdujo una variación radical, que hace el desenlace menos odioso y violento. La cruel

(1) *Recuerdos del tiempo viejo*. t. II, pág. 34.

Cuando el conde de San Luis ofreció el teatro á los autores dramáticos, con determinadas ventajas, en la Junta designada al efecto fué nombrado presidente Gil y Zárate y vicepresidente Zorrilla; pero éste ya no estaba en Madrid.

(2) Asistió Zorrilla al entierro, en el cementerio de San Isidro.

sentencia de D. Jaime contra el obispo de Gerona no llega á cumplirse, gracias á la generosidad de doña Teresa; es ésta la que, á cambio de la legitimación de sus hijos, despeja el tremendo conflicto y alivia al monarca del peso de la excomuni6n

Con todo ello amañ6 el poeta situaciones de gran inter6s. Tal aqu6lla en que, bajo el medroso fragor del trueno, el nuncio pontificio arroja sobre D. Jaime su terrible anatema:

Bajo la huella de tus pies impíos,  
 Ag6stese la mies, púdrase el grano,  
 Séquese el 6rbor, s6manse los ríos,  
 El monte se desplome, h6ndase el llano;  
 Queme el rayo tus bosques y plantíos,  
 Traiga á tus tierras peste el aire insano,  
 Y aband6nente á Dios y á sus castigos  
 Tus vasallos, tus deudos, tus amigos.

H6bilmente dispuesta est6 tambi6n la escena del acto tercero entre las dos reinas, y aquella otra en que doña Violante va borrando las nieblas que oscurecían la mente del monarca. Si alg6n desacierto cometi6 Zorrilla, fu6 la elecci6n de asunto; que, una vez adoptado el que inform6 su obra, no hubiera sido posible sacar de 6l mejor partido (1).

El 6xito de la obra no fu6 m6s que mediano. S6lo se sostuvo en el cartel cinco días. *El Herald*o hablaba as6 del estreno: «Esta prolucci6n se distingue, como todas las de su autor, por su lujosa p6sía y por su estilo brillante: la acci6n no es muy

---

(1) El reparto de los principales papeles fu6 el siguiente: *Don Jaime*, Latorre; *Doña Violante*, Teodora Lamadríd; *Doña Teresa*, B6rbara Lamadríd; *Don Berenguer*, Pedro L6pez; *El cardenal Angelo*, Antonio Barroso.

*El excomulgado* se puso en escena durante cinco noches. M6s adelante volvi6 á representarse alguna vez. Est6 la obra dedicada á Latorre, en la siguiente forma: «Querido Carlos: he aqu6 la mezquina obra que emprend6 por amistad tuya, y concluí en tan poco tiempo; t6, que sabes su historia, conoces su poco valer; pero apr6ciala no por el que tiene, sino porque es la expresi6n de la lealtad con que te quiere tu amigo -Jos6 Zorrilla. -Madrid y junio 13 de 1848.

complicada ni muy nueva, y el interés decae en el último acto. Sin embargo, encierra dotes que justifican la suerte que ha merecido. En el desempeño alcanzaron muchos aplausos los actores, y especialmente la Sra. Lamadrid (Doña Bárbara) y el señor Latorre, que ejecutaban los papeles más importantes. Inútil es añadir que el Sr. Zorrilla fué llamado á la escena á recoger el premio debido á su talento.»

Un mes después, el 12 de Octubre, se estrenó en el teatro de la Cruz *El diluvio universal*, «comedia de grande espectáculo en tres actos y en verso, refundida y nuevamente escrita por uno de nuestros más distinguidos autores», y precedida de «un prólogo fantástico, titulado *La creación del mundo*, original del mismo autor.» Los pintores D. Francisco Aranda y D. Antonio Bravo pintaron para ella diez decoraciones, y coristas, bailarines y comparsas, lucieron nuevo vestuario. En el prólogo y la comedia, la orquesta ejecutó las siguientes piezas musicales, compuestas al efecto por el maestro D. Rafael Martín Sánchez: *El Caos*, pieza instrumental; *El Paraíso*, ídem; *Las Fiestas*, coros bailables; *El Diluvio*, pieza instrumental; *Jerusalem*, íd. Los bailes fueron compuestos y dirigidos por D. Manuel González.

Seguro estoy de que Zorrilla en *El diluvio universal* no hizo otra cosa que arreglar levemente algún auto ó drama religioso de autor clásico, aunque no atino con el original. Era, por tanto, obra poco á propósito para públicos modernos; no obstante lo cual aquellas sencillas escenas bíblicas agradaron al público del teatro de la Cruz, y *El diluvio universal* alcanzó trece representaciones, y no dejó de aparecer más tarde en escena alguna que otra vez.

A la vez que estrenaba estas obras, asistía Zorrilla á la *reproducción* de *El Rey loco* y de *El Zapatero y el Rey*, y de *Don Juan Tenorio*, y prestaba su colaboración á publicaciones como la del *Album Religioso*, en que figuraron las mejores firmas españolas (1).

---

(1) En 25 de Diciembre de 1848 se estrenó *Juan el Perdido*, de Pina Domínguez, primera y afortunadísima parodia de *Don Juan Tenorio*.

Debe reconocerse que por este tiempo el respeto y la consideración unánimes rodeaban á Zorrilla. No era ya el entusiasmo ardoroso de los días que siguieron al entierro de Larra; era la admiración reposada, el reconocimiento definitivo de méritos superiores é incontrovertibles. Zorrilla, como hoy se diría en estilo periodístico, era ya el autor consagrado. Así lo sancionó solemnemente el Liceo Artístico y Literario, en un acto memorable para Zorrilla.

El Liceo, después de sus florecientes comienzos, llegó á un estado de postración lastimosa. En aquel año de 1848 hubo algunos literatos entusiastas que resolvieron darle nueva vida, y lo consiguieron, en efecto, reorganizando las juntas y preparando funciones varias (1). El día 27 de Septiembre se dispuso una en honor de Carolina Coronado, que se hallaba de paso en Madrid; el 6 de Noviembre se celebró la dedicada á Zorrilla, el cual á más de ser presidente de la sección de literatura, había trabajado en la reconstitución de la sociedad

Asistieron á esta función, según un periódico, «las notabilidades de las diversas aristocracias de la época, y las que merecen el lugar preferente, las notabilidades de la hermosura.»

---

(1) *El Heraldo* del 19 de Junio decía lo siguiente: «Anoché eligió la sección de literatura del *Liceo* las personas que han de formar su Junta facultativa, siendo elegido presidente D. José Zorrilla... el cual tomó posesión en seguida de la presidencia, y pronunció algunas sentidas palabras, manifestando su firme decisión de contribuir al brillo y prosperidad del *Liceo*, haciendo que le dé á la literatura la justa y legítima importancia que le pertenecen, y no perdonando medio para lograrlo.»

En la sesión celebrada para festejar la inauguración, á que asistieron sus majestades la reina y el rey, el duque de Riansares y otros, se cantó por varios socios el himno *Al renacimiento del Liceo*, de Zorrilla (inserto en el tomo tercero de sus *Obras*), á más de lo cual el poeta vallisoletano, «cuya armoniosa voz no resonaba en el Liceo desde el año 1839», leyó varias poesías suyas, entre ellas la introducción al libro I del poema *Granada*. Los reyes le elogiaron vivamente. «Imposible describir—decía *El Heraldo*—el efecto que produjo el eminente poeta: baste decir que volvió á encontrar el auditorio inteligente y entusiasta de otros tiempos, y que obtuvo un verdadero triunfo».

Se representó *Cada cual con su razón*, por Teodora Lamadrid y Sra. Chirivella, Sres. Delgado, Cañete y Cortés, repetidamente aclamados por la concurrencia. En la segunda parte se oyeron varias piezas musicales y composiciones poéticas; entre las primeras, la cavatina de *Macbeth*, cantada por la señorita Mutiozábal; entre las segundas, una poesía de Bretón de los Herreros y otra de Julián Romea

Leyó Zorrilla, por último, su *ofrenda poética*. En ella evocaba los recuerdos de la infancia, á impulso sin duda de los sentimientos que por aquellos días agitaban su alma, viendo desplomarse la ilusión que le había hecho esperar la dichosa y apacible reconquista del hogar paterno:

## I

Sueños hermosos de la infancia mía,  
¿á qué sobre las alas de oro y rosa  
volvéis á mi exaltada fantasía?  
¿Qué buscáis? ¿Vuestro hogar? Ceniza fría  
guarda no más vuestra mansión dichosa.

Pasó la edad de la sencilla infancia;  
las delicadas flores que dejaron  
vuestras manos, ornando vuestra estancia,  
perdieron su frescura y su fragancia  
y marchitas al fin se deshojaron.

El fecundo jardín que cultivasteis,  
es hoy salvaje selva enmarañada;  
nada hallaréis de lo que aquí dejasteis.  
Sueños de mi niñez, ¿á qué tornasteis?  
Idos: de lo que fué no existe nada.

Idos: vuestra presencia es importuna;  
la edad os arrojó de vuestro asilo:  
lecho de la ambición es vuestra cuna,  
y ha levantado en vuestro hogar tranquilo  
un altar á la gloria la fortuna.

## II

Genios que del Pisuerga en la ribera,  
al rumor soñoliento de sus olas  
á oír llegasteis mi canción primera,  
tejed para mi negra cabellera  
fresca diadema de tempranas violas.

¿Recordáis, fabulosos geniecillos,  
aquel pálido niño, que corría  
vuestras lomas cubiertas de tomillos,  
probando en vuestros toscos caramillos  
su mal seguro aliento? ¿Qué os decía?

«Por la gloria excusad que os abandone:  
»yo espero en Dios, y de mi aliento fío  
»que oiga mi patria, cuando yo le entone,  
»un cántico en su honor, y que me abone  
»por buen hijo con ella el canto mío.»

Y os dejé; y cuando débil atrevido  
el premio á disputar entré en la lucha,  
«óyeme», dije al mundo, y el oído  
prestando, el mundo mi canción escucha.  
Sueños de mi niñez, ¿seré vencido?

El amor propio satisfecho dicta á Zorrilla en esta composición algunos de aquellos conceptos que solía deslizar ingenuamente, y que sus enemigos le reprocharon:

Lánzate: cruza el éter infinito:  
búscame cual mi aliento les ansía  
el vigor y la fe que necesito  
para ahogar en torrentes de armonía  
al mundo, que me mira de hito en hito.

. . . . .  
Dios, que da voz al viento y á las aves

y ecos al mar, que en tumbos se levanta,  
roncos en su ira y en su calma suaves,  
es quien presta á mi voz sus ecos graves  
para cantar su Omnipotencia Santa.

Los que recuerden otras poesías de Zorrilla, tendrán presentes aquellos versos de *Gloria y orgullo*:

De un Dios hechura, como Dios concibo;  
tengo aliento de estirpe soberana;  
por llegar á gigante, enaño vivo;  
no sé ser hoy y perecer mañana.

Y aquellos otros de la introducción á *Recuerdos y Fantasías*:

Al eco de este cántico precito  
dijo el mundo escuchándome: «Veamos»,  
y sentóse á mirarme de hito en hito;  
y el mundo y yo por mi primer delito  
desde entonces mirándonos estamos.

Estas y otras palabras por el estilo, reflejo, al parecer, de la elevada idea que Zorrilla tenía de sí mismo, no son sino consecuencia natural de la teoría romántica sobre la *misión del poeta*. Si el poeta tenía una misión trascendental que cumplir en la tierra, claro es que había de ser Dios mismo quien le confiara el encargo, y era muy justo que el mundo entero fijara sus miradas en el ser privilegiado que por decreto divino había de llevar á efecto misión semejante. El *Deus est in nobis* parecía un artículo de fe.

Y, sin embargo, la composición que Zorrilla leyó en el Liceo no era de las que más autorizaban para afirmarse en aquella creencia.

Terminada la lectura, uno de los secretarios del Liceo entregó á Zorrilla una corona de laurel, y el gran pintor D. Vicente López, pronunciando un sentido discurso, dióle nota de los artistas que habían de dedicarle un album de dibujos (1).

(1) Recibió Zorrilla este album, que él califica de «magnífico», é iba firmado en su primera hoja por la reina doña Isabel II.

En la sesión del día 14 se distribuyeron entre los socios del Liceo ejemplares

Tenía abierto el Liceo un certamen artístico-literario con premios para honrar al mérito en poesía, en pintura, en escultura, en música y en declamación. El día 10 de Diciembre abriéronse los sobres que contenían los nombres de los favorecidos, y vióse que el premio ofrecido á la mejor oda sobre *La fe cristiana*, aparecía concedido á D. Julián Romea. El jurado que tal había resuelto estaba formado por el Duque de Frías, D. Nicomedes Pastor Díaz y D. José Zorrilla (1).

¡Buena se armó entonces! Eran muchos los que creían—no absolutamente con razón—que Villergas estaba en lo cierto al decir en su *Cuadro de pandilla*, con referencia á Romea:

¿Y qué hace este hombre allí tan arrogante?

Tratando de poetas, no lo entiendo,

pues Julián no es poeta: es comediante.

Calcúlese, pues, lo que dirían los autores desairados en el certamen. Especialmente D. Joaquín José Cervino y D. Julián Santfín de Quevedo—que, realmente, no volaban muy alto como poetas—pusieron el grito en el cielo (2). Y como toda la culpa se

---

de la *Ofrenda*, de los mil que Zorrilla regaló para tal fin. También leyó Zorrilla una poesía.

(1) Romea publicó su oda, con un prólogo de Zorrilla, sumamente encomiástico.

Uno de los que con más extensión trataron este asunto, fué D. Rafael María Baralt, que le dedicó tres artículos. Baralt era de los que creían que el fallo del jurado no estaba muy de acuerdo con la justicia. En su opinión, era superior la oda de Cervino. Refiriéndose á la de Romea, decía, entre otras cosas: «Enmarañamiento de metáforas, reticencias, crispaturas de metro y de lenguaje, cacofonías, y un desmayo en toda la ejecución de este período.—Y de estos defectos hay muchos en toda la obra. De modo, pues, que sobre tal particular nuestro juicio es que su mayor joroba es la *irregularidad*; en ciertos pasajes llega á lo sublime y á lo inefable, en lo que ha llamado D. José Zorrilla sencillez evangélica, y en otros, que son la mayoría, una notoria bisonñez de procedimiento.» Una de las cosas que peor parecían á Baralt, era que la oda estuviese escrita en alejandrinos.

(2) Cervino dió al público su oda, para que la comparase con la premiada; y como era conocido por un poema titulado *La Virgen de los Dolores*, hizo

cargaba sobre Zorrilla, á quien conceptuaban por ponente del jurado, Zorrilla fué quien recibió todos los golpes.

Don Manuel Cañete, en *El Herald* y *El Siglo*, tomó la defensa de los preteridos. No sólo procuró poner de relieve los defectos de la poesía premiada, sino que arremetió contra Zorrilla, culpándole, entre otras cosas, de haber fundado una escuela de dañosa influencia, que con el nombre de *zorrillismo* bautizaba (1).

No se mordió Zorrilla la lengua. En *Don Circunstancias*, periódico satírico que dirigía Martínez Villergas, publicó una intencionada epístola, que el mordaz autor de *El baile de Piñata* completó con agudos comentarios. Por ser muy extensa no he de copiar aquí la carta íntegra; pero trasladaré á lo menos algunos párrafos:

«Carta de D. José Zorrilla á su buen amigo D. Manuel Cañete.

«Mi querido Manuel: la franqueza con que me has tratado en estos últimos tiempos debe de haberte hecho conocerme. Si ha sido para esto para lo que has procurado intimar en mi amistad, supongo que lo habrás logrado, puesto que no te falta talento, y hay quien sospecha que te sobra malicia; y si tu simpatía por mí no ha existido nunca, tampoco ignorarás lo que soy y lo poco que valgo, puesto que no he tratado de desfigurarme á tus ojos.

.....

constar que era el «autor de la Virgen de los Dolores.» A lo cual el periódico *Don Circunstancias*, de Villergas, dijo que, según esto, «el señor Cervino no debe llamarse D. Joaquín Cervino, sino San Joaquín, padre de Nuestra Señora.»

Andando el tiempo pudo comprobar Cervino que *donde las dan, las toman*. La Academia Española abrió en 1867 un certamen para premiar una poesía dedicada á cantar los triunfos de España en África, y obtuvo el premio, por una composición flojísima, el propio Cervino. D. Manuel Fernández y González publicó en el *Museo Universal* varios artículos críticos en que dejó la tal composición que no había por dónde cogerla.

(1) El artículo de *El Siglo* en que esto se decía no llevaba la firma de Cañete; pero suyo era, según todas las probabilidades.

En *El Herald* ya habló Cañete del asunto dando su firma.

»Desde luego tuve por seguro, mi querido Manuel, que no te pareciera buena la composición premiada, cualquiera que fuese; pero mucho menos la del Sr. Romea, y siempre esperé que te pondrías de parte de las no premiadas, porque de otro modo ibas á desperdiciar una ocasión de lucir tu talento crítico y mostrar lo superior que es al de los jueces del concurso. Yo no te hablo aquí en calidad de tal, porque creo que fuí elegido por no haber otro de quien echar mano para semejante cargo; te hablo como un amigo habla á otro, y por mí solo, no á nombre de los demás jueces del jurado, pues las reputaciones del señor duque de Frías y del señor don Nicomedes Pastor Díaz están, á Dios gracias, á más altura de la que alcanza tu vuelo crítico, y por aquello de mayores en edad, saber y gobierno, pueden juzgarte á ti sin que tú puedas juzgarles. Hablándote, pues, por mi propia cuenta, te digo, mi querido Manuel, que tengo á la vista la dedicatoria que hiciste al señor Romea de tu órama *El duque de Alba*, representado por él en 1845, donde le dices: *«que te empeñó más en llevar á cabo esta obra tuya la esperanza lisonjera de ver con vida y lozanía realizadas las inspiraciones de tu pobre ingenio, por el felice y peregrino del esclarecido actor á quien debe tanto de esplendor é importancia la Talía española, y á quien estaban reservados los más eternos y envidiables laureles de nuestro Parnaso»*; y de estas palabras tuyas deduzco yo que en 1845, cuando te representaba tu *Duque de Alba*, tenía el señor Romea un ingenio esclarecido, y era un poeta á quien estaban reservados los más eternos y envidiables laureles del Parnaso, y ahora en 1849 es un pobre ingenio cuyos versos detestables va'en menos que tu prosa, y un actor mediano que afina á veces con ciertos papeles que están en su carácter.

.....

»Dígote, pues, empezando con las verdades, que hay quien piensa que la crítica debe ser ejercida por hombres de más edad de la que tú alcanzas, no porque un mozo que haya aprovechado el tiempo no pueda saber á los 26 años tanto como otros que peinan canas, sino porque falta á la juventud la experiencia y la

calma necesarias para formar sus juicios con rectitud, y tiene todavía la sangre demasiado caliente para no dejarse llevar de las afecciones del corazón; sin contar, por supuesto, la autoridad que da á la crítica la reputación reconocida del que la ejerce, que es una de sus mejores bases, y que es sin duda la razón de por qué nadie se reveló jamás contra las críticas del difunto maestro Lista, ni contra las del señor Quintana, ni de otros hombres de saber y experiencia reconocidos, ante quienes jóvenes y ancianos inclinan con respeto su frente, por más que esté coronada de laureles.

.....

»Otra de las verdades que quería decirte es: que en esta sociedad actual de frac negro y sombrero de cartón (dos prendas que, entre paréntesis, no concibo cómo las lleva con formalidad ningún hombre de seso), lo peor que puede suceder á un hombre es el ridículo; porque el ridículo no roe como la crítica, sino que mata como el cólera, y como el interés está tan posesionado de los corazones, y á éstos los hizo Dios de frágil barro, son pocos los que creen en la virtud, y los redentores en este siglo no son crucificados, sino silbados. Esto debes tener presente al llevar adelante tu cruzada contra el mal gusto reinante, porque el vulgo adora sus ídolos y tiene cariño á sus gustos, por más que éstos sean depravados y aquéllos hechos de despreciable materia.

.....

»La última verdad que quiero decirte es un poco picante, pero no se me cuece el pan hasta que no te la diga, y preso por mil, preso por mil y quinientas. Es el caso que hay quien supone que desde la fecha de esta carta variarás de opinión con respecto á mí, como has variado en la que tenías del Sr. Romea en 1845, época de la representación de tu *Duque de Alba*; pero yo que te conozco, sé que no será así; porque los principios del buen gusto son eternos y tú tienes ya formado tu juicio sobre mi reputación, como sobre la de Comella, aunque sé la tienes callada para mejor ocasión. Dios te la depare pronto, porque no me llega la camisa al cuerpo hasta que me vea tratado

por ti como otros ingenios de fama con quien tengo á honor en ser equiparado, aunque para mi daño sea.

»En buen camino estás, Manuel; la carrera del periodismo es buena, y desde su noble cátedra puedes predicar la virtud y anatematizar el vicio, y Dios te premiará, Manuel, y con su auxilio y tu saber no te ha de faltar razón ni fortuna. Entretanto zurra sobre los poetas: no dejes á vida reputación usurpada ó injustamente adquirida; el público está estragado, y las ha concedido sin ton ni son, adorando idolillos hechos de barro de la ignorancia. En cuanto á mí, no me tengas piedad: cuando te falte materia, pega conmigo: todo el mundo sabe la amistad que nos profesamos, y si no me tratas con rigor, van á decir que te dejas llevar del afecto que me tienes. Si necesitas el otro tomo de mis obras, compañero del que me pediste para escribir sobre ellas, no tienes más que mandar por él: esta edición de París es más cómoda que las de España, y ni tú ni yo hacemos nada con un solo tomo.

»Adiós, mi querido Manuel. Yo espero que tomarás mis expresiones sin interpretarlas en contra mía, y sin darlas más malicia que la que tienen, y que esta carta no interrumpirá nuestras buenas relaciones, ni cortará nuestra amistad cimentada sin duda en menos frágiles fundamentos. Adiós otra vez, y si la primera en que nos veamos no me recibes con la risa en los labios, con la mano tendida y el corazón abierto, creeré que no tienes mundo y que dicen bien los que dicen que eres un crítico apasionado, y que cabe el rencor y la mezquindad en tu corazón de veinte y seis años.—José Zorrilla.—Madrid, febrero 22 de 1849» (1).

Contestó Cañete á esta carta con otra muy violenta, inserta en *El Heraldo*. Zorrilla, que había prometido no leer los escritos de Cañete «hasta febrero de 1850», escribióle, no obstante,

(1) Se publicó esta carta en *D. Circunstancias* del 26 de Febrero.

para hacerle saber que la cuestión entraba en otro terreno, con lo cual se mostró aquél de acuerdo (1). Por su parte, Villergas publicó en *D. Circunstancias* la siguiente poesía:

(1) En la carta que Cañete insertó en *El Heraldo* (folletín del 8 de Marzo), se lamenta de las duras palabras que en la de *D. Circunstancias* le dirigía Zorrilla. Continúa afirmando que éste, si como poeta es excelente, aunque «desalfinado, incorrecto y falto de la cualidad ingénita denominada buen gusto», como prosista y como crítico vale poco.

Cañete se duele de que Zorrilla le dijera en su artículo de defensa, que cuando dedicó en 1845 á Romea su drama *El Duque de Alba*, opinaba que éste (Romea) era un poeta al que esperaban grandes triunfos, y en cambio ahora, en 1849, pensaba que era un *pobre ingenio* y un *actor mediano*. Dolido de ello, Cañete echa en cara á Zorrilla el haberle dicho que la Matilde Díez, esposa de Romea, era una actriz *intolerable*; y en 1849, haber escrito para ella sola todo un drama (*Traidor, inconfeso y mártir*); el haber tenido antes á Latorre por su actor ídolo, y haberle ahora asegurado que *estaba insufrible*. Y prosiguiendo esta especie de carta reveladora de secretillos, Cañete moteja á Zorrilla de haber puesto en duda la inmortalidad del alma en sus famosos versos á Larra, el haberle llamado al mismo Larra *malvado* en aquella poesía que dice:

Broté junto á la tumba de un malvado...

y mi primer cantar fué á un suicida...

¡Agüero fué, por Dios, bien desdichado!

y el llamar *silbas* á las *silvas*, no obstante ser académico de la Lengua.

Termina la carta haciendo una defensa de la libertad del crítico, diciendo que la edad nada tiene que ver con la crítica, que no se escribe con las canas (como dijo Cervantes) sino con el entendimiento; que opina de Romea siempre lo mismo; y ofreciendo á Zorrilla una *trinidad* de consejos para cuando vuelva á ser juez de un certamen poético: que no prologue las poesías premiadas, que no diga como dijo de la presentada al concurso por D. Heriberto G<sup>a</sup> de Quevedo, escrita en octavas reales, que era la mejor, y que no se desdiga de sus palabras. Protesta de su cariño á Zorrilla, y acaba: «Si estas letras te incomodan en lo más mínimo, si no me sigues profesando la misma desinteresada amistad que me has profesado hasta aquí, creeré, así Dios me salve, que no sabes representar bien tu papel de grande hombre.»

En *El Heraldo* de 14 de Marzo de 1849, copiándolas de *El Siglo*, se incluyen dos cartas muy breves y precedidas de una gaceticilla diciendo que sería muy sensible que la polémica ésta terminase como finalizó la contienda de Moreto con el caballero Gaspar de Medinilla (1) ó como la de Iriarte con Huerta, que marchitó las ilusiones del último para siempre. Una carta es de Zorrilla á Cañete, fechada el 9 como la de Cañete á Zorrilla. No se dan tratamiento algu-

## A MI AMIGO DON JOSÉ ZORRILLA

«Amigo caro, y aunque amigo digo,  
no te pongas en guardia, pues ya veo  
que en los fatales tiempos que maldigo,  
detrás de lo de *caro* y lo de *amigo*  
suele venir un rudo tiroteo.

He visto una epístola sangrienta  
del crítico mancebo  
de *El Herald*o, la cual, según tu cuenta,  
no sabrás lo que dice (y yo lo apruebo)  
hasta el ocho de Marzo del cincuenta.

En ella, amigo mío, el buen Cañete  
salir ha pretendido del atranco  
sin ver quizá el abismo en que se mete;  
y aunque de temerario da señales,  
deja de contestarte, yo soy franco,  
porque discurro bien que en casos tales  
andarse en alusiones personales  
salidas son no más de pie de banco.

No toca la cuestión ni en una tilde,  
porque cizaña entrometer desea  
y dice (será un necio el que lo crea)  
si tú has dicho esto ó lo otro de Matilde,  
si hablaste de Latorre y de Romea;  
cosas, como tú sabes,  
que ridículas son al par que graves,  
y que si algo revelan en sustancia  
es la demostración clara y sencilla

---

no. Zorrilla dice al crítico: «Es inútil esperar de mí contestación alguna en los periódicos, por creerla incompatible con el decoro del público y el nuestro. Desde este punto queda terminada semejante cuestión, que debe ser ventilada privadamente.»

Cañete se limita á decir: «Por mi parte, desde este momento queda terminada esta polémica, que sólo entre nosotros debe ser tratada.»

de la inmensa distancia  
que media de Cañete hasta Zorrilla.

Lo que este mozo busca, esto no es cuento,  
ya que no le dan fama sus borrones,  
que le pongas en gran predicamento  
con tus contestaciones.

Poco le importará que en tu arrebató  
le apellides ramplón, mal literato,  
y negando su ciencia  
le pongan en su punto verdadero,  
demostrándole que es su inteligencia  
igual á (fuera de los nueves) cero;  
lo que él pretende, y á mi ver no es justo,  
metiéndose cual hoy en trapisondas,  
es que tú le respondas,  
y harás muy mal en darle por el gusto.

Ruégote, amigo, pues, te desentiendas  
de sus firos de hoy más, que no descieras  
de la altura en que estás; y sobre todo,  
ya que él medrar intenta de este modo,  
si, del Heraldó turroneo y crítico,  
como de ello está dando pruebas hartas,  
se sale al fin con ser jefe político,  
que lo deba á su suerte y no á tus cartas.

Adiós, mi caro amigo; estoy muy lejos  
de pensar, vive Dios, cuando te arguyo,  
que echés en saco roto mis consejos,  
pues sabes que te aprecio y que soy tuyo (1).

---

(1) En el aludido *Cuadro de pandilla*, inserto en la segunda edición de sus *Poesías* (1847), hablaba así Villergas de Cañete:

Nadie diga de hoy más por esta villa  
que es cuadro de poetas el que veo;  
dígase que es un cuadro de pandilla,  
En él está CAÑETE, yo lo creo,

No sé que la cuestión tuviera mayores consecuencias; pero se comprende que desde aquella fecha fueran poco amigos Zorrilla y Cañete (1).

Al comenzar el año 1848, ya los periódicos habían indicado á Zorrilla para ocupar la primera vacante en la Academia Española. Prodújose ésta por fallecimiento de D. Jaime Balmes, y nuestro poeta, con fecha 20 de Septiembre, presentó la solicitud correspondiente (2).

Encontróse Zorrilla con la oposición de D. José Joaquín de Mora, que se le había anticipado como candidato. Pacheco, Donoso Cortés y Pastor Díaz, que patrocinaban á Zorrilla, llevaron la peor parte; y hubiera tenido el poeta vallisoletano

---

que se halla por fortuna á grande altura  
y es como yo notable... por lo feo.

\* \* \* \* \*

Porque Cañete, mas que no le pete,  
comparado con Flores es un genio,  
comparado conmigo es un zoquete.

Así como otros escritores tuvieron la fortuna de recibir elogios que no merecían, Cañete pareció condenado á recibir durante toda su vida los palmetazos de todo el mundo. Y la verdad es que si no se remontó á las grandes alturas de la crítica, supo de ordinario mostrarse juicioso y discreto.

(1) Éste aprovechó diferentes ocasiones para aludir de pasada é intencionalmente al autor de *Don Juan Tenorio*, bien hablando, como al juzgar las *Poesías* de doña Narcisa Pérez Reoyo (1874), del «fecundo y desaliñado Zorrilla», bien acusándole, como en el prólogo á las del cubano D. Rafael María Mendive (1885), de haber malogrado las facultades de los poetas que le imitaron.

(2) «Excelentísimo señor Presidente y señores de la Real Academia Española.—El reciente fallecimiento del señor don Jaime Balmes ha dejado un puesto vacante en esa ilustre Corporación, y como quiera que el deseo de honra ennoblece á cualquier propósito, no creo se califique en mí de temerario el que hace tiempo me anima de unir á mi nombre el título de individuo de la Real Academia Española. Ruego, pues, á los señores que la componen se dignen favorecerme con sus votos en la próxima elección que haya de verificarse, seguros de que realizan una de mis más lisonjeras esperanzas. Madrid, 20 de septiembre de 1848.—JOSÉ ZORRILLA.

(V. Zorrilla, académico, por D. Emilio Cotarelo, en el *Boletín de la Real Academia Española* de Febrero 1917).

que esperar otra ocasión, si la muerte de D. Alberto Lista, acaecida en Sevilla el 5 de Octubre, no hubiera facilitado su inmediato ingreso.

«Verificóse la elección - dice el Sr. Cotarelo - el 2 de noviembre, y, por mayoría, salió Mora académico. Pero acto seguido, se examinó el punto de «si en el caso de que, al proveerse una plaza de académico, hubiese ya otra vacante, necesitarán los aspirantes á la primera presentar una nueva solicitud, ó se tendrá por válida la anterior para dicho efecto, y se acordó que sí, á menos que los interesados quisiesen desistir de su pretensión expresamente y retirasen su Memorial.

«Con esto claramente daba á entender la Academia su voluntad favorable al poeta, así que, no sólo no retiró Zorrilla su Memorial, sino que ningún otro se presentó enfrente del suyo. Transcurridos los dos meses reglamentarios fué, en la junta del 14 de diciembre de 1848, elegido Zorrilla por unanimidad de votos, incluso el de don José Joaquín de Mora, que ya había tomado posesión de su plaza» (1).

De tal modo se sucedieron los acontecimientos, como ya veremos, que Zorrilla ni siquiera llegó á tomar posesión de su cargo (2).

\* \* \*

---

(1) Loc. cit., pág. 5.

Los académicos que votaron á Zorrilla fueron los siguientes: Duaso, *Presidente*; D. José Castillo y Ayensa; Barón de la Joyosa; Eusebio María del Valle; Bretón de los Herreros; Roca de Togores; Cabo-Reluz; Seoane; Gil y Zárate; Ventura de la Vega; Mesonero Romanos; A. Alcalá Galiano; J. F. Pacheco; Eugenio de Ochoa; A. Oliván; Pastor Díaz; J. J. de Mora; Juan Nicasio Gallego, *Secretario*. (*Discurso de recepción de Zorrilla en la Real Academia Española: contestación del Marqués de Valmar, pág. 30*).

(2) En 15 de Noviembre de 1849 acordó la Academia que «en el caso de que algún académico electo deje pasar el término de un año sin presentarse á tomar posesión de su plaza, se entienda que la renuncia y se proceda á nueva elección por los trámites legales, y previno al mismo tiempo que de este acuerdo se dé conocimiento al señor don José Zorrilla». En 20 de Diciembre se

A fines de Septiembre de 1847 ya decían los periódicos que Romea contaba con un drama de Zorrilla, titulado *Posadero, Rey ó nada*. Otro suelto publicado en los primeros días de 1848, decía así: «El Sr. Zorrilla ha presentado ya al teatro del Príncipe su drama *Posadero, Rey ó nada*, sacado de la historia de D. Sebastián de Portugal, y ahora escribe otro que se titula *Salvator Rosa*.»

Claro está que este *Posadero, Rey ó nada* no es otra cosa que *Traidor, inconfeso y mártir*: antes de estrenarse la obra tuvo Zorrilla el buen acuerdo de cambiar aquel título por éste. Pero es que, aunque los periódicos dijeran que el drama estaba ya en el teatro del Príncipe, nos hace dudar de ello el título primitivo, según el cual parece que D. Sebastián había de ser *posadero* y no *pastelero*. Lo probable, por tanto, es que Zorrilla, resuelto desde mucho antes á escribir un drama sobre la historia del triste rey de Portugal, comenzara entonces á pensar en poner manos á la obra.

En los *Recuerdos del tiempo viejo* puede el lector ver (aunque con algún error, según más arriba hemos comprobado) la historia de este drama. Zorrilla, que desde estudiante tenía cariño á la figura del monarca portugués, «estudió su historia y su tradición»; se procuró por medio de Olózaga la causa original del *pastelero de Madrigal* (1) y dispuso cuidadosamente la acción y los personajes, con lo cual vino á ser ésta su «única

---

declaró vacante la plaza, y en 21 de Febrero de 1850 fué nombrado para la misma D. Fermín de la Puente y Apezechea (Cotarelo, loc. cit., pag. 6).

Véase también *Zorrilla en la Academia*, por D. Francisco Rodríguez Marín, en el *Boletín del Centro Artístico y Literario de Granada* (1917), pág. 40

En las *Memorias de la Academia Española*, año I, cuaderno 1.º, pág. 86, se lee, con referencia á estas dos elecciones, que Zorrilla, «resentido de lo que él llamaba desaire, no contestó en un año ni en otro; por lo cual se dió por vacante nuevamente, y se eligió á D. Fermín de la Puente y Apezechea, electo en 21 de Febrero de 1850.»

(1) Sería alguna copia total ó fragmentaria de la que se conserva en Simancas, ó, con más probabilidades, la varias veces reimpressa *Historia de*

obra dramática pensada, coordinada y hecha según las reglas del arte.» Cuando tuvo escritos los dos primeros actos, leyóselos á Romea, y con él convino en que aquél era el mejor de todos sus dramas.

Tenía Zorrilla el recelo de que Romea, maestro en el realismo de la comedia moderna, no había de identificarse bien con el Espinosa de su drama. Él como poeta y Julián como actor, decía, no eran *el uno para el otro*. Temía, pues, que *Traidor, inconfeso y mártir* no había de alcanzar un gran triunfo, y no titubeó en anticipárselo así á Julián.

«Romea escribe—era orgulloso y tenía en su talento disculpa suficiente para serlo: al oír estas palabras, aun de su mejor amigo, frunció el entrecejo y encapotó con él su mirada.—Escucha—seguí yo diciéndole, sin darme por entendido de su gesto ni de su cambiado color—, escucha: tú crees que la verdad de la naturaleza cabe seca, real y desnuda en el campo del arte, más claro, en la escena: yo creo que en la escena no cabe más que la verdad artística. Desde el momento en que hay que convenir en que la luz de la batería es la del sol; en que la decoración es el palacio ó la prisión del Rey D. Sebastián; en que el jubón, el traje y hasta la camisa del actor son los del personaje que representa, no puede haber en medio de todas estas verdades convencionales del arte y dentro del vestido de la creación poética, un hombre real, una verdad positiva de la naturaleza, sino otra verdad convencional y artística; un personaje dramático, detrás y dentro del cual desaparezca la fisonomía, el nombre, el recuerdo, la personalidad, en fin, del actor.

«—¿Y qué?—me dijo desabrida y desdeñosamente Julián.

«—Que tú eres el actor inimitable de la verdad de la naturaleza: que tú has creado la comedia de levita, que se ha dado en lla-

---

*Gabriel de Espinosa, pastelero de Madrigal, que fingió ser el Rey D. Sebastián de Portugal. Y asimismo la de Fr. Miguel de los Santos en el año de 1595.*

El archivero del Escorial don José Quevedo, publicó también algunos documentos de este proceso.

mar de costumbres: que puedes presentarte, y te presentas á veces en escena, conforme te apeas del caballo de vuelta del Prado, sin más que quitarte el polvo, y sin polvos ni colorete en el rostro: pero en estas escenas copiadas de nuestra vida de hoy, dialogadas por personajes que son á veces copias de personas conocidas, que entre nosotros andan, que con nosotros viven y hablan, tú que con ellos vives y que eres de ellos conocido, no estorbas y no pareces intruso. Tú eres Julián Romea y puedes serlo en la comedia actual: pero el drama es un cuadro, es un paisaje, cuyas veladuras, que son el tiempo y la distancia, se entonan de una manera ideal y poética, en cuyo campo jura y se tira á los ojos la verdad de la naturaleza, la realidad de una personalidad: yo necesito un personaje para el papel de mi rey D. Sebastián.

«—Y le tendrás, Pepe, le tendrás: —exclamó Julián. —¡Qué diablos de autores! A vosotros os toca escribir y á nosotros representar.

«—Eso, eso quiero; que representes, no que te presentes.

«—¡Pepe, Pepe! *Suum cuique*. Porque tú alucinas á tus oyentes cuando lees tus versos, y porque yo mismo te he dado á leer los míos en el *Liceo*, para que me los luzcas, no creas que sabes mejor que yo lo que es la escena, sobre la cual estoy desde que me despuntó la barba» (1).

Zorrilla tenía el *Traidor, inconfeso y mártir* como su obra maestra, y yo participo de esta opinión. Nunca como en ella supo aunar las cualidades del poeta fácil y brillante con las del dramaturgo, conocedor hábil de los resortes teatrales.

Aunque diga nuestro poeta que estudió con cuidado la historia y la tradición, no fué realmente mucho lo que necesitó estudiar. El giro que dió al asunto, con la añadidura de una intriga puramente fantástica, excusóle de toda documentación. Del citado proceso original, ó bien del extracto contenido en la *Historia de Gabriel de Espinosa*, sólo pudo tomar algún detalle, como el

(1) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. I., pág. 207.

nombre del alcalde D. Rodrigo de Santillana (*Santillán*, propiamente), la presencia de una joven que á Espinosa sigue ciegamente (bien que aquí ya la fantasía del poeta jugara el principal papel) y alguna circunstancia de localización (1). Lo que sin duda tuvo presente fué la *Historia de España* de Alcalá Galiano. El ejemplar que le perteneció, existente entre los libros de su biblioteca que hoy guarda el Ayuntamiento de Valladolid, conserva aún una señal en el lugar que habla del rey D. Sebastián (2).

Zorrilla, como él mismo hace constar, fué el primero que hizo una sola persona del pastelero de Madrigal y el rey portugués, prescindiendo á sabiendas de la verdad histórica. No es, por

(1) Todo esto, sin embargo, pudo verlo también en la novela *Ni Rey ni Roque*, de Patricio de la Escosura.

(2) *Historia de España... redactada y anotada con arreglo á la que escribió en inglés el Doctor Dunham, por D. Antonio Alcalá Galiano*. Tomo V.

Aunque muy conocida la historia del *pastelero de Madrigal*, no estará de más recordarla aquí.

Muerto el rey D. Sebastián de Portugal en la desastrosa batalla de Alcazarquivir, no faltó quien hiciera correr la voz de que había sobrevivido al combate. Varios impostores, aprovechándose de esta conseja, se hicieron pasar por el rey D. Sebastián, y entre ellos el pastelero de Madrigal Gabriel de Espinosa, que por inducción de fray Miguel de los Santos, se prestó á hacer el papel. Catequizó también Fray Miguel á una monja del convento de Madrigal, hija de D. Juan de Austria, á la cual hizo creer que se casaría con el monarca portugués. Hizo venir de Portugal Fray Miguel á numerosas personas para que le reconocieran, con lo cual la farsa fué tomando incremento; mas preso Espinosa en un viaje á Valladolid, abrióse un proceso que terminó con un grave castigo. Espinosa fué condenado á ser sacado de la cárcel en un serón y arrastrado, ahorcado en la Plaza de Madrigal, descuartizado después, colocados sus cuartos en los caminos públicos y puesta su cabeza en una jaula de hierro. Fray Miguel de los Santos fué ahorcado en la plaza de Madrid.

Patricio de la Escosura había llevado á la novela este asunto en *Ni rey ni Roque*. Más tarde lo hizo Fernández y González en *El pastelero de Madrigal*.

Es de advertir que hasta no hace mucho tiempo existía en Portugal la secta de los *sebastianistas*, que esperaban la llegada del rey D. Sebastián. Según las profecías, había de entrar en Lisboa por el Tajo, en un día de niebla.



tanto, Espinosa, como en las fojas del proceso, quien se hace pasar por el rey don Sebastián, sino el rey don Sebastián quien se hace pasar por Espinosa; de lo cual resulta, naturalmente, un poderoso recurso dramático, que nuestro poeta aprovechó á maravilla. Nada digamos de la complicada serie de sucesos por los cuales doña Aurora viene á resultar hija del alcalde Santillana, porque nada juega en ellos que dé la inventiva del poeta no proceda.

Con razón se muestra Zorrilla satisfecho de los dos primeros actos de este drama, por los cuales creía «tener derecho á que su nombre figure entre los de los dramáticos de su siglo.» Es *Traidor, inconfeso y mártir* una de esas obras que despiertan interés desde que el telón se levanta. Apenas se inicia la acción, en las escenas de la posada, ya el espectador queda pendiente de la curiosidad que excita el desfile del marqués de Tavira, D. César Santillana, su padre D. Rodrigo y el escudero Arbués ante el posadero Burgoa, mientras preparan, en versos naturalísimos, la llegada de Gabriel de Espinosa y doña Aurora. Algo se trasluce ya del conflicto dramático que se avecina, cuando se descubre el amor de D. César y por boca de doña Aurora viene á saberse que un obstáculo misterioso se levanta entre ambos. La entrada de Espinosa, conocidos ya los antecedentes que Arbués refiere, es de efecto extraordinario, y habilidosamente sostenido su diálogo con D. César, firme el uno en ocultar su personalidad y deshacer un amor imposible, resuelto el otro á esclarecer el doble misterio que se le opone:

Cés. ¿Luego confiáis. . ?

Gab. En Dios

primero y después en mí

Cés. ¿Sabéis que os acusan?

Gab. Sí.

Cés. ¿De un delito. . ?

Gab. No, de dos.

Cés. ¿Sabéis cuáles?

Gab. Sí por cierto

- Cés.* Pues á lo que se murmura  
Cualquiera de ellos...
- Gab.* Segura  
trae mi sentencia: soy muerto.
- Cés.* ¿Con ella os chanceáis?
- Gab.* Sí tal.
- Cés.* ¿Podréis probar...?
- Gab.* Una cosa.
- Cés.* ¿Que sois.. ?
- Gab.* Gabriel Espinosa,  
pastelero en Madrigal.
- Cés.* Podrán dudarle tal vez.
- Gab.* ¿Por qué?
- Cés.* Porque lo desmiente  
vuestro gentil continente,  
y es muy receloso el juez.

Primoroso es del principio al fin el segundo acto, en el cual, por cierto, tuvo alguna intervención otro autor muy reputado, don José María Díaz (1). Gabriel Espinosa—el rey D. Sebastián, más bien—aparece en toda la elevación y entereza de su carácter: generoso en sus móviles, altivo con los altivos, astuto y sagaz en su simulación. Quien haya visto representar una sola vez *Traidor, inconfeso y mártir*, recordará siempre la escena entre Espinosa y D. Rodrigo de Santillana, en que el taimado

(1) Tal lo dice la siguiente nota en él puesta:

«Las escenas quinta, sexta, séptima, décima y undécima de este acto no hubieran podido ser terminadas por mí, sin el eficaz auxilio de mi amigo don José María Díaz, que me ha ayudado á escribirlas, sacándome generosamente del atolladero en que me tenían metido las dificultades de su desempeño. Las variaciones, inversiones y adiciones que después han sufrido, las han dejado tales, que ni el señor Díaz ni yo seríamos probablemente capaces de distinguir en ellas los versos que á cada cual pertenecen; yo no debo sin embargo apropiarme la parte que no me corresponde de estas escenas; y si por ventura nuestra el público las aplaude, el señor Díaz tiene derecho á sus aplausos, lo que se complace en decir públicamente su mejor amigo—José Zorrilla.»

Don José María Díaz escribió bastantes obras dramáticas, revelando no poca destreza en la técnica escénica y en la versificación.

golilla, con toda su experiencia, es juguete de la serenidad inalterable del falso pastelero, y acaba por desorientarse y confundirse:

*Rod.* ¿Pues cómo oficio tan bajo,  
siendo tan alto, elegís?

*Gab.* Por vivir, cual vos vivís  
de la ley, de mi trabajo.

*Rod.* Mas mi toga y aranceles  
no deshonran.

*Gab.* No á fe mía:  
pero yo hacer no sabía  
otra cosa que pasteles.

*Rod.* (No es lerdo el señor Gabriel).

*Gab.* (Astuto es el don Rodrigo).

*Rod.* (Por aquí nada consigo,  
pero ya daré con él  
en tierra al fin) ¡Caballero!

*Gab.* Mandad.

*Rod.* Una relación  
que os llamará la atención  
contaros quisiera.

*Gab.* Espero  
que será por lo galana,  
lo discreta y lo curiosa,  
la invención más ingeniosa  
del señor de Santillana.

*Rod.* Pues oíd. — Buen capitán,  
más que rey, de fe tesoro,  
allá en las playas del moro  
murió el rey don Sebastián.  
¿Supongo que de una historia  
tan pública oísteis algo?

*Gab.* ¡Si vierais qué poco valgo  
en esto de la memoria!

*Rod.* En vuestro horno, no me extraña  
que e. téis de noicias falto.

*Gab.* Sé que á su muerte, de un salto  
pasó Portugal á España.

*Rod.* Justo: mas hoy los noveles  
vasallos, por sacudir  
sus leyes, dan en decir  
á los pueblos á ellos fieles,  
que ha sido una usurpación,  
y pregonan de concierto  
del rey en África muerto  
la fausta resurrección.

*Gab.* ¡Oiga! no está mal pensado.

*Rod.* No: mas la dificultad  
era el dar en realidad  
con el rey resucitado.

Buscósele con esmero  
y hallóse por toda cosa  
un tal Gabriel Espinosa  
en Madrigal pastelero.

*Gab.* Vamos, ya caigo: el error  
de esta semejanza mía,  
hizo á vuestra señoría  
creer que soy...

*Rod.* Un impostor.

La relación en que Espinosa, levantando á medias el velo, cuenta su azarosa historia, es modelo de soltura y gallardía teatral. Con razón se hicieron famosas sus redondillas y pasó á proverbial alguna de sus frases:

*Gab* Apenas cumplí la edad  
que se llama juventud,  
con loca solicitud,  
con ciega temeridad,  
abandoné mis hogares  
y en más remoto hemisferio  
dueño del mayor imperio  
pirata fuí de los mares.

En ellos, profundo osario  
de cien bajeles, guerrero  
alcé mi estandarte fiero  
de Asia y Europa corsario,  
y amontoné más tesoros  
que guarda el mar en su centro  
y arenas quemadas dentro  
de sus desiertos los moros.

Ebrio con tanta riqueza,  
dejé mi gente y la mar,  
queriendo en tierra ostentar  
mi valor y mi grandeza;  
y con el nombre supuesto,  
del marqués de Mari-Alba,  
al lado del duque de Alba  
gané en sus glorias un puesto  
y en la cabeza esta herida;  
bien es que al que me la abrió  
con mi espada le abrí yo  
las puertas de la otra vida.

*Rod.* No os daría poca pena  
después.

*Gab.* ¡Fué un fatal deslíz!..

*Rod.* No es mala la cicatriz.

*Gab.* La cuchillada fué buena.  
No me tendió, s n embargo;  
el furor me mantenía  
y combatí todavía  
hasta caer, tiempo largo.  
Mas harto al fin del oficio  
de lidiar en tierra firme,  
licencia para salirme  
por entonces del servicio  
al duque de Alba pedí:  
díómela el duque cortés,

y vedla.

*Rod.* Su firma es:  
para el marqués...

*Gab.* Para mí.  
Di, pues, vuelta hacia la corte,  
sirviéndome mucho en ella,  
primero, mi buena estrella,  
después, mi lujoso porte.  
Por ese tiempo de vos  
nadie hablaba todavía,  
y á mí el rey me recibía  
con grande amistad.

*Rod.* (¡Gran Dios,  
entonces fué cuando vino  
el monarca portugués  
á Castilla! ¿Será, pues,  
este hombre?). ¿Quién previno  
más festejos a usarced?

*Gab.* No hay por qué ocultarlo al fin:  
el conde de Medellín  
con tantos me hizo merced,  
que corresponder no supe  
como era mi obligación.

*Rod.* ¿Y os tuvo tal atención  
en Madrid?

*Gab.* No; en Guadalupe.

*Rod.* ¿En ese pueblo?

*Gab.* Sí tal.

*Rod.* No recuerdo de que allí...

*Gab.* Al rey de España en él vi  
junto al rey de Portugal.  
Después... abrid, Santillana,  
un paréntesis aquí,  
y poned en él de mí  
cuanto mal os diere gana,

Básteos saber, don Rodrigo,  
 que perdí mi oro y mi gloria  
 sin que una buena memoria  
 me quedara, ni un amigo.  
 Por tierra extranjera anduve  
 errante como un bandido,  
 y el pan que en ella he comido  
 que mendigármelo tuve.  
 ¿Mas el desengaño al fin  
 qué ánimo feroz no doma?  
 Llegué arrepentido á Roma  
 remando en un bergantín.  
 Visité á su santidad:  
 confesión le hice de todo,  
 y el Santo Padre halló modo  
 de absolverme en su piedad:  
 dándome de penitencia  
 de los pecados sin cuento  
 que abrasan mi pensamiento  
 y me abruman la conciencia,  
 que emprendiera el viaje entero  
 del Santo Sepulcro á pie

*Rod.* ¿Y lo hicisteis?

*Gab.* Por la fe  
 lo juro de caballero.  
 Y aun fué más: su santidad  
 me ordenó que renunciara  
 mi jerarquía y que echara  
 mi nombre en la eternidad  
 He aquí por qué no os lo digo  
 Penitente le arrojé  
 dentro de ella, y le olvidé  
 para siempre, don Rodrigo (1).

(1) En un artículo titulado *¡Mirón, y errarla!*, publicado en *Blanco y Negro*, cuenta D. Francisco Flores García una curiosa anécdota. El gran actor don

Poco después se revela, con fuego, la pasión que encadena el alma de Aurora á su generoso protector. El carácter dramático esbozado certeramente en el acto primero, se destaca ahora con líneas fuertes y vigorosas.

El tercer acto decae, evidentemente, acaso por la necesidad de explanar y desenredar una trama que en los anteriores apenas juega papel alguno. Zorrilla, para lograr más eficazmente el efecto dramático, quiso que Aurora fuese hija del alcalde Santillana, y como los dos primeros actos giran en torno al personaje Gabriel Espinosa, necesitó aquí evocar la historia de amores, un poco violenta, por la cual vino al mundo en suelo

Pedro Delgado, que hacía maravillosamente el protagonista de *Traidor, infeso y mártir*, ejecutaba cierta noche en un teatro de Granada este drama de Zorrilla. En un palco proscenio había un espectador *gracioso*, el cual, observando que Delgado no se quitaba los guantes en todo el primer acto, comenzó á chancearse en voz bastante alta para que lo celebraran los espectadores próximos. Delgado le miraba furibundo. Al ver que en la escena segunda del segundo acto seguía el actor con un guante, continuaron las bromitas. Nueva mirada fulminante de D. Pedro, acompañada esta vez de una sonrisa irónica, que parecía querer expresar:

—Eres un mentecato y pronto verás lo que es bueno.

En efecto, en lo más interesante de la escena sexta de dicho acto, el encorajinado comediante se acercó al palco, y encarándose con el tipo en cuestión, declamó, en tono reconcentrado y trémulo por la ira, los siguientes versos del drama:

«Volví al mar: del africano  
las costas guardando anduve,  
y en un combate que tuve  
los dos dedos de esta mano  
perdí; mas, su nave hundida,  
cogí á mi enemigo preso.  
La mano llevo por eso  
siempre en el guante metida.

«Los dos últimos versos los declamó D. Pedro Delgado levantando la voz á la altura de su indignación y metiéndole á aquel individuo la mano enguantada por los ojos. Y en seguida le gritó:

—¡Mirón, y errarla!...»

El público, *abucheando* al gracioso, le hizo abandonar su localidad.

portugués la tierna Aurora, y fué luego á dar en poder de Gabriel. No dejará el espectador de interesarse por el relato de tales sucesos, y esperará con impaciencia el funesto trance por el cual Aurora á un tiempo mismo reconoce y aborrece á su padre; pero más pondrá su atención en la figura atrayente del pastero, que, envuelta en las indecisas nieblas del misterio, constituye una de las más intensas creaciones del teatro español.

Se anunció al fin el estreno de *Traidor, inconfeso y mártir* para el día 26 de Febrero de 1849, beneficio de Matilde Díez. La función se compondría de una sinfonía nueva, escrita por don Manuel Tubau, profesor de la orquesta del teatro; el estreno del drama de Zorrilla; una «miscelánea nueva de bailes», compuesta y dirigida por D. Angel Estrella, música del maestro Saldoni; y, últimamente, la representación del sainete *Las arracadas*, desde mucho antes no puesto en escena (1).

La función, sin embargo, sufrió dos aplazamientos: el primero por indisposición de Julián Romea; el segundo, porque fuerza mayor puso á la compañía en la precisión de abandonar el teatro del Príncipe. El Gobierno había decidido realizar en este coliseo las obras necesarias para que en él quedase instalado el *Teatro Español*, cuya gestación marchaba lentamente, y con tal motivo Romea y los suyos hubieron de pasarse al de la Cruz.

En este teatro se hizo el beneficio de Matilde y se estrenó el drama de Zorrilla, el día 3 de Marzo. De lo que aconteció en el estreno, dan detalladas noticias los *Recuerdos del tiempo viejo* (t. I, pág. 210). Romea, según frase de Zorrilla, *presentó* y no *representó* su personaje. «Si yo hubiera podido—escribe—evocar y resucitar al verdadero juez Santillana, hubiérase vuelto á apoderarse de aquel verdadero Espinosa, confundiéndole con el que hizo ahorcar; pero para el público tenía algo de la sombra: le faltaba voz, movimiento, fisonomía, relieve, poesía. Julián

(1) Los billetes para la función, según entonces era costumbre, se vendían en el domicilio de la beneficiada.

hizo sus escenas del primer acto con el capitán y con el alcalde con una exactitud, con un aplomo, con una verdad intachables para los palcos de proscenio y las dos primeras filas de butacas: la sala no pudo apreciar su perfecto trabajo escénico.» Antonio Barroso, encargado del D. Rodrigo de Santillana, «estudió, preparó y vistió su papel con tal esmero, que se identificó con el personaje que representaba. Era Barroso un mozo sevillano, culto y simpático, aficionado á la poesía; y Zorrilla, que le distinguía con su afecto, quiso darle ocasión para lucirse en un papel de difícil desempeño. «Con su toga y su golilla, sus vuelillos de encaje y su junco con cabos de plata, encuadró tan poéticamente su figura severa y su carácter odioso en contraposición del sencillo y virginal del de la Matilde, que desde su primera escena resaltó como sombra negra é infernal de aquella blanca y celeste aparición, entre cuyas dos figuras iba á pasar desde la hostería al patíbulo aquel otro vago, misterioso y casi indeciso fantasma, del perpetuamente acusado y jamás reconocido soberano pastelero de Madrigal». En el tercer acto Barroso desplegó todas sus facultades, armonizando á maravilla con la inspiración dramática de Matilde

Florencio Romea, encargado del D. César, supo también cumplir como bueno. «Lo más á tiempo escribe Zorrilla—, lo mejor que ha hecho y ha dicho Florencio en su vida, es el decir á Santillana:

Tomad: sepamos la verdad postrera.»

De Matilde habla Zorrilla con entusiasmo. En el acto primero, ya arrancó los aplausos del público. En la escena XI del acto segundo—escena de belleza extraordinaria—dice Zorrilla que desplegó Matilde «toda la ternura de su corazón, toda la poesía de su amor recóndito, y toda la grandeza de su incondicional abnegación; en un juego escénico tan infantil como apasionado, con un acento de castísima ingenuidad, con una declamación tan impregnada de sentimiento y unas inflexiones de voz tan melodiosas, tan suaves y tan variadas, que encantó, enterneció, fascinó, y exaltó al público, arrancándome á mí las

lágrimas; á mí, poeta entusiasta y satisfecho, que escuchaba por primera vez mis versos de su boca, como si estuviera oyendo arrullar á una paloma enamorada de un ruiseñor.» Y aun encarece más Zorrilla, en frases llenas de vehemencia, la labor de Matilde en el acto tercero. «El telón—termina—cayó en un momento de silencio, que se cambió en un espontáneo y general aplauso. El autor y los actores fuimos llamados al proscenio: Julián sonreía, Matilde no podía respirar, Barroso estaba convulso como si fuese á sufrir un ataque de nervios... de mí no sé lo que era... Pero ¿gustó el drama?»

Hace Zorrilla esta pregunta para dar á entender que Romea, un *don Sebastián de levita*, ni sacó todo el partido posible de su papel, ni otorgó sus cariños á la obra, que á los pocos días desapareció del cartel. Por esto hace notar que cuando, tiempos después, Catalina se separó de Romea y ajustó á Matilde, presentóse al público con *Traidor, inconfeso y mártir*, y esta obra quedó desde entonces de repertorio en España y América, dando ocasión al lucimiento de muchos actores. Es cierto: Pedro Delgado, Antonio Vico, Rafael Calvo, otros actores de nuestros días, han sabido dar calor y relieve al *pastelero de Madrigal*.

La crítica coincidió con las apreciaciones de Zorrilla. Villergas, que no solía pecar de benévolo, publicó en *D. Circunstancias* un artículo sobremanera encomiástico, bien que los elogios dedicados á Romea fueran más tibios. Refiriéndose á la obra, dice así Villergas: «¡Hay tanto interés dramático! ¡Tanta naturalidad! ¡Están los caracteres tan bien sostenidos, que á pesar de la sencillez del argumento se mantiene el público embelesado hasta el momento de caer el telón! Si á estas circunstancias se añaden los encantos de la versificación y las bellezas de un diálogo siempre animado y fácil, mis lectores comprenderán con cuánta justicia debo elogiar un drama que en mi concepto es uno de los mejores que ha producido la privilegiada pluma del señor Zorrilla.»

De los actores habla en esta forma:

«Digo que la ejecución ha sido esmerada, y añadiré que se

ha distinguido notablemente el señor Barroso en su difícil papel de Alcalde de casa y corte, habiéndolo desempeñado con mucha inteligencia y verdad, cosa que no me ha sorprendido, porque el señor Barroso es sin disputa uno de los actores que más comprenden el valor de un papel y á quienes la escena reserva grandes lauros. El señor Romea (don Florencio) ha sabido expresar su papel de capitán con toda la nobleza y dignidad que exigía tan simpático carácter. El señor Sobrado ha desempeñado en esta ocasión un papel que parece subalterno si sólo se atiende á las dimensiones, pero que no carece de importancia, máxime habiendo caído en manos de un actor entendido que ha sabido darle realce (1). Y de propósito he dejado al señor Romea (don Julián) y á la señora Díez para lo último, no porque este sea el lugar que merecen, pues ya sabemos que estos señores deben ocupar el primer lugar en la escala de los artistas, sino para hablar de ellos con más detenimiento, como á su mérito corresponde, así como también á los interesantes papeles que han desempeñado. Pero ¿qué puedo yo decir de la señora Díez? ¿Cómo podré dar á mis lectores una idea de su inteligencia y de su acento siempre inspirado y simpático?

. . . . .

«Tiempo es de que se diga algo del protagonista Gabriel de Espinosa, primorosamente delineado y sostenido por el autor, y expresado por el señor Romea (don Julián) con la inteligencia que reclamaba la importancia del papel.»

Como ya se ha dicho, *Traidor, inconfeso y mártir* se representó muy pocos días (siete únicamente). Y hay motivo para creer que las diferencias entre Zorrilla y Romea se renovaron entonces, acaso por alguna incidencia de la misma obra, tal vez en razón á las historias que Cañete sacó á relucir en *El Siglo*. A fines de Marzo cesó Romea en el teatro de la Cruz; el 8 de

---

(1) Sobrado hizo el papel de *Arbués*.

Abril inauguró el *Teatro Español*, y ni una sola obra de Zorrilla hizo representar en su larga temporada (1).

Antes de estrenarse *Traidor, inconfeso y mártir* habíase anunciado en los periódicos la publicación del poema religioso *María*; pero, si bien comenzó á imprimirse en aquel año, y se repartió por entregas, ni estuvo terminado hasta mediados del siguiente, ni fué Zorrilla quien le dió remate. Ocurrió bien pronto que Zorrilla, como dice en el poema una nota de los editores, «no pudo continuar á tiempo su obra», y ellos llamaron entonces para que le ayudara á D. José Heriberto García de Quevedo, el estimable poeta venezolano, que ya se había dado á conocer ventajosamente en Madrid. García de Quevedo comenzó prestando su colaboración á Zorrilla y se hizo por último cargo del poema, escribiendo íntegramente desde el libro quinto (pág. 151) hasta la terminación. (2)

Igualmente en colaboración con García de Quevedo escribió por entonces Zorrilla *Un cuento de amores*, publicado en 1850, y sospecho que también el poema *Pentápolis ó Ira de Dios*, cuya primera edición no me ha sido posible ver. De *Pentápolis* había dado Zorrilla á conocer dos cantos (formado casi totalmente uno de ellos por su hermosa composición *El Angel*

---

(1) Huelga decir que Zorrilla tenía no pocos adversarios. Por entonces le dirigió Manuel Fernández y González la siguiente octava:

En el lírico tono es mediano  
y á veces al sublime se levanta;  
suele imitar al cisne y al vencejo  
sí rudo silba ó apacible canta.  
De soberbia no cabe en el pellejo,  
y de su misma gloria tal se espanta,  
que en su delirio loco exclamó un día:  
Nadle pase ante mí: la tierra es mía.

Verdad es que Fernández y González, que pretendía competir con Zorrilla como poeta, nunca le vió con buenos ojos. ¡Y cuidado que hablar de soberbia el autor de *Men Rodríguez de Sanabria!*

(2) En la *Corona fúnebre del Dos de Mayo*, publicada este mismo año 1849, se insertó una poesía de Zorrilla,

*exterminador*, inserta en el tomo VIII de sus *Poesías*), y el poeta venezolano tuvo también que dar cima á la obra (1).

Zorrilla había contratado el poema *María* con el editor Gullón: había de entregársele en el término de seis meses y cobrar por él treinta y dos mil reales. Consultó el caso con el obispo Tarancón, recibió sus consejos, y para trabajar con más libertad y provecho se retiró al Pardo y tomó en la Casa de Infantes un aposento, que empapeló y amuebló por su cuenta. Ahora veamos lo que nos refiere Zorrilla:

«Pasábame allí las semanas enteras: los sábados me enviaban mi mujer y mi primo los caballos, y venía á pasar á Madrid los domingos. Escribíame poco mi padre, porque tenía gota y mal pulso y costábale mucho el llevar la pluma, y escribíale yo también muy poco, porque estaba muy cansado de tener entre los dedos continuamente la mía. Sabía él de mí que trabajaba en un libro de la Virgen; sabía yo de él que la gota le tenía en descuido de la hacienda que había en parte arrendado, y en el endiablado humor en que la podagra pone á quien la padece; y sabía de ambos el bueno de Tarancón, porque de ambos se ocupaba y á mi padre escribía, mientras yo algunas veces le visitaba; y así corrió el invierno del 48 (2), preguntando yo á mi padre si necesitaba de mí, y contestándome él que no valía su mal la pena de que yo interrumpiera mi trabajo

»Conservaba yo roto, y así de él me servía, aquel malhadado espejo de mi *necessaire* que se me rompió en París, y cuya rotura dió tanto á Freyre que rezungar; pero habiéndose desprendido uno de los dos trozos de su cristal por un costado,

(1) Aunque las ediciones de Baudry y de su sucesor Garnier (en cuyo tomo tercero encontrará el lector el poema *Ira de Dios*), únicamente advierten que el canto II es de García de Quevedo, D. José María Torres Caicedo, que recibió informes del propio poeta venezolano, dice que en es este poema «todo es obra de García de Quevedo, menos el canto primero y el tercero que pertenecen á Zorrilla.» (*Ensayos biográficos y de crítica literaria*, primera serie, pág. 397).

(2) Error de Zorrilla: fué el 49. En Octubre de este año murió su padre.

adherido sólo al cartón en que encuadrado estaba por su parte superior, hacíase ya tan engorroso como arriesgado el servicio del tal espejo; y como conservábale yo roto por mero recuerdo del mal día en que se rompió y no por supersticioso empeño, que Dios, en quien solamente á puño cerrado creo, me ha librado de creer en ajueros ni supersticiones de ninguna especie, determiné al fin renovar el espejo, ya que el *necessaire* era en verdad prenda que merecía tenerse completa. Vivía yo en las casas de Santa Catalina de la calle del Prado, y hallábase establecida una fábrica de espejos en donde hoy lo está el Casino Cervantes; llevó mi mujer misma el cartón en que el roto estaba encuadrado, y en él la pusieron otro espejo de la exacta medida, prometiéndosele para el lunes: pero no se lo llevaron hasta el martes. El azogado cristal nuevo encajaba perfectamente en el hueco para él hecho en el fondo de la tapa del *necessaire*; coloquéle en su lugar, púsele encima la almohadilla que le garantizaba contra choques y movimientos, y cerrado el *necessaire*, forcé la tapa para hacer girar la llave; pero al forzarla, sentí crujir algo dentro: el espejo se había vuelto á romper; yo había dejado por debajo del cristal uno de los pasadores que por arriba le sujetaban.

»Resignéme á tenerlo roto y me volví á mi escondite del Pardo, y volví á emprenderla con el libro de la Virgen. Era un martes. Mi familia no iba nunca á verme al Pardo; yo la pedía ó ella me enviaba los caballos ó un carruaje, pero nunca en día de entre semana, sino en sábado ó en domingo. El jueves había yo concluído un capítulo; hacía un tiempo delicioso y salí á hacer ejercicio antes de comer, en compañía de un guarda que en tales casos me servía de cicerone. A mi vuelta hallé un coche en el patio de la casa y á mi mujer esperándome en mi aposento. Volví yo contento de mi paseo porque lo estaba de mi trabajo, y alegremente abracé á mi mujer y á la persona de su familia que la acompañaba.

»La mesa estaba puesta; sentíame con apetito, y comencé tranquilamente á dar cuenta solo de mi pitanza, de que los recién

venidos rehusaron participar, y pasé distraído las primeras cucharadas de la caliente sopa: pero al notar de repente el silencio tan sombrío como desusado de mi familia, asaltóme un siniestro presentimiento, y exclamé inquieto:

»—¡Dios mío! ¿Qué sucede, que venís tan tristes y tan pronto?

»—Nada, pero es preciso que vengas con nosotros.

»—¿Por qué?

»—Porque... ha llegado una carta de Torquemada...—y al decir esto, mi buena mujer rompió á llorar sin poderse contener.

»No recuerdo si el del espejo roto fué lo que excitó en mi mente la tremenda idea: «¡Ha muerto mi padre!»—exclamé angustiado.

»—No, todavía no—se arriesgó á decir mi mujer; pero como esto, por vulgar que sea, es lo primero que suele ocurrir á todo el mundo decir en casos semejantes .. no me quedó ya duda de mi desventura, y otra idea más tremenda envolvió mi espíritu en las tinieblas de otra duda que sumía mi alma en la más impía desesperación.

»¡Mis padres mueren, me dije á mí mismo, sin llamarme en su última hora! ¡Dios me deja sobre la tierra sin el último abrazo y sin la bendición de mis padres! ¿Qué le he hecho yo á Dios? ¿Están malditos mis pobres versos?»

»Recogí los que llevaba escritos de la Virgen y me volví á Madrid y á casa de Tarancón, á quien ya no hallé: hacía dos días que había salido para su diócesis.»

---

The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the United States. It covers the period from the discovery of the continent to the beginning of the American Revolution. The author discusses the early exploration of the continent, the establishment of the first colonies, and the growth of the American people. He also touches upon the political and social conditions of the time, and the role of the British in the development of the colonies.

The second part of the book is devoted to a detailed account of the American Revolution. It covers the period from the outbreak of hostilities in 1775 to the signing of the Treaty of Paris in 1783. The author discusses the military and political events of the war, the role of the Continental Congress, and the struggle for independence. He also touches upon the social and economic conditions of the time, and the role of the British in the development of the colonies.

The third part of the book is devoted to a detailed account of the early years of the United States. It covers the period from the signing of the Treaty of Paris in 1783 to the end of the American Revolution in 1791. The author discusses the political and social conditions of the time, the role of the Continental Congress, and the struggle for independence. He also touches upon the social and economic conditions of the time, and the role of the British in the development of the colonies.

**Amárguras.—Una herencia ilusoria. «El último fuego del hogar».—Vuelta al yunque --Novedades literarias.—¡A París!—El huésped Muriel.—«Granada».—La Emperatriz Eugenia.—Graves apuros.—Leila.—¡A Méjico!**

Don José Zorrilla Caballero, el exsuperintendente general de policía del reino, fiel servidor del monarca don Fernando VII, había muerto en su casa de Torquemada á las seis y media de la mañana del día 16 de Octubre (1). Su hijo, triste, abatido, desalentado, dispúsose á tomar el camino de Torquemada.

Antes de emprender el viaje, creyó Zorrilla conveniente proveerse de alguna recomendación para las autoridades de la tierra palentina. Su padre, por tiquismiquís políticos, había tenido muchos enemigos; dos veces le habían intentado quemar la casa, y durante muchos años había estado su hacienda detentada por manos audaces. Era, pues, medida de prudencia prevenirse contra las arterfás y peligros que se pudieran presentar.

D. Luis Sartorius, conde de San Luis, desempeñaba á la sazón la cartera de Gobernación, y Zorrilla, que con él tenía antigua amistad, le expuso su pretensión. Sartorius le complació *incontinenti*, dándole una carta, especie de credencial reservada, en la cual encargaba á las autoridades de Palencia y su provin-

(1) V. la partida en el apéndice XII.—Por la amabilidad con que me ha proporcionado informes, doy gracias expresivas al Sr. Cura Párroco de Santa Eulalia, de Torquemada, D. Mariano Cardeñoso Panlagua.

cia que le auxiliaran en todo aquello que necesario fuese. Y entre ambos se entabló un diálogo que Zorrilla traslada en estos términos:

«Al despedirme, me dijo Sartorius:

»—Los duelos, Pepe, con pan son menos: debes de quedar rico.

»—No lo sé, le respondí: mi padre me ha pedido siempre y nunca me ha dado.

»—Por eso, por ahorrártelo. Consta en los archivos que tu padre recibió seis millones para gastos secretos de policía, y tu padre no los gastó: ahora los encontrarás.

»—Te repito que no sé nada; además, yo no he querido nunca el dinero, sino el corazón de mi padre.

«Abrazóme Sartorius, despedímonos y partí para Castilla» (1).

Realmente, Zorrilla tenía motivo para esperar una regular herencia. Su padre tenía en Torquemada casas, bodegas, huertos, tierras, y todo ello, medianamente tasado, ascendía á una cantidad respetable. Además, bien podía creerse que en metálico guardara sus buenos ahorros, acostumbrado, como siempre estuvo, á una vida modesta y aislada. Y, pensándolo así, es muy posible que Zorrilla soñara una vez más con retirarse al rincón solariego de Torquemada, y allí, ajeno á las luchas mundanas, cultivar tranquilamente sus predios y sólo como recreo buscar alguna vez la compañía de las musas.

Lleno de opuestos y tenaces pensamientos, llegó Zorrilla á Torquemada. Allí pudo bien pronto ver á don Tomás Manrique, escribano joven, recién establecido en la villa, y á quien su padre—son sus palabras—«había con justicia acordado su confianza»; vió á Jacinta, el ama de gobierno de su padre (de la que se habla en los *Recuerdos del tiempo viejo* con cierto misterio); vió á *Quico*, y á Antonia, criados de la casa; vió, en fin, á no pocos lugareños, que curiosamente le miraban ó le interrogaban. Manrique le dió pormenores sobre la vida y muerte de su padre.

(1) *Recuerdos ael tiempo viejo*, t. II, pág. 6.

Supo, pues, que en sus últimos tiempos el jubilado golilla del rey Fernando sólo recibía en su casa á Manrique—en cuyas manos había puesto sus negocios—, á dos labradores ricos, con quienes consultaba su laboreo, y á un prebendado de la colegiata de Covarrubias, que cada cuatro ó cinco meses iba á verle, pasaba con él un día y se tornaba nuevamente á su colegiata, sin que nadie sospechara el objeto de tales visitas. En cierta ocasión fueron á visitarle otros dos eclesiásticos de Covarrubias, amigos viejos, que durante la primera guerra carlista habían mantenido oculta á doña Nicomedes Moral (1); y, no obstante mediar esta circunstancia, negóse á recibirlos en su casa.

«Una noche que los dolores de la gota se le recrudecieron— escribe Zorrilla—, se hizo aplicar no se sabe qué apósito calmante, y el médico le anunció al día siguiente que estaba en peligro de muerte. Manrique le pidió permiso para avisarme, á lo cual se opuso mi padre diciendo: «No vale la pena: ya le desbaratamos todos sus planes en París á la muerte de su madre; déjele usted en paz.» No quiso confesarse con ninguno de los doce curas de Torquemada, y envió á llamar para ello á un abad exclaustado, que, como él retirado, vivía á pocas leguas de distancia; y cumplidos sus deberes de cristiano, con la más estoica indiferencia volvió la cara á la pared y la espalda al mundo, espirando tranquilamente como quien se acuesta á dormir.»

¡Triste poeta! Años después de estos sucesos escribía desde Méjico: «Mi padre en 1849 no me quiso llamar á mi casa de Torquemada en donde murió, para asistirle en su última enfermedad: y su confesor me reveló después, que había dicho al proponerle que me llamara: no, porque vendrá con su mujer.»

¿Y había motivo para que le negara el consuelo de recoger su último suspiro? ¿Ni el odio á doña Matilde, ni el recuerdo de

---

(1) De aquí puede deducirse que donde vivió doña Nicomedes durante aquel tiempo, fué en Covarrubias.

culpas suficientemente lavadas, podrían ser bastantes para justificar semejante castigo? No, en verdad. El respeto y cariño con que el poeta, después de su primera calaverada, había tratado á su padre, bien merecían otra recompensa.

Todos los esfuerzos de Zorrilla —ya lo hemos visto antes de ahora— se habían encaminado á congraciarse con su padre: por él persiguió la gloria y por él se alejó de la política, que tan beneficiosa pudiera haberle sido. «Mi idea fija —dice en los *Recuerdos*— era hacer famoso el nombre de mi padre, para que éste, volviéndome á abrir sus brazos, me volviera á recibir para morir juntos en nuestra casa solariega de Castilla; única ambición mía y único bien que Dios no ha querido concederme.» En uno de los prólogos á la inconclusa edición de sus *Obras completas*, habla de este modo: «Mi aspiración no era la gloria, no la riqueza, no la fortuna: mi esperanza estaba en mi padre, mi anhelo era forzarle á volverme su gracia, mi porvenir volverme á sentar con él en nuestro solariego hogar de Castilla; y fijo siempre y siempre encastillado en esta idea, el tiempo y la sociedad giraban en torno mío sin arrastrarme en su progresiva marcha, y toda mi poesía estuvo alimentada por este íntimo y único anhelo y por mis íntimos y solitarios recuerdos.» (1).

Su obsesión fué ésta, y el dolor de no haberlo conseguido le acompañó hasta sus últimos días. A cada momento lo expresa así en sus obras. ¿Que más? Hasta en una carta que dirigía á Leopoldo Alas en 1884, decía lo siguiente: «Yo escribí los míos [sus versos] hasta el 48 para recobrar el cariño de mis padres y volver honrado á sus brazos y al calor de mi hogar solariego: mi padre murió despreciando mis versos y por ello me dejó empeñada mi hacienda y en el desprecio de mí mismo, y me expatrié voluntariamente esperando morir pronto por débil constitución: Dios no lo quiso así y vivo resignado con el fardo estorbo de mi reputación y de mis versos.»

(1) *Recuerdos del tiempo viejo* t. I, pág. 121.—*Obras completas* (Barcelona, 1884), pág. 126.

En el *Discurso* de recepción en la Academia Española exhaló la misma queja:

En lustro y medio de voraz trabajo  
 que á mi patria asombró, ver logré en ella  
 volar mi nombre de la fama en alas,  
 é intenté realizar mi gran quimera:  
 alzar una pirámide de gloria  
 del solar de mis padres á la puerta,  
 y que al volver á él hallaran limpias  
 mis manos, y mi honra y mi conciencia,

Hice milagro tal; pero fué inútil:  
 para no ver el resplandor siquiera  
 de mi gloria, cerraron de mi casa  
 por dentro los balcones y las rejas.

Toda España admiró mi fe y mi gloria;  
 ¡mi raza nada más no quiso verla!  
 ¡Fué la caída de Ícaro; fué el agua  
 pretender conservar en una cesta!

Dios no quiso aceptar mi sacrificio;  
 Dios maldijo mis versos y mi herencia,  
 y me volví á quedar ante mi gloria  
 vacío el corazón y el alma huérfana.

Manrique leyó á Zorrilla el testamento de su padre. ¡Cómo recordaría, al escucharle, aquella cláusula del de su madre, en que le bendecía «con toda la efusión de su corazón»! D. José, á vueltas de otras cosas, disponía que se dijeran misas en el novenario, cubriéndose la sepultura con «cuatro velas, cuatro roscas y cuatro cuartos para responsos en cada una»; que se entregasen unas mandas á sus criadas y se dieran por perdonadas las deudas que con él tenían algunos de sus allegados. «Mi hermano Juan —decía— es un perdulario y por lo mismo sólo le darán dos cargas de trigo y tres camisas de las que yo uso para dormir » Desheredaba, pues, «para todo caso y acontecimiento», á este su hermano Juan y sus descendientes, así como á los de sus difuntos hermanos Hilaria y Angel. Y agregaba:

«En el remanente que quedare de todos mis bienes, derechos y acciones, instituyo y nombro por mi universal heredero á mi hijo único Don José Zorrilla Moral, vecino de Madrid. Si mi hijo muriese antes que yo, serán mis únicos universales herederos mis dos sobrinos D. Anselmo Zorrilla Meneses y Marcial Cañas Zorrilla.» (1)

Llamaría la atención de nuestro poeta, si, como parece, no estaba en antecedentes, una cláusula que decía así: «Como es posible que por la situación á que me han reducido las extraordinarias y calamitosas circunstancias de estos tiempos, resulte contra mí alguna deuda al tiempo de mi muerte, es mi voluntad que se pague, caso de no cargarse de ella mi hijo, primero con los bienes que poseo, no por la herencia de mi tía Doña Josefa, sino por otros legítimos títulos.»

Y más penosa impresión le causaría otra concebida en estos términos: «Es mi voluntad que si muero en esta villa de Torquemada debo ser enterrado con túnica negra de estameña ó bayeta *en el sitio que á juicio del enterrador sea más despreciable en el Campo Santo*, haciéndoseme los funerales más pobres que se acostumbren, ó sean los que se conocen con el título de honras menores, porque la pompa y ostentación de los entierros, son resto del orgullo y vanidad mundana, porque según Job al que muere sólo le siguen sus obras.»

¡En el sitio más despreciable del camposanto! ¿Era esto humildad, ó era reproche que alcanzaba á su hijo y á la sociedad entera? ¿Se despedía de la vida asqueado de ella, y quería dirigir al mundo el grito de su soberano desprecio? No se conformó, en todo caso, con mandarlo así en el testamento, sino que dió orden al enterrador—lo sabemos por su hijo—para que echase sus restos en la fosa común. Y la semilla de un dolor inex-

(1) Tengo copia de este testamento por testimonio de D. Fernando García Sanz, notario de Astudillo, donde actualmente se guardan los protocolos de Torquemada. No le incluyo en los apéndices por no tener interés particular

tinguible cayó en el corazón del malaventurado poeta, que tiempo después lanzaba así su desgarradora queja:

Espíritu que ya en calma  
duermes en la eternidad;  
¡no veas la soledad  
que me has dejado en el alma!

He aquí lo que pido á Dios:  
que nunca ver te permita  
la desventura infinita  
que has dejado de ti en pos.

Mucho erré en mi juventud;  
mucho errando te ofendí;  
mas.. ¡ni aun dejas para mí  
tu polvo en el ataúd!

¡Tanto, padre, tu amargura  
te cegó el alma y los ojos,  
que me dejas tus enojos  
fuera de tu sepultura!

Bien hecho está lo que has hecho:  
yo me avengo á tal castigo.  
¡Dios para hacer tal conmigo  
te acuerde cual yo derecho!

¡Sino fué de ambos fatal!  
Condenados á él nacimos;  
y nunca nos comprendimos  
y el bien se nos tornó en mal.

Fama y oro para ti  
gané con fortuna rara ..  
¡y me volviste la cara  
cuando á ofrecértelos fuí!

¡Tal odio á la poesía!  
Rechazaste hasta una losa  
en que escribiera piadosa  
un epitafio la mía;

y ella tu hacienda empeñada

con sus versos ha pagado.  
 ¡Pobres versos que has odiado!...  
 Por ellos no debes nada.

¡Yo soy quien los odio ahora,  
 que por ellos he perdido  
 esta vida que he vivido  
 día á día, hora por hora!

Mis versos son un cordel  
 que me aprieta el corazón.  
 ¡Dios me echó la maldición  
 de ahogar mi dicha con él!

. . . . .

Tu política tenaz  
 te humilló y te empobreció:  
 en sus promesas falaz  
 te abandonó y te olvidó:  
 de sentimiento incapaz  
 el corazón te secó,  
 y en tedio amargo y voraz  
 lejos de mí te mató.  
 La política mendaz  
 fué la que te descarrió ..  
 Espíritu, duerme en paz:  
 ¡Contra ti... ni Dios, ni yo!» (1)

Zorrilla, en compañía de Manrique, registró los muebles de la casa, por si había alguna instrucción que pusiera en claro lo dicho en el testamento. Sólo encontró un saquillo con siete duros en plata, otro con doscientos cuartos, resto del pago de los obreros de las viñas, y, guardada en un cajón del tocador de su madre, una magnífica repetición, que en la tapa tenía estampado este nombre: *José Lorenzo de la Torre*. Era este reloj, nos dicen los *Recuerdos*, un regalo con que los opulentos hermanos Torre, emigrados en Burdeos, habían recompensado á D. José Zo-

(1) *El drama del alma*, pág. 178.

rrilla Caballero los trabajos de una testamentaria en que se ventilaba millón y medio de duros (1).

Zorrilla, evocando las impresiones de aquella noche triste, primera de su estancia en Torquemada, dícenos que colgó aquel reloj en la cabecera de la cama de acero en que habían pasado su última enfermedad y espirado sus padres. «En ella—escribe—me acosté yo aquella noche, y al son metálico del volante de la repetición, que me imaginaba yo que me hablaba de mi madre, pasé seis mortales horas de desesperación y de angustia, dando vueltas á los recuerdos de mi pasado, sondando en vano la vacía profundidad de mi porvenir, y no viendo más que el vacío alrededor de mi existencia —A la mañana siguiente me encontré tan otro, que me espanté de mi mismo y me pude decir como el portugués: «Eu mesmu me teñu miedo.» En consecuencia, escribí á Gullón que buscase quien concluyera el libro de *María*, que no quería yo continuar; di parte á los señores Torre, de Burdeos, de la muerte de mi padre, y me encerré en aquel aposento mortuario á esperar los acontecimientos solo con las sombras esquivas de mis difuntos padres, no sé hoy decir si invocándolos ó provocándolos.»

Días después llegó á Torquemada D. Faustino Nebreda, el presbítero de Covarrubias, que puso en claro el misterio. D. José Zorrilla Caballero debía á *la Indiana* de Covarrubias, de quien Nebreda era administrador, una crecida cantidad. En el secreto de un mueble, que Nebreda mostró al poeta, guardaba D. José 15.556 reales en onzas, producto de una olmeda que había vendido poco antes de morir; pero esta suma no alcanzaba, ni con mucho, á pagar la deuda de *la Indiana*. Quiso Zorrilla que Nebreda guardase á cuenta aquel dinero; pero el honrado presbítero creyó más conveniente dejarlo en su poder, «para vivir como quien era y continuar el laboreo de las viñas». Y he aquí

(1) Era, sin duda, el mismo reloj que doña Nicomedes legó á su hermano don Zoilo, y de que éste ni llegaría acaso á hacerse cargo por su inmediato fallecimiento.



cómo el poeta, que fundadamente había esperado heredar de sus padres, quedó obligado á pagar la considerable deuda que los fanatismos políticos habían acarreado al superintendente de Fernando VII.

Días después tuvo Zorrilla contestación de los señores de la Torre, de Burdeos. Decíanle tener rematadas las cuentas con su padre, cuya honradez encarecían, y le anunciaban que con dirección á Burgos enviaban á un propio, portador de un grueso paquete sellado, que aquél había dejado en su poder con advertencia de que, ocurrida su muerte, le entregarán á su hijo.

¿Qué contendría aquel misterioso legado? Zorrilla tomó el camino de Burgos; se avistó con el propio y de su mano recibió el paquete, lacrado con tres sellos y con un sobre á su nombre, de letra de su padre. Aunque no esperaba encontrar en él valores ni tesoros, Zorrilla le abrió con la natural emoción. En él encontró un documento probatorio de que su padre había devuelto al rey Fernando ciento setenta mil y pico duros de los trescientos mil que había recibido para gastos de policía secreta, y que remataba con una coletilla en estos términos concebida: *Así sirven los buenos vasallos á sus reyes cuando los sirven de buena fe.* Encontró también un manuscrito en cuadernos sueltos y paginados para formar volumen, en el cual, «á vueltas de mucha ciencia universitaria y datos históricos rebuscadísimos», pretendía probar D. José Zorrilla Caballero que «desde Luis XIV y el tratado de Utrech todo lo hecho era nulo, y que los legítimos herederos de la corona de España, no eran ni el infante D. Carlos María Isidro (Carlos V) y sus herederos, ni la reina doña Isabel II y los suyos, sino los herederos y descendientes de María Teresa de Austria.» Y .. no encontró nada más en el paquete de su padre.

¿Qué pretendería D. José Zorrilla Caballero al legar semejantes papeles á su hijo? «¿Creía tal vez—se pregunta éste—que la publicación de su libro me sería más lucrativa que la de todos mis tomos de versos? ¿Pensaba acaso que podía yo volverme loco y fanatizarme con la política hasta el punto de hacer propa-

ganda por la casa de Austria contra la de Borbón?» Y cuando, de regreso en Torquemada, meditó Zorrilla sobre todo ello, pasaron por su mente los más tenebrosos pensamientos. «Ante aquel libro —escribe— se levantó en mi cerebro la más desconsoladora idea y el más desesperado anhelo en mi corazón. Mi padre no había estimado en nada mis versos ni mi conducta, cuya clave él solo tenía, y no había pensado en su emigración en su hijo, á quien, con justicia ó sin ella, aplaudía toda España haciendo célebre su nombre, por renegar de D. Carlos, á quien había servido, y de doña Isabel, á quien debió su jubilación, y con ella la tranquilidad de sus tres últimos años. ¡Oh, maldita antisocial y anticristiana política, cuyo fanatismo puede separar en vida á los padres de sus hijos y hacerlos morir sin darse ni pedirse su postrera bendición!—Ante aquel manuscrito sentí el intento de emplear los 15.556 reales en descepar mis viñas, y haciendo con sus cepas una inmensa pira en sus corrales, pegar fuego á mi casa encerrándome dentro.»

En vista de todo esto, Zorrilla conoció que le era absolutamente preciso enajenar la hacienda paterna. Cuando, días después, Nebreda volvió á Torquemada, arregló con él la forma de cancelar el crédito de *la Indiana*; mas no sin exigirle que le ayudara á vender secretamente sus bienes. Intentó disuadirle Nebreda; pero fué todo inútil. Y como no quería Zorrilla que los maliciosos lugareños se dieran cuenta de su resolución, comenzó á desmontar los solares contiguos á su casa, activó el cultivo de los viñedos y se compró unos caballos, con lo cual todos entendieron manifiesta su intención de establecerse en Torquemada.

Cierto día Zorrilla tomó el camino de Palencia, con objeto de conocer la capital. Hospedóse en casa de un su antiguo amigo, el vizconde de Villandrando, y su presencia despertó la natural curiosidad. Visitáronle las principales familias palentinas, entre ellas la de Obejero, jefe del partido progresista; la compañía que en el teatro actuaba se dispuso á ofrecerle una función y los estudiantes le anunciaron una serenata. Esto estuvo á punto de promover un conflicto, porque cuando estudiantes y cómicos

pidieron la autorización al jefe político, éste se la negó alegando «que quién era Zorrilla para todo aquel ruido; que serenatas no se daban más que á los diputados y altos personajes; que un poeta no era más que un coplero», etc., etc. Los estudiantes se amoscaron, los progresistas, teniendo en cuenta la amistad de Zorrilla con Obejero, tomaron la ofensa como propia, y al anochecer recibió Zorrilla la visita del secretario del gobierno, el cual, con las más corteses razones, díjole que ensillara los caballos y se volviera á Torquemada.

«Saqué yo tranquilamente de mi cartera — dice Zorrilla — la real orden y la carta de Sartorius, díselas á leer al secretario y le rogué que se las llevara á su jefe para que las leyera, y le advirtiese de que yo no renunciaba á mi serenata, y que le hacía responsable de las consecuencias con Sartorius». Y hubo serenata, y Zorrilla habló en prosa y en verso á los deferentes palentinos.

Fué entonces, según parece, cuando nació la idea de hacer á Zorrilla diputado á Cortes por Palencia. El proyecto, como Zorrilla hace saber en los *Recuerdos* y en las cartas que leemos inmediatamente, no llegó á realizarse.

Varias veces fué Zorrilla á Palencia desde Torquemada; pero su permanencia en esta villa se hacía cada vez más difícil. Con la herencia empeñada, acosado de lúgubres pensamientos, cuanto le rodeaba había de apesadumbrarle. Y sobre todo aquella idea tenaz, que pesaba en su cerebro como una losa, é iba unida al recuerdo de su padre: veíale despreciando sus versos, posponiéndole á la política, esquivándole después de muerto desde el sitio más despreciable del camposanto... «Mi alma — escribe — había sido desde niño un jardín en donde habían profusa y espontáneamente brotado las rosas de la poesía y las siempre vivas de la esperanza; mi alma había siempre alcanzado á ver un girón azul del cielo á través de las nieblas de la duda, cuyas tinieblas jamás me habían cegado y cuya vorágine jamás había podido absorberme; mi carácter había conservado siempre la infantil alegría del niño, en medio de los trabajos y las vicisitudes de la existencia del hombre; habíanse conservado puros,

luminosos, los recuerdos de las historias y de las imágenes simbólicas que en mi imaginación había esculpido mi primera educación religiosa; las leyendas bíblicas, las tradiciones legendarias, la espléndida imaginería y las maravillosas esculturas de la Edad Media, las vírgenes, los ángeles, todas las piadosas creaciones que habían formado el escenario y las figuras de mi desordenada pero creyente é inspirada poesía, abandonaron de repente mi alma, dejándome en el corazón y en la cabeza un inmenso vacío; por cuyo espacio, sin luz y sin límites, sentía yo perderse los últimos y vagos sonidos de mis cantares, y los impalpables y fugitivos fantasmas de mis leyendas.» Y es cierto. Quien conozca la vida y los libros de Zorrilla, reconocerá que dos sucesos, sin borrar su religiosidad, influyeron hondamente en sus ideas: la muerte de su padre y el fusilamiento del emperador Maximiliano.

Y, arrojado por sus propios pensamientos, salió Zorrilla de Torquemada: «al fin de una noche pasada en vela—dice—apagué con mis lágrimas la lumbre del hogar paterno, me enjuagué las últimas con las ropas de aquella cama en que habían muerto mis padres, y sacando por cinturón la trenza de los cabellos de mi madre (que ni quiero ni debo decir cuándo ni cómo me la procuré), y llevando rellenas de onzas las sillas de los caballos que montábamos, al romper el alba de un día frío y húmedo salimos de la que fué mi casa, mi cachicán y yo, camino de Covarrubias» (1).

En este triste viaje acompañaban á Zorrilla el recuerdo y la

---

(1) La memoria engañaba á Zorrilla en algunos de los pormenores que da en los *Recuerdos del tiempo viejo*. Al salir de Torquemada no había vendido aún toda su hacienda ni pagado la deuda de Nebreda. Tampoco estuvo en aquella villa catorce meses, sino siete, puesto que fué á mediados de Octubre de 1849 y salió á mediados de Mayo de 1850.

Muchos años después decía Zorrilla que aún estaba pagando las deudas de su padre; pero como parece que no había más deuda importante que la de la Indiana de Covarrubias, y ésta, como demuestran las cartas que reproduzco, quedó saldada en 1850, debemos creer que se refería á las que él había adquiri-

trenza de su madre. ¿Qué misteriosa alusión encierran las palabras arriba copiadas? No sabemos sino lo que agregan unos versos de *El drama del alma*:

¡Pobre padre! Partidario  
de la ingratitud, moriste  
obcecado, pobre, triste  
y olvidado y solitario.

Y tu obcecación fatal  
hizo tu opinión tan brava,  
que hasta privarme intentaba  
del cariño maternal.

Dios no te lo permitió:  
mi madre á Dios por su hijo  
pidió... y lloró... y me bendijo...  
y me amó y me perdonó.

Mi madre en mis manos deja  
por tú no cuidarte de ellos,  
de sus hermosos cabellos  
una perdida guedeja.

No lo supiste jamás,  
y es la única herencia mía.  
No he preguntado hasta el día  
si había de ella algo más.

Lazo que siempre llevé  
sobre el corazón sujeto,  
ha sido santo amuleto  
que le dió esperanza y fe.

¿Por qué medios misteriosos se apoderó Zorrilla de esta trenza? ¿Acaso yendo al cementerio, como en las tóricas esce-

---

do por encontrar empeñada la herencia paterna, que, á estar libre, le hubiera permitido acaso vivir con holgura.

El importe de las fincas vendidas por Zorrilla en Torquemada, según una lista que obra en poder de la familia Manrique, fué de 72.656 reales; en otra se hace ascender á 77.354. Claro es que, dadas las condiciones en que se hizo la venta, todo ello sufriría depreciación.

nas del romanticismo, y abriendo sigilosamente la tumba donde reposaba su santa madre? No es fácil encontrar otra explicación (1).

Este viaje de Torquemada á Covarrubias me parece uno de los momentos de más conmovedor interés en la vida de Zorrilla; más acaso que su huída en la yegua, cuando, joven y loco, se alejaba de sus padres. Allá iba ahora triste, angustiado, desvanecidas sus ilusiones, después de haber apagado, como él dice, *el último fuego del hogar*. Sueños de plácido sosiego en

(1) No se oponen á esto las palabras «por tú no cuidarte de ellos», que dirige á su padre en los versos copiados, porque probablemente significarán: «por tú no cuidarte de cortarlos».

Con todo esto debe de tener relación lo que D. Eudósio López refiere en un interesante artículo publicado en *El Norte de Castilla* (21 Marzo 1916), bajo el título de *Un día de santo de D. José Zorrilla*. Cuenta que cuando Zorrilla, por los años 1884, vivía en Valladolid, invitáronle á pasar el día de su santo en el huerto que D. Pedro López, padre de D. Eudósio, le había comprado en Torquemada. Fueron, en efecto, y comieron bajo un emparrado, en una rústica mesa que el padre de Zorrilla había hecho con una piedra puesta sobre un pilar.

»Don José, muy complacido, comió con gran apetito, y antes de levantarse de la mesa pidió un martillo y un azadón de pico, mandó retirar el servicio y mantel hasta que quedó lisa y escueta la piedra de molino, que, como todas, tenía en su centro un agujero, tapado el de ésta con yeso y ladrillo.

»Esgrimiendo las herramientas el poeta comenzó á remover los materiales que obstruían el agujero, y cuando éste quedó al descubierto, libre y desembarazado, metió en él la mano sacando de su fondo un lindo crucifijo de marfil, dos llavecitas pequeñas y otra mayor, muy enmohecidas, una cajita de metal que contenía tres medallas, un busto en cobre de la Virgen de Valdesalce y un manuscrito de escritura borrada, ininteligible, y por último un tubo de hierro cerrado con taponés de madera en sus extremos, que guardaba un mechón de pelo.

»Mirábamole hacer absortos, sin atrevernos á demandar explicación de aquello en que entreveíamos algo misterioso, y don José en lo que duró su búsqueda nada decía. Al fin rompió su silencio para decirnos gravemente, emocionado y sombrío:

—De mi vida, de mis hechos, os he dado explicación, y sois mis confidentes. De lo que significa esto que acabáis de ver no me preguntéis nada. ¡Nada puedo deciros!...

el retiro tranquilo de la casa solariega; venturas de una niñez alegre, evocadas en los mismos rincones que las vieron germinar; gratas esperanzas que repercutían en el alma como ecos de bendición... Todo se desvanecía como por ensalmo. Atrás dejaba un pasado de gloria bien amarga, veía en lontananza un porvenir incierto y azaroso, y doquiera descubría la imagen de su padre, severo, inexorable, llevando hasta el sepulcro la sanción de castigos sobradamente rigurosos. .

Desde entonces todo cambió para Zorrilla «Me pareció—dice él—que mi padre se había llevado consigo a la sepultura mi inspiración, mi fe, mis creencias, mi amor á la patria y mi gratitud á ésta, que me había colmado de aplausos.» Y la verdad es que desde aquella fecha hasta el fin de su vida ya no hubo tranquilidad para el poeta: marchó siempre de tumbo en tumbo, errante por pueblos y naciones, cada vez más abrumado por las deudas.

Y ahora vea el lector las cartas que Zorrilla fué escribiendo á su amigo don Tomás Manrique. Por ellas irá informándose del viaje de Zorrilla, de su situación económica, de la liquidación de sus bienes paternos, de su asunto electoral con Obejero, del negocio editorial con *La Publicidad*, y, en suma, de otros varios y curiosos particulares (1).

Sr. D. Tomás Manrique.

Mi querido amigo: Las cosas siguen por aquí sin novedad, esperando á Quico para el 27 en Cobarrubias. Si Simón no va para acompañarle cuando vuelva, reserve V. lo que debiera traer y dele V. sólo una carta para Nebreda y para mí.

Mi equipaje puede V. mandarle para el 31 á Palencia si no lo ha hecho ya, y le escribiré á V. el día fijo en que podemos vernos y despedirnos. Si hay cartas déselas V. á Quico, y si las recibe V. después de su venida, guárdelas para cuando nos veamos.

---

(1) Poseen estas cartas los descendientes de D. Tomás Manrique.

No tengo tiempo para más, porque me están aguardando por la salida del correo.

Póngame V. á los pies de la Señora y sabe V. que le quiere siempre su verdadero amigo—J. Zorrilla.

Cobarrubias, Mayo 28-50.

Sr. D. Tomás Manrique.

Mi querido amigo: Adjunta lleva Quico una carta del Señor Nebreda que va dictada por mí mismo, y que me parece hará comprender al Sr. Acitores cuáles son sus atribuciones en el negocio en cuestión. El Sr. Nebreda no le había dado instrucciones ni tan latas, ni tan terminantes como él había comprendido. Los fondos que de las ventas resultaren, no tenga V. inconveniente en entregárselos á Simón, con su recibo, por supuesto, y previa una carta del Sr. Nebreda, que será lo mismo que si yo la escribiera, porque así lo hemos convenido y este señor tiene en V. la misma total confianza que yo.

El lunes que viene volverá Quico; y Simón se presentará á V. con carta de Quico, con anuencia de su amo.

Cuando Quico vuelva que traiga las botellas de Champagne.

Mis cosas a Mariano y a Quico: póngame V. a los pies de su amable señora, y con muchos besos al chiquitín, cuente siempre con el cariño de su affmo. amigo—J. Zorrilla.

Cobarrubias, Junio 3-50.

Mi querido Don Tomás: He recibido la de V. del 2 por mano de Quico, y en vista de ella Don Faustino y yo hemos resuelto que continúen las cosas en el mismo curso que han llevado hasta aquí, por otra semana más, hasta ver si reunimos más cantidad. El domingo hará V. otra nueva subasta, sacando á venta no sólo las bodegas que son cosa de precio, sino también las fincas pequeñas más vendibles para ver si es posible juntar hasta 30.000 rs. Quico queda aquí hasta el viernes, que se presentará á V. por la noche, y el lunes me le vuelve V. á enviar con la misma razón que hoy.

En cuanto á lo que me dice V. de las bodegas, haga V. ver que no se malbaratan, sacando otras fincas; pero procure usted despacharlas en tres ó cuatro semanas, ó cosa por el estilo.

Cuando parezca Civera, vea V. el medio de encajonar la librería; pero no la mande V. á Madrid hasta que yo se lo diga, porque aun no tenemos casa á propósito, y dice Matilde que no vaya hasta que la tengamos.

Póngame V. á los pies de su Señora, dé V. mis cosas á Quico y Mariano, y de V. como siempre su buen amigo—J. Zorrilla.

Valladolid, Junio 16.

Mi querido Don Tomás: Llegué á esta mi patria, hoy á las dos, todo lo bueno que puede estar un hombre chiquitín y magullado Quico vuelve á las órdenes de V. hasta que me haga falta Hágale V. una escritura en que conste que ha comprado la huerita grande de San Miguel por su valor, pero haga V. una contra-escritura para nosotros, por la cual tenga el usufructo de ella mientras esté en mi compañía para que viva su familia, y si después se porta bien se romperá la contra-escritura.

Siga V. vendiendo lo que pueda y avise V. á Don Fausto al mismo tiempo que a mí, y si para el jueves ó viernes se ha reunido alguna cantidad, remítame V. con Quico aquí la cuarta parte y si ya no llegare á tiempo gíremela V. á Madrid, á mi nombre en Madrid, calle del Baño, número 6, pral., donde tiene usted su casa desde hoy y adonde puede V. dirigirme las cartas desde el domingo 25 de éste. Si V. necesita el dinero, quédese V. con ello á cuenta de lo que á V. adeudo, ó cobre V. la mitad ó lo que V. quiera. Yo escribiré á Nebreda mañana. ¿Cómo está el chiquitín? Cúdele V. y póngame á los pies de su señora. Diga V. á Pajarero que me diga en qué estado se halla el negocio suyo con D. Román Obejero, á quien no he visto aunque me he detenido un día más en Palencia, porque estaba ausente; pero puedo desde aquí escribirle ó verme con él.

Dé V. mil expresiones á Mariano y dígale V. que ni aquí,

ni en la corte, ni en parte alguna me olvido de mis amigos y que no pierda la esperanza de que aún merendemos juntos otra vez.

A Dios, mi buen amigo. Disimule V. tanta y tan repetidas incomodidades y vea si algún día se presenta ocasión de mostrarle mi agradecimiento y la estimación que de V. hará siempre su mejor amigo que le quiere—J. Zorrilla.

Madrid, Julio 4-50.

Mi querido amigo D. Tomás: Ayer á las cinco de la mañana llegué á ésta, con mucho cuidado é inquietud por V. y su familia; porque habiendo escrito á V. tres cartas desde Valladolid, y no habiendo recibido contestación á ninguna, me temo que haya sucedido á V. algún accidente funesto, ó que nos saquen en esa las cartas del correo.

Ésta se la mando remitir á V. por un propio del corregidor de Palencia, al cual se tomará V. la molestia de dar contestación, para sacarnos de la angustia en que estamos por ustedes mi mujer y yo.

Si nada ha sucedido de siniestro, mándeme V. á Quico con la librería y el resto de los chismes; mándeme V. la cuenta de lo que se haya recaudado de las ventas; libreme V. la cantidad que sobre á mi favor, después de cobrar V lo que yo le debo, y escriba V. al corregidor para que se entienda con Pantaleón en lo de recibir en pago el caballo, tasar éste, etc., etc.

Contésteme V. con dos sobres: el de encima á Don Antonio Bernal, calle de Cedaceros, número 10, cuarto tercero derecha, y á lo menos sáqueme V. de cuidado con una carta.

Mis cosas á la señora, y cuente V como siempre con su mejor amigo que le quiere de corazón—J. Zorrilla. (1)

(1) Con fecha 6 del mismo mes dirigió la siguiente carta á su grande amigo don Segundo Valpuesta:

•Madrid, Julio 6-50. Mi querido Segundo: Después de mil azares he llegado á esta maldita corte el 4 á las cinco de la mañana. No te he escrito desde Valladolid, porque aguardaba para hacerlo á estar en mi casa; pero un día por

Madrid, Julio 13-50.

Mi querido amigo D. Tomás: Su carta del 7 me ha sacado al fin del cuidado que estaba por V. y su familia, persuadido de que su silencio provenía de alguna causa siniestra en su salud ó en la de su señora ó niño. Ya estoy tranquilo sobre esto, y todo lo demás es menos.

otro he estado siempre con el pie en el estribo, y una vez por negocios, otra por compromisos, no he podido salir hasta el 3 de entre San Martín y la Antigua.

»Mis negocios han ido unas veces mal y otras bien; al fin ya me tienes en mi casa. calle del Baño n.º 6, cuarto pral., donde puedes escribirme y contar siempre con un verdadero amigo.

»Ya puedes figurarte que después de una ausencia de ocho meses, por un motivo tan desagradable y emprendida tan repentinamente, estaré á mi vuelta muy poco desocupado. Así, pues, luego que concluí con los acreedores de mi padre estoy dándome de calabazadas con mis editores, quienes esperaban mi venida como la del Espíritu Santo, porque dejé mis obras y mis cuentas con ellos interrumpidas. De modo que no tengo minuto de sobra.

»¿Y el bueno de Fermín? Supongo que estará ya en Burgos hecho un gerifalte. Dime cómo se le pone el sobre para escribirle; y si tú lo haces, dile que aquí como ahí, me acuerdo siempre de él, y que contaré entre las horas más agradables de mi vida las que he pasado con él y con su amable Sebastiana.

»He pedido la colección francesa de mis obras, porque las españolas son muy voluminosas, y como es prohibida no la tienen en este momento; pero hoy la pide el librero á París y en cuanto llegue se la remitiré.

»¿Qué falta me hacen aquí el parque y las Vegas del Arlanza, los peñascos de Silos y los valles de Cobarrubias! Aquí hace un calor insoportable: yo tengo felizmente una de las mejores casas de Madrid y en ella estoy con mucha comodidad, pero amigo, en saliendo á la calle es cosa de achicharrarse. Esta gente, sin embargo, no piensa más que en bailes y en toros, y no se oye hablar más que de Montes y la Vargas, del Chiclanero y de la Fuoco, de modo que no hay más cuestión que de cuernos y pantorrillas Hazte, pues, el cargo.

»S. M. esta ya fuera de cuenta; por lo que aguardamos de un punto á otro oír los cañonazos que nos anuncien al heredero del trono. Este es otro de los negocios capitales que nos tienen en expectativa.

»Aquí parece que llueven monedas de cuatro duros. Todo está de caro por las nubes; pero no hay perro ni gato que no ande en coche, por manera que los que andamos á pie parecemos perros con maza que andamos hufdos, y

En cuanto á nuestros negocios, escribí al Sr. Nebreda al llegar aquí, pero como, según V. me dice, se halla en esa, no ha podido contestarme aún. En ella le decía que fuese haciendo la división de lo que hubiera recaudado remitiéndome la parte que quisiera, porque no se puede V. figurar los enormes gastos que me ocasiona mi vuelta á Madrid. El director gerente de *La Publicidad*, que debiera pagarme reales-vellón 50.000 el día 5 del presente, se ha ido á baños por el mal estado de su salud; y como esto de sociedades todo es disculpa para pagar, á pretexto de no querer cargar nadie con responsabilidad de entrega de cantidades, saltamos ahora con que «es cosa hecha: plazo vencido, pero hay que esperar á que sea el pago autorizado por la junta general, que se reúne el 15 de Agosto». De modo que, como ellos dicen, es cosa hecha; pero para alargar el pago un mes, me han gibado á mí. A Pantaleón acabo de dar reales vellón 1.500, y por su mano hemos recibido los trastos: pero aunque me anuncia V. dos camas de tijera no ha traído más que una.

Con respecto al caballo espere V. la respuesta de Burgos y que se quede Quico hasta que se concluya de vender el vino; porque hoy escribo á un amigo de Valladolid, que es coronel de caballería, quien podrá ó vendérsosle, ó cambiarle por otro que me sirva aquí; en cuyo caso siempre necesitaré que Quico le lleve á Valladolid. De todos modos cuidarle mucho para que no se estropee, y podamos sacar mejor partido.

Al hablar yo á V. de su cuenta lo hice porque aunque todos

---

estamos esperando el momento feliz de ser aplastados contra una esquina, ó tener el honor de servir de alfombra á las yeguas de algún marqués nuevo, ó de alguna cortesana antigua.

\*No puedo escribirte más porque me vienen á interrumpir. Adiós. Escíbeme alguna vez: mándame cuanto te se antoje. Da mis afectuosos recuerdos á papá Pedro y á mamá Jerónima y la Rojilla, y tuyo como siempre de corazón. Pepe.

Poseen esta carta los sobrinos de D. Segundo Valpuesta, así como otras dos que copiaré dirigidas al mismo señor.

los acreedores de mi padre y míos se quedaran sin pagar, no quiero que V. pierda ó necesite su dinero un solo día: porque amigos como V. no se encuentran hoy tan aína y porque prefiero quedar mal con todo el mundo menos con V. En fin, basta de esto, y si algún día se presenta ocasión, ó yo estoy en posición de obrar en su favor de V. (que acaso no tardaré), ponga V. á prueba mi amistad y cuente con lo que con humanos quepa.

Entretanto si de todas esas cosillas sueltas que han quedado sin hipotecar, etc., se junta alguna cantidad que pase de mil reales, que la ponga Quico en compañía del corregidor, en casa de Orense, porque hasta el 15 de Agosto nada me vendrá mal, en este pueblo donde se entierra el oro para vivir achicharrado.

Sin más por ahora, á Dios, mi querido amigo: mil cosas de mi mujer para la señora, muchos besos al chiquitín, y V. disponga de su mejor amigo que le quiere—J. Zorrilla.

Cuando ésta llegue ya sabrá V. que S. M. ha dado á luz ayer un príncipe que ha vivido cinco minutos.

Diga V. á Quico, Pajarero y á Mariano que en el correo que viene les escribiremos una carta que les indemnice del silencio pasado: entretanto cuiden el guindo de Mariana y que se coman con las guindas de los míos.

Madrid, julio, 18-50.

Mi querido Don Tomás: He recibido su carta de V. del 10 y en la contestación le digo que veré si puedo conseguir con la Hacienda la venta de la casa, aunque mi posición actual con el gobierno por una cuestión de teatros, no es muy ventajosa. De lo que haya avisaré á V.

Con respecto al caballo escribo hoy al corregidor que no hay nada de lo dicho y que Quico irá por él; envíele V., pues, inmediatamente y espere V. que yo reciba contestación de un coronel de Valladolid, que se encargará de la venta y á quien se le llevará Quico cuando yo le avise á V.

Escribo así mismo al corregidor, que diga á Pantaleón que

es un tunante, porque habiéndome aquí informado de los ordinarios y carromateros de otras carreras, me han dicho contestes que no ha debido llevar arriba de 700 á 900 reales. No le dé V., pues, más chismes para traer, y que se informe Quico de todos esos carromateros que por ahí pasan, de lo que quieren por traer la librería. En cuanto a los libros que hay en el desván, para nada sirven: que los venda Quico para envolver especias en Palencia, si no les quiere nadie.

De la huerta de Quico haga V. lo que quiera, aunque mejor será suspenderlo por ahora, porque atendido lo bestia que él es, lo que me costará el mantener con la huerta á su familia en esa, y á él aquí, dándole un salario, tomando en consideración está acostumbrado á beber vino, que aquí no se pasa á los criados, y que cuesta 12, 16 y 19 cuartos el cuartillo que me subiría 6 reales diarios más, y que él no se avendrá á no beberlo, me parece que se quedará en esa, después de pagarle, por supuesto, lo que no ha hecho, porque de nada sirve y se inclina demasiado á la vagancia y tumbería, acostumbrado á que en mi casa se aten para él los perros con longaniza. De esto ya hablaremos á su tiempo y yo le escribiré á V. una carta para él en que se lo expondré todo claro como la luz. Si entonces acepta, bueno; y si no, Cristo con los peninentes.

De Nebreda no he recibido aún contestación.

Del cercado y de la casucha de los hijos de la tía Hilaria, disponga V. á su tiempo y vea V. lo que hace de la deuda de Antigüedad cuando llegue el caso, porque muchos cantitos hacen un monte.

A Dios, mi buen amigo D. Tomás: reciba V. los más cariñosos recuerdos de mi mujer, déselos V. de ambos á la señora y mande como guste á su amigo que le quiere—J. Zorrilla.

Madrid, Julio 23.

Mi querido amigo D. Tomás: Sin aguardar su contestación de V. á mi última le escribo ésta para decirle que hoy he recibido carta de Nebreda y que le contesto lo mismo que él me dice á mí,

y es: que haga lo que quiera. Por consiguiente, esté V. prevenido para que si le dice á V. que libre á mi favor, lo haga V. sin más aviso.

En cuanto á la casa me veo perdido por la ausencia del Conde de Valmaseda que está á los baños, y con quien yo contaba, y para hacerlo por mí mismo es muy tarde, porque la cuestión de teatros me pone en mala posición para que me sirvan a mí. Haré lo que pueda.

Adjunta va una carta para el comandante Ulibarri, quien ayudará á Quico á vender el caballo ó cambiarle por otro bueno. Quico hará, pues, lo que el comandante le diga, á no ser encuentre él mismo ocasión de venderle con ventaja por otra parte, en cuyo caso dará al comandante la cantidad que haya recibido si se la pide á cuenta del caballo nuevo y estará á las órdenes de Ulibarri. Cuando llegue el caso de enviarle á Valladolid, dígale que no se hospede en el parador, porque además de ser muy caro, no quiero que se enteren del negocio personas que viven allí.

Si necesita V. dinero envíeme V. la cuenta que traía Quico, para que partamos lo que remita Nebreda.

Mil cosas á la señora de mi parte y de Matilde, muchos besos al chiquitín, y de V. como siempre afectísimo su buen amigo, J. Zorrilla.

Madrid, Agosto 1-50.

Mi querido amigo Don Tomás: Sospecho que mis cartas no llegan á mano de V., pues no tengo contestación á una del 17 del pasado, en que le hablaba de cosas interesantes. Envío á usted ésta por mano del corregidor, á cuyo propio que la lleve dará V. la contestación.

Necesito que me envíe V. copia de todos los documentos que haya de las gestiones hechas en esa para la adquisición de una casa para administración de rentas estancadas, para entablar aquí, en vista de ellos, nuestro negocio con respecto á la nuestra; el cual saldrá, sino del todo á nuestro gusto, lo mejor que se pueda.

Para mejor ser, deberíamos hacer que la gestión de la compra viniese hecha desde ahí por el administrador de esa; pero si esto no pudiera ser, por hacerlo nosotros en secreto, avísemelo usted y deme todas las instrucciones que quiera, que yo lo haré aquí al momento.

Con fecha 27 me escribe D. Fausto, que le dice á V. me remita la mitad de todo lo recaudado hasta el día; hágame usted, pues, el favor de girármelo, ó de enviárselo al corregidor para que lo haga cuanto antes, porque ayer he satisfecho un pagaré de reales vellón 12.000 y el 15 tendré que satisfacer otro igual, y todo me vendrá bien.

Nada sé de Quico ni del caballo. En la mía del 17 iba incluida una para el comandante Ulibarri, con la cual debía presentarse Quico á este señor, que se encargará de la venta ó cambio del caballo. Si esta carta se ha perdido, no tiene más que presentarse en la Capitanía General de Valladolid, y preguntando por el Sr. Comandante D. Antonio de Ulibarri, decirle que es mi criado y que lleva el caballo, con orden mía para ponerse á su disposición. El Sr. Ulibarri sabe ya lo que ha de hacer.

Me anunciaba V. una cuenta que traía Quico; pero este no viene por ahora, por lo cual puede V. mandarme su contestación, para decirle yo lo que ha de hacer y echar mis cuentas.

No deje V. de contestarme á todo lo que en ésta le digo, porque es muy posible que tenga que emprender un viaje, y quiero antes saber lo que pasa por ahí, y el dinero con que cuento antes de marchar.

A Dios, mi buen amigo. Mil cosas á la señora y besos al chiquitín, espresiones á Quico y Mariano, y de V. como siempre—José Zorrilla.

Madrid, Agosto 6-50

Mi querido amigo D. Tomás: He recibido la carta de usted del 2 y con ella la letra de reales vellón 4.000, que ha sido presentada y aceptada.

El día antes de recibirla, remití á V. una carta por mano de

Juan Francisco porque temía que se hubiesen extraviado las de V., pues hacía veinte días que no recibía ninguna.

Jueves 8

De propósito dejé sin concluir la carta, para aguardar la de usted que acabo de recibir y las del Sr. Ulibarri. De la cuestión de la casa yo haré aquí lo que pueda y escribiré asimismo á Palencia sobre los informes, teniendo á V. al corriente de todo.

De D. Faustino he recibido cartas, y no será difícil que le haga yo una visita.

Quico llegó á Valladolid el 4, y el comandante Ulibarri se ha encargado de todo.

De su cuenta de V. sólo quería saber sobre poco más ó menos á lo que ascendía para calcular en lo venidero: por lo que hace á serle á V. satisfecha, V. dirá.

Me escriben de París, haciéndome no muy malas proposiciones; pero como los comerciantes y sobre todo los librerros son muy tunos, tendré, para no pasar el tiempo en escribir cartas, que ir yo mismo á París: hasta Octubre, sin embargo, no se verificará el viaje, porque antes no es tiempo allí de nada.

De la pregunta del amigo Venancio, sólo puedo decir á V. que un amigo oficial del ministerio de instrucción, me ha prometido decirme á ciencia cierta lo que necesitamos. Dentro de breves días se dará á luz un nuevo plan de estudios, y no sabemos lo que en él se ordenará: de modo que no he contestado por no engañar involuntariamente á Venancio.

Hoy recibo una carta de D. José del Barco, de esa vecindad, en que me dice debo satisfacerle reales vellón 147,50 por medicinas suministradas á mi difunto padre, y que V. no le satisface, habiéndoselo hecho presente. Dígame V. qué hay de ello, y si la deuda es cierta, de la primera finca que se enajene se los paga V. y al c...

No puede figurarse lo aburrido que me veo, con negocios enfadosos que me quitan el tiempo para trabajar; tengo ocasión de hacer muy buenos negocios, que tengo que despreciar por no

poder cumplir con los plazos de las obras; en fin, con paciencia y saliva se compondrá todo.

A Dios, mi buen amigo, dé V. mil expresiones á su señora y á los dos amigos, y de V. como siempre su amigo afectísimo—  
J. Zorrilla.

Madrid, Agosto 19-50

Mi querido amigo D. Tomás: He recibido la de V. del 12, en contestación á la cual le digo: que puesto que la librería va á costar tanto el transportarla, haga V. de ella lo que mejor le parezca, venderla en Palencia si se puede, ó calentarse al fuego que dé...

Tenía ya lo de la casa perfectamente hilado, cuando un majadero ha venido á atravesarse en el ministerio de Hacienda y me ha echado á perder el negocio. Pero yo me las arreglaré.

De elecciones puede V. escribir a Román Obejero y decirle de mi parte que está V. esperando su resolución; mas si esto no le conviene á V., haga V. lo que mejor le parezca. Román no me ha contestado á una carta.

Del anónimo ya no me acuerdo; de modo que no sé qué contestar á usted. Me parece que no decía más que vaciedades.

De Quico, le da V. por despedido, dejándole el usufructo de la huerta para cuando sea tiempo, y le previene V. que es posible que el mes que viene le necesite yo otra vez para venir conmigo á Lerma, donde probablemente tendré que volver.

A Dios, mi querido D. Tomás, nuestros más cariñosos afectos á la señora, y de V. como siempre su amigo—J. Zorrilla.

Agosto, 25-50.

Mi querido D. Tomás: He recibido la de V. del 20; pero me extraña que no haya V. recibido la contestación que me dice que le falta.

Ya le contestaba á V. en ella á lo de elecciones; pero puesto que hay interés en Tadeo por mí, puede V. suponer que su adhe-

sión viene de más arriba. Adelante, pues. Únase V. con él, por que han variado las circunstancias, y si vencen Vds., acepto.

Espero que ésta llegue á tiempo todavía.

De Quico, le decía á V. que le despidiese; previniéndole que en el mes siguiente podría volverle á necesitar, para acompañarme á un viaje.

Estoy aburrido: metido en unos negocios tan enfadosos, que no tengo humor para nada.

Disponga V. por si acaso las pruebas suficientes de que pago la contribución que la ley exige, aunque el buen éxito es casi imposible.

He ofrecido 500 duros por el negocio de la casa.

A Dios, D. Tomás, hasta otro correo. La contestación que le falta á V. la debe recibir un propio del Secretario del Ayuntamiento de Palencia. De V. como siempre su buen amigo—J. Zorrilla.

Madrid, Septiembre 7.

Mi querido amigo D. Tomás: He recibido á su tiempo la de usted del 3 á la que no he contestado porque me ha tenido seis días en cama un ataque á la cabeza; me levanto por primera vez, contra la voluntad del facultativo, para escribir ésta.

Ya me suponía yo todo lo que ha pasado en esa, y como ya es tarde, excuso de añadir una palabra. Ahora hay otro asunto de más consideración para mí, porque va en ello mi porvenir y la realización del deseo de toda mi vida; y en él me va V. á ayudar con todas su fuerzas y para ello voy á decir á V. cuatro palabras.

Como no tengo la cabeza para escribir muy largo, le remito á V. adjuntas esas cartas de mis dos apoderados en Madrid y París, las cuales le enterarán á V. del negocio.

Yo necesito estar en París lo más tarde el 25 de Septiembre, para impedir que Mr. Baudry saque más jugo de mis obras, porque si le doy lugar á que me las reimprima, por más que luego repita yo contra él en los tribunales franceses, y la ley me

proteja, él vende sus libros pública ó privadamente, y me pierde para 6 ó 8 años que dure su edición. En el momento de recibir la adjunta de París, me dirigí á *La Publicidad* para cobrar el dinero que me adeuda y presentar otro medio tomo más de mi poema, cada uno de los cuales me tiene comprados por escritura en la cantidad de reales vellón 40.000, reales vellón 10.000, pero me sale mi apoderado Hidalgo, que es director de la librería de esta sociedad, con la que también va adjunta, en la cual me aplaza indefinidamente el cobro de el tomo que presento. Como yo no podía preveer este caso, y como mi estancia en esa y la intranquilidad del arreglo de mis negocios en esa me impidió trabajar y cumplir con las escrituras que con mis editores tenía hechas, con el dinero que traje y lo que yo de mis obras recogí aquí, les devolví el dinero recibido, y les firmé pagarés; el último de éstos ha vencido el 20 de Agosto, y los 12.000 reales que rezaba fueron satisfechos por mí, cinco días antes de recibir la carta de Francia, la cual á haber llegado antes yo hubiera hecho prorrogar el pagaré, porque mis editores son amigos y hubiera arreglado mis negocios con ellos á mi voluntad; pero yo no cuidé de reservar cantidad alguna, contando con el cobro de los 40.000 de *La Publicidad* en caso necesario. En el presente ve V. que no puedo fiar en el cobro de esta suma ni negociarla; para volver á pedir á mis editores el dinero he de decirles lealmente para qué lo necesito, porque yo no engaño á nadie; pero como buenos comerciantes verán que mis obras y el lucro que con ellas tienen se les escapa de las manos, y en lugar de facilitarme dinero para ello, me pondrían todos los obstáculos posibles. Ahora bien, yo no puedo resignarme á perder mi fortuna sin hacer todo género de sacrificios; el comercio de libros de mi país está poco menos que arruinado, y en Francia se me presenta muy abierto á los míos el rico mercado de las Américas; la ocasión se me ofrece y tal vez es única; si la pierdo me pierdo para mucho tiempo. Voy, pues, á Francia cuéstemé lo que me costare; en último resultado, por mal negocio que haga, los 4.000 napoleones de Mr. Baudry siem-

pre los tengo en la mano, y tengo aún más de 30.000 versos nuevos que venderle para el tomo tercero.

En este supuesto va á hacer V. sin más deliberación lo siguiente: Se avista V. con el que tenga ganas de la casa y se la da V. en el acto por lo que le dé. Hace V. lo mismo con la bodega que queda, las huertas, el cercadillo y la casa pequeña y todo lo que resta. Recoge V. todo el dinero que de ello salga y me envía V. á Quico con la razón de todo lo que haya realizado á Cobarrubias, en cuyo pueblo, en casa de don Benito, estaré yo el día 12 ó 13 del presente mes. Allí voy á decir á D. Faustino que me permita tomar ese dinero que resta de los bienes, para mi viaje, y que me admita en su lugar un pagaré á seis meses, de la cantidad que le sea en deber y que le enviaré del dinero cobrado en Francia. Espero de su amistad, y de las atenciones que me ha dispensado, que no me negará esta última, tanto más, cuanto que más pronto se cobrará de mi dinero, que esperando á las ventas. En esto no tengo duda.

De la cuenta de V. nada le digo, sino que si al cobrar ese dinero quiere V. descontarla, en reuniéndome V. de 12 á 14.000 reales, me basta. Pero para mí V. es primero que nada. Se lo he dicho á V. muchas veces y estoy deseando probárselo. Si por casualidad el comprador de la casa fuese amigo, y le adelantara la suma necesaria para mi viaje y dejar á mi mujer á lo menos la mitad de ella durante mi ausencia (por que todo entra en mi cálculo y esta suma es la marcada de 12 á 14.000 reales), yo estoy seguro que D. Faustino aceptará para su reintegro la cantidad que ofrezca dar al plazo que la señale el comprador: porque D. Faustino me ha dado pruebas de verdadera amistad, y está dispuesto á servirme en lo que esté en su mano.

Ya está V. al cabo de todo, mi buen amigo; no le dé á usted duelo, más vale perder ahora mil duros, que dentro de 5 ú 8 meses 10.000 que me valdrán mis obras. Mi buen padre dejó muchas deudas, que yo he pagado, quedándome sin nada, y pudiendo acaso no pagarlas; pero yo las pago para que su memoria quede bien á costa de la mía, tal vez, pero justo es que

estos miserables bienes me faciliten á mí el adquirirme otra fortuna en lugar de la que mi padre no me deja. Obre usted, pues, sin consideración y sin duelo: yo necesito absolutamente ir á Francia, y no puedo sino así. El 12 salgo de Madrid, y desde el 15 aguardo á Quico en Cobarrubias, con mi pasaporte en el bolsillo. Quico volverá á llevar á V. la razón mía de lo que ha de hacer V. con el dinero que recoja, pero de todos modos recójalo V., porque con mucho ó con poco, voy á Francia.

A Dios, mi querido amigo, dispénsese V. todas estas incomodidades, y si por casualidad el Sr Nebreda anduviese por ahí por sus negocios, no tenga V. inconveniente en mostrarle esta carta, porque en este asunto tengo en él la misma confianza que si fuera mi hermano. A Dios otra vez; porque me fatigo demasiado en escribir, y de V. como siempre su buen amigo, José Zorrilla.

Madrid, 10 de Septiembre.

Mi querido amigo D. Tomas: Hace cuatro días le remití á V. una carta certificada, porque me interesaba mucho que llegara y pronto á sus manos.

Las cartas que iban incluidas en ella me las remitirá V. con Quico á casa de D Benito, donde me hallaré yo el 14 por la noche á más tardar.

Ya puede V. calcular que el negocio de la casa se aguó por ahora, porque la torpeza del marqués me ha colocado inútilmente en mala posición con el diputado Collantes y las demás personas que debían asentir á las condiciones de nuestro negocio. Yo supongo que la carta certificada habrá ya llegado á sus manos de V.; no obstante lo cual multiplico cartas por si acaso, porque el tiempo me urge. He recibido otra posterior de París, donde mi presencia es cada día más necesaria. Después de visto el cómo me ha dejado mi padre, ni puedo, ni debo desatender la más pequeña ocasión de hacer mi fortuna, y de resarcir la pérdida de unos bienes que sólo me

han servido para pagar á los acreedores de mi padre. En mi carta le decía á V. y le repito ahora que sin respeto á mi nombre, sin consideración ni cálculo de ninguna especie, vendiera V. inmediatamente la casa y lo que resta á cualquiera precio, hasta juntarme 12 ó 14.000 reales. Naturalmente no necesito esta cantidad junta en el momento, puede usted aceptar el precio de las fincas á dos ó tres plazos, siempre que de un modo ó de otro, á francas ó barrancas, me junte la mitad de esta cantidad, y la ponga á mi disposición, ó en casa de D. Benito ó en Burgos, lo más tarde el día 20 de éste. Yo le diré á V. entonces á favor de quién debe V. girar el resto á Madrid, para que me lo gire sobre París, que antes de que yo pueda gastar estas sumas, habré ya recibido en aquella última capital lo suficiente aun para devolverlo todo.

Yo voy á verme con D. Fausto para prevenirle y suplicarle que deje á mi favor por ahora esta cantidad, y tome él sólo una pequeña parte para la amortización de su crédito; á lo cual no se opondrá seguramente porque sé que está dispuesto á servirme, y porque no puede abrigar desconfianzas, por la pequeña suma que resta, con un hombre como yo, que sin poner obstáculo alguno, he reconocido y pagado su crédito. En esto que toca á don Faustino, no tengo duda ninguna. Si como él tiene fincas por ahí, se hallare en esa, ó cerca, y yo no pudiera verle en casa, enséñele V. mis dos cartas, y ruéguele V. en mi nombre que haga lo que espero de él y que me dispense si no le espero en casa de D. Benito, porque si para el 25 no me presento en París y proceden á reimprimir la portada de la segunda edición de mis obras, me pierden; y cuando menos me cuesta un pleito, que quiero evitar á toda costa, porque aunque la ley está clara y de mi parte, siendo yo extranjero y teniendo naturalmente menos favor y menos dinero que el especulador, no fío.

Del 15 al 16 aguardo á Quico en casa de D. Benito. Si la suma reunida, sea la que quiera, no puede ser transportada allí, que lleve la nota de cómo se ha de cobrar en Burgos, para par-

tir yo inmediatamente, y desde allí y con él mismo contestaré á V. de lo demás.

Yo no sé, mi querido amigo, cómo disculparme con V. de tantas y tantas incomodidades como hace un año le estoy ocasionando, pero considere V. que ahora se trata de toda mi fortuna y de mi reputación literaria, que es el solo capital que me resta, y que si desperdicio esta ocasión no la volveré á coger jamás

A Dios, pues. Ya no recibirá V. otra mía desde Madrid, ni usted debe contestarme aquí, sino á casa de D. Benito, donde como en todas partes sabe le quiere su más importuno amigo — J. Zorrilla.

\* \* \*

En el *Semanario Pintoresco Español* publicóse, de Enero á Marzo, *Un cuento de amores, escrito por D. José Zorrilla y D. José Heriberto García de Quevedo*, que, unido á *El duende de Valladolid*, tradición yucateca, de García Gutiérrez, inserta también en el *Semanario*, vino á formar un volumen fechado en el mismo año 1850.

Es un idilio sencillísimo. El noble mancebo D. Pedro Téllez llega á las soledades de Villaldemiro, donde D. León de Alba vive con su bella hija Flor-de-Alba. D. Pedro, que ha abandonado su casa por rechazar el casamiento que le imponen sus padres, se enamora de la hermosa joven; mas un odio secular de familia viene á interponerse entre los dos. La generosidad de D. Pedro, que impetra del favor real el perdón de los Albas, lo allana todo, y los dos enamorados esposos pasean su felicidad por la pintoresca vega de Villaldemiro.

Según nota del mismo poema, Zorrilla escribió hasta la terminación del capítulo VII; mas no hubiera hecho falta consignarlo, porque desde aquel punto el *cuento* decae considerablemente. Zorrilla localizó el asunto en un sitio para él muy conocido, próximo á Quintanilla Somuñó, donde viera la luz su amada madre:

Mas allá de Villodrigo  
y más acá de Celada,  
yendo de Madrid á Burgos,  
desde el camino se alcanza  
una legua tierra adentro  
cierta iglesia solitaria  
sobre un cerro, y que parece  
pobre ermita abandonada.  
Mas no es así: pues del cerro  
en la contrapuesta falda  
y entre otros muchos cerrillos  
que el terreno desigualan,  
hay tendido un pueblecito  
que se esconde á las miradas,  
mas cuyo fecundo seno  
tesoros avaros guarda.  
Su nombre es harto poético  
aunque no está en ningún mapa  
ni se lee en ninguna historia:  
Villaldemiro le llaman.

El capítulo VII, último que escribió Zorrilla, es sin duda alguna lo más bello de todo el poema. En él juguetea, murmura y canta la inconfundible inspiración del poeta vallisoletano, fresca y bullente como las aguas de surtidor cristalino:

Pasaron los ardientes  
calores del verano;  
del álamo las hojas  
amarillean ya.  
Las eras están limpias  
y recogido el grano;  
la fruta sazónada  
para cogerse está.

De la fecunda viña  
entre las anchas hojas

crecidos los racimos  
empiezan á pintar;  
las uvas de los negros  
empiezan á ser rojas;  
los blancos, transparencia  
comienzan á tomar.

. . . . .

¡Qué hermoso el campo entonces!  
¡Cuál brilla en armonía  
el verde de los campos  
con el celeste azul!  
Las noches son serenas,  
y el resplandor del día  
parece que se templa  
con transparente tul.

El aire atravesando  
por la feraz campiña,  
cubierta de verdura  
a los sentidos trae  
el fresco y deleitoso  
perfume de la viña,  
y la hoja que temprana  
del álamo se cae.

No tiene aura más pura,  
vivífica y salubre  
de las primeras flores  
la mágica estación  
que la que trae septiembre  
y espira con octubre,  
de sus airados vientos  
entre el rugiente son.

. . . . .

Ven: ya para gozarte  
se explayan mis sentidos;  
mis labios entreabiertos  
para aspirarte están;  
atentos se preparan  
á oírte mis oídos,  
y aguarda que le orees  
mi rostro con afán.

¡Oh, cuánto me embelesa  
tu desigual murmullo,  
y cuánto me enamora  
tu vagabunda voz!  
¡Cuán dulces pensamientos  
halagan con tu arrullo  
mi mente, cual tú vaga  
y como tú veloz!

Mis ojos te imaginan  
en medio el remolino  
que de agostadas hojas  
y polvo desigual  
elevas revoltosa  
en medio del camino  
en fosca y momentánea  
y rápida espiral.

Yo juzgo que te veo  
entre la blanca tropa  
de hadas y de silfos  
que van en tu redor,  
las orlas arrastrando  
de tu flotante ropa,  
y aun percibir sospecho  
tu cuerpo sin color

\* \* \* \* \*

Sí, brisa: en tus murmullos  
y en tus errantes giros,  
entre las secas ramas  
alcanzo á comprender  
de espíritus ocultos  
la voz y los suspiros,  
con que á mi ser responde  
su misterioso ser.

No son las mentirosas  
efímeras visiones  
que en ti la fantasía  
poética fingió;  
no son las ilusorias  
sublimes creaciones  
en que inspirada aborta  
la poesía, no.

Espíritus son esos  
con pensamiento y vida  
¡oh brisa! porque siento  
sobre tus alas ir  
los plácidos recuerdos  
de la niñez perdida,  
las bellas esperanzas  
del tardo porvenir.

. . . . .

A mediados de año quedó terminado el tomo del poema religioso *María*, cuyas primeras entregas, según ya se ha dicho, habían aparecido en el año anterior. Aquí ya puso García de Quevedo la mayor parte, pues lo escrito por Zorrilla sólo llega á la página 130, y consta el libro de 344. También estuvo aquí más afortunado el poeta venezolano que en *Un cuento de amores*, ya que supo acercarse algo más á la altura de su colaborador.

Zorrilla dedicó el poema á su venerable consejero D. Manuel Joaquín de Tarancón, obispo de Córdoba y senador de Reino (1). El extenso prólogo que puso á la obra, es una afirmación de fe honda y vehemente. «Yo he escrito este libro—dice—bajo la inspiración espontánea de una devoción sincera, concebida desde la niñez á la Madre de Dios, y á la luz de la fe pura y sencilla del evangelio. He aquí una confesión que el siglo sabio afectará oirme con desdeñosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por el contrario: cáusame compasión contemplar á mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y civilización, sin atreverse á confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme á su vez servir de mofa á la *despreocupación*, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavitud se ha constituido él sólo, y al que se ha visto obligado á adorar, para encubrir la vergonzosa verdad de que ha dado la vida á un monstruo, que ha esclavizado a su padre desde el punto en que nació »

No he de copiar este prólogo porque, á más de ser extenso, puede el lector encontrarle en las *Obras* de Zorrilla, ediciones

---

(1) El cariño con que está redactada la dedicatoria, revela que Zorrilla había encontrado en Tarancón más ternura y más indulgencia que en su propio padre. Dice así:

«Excmo. é Ilmo. Señor.—La amistad íntima y antigua que habéis dispensado á mi familia, el cariño que me habéis mostrado en mi niñez, los buenos consejos de que os es deudora mi juventud, y el aprecio que habéis hecho de mis obras literarias, me han impulsado á tomarme la libertad de dedicaros mi *Corona poética de la Virgen*: esperando que recibiréis mi dedicatoria como leal testimonio de lo honrado que me considero con vuestra generosa amistad, de la buena memoria que guardo de vuestro cariño, del respeto con que he recibido vuestros consejos, y de la alta estimación en que tengo los juicios de vuestra ciencia. Permitid, pues, que aproveche en favor de mi presente obra el prestigio que la dará vuestro ilustre nombre. Sabéis mi historia y conocéis mis extravíos: sé que sois justo al juzgar aquélla y benigno para con éstos; leed mis religiosas inspiraciones, como habéis leído mis profanos versos, y comprenderéis el fondo del corazón de vuestro más atento, reconocido y respetuoso amigo—José Zorrilla.»

de París. En él invoca la promesa que había hecho á la Virgen de contar sus alabanzas en verso, y señala entre los fundamentos de su poema el deseo de contrarrestar «los acres y venenosos manjares de los sangrientos espectáculos importados de Francia», y que durante unos años habían privado en Literatura. «Yo soy—dice—uno de aquellos jóvenes calenturientos que se empeñaron con obstinada tenacidad en penetrar á la fuerza en el templo de la poesía, y amparado por la fortuna y aplaudido por la multitud fascinada, publiqué infatigable volumen tras de volumen, escribiendo desenfrenadamente versos sobre versos, como si fuera cuestión de velocidad ó de ganar el premio de una carrera. Como cae más fácilmente á las manos un volumen de una obra mala que consta de veinte, que el único de que consta una obra buena, mi fecundidad monstruosa me puso en moda, fuí más leído que otros autores que en conciencia valían más que yo, y los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela á cuya cátedra no he tenido intento de subir jamás, una cohorte de sectarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que escribo, que se abandona á mis errores y extravagancias, y que pone mis versos á cuestión de tormento para prohijarles...» Decidía, pues, abandonar tales delirios y dedicarse á la poesía sagrada.

Zorrilla, como García de Quevedo al continuarle, fué poniendo en verso la prosa del abate Orsini: por eso, más que en la parte narrativa, se encuentran bellezas en los fragmentos líricos y digresiones devotas. Tal en la rendida *Introducción*, que termina con aquel alarde de grandeza poética y rendimiento religioso,

Dios me inspiró al nacer la fe en que vivo,  
y Dios, mi fe para cantar, me ha dado  
gigante voz y corazón altivo:  
el siglo, pues, me escuchará asombrado  
cantar la fe de mi país nativo,  
tal vez por su tormento arrebatado,  
mas de la fe de mis creencias lleno  
con firme voz y corazón sereno.

O bien en el capítulo de *El dulce nombre de María*, rematado con una plegaria que ha pasado á ser clásica en la poesía religiosa:

María, cuyo nombre  
como conjuro santo  
ahuyenta con espanto  
la saña de Luzbel:  
escribeme con el pecho  
tu nombre omnipotente,  
porque jamás intente  
apostatarse en él...

Publicáronse acerca del poema *María* detenidos artículos críticos, como el de D. Vicente Barrantes en *La Ilustración* (27 Julio), y el de D. Antonio Cánovas de Castillo en *La Semana*. «El único sello—dice el primero, elogiando las tendencias del poema—de la época ó del caos en que vivimos, que tiene la obra, es la variedad de metros: innovación intentada por otros antes, que nos parece muy natural ahora, no sólo por las exigencias del gusto moderno, sino también por su carácter de leyenda. Esto aumenta el pasmo que causa un libro como *María*, salido de una literatura monstruosa, como que no representa á nuestra nacionalidad, ni á ninguna de nuestras creencias.» «Es imposible—escribe Cánovas, refiriéndose á la descripción de Jerusalén—pintar mejor la desolación de un pueblo en la esclavitud; el mismo Isafas no amenazó á la ciudad rebelde con más duras penas que esas, que al decir del señor Zorrilla estaba sufriendo Jerusalén cuando nació la Virgen María... ¡Cuadro magnífico que tiene pocos modelos en la poesía de nuestros tiempos y puede competir con los mejores de la antigüedad!» Tanto Cánovas como Barrantes señalan en el poema varios defectos, especialmente de corrección gramatical. (1)

\* \* \*

---

(1) En el *Album del Bardo*, publicado en 1850 con poesías de diferentes autores, insertó Zorrilla su composición *A orillas del Darro*.

Ya hemos podido apreciar cuál era en esta fecha la situación de Zorrilla. Empeñada la herencia paterna, reducido á lo que sus obras pudieran producirle, envuelto con la empresa *La Publicidad* en un litigio desagradable, mal había de verse para salir de tales apuros, y con razón podía hablar en el poema *María* de su *tardo porvenir*.

Zorrilla, como dice repetidamente en los *Recuerdos del tiempo viejo*, no había sabido aprovecharse de su fama para asegurar una buena posición; cosa que fácilmente hubiera podido hacer con sólo seguir el ejemplo de Hatzzenbusch, García Gutiérrez, Miguel de los Santos Álvarez y otros muchos escritores de su época, que á la sombra de su reputación literaria habían escalado destinos más ó menos productivos. Cuando, durante el destierro de su padre, Olózaga le ofreció ponerle en posesión de los bienes de Torquemada, él rechazó la proposición; rehusó igualmente las que le hicieron, siendo ministros, Pastor Díaz, Pacheco y Donoso Cortés; y, alegando que «no serviría para nada más que para hacer versos» y que «no sabía una palabra de derecho internacional, ni tenía maldita la idea de las formas cancellerescas», se negó á admitir la plaza de secretario de la legación de París, que le ofrecía González Bravo. Y ahora se encontraba sin ninguna adehala que agregar al eventual producto de sus obras.

Por otra parte, era evidente que la poesía se hallaba bajo los efectos de una sensible evolución. Dice Zorrilla que los literatos de pasta académica trataban de producir una reacción clásica, que al cabo no logró cuajar; pero mejor hubiera podido decir que esta reacción llevaba tendencias realistas, y que á la postre quedó victoriosa. En la lírica, preciso es confesarlo, se salió perdiendo: las leyendas, fantasías, lamentaciones y horrores del romanticismo, con sus exageraciones y todo, son cien veces preferibles al género de composiciones que vino inmediatamente después, ñoñas, dulzonas y alfeñicadas. Allí había al menos fuego y vehemencia.

En raro predicamento comenzaban á estar Selgas y Arnao,

maestros del género, que alguna que otra vez, es cierto, dan con la exacta expresión de la delicadeza. Al publicar el primero *La Primavera* (1850), y el segundo *Himnos y quejas* (1851) fueron saludados como nuncios de un renacimiento poético, por efecto sin duda del violento contraste que formaban sus producciones con las de la escuela que agonizaba. Y, sin embargo, las *Poesías de Zea* (1845), los *Ecos nacionales*, de Ruiz Aguilera (1850), entonados en cuerda más varonil y expresiva, y el *Libro de los Cantares*, de Trueba (1851), producto de inspiración más natural y espontánea, hubieran ayudado mejor á la defensa de aquella reacción.

El teatro se agitaba en la mayor desorientación. El drama romántico exaltado había desaparecido, aunque salieran de vez en cuando á las tablas obras históricas; privaban, en cambio, las comedias de sales gordas, en que se ensayaban no pocos autores mediocres. El Teatro Español, que corría á cargo del Gobierno, limitábase á representar obras ya conocidas—entre ellas *Sancho García* y *El rey loco*, de Zorrilla—, y refundiciones del teatro clásico; cosa que no parecía bien á los críticos, partidarios de que se renovara el repertorio. La cursilería difundida en la lírica pasó también al teatro en comedias varias, y especialmente en la famosa *Flor de un día*, del ripiosísimo Camprodon. En suma, aunque muy desarregladamente, todo marchaba en dirección al *teatro de sociedad* que había de imponerse con Ayala y Eguílaz. La fertilísima semilla echada por Bretón de los Herreros daba sus naturales frutos.

Zorrilla, con todo, hubiera podido sostener su puesto avanzado en el teatro, si otras razones no le obligaran á salir de Madrid y de España. Una de ellas, sin duda alguna, fué la convicción de que en París había de alcanzar más saneadas ganancias con sus libros; otra, más poderosa, la situación insostenible en que respecto á su mujer se encontraba.

Esto, á lo menos, es lo que dice el mismo Zorrilla (1). En una

(1) También Manuel del Palacio y Luis Rivera lo entendían así al insertar en *Cabezas y Calabazas* (1864) la siguiente semblanza de Zorrilla:

carta escrita en Méjico, y á que antes de ahora he hecho referencia, se expresaba en estos términos:

«Sacaba yo del teatro con mis obras dramáticas suficiente cantidad para vivir decorosamente: pero tenía que asistir a los ensayos y que llevar buenas y frecuentes relaciones con los empresarios y actores. Mi mujer, que creía que el teatro era un serrallo de los poetas en donde no tenía yo más que tirar el pañuelo á la que mejor me pareciese, se empeñó en acompañarme á los ensayos. Yo di á esta estúpida pretensión la forma menos ridícula que pude, y todos los actores de aquella época se acuerdan de haberla visto siempre en el palco de proscenio de la izquierda del teatro de la Cruz, so pretexto de lo mucho que la gustaba el teatro.—Siendo esta situación insostenible, á la muerte de Latorre dejé de escribir para el teatro, dando por razón que no había actores para mis obras (1) —. Razón que debió parecer tan ridícula como la presencia de mi mujer en los ensayos.

«Pues bien, yo tuve que huir de mi país en donde había llegado á ser perfectamente ridículo á causa de mi matrimonio. Los que no querían ó no se atrevían á atacarme mi reputación literaria, que entonces obtenía un favor exagerado del público, me hacían coplitas que todavía se recuerdan y que recuerdo yo y tenían gracia.»

Zorrilla, pues, dispuso su viaje á París. Antes de ello arregló el asunto de *Granada* con la sociedad literaria *La Publicidad*. Don Cándido Nocedal, como abogado suyo, llegó á una transacción, en virtud de la cual recuperó el manuscrito y la propiedad

---

Negra melena, pálido rostro,  
él era un vate todo ideal;  
ave agorera de viejas ruinas,  
no hallando espacio donde volar,  
harto de ruinas y harto de viejas,  
se fué á la Habana... sin su mitad.

(1) Latorre murió el día 11 de Octubre de 1851. Ya hacía un año que Zorri estaba en Francia.

de lo que tenía entregado, previo el pago de 22.000 reales que le adelantó el librero D. León Villaverde, á cuenta del derecho exclusivo de la venta de aquel poema en España. Levantó la casa, vendió la mesa «sobre la cual había escrito todas sus incorrectas obras dramáticas», y tomó el camino de Francia.

Dice Zorrilla en los *Recuerdos* (t. II, pág. 34) que ocho días antes de salir él envió á su mujer á Burdeos; pero en las cartas que á continuación transcribo, se verá precisamente lo contrario. Antes bien, con esas cartas á la vista, y sabiendo cómo andaban las relaciones conyugales, se ocurre sospechar que Zorrilla partió á Francia con el decidido propósito de dejar á su mujer en Madrid, y que ella, mal conforme con esto, echó inmediatamente en su seguimiento. En Burgos estaba ya cuando habla por primera vez del viaje de su mujer, y justamente en la misma carta donde dice haber recibido de Madrid «una carta algo desagradable» ¿Será temerario conjeturar que esta carta desagradable era aquella en que doña Matilde le anunciaba su partida?

Vea, pues, el lector las cartas que escribió á su amigo don Tomás Manrique, y de ellas deducirá las incidencias de su viaje, los apremios con que demandaba dinero y la marcha de sus negocios en París:

Burgos, 16 de Septiembre.

Mi querido amigo: Estoy para salir á Bayona en el correo de esta tarde. D. Faustino me ha dado reales-vellón 5.000, los cuales le remitiré á V. con Quico á la más breve ocasión posible. El resto de la cantidad que V. reuna se lo libraré V. á Madrid á D. José Justo Baviano; calle de Tudescos número tres, cuarto segundo, el cual me la remitirá á París.

Ya puede V. ver el papel y la tinta con que escribo, por lo cual y porque no me sobra tiempo, no seré largo. Desde Bayona, escribiré á V. á su nombre; porque cartas de Francia á Torquemada, es claro que son más y es inútil dirigirlas á nadie más que á V.

En este momento me dicen que no estando el Gobernador en Burgos no pueden darme pasaporte para el extranjero hasta que venga. De modo que estoy como tres con un zapato.

Aguarde V. siempre á que yo le escriba á V. el sitio en que estoy y las señas en que me ha de escribir para que no se pierdan.

No le escribo á V. más porque no puedo. A Dios, y de usted como siempre su buen amigo—J. Zorrilla.

Burgos, 17.

Mi querido amigo: Ayer después de escrita ésta me negaron el pasaporte para Francia, por lo que me he detenido un día más, en cuyo intermedio he recibido de Madrid una carta algo desagradable. Al fin tengo el pasaporte y marcho esta tarde por el correo. Quico debe estar aquí el 19 por la noche preparado á seguir á mi mujer hasta Irún, si se lo mandan. Él puede traer su contestación de V., que llegará á mis manos por medio de mi mujer, que es posible que venga á Francia, porque debiendo yo precisamente estar en este país todo un invierno, no puede mi mujer viajar en el rigor de esta estación; todo esto no es del todo seguro; pero es preciso prevenirlo.

Yo le agradezco á V. la eficacia con que dice reunirá los 10 ó 12.000 reales de que me habla; pero si V. los tiene que pedir ó buscar no tenga V. inconveniente en dar un interés por su adelanto y en satisfacerlo del producto de las fincas, si yo no los envío antes. No sé cómo excusarme con V. de tantas incomodidades como le doy; pero el asunto es tan perentorio que no tengo más remedio que limitarme á agradecerle su eficacia y aceptar sus favores de la manera que sean hechos.

No hay tiempo para más porque Quico va á salir esta tarde. Estas dos juntas le enterarán á V. más de todo lo que ocurre; pero conténtese V. con ellas hasta que yo le escriba desde Bayona.

De V. como siempre—J. Zorrilla.

Ponga V. una oblea á la carta del tío Juan antes de enviár-

sela. Quico me dice que se quedaría con la huerta aunque fuese vendiendo su viña; si esto puede ser, aunque pierda algo, haga usted lo que se pueda por él.

Bayona, 20 de Septiembre de 850.

Mi querido amigo D. Tomás: Ayer llegué por fin á ésta después de mil dificultades, cansado, aburrido, mojado y dado á todos diablos. Para complemento de ventura un negocio perentorio de familia impedirá á mi apoderado Dionisio Hidalgo reunirse conmigo, lo menos en tres semanas, y este como comerciante es el que debe tratar con el editor francés, para evitar que, tratando conmigo, me obligue con la mónica de los franceses á pasar por lo que no me convenga. En medio de todo este mal me ocurre un bien, sin embargo, y es que mi condiscípulo el Marqués de Rivadavia, Secretario de nuestra embajada en París, y con quien he venido desde Burgos, estorbará que el editor Baudry proceda á nada sin la presencia del autor; por lo cual esperaré aquí á Hidalgo, porque esta población es mucho más barata que París.

En Lerma me esperaba D. Faustino, para decirme que dispusiera de todo á mi voluntad: al día siguiente me remitió de Cobarrubias reales-vellón 5.000, los cuales le dije que le diría á usted que se lo remitiera cuando V. lo realizara. Creo haberle dicho á V. que el resto de las cantidades que V. reuna puede usted girármelas desde Palencia á D. José Justo Baviano, de Madrid, calle de Tudescos, número 5, cuarto segundo, el cual me las girará adonde yo las necesite.

Quico me dijo que vendería no sé que viñas que posee para comprar la huerta grande. Si puede hacerse, hágase enhorabuena, aunque perdamos una tercera parte; pero ya ve V., en las circunstancias actuales no estamos para desperdiciar dinero: porque todos los negocios tienen sus quiebras, y aunque el que á mí me lleva á París ofrece mil seguridades, mientras no le halle concluído, siempre está el diablo tras de la puerta.

Naturalmente, puede V. comprender que pasaremos el invier-

no en Francia mi mujer y yo, lo cual nos será más cómodo y más barato, y como si yo, como tengo decidido, me quedo aquí siempre, había de hacerla venir más tarde, he pensado traerla desde ahora antes que las grandes lluvias comiencen.

No obstante de que aún no está la estación avanzada, ya está aquí lloviendo desde ayer que es una delicia; pero esto no es extraño, porque aquí siempre llueve.

No tengo tiempo para más, porque con ésta llevo 11 cartas escritas y me estoy cayendo de sueño, en el cual tengo muchos corrales que tapar con las malditas noches de viaje.

A Dios, pues; mil cosas á la Sra. y de V. como siempre su más impertinente y agradecido amigo—J. Zorrilla.

El sobre de esta manera: France—Monsieur. — Mr. Yturriabarra (François) a Bayona.

Bayona, Septiembre 29-50.

Mi querido amigo D. Tomás: He recibido la de V. del 19 por mano de mi mujer, que la recibió de Quico en Burgos. Aunque he escrito á V. desde aquí otra carta, como no ffo mucho de la seguridad de las nuestras en estas circunstancias, le remito ésta por mano de D. Román, á quien remitirá V. la contestación, para que por medio de un amigo común á ambos, la reciba yo donde quiera que estuviere. Como Matilde no llegó aquí hasta el 21 no supe hasta aquel día lo que V. [*hay un roto en la carta*] y me alegro de la venta buena ó mala de la casa y de las otras fincas, pues ya puede V. calcular es posible que yo tarde dos ó tres meses en arreglar mis negocios en París y que entretanto, como no he de presentarme allí como un pillo, será fuerza se me ocasionen gastos á los cuales me alegraré poder atender con dinero que no deba: y bien hayan mis bienes si allí me sirven para remediar mis males.

Supongo que habrá V. recibido la mía del 19, pero por si acaso no, ya sabe V. que D. José Justo Baviano, calle de Tudescos, número 5, cuarto segundo, Madrid, es la persona á quien puede V. con seguridad remitir las letras de las cantida-

des que á mi favor resulten; pues es el apoderado general que he dejado en Madrid.

Dice V., mi buen amigo, que siente habernos conocido, para perdernos tan pronto. Las comunicaciones son hoy tan rápidas y tan baratas, que aun cuando yo no volviera á España. ¿debo desesperar del todo de verle á V. en mi casa de París alguna vez? Yo creo lo contrario. Por mal que me vaya allí, siempre me irá mejor que en España; nunca faltará en mi casa un cuarto para V. ni nunca creeré más honrada mi mesa, que cuando haya en ella un cubierto para tan buen amigo. ¿Y cree V. que residiendo yo en París no valdré más en Madrid que ahora, para el caso en que á V. le ocurriera algo allí? Al revés, no dude usted nunca de participarme sus intenciones si sigue V. en las de trasladarse á una capital, porque tal vez una carta mía y la actividad de mi apoderado Baviano, hará mil veces más por usted que mi misma presencia. Es probable, mi querido amigo, según las noticias que he adquirido aquí, y según la severidad de las leyes francesas respecto á propiedad literaria, que el negocio que me lleva á París me conduzca á hacer una considerable fortuna. ¿Juzga V. acaso que no tendré el mayor placer en ponerla entera á disposición de V.? Porque al fin á V. se la deberé; pues sin su amistad, honradez y actividad, yo no hubiera contado con fondos para este viaje, y se hubiera perdido la ocasión de hacer mis negocios y me hubiera arruinado tal vez. Vea V. cómo desde hoy va ir V. tan unido á mi suerte, que no me será posible separar de ella su recuerdo de V., y aun creo en Dios y en mi conciencia que debe V. de ir interesado en el acrecentamiento de ella siendo tan de V. como mío el capital que en ella se impone.

Vienen á interrumpirme; no puedo continuar.

A Dios, mi querido amigo, no se olvide V. nunca de quien nunca puede olvidarse de V.—J. Zorrilla

El sobre doble y el de encima de este modo: France - Monsieur - Mr Yturribarría (François) Rue Mayon 26-Bayonne; pero la contestación de ésta á Obejero.

París, Octubre-17-50.

Mi querido amigo D. Tomás: Ayer recibí la de V. del primero de este cuyo retraso ha sido ocasionado por mi continua inquietud, y haberme detenido en Bordeaux más tiempo del que yo calculé. Primero que mis intereses, siento la enfermedad de la Sra. y del chiquitín, además de los disgustos que ocasionan á V. en esa. Yo tengo amigos en el Ministerio de Estado y en el de Gobernación; pero ahora no doy en mi memoria con nadie que pueda servirnos en el de Gracia y Justicia Si el asunto puede hacerse por medio de una representación de usted, envíela V. si hay tiempo á mi apoderado Baviano, al cual escribo yo hoy mismo diciéndole: que si V le remite algún papel, se le lleve inmediatamente á mi amigo el Sr. Donoso Cortés, Marqués de Valdegranas, el cual se le entregará recomendándole al ministro de Gracia y Justicia. Yo no sé, mi querido amigo, si esto servirá de mucho, ni si ésta llegará á tiempo después de tanto retraso; pero escríbame V. inmediatamente lo que sobre esto le ocurra, bajo el sobre que abajo le pondré, pues ahora nuestras comunicaciones serán más breves.

Extraño mucho que después de lo que yo he hablado con Nebreda en Lerma, le haya enviado á V. cuenta reclamando: porque yo quedé con él en que (excepto los 5.000 reales) yo echaría mano del resto del producto de mi hacienda, quedando en pagarle la cantidad que se le adeudara de mis fondos Si no hay en esto una mala explicación suya, ó una mala inteligencia nuestra, y si ésta llega á tiempo, no le entregue V. más fondos que los 5.000 reales y gire V. lo que sobre á favor de D. J. Baviano, que yo escribo á Nebreda con fecha de mañana, y entretanto esta carta le sirve á V. de orden para obrar así y de escudo para con él.

Yo, según lo que con él traté, he contado con ciertos fondos para mis negocios en ésta; tal vez, para evitar un enorme perjuicio, tenga que imprimir aquí un tomo entero, cuyo coste no me bajará de 10 000 rea'es, y si ahora me dejan colgado por esa cantidad, me pierdo: cuando no puede tener desconfianza de mí y

cuando el resto de la deuda tendrá un interés y D. Faustino no habrá hecho más que una imposición de su dinero. Creo que merezco ese favor pequeño, cuando vendo mis bienes para pagarle.

Por consiguiente, los 15.000 reales que queden á mi favor ó lo que sea (exceptuados los 5.000 reales), deseo que queden á mi favor, haciéndole un recibo ó escritura de la cantidad que le falte para el completo de su pago, teniendo esta cantidad el interés que quiera, á reintegrársela en un pagaré ó como desee, en un año: porque yo sé muy bien que en 4 ó 6 meses, tendré 20 ó 30.000 francos de ganancia, y si en estos 4 meses no tengo fondos para mis negocios, me arruino. (1)

Los editores de aquí entrarán al fin por lo que yo quiera; pero necesito ponerles el agua al cuello: y hasta que no vean que yo mismo empiezo á imprimir aquí por mi cuenta, y les quito toda ganancia, es posible que se hagan de personas.

En fin, V. haga el uso que le convenga de esta carta para con D. Fausto, que estoy seguro de que hará cuanto esté en su mano por mí, y esto ya al fin le cuesta bien poco, y reúname V. cuantos fondos le sea posible, en la seguridad de su reintegro, porque aquí he visto que se puede hacer un brillante negocio, pero con tiempo y paciencia.

Ya ve V. que no puedo más. Remita V. por medio de D. Román Obejero: para mayor seguridad, si con el mismo propio puede V. contestar, abreviaremos mucho.

Mil cosas de mi mujer para la Sra. y de V. como siempre - J. Z.

El sobre de este modo: France - Monsieur - Mr. Zorrilla (Joseph). Rue le Peletier -25 et 27 au premier, Paris.

---

(1) D. Faustino Nebreda, en carta fecha 10 de junio, decía á Manrique que de los 41.570 reales que habían valido las fincas, debía entregar á *Don Pepito*, por haberlo acordado así con éste, 20.500, y el resto á Simón Villafuella, guarda de la dehesa de Tablada. En 27 de julio le decía que entregase al guarda 5.000 reales, y otros tres mil y pico los enviase á Zorrilla. En 25 de diciembre encargábase que le remitiese á él la cantidad producto de las ventas, porque deseaba «orillar las cuentas con D. Pepito»; pero luego rectificó esta orden y dispuso que se lo mandasen á D. Pepito directamente.

París, 2 de Noviembre, 50.

Mi querido amigo D. Tomás: No recibo carta de V. aunque le he escrito á V. tres. Esto me tiene con cuidado, por la indisposición de su Sra. y del pequeño de que me hablaba V. en su última.

He recibido carta de D. Justo Baviano en que me asegura que hará cuantos negocios V. le encargue como si fueran suyos propios=puede V. mandarle con confianza.

Hoy escribo á Nebreda diciéndole que he dispuesto de todo el resto de nuestro dinero, salvos los 5.000 reales que me dió en Lerma. No tarde V. en enviarme lo que pueda porque he empezado ya á imprimir y me va á hacer falta todo cuanto tengo.

Mis negocios van bien: y espero salir bien pronto de todo, bien.

Mil cosas á la Sra. y de V. como siempre su mejor amigo.—  
J. Zorrilla.

París-nobre. 10-50.

Mi querido amigo D. Tomás: He recibido la de V. del 28 de Octubre, incluida en otra de Román, y por ella veo que estaba en Babia con respecto á Nebreda. No puede V. figurarse las ofertas y protestas que me hizo en Lerma, etc., etc., etc. para salir luego con las once ovejas. En fin, bien hecho está lo hecho y ya tiene sus 50.000 rs., con eso, á quien nada le debemos, con nada le pagamos.

Mis asuntos de aquí no van mal, pero necesitan tiempo, y la jugada de Nebreda me ha hecho una extorsión. Según las leyes francesas, para poder yo vender aquí mis obras, necesito tener aquí el derecho de propiedad sobre ellas, ó al menos de parte; porque si no, como nosotros no tenemos ni leyes, ni comercio, ni nada arreglado, aquí nos las pueden reimprimir á nuestras barbas. Para obviar este inconveniente, voy á publicar por mí, aquí, mis tres tomos de Cantos del trovador, con lo cual tengo el derecho y hay ya editor que me hace buenas proposiciones para después. Contando yo con que Nebreda no tomaría más hasta

que yo se lo remitiera, he empezado la impresión del tomo 1.º, que me cuesta 2.500 francos: lo que unido á lo que me cuesta la edición del mismo en España, porque si no perdería ahí el derecho de propiedad, me monta su gasto á mil duros. Echo solo otros mil para establecerme aquí y diez mil rs. para vivir los tres ó cuatro meses que tarde en producir la venta, y necesito cincuenta mil rs., yo tengo 35 000. conque saque V. la consecuencia, amigo D. Tomás; sin embargo no hay otro remedio, porque si ahora no hago todos estos sacrificios, y me siguen reimprimiendo lo que les falta de mis obras, me arruino para siempre: al paso que si persisto con constancia, dentro de cuatro ó cinco meses puedo firmar la aceptación de 50.000 fs por dos años, y mi comercio libre con España, lo cual es ya mi fortuna.

Antes de hacer un negocio desventajoso, quisiera que á vuelta de correo me dijera V. qué es lo que se ha vendido y si falta algo que cobrar, y qué es lo que á mí me queda y para qué plazo, ó en fin, qué es lo que sucede: porque como no sé nada de esto, no puedo echar cálculos y el tiempo me urge. He recibido aviso de Baviano del cobro de los 7.000 rs y ya los he firmado en su contra.

Me alegro que se haya calmado la tempestad: pero no dude V. en caso contrario de escribir á Baviano, quien desempeñará sus encargos de V. á satisfacción.

Con tanto balumbo de cosas se me había olvidado avisar á V. lo de los 500 rs. de Valpuesta: escríbale V. diciéndole que es crédito aceptado y que los recibirá á la primera ocasión, y avíseme V. el momento, porque si no se le pueden pagar ahí, yo se los daré en Burgos, donde tengo un resto de dinero, preparado para ese caso; pues previniendo todo lo malo, al pasar por esta ciudad lo dejé arreglado.

Yo creo que la indisposición del chiquitín depende del clima y de los alimentos de la madre, y que lo mejor sería sacarle á otro punto y á distintos aires.

No deje V. de contestarme lo más pronto posible; porque antes de disponer de doce ó catorce mil rs que puedo sacar de Madrid, con una obra, necesito estar al cabo de lo que tenemos.

Adiós, mi querido amigo. Mis afectos de mi mujer, que con estas trompeterías anda aburrida, y de V. como siempre su molesto amigo—J. Zorrilla.

El sobre, doble; el de abajo á mí, y el de encima de esta manera:

France

Monsieur.

Mr. D' Algarra (Charles)-25-Rue du Helder, París.

Si recibe V ésta por un propio de V. al mismo una contestación sobre el cálculo de nuestros fondos, para ganar tiempo, aunque se reserve V. luego el escribirme por el correo.

París-Dicbre, 12-50.

Mi querido amigo D. Tomás: Hace unos días recibí la de V. del 18, con la adjunta de D. Faustino. Posteriormente, he recibido otra de éste, fecha 25 del pasado, en la cual me dice que le ha dicho á V. que ponga á mi disposición cuanto haya, etc. etc. En fin, todos estos son ya papeles mojados: él ha cobrado; yo no dispongo de la cantidad total con que contaba: mi padre no cumplió bien con él: él no ha cumplido bien conmigo: es la cadena de las cosas de la vida y nada hay que extrañar. Dios sobre todo, como dice el calendario, y es sandez volver los ojos á lo pasado. Conque á otra cosa (1).

Aquí había también una deuda como la de Nebreda, de 7.650 reales. El acreedor, con su documento legal, procedente de Bordeaux, se me presentó hace 15 días, y como yo estoy la (¿ya?) puesto en el burro y lo mismo me dan 8 que 80, le di mil fs á cuenta y acepté el resto. En resumen: el año va á ser malo. Yo imprimo mis obras aquí, que es lo que me asegura el porvenir; pero los gastos son muchos y los fondos pocos. La Sociedad de la Publicidad que debía adquirir los dos últimos tomos de mi obra de Granada, se declara en liquidación á principio de el año

---

(1) Justo es decir que en los *Recuerdos del tiempo viejo* Zorrilla habla con elogio de Nebreda.

51; por consiguiente los 80.000 rs de los dos tomos volaron, ¡Buen viaje! A otra cosa.

Me dice V. que restaron á mi favor sobre poco más ó menos 5.000 rs que no pueden obtenerse hasta marzo: pero los necesito cuanto antes y es preciso negociarlos, aunque sea perdiendo. Del 25 al 30 de este mes, es forzoso pagar la imprenta, papel, embalaje, correos, etc., etc. y cada una de estas cuentas en 5.000 ejemplares de un tomo subirán más de lo que parece.

Si no puede V. de otro modo, dirijase V. á D. Román en nombre mío, diciéndole que teniendo yo aquí para mis negocios que reunir todos los fondos de esa, que él que está quieto en la tierra vea si le conviene aceptando los créditos esperar los plazos: y si es posible, ya que no de una vez, haga V. por remitir á Babiano dos mil rs á fines de Diciembre y dos mil á mediados de Enero: que con esto y ocho ó diez mil que vencen en Madrid para estos plazos, iré haciendo frente á todo, y Dios dirá.

No me envíe V. la cuenta de que me habla hasta que yo le indique á V. medio seguro, y siga V. poniendo el sobre á mi nombre de este modo:

France

Monsieur.

Mr. Zorrilla (Joseph)-Rue de la chaussée d' antin, 36-à l' entresol,  
París.

Esta es la casa en que me he establecido y aquí llegarán las cartas más pronto.

Matilde tiene una horrible tos, hija del frío y las nieblas de este país: de modo que no puede salir de casa apenas y estamos completamente aburridos. Yo, gracias á Dios, estoy bueno á pesar de los fríos que tomo: éstos son tales, que si vuelvo con narices á España, no será poco milagro.

Adiós, mi querido amigo: mil cosas de Matilde para la señora: me alegraré que el chiquitín esté del todo bueno: ruegue V. á Dios para que nos deje salir vivos de entre las manos de los Monsiures, y mande siempre á su amigo que le quiere—J. Zorrilla.

Días después de escrita esta última carta, dirigía la siguiente á su grande amigo D. Segundo Valpuesta:

París 12 Diciembre 50.—Querido Segundo: tú ya creerías que á muertos y á idos no había amigos: pero todavía hay patria. No te he escrito antes, porque ha sido tanto el movimiento, la inquietud y los disgustos en que he vivido que no he tenido gusto para nada. Estos franceses, que no viven más que en la farsa y la mentira, no se dejan hincar el diente así como se quiera y los editores esperaban que yo me aburriera y me marchase: pero yo ni por esas: hice venir á mi mujer y puse en París la casa que había de tener en Madrid: á terco no ha de ganarme ni Napoleón, que decía que el más terco ganaba las batallas. Figúrate la tramoya de comprar muebles, utensilios, leña y demás menesteres precisos para pasar aquí un invierno tratando con estos bribones, entre los cuales el que pestañea pierde: te venden una cosa, te la ajustan, te la llevan, pues como no te den la cuenta en el acto, como te descuides en cualquier cosa, ya es otra cuenta; como no mires si la cuenta es *cuenta-recibo* firmado, te plantan otra etc. Ahora pon casa y te divertirás. En medio de estas p. de muebles trata con los comerciantes, que por cartas ofrecían el oro y el moro; pero cuando vieron la paja al ojo todas fueron disculpas. En fin, yo les he enviado con el p. Padilla y héteme aquí comerciante y editor de mis obras. ¿Por qué dejarme robar? Yo he enriquecido á cuatro editores, justo será que yo saque de mí mismo el lucro que ellos han sacado.

Aquí me tienes pues vecino de París en la *rue de la Chaussée d'antin n.º 36* á cuya casa y bajo cuyas señas puedes escribirme cuanto, cuando y como quieras.

He visto á tu condiscípulo Avaroa que se me ofreció muy atento. Dime su nombre cuando me contestes, porque no le se y tiene en la misma casa otros primos del mismo apellido.

París, amigo Segundo, esta muy variado y sólo se puede venir á él como yo vine la otra vez: con 10.000 reales mensuales y sin nada que hacer. A mi mujer, que está un poco delicada del

pecho, no la sienta este frío, de modo que trabajo mucho, me divierto poco y gasto un dineral. El sol se puso ya el mes pasado para no volver á parecer hasta Mayo: las calles están llenas de barro y á las tres y media escribo con luz porque la del día comienza á darnos el más tierno adiós. Discurre, amigo Segundo, lo que me divertirá. Pero el ser rico no quiere prisa.

Si te vuelvo á ver, será probablemente calvo y medio ciego, porque me atraco de estudiar y tomar tabaco hasta emborracharme. No hay aquí otro remedio. Mucho recuerdo nuestras expediciones. Aquí hay mucha diversión, mucha constitución, mucha representación, mucha civilización, pero nada de corazón. La Sociedad francesa es superficial, calculista, egoísta, agiotista, materialista, hipócrita, no hay más Dios que el dinero: y esto para nosotros, hombres de corazón, de sentimientos, de nobleza, de generosidad, no nos satisface. Yo doy á un francés una onza con la misma indiferencia con que le daría un pistoletazo: y Dios me perdonaría lo uno lo mismo que lo otro.

Adiós: mil cosas á Papá Pedro y á Mamá Jerónima y á la Rojilla y á Catalina y á Sebastiana y á toda la raza y dime si te puedo servir de algo aquí.

A mi apoderado de Torquemada escribo que ponga á tu disposición lo que hayas dado á la Jacinta: pero si no quieres esperar dime lo que es y te lo pondré en Burgos. Tuyo, tuyo como siempre tu buen amigo.—Pepe (1).

Penosos debieron de ser, sin duda alguna, los primeros meses de Zorrilla en París, y aun los sucesivos. Él mismo nos

(1) Por las cartas copiadas se verá que fué ahora, y no en 1846, cuando Zorrilla vivió en la Chaussée d'Antin.

Según me dice, contestando amablemente á mi pregunta, el ilustre escritor D. R. Foulché-Delbosc, ya no existe la casa en que vivió Zorrilla. «Los números 26 y 38 existen—son casas modernas—; pero entre el 26 y el 38 hay... el Bulevar Haussmann y la calle Lafayette, vías ambas relativamente recientes, trazadas por los años 1860 (poco más ó menos); y cuando se abrieron, derribaron los números 28, 30, 32, 34 y 36 de la Chaussée-d'Antin».

dice que comenzó á trabajar en su *Granada* con febril afán, aislado de toda relación con sus amigos. Y el duro extremo á que se vió reducido, traslúcese en las siguientes palabras: «...cuando entre diez y once, para retirarme á mi estudiantil tugurio, atravesaba alguno de sus puentes, el Sena me atraía con su turbia y cenagosa corriente, y luchaba mi dignidad un momento con la idea, jamás por mi conciencia aceptada, del suicidio; lo que de él me salvó entonces, fué sin duda el saber nadar: tuve miedo á una prolongada agonía, y á una vergonzosa exposición póstuma en la *morgue*» (1).

La fortuna, acudiendo á remediar sus cuitas, púsole en relación con D. Bartolomé Muriel, rico veracunano establecido por aquellos años en París, y habitante de una lujosa morada en el boulevard de la Magdalena. Zorrilla, por generosa invitación de Muriel, quedó instalado en una habitación de esta casa, con libertad para comer donde quisiera, salvo los domingos, que había de acompañarle á la mesa.

En aquel aposento, adornado con pinturas de los grandes maestros, Zorrilla escribió el segundo tomo de *Granada* (2) y estudió árabe con el reverendo Cassangian, sacerdote armenio eruditísimo. De aquí las octavas que se leen en la dedicatoria de su poema:

Yo amo, Muriel, los lienzos y esculturas  
 que tu curiosa cámara guarnecen:  
 sus soñadas ó históricas figuras  
 amigos de mi infancia me parecen:  
 de otra vida anterior memorias puras,  
 recuerdos que mi sér rejuvenecen,  
 genios tal vez de mi existencia guías  
 que la conducen á mejores días...

(1) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. II, pág. 80.

(2) «Y lo que del tercero conservo inédito de aquel poema», dice en los *Recuerdos*. Supongo que será lo que publicó luego con el título de *Los gnomos de la Alhambra*.

De otras amistades que tuvo en París nos da noticias Zorrilla: del doctor Cabarrús, que, por recomendación de la condesa de Nujac, le curó unas anginas y luego le convirtió á la homeopatía; del doctor Vicente, español emigrado, á quien, atacado del cólera, asistió Zorrilla á la cabecera del lecho; de la tertulia de unos señores americanos y de cierta chilena que á ella asistía, protagonista de lamentable suceso (1); de otras personas, en fin, que con él se relacionaron más ó menos. Fernando de la Vera é Isla—de quien prologó los *Ensayos poéticos* en 1852—, y D. Cayo Quiñones de León, asistieron, con otros amigos, á las lecturas de *Granada*, en el domicilio de Muriel. Sostendría, por de contado, su amistad con Fernando Freyre y con el navarro Fermín, así como con el doctor Delmas, cuando regresara de su viaje por Alemania. Conviene también decir aquí que de unas relaciones amorosas, anteriores á las de *Leila*, según me afirman, tuvo Zorrilla en París una niña, que murió á los cuatro años (2).

Fué también ahora—febrero de 1851—cuando el *Musée des*

(1) Dice Zorrilla que había escrito (no ciertamente en las notas de *Granada*, como apunta), un tratado de quiromancia; y que por ello y por publicar en cierto periódico americano un artículo sobre cartomancia y adivinación, le atribuyeron el arte de echar las cartas. Un sábado de Octubre de 1854, estando en la tertulia aludida, le rogó la señora chilena que echara su suerte. Resistíase Zorrilla, pero al fin hubo de hacerlo, y los naipes expresaron lo siguiente: «En los siete días entrará la justicia en su casa y se disolverá una familia.» Días después, el marido de la chilena, rico inglés, sufrió á la puerta de su casa una caída que le causó la muerte; y su herencia, en virtud de las leyes inglesas, pasó á una hija de anterior matrimonio. Agrega Zorrilla que entonces apresuró su salida de Francia, «para no volver á encontrarme—dice—con aquella infeliz mujer, que debía de unir para siempre mi recuerdo al de su desventura.» Y comenta: «Yo no creo más que en Dios y soy cristiano por convicción; pero la imagen y la historia de aquella hermosa chilena se conserva en mi memoria tan poética como melancólica, y vaga por el campo fantástico de mi imaginación en compañía de la hija epiléptica de Mélico Maggioroti, mercader de lanas en Cádiz.»

(2) V. *Recuerdos del tiempo viejo*, t. II, pág. 97.

un alma no se encierra inerte y fría  
que el bien no goza y el placer no siente.

Aquí se encuentra aquel hermoso relato de la escena en el hogar del solitario pueblo, á que asisten Zorrilla, todavía niño, su madre, «alma llena de amor y de ternura», su sombrío padre y el clérigo su tío, preocupados por la guerra civil que se desencadena, fugitivos luego á través de las montañas. Y las referencias á la catástrofe:

Sólo restan, Miguel, breves renglones,  
A su fe y su pendón leal mi padre  
se arruinó en la política contienda:  
yo por salvar su honor vendí mi hacienda...  
¡Dios la dé el dueño que mejor la cuadre!  
Oré al umbral de su mansión mortuoria,  
de su triple ataúd guardé la llave  
y abandoné un país do su memoria  
poseía no más.—Tal es mi historia.  
¡A Dios el porvenir, que es quien le sabe!

La ficción del loco de Valladolid — su *alter ego*— de que habla Zorrilla en esta carta-cuento, sirvióle de punto de partida para anunciar *mil historias granadinas*; pero el plan era demasiado vasto, y por ello sin duda no pasó del anuncio.

A principios de 1852, según parece, se trasladó Zorrilla á Bélgica, donde debió de permanecer poco tiempo. La introducción á los *Ensayos poéticos*, de Fernando de la Vera, y la del poema *Granada*, dirigida á D. Bartolomé Muriel, están fechadas en Bruselas y en Febrero (la segunda el día 21) (1). Sobre lo que en Bruselas hacía, dice lo siguiente en los versos á Vera:

¿Quieres saber lo que en la Flandes hago?  
Lo que ha tres años por doquier: mi obra  
avanzar de Granada. A emprender iba

(1) La *Digresión y dedicatoria al Sr. D. Cayo Quiñones de León, Marqués de Santiago*, etc., etc., que poseen autógrafa las Sras. de Arimón, está también fechada en Bruselas á 21 de Febrero de 1852.

la relación sombría y desastrosa de la postrer catástrofe, que el genio del Islam para siempre hundió en la sombra del vencimiento, y me era necesario buscar mi inspiración bajo una atmósfera lúgubre, fría, inerte, bajo un cielo cuya plomiza y aplanada bóveda me arrancara un suspiro como el último que exhaló Boabdil por su corona. En esta Flandes, española un día, hallé lo que buscaba; silenciosa tranquilidad, prosaica existencia que excite las poéticas memorias de la oriental España; y aquí marcha mi árabe carabela viento en popa...

Como verá el lector, la razón que da Zorrilla para el viaje es poco convincente. Había otras, como eran el alejarse de doña Matilde, que, según parece, regresó pronto de París á España, y sobre todo el de seguir á la mujer—casi una niña—que le había cautivado en pasión arrebatadora.

Era Zorrilla un observador habilísimo. Dondequiera que iba encontraba algo digno de nota, y esparcidas en sus escritos se encuentran aquí y allá curiosas consideraciones sobre los pueblos y las personas, los usos y las costumbres. No es de extrañar, pues, que en su carta poética á Vera aluda á los de Bélgica, y fije especialmente su atención, como cosa típica y peculiar, en los clásicos *cabarets*:

¿Visitaste la Flandes algún día,  
Fernando? ¿Cobijaste la cabeza  
bajo la ahumada bóveda sombría  
de un cabaret flamenco?... ¿en esa pieza  
cuya atmósfera espesan á porfía  
el vapor del tabaco y la cerveza,  
el olor de las cubas y el aliento  
de la gente que llena el aposento?...

En aquellas flemáticas figuras  
 que se envían en calma gravemente  
 el humo unas á otras, las pinturas  
 de Teniers reconoces: de esa gente  
 en el habla, ademanes y posturas  
 un no sé qué de vago, indiferente,  
 hay, que sus personajes asemeja  
 á los de una fantástica conseja.

No sabemos, porque á renglón seguido de contarlo lo des-  
 miente en tono de broma, si el poeta buscaba sus inspiracio-  
 nes en los rincones del cabaret, mezclado entre la concurrencia  
 abigarrada:

Aquí es donde al amor de un manso fuego  
 el grato aroma del café respiro:  
 aquí en las ondas del olvido anego  
 mis pesares, al par que el humo aspiro  
 en turca pipa del tabaco griego;  
 y cual Hoffmann fantástico me inspiro,  
 y evoco las poéticas visiones  
 hijas de nuestras cálidas regiones.

Como resultado de sus gestiones con el editor Baudry, pu-  
 blicóse en aquel año, 1852, la segunda edición de sus *Obras*.  
 Agregóse ahora un tercer tomo, comprensivo de las obras com-  
 puestas después de 1847 y de alguna que había quedado traspa-  
 pelada (1).

(1) En una advertencia de *El autor*, que lleva fecha 1.º Agosto 1851, se dice lo siguiente: «Había pensado suprimir en ella muchas composiciones malas y de mal gusto que, escritas casi en mi niñez, no debían aparecer en una colección que lleva al frente mi nombre; pero el editor se ha opuesto á toda supresión, haciéndome notar que él ha ofrecido al público mis obras completas y no mis obras escogidas.»

He aquí el contenido del tercer tomo:

*Obras poéticas* — Ofrenda poética. — El bautismo de Jesús. Fragmentos de *Pentápolis*. — Sonetos (traducción del italiano). — Recuerdo al Excmo. Sr. Duque de Rivas. — Hosanna. — Allah-Akbar. — En la muerte de... — A Adelaida R. (inédita). — A Luisa. — A Teresa (inédita). — A Matilde (inédita). — La Guirnalda

Más trascendental fué la aparición de los dos tomos de *Granada*, que, obteniendo la unánime aprobación de propios y extraños, salieron aquel mismo año de las prensas de Pillet Fils Ainé (1).

Veía al fin Zorrilla realizados sus propósitos. La idea de Granada no le abandonaba desde muchos años antes, y allí donde se le ofrecía ocasión, evocaba el recuerdo de la ciudad morisca: en las octavillas de *¡Allah Akbar!*, en las octavas reales de *El mirador de la Sultana*, en la epístola á Miguel Lafuente Alcántara:

Encantada ciudad, cuyas historias  
piden al Rey-Profeta el arpa de oro:  
sultana del Genil, cuyas memorias  
evoco á solas y en silencio adoro:  
alcázar oriental, de cuyas glorias  
envidioso está el mundo: bien el moro  
dijo al decir que la mansión divina  
está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal de tu estrellado cielo  
se ve la faz de Dios que centellea:  
no hay quien detrás de tu flotante velo  
la omnipotencia de su ser no vea:  
no hay quien escrita en tu fecundo suelo  
la realidad de su poder no lea:  
no hay quien contemple tu nocturna calma  
sin alzarte un altar dentro del alma.

---

(inédita). - El wals. - Himno al Liceo. - Canción carnavalesca. - Canción (traducida del italiano, inédita). - Epitafios (inéditos). Un cuento de amores (se dice la segunda parte inédita; pero no lo era). - Fragmentos de *María*.

*Obras dramáticas*. - El rey loco. - La reina y los favoritos. - La calentura. - La Creación y el Diluvio. - El excomulgado. - Traidor, inconfeso y mártir.

En ediciones posteriores sufrió alguna variación el contenido de este tomo.

(1) *Granada* | *Poema oriental* | *Precedido de la Leyenda de Al-Hamar* | por | Don José Zorrilla | Paris | *Imprenta de Pillet Fils Ainé* | *Calle de Grands-Augustins*, 5 | 1852.

Ya había murmuradores que se chanceaban de Zorrilla, porque no acababa de dar á luz su tan anunciado poema. A ellos se refería en las *Cuatro palabras del autor*, insertas en el primer tomo, tras la dedicatoria á D. Bartolomé Muriel:

«Hace cuatro años que emprendí la obra de un poema, cuyo argumento es la conquista de Granada por los Reyes Católicos. Desde entonces á hoy, los desocupados y los gacetilleros han desperdiciado su tiempo y su tinta en dirigirme anónimos, preguntándome si pienso publicar mi poema el día del juicio, recordándome la fábula del parto de los montes, y adelantando, con la más sana intención del mundo, sus opiniones sobre mi obra, la cual se ha estado hasta hoy en mi cartera, virgen felizmente de su conocimiento. Yo no acostumbro á ocuparme de estos pobres espíritus, que abandonan caritativamente sus negocios por ocuparse de los ajenos; pero á los desocupados como á los gaceteros, les recordaré á mi vez con Cervantes el cuento de aquel loco de Sevilla, que hinchaba los perros con un cañuto, y dándoles una palmadita en la barriga cuando ya los tenía hinchados, preguntaba á los necios que le miraban: «¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?» ¿Pensarán Vms., digo yo á mis preguntadores, que así se escriben poemas como se hilvanan los chismográficos cuentecitos de sus gacetillas? Estas mezquinas contrariedades, unidas á las desgracias que en estos últimos años me han sobrevenido, y entre las cuales cuento la pérdida de mis padres y de mi hacienda, en lugar de acobardarme y héchome abandonar mis proyectos, han doblado mi fuerza y los han robustecido y ensanchado más cada día; así es que en vez de un poema he emprendido dos; y en lugar de apartar mi pensamiento de Granada, le han hecho abarcar toda su poética historia.»

El libro *Cuento de cuentos*, que no pasó del prospecto, es el otro poema á que alude Zorrilla. El cual acaba por decir á los criticastros, recordando la anécdota de Pedro Romero, que las lecciones deben darse á la cabeza del toro.

En la *fantasía* á D. Bartolomé Muriel insertó Zorrilla, leve-

mente variada, la epístola que á D. Rafael de Guardamino dirigió en las primeras ediciones de *La leyenda de Al-hamar*, con sus tercetos simbólicos de *Las dos luces*. Allí está la rendida y enérgica reiteración de su credo poético:

Y he aquí por qué, cuando hoy mi voz levanto,  
*cristiano y español, con fe y sin miedo*  
*canto mi religión, mi patria canto.*

Por eso en la invocación del poema llama en su auxilio á la inspiración cristiana:

¡Cristiana inspiración, hija del cielo,  
 que diste ser á mi canción primera,  
 de mi existencia en el placer y el duelo  
 guía siempre leal y compañera!  
 Tú, que al vestirme mi mortuorio velo  
 dirás conmigo mi oración postrera;  
 tú, que abrirás con el sepulcro al alma  
 de la tranquila eternidad la calma...

.....  
 ¡Inspiración católica, más fuerte  
 que los tres elementos destructores  
 de la envidia, del tiempo y de la muerte!  
 Cíñe mi sien y mi laúd de flores:  
 mágico encanto en mis palabras vierte  
 y, en brazos de los vientos voladores,  
 del turbio Sena al pobre Manzanares  
 lleva mi corazón en mis cantares.

Sería fácil seguir al pormenor las fuentes que utilizó Zorrilla para los varios libros de su poema. Él mismo, en las notas, expresa alguna de las principales: el *Libro del viajero en Granada*, de Jiménez Serrano; la *Crónica de la conquista de Granada*, de Washington Irving; las *Guerras civiles de Granada*, de Pérez de Hita; la *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, de Prescott; y la *Historia de Granada*, de Lafuente Alcántara. Se conservan, entre los libros de su biblioteca, los ejemplares que le pertenecieron de las tres últimas, y de señales por él puestas

está aún llena la *Historia* de Lafuente, que fué la más abundante cantera de donde sacó sus materiales (1).

También figuran en la biblioteca otros dos libros que utilizó: *Essai sur l' architecture des arabes et des mores en Espagne, en Sicile, et en Barbarie*, por Girault de Prangey (1841), y *L' Alhambra, chroniques du pays de Grenade*, de Washington Irving, traducción francesa de P. Cristian (1845) (2).

Antepuso Zorrilla á su poema la *Leyenda de Al-Hamar*, unos años antes publicada, y que forma en verdad un proemio digno. Es esta una de las leyendas en que más pródigamente derramó nuestro poeta la rica pedrería de su estro, y el rey Nazarita una de las figuras que con más cariño trató. «Ni Júpiter, ni Venus, ni Apolo—escribe Valera—saludaron nunca más lisonjeramente á héroe ó príncipe gentil, que el ángel que surge del fondo del agua saluda á Alamar, pronosticándole venturas más altas que las que pudo lograr Alejandro ó César, y diciéndole en nombre de Alah:

Su vista rutilante  
que el universo abarca,

---

(1) Los trozos de papel que sirven de señal tienen las correspondientes indicaciones, de puño y letra de Zorrilla. Por ejemplo: «Rodrigo de Narváez y los moros enamorados. Leyenda.»—«Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz.» «Leyenda, de Tagzona y Hamet Alaizar.»—«Peregrina invención y fantástica escena preparada por Hernando Narváez, alcalde de Antequera, para que el rey Don Enrique le conservara la alcaidía.»—«Leyenda granadina. Amores de Abdilvar.» Claro está que Zorrilla pensaba también aprovechar esta *Historia* para sus *Mil leyendas granadinas*.

Los libros que tenía Zorrilla al morir, se guardan en la casa donde nació el poeta, adquirida por el Ayuntamiento de Valladolid.

(2) El primero tiene numerosas señales. En el segundo, como acotación al capítulo *La cour des Lions* (pág. 60), donde dice Irving que un moro de Tetuán, vendedor en Granada, le hablaba de Boabdil y de la dominación musulmana en Granada, escribió Zorrilla: «Todo esto es de pura invención de Irving. Los moros hoy sí saben dónde está Granada es porque se lo ha dicho algún datilero vagabundo. El moro no sabe nada de la historia de los árabes en España; y las bellezas arquitectónicas y el sentido de las leyendas feúficas de la Alhambra, les son tan extrañas como á un baturro de Aragón.»

posada en tu semblante  
 desde la cuna está:  
 y el dedo omnipotente  
 sobre tu noble frente  
 grabó la regia marca  
 que á conocer te da.

Naciste favorito  
 del genio y de la gloria;  
 tu voz es la victoria,  
 tu voluntad ley es;  
 tu tiempo es infinito;  
 tus huellas indelebles;  
 los montes son endebles  
 debajo de tus pies» (1).

Dondequiera que se tiende la vista sobre la *Leyenda de Alhama*, sorprende la exuberancia de luces y la profusión de tintas. Una y otra vez se defiende el poeta, con íntima complacencia, en la descripción de Granada y su vega, sin que se agoten los colores de su pincel. Por el contrario, la variedad en ellos es cada vez mayor:

Ven desde allí los ojos embebidos  
 cien alegres y blancos lugarejos,  
 que de palomas asemejan nidos  
 entre las verdes huertas á lo lejos;  
 y montes cien, que por el sol heridos,  
 descomponen su luz con mil reflejos  
 que lanza el agua y el metal que encierra  
 pródiga madre su fecunda tierra.

Allí anidan al par todas las aves  
 y se abren á la par todas las flores:  
 con la rápida alondra águilas graves,  
 con la murta el clavel de cien colores;  
 se respiran allí cuantos las naves

(1) *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, tomo I., pág. 155.

de oriente traen balsámicos olores,  
y allí da el cielo deliciosas frutas  
y encierran minas las silvestres grutas.

Allí, bajo aquel cielo transparente  
donde vieron su Edén los africanos,  
hállase aún en ideal v'iente  
la mujer de contornos sobrehumanos,  
de ojos de luz y corazón ardiente,  
de enano pie y anacaradas manos,  
cuya generación guardarán solas  
las árabes provincias españolas.

El indefinible misterioso encanto de la *fantasía* que vivifica la leyenda, dilúyese en raudales de *poesía pura*, diáfana, y exenta por tanto de elementos extraños que pudieran ayudar á sus más eficaces efectos. ¡Qué fuerza no tendrá cuando por sí sola mantiene el fuego de la narración! En ese fondo surge ya la aparición de Azael:

Y he aquí que en este punto,  
del fondo de la fuente  
que arrulla mansamente  
el sueño de Al-hamar,  
la faz resplandeciente  
de un Genio, que ilumina  
la linfa cristalina,  
se comenzó á elevar.

Tocó en el haz del agua  
su cabellera blonda:  
quebró la frágil onda  
su frente virginal:  
dejó el agua mil hebras  
entre sus rizos rotas,  
y á unirse volvió en gotas  
el limpio manantial.

La profecía de Azael pone al Nazarita en camino de la gloria;  
y Al-hamar sacude las ramas del verjel y el rocío se cuaja en

perlas, y los triunfos y las venturas le rodean... hasta que corre peligro de hundirse en la falsa fe. Entonces Azael le atrae hasta su alcázar y le arrebató á la vida terrenal para retenerle en espíritu á su lado:

Hoy mismo, en apariencia,  
 perecerá á las manos  
 de incógnita dolencia  
 tu cuerpo terrenal:  
 mas junto á mí, existencia  
 tendrás, hasta que ufanos  
 habiten los cristianos  
 tu alcázar oriental.

¿Quién no recuerda los capítulos de *La Carrera*? Al-hamar, arrastrado por su caballo árabe, atraviesa montes, arroyos y vallados, traspone tierras ideales y penetra en el maravilloso alcázar. El vértigo que enajena á Al-hamar, se apodera también del lector, ofuscado por la fluidez con que se le ofrece en cambiantes deslumbradores una inacabable serie de primores descriptivos.

El relato se hace más sosegado y regular al entrar en lo que propiamente constituye el poema. Es éste precisamente una de las obras más ordenadas y meditadas de Zorrilla—no en vano le preparó con toda calma—, y de las que menos abundan en los defectos de forma que los críticos, sobre todo los críticos *al menudeo*, solían achacar á nuestro poeta. Y, esto no obstante, en el relato y versificación campea la más flexible espontaneidad. En aquellos puntos menos abocados al lirismo, y en que predomina la parte narrativa, parece que se está leyendo, mejorado en tercio y quinto, algún poema de nuestro siglo clásico, la *Araucana* ó el *Bernardo*.

La leyenda y la realidad se funden deleitosamente en este poema. La Granada de Boabdil, con sus zambros y sus leilas, sus discordias y sus luchas, tiene tal atractivo para la fantasía, que por algo motivó reiteradas inspiraciones, comenzando por los romances fronterizos y la novela de Pérez de Hita. Años

antes de aparecer el poema *Granada*, había publicado Martínez de la Rosa su tragedia *Morayma* y su novela *Doña Isabel de Solís*, que de seguro no fueron desconocidas para Zorrilla. Pero hasta en la consistencia y solidez de los personajes aventaja Zorrilla á sus predecesores en el que pudiéramos llamar género morisco. Los moros de aquellos otros autores eran figuras convencionales, muñecos de retablo, ataviados, eso sí, muy pulcra y artificiosamente; los moros de Zorrilla, sin perder nada de su poesía, son hombres de carne y hueso, que responden á las circunstancias de la realidad.

Esto no va en menoscabo del elemento fantástico, que tiene gran intervención en *Granada*. El ángel Azael, finado su destierro, asiste al cumplimiento de su profecía: juegan á la vez papel importante las revelaciones en sueños. El santón Aly-Mazer lanza sobre Muley Ihasam su amenazador augurio; el nigromante de la torre solitaria presenta al desdichado rey la visión mágica de sucesos venideros. Y así se ensartan en la urdimbre de sucesos históricos los hilos sutiles de lo maravilloso.

Personajes y episodios se destacan con notable relieve. Doña Isabel de Solís (la *Zoraya* árabe) pone á prueba su fortaleza de ánimo, luchando contra sus enemigos, y aún contra el propio destino, por mantenerse en el trono; Aixa despliega toda la astucia y energía necesarias para minar el poder de la intrusa; Abu-Abdil, rota la valla que le detenía, esgrime las armas de la insurrección; Moraima, figura dulce y simpática, encierra todas sus ambiciones en el amor de su esposo. Cuando Abul Hasán lucha por recobrar su perdida Alhama, su hijo asalta las gradas del trono, y entretanto la ruina del reino granadino avanza presurosa. Pronto va á consumarse: Abu-Abdil cae preso en Lucena, y su suegro Aly-Athar perece en la contienda.

De otra parte, vemos en el campo cristiano figuras trazadas con brío: la reina Isabel, cariñosamente evocada; D. Juan de Vera, plásticamente retratado en su negro potro; D. Rodrigo Ponce de León, ayudado también por la milagrosa mano de Azael. Ciertamente es, sin embargo, que la mayor brillantez, la mayor riqueza

de colorido, campea en los héroes árabes. No en vano trataba Zorrilla de resucitar los recuerdos poéticos de la Granada musulmana.

Siempre acorde con el desarrollo del asunto va la versificación, en que Zorrilla estuvo afortunado acaso más que nunca. Por raro caso en el relato de algún hecho se inicia el prosaísmo; de ordinario se mantiene un tono de noble elegancia, esmaltado aquí y allá de primorosos trozos líricos, de gallardas pinceladas descriptivas sobre Granada, y la Alambra, y el Generalife, de invocaciones como aquella del libro primero:

Águilas que os cernéis en corvo vuelo  
sobre el Atlas y el Cáucaso; pastores  
que sesteáis á la sombra del Carmelo  
y bajáis al Jordán los baladores  
ganados; y vosotros los que en pelo  
montáis salvajes potros voladores,  
hijos de los ardientes vendavales  
que barren los egipcios arenales;

tribus perdidas y á los de hoy extrañas,  
para quienes la Europa no se ha abierto,  
que incendiáis al huir vuestras cabañas  
y en la Zahara avanzáis el paso incierto;  
gacelas de las árabes montañas,  
apareadas palmas del desierto;  
caravanas errantes á quien ellas  
dáfiles dan, y leche las camellas;

palomas de los cármenes floridos  
que bordan las colinas de Granada;  
golondrinas leales que los nidos  
en la Alhambra colgáis; enamorada  
raza de ruiseñores que escondidos  
gorjeáis de su bosque en la enramada;  
arroyos que, á su sombra, bullidores,  
laméis su césped y mecéis sus flores;

sierras que cubre el sempiterno hielo  
 donde Darro y Genil beben su vida;  
 valles salubres, transparente cielo  
 de la Alpujarra aún mal conocida;  
 de Málaga gentil alegre suelo,  
 de la hermosura y del amor guarida;  
 mar azul cuyo lomo cristalino  
 á las quillas de Agar prestó camino:

abridme los tesoros encantados  
 de vuestras glorias mil tradicionales;  
 dadme á beber los que guardáis sagrados  
 de inspiración inmensos manantiales:  
 germinad en mi mente, no estudiados,  
 vuestros cantos de amor meridionales,  
 por que pueda brotar del arpa mía  
 vuestra oriental y virgen poesía.

No dejó de aprovechar Zorrilla en *Granada* versos que ya tenía publicados. Al libro tercero incorporó, con las debidas modificaciones, los de *La sorpresa de Zahara*, insertos en el tomo segundo de sus *Poesías* (1).

Ya al publicar la *Leyenda de Al-hamar* la ilustró con notas varias y con una Vida de Mahoma, tomada del P. Savary. Todo ello, levemente variado, lo agregó á *Granada* y puso nuevas notas correspondientes al texto del poema. Ya se ha dicho cuáles son las autoridades que en ellas principalmente alega. Gusta de transcribir en árabe palabras y frases (cosa que no había hecho en las primeras ediciones de *Al-hamar*, sin duda por carecer de caracteres árabes la imprenta madrileña donde se editaron), y las explica luego convenientemente. (2)

(1) De los mismos, ya reformados, publicó parte en el *Semanario Pintoresco Español* de 1847.

(2) Es curioso lo que dice en una de las notas de la *Leyenda del Al-hamar*, donde habla del oro que llevan el Darro y el Genil: «El autor de la presente obra lleva continuamente una sortija de oro recogido en las arenas del Darro durante su permanencia en Granada.»

¡Lástima que el poema *Granada* quedase inconcluso! Acaso Zorrilla formó un plan demasiado vasto, que le obligó, más que las contrariedades editoriales, á remitir en su trabajo y á la postre suspenderle. Preferible hubiera sido que, conteniendo en más estrechos límites el desarrollo del asunto, hubiérale desenvuelto íntegramente en los dos tomos.

*Granada* tuvo una aceptación inmejorable. A los pocos días de su publicación, Zorrilla había vendido mil ejemplares á Cipriano de las Cagigas para Méjico, quinientos á Baudry para Alemania, y setecientos cincuenta á varios corresponsales en París de librereros americanos. (1)

Por entonces ocurrió á Zorrilla un incidente digno de mención. Había recibido, durante su permanencia en Bélgica, una invitación por todo extremo honrosa; y de este hecho derivaron consecuencias á que alude en *Recuerdos del tiempo viejo* (tomo II, pág. 84) y en el siguiente párrafo de una de sus cartas: «Al advenimiento de la Condesa de Teba al trono de Francia, se la quiso hacer un album por los poetas españoles. Parece que personas muy influyentes en España dieron á entender que

(1) En una nota del tomo segundo advertía que Cagigas había adquirido el derecho exclusivo de venta en la república de Méjico, y D. Urbano J. de Sotomayor en Cuba y Puerto Rico. Los pedidos de Europa habían de dirigirse á la Librería universal española de Hidalgo y Compañía, calle Pavée Saint-André, 3, París.

Véase, como curiosa, la dedicatoria que puso Zorrilla en el ejemplar que regaló al conde de Montemolín:

«Serenísimo Señor: Los recuerdos de la niñez son indelebles. Educado yo en el Real Seminario de Nobles, de Madrid, conservo la memoria de V. A. R. entre mis recuerdos de niño, y halaga mi amor propio el título de condiscípulo de V. A. R. Por si en los revueltos días del siglo que alcanzamos pueden servir de consuelo á V. A. R. los cantos de un poeta que celebra la fe y la gloria de su Patria, me atrevo á ofrecer á V. A. R. un ejemplar de mi poema de Granada. Si el influjo de sus versos aligera la lentitud de algunas horas de la vida de V. A. R. y procura al autor un recuerdo grato en su corazón, me consideraré suficientemente recompensado con el honor de haber existido unos momentos en la memoria de V. A. R.—París, Diciembre 8 de 1852.—A los reales pies de V. A. R., José Zorrilla.» (*El Correo Español*, 21 Febrero 1917).

los que escribieran en este album no serían bien vistos por el Gobierno. No sé de este asunto cosa cierta porque entonces estaba yo en Bélgica procurando hacer un trato con los impresores de este país para impedir en él la reproducción de mis obras para los mercados de América, que eran ya mi única esperanza de lucro. La publicación del album se retardó. El señor D. N. Ceballos me escribió á Bruselas diciéndome que la Sra. Condesa del Montijo creía que yo escribiría algo á su hija antes que los demás poetas. Yo, que además de no tener sueldo no tenía nada del Gobierno, vi la situación como cuestión de caballerosidad y escribí mi serenata á la Emperatriz.»

Es ésta la muy famosa *Serenata morisca* que luego incluyó Zorrilla en *La flor de los recuerdos* y en el *Album de un loco*, y que debe tenerse, sin duda, como una de las más bellas composiciones de nuestro poeta:

Yo adoro, bardo errante, la gloria y la hermosura:  
mi templo es el espacio, mi altar la creación;  
yo vivo en la pasada para la edad futura,  
y aislado entre dos siglos está mi corazón.  
Tu gloria y tu hermosura por eso solitaria  
mi voz canta en las sombras al pie de tu balcón.  
Perdona, pues, señora, si viene temeraria  
á perturbar tu sueño mi bárbara canción.

Yo habito de Granada las arabescas ruinas:  
allí donde los muros de tu mansión natal  
del áureo Darro lamen las ondas cristalinas  
cual ora las del Sena tu alcázar imperial.  
Yo habito aquellas lomas y páramos felices  
do reverbera espléndido el sol meridional  
que ha dado á tus cabellos del oro los matices  
y á tu purpúrea boca las tintas del coral...

El matrimonio de Eugenia Montijo con Napoleón III se celebró el día 29 de Enero de 1855. Zorrilla, que con bastante anterioridad debía de estar en París, recibió del secretario de la

emperatriz, el erudito Damas Hinard, un billete de recepción para que personalmente entregase á ésta su autógrafo; pero el día en que debía hacerlo cayó la emperatriz enferma, y Zorrilla fué recibido por M. Tascher de la Pagerie, que le recogió el manuscrito, no sin cambiar «treinta cortesías en un minuto.» Y ninguna otra cosa volvieron á decirle los emperadores sobre el asunto, eso que se hablaba de concederle la legión de honor.

¿Qué había ocurrido? He aquí lo que dice Zorrilla, en la carta antes aludida: «Los Emperadores me acordaron una audiencia y un momento de favor. Mi posición era buena, pero aquí de mí mujer para hacerla mala, en vez de ayudar á que el favor imperial mejorara mis intereses; presentóse al Marqués de Viluma, el Marqués se fué á los Emperadores y les dijo que yo era un hombre de mala conducta que no hago vida con mi mujer. Escándalo, rechifla, descrédito mío por el Quijotismo del Marqués de Viluma que dió por razón que siendo uno de los que marchaban al frente de la literatura contemporánea, debía de ser modelo de casados, etc., etc. Los Emperadores me retiraron la cruz de la legión de honor con la cual se había pensado condecorarme: y heme aquí otro vez ridículo y [*una palabra ininteligible*] en Francia.»

Aquella serenata a la emperatriz Eugenia dió mucho que hablar. Cuando Zorrilla, dos años después, se encaminaba á Méjico, vió en la isla de Santo Tomás al general D. Buenaventura Báez, expresidente de la república dominicana, el cual le preguntó sobre *la historia* de su serenata. «La gente vulgar y desocupada—escribe Zorrilla—se empeña en ver misterios y maravillas en las cosas más simples, y algún desocupado debió de contar al general alguna, que á mí no me importa saber, porque así se parecería á la verdad, como el templo de Salomón á los gigantones de Burgos. La condesa de Teba vino á parar en emperatriz de los franceses; hecho histórico que nada perdían en celebrar los poetas españoles: yo, que soy español y tengo mis puntas de poeta, porque según el refrán

de poeta, de músico y de loco  
 no hay nadie que no tenga mucho ó poco,  
 quise también hacer mi baza y meter mi cuarto á espadas con  
 mi serenata; creyeron algunos que yo iba á oros en semejante  
 juego, pero al descubrir el mío vieron que mis cartas eran blan-  
 cas, y que los versos que hago á las hermosas, siquiera sean  
 emperatrices, están más que imperialmente recompensados con  
 el honor que ellas les hacen al aceptarlos. Esto es todo; y como  
 todo esto no forma historia y queda reducido á que yo hice una  
 serenata á la condesa de Teba, emperatriz de los franceses,  
 porque tal era mi deber, y S. M. recibió mi manuscrito porque  
 yo se lo presenté, único objeto con que fué puesto en sus hoy  
 imperiales y siempre nacarinas manos, y único favor á que mi  
 composición aspiraba, esquivé yo la cuestión de su historia,  
 para no quitar al general Báez la ilusión que algún amigo de lo  
 maravilloso y poético pudo hacerle formar sobre un hecho tan  
 sencillo» (1).

Trabajaba también Zorrilla para los editores de Madrid. En  
 Abril de aquel año (1855) se repartió la primera entrega de los  
*Cuentos de un loco. Episodios de mi vida*, publicados por la  
 empresa del *Semanario Pintoresco Español*. No pasaron estos  
*Cuentos* de la primera parte, contenida en 47 páginas (2).

Después de unas octavas que Zorrilla dice de *El Editor* y de  
 una epístola dedicatoria á D. Cayo Quiñones de León, secre-  
 tario de la legación de S. M. C. en París, siguen otras octavas  
 que comienzan:

Loco estoy, me lo dicen los doctores:  
 yo mismo reconozco mi demencia,  
 y es inútil buscar pruebas mejores  
 que las que suministra mi conciencia.  
 Ya revelado en bárbaros furores,

(1) *La flor de los recuerdos*, México, 1855, pág. 109.

(2) En París, á 6 de Mayo de 1855, fecha Zorrilla una poesta dedicada á don  
 Francisco Esteban de Ingunza, que conserva la Sra. viuda de Fernández Cubas.

ya de calma y salud con apariencia  
mi mal existe siempre, y mucho ó poco,  
el hecho en realidad es que estoy loco.

Lo más interesante de todo es la serie de octavillas en que Zorrilla refiere su juvenil huida á Madrid, y que en parte ya conocen los lectores de este libro (tomo I. pág. 107). Mezclando, como allí dijimos, episodios varios de su vida, supone que en su fuga desde Torquemada á Valladolid, va á dar en un campamento de gitanos:

Di en un adoar de gitanos;  
con mi yegua, en su carrera,  
ciega, á través de una hoguera  
desatinado salté:  
su brida asieron cien manos:  
cien lamentos, cien aullidos  
desgarraron mis oídos,  
y caí y me desmayé.

Cuando volví á abrir los ojos,  
halléme en una cabaña  
cercado de gente extraña  
que se ocupaba de mí.  
Una desgñada vieja  
con un candil en la mano,  
me salmodiaba en gitano  
ensalmos que nunca oí.

Y un hombre de faz morena,  
orlada de anchas patillas,  
me aplicaba á las rodillas  
garrote con un cordel.  
Yo comprendí con espanto  
que á la vida me volvía  
no la eficaz salmodía,  
sino el tormento cruel.

El gitano se da á conocer como el mismo á quien Zorrilla había salvado del fusilamiento, y se constituye en su protector,

Con este motivo inserta el poeta oportunas consideraciones sobre los gitanos, que bien pudieran ponerse en parangón con las muy famosas de Cervantes:

Familia rapaz de halcones  
al azar encomendados,  
cual se acuestan sin cuidados  
se despiertan sin afán;  
la pródiga Providencia  
como á las aves del viento  
les procura el alimento  
por donde quiera que van.

Indómitos moradores  
del mundo civilizado,  
nunca salen del estado  
en que les cupo nacer;  
los siglos pasan sobre ellos  
sin trocar su faz salvaje;  
su vida no es más que un viaje  
cuyo fin no quieren ver.

A un mismo tiempo enemigos  
de la paz y de la guerra,  
vagan libres por la tierra  
con ella en guerra y en paz;  
ninguna ley reconocen,  
por ningún pueblo combaten,  
bajo ningún yugo abaten  
su independencia rapaz.

Creen que estando al par abierta  
para todos la campiña,  
el engaño y la rapiña  
dan derecho á posesión,  
y los bienes, por la tierra  
para todos derramados,  
con derecho igual gozados  
á la par por todos son.

Por doquiera que el descuido  
buena ocasión les ofrece,  
lo olvidado desaparece,  
lo perdido halla señor,  
y al punto tal metamórfosis  
halla el objeto adquirido,  
que ya no es reconocido  
por su antiguo poseedor.

Su tráfico es la mentira,  
el pillaje sus hazañas;  
su historia son las patrañas  
que de ellos el mundo cree:  
su astucia las alimenta  
porque su poder consiste  
en el de que les reviste  
la supersticiosa fe.

En las viejas de esta tribu  
supone el vulgo villano  
misterioso, sobrehumano  
y satánico poder:  
atribuye á su mirada  
facultad de hacer *mal-de-ojo*,  
y á su envidia y á su enojo  
maleficios que temer.

Cree que curan y que hechizan  
con ensalmos y conjuros,  
que hacen filtros que seguros  
la vida y la muerte dan:  
que, para usos mil diabólicos,  
de niños y de difuntos  
con sangre y grasa hacen untos,  
y, en fin, que al sábado van.

A la mañana siguiente, los gitanos disfrazan convenientemente al fugitivo y le admiten como individuo de su cuadrilla:

Maese Ramón entonces,  
dándome un traje gitano  
comenzó con diestra mano  
mis cabellos á trenzar;  
endoséme yo cual supe  
mi gitanesco atavío,  
y pasó el antiguo mío  
al dominio del adoar.

Pronto fuí otro: mas antes  
de salir de la cabaña,  
á una operación extraña  
me presté, no sin rubor:  
la vieja con no sé que untos  
que componen los gitanos,  
dió á mi rostro y á mis manos  
mate y cetrino color.

Mis facciones aguileñas  
y mis crecidos cabellos  
diéronme pronto con ellos  
semejanza singular;  
miréme en un roto espejo:  
en la imagen reflejada  
por él, no pude ya nada  
de mí mismo recordar.

.....

Nadie extrañó mi presencia  
al parecer, ni la causa  
preguntó de ella: una pausa  
hubo empero en el rumor  
inherente á tal escena,  
y Ramón aprovechándola,  
con voz de autoridad llena  
les habló de este tenor:  
—Muchachos, mi ahijado es este:  
todito el mundo gitano

lo ha de tratar como hermano;  
 la ley lo quiere pescar,  
 y debemos del mal paso  
 sacarle: conque ¡al, avío!  
 Pongamos tras él el río  
 en un verbo, y espolear.

Llega la banda á una ermita situada en la loma de un cerro. Maese Ramón hace saber á su acompañante que el ermitaño había estado en un tiempo agregado á ellos, y le ordena que se quede á su lado dos días, en tanto su gente acude á una feria. Así lo hace, y el ermitaño le refiere su historia, bautizada por Zorrilla con el título de *Maese Adán y su hija; cuento diabólico*, y que sólo alcanza al fin de la primera parte. Es la misma que luego, con el título de *Historia de tres Ave Marías*, se publicó aumentada en el segundo tomo de *La flor de los recuerdos* (Habana, 1859), aunque sin tocar tampoco á su término. (1)

Por lo demás, ni este ermitaño deja de ser un pretexto para situar el cuento fantástico, ni fué en el valle de Esgüeva, sino en Madrid, donde un gitano que le debía la vida sacó á Zorrilla de un peligro, según leemos en los *Recuerdos del tiempo viejo* y oportunamente quedó consignado en el presente libro.

Ya se ha dicho que los dos tomos de *Granada* habían logrado una acogida óptima; pero no estaban en relación con ella los rendimientos que á su autor producían. La codicia de los editores estaba alerta, y apenas publicados los tomos se hacían tres reimpressiones: una en Bruselas, otra en Méjico y otra en la América del Sur.

Dionisio Hidalgo, establecido en París, tenía poderes de Zorrilla para administrar su poema, con orden expresa de no vender más que al contado á los librerros americanos y á sus

---

(1) Los *Cuentos de un loco* se han hecho hoy muy raros. He dispuesto de un ejemplar gracias á la amabilidad exquisita del ilustre escritor D. Antonio de Valbuena, gran admirador y biógrafo de Zorrilla.

comisionados; pero se apartó de tales instrucciones y se avino á que aquellos libreros pagaran el primer tomo al recibir el segundo, el segundo al recibir el tercero, y así sucesivamente. Esto dió lugar á que, fuera de los vendidos á Cipriano de las Cagigas, á Baudry y á otro comisionado de la América central, Zorrilla no cobrase casi ningún ejemplar de los enviados á América.

Quedábanle tres mil ejemplares. Ignacio Boix, el conocido editor, que también se había trasladado á París, le pidió mil quinientos con una rebaja del 35 por 100. Dióselos Zorrilla, y recibió tres mil francos al contado y dos pagarés de cinco mil, á seis y nueve meses. Pocos días antes de espirar el plazo del primer pagaré, Boix se declaró en quiebra.

Con tales contrariedades, Zorrilla se vió en graves apuros; y por si esto no bastara, agregóse un suceso que lo empeoró del todo. Hábiale presentado un amigo suyo de Madrid—así lo cuenta en los *Recuerdos*—á dos carlistas emigrados que trabajaban en la imprenta de Pillet, donde se imprimía *Oranada*. Tenía convenido Zorrilla el pago de cada tomo por terceras partes: una al contado, otra á tres y otra á nueve meses de plazo, cada una de ellas de dos mil y pico de francos. Uno de aquellos sujetos, que había corrido con la corrección de pruebas y demás trabajos de impresión, se le presentó cierto día y le rogó que le prestase dos mil francos, aceptando en cambio su pagaré y comprometiéndose á saldarle á su vencimiento. Hízole Zorrilla aquel favor. Así las cosas, «el 17 de Octubre, á las seis de la mañana», un hombre que no era sino un agente del Tribunal de Comercio, entró en la habitación que en un hotel habitaba, y mostrándole la faja tricolor y el pagaré en cuestión, le conminó al pago. Alegó Zorrilla que no era él, sino el otro individuo, quien había de pagar; á lo cual el agente repuso que el tal se había embarcado el día 15 para la Habana. Mientras Zorrilla se vestía, el agente revolvía sus papeles; terminado lo cual, se metieron en un coche de alquiler custodiado por dos alguaciles y se trasladaron al juzgado. Pidió Zorrilla un plazo de veinticuatro horas para pro-

curarse el dinero; el juez negóse á ello y envió al poeta á Clichy (prisión por deudas), con los mismos acompañantes y en el mismo coche. «En él—agrega Zorrilla—me explicó el hombre de la ley que en aquel coche podíamos pasearnos por París hasta las cinco de la tarde: que yo podía ir en él á todas partes donde creyera que podría procurarme el dinero; pero no podría bajar del carruaje ni entrar en ninguna casa, porque él no podía volverme á prender dentro de ninguna. Ir á la de mis editores (1) en aquel coche y aquella compañía, era inútil; me tendrían por el estafador siendo el estafado; hacer bajar á ningún amigo, ni aun á Fernando de la Vera, para que dentro de aquel vehículo me contemplara, era más fuerte que yo; conque ¡á Clichy! Pero el bueno del agente seguía callejeando, esperando que me ocurriera una buena idea. No me ocurrió: sino que al pasar por la calle de Luxemburgo salía de su casa Muriel; vióme, y comprendiendo mi situación... paró el carruaje, preguntó la cantidad, volvió á subir á su aposento y tornó á bajar con una carta-orden de dos mil quinientos francos contra su banquero; no tenía el dinero en casa. Fui á la del banquero; cobré y pagué en el patio, y me volví á mi hotel, del cual saqué mis baúles sin hablar palabra» (2).

La situación de Zorrilla era difícilísima. Para ver de vencerla, pensó en hacer un viaje á Londres, donde residía un amigo de Boix, con él en tratos, casado con una mujer millonaria, y que acaso se aviniera á pagar la cantidad que aquél le debía por los ejemplares de *Granada*. Y como lo pensó lo hizo.

¡Triste poeta! La desdicha guiaba sus pasos, y no daba uno que no le acercase más á la perdición. Ya en Londres, supo que estaba ausente la persona á quien buscaba; quiso, Dios sabe con qué esperanzas, seguir en la capital de Inglaterra por unos días... y uno de ellos vió que no tenía dinero para regresar á París. En tonces—son sus palabras—«comenzó á pensar en el Támesis».

(1) Los hermanos Garnier, que le daban 800 francos mensuales por la redacción de *El Eco Hispano-Americano*.

(2) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. II, pág. 86.

¿Quién había de pensar que de tan grave conflicto había de sacarle la memoria de su padre? ¿Sería advertencia del cielo, como condenación de sus versos, que «estaban malditos»? Cierta mañana, cuando aún estaba en la cama, le anunció el criado la visita de un español que deseaba verle. Aquel español era Ramón Losada, el famoso relojero, revolucionario activo en un tiempo; el mismo que, con una hábil emboscada, sorprendió al superintendente de policía D. José Zorrilla Caballero en una casa de las Vistillas y le retuvo toda una noche atado de pies y manos, mientras él aprovechaba el tiempo para encaminarse á la frontera. Losada dijo al poeta que conocía su situación; que por la mala pasada jugada antaño al padre se creía obligado á servir al hijo; y que ponía á su disposición 500 libras esterlinas que le ayudaran á salir de apuros. Zorrilla rechazó el generoso ofrecimiento; propuso, en cambio, á Losada que le prestase diez ó doce libras, con la garantía de la repetición de French, la misma que halló en el tocador de su madre. El reloj llevaba su maciza cadena de oro. «Yo — dijo Losada — no soy prestamista ni usurero. Yo puedo dar á usted el valor total de esta prenda, pero no quedarme con tal garantía por diez libras; usted la rescatará si quiere ó puede, y si no, la habrá vendido, pero no empeñado». Y Losada se fué á casa de French y supo que el reloj había costado 30.000 reales; y dos horas después se presentó nuevamente á Zorrilla y le entregó un paquete de billetes de Banco por valor de 35.000.

Desde entonces, Zorrilla fué buen amigo de Losada; en recuerdo suyo escribió una leyenda titulada *Una repetición de Losada*, de la cual éste tenía al morir un ejemplar bajo la almohada de su cama.

Salvó, pues, á Zorrilla en aquella ocasión la gratitud que un hombre noble guardaba á su padre; el reloj de los hermanos la Torre, tan querido de su madre, sirvió de caución en el generoso otorgamiento. En vez de *Una repetición de Losada*, ¿no hubiera podido escribir Zorrilla una leyenda interesantísima que se titulara *Una repetición de French*?

Lo cierto es que por medio tan providencial Zorrilla pudo

apartarse del Támesis y regresó á París. La *Revista Española de Ambos Mundos*, que veía la luz en la capital de Francia (1), publicaba en el mes de Diciembre de aquel año 1855 un largo suelto concebido en los siguientes términos:

«Ha regresado de Inglaterra el señor don José Zorrilla para dar á la prensa en París el tercer tomo de su poema de *Granada*, cuya publicación han entorpecido largo tiempo las dificultades de llevar á cabo los contratos que para su expendición tenía firmados con algunos corresponsales y libreros de España y América. Parece que el señor Zorrilla, entendiendo que el retardó de la publicación de su obra perjudica tanto á su reputación como á sus intereses, ha resuelto cortar por lo sano, rescindiendo todos los contratos hechos con sus corresponsales, excepto el de la Habana; constituyendo por único espendedor y administrador de las obras que por sí mismo dé á luz, á su apoderado general en París D. H. Cevallos, 15, rue Lavoisier, única persona á quien deben dirigirse los pedidos de *Granada* desde su tomo III.

«A propósito del señor Zorrilla, vamos á hacerle una pequeña traición. Habían llegado hasta nosotros los rumores de que asuntos graves, pesares íntimos y pérdidas de intereses habían sumergido al poeta en honda misantropía y que destilaba en la soledad la hiel de un corazón emponzoñado por la tristeza sobre las hojas de un libro de negra y desconsoladora lectura. No nos extrañó el retiro del ilustre trovador, pues sabemos que no trabaja sino en una completa abstracción del mundo social: extrañónos, sí, que el secreto de su retiro se extendiese á nosotros, que hemos gozado hasta ahora de su intimidad y de su confianza.

»Alentados por estos y otros antecedentes, determinamos quebrantar su consigna y sorprender al ruiseñor en su propio nido: buscamos y hallamos: conducidos por persona compe-

---

(1) Dábase como publicada á la vez en París y en Madrid; sin embargo, sospecho que solamente se imprimía en aquel punto, no obstante el pie de imprenta de *Mellado, Madrid*.

tente, penetramos en la selva encantada y dimos con el árbol en que el ave anida, pero el nido estaba vacío...

»Escudados con la amistad, pusimos la mano sobre los manuscritos que el poeta tenía esparcidos por su bufete, sorprendimos el secreto de su corazón y nos convencimos de que, como él dice, ni el viento puede dejar de murmurar, ni el arroyo de correr, ni el poeta de cantar; sobre su mesa estaban húmedas aún las pruebas de sus *Serenatas*, cancionero originalísimo con que por lo visto enjuaga la garganta de sus lectores, que ajenos de la prosa que envuelve á la poesía entre las manos de los impresores, papelistas, libreros, aduaneros y corresponsales, desconfían tal vez de poder apurar el no colmado vaso en que el poeta se ve obligado, á su pesar, á darles gota á gota el zumo de su *Granada*. Esperamos que nos perdonen los breves días de anticipación con que publicamos para España y América las siguientes lindísimas estrofas, cuyo original hemos sustraído de las pruebas de la imprenta, que hallamos sobre la mesa, en castigo de no haber terminado una preciosa leyenda que está escribiendo para la *Revista*. El inspirado cantor de *Granada* nos honra demasiado con su amistad y cariño, y no es tan avaro de sus preciosos versos para que nos reclame estos pocos al echarlos de menos. Todo lo más que podría exigir serían daños y perjuicios, y tratándose de producciones y firmas como las del señor Zorrilla, no hay sacrificio á que no se preste gustoso el ilustrado editor y fundador de la *Revista Española*». (1)

Ya en 1854, se publicó en la *Revista Española de Ambos*

(1) La poesía que publica la *Revista Española de Ambos Mundos* empieza:

¿Qué importa lo que forme la esencia del poeta?

Son cuatro estrofas, luego insertas en la composición *A Dios*, que se publicó en el tomo I de *La flor de los recuerdos* (1855) y en el *Album de un loco* (1867).

Tenía razón Ferrer del Río; Zorrilla aprovechaba muchas veces versos que ya tenía publicados barajándolos é intercalándolos en otras composiciones, los acomodaba con algunas variaciones al lugar y la ocasión, ó los enmendaba y ampliaba en otros casos. Inútil parece decir que todo ello obedecía á apremios de las circunstancias.

*Mundos* una serenata <sup>(1)</sup>, y poco después una leyenda titulada *La Rosa de Alejandría*. Esta leyenda lleva fecha 28 Noviembre 1855, y va precedida de una carta á D. Alejandro Magariños de Cervantes, director de aquella revista.

*La Rosa de Alejandría* no es sino un breve fragmento de la leyenda que salió ampliada, con el título de *Historia de dos Rosas y dos Rosales*, en *La flor de los recuerdos* (Méjico, 1855), y, restituída á su primitivo título, en volumen aparte (Madrid, 1857), y que luego vió la luz en la Habana con su continuación *Las almas enamoradas* (1859). Como se ve, Zorrilla no esperaba á tener terminadas sus obras para darlas al público. Duras exigencias de la vida.

Colaboraba también en otras dos revistas de París, editadas con destino á América: el *Correo de Ultramar* y *El Eco de Ambos Mundos*. Esta última había pasado de Boix á los hermanos Garnier, que abonaban á Zorrilla 800 francos mensuales por su colaboración.

En *El Eco de Ambos Mundos* se publicó—ya en 1855, cuando Zorrilla había partido á América—un fragmento de otra leyenda titulada *Dos escondidos y una tapada. Leyenda vallesolitana de 1845* <sup>(2)</sup>. En el prólogo, que lleva fecha *París, Agosto 29, 1854*, dice Zorrilla lo siguiente, entre otras cosas:

«Esta leyenda es una pregunta hecha al azar, con la vaga esperanza de obtener una respuesta: es un aldabonazo dado á la puerta de una casa de largo tiempo abandonada, por si hay alguien que habite nuevamente su misterioso recinto; es una carta abierta echada en el correo, por si llega de mano en mano á las de aquél á quien va dirigida; es una voz dada en la soledad de un monte desierto, por si hay en su centro algún viviente que á ella responda.

. . . . .

(1) Son quince seguidillas que forman parte de la serenata *A Rosa*. (Véanse las *Lecturas públicas hechas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid y en el Teatro de Jovellanos en 1877*, págs. 73-77).

(2) *Vallesolitano*, y no *vallisoletano*, escribió siempre Zorrilla.

«El 25 de febrero del presente año 1854, un grande amigo del autor, el cual amigo tenía derecho á exigir mucho de su amistad y á quien el autor podía negar muy poco, le contó esta historia rogándole que la escribiera y la diera á luz; el autor respondió á su amigo que la historia tenía muchos puntos de contacto con un drama espantoso de Alejandro Dumas, que su argumento pertenecía á un género ya desacreditado, y que el punto céntrico alrededor del cual giraba su acción, era un personaje del cual había abusado hasta la saciedad la escuela romántica: cuyos tres motivos no le permitían acceder á su pretensión, porque la leyenda escrita tendría sabor á añeja, además de resentirse del mal gusto de aquel pasado romanticismo ya felizmente fuera de moda. El amigo repuso á éstas razones que la verdad siempre sería verdad por más que se pareciese á las mentiras de Alejandro Dumas, que el argumento de la leyenda no sería menos posible y verídico por más que pareciese romántico, y por último, que él tenía empeño en que escribiera el autor la leyenda para satisfacer los deseos de algunas personas interesadas en la suerte de su perdido héroe, el cual, grande apasionado en otro tiempo de los versos del autor, era posible que llegase á leerla en la América Española donde se le suponía.»

Lleva la leyenda una dedicatoria á doña Adela Ticulat de Cevallos, donde revela una vez más el estado de su alma:

Holgárame en ofrecerte  
 un cuento menos sombrío:  
 mas no le creyeras mío  
 si fuera alegre invención.  
 Tú conoces mis pesares,  
 y al mostrarte yo alegría,  
 juzgaras hipocresía  
 la fe de mi corazón.

Yo te he dejado un instante  
 leer de mi alma en lo profundo,  
 y podré engañar al mundo,



pero no engañarte á ti:  
 con alegres serenatas  
 mentiré á la muchedumbre,  
 mas tú ves la pesadumbre  
 que al cantarlas queda en mí.

Pero la leyenda está apenas comenzada, y por el sencillo episodio de los dos españoles desvalidos en París, y á quienes socorre cierta dama enamorada de uno de ellos, no es posible averiguar cuál sería el *drama espantoso* que había de desarrollarse (1).

No pasaría Zorrilla muy buenos ratos al ver que Villergas, á la sazón en París y colaborador también de *El Eco de Ambos Mundos* y *El Correo de Ultramar*, publicaba en esta última revista, y luego en volumen aparte (1854), su *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos*, donde le dedicaba un artículo sobradamente duro. ¿Qué había pasado entre los dos amigos y paisanos para que las alabanzas de *Don Circunstancias* se trocasen en crueles ataques? Algo sin duda de trascendencia, que el virulento é ingenioso autor de *El baile de las brujas* vengaba de este modo.

Guardaba Zorrilla al morir, y hoy figura en su casa natal, un ejemplar de aquel libro, marcado en el lugar donde Villergas dice que «la reputación literaria de Zorrilla es una de las más usurpadas de la época» y agrega lo siguiente:

«¿Se conformará Zorrilla con esta opinión? De seguro que no. El hombre que ha dicho en su poesía titulada *Gloria y orgullo*  
 De un Dios hechura, como Dios concibo,

(1) No he podido ver *El Eco de Ambos Mundos* y conozco la leyenda por una copia que poseen las sobrinas del poeta, doña Clemencia y doña Blanca Arimón. En el prólogo se dice que se publicaba en el folletín de *El Eco de Ambos Mundos*. Al final va una nota que dice: *Eco Hispano-Americano, 1855.*

Esto no obstante, muchos años más tarde, en junio de 1882, publicó Zorrilla en la *Revista Hispano-Americana*, que veía la luz en Madrid, un fragmento de esta leyenda, encabezado así: *Fragmento de la leyenda inédita Los dos resucitados.*

y en la introducción al tomo octavo, refiriéndose á su aparición sobre la tumba de Larra,

Broté, como una yerba corrompida,  
al borde de la tumba de un malvado.

. . . . .

Y el mundo y yo por mi primer delito  
desde entonces mirádonos estamos.

El hombre capaz de decir ó pensar tales cosas, tiene de sí mismo una idea demasiado alta y bastante ofuscada la razón para entender la voz de la verdad. ¿Qué importa? Con tal de que la verdad se haga oír y gane el terreno que por cortos instantes haya podido perder en el mundo, el señor Zorrilla es dueño de creerse á la altura de Homero ó del mismo Dios; puede hacerse la ilusión de que el mundo le mira como á un oráculo, en inteligencia de que estas ilusiones no harán que sea más grande quien difícilmente podría ser más pequeño.»

La injusticia con que Villergas trataba á Zorrilla aparecía declarada en su propia inconsecuencia. Verdad es que por el mismo rasero salían medidos en el *Juicio crítico* Martínez de la Rosa, Ventura de la Vega y Mesonero Romanos, amén de otros que lo merecían más. Cuando su pluma implacable se alzaba sobre una persona, no reparaba en el calibre de sus méritos (1).

Veía entretanto nuestro Zorrilla correr los días sin que mejorase su situación económica ni se pusiera á su alcance un ideal que vanamente perseguía desde niño. Su amigo y protector don Bartolomé Muriel le había aconsejado más de una vez que marchara á Méjico, donde encontraría más campo á su actividad, y pensaba ya en la conveniencia de hacerlo así. Indiferente á todos los peligros, avezado á una vida de lucha e inquietudes, nada había que le retuviera en París.

(1) En *La flor de los recuerdos* (Méjico, 1855), pag. 531, dice Zorrilla lo siguiente, refiriéndose á Villergas: «Sabido es que algún amigo mío que me aprecia en su corazón y á quien el mío no guarda por ello rencor alguno, me ha negado en un artículo crítico hasta el sentido común.»

Rectifiquemos. Le retenía una mujer; una mujer de la cual estaba enamorado con todo el calor de su juventud, y que desde algún tiempo antes sujetábale en firmísimos lazos.

La posteridad tiene derecho á saber quién fué esa mujer, á la que Zorrilla bautizó con el nombre de *Leila*. Si á los nombres de lord Byron, de Musset, de Víctor Hugo, podemos asociar los de la condesa Guiccioli, de Mme. Allan-Despreaux, de Julieta Gauvain, justo es que al de Zorrilla se junte el de la hermosa *Leila*, que tan ardorosamente le cautivó.

Yo por hoy nada puedo revelar al lector. He de limitarme á copiar lo que en una carta muy interesante me dice la ilustre



escritora doña Enriqueta Serrano, baronesa de Wilson, que, ya octogenaria, goza de justo renombre en las letras hispano-americanas. Perfectamente informada del asunto, dice lo siguiente:

«El poeta la conoció en los exámenes del Colegio del Sagrado Corazón, de París, y como el insigne Alfonso de Lamartine, la entregó una corona de uno de los premios. Admiró Zorrilla la gentileza y el gracioso de la niña, y conservó su recuerdo. Pasaron cuatro años, y una noche en el Teatro Italiano de París se cantaba *Rigoletto*: en el palco del empresario Calzado se encontraba Zorrilla, y al dirigir sus gemelos á los palcos, vió en uno de ellos á una distinguida familia española de antiguo conocida suya, y como una aparición ideal, envuelta en blondas y tules, con ella se encontraba la niña del Colegio, convertida de crisálida en mariposa. Corrió á saludar á sus antiguos amigos, padres de la joven, y desde entonces reanudó más efusivamente la antigua amistad, siendo desde aquel día el cariñoso Abelardo de la nueva Eloísa y enseñándola á recitar sus versos y á leer con la armónica entonación que el solo poseía.

»Enamorado apasionadamente de Leila (más tarde, cuando no exista ella, sabrá V. el nombre verdadero), continuó frecuentando el trato de la familia, hasta que sospechosa la noble madre de Leila de aquellos amores, intentó con los viajes cortarlos por completo; pero el cantor de Granada se aparecía y la seguía por todas partes, siendo en Bélgica donde tuvo mayores ocasiones de comunicarse con aquella amada de su corazón.

»Leila era muy niña (catorce años) y aceptaba la adoración de Zorrilla como la primera ilusión de su vida; pero sin darle importancia ni trascendencia.

»En Londres, para estar más cerca de ella, se ocultó en un hotel, hasta que por la embajada se puso en evidencia su estancia en la capital británica.

»De nuevo en París, y durante más de un año, con protestas de su cariño purísimo y ya preparando su viaje á Méjico, logró convencer á la madre de Leila para frecuentar de nuevo la casa, aun cuando en sus libros de aquella época, *La rosa de Alejandría*, la *Serenata á Leila*, en cartas y en artículos, demostrase más que nunca aquella pasión exclusiva.

»Por aquel entonces vivía con Muriel, ya de largo tiempo separado de su primera esposa Matilde O'Reilly. Sobrevino el viaje á Méjico, sus apasionados versos á bordo del Paraná, sus cartas á la llegada; y, por último, al año de encontrarse en tierra azteca recibió con dolor profundo la noticia del casamiento de Leila, á la que nunca volvió á ver» (1).

Zorrilla estuvo verdaderamente subyugado por el amor de *Leila* (2). Dice él que la amaba hasta el punto de que, al partir á América, no se atrevió á revelarla su decidida resolución de no volver. Y luego, en viaje á las costas americanas, le perseguía torturador el fantasma de los celos:

---

(1) Doña Emilia Serrano, baronesa de Wilson, nació en Granada en 1838, de familia distinguida. Fué bautizada en Valladolid, porque su padre, que era militar, se hallaba á la sazón en viaje. Se educó en París y desde muy joven cultivó la literatura. Viajó mucho por los países de América, haciendo una incansable labor en pro de la cultura hispano-americana. Actualmente reside en Barcelona. Es socia de mérito de la Cruz Roja Española, desde su fundación; socia de honor de la Unión Ibero-Americana de Madrid; de la Casa de América, de Barcelona y del Ateneo de Lima; fué agraciada con medalla y diploma en la primera empresa del Canal de Panamá por sus trabajos en la prensa; pertenece con diploma de honor á la Academia de Bellas Letras de Chile, y Venezuela la nombró Comendadora de la orden del Libertador Bolívar. Forma parte de la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid, y en la Exposición de Chicago ocupó una de las vicepresidencias de Instrucción Pública; posee, en fin, numerosos diplomas de corporaciones literarias españolas y americanas.

Sus libros son los siguientes: *El almacén de las señoritas*.—*Las perlas del corazón*.—*Americanos célebres*.—*La senda del Calvario*.—*América y sus mujeres*.—*América en fin de siglo*.—*México*.—*Maravillas americanas*.—*El mártir de Izacánac* (novela histórica mexicana).—*Mis últimos cuentos*.—*Mis cuentos de oro*.—*Los inmortales de América*.—*Semblanzas americanas*.—*Cuentos americanos*.—*El mundo literario americano*.

Alguna de estas obras, como *El almacén de las señoritas*, llega á la edición 17.<sup>a</sup>

(2) En *La flor de los recuerdos* escribe lo siguiente:

«Yo, que perdí mi corazón á los diez y siete años en un valle desconocido de una provincia de Castilla la vieja, y que volví á encontrarle á los treinta y seis en un elegante camarín, cuyos balcones se abren sobre un boulevard (*sic*) de París...» (*La flor de los recuerdos*, Méjico, 1855, pág. 115).

¡Mísero! Si ese sér á quien tú llamas  
 sér de tu sér y vida de tu vida,  
 por quien osado y pródigo derramas  
 cuanta esencia en tu sér hay contenida:  
 si esa mujer, en fin, a quien proclamas  
 sultana sin rival, por ti querida  
 más que el honor, la luz, la fe y la gloria,  
 mientras reina en América la aclamas,  
 echándote del alma y la memoria,  
 falsa te vende y en París te olvida,  
 ¿qué vas á hacer allende de los mares  
 con tu fe, con tu amor y tus cantares?

En el verano de 1854 estuvo Zorrilla en Saint-Germain-en-Laye (1), como lo demuestra un sobre que obra en mi poder á él dirigido, y que reza así: *Monsieur J. Zorrilla.—19 rue des Ursulines au premier.—Sant. Germain en Laye.* El sello de correos estampado en este sobre lleva fecha 5. *Juin 54.* Poco después comenzó á preparar la marcha.

«El 27 de Noviembre de 1854—se lee en los *Recuerdos*—, me despedía de Muriel y de Torres Caicedo (2), quienes me habían procurado veintidós cartas de recomendación para Méjico; yo iba recomendado por importantes personajes influyentes de las Américas españolas, desde el presidente de la república Santana hasta el empresario del Teatro Viejo, y llevaba un pequeño crédito para hacer frente á los gastos de los primeros días de mi llegada, suponiendo Muriel que con mi nombre y las cartas no necesitaría más en Méjico para hacer allí mi fortuna... A las dos de la mañana [del 28] embarqué en Boulogne en uno de los viejos cascarones que hacían entonces la travesía del canal de la Mancha, y á las ocho me alojé en Londres en un modesto hotel no lejos de Charing-Croze».

(1) Ciudad situada á 21 kilómetros de París y 12 de Versalles.

(2) El venezolano D. José M. Torres Caicedo, autor de los *Ensayos literarios y de crítica literaria*.

La despedida de Zorrilla á su amada—á quien llama *Leila* en *La flor de los recuerdos* y *Beida* en el *Album de un loco*—puede verse en la relación del *Album de viaje*, que de ambos citados libros forma parte. Se encabeza con la fecha *París-No-viembre 25-1854*, y es un trozo de robusta y efusiva inspiración:

Leila, ¿por qué el jardín del alma mía  
no da más que la flor de tus amores,  
hoy que al influjo de tu amor debía  
átomos germinar procreadores,  
cuando su tierra, sin cultura un día,  
generosa y feraz dió tantas flores?  
Hoy vierte en ella fecundante riego  
de tu amor el benéfico rocío,  
hoy de tus ojos la calienta el fuego...  
¡ay! y se vuelve mi jardín bravío,  
y si brota una flor se agosta luego;  
y, ó sus raíces el gusano hiere,  
ó quema el hielo su gentil corola,  
ó entre yerbas parásitas se muere  
falta de jugo, sin olor y sola.  
¿Por qué, siendo el amor fuente de vida,  
la tierra de mi sér no está florida?  
¿Por qué, siendo el amor del entusiasmo,  
la inspiración y el movimiento germen,  
en inacción y estúpido marasmo  
mi inspiración y mi entusiasmo duermen?

.....

¿Es que se extingue de mi fe la llama?  
¿Es que se seca mi raudal de vida?  
¿Es que no vive el corazón que ama,  
ó es que tal vez mi juventud es ida?  
No ¡vive Dios! Yo siento que mi pecho  
es á mi osado corazón estrecho;

rico de fe, de vida, de esperanza,  
de su silencio é inacción se admira,  
y su inacción á comprender no alcanza  
y en el silencio é inacción suspira;  
pero no es que me falte confianza  
en mi fe ni mi amor: no es que mi esencia  
se evapora fugaz en mi impotencia:  
es que me aflige la estrechez de Europa,  
es que me hasta su labrado suelo,  
es que me abruma su plumizo cielo  
y amarga me es de su placer la copa.  
Es que en París, de la pereza esclavo,  
me revuelvo en un círculo mezquino,  
cual figre joven, valeroso y bravo,  
preso en la trampa do á enjaularse vino.

. . . . .

Déjame, Leila, atravesar los mares,  
y como los errantes trovadores  
buscar de inspiración nuevos veneros  
y enviarte sin cesar nuevos cantares;  
y como los andantes caballeros  
que en nombre de su Dios y de su dama  
se lanzaban por montes y senderos  
á eternizar su amor, su fe y su fama  
con hechos de valor dignos de gloria  
que dejar á los siglos venideros  
escritos en los fastos de la historia,  
así de mar en mar, de playa en playa,  
de ciudad en ciudad, de risco en risco,  
con el hechizo de mi ciencia gaya  
y al dulce son de mi laúd morisco,  
déjame, Leila, que extendiendo vaya  
el eco de tu nombre berberisco.

. . . . .

¡Sus! A América voy. — ¡Oh, Leila mía!  
 Si en la mar ó en la América me pierdo,  
 guarda el tesoro de mi amor, y fía  
 que al apagarse mi postrero día  
 será tu nombre mi postrer recuerdo.

Algún otro motivo—la desesperación—ponía á Zorrilla en camino de otro continente. «Yo me ausenté de mi patria en 1847—dice en los *Recuerdos*—por razones que á nadie importan: me fuí el 55 á América por pesares y desventuras que nadie sabrá hasta después de mi muerte, con la esperanza de que la fiebre amarilla, la viruela negra ó cualquiera otra enfermedad de cualquier color, acabaran oscuramente conmigo en aquellas remotas regiones.» Y en una carta escrita en Méjico, á que varias veces he aludido, dice lo siguiente: «Harto ya de semejante posición [la que le creaba su mujer doña Matilde], en ridículo en España y sin medios en Francia de sostenerme, me resolví á romper por todo y me vine desesperado á las Américas Españolas, esperando que el vómito ú otra de las enfermedades de estos climas me librasen de mí mismo, ó que haciendo en ellas fortuna me libraría de mi mujer, pensionándola »

El lector, visto lo visto, de seguro disculpará á doña Matilde,

\* \* \*

Se detuvo Zorrilla en Londres el tiempo imprescindible para tomar su pasaje del *Paraná*, porque Londres era para él «la ciudad más antipática del universo, y los ingleses de Londres los más antipáticos individuos de la raza humana. El inglés de Londres —añadía— cree que para ser algo en el mundo y para salvarse después de la muerte, lo primero que se necesita es haber nacido inglés y en Londres; y que el resto de la tierra no es más que el patio y las caballerizas de Inglaterra.»

Trasladóse á Southampton, donde había de embarcar en el *Paraná*, y mientras esperaba á que se arreglasen ciertas dificultades que impedían la salida de aquel barco, encontró al general

mejicano García-Conde, á quien conocía de París, y encontró al buen relojero Ramón Losada. Con aquél se unió para hacer vida en común hasta la partida; éste le presentó á otro viajero del *Paraná*, el joven comerciante D. Angel Inambelz, canjeó su billete por otro mejor y le dió dos cartas de recomendación: una para cierto periodista mejicano; otra para un corresponsal suyo, al que mandaba que diese por su cuenta seiscientos duros al poeta vallisoletano, en el momento que los necesitara.

El día 6 escribió Zorrilla á su amigo y condiscípulo D. Segundo Valpuesta, el clérigo de Lerma, la carta que á continuación transcribo. Fechábala en Londres, y no en Souihampton, y nada le decía de su viaje a América:

«Londres—Dice 6—Mi querido Segundo: Hace tiempo que escribí una doble carta á D<sup>n</sup> Benito García de Covarrubias y á su hermano D<sup>n</sup> Julián. No habiendo tenido contestación te escribo esta como siempre para molestarte, rogándote que les avises inmediatamente de que les he escrito una nueva carta doble á D<sup>n</sup> Benito al mismo Covarrubias y á D<sup>n</sup> Julián á Burgos. Con tu aviso reclamarán las cartas y sabrán de qué se trata. Te suplico encarecidamente que les avises porque el negocio de que les hablo es posible que no se pueda hacer si dejamos pasar un mes.

Dispénsame que te fastidie siempre con encargos, en gracia de la antigua amistad.

¿Cómo te va? Cómo te envidio esa vida patriarcal y serena, y esa calma tan diferente del tumulto de estos malditos pueblos de vapor y de revoluciones. ¡Ojalá pudiera yo acompañarte en ese retiro incomparablemente más feliz que este teatro de farsas y tragedias! Si algún día nos vemos, te asombrarás. Haces bien en estarte ahí. No te enfangues nunca en estos pecinales de por acá en donde solo se habla de civilización, de beneficencia, de libertad y de luces, y en donde no hay más que salvajes, bandidos, esclavos y tinieblas. ¡Qué remedio ya! No hay que pensar en volverse atrás. Lanzados una vez en el torbellino, no hay más que dejarse arrebatar.

Adiós, mi querido Segundo, ruega á Dios por tu amigo, ahí que teneis Dios todavía, porque por acá parece que no le conocen mucho y mándale como quieras puesto que es siempre tuyo de corazón.—Pepe.

Dos sobres; el de abajo á mi nombre y cerrado: el de encima así:

<p style="text-align: center;">France Monsieur de Ceballos n.º 13 rue Lavoisier París</p>
---

Donde quiera que yo me halle recibiré las cartas.»

El día 6 entró en el puerto el *Paraná*; el 8 al medio día Losada acompañó en un bote á Zorrilla, García Conde é Inambelz, hasta dejarlos embarcados, y les recomendó al capián Lees. Después, para que fumasen en el viaje, llenó de cigarros los sombreros de Inambelz y de Zorrilla. Y cuando éste, ya en su camarote, fué á desocupar el suyo, halló en el fondo un sobre con cuatro billetes de veinticinco libras esterlinas y un papel que decía: *El capitán te los cambiará.*

\* \* \*

En los *Recuerdos del tiempo viejo* y en *La flor de los recuerdos* refiere Zorrilla por menudo los incidentes de este viaje. La primera noche que pasó á bordo del *Paraná* fué «la más triste de su poquísimo alegre vida». Evocó todos los recuerdos de su niñez y «lloró envuelto en su capotón de viaje». La amargura invadió su espíritu y llegó á arrepentirse de la temeraria determinación que le llevaba á remotas tierras:

Muy pronto esa tenaz melancolía  
que el solitario mar inspira al alma,  
mortal angustia se tornó en la mía  
y de su paz interrumpió la calma

y extinguió con mi fe la poesía;  
miré dentro y en torno de mi mismo,  
y al verme de la mar y el firmamento  
perdido ir por entre el doble abismo,  
solo, sin fe y á la merced del viento,  
temblé como un cobarde, eché de menos  
la abandonada tierra, y como un niño  
que necesita el maternal cariño,  
de lágrimas sentí mis ojos llenos.  
Surgieron mil imágenes extrañas  
en mi calenturienta fantasía,  
é hirió un pesar profundo mis entrañas;  
sentí á la fe mi corazón cerrado,  
mi alma al despecho y al terror abierta,  
me arrepentí del viaje comenzado,  
y exánime, febril, desesperado,  
llorando me tendí sobre cubierta.

Zorrilla, Inambelz y García-Conde hicieron pronto amistad con otros pasajeros del *Paraná*: con Pancho Baralt, mozo instruído y alegre, pariente del autor del *Diccionario de galicismos*; con Leonardo Delmonte, hijo del conocido escritor cubano Domingo Delmonte; con M. Goupil y M. Charles Tracase, franceses leales y campechanos, establecidos en la capital de Méjico.

Al cuarto día de navegación, las palancas motrices y los espigones de la máquina comenzaron á enrojarse, amenazando con un incendio. Los pasajeros turnaron en el trabajo de refrescar la máquina con grasa y agua salada. Con cinco días de retraso llegaron á la isla de San Thomas (1), y allí se encontraron con la desagradable sorpresa de que el barco á que debían trasbordar, con destino á la Habana y Veracruz, había ya partido. El capitán

---

(1) Así lo dice en *La flor de los recuerdos*; en *Los Recuerdos del tiempo viejo*, nueve días, sin duda por error, porque agrega que llegaron á San Thomas el 28 de Diciembre, y en aquel otro libro encabeza con fecha 23 el relato correspondiente á San Thomas.

del *Paraná* fijó en la cámara de popa un cartel en el cual se anunciaba á sus pasajeros que permanecerían en aquella isla hasta el 20 de Enero de 1855, en que llegaría de Southampton el buque-correo, si el Gobierno inglés no le embargaba para conducir tropas á Sebastopol.

Los viajeros, como es natural, pusieron el grito en el cielo. El marsellés Tracase resolvió acudir al cónsul francés y aconsejó á Zorrilla y sus amigos que hicieran lo mismo ante el español. Saltaron para ello á tierra, y la reclamación produjo su efecto; el agente de la Compañía inglesa les comunicó que flotarían una goleta para conducir á la Guaira los viajeros y la correspondencia de la América del Sur, mientras los de la Habana y Veracruz irían en el *Paraná* á la Jamaica. Otro barco, el *Withe*, los llevaría desde la Jamaica á su destino.

Cuando Zorrilla y sus compañeros, satisfechos de tan feliz solución, se disponían á almorzar en una fonda de la isla, recibió el poeta vallisoletano una carta del expresidente de la república dominicana, D. Buenaventura Báez, en que le invitaba á comer en su casa, así como á sus dos amigos Baralt y Delmonte (1). La comida fué espléndida y distraída. Báez—que, sin darse á conocer, había sido también pasajero del *Paraná*,—preguntó á Zorrilla la historia de su serenata á la emperatriz Eugenia; el poeta esquivó la respuesta y se limitó á recitar la serenata.

Abastecido el *Paraná* de víveres y carbón, zarpó para la Jamaica. En esta isla—de que hace Zorrilla una descripción muy bella—permanecieron los viajeros tres días. El poeta y sus amigos asistieron, para distraerse, á las reuniones de los metodistas, los anabaptistas y otras sectas allí establecidas.

Los pasajeros del *Paraná* trasbordaron al *Withe*, que el día 7 de Enero—tal dice Zorrilla—se hizo á la mar con rumbo á la Habana. El pasaje hasta la capital de Cuba fué feliz, sin que faltara una animada fiesta de música y poesía: la señorita Brilm-

(1) Así en *La flor de los recuerdos*; en los *Recuerdos ael tiempo viejo* dice que solamente á él y á Baralt.

mer, «alemana rubia, blanca, larga y flexible como una Margarita de goma alargada á fuerza de estirlarla», ejecutó al piano «unas sonatas monstruosamente difíciles, con la precisión inflexible y falta de claro-oscuro de un autómatas de Nuremberg»; el simpático M. Charles cantó una marselesa *pur sang*; un mejicano fraseó una picaresca copla de «u país»; Baralt recitó versos suyos y de Zorrilla, y éste *salmodió* la canción de *El pirata*, de Espronceda. Al amanecer dieron vista á la isla de Cuba.

En la primera noche de su breve escala en la Habana, Zorrilla asistió, con sus amigos del *Withe*, á la representacion de *Lucía*, en el teatro Tacón. A través de las persianas del palco, algún curioso debió de reconocerle, y al concluir la función un numeroso grupo esperaba su salida; mas nadie se decidió á saludarle hasta la mañana siguiente, en que el doctor Zambrana, acompañado de varios amigos, llegó á la fonda y le requirió, entre señales de afecto y admiración, para que desde aquel instante diese término al viaje y se quedará en la Habana. Manifestó el poeta la imposibilidad de hacerlo así y prometió volver muy pronto. Al día siguiente, no sin despedirse de Baralt, que allí quedaba, se hizo de nuevo á la mar en el *Withe*.

En los *Recuerdos* aparecen minuciosamente referidos los incidentes de este viaje: la tirantez en que Zorrilla se vió colocado con sus compañeros de barco, á causa de las chanzonetas que él y Baralt, en la noche de la fiesta musical antes citada, habían improvisado sobre cubierta, sin percatarse de que un pasajero los escuchaba; las explicaciones que con tal motivo le pidió el alemán Brümmer, y la intervención de García-Conde; la grave avería ocurrida en el *Withe* y las recelosas sospechas que divi dieron en dos bandos á los tripulantes del buque, dispuestos ambos á apoderarse de los botes en caso de naufragio; el arrojó con que un negrazo marinero dió muerte á uno de los tiburones que escoltaban al *Withe*; la feliz desaparición de los peligros, y la arribada, en fin, á Veracruz.



### III

**En Méjico.**—Las famosas quintillas.—Buenos amigos.—Correrías por el campo.—Un abrazo al autor de «*Maria*». —«*La flor de los recuerdos*».—En Cuba.—Un negocio loco.—Muerte de Cagigas.—Vuelven los apuros.—Segunda parte de «*La flor de los recuerdos*». —«*Dos Rosas y dos Rosales*».—Regreso á Méjico.—Una retirada.—En San Angel.—La embajada de Pacheco.—Lecturas públicas —La revolución.—Los amores de la Campirana.—El emperador Maximiliano.—Un poeta áulico. — El Teatro Nacional.—Regreso á la patria.

Desembarcó Zorrilla en Veracruz. La familia de D. Bartolomé Muriel, su grande amigo y favorecedor, salió á recibirle. Sin detenerse más que á comer, tomó billete para la diligencia de Méjico y se dispuso á partir. Arreglando estaba la maleta, según él nos dice, cuando el criado de la fonda le anunció la visita de D. José Esteva.

Éste no era otro sino el autor de *El Jarocho* y de *Nor Gorgoño*, el poeta mejicano ya celebrado por sus pintorescos y movidos versos. Zorrilla llevaba para él una carta de Muriel. Se la entregó, y, entrando en conversación, pronto el recién llegado oyó de su colega una noticia que le produjo honda y desagradable impresión.

—Pero, ¿á qué viene usted á Méjico? —preguntó Esteva.

—Pues ya se lo dice á usted la carta de Muriel—repuso Zorrilla.

—¿Y esto?—exclamó aquél, mostrando un papel impreso.

«Eché sobre él—dice Zorrilla una rápida ojeada; contenía unas infames quintillas escritas contra los mejicanos y su presidente Santana, impresas en Cuba y firmadas con mi nombre. Quedéme estupefacto, comprendiendo mi desesperada posición; pero sin comprender aún la intención traidora del autor de aquel libelo que infamaba mi nombre, inutilizaba mi viaje y anonadaba mi porvenir.» Mientras Esteva le contemplaba fijamente, Zorrilla habló así:

—Pero si yo hubiera escrito eso, ¿cabe en cabeza humana que fuera yo tan bestia que viniera aquí?

Tan lógica era la observación, que Esteva no supo rechazarla; no obstante, dijo á Zorrilla:

—Pues es muy mal negocio. Santana es tan orgulloso como quisquilloso de su nacionalidad el pueblo mejicano, y lo mejor que puede usted esperar es el ser expulsado del territorio

La situación era en verdad difícil. Los mejicanos estaban persuadidos de que el autor de las quintillas era Zorrilla; el mismo Esteva había escrito en contestación otras no menos injuriosas. Zorrilla no dudó un momento: dispuesto á jugar el todo por el todo, anunció á Esteva su decidido propósito de marchar inmediatamente á la capital de la república. «Abrazóme y abraçéle—escribe—; tomé mi puesto en la diligencia, y en ella entré á los cuatro días en el pintoresco, salubre y poético valle en que está fundada la capital de Méjico; en la cual iba yo á verme cara á cara con la más vil de las calumnias, echada sobre el hombre más inofensivo en política, y así llegué yo, cargado á traición con ella, al país que más amaba, por ser la patria de mi mejor amigo y de mi más generoso amparador: Bartolomé Muriel.»

¿Quién era el autor de las malhadadas quintillas? Zorrilla, en los *Recuerdos*, contesta así á esta pregunta: «Pues... ¿y quién sabe, señor?, como dicen los mejicanos cuando no quieren responder á una pregunta ó resolver una cuestión. Pues, ¿y quién sabe?»

En su carta á D. Tomás de Asensi, varias veces aludida en el curso de estas líneas, escribe lo siguiente: «Al llegar á Veracruz

supe que un poeta español *amigo mío* había escrito en la Habana unas quintillas contra Méjico y las había impreso firmándolas con mi nombre. ¡Gracias de nuestra tierra!» Y en otra carta dirigida en 1867 á varios poetas y periodistas mejicanos, y de que oportunamente haré mérito, se expresó de este modo:

«Zorrilla llegó á Méjico en Enero de 1855, y al desembarcar supo que habían corrido años antes por Méjico unas quintillas contra aquel país y su presidente Santana, encabezadas con su nombre, impresas en la Habana y escritas allí por quien todo el mundo sabía —Zorrilla, que no era autor de aquella especie de libelo, continuó sin recelo su viaje á Méjico, fiado en el sentido común de la masa de la nación mejicana. —Zorrilla no podía ser el autor de aquellos versos.

»1.º Porque en ellos se dan detalles que sólo podía conocer quien hubiera estado en aquel país y hubiera salido resentido de él, y Zorrilla llegó á América por primera vez.

»2.º Porque su estilo no es el de las demás obras de Zorrilla.

»3.º Porque iban encabezadas y no firmadas con su nombre, descuido que denunciaba á sus autores, y le daban Don en su encabezamiento

»4.º Porque no era posible que hubiera hombre tan bestia que después de haber insultado así al Presidente y á la república, fuese á ella con tal frescura mandando en ella Santa Ana, para quien llevaba recomendaciones.

»El pueblo sensato, el mismo Santa Ana y los poetas y periodistas mejicanos lo comprendieron así, recibiendo á Zorrilla con versos, convites y serenatas.»

El poeta á quien Zorrilla, con más ó menos razón, achacó las quintillas fué, sin duda alguna, García Gutiérrez. Por si no bastaran las señas de ser *amigo suyo* y haber vivido en Méjico —García Gutiérrez estuvo en Cuba y Méjico desde 1844 hasta 1849,—veremos que en 1884, al morir el autor de *El Trovador*, decía Zorrilla en carta á un amigo: «allá en América no se portó con la lealtad que yo merecía.»

Lo cierto es que Zorrilla, aunque otra cosa aparentase, no que-

dó muy satisfecho de Esteva. En la citada carta á los periodistas mejicanos dice lo siguiente: «Con que *el Jarocho*, que habfa contestado en su tiempo á los versos anónimos atribuidos á Zorrilla, hubiera dicho á los mejicanos — «Compatriotas, yo sé que Zorrilla no es el autor de estos versos y yo retiro su nombre de mi contestación á ellos» — se hubiera acabado la cuestión; pero esto no es uso entre vosotros; era preciso que el gachupín quedase con aquella espada de Damocles colgada de un hilo sobre su cabeza». (1)

Para conocer debidamente los incidentes de estos primeros días, es necesario que cedamos por largo rato la palabra al propio Zorrilla. Veamos íntegros, pues, los capítulos I y II de *Allende el mar* (tomo 2.º de los *Recuerdos del tiempo viejo*).

## I

«Llegamos á Méjico tras cuatro días de viaje *sin accidente*; cuando mandaba Santana no había ladrones en el camino: todo ladrón cogido era fusilado. Los enemigos de aquel presidente decían: «Cuando él manda, sólo él roba»: costumbre añeja de nuestra raza española; para todos los partidos contrarios al que manda, éste tiene todos los vicios, y todos los contrarios son unos pillos. En tiempos de mi padre, que fué sargento mayor de realistas, todos los liberales eran unos bribones; después fueron los carlistas unos bandidos; ahora todos los liberales están condenados al infierno por los neos, y hay quien sueña con el petróleo que ha de quemar á éstos en sus Seminarios, como á zorros á quienes se ahoga en sus madrigueras. Afortunadamente todo esto pasa rara vez de palabras en España, y nuestra raza española en Méjico sigue en esto las tradiciones patrias. Mandaba, pues, en aquel delicioso país, cuando yo llegué á su capital, D Antonio López de Santana, que se firmaba

(1) Poseen el borrador autógrafo de esta carta doña Blanca y doña Clemencia Arimón.

Santa Anna, no sé si con razón ó sin ella. Tengo yo para mí que en su primera edad, antes de llegar á ser célebre y millonario, se llamaría Santana, como se firman todos los Santana de nuestra tierra; pero después debió de parecerle vulgar apellido para un alto personaje, y cuando yo llegué se llamaba y se hacía llamar Su Alteza Serenísima don A. L. de Santa Anna, y creo que no iba tan fuera de camino: Anna en hebreo tiene dos enes. Someto este procedimiento á la consideración de mi antiguo amigo D. Manuel Santana, propietario hoy de *La Correspondencia*; si yo me hallara en su posición, comenzaría á hebraizar mi apellido, como aquel serenísimo presidente de la República mejicana.

»A media legua de su capital salió á recibirme el señor conde de la Cortina, hermano del difunto marqués de Morante, tan erudito como éste, y caballero aquél de exquisito gusto en artes y de tan espléndidas costumbres y rumbosos instintos, como que había vivido siempre en Méjico y en Sevilla, de donde es oriunda la noble familia de los CORTINA. Llevaba este Conde en su carruaje, cuando salió de Méjico á recibirme, á Anselmo de la Portilla, el español más honrado, estudioso y trabajador que pasó á las Américas, sea dicho sin ofensa de pasado ni de presente, y á Federico Bello, el español de más ingenio y de más pereza que allá he conocido (1). De ambos tendré ocasión de hablar más adelante; baste por ahora saber que escribían ambos por entonces un periódico mantenedor de los intereses españoles en aquella República, estimados de todos y patrocinados por el conde de la Cortina. Como datos característicos de éste apuntaré dos rasgos de esplendidez que acababa de realizar: fué el primero que, al instalarse una lotería mensual para sostener la Academia de Bellas Artes, cupo al billete del conde

(1) Portilla fué montañés; fundó varios periódicos en Méjico, donde fué estimadísimo. (V. *Escritores mexicanos contemporáneos* por D. Victoriano Agüeros, pág. 189). Bello fué gaditano, y cultivó también la literatura con no poco acierto (V. su necrología en el t. IV, pág. 410, de las *Obras* de D. José María Roa Bárcena).

el primer premio de 50 000 pesos, y no salieron del salón en que aquel primer sorteo de instalación se verificaba; el presidente Santana le pidió prestado treinta mil, dió diez y seis mil a una señora que había venido a menos, y el conde se llevó sólo cuatro mil para dulces y flores á las muchachas; y fué el segundo que acababa de dar al presidente un baile de tres horas, que le había costado veinte mil pesos. Como la consecuencia más inmediata de gastar el dinero es quedarse sin él, el conde de la Cortina no era ya millonario cuando me salió á recibir con Portilla y Bello; y dejándome con ellos al anochecer instalado en el mejor hotel de la calle del Espíritu Santo, se subió á su palacio de Tacubaya, situado en el centro de una posesión que vendió años después á la hija de un opulento gallego britanizado.

»Portilla y Bello me dieron las primeras noticias y consejos útiles con una lealtad tan franca cuanto sincero era el cariño que por mis escritos y mi reputación me habían cobrado en aquel país, donde habían defendido mis obras de la crítica apasionada, y mi persona de los maliciosos supuestos del vulgo. Diéronme á entender que bajo la buena sombra del conde de la Cortina podríamos sacar honrada y honrosamente algunos pesos de la publicación del primer libro, que ellos me ayudarían á publicar, y de la gran curiosidad que tenían los mejicanos de oír mis lecturas, ya que de gran fama de lector iba yo allí precedido. Al despedirse de mí para dejarme descansar de las noventa y seis horas de diligencia, pidióles serme por ellos presentado otro español que en el inmediato cuarto se aposentaba: llamábase Manuel Madrid, y es uno de los hombres que mejor idea me han hecho formar de la humanidad, y el á quien debo mejores consejos y más valiosos servicios, por más que yo no haya sabido ó querido aprovecharme de ellos. Manuel Madrid era hombre de negocios, que por sí mismo había hecho siempre los suyos, y estaba tan bien quisto en el país cuanto de él y sus habitantes era conocedor. Mis versos me han ganado muchos amigos, y es lo único por que estimo algunas pocas páginas de

mis incorrectos libros; pero con nadie trabé por ellos tan pronto intimidad como con Manuel Madrid. Hombre de tanto corazón como perspicacia y mundo, comprendió mi posición sin necesidad de que yo se la revelara; comprendí yo á mi vez, sin que él de ello me dijera la más mínima palabra, que sentía profundamente que yo hubiera ido á aquella tierra; y aunque ni él, ni Portilla, ni Bello habían hecho la alusión más remota á las apócrifas quintillas, yo sentía que las tenía suspendidas, como Damocles la espada, sobre mi cabeza; cuando Manuel Madrid se retiró á su cuarto, me acosté convencido de que tenía en América un amigo tan verdadero como lo había sido Muriel en París. Manuel Madrid y yo nos tuteamos á las dos semanas como si nos hubiéramos criado juntos desde niños; sus últimas palabras aquella primera noche, fueron:

«—Aquí hay un talento especial para sacar al europeo de balde lo que en más él ffe de su valer; lo primero que se quiere sacar de usted, es una lectura; si ffa usted en ellas, no se venda en la primera, porque á las veinticuatro horas le imitarán para desvirtuar lo que usted valga con la facilidad de la imitación. Mañana le invitarán á usted al acto académico de la apertura de la Universidad; no tendrá usted más remedio que ocupar la tribuna. Si su talento de usted es múltiple en géneros de lectura, dé usted una buena muestra de uno, pero resérvese usted armas para el porvenir.

«Manuel Madrid conocía su gente; a los dos días me invitaron para el quinto; preparé una composición, en la cual, por la premura del tiempo y el escaso que me dejaban las visitas y los obsequios, ingerí como mejor pude unas octavas de la introducción de mis cuentos de un loco; y si no resultó de aquella amalgama una buena poesía, resultó a lo menos un ejemplar de lectura muy a propósito para el caso. Llevóme a la Universidad en su carruaje el conde de la Cortina, y halléme con asombro en un salón lleno de obispos, canónigos, frailes y doctores, con quienes tenía poca afinidad un poeta como yo, tan escaso de saber como de títulos académicos. Pero lo que me tenía absorto

en aquel cuádruple círculo de doctores con sus mucetas, eran los frailes, cuyos hábitos hacía ya veinticuatro años que no se veían en España; y contemplaba yo con infantil curiosidad aquellas rapadas y cerquilladas cabezas, asomadas a sus capuchas como las tortugas a su concha, y cuyos ojos, fijos sobre mí, rebosaban curiosidad. El arzobispo que presidía, el rector que hacía de moderante, el secretario y los doctores que debían sostener el acto, hablaron en latín y en español con una pronunciación suave y meliflua para mí no desconocida, puesto que había oído hablar a tantos mejicanos como a casa de Muriel asistían, pero que allí, por ser general, me hacía un delicioso y extraño efecto.

»El poeta D. Joaquín Pesado, el más famoso en Méjico por entonces, leyó una poesía de corrección y forma clásicas, que todos aplaudimos, y tras él me condujeron a la tribuna, que estaba malísimamente colocada, enfrente de la puerta, cerrada sólo con un tapiz, y en el centro de la pared lateral de un salón que por ser tan largo parecía estrecho, y que tenía a la cabecera una ventanilla abierta sobre el estrado en que estaba el arzobispo, los obispos y los doctores, y á los pies una larga celosía, tras de la cual se veían apiñadas las cabezas de las señoras á aquel acto admitidas. El lugar no podía ser peor, ni la posición más desfavorable para el orador y el lector; pero como en los que en la tribuna me habían precedido había yo estudiado la desigual sonoridad y los ecos del salón, y en la práctica y el estudio de estos casos fíe yo mis ventajas como lector, empecé y concluí mi lectura limpia, clara y serena, dándola un marcadísimo claro oscuro con la armonía de las onomatopeyas y el vigor de los períodos de que la había rellenado á propósito. A los cuatro endecasílabos me había captado la atención, al final de la primera estancia había yo dominado la asamblea, y desde la mitad de mi composición la arrastré tras mi palabra como se me antojó, sin haber hecho uso más que del registro medio de mi órgano vocal. El éxito fué legítimo y el aplauso universal; apresuráronse todos aquellos reverendísimos a felicitarme; y

conforme me iban alargando y retirando sus manos, iban dejando en la mía una monedita de oro taladrada con un lacito de cinta de los colores republicanos; las cuales no cabiéndome en la mano, depositaba yo en mi bolsillo.

»El conde de la Cortina refa á socapa de mi sorpresa. Portilla me previno de que se trataba de darme un beneficio en el teatro con mi *Tenorio* y una lectura; y mareado con las visitas, los abrazos y los apretones de manos de frailes y presbíteros, me acosté aquella noche calculando cuánto haría de entrada el teatro en que me darían el beneficio, que era la mina única de cuya explotación podía yo prometerme alguna legítima utilidad.

»Pero ésta era precisamente la mina que debía reventar á mis pies.

»Corría el mes de Marzo: estaba cercana la Cuaresma, y ya para concluir la temporada cómica; y un español llamado Moreno, que era agente de la empresa del teatro, viendo que con mi beneficio iba a perder uno de los pocos días de entrada segura que la quedaban, discurrió un medio de librarse de mí, que no había pensado en aquello que el entusiasmo general y a mis amigos y no a mí había ocurrido. Buscó a uno de los hijos del presidente Santana, le dió las malhadadas quintillas para que se las enseñara a su padre, y le dijo que eran un insulto y una provocación del partido español al Presidente aquellos obsequios á un traidor enemigo de la República como yo.

»Santana, que era vanidosísimo, sintió su amor propio herido por los aplausos dados á otro que á él, llamó al gobernador Bonilla, y le mandó que me pusiera inmediatamente preso; Bonilla le hizo observar que era un atropello injustificado que podía traer al Gobierno una dificultad con el ministro de España, y que él se encargaba de dar al acontecimiento la forma más conveniente para la aclaración del hecho y satisfacción suya y del país.

»Concluía yo de comer solo en un gabinete del restaurant del hotel á las cinco de aquella tarde, cuando un hombre alto, flaco, descolorido y vestido de negro, me pidió permiso para decirme á solas cuatro palabras.

»Ofrecíle asiento, y entre un poco cortado y un tanto ceremonioso, me dijo que el señor gobernador deseaba hablarme, y venía de su parte á pedirme hora en que pudiera recibirle.

»Púseme yo en pie, y tomando mi sombrero, que en la percha inmediata tenía colgado, le respondí que yo no tenía representación ni privilegio alguno para eximirme del respeto á las autoridades de los países por donde viajaba, y que no podía permitir que el señor gobernador se incomodara por mí; que yo estaba pronto á ponerme á sus órdenes, y que podía guiarme al palacio del gobierno.

»Comenzó aquel hombre á balbucear excusas para mí incomprendibles, y concluyó por decirme que yo no podía ir con él por la calle, porque él era jefe de una policía no muy bien mirada por ciertas personas; y que si creían al verme con él que me llevaba preso, podía originarse algún tumulto, de que no quería él ser responsable.

»Díjele yo, comprendiendo su miedo no tanto á provocar el tumulto cuanto á hallarse por mí metido en él, que no conociendo las calles le seguiría desde lejos si traía orden de fiarse de mí.

»—Sí, señor, sí—exclamó.

»Y salió apresuradamente del gabinete, al tiempo que en él entraba Anselmo Portilla, á quien dije tranquila pero intencionalmente:

»—Dispéñseme usted, pero voy á ver qué me quiere el gobernador Bonilla, que me envía á buscar.

»Portilla, oyendo tal, salió tras mí del hotel y echó apresuradamente calle abajo, mientras yo tomaba despacio la calle arriba, sin perder de vista al hombre vestido de negro que me servía de conductor.

## II

»Éste, que mientras por las calles anduvo llevaba no poca semejanza con una zorra que siente tras sí la mal despistada trahilla, me aguardaba al pie de la escalera del palacio del gobierno

erguido y risueño como una garza que se pavonea orillas del lago donde pesca y caza como sultana de la inundada pradera. Tiró él escalera arriba y seguíle yo hasta un salón poco alumbrado, en cuyo fondo había una mampara forrada de damasco rojo; llamó á ella con un discreto golpe de los nudillos, y abierta inmediatamente de par en par, me dió paso á un aposento de la misma tela tapizado, donde me esperaba el gobernador Bonilla ante una mesa convertida en altar, sobre la cual se alzaba un crucifijo alumbrado por cuatro velas, y á cuyo lado derecho había otra pequeña mesa ocupada por un notario, á cuya espalda estaban en pie dos sombríos y silenciosos testigos; sobre aquella mesa y ante aquel escribano había un papel, en el cual reconocí á la primer ojeada un ejemplar de aquellas apócrifas quintillas impresas en la Habana con mi nombre.

»Era el gobernador Bonilla un hombre como de cuarenta años, bien apersonado, de agradable fisonomía y cortesanías modales. Recibíome cortés, y me explicó sin doblez ni erguimiento de lo que se trataba: de que yo declarase, probándolo si me era posible, que no era yo el autor de aquellos versos que insultaban á la República y á su presidente Santana.

»Respondí yo tranquilamente, y escribía el notario según yo respondía, que no reconocía por míos más versos que los incluidos en la colección de Baudry, de París; que aquellos allí presentes no podían ser míos, porque trataban de las personas y cosas de Méjico con el conocimiento de quien había habitado el país, al cual era evidente que yo por vez primera venía; porque su contexto agresivo y grosero estaba en contradicción con todos mis escritos, en los cuales rebosa el decoro de un hombre bien nacido y bien educado, y ajeno á aquella política en que se mezclaba el autor anónimo; porque yo no encabezaba nunca mis publicaciones dándome el don, sino que las firmaba sencillamente con mi nombre de bautismo y el primer apellido de mi familia; que yo rechazaba la paternidad de aquellos versos, reservándome el derecho de repetir contra el autor ó autores que me calumniaban atribuyéndomelas, y que traía, en fin, cartas para el

señor presidente de la República de personas con quienes aquél gozaba de crédito y estimación, cuyas cartas no podía traer quien no mereciese la estimación y el crédito de los que para el Presidente se las habían dado.

»Aquí dijo torpemente al escribano el gobernador Bonilla que escribiese que «yo declaraba que no podía ser autor de los versos por el respeto y la estimación que por el presidente tenía»— á cuya declaración escrita me opuse, alegando que, no conociendo personalmente á Santana, no tenía por él más motivos de estimación y respeto que los que de mí exigía la alta dignidad en que estaba constituido—declarando por fin, y exigiendo que constase consignado en aquel documento, que ni yo tenía tan baja idea del pueblo mejicano, ni era preciso menos sino que yo fuera loco ó estúpido para venir á aquel país á quien tan villanamente insultaban los versos que se me atribuían.

»Quedó, pues, mi declaración tal, sobre poco más ó menos, como á la verdad y á mi dignidad de español convenía; habiéndolo, á fuerza de atención y serenidad, evitado que en ella apareciese alguna frase ó idea adulatoria al Presidente, en lo cual quería, grandemente empeñado en ello, enredarme el gobernador Bonilla, acérrimo santanista y hermano del ministro de Relaciones de aquel Serenísimo Presidente.

»Firmé yo sin vacilar el relato escrito por el notario, y quiso Bonilla que yo jurase invocando á Cristo en pro de la sinceridad de mis palabras; pero rehusé pronunciar tal juramento, negándome redondamente á impetrar la intervención y amparo de Dios en pro de mi lealtad, que saltaba á los ojos de los hombres de juicio y sentido común.

»Excusóseme el gobernador con su obligación, resistí yo con mi conciencia inculpada, y concluyó aquella ceremonia con despedirnos cortésmente y ofrecernos nuestra mutua consideración. Dejéle, pues, con su aparatoso altar y su zurdo escribano, y enderecé mis pasos á casa del encargado de Negocios de España, que lo era por entonces el Sr. Lozano Armenta.

»Ante la presentación de mi tarjeta se me franquearon todas

las puertas, hasta la de su despacho, en el cual y con él estaba mi buen amigo Anselmo de la Portilla.

»Relaté lo ocurrido al Sr. Lozano Armenta, quien templó la exaltación de las palabras en que se lo relaté, diciéndome:

»—Fíe usted en mí, y cálmese. No había verdaderamente necesidad de tanto aparato, ni nadie hubiera dado importancia á tal absurdo, que su presencia de usted desvanece; pero el Presidente es algo vanidoso, sus partidarios lo han endiosado y ensoberbecido, y el país es naturalmente quisquilloso de su independencia, á la cual no ha tenido aún tiempo suficiente de acostumbrarse. Voy á pedirle inmediatamente una audiencia particular para presentar á usted al general Santana; usted le entregará en ella sus cartas de recomendación, y verá usted como ni el león es tan fiero, ni el pueblo mejicano tan vulgar ni pequeño como puede á usted parecerle. Lo que en él sobra es el ingenio, la perspicuidad y el buen sentido, y no es á ningún mejicano á quien usted debe el mal rato que acaba á usted de darle el gobernador Bonilla. No se mueva usted mañana de su casa hasta que no le envíe mi carruaje, en el cual llevaré á usted á la presidencia.

»Escribió en seguida un billete timbrado con las armas de España que decía: «El Encargado de Negocios de España suplica al Serenísimo Sr. Presidente de la República que le señale en el día de mañana hora en que presentarle al... poeta D. José Zorrilla, quien desea dar y pedir explicaciones al Gobierno que tan dignamente preside.»

»—¿Está usted satisfecho?—me preguntó Lozano Armenta, mostrándome su billete.

»—Yo no tengo pretensiones tan altas—le respondí—, ni explicaciones que dar ni que pedir.

»—Yo lo haré por usted—replicó—; usted es probable que lo echara todo á perder; por eso le suplico á usted que lleve á la audiencia sus cartas, y yo llevaré la palabra.

»Salimos Portilla y yo de casa de Lozano Armenta, aquél tan satisfecho como yo pensativo. Había yo ido á Méjico como á

una segunda patria en donde morir tranquilo y estimado, por ir á ella recomendado y ser la patria de aquel Bartolomé Muriel, tan noble, tan generoso, que había sido mi ángel tutelar en París. Amaba yo á Méjico por ser su tierra nativa y por lo mucho que él de ella me había hablado; había yo apacentado con íntima delicia mis ojos en aquel hermoso terreno de las comarcas de Córdoba y Orizaba que había atravesado al subir á la meseta central. Habíame arrobado de encanto al ver por primera vez aquel elevado valle, alfombrado de frescas lagunas, rodeado de montes selvosos y de nevados volcanes, y alumbrado por aquella luz que es un reflejo tibio de la que ilumina las invisibles maravillas del paraíso, y al apearme del vehículo que á su capital me había conducido me hallaba agobiado por una calumnia que me imposibilitaba para siempre de manifestar, sin que pareciese bajeza, mi cariño á aquella tierra, en la cual había yo vislumbrado en lontananza la mía de promisión. Había yo esperado, y Muriel me lo había hecho esperar, que allí, en un trabajo honrado, á la sombra de la protección de los españoles, para quienes me había dado cartas, y de la misma del general Santana, para quien me había procurado la única que podía ganarme la de aquel extraño personaje, olvidaría yo mis pesares, me congratularía con aquellos malditos versos míos que no habían sabido captarme el amor ni el perdón de mi padre, y que regenerando mi ser hastiado de mí mismo y del viejo mundo que abandonaba, volvería al fin á sentir en mi corazón la nostalgia del desterrado, volviendo á mi patria otro de lo que de ella había salido, y con mejor fortuna de la que en ella me había vuelto constantemente la espalda. ¡Cuán rápidamente había echado por tierra el castillo de naipes de mi ilusoria esperanza el primer viento del desengaño! Yo iba á ser en aquella poética y pintoresca tierra más paria, más vaga sombra, más desarraigado fantasma que en la mía propia, cargado y manchado con una calumnia, de la que el vulgo jamás me daría por limpio ni por libre.

»Llegamos Portilla y yo á mi aposento del hotel, y en él llamamos esperándonos á otro de los hombres á quienes debo más

amistad, más consuelos, más auxilios y mejores horas en las amargas de mi descompaginada existencia, el Dr. Sanchiz.

»Era el tal un valenciano de treinta y dos años, robusto, activo, inteligente, inquieto, rebotando vida y ansioso de lucha. Dotado de prodigiosa memoria, había estudiado bien su facultad de medicina, y había tenido que sujetarse á riguroso examen para vencer la oposición sistemática y la envidia malévola que le habían atraído á su llegada el aplomo con que exponía su ciencia, la inextinguible facundia con que ahogaba á sus contradictores, y la fortuna, á quien con su incontrastable audacia y su constancia pertinaz obligaba á echarse humillada á sus pies. Fuerte en anatomía y en todos los estudios de su facultad, y escudado con sus certificados sin tacha y sus brillantes ejercicios de revalidación en América, se había, tal vez el primero en aquel país, declarado secuaz de la doctrina homeopática de Hahneman, y había sabido crearse una clientela, por la cual comenzaban á mirarle de mal ojo muchos de sus colegas. El Dr. Sanchiz, cuya inteligencia era tan clara como segura su memoria, estudiaba mucho, leía más y lo abarcaba todo. En cuanto Portilla y yo entramos en mi cuarto, echó á un lado cumplidos y ceremonias, y vino á abrazarme, diciéndome:

»—Con usted viene quien le dirá á usted cuánto le quiero; sé de memoria libros de usted, y puedo recitarle su *Don Juan* y su *Margarita la tornera* sin errar una palabra, y marcando los versos en que concluyen y empiezan las páginas de sus ediciones. Esto le probará á usted los derechos que vengo á alegar para que me acuerde su amistad, y á ofrecerle cuanto soy, cuanto valgo, cuanto poseo y cuanto puedo, para combatir á su lado contra la estupidez y la calumnia, que salen siempre al paso de los que valen más que las medianías y el vulgo. Conque téngame usted por suyo en cuerpo y alma, y hágame el honor de darme un primer abrazo con que inaugurar una fraternidad que espero que dure lo que la vida de ambos.

»Y abrióme los brazos el alegre Dr. Sanchiz, y quedó con él sellada una amistad que sólo pudo cortar su muerte; é impo-

niéndose á la reflexiva y juiciosa prudencia de Portilla, y aprovechando el asombro con que yo le contemplaba, nos constituyó en sesión para tratar de mi porvenir; y me dió tales consejos, tan minuciosas noticias de los moradores de Méjico, hizo la crítica de tanta gente de ingenio, la caricatura de sus pretenciosas medianías, ensalzó á unos, deprimió á otros, pulverizó á alguno, y puso, en fin, ante mis ojos un Méjico estrambóticamente estereotipado en unos moldes fantásticos, que hizo reir á Portilla y derramó en mi corazón una esperanza y una alegría que me hizo dormir tranquilo aquella noche, y esperar sereno al día siguiente la llegada del coche en que vino á las dos, para presentarme á Santana, el caballeroso Lozano Armenta.

»A la hora designada por el Presidente, nos presentamos Lozano Armenta y yo en su antecámara. Entre las pequeñeces con las cuales creía aumentar su importancia aquel serenísimo señor, era una de ellas la de no recibir á nadie sin hacerle sufrir más ó menos prolongada antesala. Diónosla á nosotros de diez minutos, y nos recibió, con no poca sorpresa mía, en pleno Consejo de ministros; y puestos en pie todos, el encargado de Negocios de España presentó al Gobierno de Méjico al diminuto y sietemesino autor de *Margarita la tornera* con estas palabras:

»—Tengo el placer de presentar al Serenísimo señor Presidente al poeta español D. José Zorrilla, quien trae para S. A. cartas de recomendación.

»—Ya lo sé—dijo Santana—son de nuestro embajador en París.

»—El señor Presidente las verá—dije yo sacando del bolsillo y presentándole una de D. J. F. M., importante y opulento personaje americano con quien le unía antigua amistad, y con quien tenía pendiente una cuenta de tanta importancia cuanta era la de las dos personas entre quienes pendía.

»—El que trae esta carta...—balbuceó Santana con aquella en la mano...

»—No puede ser autor de los versos que se le han imputado

—le interrumpí yo con tranquilidad—; los que pueden obtener semejantes cartas no pueden escribir semejantes villanías.

»—Es verdad—repuso Santana enteramente repuesto de la sorpresa de recibir de mi mano aquélla.—Ya lo había yo creído así por la declaración hecha ayer por el señor Zorrilla y publicada esta mañana en los periódicos. No hay, pues, que hablar más del asunto: el portador de esta carta tiene derecho á nuestra consideración, y el Sr. Zorrilla no tiene más que decirnos lo que espera del Gobierno de Méjico y de su presidente en particular.

»—Que el señor Presidente—respondí yo—guarde esa carta y la considere como no recibida, y que su Gobierno le asegure de la exaltación patriótica del pueblo, tal vez mal convencido aún de su inculpabilidad, para no recibir insulto público y habitar tranquilamente en el territorio.

»Frunció el entrecejo Santana, y Lozano Armenta tomó la palabra para decir de mí lo que ya no recuerdo, ni repetiría aunque lo recordara; y puestas las cosas en su lugar, salimos ceremoniosamente despedidos del salón presidencial.

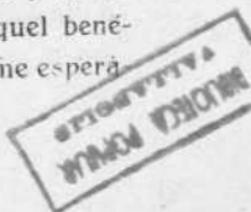
»Cuando de vuelta á mi hotel Lozano Armenta y yo marchábamos en su carruaje, me dijo aquél:

»—Ha hecho usted mal en no aprovechar el crédito y la protección que aquella carta le procuraba.

»—No he querido aceptarlas forzadas, como me ha parecido que se me ofrecían—le respondí.

»—No tengo costumbre—me replicó—de juzgar el puntillo de honor ajeno; por más exagerado que sea, reconozco en cada cual el derecho de mirar su dignidad como le parezca. Mañana vendrá usted á comer conmigo; esta invitación envuelve, en el placer de tenerle á usted á mi mesa con mi familia, la intención de que se sepa en Méjico la deferencia con que se honra en tratar al poeta español el ministro de su país.

»Dile las gracias, asegúrele de mi reconocimiento y de mi asistencia, y tras un cordial apretón de manos de aquel benévolo é hidalgo diplomático, subí á mi cuarto, donde me espera



ban impacientes el buen Anselmo de la Portilla, el bullicioso valenciano Sanchiz y el juicioso Cipriano de las Cagigas.

»He nombrado ya á éste en uno de mis anteriores artículos como comprador en París de mil ejemplares de mi poema *Granada*, y voy á decir aquí, como lugar á propósito, cuatro palabras del hombre leal que más tarde murió en mis brazos, después de haber hecho por mí y por mi fortuna lo que Dios no quiso que lográramos, matándole en la Habana y dejando en mi alma uno de los más tristes recuerdos de mi vida ¡Oh bueno y pundonoroso Cipriano! Dios me la ha prolongado sin duda para dar testimonio de tu rectitud y lealtad, y yo le doy gracias infinitas de haberme hecho tropezar contigo sobre la tierra, porque por ti y por Sanchiz y por La Portilla, y por otros cuantos hombres como vosotros, he aprendido á amar á la raza humana y á perdonar á mis enemigos, que lo han sido y todavía lo son, por no haber ellos aprendido á conocerme á mí ni á vosotros.

»No se crea por lo referido que era Cagigas pendenciero ni disputador, nada de eso; con su perenne é infantil sonrisa, cortaba las disputas con oportuna intervención; abreviaba y aclaraba las cuestiones con su juicioso sentido práctico y una lógica observación, y era el que arreglaba las diferencias de todos con las palabras absolutamente precisas. Era el hombre más reservado del mundo, y no hablaba mal de nadie jamás. Era amigo y había sido agente del presidente Santana, de quien sabía secretos y guardaba documentos desconocidos; y no hubiera, ni puesto en el tormento, revelado ninguno de aquéllos, ni entregado ninguno de éstos, ni dicho una palabra que pudiera perjudicar á sus amigos. Tenía los amaños de un político reformador y de un negociante en grande; pero el estar en país extraño le había impedido meterse de lleno en el balumbo de su política, y las vicisitudes y continuos cambios de ésta no le habían dado tiempo de llevar á cabo sus negocios. Era editor y librero, y escribía y sostenía un periódico; al llegar á Méjico con los dos mil ejemplares de dos tomos de mi *Granada*, se

encontró con una reimpresión de esta obra, hecha por un hermano de Ignacio Boix, en mal papel y cerrada impresión, en un cuaderno que vendía á la cuarta parte de precio del á que Cagigas podía dar la mfa, y que le arruinaba; pero no hizo nada contra aquel español tan mal compatriota nuestro, ni me habló jamás una sola palabra del mal negocio que conmigo y mi poema había hecho.

»Tal era Cagigas; para dar idea de cuyo carácter he adelantado cuatro años mi narración: era hermano de otro Cagigas que murió, salvo error de mi memoria, de secretario del duque de Montpensier; tan estimado éste de los que le conocieron en Sevilla, como el mío de Méjico, á quien enterré el 59 en la Habana, y cuya memoria conservo con el cariño que tengo orgullo en manifestar en estos recuerdos.

»Estos eran los tres amigos á quienes hallé esperándome cuando volví de la audiencia presidencial. Contéles yo lo acontecido en ella, y Cagigas me dijo, como Lozano Armenta, que había hecho mal en devolver la carta á Santana; Portilla fué de contrario parecer, pero los tres convinieron en que lo mejor que había que hacer era que el conde de la Cortina me llevara á la hacienda de unos parientes, para que el público se acostumbrara á saber que yo permanecía en la República y olvidase las quintillas; pero nadie se volvió á acordar de ellas, porque tal vez nadie me las achacaba, sabiendo mejor que yo de qué pluma habían salido.

»Cuando Cagigas y Portilla nos dejaron solos, me dijo Sanchez con un cariño tan fraternal que aún se arrasan mis ojos en lágrimas al recordarlo:

»—Va usted á ir á vivir á casa de una gente rica, y el hospedaje de los ricos sale muy caro. Usted no ha tenido tiempo de arreglar aquí sus negocios; Cagigas no lo ha tenido de encaminarlos por buena vía, y Portilla no tiene nunca dinero para tantos hijos como su mujer le pare; en las haciendas hay que hacer regalos, que poner un puñado de duros á un gallo ó á una carta; son costumbres del país, y además á los criados ajenos

hay que darles propinas por todo; la leche que me dió mi madre la mamá revuelta con los versos de *Don Juan Tenorio*; conque fuera melindres: yo tengo unos pocos sacos de pesos en casa de un comerciante alemán; usted me dice á quién y con qué señas hay que enviar á París una libranza todos los meses, y ahí queda esa media docena de onzas para no ir á la hacienda como un gorrión mantenido.

»Y poniéndome el oro sobre el velador, se escapó del aposento antes de que yo tuviera tiempo de verle á través de las lágrimas que me cegaban.

»¡Dios es grande! ¡Bendito sea Dios! como dicen los árabes.

»Cipriano de las Cagigas era seis ú ocho años más joven que yo; un mozo cuando le conocí. Oriundo no sé bien si de Asturias ó de Galicia, era de estatura poco elevada; pero ancho de hombros, levantado de esternón, fornido de brazos, y colocado su dorso perfectamente á plomo sobre sus robustas piernas, caminaba sobre ellas con la firmeza y seguridad de un Anteo en miniatura. Su cabeza pequeña se movía grácil, pero gravemente, sobre su nervudo cuello; y su cabello rubio y lacio, qué usaba largo, caía por detrás en torno de él como el del rey D. Pedro de Castilla y el de las esculturas de los siglos XII y XIII. El mechón del centro, que sobre la frente se le venía cuando inclinaba para el trabajo su descubierta cabeza, tenía que ser tirado atrás continuamente con su mano, como le sucedía al incomparable pianista Listz, cuyos retratos vemos aún en los almacenes de música. Los ojos de Cagigas eran azules, pequeños y penetrantes, pero de suavísima expresión su mirada; su tez, blanca y trasparente como la de una mujer; su rostro correctamente oval, y casi barbílampiño, y su sonrisa perenne y natural le daba el aire más virginal é inofensivo del mundo. Ninguna materia corporal, sin embargo, ha estado jamás más en contradicción con su espíritu, porque era recto, tenaz é inflexible, y le llevaba al peligro sin miedo de él, y cumplía con su deber sin curarse de riesgos ni amenazas.

»Nada había que moral ni físicamente le amedrentase. En 1859

bajábamos de Méjico á Veracruz en una de aquellas diligencias de color de sangre de nuestro inteligente compatriota Casimiro Collado; y ya habíamos recorrido sin accidente, es decir, sin ser robados, las tres cuartas partes del camino, cuando entre Orizaba y Córdoba, ó no sé si más allá, dieron el alto al carruaje y nos cercaron diez indios armados de hondas y de garrotes. Era allí proverbial por entonces, y costumbre aceptada entre los viajeros, la de dejarse tranquilamente despojar del poco dinero que se llevaba para las necesidades del viaje, con el cual no había miedo de malos tratamientos ni atropellos.

»Los nueve viajeros que dentro de la caja roja íbamos nos disponíamos á obedecer al alto, y el conductor comenzaba á refrenar el caliente tiro, que por una cuesta galopaba, cuando el risueño Cagigas, abriendo rápidamente un saco de noche que no había soltado de la mano en todo el viaje, sacó de él un par de buenos revólvers americanos; me dijo dándome uno: «Tome usted esa portezuela, y al que llegue á tantearla fuego á boca de jarro, en mitad del pecho.» Gritaron rebelados nuestros compañeros, y amenazó el conductor por la ventanilla delantera; pero el imperturbable Cagigas dijo á los viajeros: «Señores, al que me impida defenderme, lo mato.» Y al conductor: «Ten más miedo que á los indios á la bala que yo te meta por los riñones. ¡Látigo y á escape!»

»Los indios, ligerísimos corredores, siguieron largo trecho, y ganaron tierra sobre el tiro; Cagigas me gritó dos veces: «¡alerta!» y yo prevenía con miedo que los indios correrían tanto como los caballos, y que era casi probable que acabáramos como perros á palos en aquel desierto camino. Nuestros compañeros iban inmóviles y pálidos como muertos; tres ó cuatro pedradas habían ya tocado la caja del carruaje, y yo esperaba la que derribara al conductor, cuya cabeza sobresalía de la caja, cuando oí decir á Cagigas: «¡Ah, pillo, sinvergüenza!» y un tiro de su revólver y los gritos de nuestros perseguidores.

»No sé lo que sucedió por el lado de Cagigas; no podía descuidar el mío. Pero ¿por qué no he de confesar que tenía miedo,

y que sólo de miedo iba dispuesto á hacer lo que Cagigas de bravo? El tiro entre tanto corría desbocado por aquella verde pendiente. No pude apreciar cuánto tiempo corrimos; pero al fin Cagigas dijo, sentándose: ¡Pues no faltaba más sino que nos dejáramos moler por unos indios garroteros! Y guardando su arma, me pidió la mfa, que le volví sin decir palabra. Cagigas no dijo tampoco una más, y se volvió á acurrucar en su rincón, sin mirarme siquiera, por no darme sin duda á conocer que había conocido mi miedo, y sin llamar cobardes á nuestros pusilánimes compañeros; alguno de los cuales recuerdo que había hecho grandes alardes de valor durante el viaje, y mostrado unas armas de las cuales no se había servido en la ocasión. Cagigas no volvió á hablarme jamás de lo sucedido, y la verdad sea dicha, yo no me atreví á recordárselo, para que no recordara mi palidez y lo nada que me había tocado hacer con que atestiguar mi valor ante el suyo »

\* \* \*

Pocos días después de lo relatado, Zorrilla marchaba con el conde de la Cortina en dirección á una hacienda que un primo de éste, D. José Adalid, tenía en los llanos de Apam (1). Pasaron por Guadalupe, por la llanura de Tezcoco, por Otumba y por Ajapusco, y á medio día entraban en la *hacienda de los Reyes*.

En esta hacienda se celebró el día de San José, nombre que llevaban, á más del poeta, el conde de la Cortina, el propietario de la finca, la hija mayor de éste y varios de los invitados á la fiesta. Tuvieron toros, riñas de gallos y baile; y como, á la cuenta, tenían deseos de divertirse, prolongaron las fiestas por espacio de once días. Al cabo de ellos regresaron á la capital.

Ya en ésta, el conde de la Cortina alojó al poeta en su casa.

---

(1) *El 18 de Junio*, dice Zorrilla (t. 2.º, pág. 166); pero es evidente error, porque se desprende que fué poco después de llegar á Méjico, y habla á seguida de la fiesta celebrada en la hacienda el día de San José.

Allí, y á propuesta de su amigo Portilla, decidió preparar un libro dedicado al elogio de Méjico y los mejicanos, que, en efecto, comenzó á publicarse por suscripción en aquel mismo año de 1855, bajo el título de *La flor de los recuerdos*. Costearon la impresión el conde de la Cortina, Sanchiz y Manuel Madrid. Otro negocio, que había de producir grandes rendimientos, le propuso Cagigas, el cual marchó en aquel verano á la Habana, para desenvolver su plan.

«Y fueron días y vinieron días—escribe Zorrilla—, y fué intimando con la familia del Conde de la Cortina, y casóse su primogénito con la hija mayor de su primo, el hacendado de los Llanos de Apam, y Cagigas me envió unos dineros de la isla de Cuba y un pequeño sueldo mensual que por trabajos míos me había allí procurado, y compré dos caballos, y tomé un criado, y acepté la hospitalidad de las haciendas, y me fué á la de los Llanos á cazar unas ardillas grises muy sabrosas y muy difíciles de tirar, que en el país se llaman *techalotes*; y allí, atracándome de soledad, y de viento, y de sol, y de polvo, y de tórtolas, y de patos que diariamente mataba, y perdiéndome entre las salvajes napoleras, y curando de la viruela negra á los miserables indios, que no se vacunan, y sin tener, en fin, conciencia de mí mismo, y sin saber lo que hacía ni lo que buscaba, y fiado en Cagigas solamente, pasé... no quiero calcular cuánto tiempo. Y fué y volví mil veces de la capital á las haciendas, y de las haciendas á la capital, con pena del honrado y pundonoroso Manuel Madrid, que creía aquella vida indigna de un hombre de juicio, y con complacencia de Sanchiz, á quien acompañaba á visitar sus enfermos, y con quien en pláticas interminables me pasaba las horas perdidas.»

En verso y en prosa describe muy á menudo Zorrilla lo que vió en estas correrías por el campo de Méjico. En su *Correspondencia* al Duque de Rivas, inserta en *La flor de los recuerdos*, habla largamente, y con mucho colorido, de costumbres, tipos y paisajes mejicanos. Tiene el valle de Méjico como «la estancia más grata para detenerse á reposar en la mitad del viaje fatigoso

de la vida, y el panorama más risueño y más espléndidamente iluminado que existe en el universo.» La cortesanía de los mejicanos y la gentileza de las mejicanas le sugieren calurosos encomios. Particular atención le merece—que no en vano era observador y artista—la música popular mejicana, con sus acompañamientos y sus bailes. «La música—dice—de las canciones mexicanas recuerda, como las botonaduras, los alamares y los bordados de sus trajes, los aires característicos de los bailes y cantares que alegran las alamedas que riegan el Darro y el Guadalquivir: pero las modificaciones que en ella han hecho el tiempo, la distancia y el carácter del pueblo en que se ha naturalizado, la han regenerado de tal manera, que sólo reconoce su origen el corazón y el oído del que niño se adormió con sus cadencias, y las recordó ya adulto en extranjera tierra, donde le halagaron los dulces sueños de su memoria.» El desgarró y gallardía del *jarabe* le arrancaron palabras de entusiasmo en varios escritos, y sobre todo en un episodio de *La mejicana y el árabe*:

Cuando al fin de primer día  
de la mejicana fiesta  
entré en la sala, la orquesta  
en un jarabe rompía.

Dirá aquí alguno: ¿qué es esto  
de romper en un jarabe?  
¿y qué orquesta es ésta, puesto  
que por lo escrito se sabe  
que esta es una fiesta rústica  
fuera de la capital?

Aunque sencilla y bien puesta  
aquí tal cuestión, no quita  
que sea una cuestión esta  
de explicación muy expuesta  
á ser poquísimo explícita,  
si ha de ser breve y cabal;

porque componen la orquesta  
 un bandolón, una arpita,  
 una guitarra dispuesta  
 para cuerdas de metal,  
 una alegre jaranita,  
 flauta y cornetín. ¿Qué tal?

¿Y el jarabe? Ser no debe  
 ningún jarope cordial,  
 pues se baila y no se bebe  
 y lo toca orquesta tal,  
 y en sus pasos y en su música  
 no hay azúcar, sino sal.

. . . . .

Otro espectáculo que no se cansa de admirar es el de las *cabalgatas*. De él dice en el mismo poema:

El lujo de sus arreos,  
 lo ostentoso de sus trajes  
 cuajados de plata y oro  
 y bordados á realce;  
 sus chaquetas de montar  
 de paño inglés y de ante,  
 con solapas y hombrilleras  
 caireladas de alamares;  
 sus chaparreras sujetas  
 con chapas, broches y enganches  
 hechos con dos onzas de oro  
 puestas de plata en engastes;  
 sus calzoneras que cuentan  
 botones por centenares,  
 hechos de escuditos de oro  
 de á veinte y cuarenta reales;  
 sus jaranos castoreños  
 de valioso galonaje  
 orlados, cuyas toquillas

rayan en lo extravagante  
 por lo ricas, pues las cuajan  
 de aljófara y de corales,  
 y las prenden y apresillan  
 con topacios y diamantes;  
 las sillas de sus caballos  
 que más que el caballo valen,  
 con pomo, teja y estribos  
 ataujiados con esmaltes;  
 el lazo y la espada puestos  
 en el arzón de delante  
 y el revólver en el cinto  
 que se ha hecho hoy indispensable,  
 y, en fin, los zarapes blancos  
 que les embozan flotantes,  
 aspecto á los mejicanos  
 dan de Emires orientales.

. . . . .

Una de estas cabalgadas  
 mejicanas, cuando sale  
 después de llover, al campo  
 ruidosa, alegre y brillante,  
 es un torbellino de oro,  
 pedrería, seda, encajes  
 y gasas, tan gayo en tintas  
 cual la pluma de las aves;  
 tan sonoro como el agua,  
 que salta en estrecho cauce,  
 y tan vistoso cual nube  
 de miríficos celajes (1).

---

(1) Incluyó Zorrilla estas descripciones en las *Lecturas públicas hechas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid y en el Teatro de Jovellanos en 1877.*

Pero donde se complace en la descripción del paisaje mejicano, es en *El drama del alma*. Ornando aquí y allá las bellas estrofas, resaltan netas y brillantes pinceladas:

Méjico tiene un cielo que le cubre  
 Como un fanal azul y transparente;  
 Tibio, aromado, diáfano y salubre,  
 Tempa el pulmón y el corazón su ambiente.  
 Tan sereno en abril como en octubre,  
 Brilla, jamás glacial, jamás ardiente;  
 Una sola estación bajo él impera:  
 Una suave y perenne primavera.

.....  
 Allá, al poniente, el gárrulo Cabrío.  
 Laberinto de chozas y frutales;  
 San-Angel más acá, quinta de estío  
 Que aroman el azahar y los fresales.  
 Coyoacán, engastado en su bravío  
 Ceñidor de salvajes pedregales;  
 Y Ajusco, madriguera de ladrones  
 Al servicio de todas las facciones.

Y en el centro del valle, chal chinesco  
 Prendido por sus puntas en la cresta  
 De la sierra, tapiz mullido y fresco  
 Sobre el cual duerme Méjico la siesta,  
 Alza su limpio casco pintoresco  
 La capital, junto á las aguas puesta:  
 Nardo que el lago juguétón salpica  
 Y perfumado el céfiro abanica

Trasladado el conde de la Cortina á su palacio de Tacubaya, allá se llevó á Zorrilla En la magnífica biblioteca del conde pasó el poeta largos ratos, hojeando con interés libros raros y curiosos. Poco más de dos meses estuvo allí; porque, sabedor de que el criado encargado de su servicio ponía al conde, en tal concepto, fabulosas cuentas, resolvió dejar la residencia de Ta-

cubaya. Reunióse, pues, al primo del conde, y unas veces en la hacienda de los Reyes, otras en la de Goicoechea, situada en el pueblecito de San Ángel, siguió su despreocupada vida de excursiones y fiestas campestres.

Complácese Zorrilla en referirnos las excursiones que hizo por Ajapusco, San Juan de los Lagos, Chalma y otros lugares, ya en carretela, ya en su caballo *Muñeco* «Méjico - dice - tiene dos debilidades nacionales: adora los pies pequeños y admira los grandes jinetes, y cree allí el vulgo que los europeos somos todos *patones* (como ellos dicen) y talegos de patatas á caballo. La primera vez que me presenté en un teatro, lo hice con el calzado fino, casi de seda, que allí se usa; y un hombre chiquito, bien calzado .. *velai ustedé*; y como por amor propio y un poco de la innata y fachendosa farfantonería española, la primera vez que monté á caballo desdeñé la cómoda y segura silla mejicana, aceptando un pequeñísimo galápago inglés, que para un hijo suyo había comprado hacía tiempo el propietario de la finca, y en cuyo galápago galopaba yo en un tordo cenceño llamado el *Muñeco* que estuvo para matarme, pero que al fin no me mató... *velai ustedé* cómo por calzarme de seda me dieron en Méjico patente de buen poeta, y llegué á caer en gracia por no haber caído del *Muñeco*.»

No era, sin embargo, un capricho fútil la sola causa de hacer Zorrilla esta vida campestre, vegetativa, alejada de todo trato social. En la citada carta *A los ciudadanos redactores de La Orquesta* nos dice que la jugarreta de las quintillas le incapacitó por de pronto para hacer negocios editoriales en Méjico. «Pero Zorrilla—añade—no sentía el desaire al poeta, sino la humillación del español; y comprendiendo el carácter del país, se quedó en él resuelto á hacerse aplaudir y pagar, aunque le costara la vida. Andubo (*sic*) haciéndose el tonto por las ciudades y las haciendas, dando muestras de un carácter insustancial y de una holgazanería digna del país, hasta que éste se acostumbró á ver aquel poeta parásito y vagabundo que al parecer había perdido en Méjico hasta la facultad de producir versos á los 39 años.»

Algo más había. Doña Matilde, la abandonada esposa del poeta, hizo llegar al territorio mejicano reiteradas quejas, que redundaron, claro es, en desprestigio de aquél. «El conde de la Cortina — escribe Zorrilla en carta á D. Tomás de Asensi, citada también aquí varias veces —, recibió á los cuatro meses cartas de ella en que me trataba de pillo y algo más. El conde no quiso entregarme las cartas, pero me retiró su confianza y *me perdonó la vida*. El ministro de España, señor Zayas, recibió después cartas y anónimos en el mismo sentido y de la misma persona, de las cuales ni aun me habló. Todos los Embajadores de mi país continuaron recibéndolas y constan en la cancillería.»

A todo esto, los sucesos políticos de Méjico iban enmarañándose más y más. Una insurrección, dirigida por Álvarez y Comonfort, arrojó del poder á Santana en Agosto de 1855. Comonfort, después de varias interinidades, ocupó la presidencia de la república.

De 1855 á 1861, la historia de Méjico se compendia en una serie no interrumpida de contiendas civiles entre los *federalistas* ó radicales y los *unitarios* ó conservadores. Con aquéllos militaban Comonfort, Álvarez y Juárez; con éstos, Zuloaga, Miramón, Márquez y Almonte.

Por otra parte, las relaciones exteriores adquirían mediano aspecto, y tocaba á España jugar en los acontecimientos principal papel. Por la convención de 1853, y para responder de cuantiosos créditos, el Gobierno mejicano había creado unos bonos, que habían de pagarse bajo la garantía de España. Tales dificultades surgieron de aquí, que al comenzar el año 1856 nuestro Gobierno se creyó obligado á nombrar un Enviado extraordinario que, con amplias instrucciones, se encargase de resolver el negocio. Recayó el nombramiento en Miguel de los Santos Álvarez.

No es preciso referir aquí las incidencias de semejante misión diplomática, tan compleja y empeñada que trajo largas derivaciones en las Cortes españolas y puso al Enviado en la

precisión de publicar un folleto, en defensa de su gestión (1). Álvarez llegó á la Habana en mayo, y cuando se disponía á partir para Veracruz, tuvo noticia de que el Gobierno mejicano había expedido una orden conminando con embargo de bienes á cierto número de acreedores de los comprendidos en el tratado de 1855, si dentro del tercer día no entregaban en calidad de depósito los bonos que poseían. Entonces Álvarez creyó necesario que le acompañaran en su misión cuatro buques de guerra.

Zorrilla abrazó á su paisano y fraternal amigo el autor de *María* «Álvarez dice Zorrilla—me abrió sus brazos, su corazón y su bolsillo como cuando todo era común entre ambos; pero yo no pude abrirle mi alma... y Álvarez me creyó feliz por algo que él no comprendía y cuyo secreto ó capricho respetó.» Y Zorrilla intervino á su modo en las negociaciones diplomáticas, dando ocasión para que Álvarez conversara á solas con los ministros en la tertulia de Manuel Madrid, mientras él entretenía con su charla á la gente de letras (2).

Después de mediar aquel año 1857, salió al público la última entrega de *La flor de los recuerdos* (3). Es un libro sin plan ni unidad, pero interesante y fecundo en bellezas.

En *La flor de los recuerdos* se acentúa la tendencia á la lírica pura que Zorrilla había manifestado de vez en cuando. En este

(1) *Exposición dirigida á las Cortes por Don Miguel de los Santos Álvarez, Enviado Extraordinario y Ministro plenipotenciario que ha sido de Su Majestad en México.*—Madrid: Imprenta de Don Antonio Aoz, calle del Baño, núm. 7.—1859.

(2) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. II, pág. 219 y sgtes.

(3) *La flor de los recuerdos. Ofrenda que hace á los pueblos hispano-americanos* | Don José Zorrilla. | Tomo I. | México. | --Imprenta del Correo de España. | —1855.

En el mismo año de 1857 se publicó en Madrid (imp. de Francisco de P. Mellado) un libro con este título: *La Rosa de Alejandria* | *Leyenda inédita, original y en verso*, | por | Don José Zorrilla. Esta leyenda no era otra cosa que la *Historia de dos Rosas y dos Rosales*, ya inserta en *La flor de los recuerdos*, y que recobraba su título primitivo. Es posible que Zorrilla tuviera noticia de la publicación, pues contiene algunas variantes, aunque leves.

como desaparece el poeta legendario y narrativo para mostrarse el creador de armonías ó el novelista que pone en verso liso y llano la relación de peregrinas aventuras.

Ya se ve este cambio en la manera que tiene de entender la misión y naturaleza del poeta, y en particular las suyas propias. Antes Zorrilla era el poeta que vivía la vida de los tiempos pasados; el que miraba como propio el terreno de las tradiciones religiosas, de los lances caballerescos, de las zambras y leilas morunas; el que sabía, en fin,

de los bravos caballeros  
la dama ingrata y la cautiva amante,  
la cita oculta y los combates fieros  
con que á cabo llevaron sus empresas  
por hermosas esclavas y princesas.

Ahora era ya el poeta-esencia que, por virtud de su propia divinidad, se identificaba con el Todo Universo— que diría un krausista—, y sabía los más sutiles secretos de la creación, especie de ciencia infusa que Villergas comentó jocosamente (1). Y así decía en la introducción:

(1) En *Jeremías* de 8 de Abril de 1866 escribía lo siguiente el mordaz autor de *El baile de Piñata*, refiriéndose á la *Galantería poética*, de Zorrilla:

«—¿Pues no sabes tú que á Zorrilla no se le escapa nada? Ten entendido que Salomón, Merlín y el mismo Pico de la Mirandola, con haber podido este último decir «*de omni re scibill et quibusdam aliis*», han sido niños de teta en comparación de Zorrilla, según éste acaba de confesarlo, con su habitual modestia, en unos versos que ha hecho y leído á la esposa de Maximiliano. En esa composición, que, aunque es de corte, parece composición de lugar, no habla de la señora, como lo aconsejaba la galantería: sólo habla de sí mismo, lo que no me coge de nuevas, y todo para proclamarse el primero de los sabios habidos y por haber, pues dice que sabe cómo prendió un día la atmósfera azul en los espacios.—Mucho saber es eso. Y que sabe también por qué es dulce la miel de la abeja.—Eso lo sabe cualquiera. La miel es dulce... porque es miel.—Y que sabe, igualmente, por qué vuela tan alto el condor; por qué ó cómo el viento se lleva la nave y lo que la dice; por qué ó cómo la luz da color al cielo; por qué silban el viento y el ave.—¿Qué ave?—¿Qué sé yo? Alguna que quiera dar serenatas y no pueda realizarlo por culpa del Gobierno. Y que sabe, además, por qué la brisa mece á la flor, y cuántos mitos tuvo la Grecia, y cuántos el Egipto

Yo soy la rica abeja que labro y atesoro  
 para verterla luego mi nutritiva miel;  
 yo soy la mariposa cuyas alillas de oro  
 desprenden los aromas del nardo y el clavel.  
 Yo soy aquel poeta cuyo cantar sonoro  
 acordes acompañan el pastoril rabel,  
 el caracol marino y el tarabuk del moro,  
 la lira de la Grecia y el arpa de Israel.

Yo soy átomo frágil á quien el viento mueve,  
 insecto susurrante que zumba sin cesar,  
 el trovador errante del siglo diez y nueve  
 que cruza mar y tierras en brazos del azar.  
 Yo voy, de mi fe mártir, mas fiel á mi destino,  
 los pueblos alegrando con mi pueril cantar  
 y por do quiera francos encuentro en mi camino  
 amigos que me esperan y hospitalario hogar.

Las impresiones de viaje con que se abre el libro, guardan íntimas confidencias del poeta. Su dolor al separarse de Leila, sus accesos de celos, sus inquietudes al verse en medio del Oceano, sucédense entre el halago de versos ardorosos. Llévale á países remotos el ansia de nueva vida y el deseo de ofrecer á su amada torrentes de poesía desconocida:

¡Leila de mis entrañas! Si del mío  
 quieres guardar incólume, seguro,  
 el hondo amor y el generoso brío,  
 si quieres rodear de eterno muro  
 el jardín y la flor de mis amores  
 y eternizar la flor de tu belleza,  
 déjame ir á buscar cielo más puro,  
 playas de mejor luz, campos mejores,

---

importó del Asia, y lo que la alondra pía al volar.—¿Sólo al volar?—Sólo al volar; y lo que augura la corneja, y lo que dice la abeja cuando hace ¡huuu!, y en fin, como si todo esto fuera moco de pavo, da el resumen de su saber en estos términos:

Yo sé lo que nadie en el mundo ya sabe. »

más rica y más feraz naturaleza,  
 donde tejer con verdaderas flores  
 vívidas de color, ricas de olores,  
 una guirnalda á tu gentil cabeza.

A bordo del *Paraná* contempla melancólico la estela que deja el barco tras de sí y adivina los insondables abismos del mar:

Y entonces ¡ay de mí! yerto de asombro  
 y con hondo pavor sentí á mi lado  
 tenderse pie con pie y hombro con hombro,  
 dos genios de inmortal naturaleza  
 creados de los cielos en la alteza  
 mas con Luzbel caídos de los cielos:  
 el espíritu ruin de LA TRISTEZA  
 y el demonio rabioso de LOS CELOS.

En su poesía *A Dios* recibe el consuelo de la fe. En ella, tras de reiterar las protestas de su fervor religioso, afirma una vez más, en acompasadas estrofas, la condición universal y divina del poeta:

Su voz, como las voces del agua y de los vientos,  
 recorre cuantos tonos producen á la par,  
 henchidos de armonía, como él, los elementos.  
 la gloria de Dios hechos como él para cantar.  
 Él gime como el cierzo que zumba entre las cañas,  
 susurra como el aura los olmos al cruzar,  
 murmura cual arroyo que corre entre espadañas,  
 como las ondas verdes del sosegado mar.

En prosa refiere, bajo la forma de correspondencia á Torres Caicedo, su viaje hasta Santo Tomás. Y luego, por medio de una ficción novelesca, á la que trata de dar apariencias de verdad, inserta la *Historia de Dos Rosas y dos Rosales*.

Esta no era sino *La Rosa de Alejandría*, inserta en la *Revista Española de Ambos Mundos* y continuada ahora hasta terminar la *Historia de la primera Rosa*. El relato es un tanto folletinesco, porque Zorrilla, aunque conservara su especial ma-

nera de contar, recibía sin advertirlo los rebotes de la escuela de Dumas. Era difícil sustraerse al deseo de despertar una curiosidad más ó menos lícita, pero fascinadora.

Por esta razón, la *Historia de dos Rosas y dos Rosales* no se parece en nada á sus primeras leyendas. Del campo de la historia ó de la devoción se va resueltamente Zorrilla al de las peripecias novelescas. Aquí y allá desliza alguna digresión de tono familiar, acaso con exceso.

La historia del doctor Rosales, por otra parte, llena su cometido. Á título de solaz se admiten casos tan extraordinarios como la partida de Rosales desde las aulas salmantinas á las comarcas de Siria y Palestina, y las aventuras del rey Idalkán, y las maravillosas circunstancias de que van rodeados los amores de D. Carlos con la hermosa Nasarina, interesante es la figura del noble mancebo, loco de amor, animado por la sublime inspiración de los grandes artistas y autor de una obra que

hiciera honor á la mano  
de Arfe y de Alonso Cano,  
de Cellini y Berruguete.

Juzgue el lector si no pudiera servir el siguiente asunto para una novela por entregas. En un lugarejo de Andalucía, y en las soledades de su castillo, vive cierto caballero descendiente de otro que vino á España con Carlos V. Cerca del castillo, en una casita blanca, tiene su residencia un personaje misterioso, médico de ciencia sorprendente, y con él viven una mujer anciana y una bellísima joven. Un hijo del caballero del castillo, D. Carlos, se enamora de la joven de la casita blanca, Rosa, poco antes de marcharse á Nápoles. Pasa el tiempo, regresa D. Carlos y quiere dar cumplimiento á su felicidad; pero se opone la dignidad del doctor, que, ofendido por la soberbia del castellano, resuelve destruir aquellos amores. D. Carlos entra en la casita blanca, y á su paso halla al doctor, que le muestra á la triste Rosa tendida é inerte en su lecho:

Con el doctor hallóse cara á cara,  
quien alzando el capuz de una linterna,

hízole ver á Rosa sobre el lecho,  
 cual arrancada flor sobre la yerba;  
 inmóvil cual inánime escultura,  
 pálida mate cual de mármol hecha,  
 materia inerte, polvo cuyos átomos  
 pide acaso voraz la madre tierra.  
 Una vez y otra vez pasó los ojos,  
 con la verdad el mozo andando á tientas,  
 desde Rosa al doctor, desde éste á Rosa,  
 él mudo y torvo, inanimada ella,  
 hasta que al fin el viejo de hito en hito  
 mirándole tenaz, la mano seca  
 extendiendo hacia él, y con voz sorda  
 y de inflexión acentuada y lenta,  
 le dijo estas palabras: «Llegáis tarde:  
 cuando he cerrado á vuestro amor la puerta,  
 tras del balcón á la deshonra abierto  
 á la muerte aporté de centinela.»

D. Carlos se vuelve loco. Enciérrase en una habitación del castillo, y hace que le lleven un enorme bloque de mármol de Macael. Su padre llama al doctor y demanda una de sus prodigiosas curas para volver la razón al mancebo. El doctor, arrepenido de lo hecho, promete sanarle. Avístase con él, y logra que le revele lo que con el mármol había hecho:

Aquel informe peñasco  
 tenía ya la figura  
 de una clásica escultura  
 cuya acabada labor  
 revelaba el poderío  
 y el instinto soberano  
 del genio audaz y la mano  
 firme de un gran escultor.

Era, en efecto, la estatua de Rosa, portentosamente esculpida. El doctor, días después, y una vez dispuesto todo lo necesario para lograr la curación de D. Carlos, refiere á éste su vida. Y

aquí viene precisamente lo más maravilloso de la historia. El doctor, después de estudiar en España, había emprendido el camino de Oriente, donde visitó multitud de lugares:

Llegó á Byr, embarcóse en el Eufrates,  
 bajó á Bagdad, que es la Babel de ahora,  
 descendió por el Tigris á Bassora,  
 detúvose en Ormuz, que es el mercado  
 más rico del Oriente, fué las perlas  
 de mayor magnitud y más quilates  
 que joyero jamás han apreciado  
 á pescar en Bahrain, donde el cogerlas  
 tantas vidas de buzos ha costado;  
 logrando al fin desembarcar en Goa,  
 hoy llave del tesoro de Lisboa.

Idalkán, rey de una comarca nombrada Arungabad, se ve enfermo de gravedad, y llama al doctor español, que logra salvarle. Ábrele su palacio y sus tesoros, y por inducción suya se convierte al cristianismo. Un rey de Guzárte, en guerra con el idólatra Güir, pide auxilio á Idalkán, y le da en agradecimiento por esposa á su hija Sensitiva. Del feliz matrimonio nace una hija llamada Nasarina (Rosa-Blanca). Idalkán, con otros cuatro reyes, combate á los portugueses invasores; mas uno de aquellos, traidor, le invita á cenar en su tienda y, de acuerdo con una vengativa judía, le envenena. El doctor puede huir con Nasarina y Sensitiva y con el tesoro real. Sensitiva muere bien pronto, y el doctor, después de educar á Nasarina como una princesa europea, trasládase con ella y una esclava á su nativa España:

Quando el doctor su princesa  
 trajo á tierra granadina,  
 al nombre de Nasarina  
 dar creyó que era esencial  
 su traducción europea:  
 así es que la niña hermosa  
 cambió en el nombre de ROSA

su bello nombre oriental...  
Y aquí, en la cima de un cerro  
á cuyo pie un río corre,  
tenía un barón su torre  
y un hijo en la mocedad.  
Vió el mozo á Rosa, acercósela  
juzgándola campesina,  
y ella le clavó una espina  
del corazón en mitad..  
Y como se había propuesto  
no dársela por esposa,  
sino á aquel que amara á Rosa  
á par de su eternidad,  
expuso al mozo á una prueba  
tan fuerte, á un choque tan rudo,  
que resistirle no pudo  
la frágil humanidad.  
Él, con su ciencia, hizo á Rosa  
en una muerte aparente  
caer... ¡el Omnipotente  
castigó su vanidad!  
Porque al llegar á ella Carlos  
creyó verdad la apariencia;  
perdió el juicio, y... de su ciencia  
vió el doctor la ceguedad.

Contada esta historia, el doctor hace que Rosa se presente á la vista de Carlos, y éste recobra la razón. Los dos jóvenes se unen en lazo eterno, y el doctor, cumplida su misión, se aleja de allí para siempre, no sin despedirse en una carta muy sentida.

Tal es la *Historia de la primera Rosa*, que Zorrilla diluyó en largas tiradas de versos, á menudo descuidados.

La segunda parte de *La flor de los recuerdos*, dedicada á una *Correspondencia* con el Duque de Rivas, nos ofrece un nuevo aspecto de Zorrilla: el de viajero observador y crítico literario. Hablando de *México y los mexicanos*, desliza curiosas

noticias y afinados comentarios. Del país mejicano y de sus costumbres hace una rápida y pintoresca descripción, porque —dice— «no me propongo en mis cartas hacer alarde de la sesuda madurez de un filósofo, ni de la minuciosa exactitud de un cronista, ni de la pesada erudición de un anticuario, sino de extender mis impresiones sobre el papel con la ligereza y el ilógico desorden de un poeta.» Sus indicaciones sobre los literatos mejicanos son de una exactitud absoluta, aunque acompañadas de la benevolencia á que había de obligarle la circunstancia de referirse á autores vivos. Á modo de precedente, habla de algunos poetas del siglo XVIII, como el P. Navarrete y Francisco Manuel Sánchez de Tagle, y de los poetas de la revolución, así como de la benéfica influencia ejercida por la Academia que fundaran Ortega y Carpio, y sobre todo por la de San Juan de Letrán. Los más notables poetas que salieron de estos centros y otros análogos, están citados por Zorrilla.

Entrando ya en lo contemporáneo, hace diversas reflexiones sobre el estado general de la literatura mejicana. «De las dos clases de ingenios —dice— que producen todas las revoluciones literarias, es decir, los hombres de fe y de independencia que hacen su profesión de las letras, y los de talento literario positivo, pero que aplicándole á la política ganan honrosamente por él merecida consideración y acomodada posición social, México sólo ha producido los segundos. Prieto, Lafragua, Carpio, Paine, Pesado y otros, han debido á su reputación literaria el haber llegado á ser ministros, diputados, embajadores, etc.; pero ¿dónde está el poeta mexicano que cantando con fe la hermosura, la gloria, la nacionalidad de su patria, se ha hecho en ella popular, y ha obligado á su pueblo á aplaudir, á los editores á comprarle sus manuscritos, á los teatros á franquearle su escena y á los Gobiernos á respetar su independencia, como Bretón y Larra en España, como Víctor Hugo y Dumas en Francia?» Esto le lleva á fijarse en la situación literaria de España, que, á su juicio, había ganado mucho en los últimos años.

El juicio que Zorrilla hace sobre los poetas mejicanos mo-

ernos, es, aunque breve, exacto (1). No desconoce la influencia que él había ejercido en la poesía mejicana, y con su usual é impremeditada franqueza, laméntase de ello. «La lectura— dice al duque de Rivas, con referencia á Esteva— de sus romances de usted y de los de Rubí, de los versos de Espronceda, de mis cantos del Trovador y de los desventurados ocho primeros tomos de mis poesías, que han descarriado el ingenio y pervertido el gusto de los mozos de talento por estas tierras, le dieron la forma de sus composiciones.» De Luis G. Ortiz dice así: «Ortiz se ha dejado seducir por el sonsonete, muchas veces vacío de sentido, y por la palabrería sonora de mis *orientales* y de mis *serenatas*, composiciones que generalmente no son más que *música celestial*; y es lástima que poetas como él, que tienen talento propio, imiten á nadie más que á los grandes maestros clásicos.» Otro tanto dice de González Bocanegra, cuando alude á su drama *Vasco Núñez*: «García Gutiérrez y yo somos excesivamente andaluces en nuestros dramas históricos y caballerescos, y mi *rey don Pedro*, mi *Sancho García* y mi *Don Juan Tenorio* dicen votos, juramentos y baladronadas inútiles á cada paso, en versos campanudos y rimbombantes que alucinan al vulgo, pero que dan á aquellos personajes un aire de perdonavidas que hace sonreír á los espectadores sensatos.»

A manera de apéndice de *La flor de los recuerdos*, publicó Zorrilla su traducción y paráfrasis de *Il delatore*, de Giovanni Prati (2).

\* \* \*

(1) Habla de los siguientes: Rodríguez Galván, Fernando Calderón, Carlos Hipólito Serán, Pablo Villaseñor, Fernando Orozco, Ortega, Quintana Róo, Pesado, el conde de la Cortina, Arango y Escandón, Carpio, Esteva, Félix María Escalante, Casimiro Collado, Luis G. Ortiz, Marcos Arróniz, Francisco González Bocanegra, Pantaleón Tovar, Florencio María del Castillo, Díaz Covarrubias, José de Jesús Díaz y Guillermo Prieto. Hace simple mención de algunos otros.

(2) *El Delator* | por Don José Zorrilla | México | Imprenta de M. Murguía | Portal del Águila de Oro. | 1857.

Se insertó luego en el *Album de un loco*.

Poco después de regresar Álvarez á España, ocurrieron en Méjico graves sucesos políticos. El partido de *Religión y Fueros* promovió una insurrección que dió por resultado la caída de Comonfort en 11 de Febrero de 1858. El general Zuloaga, en consecuencia, se hizo cargo del mando superior; pero en el mismo día, el licenciado Benito Juárez, presidente del Tribunal Supremo, invocando la Constitución de 1857, se negó á reconocer el nuevo poder, y se proclamó presidente constitucional de la república.

Zorrilla, hallándose en la capital, pudo presenciar uno de los más interesantes episodios de la contienda: el arresto, por orden del Gobierno, de todos los canónigos y del propio Arzobispo, invitado á considerarse preso en su habitación del palacio episcopal.

Poco después, Zorrilla dejó la hacienda de San Angel, donde de ordinario se hospedaba, para trasladarse á la de los Llanos de Apam. La estancia en este retiro no ofrecía ninguna seguridad, porque á él llegaban las partidas de tirios y troyanos y aun otras de bandoleros no más tranquilizadoras. «Mi hospedador, el propietario de los Llanos de Apam—se lee en los *Recuerdos*—, fiado en que de todos era conocido, se arriesgaba á permanecer en ellos más tiempo del conveniente; y aunque los Llanos, como productores de grandes riquezas, no son turbulentos, sucediéronos más de una vez tener á la mesa á la hora de cenar al general del Gobierno, en la misma silla en que había almorzado el general insurrecto. Capoteábamos á unos y á otros como podíamos, y poniéndonos la capa como venía el viento, teníamos la casa aspillerada y fortificada, las azoteas guarnecidas de sacos de arena, sesenta carabinas Minié y cuarenta hombres dentro de la casa, y dormíamos con vigías en el terrado, centinelas en la puerta y las carabinas á la cabecera de la cama.»

Algo había en los Llanos de Apam que podía compensar de aquellos sobresaltos al poeta. Ese algo era el atractivo de unos amores, que por no poco tiempo abrigó con ilusión. ¿Es que

doquiera llevaba el poeta los resabios de su Don Juan? Casada Leila, hubo otra mujer que puso el fuego de su pasión en el andariego romántico. En las soledades de la llanura mejicana, un corazón ardiente recogió las palpitaciones del de Zorrilla.

Al llegar á este punto en los *Recuerdos del tiempo viejo*, Zorrilla, que ni una sola vez alude á tales amores, interrumpe el relato con unos intencionados puntos suspensivos. En Méjico, no obstante, se conserva memoria del amoroso episodio, y otros escritos de nuestro poeta encierran vehementes demostraciones de su pasión. Más adelante tendremos ocasión de comprobarlo.

Cuéntanos Zorrilla que cierto día llegó á la hacienda de Apam su amigo Cagigas, y de buenas á primeras le dijo que se preparase á partir para Cuba. Aun sin saber, dice Zorrilla, el motivo del viaje, aceptó la invitación de su amigo, y dos días después, en los últimos del mes de Octubre de 1858, tomaron el camino de Méjico en una carretela.

En los *Recuerdos* puede leerse la relación de este viaje, con todos los detalles. De Méjico á Veracruz corrieron serios peligros. Entre Orizaba y Córdoba, según da á entender Zorrilla, echó el alto á la diligencia un grupo de indios armados, y la serenidad de Cagigas afrontó la situación en la forma que antes de ahora, al reproducir algunos párrafos de los *Recuerdos*, hemos podido apreciar. Pasaron por el pueblo de La Soledad después de un ataque dado por el coronel Andrade contra los *jarochos* ó soldados de Juárez, y pernoctaron en Veracruz. A la mañana siguiente embarcaron, con lo cual Cagigas, que sin duda tenía cuentas pendientes con Juárez, se vió libre de tan grave riesgo.

Desembarcaron en la Habana el 11 de Noviembre, y entonces Cagigas reveló á Zorrilla el asunto que allí los llevaba (1). Era un

---

(1) El *Diario de la Marina* del 12 decía así: «Nuestro célebre poeta don José Zorrilla ha llegado ayer á esta capital en el vapor inglés procedente de Veracruz y parece que residirá aquí algunos meses haciendo alguna publicación.»

negocio magnífico, que Zorrilla expone en estos términos: «Mientras yo daba seis lecturas, que por tres mil duros tenía apalabradas en el Liceo, él prepararía la introducción en Cuba de una colonia de trabajadores yucatecos asalariados, para lo cual debía yo más adelante adquirir el beneplácito de quien correspondía en la Isla, adquiriendo él los buques y el capital necesario. Una vez planteado el negocio él lo traspasaría á una casa de los Estados Unidos, y yo debía volver á Méjico á instalar allí, con privilegio de seis años, cuatro sillas-correo mensuales, enlazadas con cuatro buques españoles semanales, para dar al comercio mejicano cuatro correos al mes, en lugar del único mensual de la Compañía inglesa, á quien iba enderezada la competencia. Anselmo de la Portilla, que debía de llegar de Nueva York, debía de traer escrito un luminoso folleto sobre estas dos combinadas especulaciones, con cuyo folleto debía yo de presentarme al Capitán general, etc, etc. Cagigas llevaba tratada, hecha y concluída toda la parte de estos dos negocios en Nueva York, en Yucatán y en Méjico, faltándole sólo su arreglo en Cuba; tenía en su cartera un crédito de setenta mil pesos, y con noventa mil decía él, sonriendo muy satisfecho, que empezaba á rodar el carro. Escuché yo todo aquel doble proyecto suyo, sin comprender qué parte pudieran tener en él mis versos para ofrecerme la cuarta parte de la respetable cantidad en que, después de planteados, los tenía traspasados ó vendidos á dos casas de gran crédito comercial.»

¿No parece todo esto un poco fantástico? Cagigas no debía de hacer mala pareja, por lo iluso, con nuestro poeta.

Los dos amigos, para poner sus planes en ejecución, comenzaron á hacerse visibles, cosa que no había de costar gran trabajo al autor de *Don Juan Tenorio*. Visitaron la redacción del *Diario de la Marina*, que dió cuenta de su llegada, y días después recibieron una invitación del capitán general don José de la Concha, marqués de la Habana, para un baile que daba en su palacio. Porzio, el más aristocrático sastre de la Habana—cuya caballerosidad vemos repetidamente encarecida en

los *Recuerdos*—, hizo á Zorrilla un traje de frac, y con él se presentó en la reunión del capitán general, y fué muy bien recibido.

Pepe Santana, hijo del expresidente de la república de Méjico, buscó y amuebló una habitación, y en ella quedaron instalados Cagigas y Zorrilla, aquél dando vueltas á su negocio, éste preparando sus lecturas poéticas. Sólo faltaba que Anselmo de la Portilla llegase de Nueva York para que el proyecto entrase en vías de ejecución; pero el *Kanhowa*, que le conducía, sufrió considerable retraso, y Cagigas comenzó á consumirse de impaciencia.

Celebráronse juegos florales el 22 de Noviembre, y Zorrilla fué invitado á tomar parte en la fiesta (1). Allí leyó una extensa poesía, que terminaba con un saludo á la juventud cubana:

Pues bien: con más placer que alcancé un día  
un oasis á ver en el desierto,  
con más placer que por la mar bravía  
el faro vi del anhelado puerto,  
mira en este salón el alma mía,  
y halla mi corazón, que yo creía  
á la emoción y al entusiasmo muerto,  
este oasis de amor y poesía  
que con tan generosa cortesía  
hoy la cubana juventud me ha abierto.

.....

Ceso aquí, pues; manifestarme vano  
fuera el hablar de mí. Noble academia,  
cuya benigna y generosa mano  
la insuficiencia de mi ingenio premia  
acordándome el título de hermano:  
un discurso locuaz nunca es sentido,  
la gratitud, mostrándola, se amengua,  
que es ave que en el alma hace su nido;

(1) Obtuvo el primer premio el poeta Joaquín Lorenzo Luaces.

y está la fe del hombre agradecido  
bien en el corazón, mal en la lengua (1).

Un golpe rudo se avecinaba. Cierta noche, al regresar Zorrilla á su casa, encontró indispuerto á Cagigas. Como parecía cosa de poco, al día siguiente se levantó; pero bien pronto tuvo que volver al lecho. Zorrilla avisó inmediatamente á su amigo el doctor Zambrana, aquel famoso médico habanero que de igual modo que escribía obras de medicina, pergeñaba poesías ó artículos filosóficos. Zambrana, y lo mismo otros dos médicos que con él fueron al día siguiente, dijeron que aquello era una leve indisposición. Zorrilla se tranquilizó.

Días después llegó á la Habana Anselmo de la Portilla en el *Kánhowa*. Advertido por Zorrilla de la enfermedad de Cagigas, bien pronto fué á la cabecera de su lecho. Mientras ambos conversaban á solas, Zorrilla recibió la grata visita del P. Solís, Superior del colegio de Jesuítas de la Habana, y condiscípulo suyo que había sido en el Seminario de Nobles (2). Su evocación de los tiempos infantiles se vió interrumpida por una llamada de

(1) Inserta en el *Album de un loco*, página 87.

El diploma dado á Zorrilla por el Liceo de la Habana, lleva fecha 1 de Febrero de 1859. Se conserva, con otros muchos, en el museo de la casa de Zorrilla, en Valladolid.

(2) El Doctor Thebussem (en *Thebussianas*, artículo *Hablen cartas*), escribe lo siguiente:

«Este P. Solís á quien Zorrilla menciona, se llamaba don Manuel de Solís y Pareja. Muy joven marchó á Roma é ingresó en la Compañía de Jesús, renunciando antes un gran caudal amayorazgado, y con él las riquezas y la distinguida posición social que el mundo le ofrecía. Aun cuando Solís me aventajaba mucho en años, el ser conferráneos y parientes y el deleite que encontraba en la conversación de aquel sacerdote tan instruído, fino y virtuoso, hizo que nos profesásemos buena y recíproca amistad. Cuando yo comenzaba á leer y saborear los versos de Zorrilla y le hablaba de ellos á Solís, me refería éste su amistad con el poeta, nacida en el Seminario de Nobles; las saludísimas composiciones que escribió siendo muchacho; las epístolas poéticas que le había dirigido, y sobre todo, el epítalamio á unos gatos que con sus maullidos no los dejaron dormir en cierta noche de Enero».

Portilla. Acudieron Zorrilla y el P. Solís, y bien pronto se percataron de la realidad del caso: Cagigas tenía el vómito negro.

Cuando Zorrilla, que lloraba como un niño, quedó á solas con el enfermo, éste le hizo sentar en su lecho y le habló así:

«Sé que es usted mi amigo, y no puede usted dudar de que lo soy suyo. Si yo hubiera vivido le hubiera á usted hecho rico; tal vez eso no está, de Dios, y le dejo á usted pobre; porque como ni Portilla ni usted pueden dirigir el negocio á que aquí los traje, le ordeno á usted que devuelva todos los créditos que hallará en mis dos carteras; y cuando concluya usted los compromisos, que no dejarán de ofrecérsele á usted en este invierno, vuelva usted á Méjico, donde yo necesito que vuelva antes del 1.º de Julio. En cuanto llegue usted á aquella ciudad, irá usted á la calle de... núm..., á casa de fulano, á quien entregará usted de mi parte mil cien pesos contra un cajón que contiene papeles. Queme usted todas las cartas sin abrirlas, y devuelva usted todos los documentos á las personas á quienes pertenecen. De aquéllas y en éstos dependen y tengo en garantía la honra de personas que quiero que no se acuerden de mí para mal. Los señores Bustamante Romero, de esta plaza, le darán á usted cuanto necesite si no hace usted aquí negocio, y con ellos puede usted plantear el de los correos, en lo que le ayudará á usted Sanchiz, y los Bustamante darán á usted instrucciones y capital. Acaso deba usted á mi muerte su fortuna. Adiós, abráceme usted; que éntre el sacerdote, y tenga usted cuenta de que nadie me impida morir en paz» (1).

Entró, en efecto, el P. Solís, y permaneció en la alcoba del enfermo por espacio de veinte minutos.

Al día siguiente, 25 de Noviembre, murió Cipriano de las Cagigas. El buen amigo Pepe Santana corrió con los preparativos del entierro, que presidieron él y Zorrilla. «Un pormenor tristísimo—escribe éste—: Cagigas usaba el pelo largo; al cerrar

(1) Así transcribe Zorrilla las palabras de Cagigas en los *Recuerdos*, t. 2.º, pág. 286.

la caja quedó fuera una guedeja de su cabello castaño claro, que me fué llamando la atención, porque el aire la mecía, durante el trayecto de la casa al cementerio. Allí no me pude contener y corté todo aquel flotante rizo; recuerdo y prenda que parecía ofrecerme mi muerto amigo. Sobre mí lo he llevado mucho tiempo, y aún lo conservo» (1).

La muerte de Cagigas causó en Zorrilla honda é indeleble impresión. Venticinco años después todavía hablaba de ella con dolor, y la juzgaba como una de las causas que le habían impedido ser feliz en su vida.

Los castillos en el aire se vieron deshechos. Aquel negocio que serviría para enriquecer á los tres amigos, había muerto antes de nacer. Zorrilla se veía de nuevo en país extraño, falto de caudales y sin más apoyo que los brazos de su Musa. Isidoro Araujo de Lira, propietario del *Diario de la Marina*, le instaló en su casa, y con él á Portilla, y les señaló pingües sueldos como colaboradores de su periódico: á Zorrilla, tres mil duros al año, por espacio de tres, por escribir en el folletín; á Portilla, dos mil duros anuales por redactar artículos políticos, históricos y de administración.

Mientras Lira prodigaba al poeta los cuidados de un hermano, el capitán general de la isla, marqués de la Habana, le concedía toda clase de distinciones. Sentábale á su mesa todos los domingos; invitábale á sus nocturnas recepciones; llevábale á su palco en el teatro y en su carruaje á los paseos. Zorrilla, sin embargo, no podía desechar la pena que le atormentaba desde la muerte de Cagigas.

(1) Villergas dedicó también un cariñoso recuerdo á Cipriano de las Cagigas, que había sido acompañante suyo y del dibujante Landaluce durante su permanencia en Méjico. Dícele «joven español, apreciable por su claro talento, y más todavía por su carácter el más servicial y simpático que he conocido en mi vida. Ya que el pobre no existe —añade— y me es imposible corresponder de otro modo á sus bondades, quiero aprovechar la ocasión para tributar á su memoria este homenaje de amistad y de gratitud» (*Viaje al país de Motezuma*, apéndice á *La vida en el chaleco*, Habana, 1859).

Uno de sus primeros cuidados, al recobrar alguna tranquilidad de ánimo, fué poner su inspiración al servicio de aquella mujer amada que había quedado en los Llanos de Apam. Fecha 8 de Diciembre tienen los versos apasionados que á tal fin escribió. Comienzan con el recuerdo de la sentimental despedida:

Paz, mi primer recuerdo será tuyo;  
mi corazón el último te debe  
que al umbral de tu hacienda á mi partida  
me dió tu cariñosa despedida;  
y aquel postrer ¡adiós! te restituyo  
de este errante papel en la hoja leve,  
que fía al mar mi alma agradecida.  
¡Pronto á tus manos el azar la lleve!  
Esta página dulce de mi historia,  
este recuerdo triste y delicioso,  
ni en la inquietud de la mundana gloria,  
ni de una alta fortuna en el reposo,  
se borraré jamás de mi memoria.  
¡Lirio gentil del huerto mejicano,  
alma infeliz, hermana de la mía!  
Aun de tu fría y temblorosa mano  
siento en mi mano la presión postrera;  
delante de mis ojos todavía  
permanece indeleble la hechicera  
imagen de tu rostro soberano,  
que recatarme tu emoción quería;  
y aun siento de tu pecho la agonía,  
que luchaba, tus lágrimas en vano  
por tragar en silencio, y no podía;  
tengo aún en la mente y el oído  
tu última frase y su tremenda idea,  
y ¡ojalá de tu mente se haya ido  
y de tu alma torcedor no sea!

\* \* \* \* \*

De tu hacienda al partir ¡Dios me es testigo!  
 ya rodaba en los Llanos mi carruaje  
 y aun tuve impulso de romper mi viaje  
 y volver de tu hogar al dulce abrigo.  
 ¡Ojalá que ese impulso me arrastrara,  
 y como lloro ahora, no llorara!  
 ¡Dios me perdone la inquietud salvaje  
 que me arrastró á partir!... ¡Dios y el amigo  
 que á perecer aquí conmigo traje!

Presenta después el poeta á su amada, con vivos colores, la animación y encanto de la urbe habanera, y se detiene en la poética descripción de un *quitrín*, para terminar con estos versos:

Pero ya basta, Paz; ves que las llaves  
 del corazón te di; ya mis placeres,  
 penas secretas y delirios sabes  
 Ahora ¡adiós! ¿Hasta cuándo? No hay seguro  
 nada en la tierra; Dios acota y tasa  
 la voluntad de los humanos seres.  
 ¡A Él encomienda el porvenir oscuro!  
 El llanto siento que mi vista arrasa.  
 ¡Adiós!... Y alguna vez piensa en tu hermano.  
 En cuanto á mí, Paz buena, ¡te lo juro!  
 ni un solo día sin que pida, pasa,  
 mi corazón al cielo soberano,  
 la bendición de Dios para tu casa  
 y la paz para el pueblo mejicano (1).

¿Qué diría doña Matilde O'Reilly si, al aparecer el tomo segundo de *La flor de los recuerdos*, pasaba la mirada por estos versos? Doña Matilde era ya para Zorrilla algo confuso y vago, que se perdía en el mundo de lo que pasó. Más presente debía

(1) Se publicó esta poesía en el folletín del *Diario de la Marina* del 8 de Noviembre y en *La flor de los recuerdos* (Habana, 1859).

Fué reimpressa en el *Album de un loco*.

de tener la memoria de Leila; pero algo había sin duda que le sugería la sospecha de haber perdido á Leila para siempre. Y si ahora todavía velaba Zorrilla con escaso disimulo su pasión por la mejicana, ocasión llegaría en que proclamara *coram populo* sus amores.

Cierto día, á la hora de comer, se vió Zorrilla acometido de vértigos; acostáronle, con náuseas y somnolencia, y en tal situación estuvo cuarenta y ocho horas. Creyeron que se trataba del vómito negro; mas no era otra cosa—así lo dice él—que el primer amago de una afección epiléptica que habría de acompañarle durante toda su vida.

El día 22 de Diciembre se encontró Zorrilla con la inesperada visita de Agustín Aynslie, mocetón fornido y simpático, á quien había conocido en Méjico. Era hijo de un industrial escocés, y aunque totalmente lego en cosas literarias, sentía por Zorrilla una admiración ilimitada, que hubiera demostrado, á ser preciso, mediante sus puños. Llegaba á la Habana con el único objeto de acompañar al poeta.

La tristeza y el disgusto de Zorrilla no se extinguían. Comprendiendo, sin duda, su situación, parece que trataron de mejorarla el marqués de la Habana é Isidoro Lira, y hasta se pensó en abrir en su favor una suscripción semejante á la que para Lamartine se había hecho en años anteriores; pero él rechazó estos ofrecimientos y se entregó á un trabajo desmesurado. En vista de ello, Lira pensó en llevarle al campo, y al efecto le presentó al opulento banquero don Manuel Calvo, quien le ofreció hospedaje y retiro en una de sus haciendas. Allá marchó Zorrilla, en unión de Aynslie, al mediar el mes de Enero de 1859.

«Riendo y cantando como colegiales que hacen novillos—escribe—entramos en el cafetal, cuya plantación era nueva, y cuya extensión y rendimiento tenían apenas importancia por aquel entonces. Una casita de madera y ladrillos de un solo piso, y unas cuantas habitaciones abiertas sobre dos corredores; una pequeña fábrica de almidón de yuca, y á la sombra de unos cuantos miles de plátanos nuevos, otras tantas plantas

de café alternadas con piñas y con naranjos; un proyecto de huerta, en cuyos cuadros hacían el sol abrasador por el día y el abundante rocío por la noche, brotar con asombrosa rapidez unas sabrosísimas legumbres y unas olorosísimas frutas; un palomar y un gallinero de chachalacas, como las llaman en Méjico, pintadas en Europa, y allí gallinas de Guinea, y unos cuantos negros á cargo de un capataz, que los abrigaba con burdas anguarinas y los recogía á las diez para que no se asolearan en aquel país en que su dueño andaba con chaqueta y pantalón de dril, y Aynslie y yo sin más que un pantalón y una blusa. Esto era lo que allí había entre mucho terreno sin desmontar, y en una situación tan pintoresca como salubre, y sin que en nada de aquello se revelaran ni pretensiones de opulencia, ni futilidades de lujo. Instalónos su propietario en la finca, haciéndonos primero visitar sus dependencias y conocer á sus habitantes, y nos dió posesión de nuestras habitaciones: un gabinete con dos camas, una para mí y otra para el dueño cuando viniera á visitarnos, un despacho con una gran mesa y un inmenso fintero, un cuarto para Agustín Aynslie y un comedor con dos anchas alacenas.

Zorrilla se dedicó á escribir sin descanso. No faltaron, sin embargo, los ratos de recreo, y hasta hubo lugar para una cacería de patos salvajes, á la cual asistió el propio marqués de la Habana. A ruegos de don Manuel Calvo, Zorrilla iba los sábados á la ciudad, permanecía en ella el domingo, comía en el palacio del capitán general y asistía al teatro de la Ópera, donde cantaban la Gazzaniga y la Gassier. Zorrilla nos ha conservado curiosas noticias de aquellas funciones teatrales. Nos ha dejado también, acaso embellecido por su fantasía, el recuerdo de una historia amorosa, triste y desoladora, de que él fué testigo (1).

---

(1) *El juramento de la mulata*, en los *Recuerdos del tiempo viejo*, t. 5.º, pág. 193 y sgts. Ya en 1861, de regreso en Méjico, pensó publicar Zorrilla este episodio, llamándole *Leyenda cubana*.

Recientemente (1919) se ha reimpresso en la colección de *La Novela Corta*.

En el Liceo, renovado por sucesos recientes, dió seis lecturas poéticas, «que aquellos nuevos socios—dice—oyeron casi con impaciencia por bailar en seguida aquellas habaneras, un poco emparentadas con el tango y la sopimpa, que por entonces se bailaban» (1).

Deseaba Zorrilla acrecer cuanto fuera posible sus ingresos, no sólo por su propia conveniencia, sino «para sacar pronto á Portilla y á Aynslie de aquella isla, en donde temía verles morir como á Cagigas». Y, llevado de estos deseos, bien pronto comenzó á dar por entregas un nuevo tomo de *La flor de los recuerdos*, dedicado á la isla de Cuba (2).

Encabezaba el libro, con el título de *Preludio*, una dedicatoria á la Marquesa de la Habana, donde hay jugosidad y riqueza de expresión. Zorrilla se muestra ingenuo al hablar de su vida y pensamientos:

Tres años há que un día de tu isla encantadora  
Sobre rugiente nave las playas abordé;  
Como átomo del viento llevábame, señora,  
Un huracán del alma: como huracán pasé.

(1) La poesía que leyó el día de la inauguración, titulada *Historia de una voz*, se publicó en el *Diario de la Marina* del 21 de Diciembre, y luego en el *Album de un loco*. Es una bella poesía.

(2) *La flor de los recuerdos*. | *Ofrenda* | que hace á los pueblos hispano-americanos | D. José Zorrilla. | *Isla de Cuba*. | *Habana*. | *Librería é imprenta El Iris, de Majín Pujolá Cp.ª*. | *Calle del Obispo número 121* | 1859.

Merced al gran crítico don Luis Ruiz Contreras, en quien la cortesanía y el saber van unidos, he podido examinar este libro de Zorrilla, hoy sumamente raro en España y en Cuba.

Publicóse el prospecto en el *Diario de la Marina* del 27 de Enero de 1859.

En el folletín de este periódico, con fecha 2 de Diciembre del año anterior, comenzó á publicarse *La flor de los recuerdos*, previa advertencia de que se reproduciría parte de lo inserto en el libro de Méjico. Se publicó la poesía *A Leila*; la carta *A Paz*, la *Historia de dos Rosas y dos Rosales*, la serenata á la Marquesa de la Habana, las leyendas *Una repetición de Losada* y *Las almas enamoradas*.

En el número de 12 de Febrero publicó también una serenata á don José de la Concha, marqués de la Habana.

Mi espíritu traía preñado de pesares,  
 Mi corazón escaso de inspiración y fe,  
 Y fui á llevar más lejos mi duelo y mis cantares,  
 Porque tus dulces horas acibarar no osé.

Por puertas y balcones brotaba tu palacio  
 Luz, música de danzas y ruido de festín:  
 Su luz y su armonía cruzar por el espacio  
 Sentí, de costa á costa, del mar hasta el confín.  
 Yo, dentro de mi alma, sobre la mar sonora  
 Sintiendo deslizarse mi raudo bergantín,  
 «¡Sé tú feliz! te dije: yo voy llorando ahora,  
 Mas volveré sin penas ó consolado al fin».

Y he vuelto: no sin penas, porque en la tierra el duelo  
 La herencia de los hombres desde que nacen es;  
 Mas vuelvo con alientos para elevar mi vuelo  
 A la región excelsa donde feliz te ves.  
 Yo vuelvo el homenaje que tributarte debo  
 De lejos á traerte, como español cortés;  
 Y vuelvo, porque á todo como español me atrevo,  
 A echar, en vez de flores, mis versos á tus pies.

Yo vengo de una tierra en donde todo sobra;  
 Mas todo yace estéril como en perdido Edén;  
 Allí de Dios en todo se ve la inmensa obra:  
 Pero se ve del hombre la obstinación también.  
 Allí nacieron todos para vivir felices  
 Y está por donde quiera desparramado el bien.  
 Yo adoro aquella tierra dó el bien dejó raíces:  
 Yo quiero á aquellas gentes porque en el mal se ven.

Sí: porque aquella tierra dó siempre se conspira,  
 Dó suenan confundidos las harpas y el cañón,  
 Los fêrvidos aplausos y el grito de la ira,  
 Dó engendra el nuevo triunfo la nueva rebelión,  
 Es tierra á la que el cielo con complacencia mira:

Y en medio de su eterna febril revolución,  
 El ámbar del deleite con su aire se respira...  
 ¡Un aire que del cielo trae *algo* al corazón!

La casa en que se mora, la luz con que se mira,  
 El suelo de inmarchita feraz vegetación,  
 Lenguaje, tradiciones, costumbres, todo inspira  
 Molicie, poesía, delirios y pasión.  
 Yo vengo de esa tierra donde de amor delira  
 En medio de combates entera una nación.  
 ¿Qué hacía allí un poeta? Allí colgué mi lira,  
 Porque el tumulto ahogaba de mi cantar el son.

La capital inquieta dejé, y otros parajes  
 En que para hoy recuerdos atesorar busqué:  
 Monté caballos como los de África salvajes  
 Y á Dios por los breñales buscando me lancé.  
 ¡Qué auríferas montañas, qué fértiles paisajes,  
 Qué cielo tan salubre, tan límpido encontré!  
 Jamás veré más ricos y espléndidos celajes:  
 Jamás tierra más bella donde habitar veré.

.....

Por eso traen las notas de mi garganta ahora  
 De sus extrañas aves el eco musical,  
 Y trae mi poesía, en otro tiempo mora,  
 El germen de ternura de un pueblo tropical.  
 Por eso en este libro te voy á dar, señora,  
 Recuerdos de aquel bello país original,  
 Y cuentos, impregnados de fe consoladora,  
 De amores infelices de origen ideal. (1)

Hay en el tomo algunas poesías sueltas (2); pero en su mayor parte está dedicado al cuento fantástico *Una repetición de Lo-*

(1) Se reimprimió este *Preludio*, con la *Serenata* que sigue, en la *Flor de los recuerdos*, pág. 357.

(2) A la página 157, y con fecha de *Méjico*, 1856, se halla la composición *A*

sada y á la *Historia de tres Ave Marias*. Bien será que recorramos brevemente uno y otra, ya que la rareza del libro permitirá su lectura á muy pocas personas.

Encabezado el cuento *Una repetición de Losada* con el verso de Dante —*Lasciate ogni speranza joh voi che intrate!*— conocemos en la introducción del primer capítulo á Luz, la protagonista:

Luz era un lirio que brotó en la Habana  
 más bien que una mujer. La llamo lirio,  
 no por satisfacer mi necia gana  
 de abrir mi narración con un delirio  
 de esos que con placer y audacia insana  
 los poetas románticos apilan  
 y á los clásicos viejos horripilan;  
 sino porque su rápida existencia,  
 el perfume de amor y poesía  
 que escalzaba (*sic*) de sí mientras vivía,  
 y de virtud la espiritual esencia  
 que dejó tras de sí, me dan derecho  
 de compararla aquí, como lo he hecho,  
 con un lirio, que es flor que dura un día,  
 y cuyo olor suavísimo embalsama  
 el campo por do el aura se derrama.

---

*Paz, en sus bodas*, reimpressa también en el *Album de un loco*. Igualmente figura, como ya se ha dicho, la carta *A Paz, desde la Habana* (pág. 160).

Hay una serenata *A Ana*, que años más tarde pasó casi íntegra á la introducción de la *Leyenda del Cid*, como dedicatoria á *Burgos*. Comienza con unas octavillas:

Niña hermosa, me preguntas  
 que quién soy, de dónde vengo,  
 dónde voy, y por qué tengo  
 lastimado el corazón;

que, salvo levísimas variaciones, son las mismas que se ven en las páginas VI-VIII de la *Leyenda*. Luego sigue la *Serenata*, escrita en seguidillas, que, sin variación ninguna, pero alteradas en orden, pasaron á la citada introducción de la *Leyenda*, págs. VI, IX, XII, XIV y XV.

El poeta pinta á Luz

con la gracia lánguida, hechicera,  
de las pálidas hijas de la Habana.

Luz, esmeradamente educada, conocía varios idiomas; era huérfana y rica. Por entonces llega á la capital de Cuba

un mancebo galán y cortesano,  
que en misión oficial la Soberana  
enviaba al continente americano.

Y era en verdad el mozo más cumplido  
y más gentil don Luis de Altamirano,  
que había á las Américas venido  
desde el paterno territorio hispano.

Altamirano era simpático y de excelente posición. Tenía 28 años y había viajado por muchos países, como agregado de varias legaciones. Luz se enamora de él, y bien pronto se arregla la boda. Y aquí se complace Zorrilla en aludir á su amigo el doctor Zambrana del siguiente modo:

...Entonces el doctor Zambrana  
que la fué á despedir por deferencia  
á Don Luis, que amó á Luz como una hermana,  
y que es hombre que ejerce con conciencia  
su profesión, que por sondar se afana  
los secretos más hondos de su ciencia  
y sin cesar doquier los escudriña,  
de su bote al saltar, dijo: «Esa niña  
hizo mal en casarse esta mañana:  
pero hace bien en irse de la Habana.

¿Por qué diría esto  
el buen doctor Zambrana?

Pasa ¡oh caro lector! á la otra llana  
y de una en otra lo verás muy presto.

Las referencias al relojero Losada, á quien principalmente quiere Zorrilla dedicar un recuerdo en este cuento, comienzan en el capítulo segundo. Así principia éste:

## LOSADA

CONSTRUCTOR CRONOMETRISTA.

CALLE DEL REGENTE, N. 181.

LONDRES.

Famosísimo es Losada  
 en la América española:  
 su firma es allí la sola  
 garantía de un reló.  
 Allí desde French abajo,  
 comparados con Losada,  
 son aprendices, y en nada  
 reló de ellos se estimó.

Losada es un gran mecánico  
 que adquirió inmenso renombre:  
 y, no obstante, vale el hombre  
 más que su reputación.  
 Aunque seco, cejijunto  
 y algo brusco en sus modales,  
 leal entre los leales  
 tiene de oro el corazón.

Ni pobre ni desdichado  
 llegó jamás á su puerta  
 a quien no le fuera abierta  
 de su corazón á par;  
 establecido entre ingleses,  
 jamás de española tierra  
 llegó ninguno á Inglaterra  
 que de él se pueda quejar.

Mi padre, ministro un día,  
 puso á precio su cabeza:  
 él con hidalga nobleza  
 salvó más tarde mi honor:

hoy, sin temor ni bajeza,  
del mundo á la faz lo digo:  
él es mi mejor amigo  
y no le tuve mejor.

Tal es Losada. Si un día  
llega este libro á sus manos,  
sobre esta página mía  
verterá llanto quizás.  
Este libro y esta historia  
podrá devorar el tiempo:  
mas de mi alma y mi memoria  
borrar su nombre, jamás. (1)

Losada—cuyo taller de relojería nos describe Zorrilla no muy poéticamente—recibe carta de Altamirano, escrita en París, y en la cual le dice que Luz está enferma de cuidado; que, por consejo de los médicos, se trasladará á suelo americano; y como se detendrá algún tiempo en Londres, ruega á Losada le busque una casita sana y tranquila. Losada, al leer esto,

«¡Pobre Luz! dijo; sin duda  
que algún espíritu malo  
me impulsó á hacerla el regalo  
de aquella repetición.  
¡Quién me dijera que habían  
de marcar sus minuterios  
los latidos postrimeros  
de su herido corazón!

«¡Ojalá la haya perdido:  
ojalá se la haya roto!»  
Y al elevar este voto  
Losada en su alma leal,  
sintió en ella el pesar vivo,  
ese pesar instintivo

(1) Recuérdese lo dicho en la pág. 175 de este tomo y en la 52 del 1.º.

que atribula al alma buena  
con la prevision del mal.

Porque es preciso que sepas,  
lector, que Losada es hombre  
que teme asociar su nombre  
con el ajeno do'or;  
y al hacer á algún amigo  
de un reló suyo la ofrenda,  
anhela que sea prenda  
de placer sólo y de amor.

Así que, cuando él á alguno  
un cronómetro regala,  
el voto que al darle exhala  
puede formularse así:  
«¡Plegue á Dios que los momentos  
que esa máquina te cuente,  
no marquen perpetuamente  
más que placer para tí!»

Y al buen Losada le pesa  
de que á quien uno regala,  
jamás una muerte mala  
le ponga en tribulación:  
pues cree que esas malas horas  
con su nombre unidas vienen  
¡Los grandes talentos tienen  
alguna superstición!

Todo ello se debía á que Losada «en una extrema-situación tendió la mano—á don Luis de Altamirano», y luego, cuando éste pasó de la Habana á Londres con su esposa, regaló á Luz una primorosa repetición. Temía Losada que este presente fuese acompañado del infortunio.

El matrimonio llega á Londres, donde ya Losada le tiene preparada una casa lindísima. El doctor John Lees ve á Luz, y

hace saber á Luis que su mujer no tiene salvación, con lo cual termina el capítulo tercero del cuento.

Tras de él va un apartado que se titula: *Entre capítulos.— Digresión loca de un poeta cuerdo*. Como no deja de ser curioso, agradará al lector conocer un fragmento:

Todo esto es ¡oh lector amabilísimo!  
 Triste hasta reventar, lastimosísimo,  
 Lúgubre hasta los tuétanos sin duda;  
 Y si el Dios de Israel piadosísimo  
 A los dos á la par no nos ayuda  
 Para escribir y leer esta obra mía,  
 (Sea dicho *inter nos* en paz y en calma)  
 Este va á ser un cuento pesadísimo,  
 Capaz de hacer dormir al medio día.

. . . . .  
 Me ocurre, pues, que en esta historia mía  
 No es, lector, lo más triste todavía  
 Que el cuento sea triste; lo más triste  
 Y lo que más en él se me resiste,  
 Es el género atroz de poesía,  
 Este género negro, alemanisco,  
 Como el cielo de Hamburgo nebuloso;  
 Como de origen montañés arisco,  
 Que cultivamos hoy los que escribimos  
 En un país risueño y delicioso  
 Y en el alegre siglo en que vivimos.

Hace ya algunos años  
 Que los poetas melencólicos  
 En lamentar los negocios desengaños,  
 Las penas, decepción, adversidades  
 Y otras noventa mil calamidades  
 Que, á decir la verdad, jamás sufrimos;  
 Y entonces, en estilo gemebundo,  
 Con aquellas sombrías necesidades  
 Apestamos al fin á todo el mundo.

Pasó aquella epidemia de miserias:  
Mas como fuimos siempre enciclopédicos  
Los poetas, entramos en materias  
Más graves, más científicas, más serias,  
Y hoy somos anatómicos y médicos;  
Nos dimos á estudiar el magnetismo,  
A la magia, á la ciencia cabalística  
De la adivinación y el mesmerismo;  
Y con vena estrambótica, humorística,  
Atropellando á veces la gramática,  
Fuimos á dar en la visión estática  
Y en el espiritual sonambulismo;  
Y logramos crear en prosa y verso  
Una literatura aereostática  
Y somnambulizar al universo.  
Y sino ahí están Bálsamo y Lorenza  
Con Gilberto y Andrea, con los cuales  
Partiendo un mismo asunto en tres ramales  
El buen papá Dumas hizo una trenza.  
Aquel género atroz, patibulario,  
Que murió en Buridán y la Lucrecia,  
Y que poco hoy nuestra inconstancia aprecia,  
Era al menos á veces divertido,  
Vestido al par de máscara y sudario;  
Porque con tanto salto y peripecia  
El atroz espectáculo era vario.  
Allí en medio de un drama funerario  
Podía aparecer algún bandido  
(Fuese de sociedad ó de montaña)  
Que rezara el rosario  
Y cantara la caña;  
Y después de uno que otro sacrilegio  
Venial, como ir con oro ó con lisonja  
A ganar la portera de un colegio  
Y á robarse del claustro alguna monja,

O envenenar en un convite regio  
A su madre con un enjuagatorio,  
En un vaso de agraz ó una toronja,  
Como Sancho García y Juan Tenorio,  
Ibase al fin el criminal muy serio  
A encerrar santamente á un monasterio;  
Si Dios no le llevaba de los santos  
Al excelso y divino consistorio,  
En donde en medio de eternas cantos  
Gozara su alma de eternal jolgorio.  
La cosa era moral, y cuando menos  
Al débil pecador daba la idea  
De que piadoso Dios para sí crea  
A los malos lo mismo que á los buenos.  
Esto hicimos ayer, y todavía  
Hay hoy quien lo haga por amor de escuela,  
Y esto es lo que yo hacía  
Y vogaba (*sic*) mi fama á toda vela;  
Y aunque me dicen hoy que esto á mi nombre  
Ha dado mucho brillo,  
Nadie puede impedirme que me asombre,  
Y de haber hecho tal me maravillo.  
El género llorón y melancólico,  
A lo menos en sí también tenía  
La ventaja que el clásico bucólico:  
Que cuando uno dormirse no podía,  
Nuestros versos tristísimos cojía (*sic*)  
Y pronto, á no impedírsele algún cólico,  
Con nuestros tristes versos se dormía.  
Aunque en verdad, lector, también es justo  
Decir que los que el género estropean,  
No son los que le inventan y le crean  
Con más ó menos perfección y gusto:  
Sino los que á través le manosean  
Con parodias y plagios que dan susto.

Ahí está Campoamor con sus *doloras*,  
Que no tienen de malo más que el nombre,  
Y que son á mi ver encantadoras  
Poesías, flexibles y sonoras  
Y que puede firmarlas el más hombre.  
Que él por extravagancia ó por capricho  
«Estas son mis *doloras*» haya dicho  
Y haya Doloras hecho,  
Fué una excentricidad, mas buen provecho;  
Puesto que buenas son, sean *doloras*,  
Y hágalas Campoamor á todas horas,  
Pero que haya poetas mentecatos  
Que se den y nos den tan malos ratos  
Por escribir *doloras* insensatas,  
Kásidas y africanas serenatas,  
Sin haber comprendido el mecanismo  
Oculto, la razón y el pensamiento  
De unas composiciones tan galanas  
Que Campoamor aun hoy guarda en sí mismo,  
Y sin saber el *crístus* del lenguaje,  
Del origen, las reglas ni el intento  
Con los que yo mis serenatas traje  
De los adoaes de África salvaje,  
Es cosa que tal vez á algún amigo  
De Campoamor y mío dé coraje,  
Pero á mí, que jamás me he dado prisa  
Para poner mis obras al abrigo  
De extraños ó rapaces reimpresores,  
En lugar de coraje me da risa.  
Y cuando en libro alguno ó en diario,  
De nosotros amigo ó enemigo,  
Encuentro una rapsodia de un plagiario,  
Leo, y al fin en mis adentros digo  
Riendo: «este poeta perdulario,  
Si al escribir *dolora* y *serenata*

Sobre esta literaria patarata,  
 Lo que es *do'ora* ó *serenata* sabe,  
 Que en la niña de un ojo me la clave»,  
 Lo cual quiere decir que no hay estilo  
 Ni género, sea inculto ó cortesano,  
 Que no pueda tejerse con buen hilo  
 Si cae en tejedor de buena mano:  
 Así como los géneros mejores  
 De impaciencia han de hacer sudar el quilo  
 En manos de plagiarios copiadores.  
 Pero este nuevo género sonámbulo  
 De Dumas padre, hijo y compañía  
 En que estamos metidos hoy en día,  
 Necesita en verdad algún preámbulo,  
 Antes de entrar de lleno  
 Sin saludar á Nasse ni á Galeno,  
 En tal curso de amor y anatomía.  
 Sabrás, lector querido, que el que quiere  
 Puede morir de amor, como se muere  
 De mal de corazón y pulmonía;  
 Y tal es hoy la literaria crisis:  
 Para morir en dramas y en novelas,  
 En lugar de morir de parálisis,  
 De cáncer, zaratán, hidropesía  
 O de otras semejantes vagatelas (*sic*),  
 Se mueren nuestros héroes de *tisis*.

Espaciáse Zorrilla hablando de la escuela de Dumas, que habla puesto en boga el *magnetismo* en literatura, y termina su digresión con estos versos:

Yo, pues, que como tanto rapsodista  
 Tengo á los otros que seguir la pista.  
 Y al público ofrecer obras en masa  
 Que parezcan cosecha de mi casa,  
 Y que, aunque no sean más, sean buenas

Para el que no conozca las ajenas,  
 Arrastrar me he dejado por la moda;  
 Y siendo en planes de obras económico  
 Pescar las de los otros me acomoda;  
 Y como tengo puntas de anatómico  
 Y soy un tanto cuanto terapéutico  
 Y un poco farmacéutico,  
 Me he procurado un caso de hemofisis  
 Para hacerte con él una leyenda  
 Que, si no te divierte, te sorprenda.  
 Conque ¡oh lector! apecha con la crisis.  
 Estamos en un siglo de invenciones:  
 No todas son felices, y ésta es una;  
 Mas mi pluma no sufre parálisis:  
 Hoy se encuentran las tisis en fortuna,  
 Y a'lá voy *yo también* con esta tisis.

En el capítulo cuarto —*El canto del Fénix*— vemos á Luz que mejora sensiblemente. Luis se atreve ya á recibir en su casa á varios artistas y literatos, y aun lleva á su mujer tres veces por semana á un palco proscenio de la Ópera. Era Luz una artista de corazón y apasionada por la música; mas el doctor la había prohibido en absoluto que cantase:

El canto era la fruta prohibida  
 Del jardín de su vida;  
 Abandonar el canto ó la existencia  
 De la mísera Luz era sentencia.

Cierta día Losada hace presentación á Luz del gran tenor Moriani:

Moriani ya no canta  
 En la escena, mas queda todavía  
 Voz en en el corazón y en la garganta  
 Del tenor de *Stradella* y de *Lucía*.

Luz y Moriani entablan conversación de viajes, y por último hablan de música. El tenor, acompañado al piano por Luz, can-

ta *Lucía*. Ella, al fin, emocionada por las notas de Donizetti, no puede resistir la tentación; y aunque Losada, allí presente, se opone á ello, Luz comienza á cantar con Moriani el famoso dúo:

Era el canto del Fénix que en la cumbre  
De la montaña ve sin pesadumbre  
Llegar su muerte: sus alientos mide,  
Y del último sol que le da lumbre  
Con su cantar postrero se despide.

Luz atacó con fe su última nota  
Y la dió limpia y con vigor herida;  
Mas, como fuente que el temblor agota,  
El vigor de su voz secó su vida.  
Tosió: de sangre cárdena una gota  
A su boca brotó descolorida,  
Y de sentido se plegó privada  
En brazos de Moriani y de Losada.

«¡Miserable de mí!» dijo éste al punto:  
«¡Bien decía el doctor: la culpa es mía!»  
Y pálido á su vez como un difunto  
De luz los broches con afán rompía;  
Moriani arrodillado de ella junto  
Trémulo de terror la sostenía:  
Pero su turbación cuanto más crece  
Su solícito afán más entorpece.

Sus vestidos al fin rasgó Losada,  
Y del corsé al tirar de la ballena,  
En el cuello de Luz, dos vueltas dada,  
De su repetición vió la cadena:  
La asió en la turbación que le enajena,  
Y su repetición sacó colgada  
De sus argollas de oro: Luz tenía  
Su regalo en su seno, y su existencia  
Por su infalible máquina medía.

Iba, pues, la hora extrema de su vida  
 Por su repetición á ser marcada:  
 Que era la idea atroz siempre temida  
 Por el alma aprensiva de Losada.  
 Quedó un instante el infeliz sombrío,  
 Su reló señalando con el dedo  
 Y a sí mismo diciéndose: «¡es el mío!»  
 Y en su esencia vital sintió del miedo  
 De la superstición correr el frío.

En el capítulo quinto —*Fin de tres mujeres*— Luz arrastra su enfermedad con alternativas varias. Al llegar Septiembre siente una mejoría leve y piensa en volver á Cuba, su patria. A Losada, describiendo con cariño el país cubano, se lo anuncia así, y le dice que doquiera ha de conservar su recuerdo, pues siempre lleva consigo la repetición, sin que ni un solo día se olvide de darla cuerda:

Porque muy supersticiosa  
 Soy, y á veces imagino  
 Que va unido mi destino  
 Con vuestra repetición.

Mientras su volante siento  
 De mi corazón encima,  
 Que su movimiento anima  
 Creo el de mi corazón.

Al ver que se acercan los últimos momentos de Luz, Luis Altamirano cuenta su novelesca historia al doctor Lees y á Losada. Su madre, víctima de los malos tratos de un esposo infame, había adquirido una tisis mortal. Al morir su padre, Luis no dedicó sus anhelos al cuidado de la que le dió el sér; fué, por el contrario, un mal hijo. Enamorado de una tiple, Almerinda, la sacrificó toda su fortuna. Cayó entonces enfermo, y al recobrar la salud, halló que Almerinda le había abandonado. Ciego marchó en su seguimiento, sin cuidarse para nada de su madre. Llegó á Nápoles; mató en desaffo á un rival, y, aunque tarde,

conoció las maldades de Almerinda. Entonces decidió consagrarse á su madre; pero, al regresar á sus lares, supo que la desdichada había muerto unos días antes. Y supo lo que antes de su muerte había ocurrido:

Dejó escapar de su vida  
 Por las pesadumbres rota,  
 De hiel una amarga gota...  
 ¡Y sobre mí la vertió!  
 Mi madre dijo impaciente:  
 «¡Permita Dios que esa infame  
 Y cuantas mujeres ame  
 Mueran como muero yo!»

Dios la escuchó, y á su fallo  
 Es forzoso que me rinda.  
 Así se murió Almerinda  
 Y así Luz se morirá.  
 ¿No es el momento oportuno  
 De traerlo á la memoria?  
 ¿El misterio de mi historia  
 Habéis comprendido ya?

Abre Luis la ventana; Luz, á la impresión del viento, exhala el último suspiro. Luis, horrorizado, pierde el juicio.

Acudió á Don Luis el médico,  
 Y acercándose Losada  
 Á Luz, al cuello colgada  
 La halló su repetición.

Teníala entre sus manos  
 Enclavijadas asida,  
 Y con ellas comprimida  
 Encima del corazón.

Sacóselo, y con asombro  
 Vió que se había parado  
 Cuando Luz había expirado.  
 Notar se lo hizo á John Lees,

Y éste dijo: «¿quién acierta  
 Los juicios de Dios? Parada  
 La repetición, Luz muerta,  
 Y... ¡mirad!... loco Don Luis.

En el capítulo sexto—*Las siete*—Losada construye un reloj primoroso Representaba una catedral gótica; en el muro se veía una fuente de nácar, que ostentaba en el frontis un retrato de Luz En la torre hallábase la famosa repetición. Cuando el artificio estuvo terminado, viósele funcionar maravillosamente. Al llegar el horario á las siete, sonaron las correspondientes campanadas; en seguida voltearon las campanas de oro del chapitel y dentro del templo resonó la salmodia *de profundis*:

Cesó todo el sonido de repente;  
 Se abrió la torre de marfil crujiendo  
 Y desde ella sus alas extendiendo  
 La Muerte se lanzó, sobre la fuente,  
 El retrato y el templo lentamente  
 Un velo negro de crespón tendiendo;  
 Quedando en vez del templo y la pintura  
 Un cementerio frío y solitario,  
 Y de contemplación por so o objeto,  
 Sentado en una aislada sepultura,  
 De la desnuda muerte el esqueleto  
 Mal envuelto en los pliegues de un sudario.  
 El efecto del cuadro era completo:  
 Mas faltaba lo más extraordinario.  
 Del centro de aquel túmulo, el oído  
 Y el corazón llenando de pavora,  
 Salió un hondo y trisísimos gemido  
 Que abrió á su son la eternidad oscura.  
 Era el gemido lúgubre y profundo,  
 Era la temerosa última queja  
 De un alma triste de mujer, que deja  
 Su amante corazón muerto en el mundo

Y de su muerto corazón se aleja.  
 Era el último ¡ay! que oyó Losada  
 Lanzar del pecho á Luz cuando á la fría  
 Impresión de la ráfaga moría:  
 Cuya impresión mortal él todavía  
 Siente en su corazón como una espada.  
 Él en su corazón conserva impresa  
 La triste voz de Luz en su agonía,  
 Y así lo fiel de su memoria expresa  
 En aquella obra de arte, monumento  
 Que á Luz Losada consagrado había:  
 Ofrenda del dolor y del talento.

Losada y el doctor quieren probar si Luis, en presencia de esta maravillosa máquina, recobra el juicio. Le llevan, en efecto, y todo lo ve sin dar señales de impresionarse.

Mas al oír el lúgubre gemido  
 De Luz, asió la caja de repente  
 Y diciéndole en cólera encendido:  
 «¡Miserable juglar, tú la mataste:  
 Muere, pues, por la voz que la robaste!»  
 A Losada cogió desprevenido  
 Y con la caja le asestó derecho,  
 Con las hercúleas fuerzas de un demente,  
 Golpe mortal en la mitad del pecho.  
 Cayó hacia atrás Losada: y con la frente  
 Bañada de sudor, abrió los ojos,  
 Miró en redor... y se encontró en su lecho.  
 ¡Del sueño cuanto vió fueron antojos!

#### CONCLUSIÓN

Y este afanoso sueño rechazando,  
 Dijo un día Losada despertando:  
 «¡Válgame Dios! ¡qué historia tan horrenda!  
 ¡Gracias que no fué más que pesadilla!  
 Mas tengo de contársela á Zorrilla

Para que de ella escriba una leyenda.»  
 Y Zorrilla, en memoria de Losada,  
 La leyenda escribió por él soñada. (1)

Por este extracto se habrá comprendido que el cuento no es una obra maestra, ni mucho menos. Domina en todo él un lamentable prosaísmo, y en cuanto al asunto, que no pasa de ser un capricho del poeta, se desenvuelve en forma un tanto deslavada.

Algo parecido puede decirse de la *Historia de tres Ave Marías*. Ya se recordará que en 1853 publicó Zorrilla en los *Cuentos de un loco* un cuento diabólico titulado *Maese Adán y su hija*. Este mismo cuento, algo aumentado, es el que constituye la *Historia de tres Ave Marías*.

Sin duda á esto obedecen las siguientes palabras, que se leen al frente: «Prólogo del autor.—Nada de lo que tuvo principio dejará de tener fin. He venido á las Américas expresamente para poner los puntos sobre las íes.» Parece, á primera vista, que estas palabras encierran algún misterio; pero como no es posible ver relación ninguna entre la vida de Zorrilla y la de Maese Adán, debe creerse que sólo intentó expresar, aunque en forma un tanto extraña, su propósito de poner remate á las obras que en España había comenzado.

La idea que sugiere esta historia, es que Zorrilla tuvo á la vista para el asunto alguna novela española del siglo xvii. El comienzo recuerda inmediatamente al de *La Gitanilla*. La pintura que Zorrilla hace de Aurora, es muy parecida á la que Cervantes hace de Preciosa. Junto al puente de Triana luce Aurora sus habilidades en el canto, mientras la vigila su padre, Adán, á quien Zorrilla rodea de sombrío misterio. Aurora canta una serenata que se ha hecho famosa:

Yo soy Aurora—la gitanilla  
 á quien adora—toda Sevilla;

(1) Al pie, esta fecha: Habana, Febrero 3 de 1859.

yo, con mi oculta—ciencia gitana,  
soy pájaro en Sevilla,  
flor en Triana...

Cierto galán pone un anillo en el platillo de Aurora, y en seguida otro caballero, con capa de grana, deposita una onza. Al ver á este último, la gitana lanza un grito de espanto.

El galán primero—don Félix—consigue, en cambio, enamorar á Aurora. En una barca llega hasta las ventanas de su amada, y allí entona una serenata que también ha alcanzado notoriedad:

Búcaro fresco—lleno de flores,  
jarrón chinesco—lleno de aromas,  
fuente escondida—de ruiseñores,  
sombra querida—de las palomas,  
ídolo casto—de mis amores,  
si oyes mis quejas,  
¿por quién me dejas  
que no te asomas?...

Aurora se asoma, en efecto, y habla con el galán. Apróximase otra barca cuyos tripulantes llevan propósito de matar á don Félix; danle alcance, y metiéndole en una red le arrojan al agua. En aquella barca iba el caballero de la capa de grana. Por fortuna, maese Adán llega en aquella sazón, y pone en salvo á don Félix.

Es curioso el capítulo tercero, titulado así: *En el cual es cuestión del espejo de Cornelio Agripa de Nethsseim, y de cómo un hombre que murió, sigue viviendo*. Maese Adán propone á don Félix que cambie de nombre y se una con él, ofreciéndole patrocinar sus amores. Para casarse con Aurora, sin embargo, era necesario que matara á un hombre, en venganza de un horrible delito. Cierta día—dice maese Adán—caminaba con su hija Aurora, cuando los sorprendieron dos hombres; le áronlos, no sin que antes le maniataran á él, en un carruaje, y al cabo de cierto tiempo los volvieron al mismo sitio. Aurora volvía deshonrada. Don Félix, al oír esta historia, acepta el encargo de dar muerte al infame, y habla de este modo con Maese Adán:

MAESE. ¿Sabéis que el alemán Agripa  
debió felicidad, oro y fortuna  
á una encantada veneciana luna  
sobre la cual aparecer debía  
la persona evocada, viva ó muerta,  
que el que le consultaba ver quería?

D. FÉL. Es una historia apócrifa.

MAESE. Es muy cierta.  
Yo poseo ese espejo: si se atreve  
á arrostrar el efecto de un conjuro  
vuestro valor, en él os aseguro  
que á quien llaméis aparecerse debe.

Lo hacen, en efecto, y en la clara luna del espejo surge la imagen del caballero de la capa de grana. D. Félix pierde el sentido.

Después de cinco días de delirio, D. Félix recobra la razón. Aurora le hace saber que su padre consiente en la boda; que le adoptará como hijo y luego marcharán los tres á vivir ignorados en una hacienda que maese Adán poseía, lejos de Sevilla. Oye D. Félix confirmada la deshonra de Aurora de labios de ella misma; y al ver que la historia no era, como suponía, producto del delirio, sufre otro desmayo.

Hasta aquí alcanzó la historia en los *Cuentos de un loco*. En la continuación de la Habana, vemos cómo D. Félix se une á la tribu gitanesca; resuelve, al fin, casarse con Aurora,

y un buen día ardió Triana  
de día en fiestas y de noche en fuegos,  
y con placer de todos en la plaza  
sobre un tablado el cántaro rompieron,  
cuyos pedazos marcan cuántos años  
ha de durar su unión.

Zorrilla hace de maese Adán un personaje diabólico, que llevaba alguna finalidad oculta, y que parecía magnetizar á don Félix cuando le miraba, y le quitaba la memoria ó se la desvanecía á su antojo. Tal lo observamos especialmente en el capí-

tulo quinto, titulado así: *De cómo el mismo hombre que siguió viviendo después de morir, continuó siendo soltero después de casarse.*

Maese Adán deja á don Félix y á Aurora en la habitación nupcial. Después de haber pasado la noche en castos coloquios, los esposos se disponen á ocupar el lecho; pero á la vez, y como obedeciendo á oculto mandato, ambos inician la misma acción:

Los dos en un punto mismo  
se pusieron de rodillas,  
en los brazos de sus sillas  
apoyándose á la par:  
y á un mismo tiempo sacando  
un relicario del pecho,  
cada uno á un lado del lecho  
se pusieron á rezar.

Á un mismo tiempo se hincaron  
y el relicario sacaron:  
el mismo tiempo emplearon  
entrambos en su oración;  
y precisión tan extraña  
en su acorde movimiento  
de ponerse en pie al momento.  
llamó de ambos la atención.

Entran en explicaciones, y vienen á saber que ambos aprendieron esta costumbre de su madre. Aurora no era gitana. De muy niña habfanla adoptado los gitanos, y el único recuerdo que conservaba de su madre era precisamente el de esta oración. Enseñóla, pues, á rezar todas las noches, advirtiéndole que había de hacerlo conforme á una tradición de familia, que había librado á todos sus individuos de graves peligros:

Y á esta costumbre, que es casi  
En nuestra familia un voto,  
Y que nadie en ella ha roto  
Desde que á hablar empezó,

Debemos que en ella nadie  
Haya en el crimen caído:  
Desdichados hemos sido,  
pero criminales no.

D. FÉL. Espera ¿Con la plegaria  
Que dices todos los días  
Rezas tres Ave Marías  
Al dormir y al despertar?

AUR. Sí.

D. FÉL. El relicario que atado  
Traes al cuello ¿tiene á un lado  
Un Lignum Crucis y al otro  
Una Virgen del Pilar?

AUR. Sí.

D. FÉL. ¿No tienes una marca  
Grabada en tu hombro derecho?

AUR. Sí: una cruz.

D. FÉL. Yo te la he hecho:  
Mira un relicario igual  
Al tuyo.

AUR. ¿Quién te le ha dado?

D. FÉL. Mi madre, como á ti un día  
La tuya.

AUR. ¡Virgen María!  
Tú eres ..

D. FÉL. Tu hermano carnal.

AUR. ¡Mi hermano!

D. FÉL. ¡Es horrenda historia!

AUR. Cuéntamela

D. FÉL. Antes, hermana,  
A la Virgen Soberana  
Que por nosotros veló,  
Demos las gracias; ante ella  
Oremos arrodillados;

Nos hizo desventurados,  
Pero criminales no.

—

Postráronse ambos hermanos  
Junto á su lecho de hinojos,  
Las lágrimas en los ojos,  
La dicha en el corazón:  
Y como el primer perfume  
De dos lirios que abre Mayo,  
Del sol en el primer rayo  
Subió al cielo la oración.

No llegamos á oír la historia horrenda que don Félix promete contar á su hermana, porque con los últimos versos copiados termina el cuento de Zorrilla, que es, ni más ni menos, un folletín en verso. Y aunque más adelante se acordó nuevamente de la *Historia de tres Ave Marías*, nunca llegó á terminarla.

Bien se ve que Zorrilla escribió descuidada y precipitadamente en su retiro de la hacienda cubana. Difícil sería reconocer al poeta romántico de otros años á la vista de aquellas historias incoherentes, compuestas en versos vulgares.

También apareció en un tomo la leyenda *Dos Rosas y dos Rosales* (1) Inserta ya esta leyenda en el tomo de México de *La flor de los recuerdos*, aparecía ahora aumentada con la segunda parte, que llevaba este título: *Las almas enamoradas Historia de la segunda Rosa. Drama-leyenda* (2).

Esta segunda parte nada tiene que ver con la primera, sino es porque los Rosales en ella protagonistas son descendientes

(1) *Dos Rosas y dos Rosales. Leyenda en dos partes por don José Zorrilla. Habana: Imprenta del Diario de la Marina, 1859.*

Mi querido amigo el gran escritor cubano don José A. Rodríguez García, director de *Cuba Intelectual*, me ha obsequiado con un ejemplar de este libro. Por ello, y por las notas que me ha facilitado sobre las poesías de Zorrilla insertas en el *Diario de la Marina*, he de testificarle mi agradecimiento.

(2) Esta historia de *Las almas enamoradas* se volvió á publicar, suelta, en Barcelona, 1868.

del Doctor Rosales. La acción, que en aquélla transcurre por los siglos de los Austrias, se trasladada aquí á la época contemporánea.

Inferior es por su mérito á la primera, aunque revela más cuidado que *La flor de los recuerdos*, nacida á la par. Juega en ella el resorte, tan utilizado por novelistas y poetas, y por el mismo Zorrilla en *Un año y un día*, del plazo fijado por dos amantes para su enlace, y las perfidias con que un rival burla la fidelidad de uno y otro. Es simpática la pintura de don Carlos—á quien Zorrilla quiere presentarnos como sér real—, y no admira que, una vez en el castillo de su tío, ocurra lo que ocurre:

Este don Carlos tan gentil, tan grave,  
 amable tan sin par, nacido en Lima  
 y educado en París, hijo del clima  
 ardiente de la América, y que sabe  
 cuanto en sus años juveniles cabe;  
 tan lleno de entusiasta idealismo,  
 á quien tan fiero corazón anima,  
 que con tan honda fe fía en sí mismo,  
 que tiene ya, aunque huérfano y tan joven,  
 ideas tan seguras y tan latas  
 del mundo; que de Schubert y Beethoven,  
 de Kalbrenner y Listz toca sonatas,  
 que en siete lenguas habla y en tres rima;  
 que, siendo bachiller en ciencias y artes,  
 y profesor de equitación y esgrima,  
 puede hablar y lucir en todas partes  
 y conquistarse universal estima;  
 este intruso sultán que en un estío  
 pudo hacer que en el alma de su tío  
 nuevo carácter su presencia imprima,  
 que se hizo respetar con su aire frío,  
 de su avarienta fía, y nuevo sesgo  
 dando á las cosas de la casa, íntima

con todos á la vez, ¿no corre el riesgo  
de deslumbrar el alma de su prima  
y de inspirarla una pasión de fuego  
que puede sólo Dios apagar luego?

Bien paga el otro primo, D. Juan, las infamias con que impide la dicha de los dos enamorados, y el lector ingenuo y apacible sólo lamentará que no pueda arreglarse el asunto por hallarse casada á Rosa, no ya con D. Juan, sino con Dios.

Alguna comezón hormigueaba á Zorrilla por aquel entonces contra la Academia Española, porque en los comienzos de la leyenda, y sin venir muy de propósito, intercaló los versos siguientes:

Preciso es confesar de cualquier modo  
que esta manera clásica y pesada  
de contar, es, lector, la verdadera,  
que todas las demás no alcanzan un codo  
de ésta en comparación, ni valen nada;  
porque aunque es infantil, impertinente  
y soñolienta, al fin es la manera  
que está por la Academia sancionada;  
y la Academia al fin lo sabe todo,  
porque es sin duda alguna omnisapiente.  
Así que yo, que en su saber me fundo,  
y que debo tener por la Academia  
un respeto muy cándido y profundo,  
pues no temo decir una blasfemia  
que en el reino de Dios entrar me impida  
diciendo que por ser un vagabundo  
he tenido el placer de ser en vida  
el solo ex-académico del mundo,  
me he resuelto á tomar sus buenos modos  
para escribir desde hoy mis libros todos <sup>(1)</sup>

(1) Zorrilla conservó estos versos al reimprimir *Las almas enamoradas* en 1868.

Ex-académico era, en efecto, Zorrilla; pero mal supondría entonces que, pasados muchos años, había de entrar nuevamente en la Academia, como propietario de un sillón.

\* \* \*

Favorecían á Zorrilla Isidoro Lira y los banqueros Bustamante, Romero y Compañía; dábale generosa hospitalidad en su cafetal el opulento Calvo; distingúfale con su amistad y afecto el Capitán general de la isla: no obstante, deseaba marchar de Cuba. Acabó de decidirle una carta recibida de Francia, la cual —dice él— «concluyó de aislarne de la sociedad, dejándome sobre la tierra solo y sin afección alguna de corazón, amarrado á un lazo que Dios sólo podía romper y cargado con las deudas de mi casa». ¿Qué le notificaban en aquella carta? ¿El casamiento de *Leila* ó la muerte de su hija? Acaso ambas cosas á la vez. Lo cierto es que se creyó privado de todo consuelo sobre la tierra. «Nada —dice— me ligaba ya por amor á la raza humana, nada me interesaba por cariño en el universo, nada me retenía apegado á la vida, y la más completa indiferencia por ella y por mi reputación enfrió mi espíritu, entorpeció mi inteligencia y comenzó á nulificar mi personalidad... Gastado, empequeñecido, reducido á mí mismo en estrechísimo círculo social, concluí por cobrar aversión á mis versos y á mi pasado; y deseoso de librarme de los que por mi bien se interesaban, sin cuidarme de mi deber ni de mi fama, volví con Aynslie á la capital, le mandé que preparara los equipajes, me despedí de los marqueses de la Habana y anuncié á los Bustamante y Romero el 13 de marzo del 59 (1) que en su viaje del 16 partiría con su vapor *Méjico* para aquella república.»

En efecto, Zorrilla, con su inseparable Aynslie, partió en el *Méjico*. Con él iban cuatro generales mejicanos—Rómulo Díaz de la Vega, Wolf, Severo del Castillo y otro cuyo nombre no nos

(1) «Del 69», dicen por error los *Recuerdos*.

dice Zorrilla — que llevaban ánimo de reconquistar la capital y el mando con el presidente Miramón. La navegación, pues, se hizo agradable, entre variadas conversaciones remojadas con Sillery.

Haré gracia al lector de las detalladas noticias que en los *Recuerdos del tiempo viejo* puede encontrar sobre el arribo de Zorrilla á Méjico y acontecimientos subsiguientes. Zorrilla, que era un observador muy hábil y exponía sus observaciones con mucha transparencia y amenidad, menudea sus comentarios sobre la situación de Méjico y cuenta al pormenor algunos de los episodios de su vida en aquel país. Yo me limitaré á referirlos como en extracto, para dar paso á otros no conocidos.

Arribaron á Veracruz el 22 ó 23 de Marzo. Los cuatro generales desembarcaron, y Zorrilla, no obstante los ruegos de aquéllos, que veían un peligro en su determinación, se pasó al buque de guerra español *Berenguela*, con ánimo de tomar tierra por Boca del Río y marchar á caballo hasta Orizaba.

Don Juan Bautista Topete, el bravo marino, que era comandante de aquella fragata, alojó en su cámara á Zorrilla. Esperaba éste presenciar, como todos los tripulantes del buque, el bombardeo de la ciudad por Miramón, no lejos de ella acampado; pero en vez de ser así, supieron al cuarto día que aquel general levantaba su campo. Más tarde conocieron la causa de esto, que al pronto no tenía explicación: esperaba Miramón la llegada de un barco norteamericano, que había de llevarle dinero, municiones y proyectiles, y el barco no llegó.

Zorrilla y Aynslie tomaron tierra por Boca del Río en una lancha pescadora; ajustaron por 6.000 reales el viaje hasta La Soledad, en un *guayín* ó carricoche, y forzando la marcha embarcáronse en el campamento de Miramón, donde fueron recibidos con júbilo por los generales del Méjico. A la mañana siguiente, los hombres de Miramón continuaron su marcha — mejor retirada — y con ellos Zorrilla y Aynslie, no sin que éste, revólver en mano, obligase al dueño del *guayín* á llevarlos hasta Orizaba para justificar de algún modo el abusivo alquiler que por tan mísero carruaje les cobraba.

Zorrilla y Aynslie, pues, acompañaron á las tropas en su retirada, que no dejó de ser difícil y penosa. En Orizaba esperaban las fuerzas de Robles Pezuela y José Cobos, español este último, amigo de Zorrilla. En un caballo de Cobos siguió Zorrilla su viaje hasta Méjico. Despidióse Cobos en Puebla, y á Méjico llegaron el poeta y su fiel Aynslie «tostados por el sol y por el viento, y embarrados hasta las cejas.» Un coche esperaba á Zorrilla para llevarle á la quinta de San Ángel.

Bella es la descripción que hace Zorrilla de la quinta de San Ángel, donde tenía su alojamiento. Situada á tres leguas de la capital, los vecinos del inmediato pueblo de San Ángel llamábanla *La Haciendilla*; mas su primer poseedor, vascongado, sin duda, la bautizó con el nombre de Goicochea (casa de arriba). Había sufrido recientes y notables reformas. «Consistía—dice Zorrilla—en una casa de dos patios y de dos pisos, un jardín, una huerta de media legua de extensión, cercada de tapias, conteniendo diez y siete mil pies de diversos frutales, y unos terrenos de magueyal adyacentes. El piso bajo, que formaba el primer patio, era una fábrica avanzada, cubierta de espaciosas azoteas con vistas á Oriente; su segundo piso se elevaba solo sobre su fábrica posterior, con balcones al Poniente sobre el jardín y la huerta, y con ventanas enrejadas al Oriente sobre las azoteas ó terrados. Puesta al arranque de la subida del monte de las Cruces, respaldada por las faldas de la Sierra-Madré, y recogiendo las aguas de sus vertientes, la haciendita era un oasis de frescura y salubridad. Desde sus avanzadas azoteas se veía todo el encantador panorama del valle de Méjico, cuya capital, de blanco y rojo caserío, dentellado de agudos campanarios, se destacaba sobre el fondo azulado de las catorce leguas de agua de las lagunas de Chalco y de Tezcoco, como las ciudades de marfil que labran los chinos en esas maravillosas cajas, en las cuales nos envían los comerciantes de Cantón un abanico de sándalo ó un pañuelo de nipi de inconcebible valor.»

La habitación de Zorrilla estaba en una especie de torrecilla en el piso segundo. Su mobiliario, por oponerse el poeta á ma-

yores lujos, era modesto. «Componían éste—dice—una mesa grandísima y un doble armario de la forma de los modernos *entredoses*, sobre cuyos armarios y mesa tenía yo los 74 tomos de Walter Scott, una biblia latina, un korán árabe, unos tratados de antigua alquimia y demonología, un diccionario de Domínguez, dos escopetas y un revólver de bolsillo.» Item más, un lavabo regalado por Agustín Aynslie.

Tenía el aposento un balcón al Poniente, que era «un balcón del paraíso.» Bajo él se abría un jardín, bordado de espesas plantas y variadas flores. Revoloteaban por él cientos de pajarillos de los llamados *salta-pared*, que trasponían el abierto balcón del poeta y jugueteaban sobre libros y papeles.

De nuevo se vió Zorrilla en esta grata mansión, después de su baldío viaje á la Habana. Pudo otra vez recrearse en el encanto de sus flores y entablar secreta conversación con sus pájaros.

No había transcurrido mucho tiempo desde su regreso, cuando le acaeció un desagradable incidente. Había dejado en Goicochea un caballo negro de su propiedad, que por la falta de ejercicio había engordado desmesuradamente. Montó en él cierto día y con forzada lentitud se trasladó á la ciudad. Apenas había entrado en la casa donde solía alojarse, cuando se le presentó el dependiente de una librería, con una cuenta de trescientos y pico de pesos: era el importe de las últimas entregas de su libro *La flor de los recuerdos*.

Habían costado la impresión de esta obra el conde de la Cortina, Manuel Madrid y el doctor Sanchiz. Dice Zorrilla que el librero no había rendido aún cuentas, y que el importe de la suscripción excedía con mucho de aquella cantidad. Devolvió, pues, la factura, diciendo al dependiente que mientras él no pidiera cuentas no tenían por qué pedírselas á él.

Dos días después, Zorrilla se vió sorprendido con una cita judicial para celebrar juicio de conciliación sobre pago de aquella suma, aumentada con una mitad más. Llamó á Aynslie, le dió sus papeles y le encargó que se las entendiera en el juicio. La

cosa era clara: los 700 nombres que aparecían en el libro de suscripciones de la capital, suponían un ingreso de 2.500 duros; el librero pedía 500, luego aún podía Zorrilla reclamarle 2.000, más la cuenta de los ejemplares enviados á provincias y la exhibición de la existencia en almacén.

El librero resultó condenado, y hubo de llegar á una transacción. Mas he aquí que á los pocos días se presentó á Zorrilla el doctor Sanchiz, y le dijo que su conducta le tenía indignado; que el librero en cuestión se hallaba bajo un grave ataque bilioso y fijamente moría «por la afrenta y la estafa» que él—Zorrilla—le había hecho; y que, en consecuencia, desde aquel momento le retiraba su amistad. Zorrilla, para justificarse, le hizo ver los documentos de que Aynslie era depositario; mas no sabemos si después de ello subsistieron las antiguas relaciones entre el poeta y el doctor.

Mientras Zorrilla pasaba el tiempo en su torrecilla de Goicochea, los acontecimientos políticos avanzaban con la velocidad y el ímpetu que suelen llevar en tierra mejicana. A principios de Marzo de 1860 Miramón intentó un nuevo ataque contra Veracruz. Rechazado en el primer asalto, bombardeó la ciudad desde el día 13 hasta el 21, en que levantó el sitio. Desde este punto, la fortuna vuelve continuamente las espaldas á Miramón. El cuerpo diplomático suspendió con él toda relación oficial, mientras el Gobierno de los Estados Unidos reconocía á Juárez como presidente de la república.

Así las cosas, se anunció que llegaba á Méjico el embajador de España don Juan Francisco Pacheco. El día 26 de Septiembre de 1859 habíase firmado en París el tratado Mon-Almonte, aceptado por Miramón, pero rechazado por Juárez como «injusto en su esencia, extraño á los usos de las naciones por los principios que establecía, ilegítimo por la manera con que fué ajustado y contrario á los derechos de la República mejicana.» El gobierno español creyó conveniente á la ejecución del tratado crear una embajada, y eligió para su desempeño al autor de los *Estudios de derecho penal*.

El día 24 de Mayo, en la misma fragata *Berenguela* que había acogido á Zorrilla algunos meses antes, llegó Pacheco á Veracruz. Desembarcó, acompañado por la oficialidad de la *Berenguela*, entre un gentío numeroso, sin que Juárez, dueño de la ciudad, pusiera el menor obstáculo; lejos de eso, hizo que le acompañaran hasta Plan del Río un coronel y veinte hombres de sus fuerzas. Pacheco, predispuesto en favor de Miramón y considerando á Juárez como insurgente, creyó que no debía presentarse á éste en su calidad de embajador, y siguió su camino á Méjico.

El viaje fué triunfal. El cañón saludaba su paso en todas las capitales, las campanas tañían á vuelo y la muchedumbre aclamaba á Pacheco y sus acompañantes. Al entrar en Méjico, el entusiasmo llegó al colmo. «A distancia de tres leguas —dice el mismo Pacheco— nos aguardaban, no sólo todos los españoles residentes en esta capital con el cónsul á su cabeza, y que son algunos centenares, unos en coches y otros á caballo, sino una diputación de lo más distinguido que encierra Méjico, y en la que se contaban un obispo, varios ex-ministros, generales, magistrados de la corte suprema, etc. Hiciéronme entrar con algunos de ellos en un coche que habían preparado, y comenzó, por decirlo así, una recepción triunfal. El camino hasta Méjico estaba cubierto de carruajes, de caballos, de pueblo. Los vivas á España se sucedían constantemente: la concurrencia llegaba á embarazar el tránsito. Ya en las inmediaciones de la ciudad lo solemne del recibimiento llegó al término posible. Esperábanme coches del Gobierno: el subsecretario de Relaciones (de Estado), para acompañarme; un general á la cabeza de dos escuadrones, para darme escolta de honor. Así, en medio de salvas y de vivas, he entrado en Méjico» (1).

Zorrilla dice que Pacheco fué en Méjico durante unos días un personaje de *Las mil y una noches*. «Los periódicos religiosos —escribe— llenaron sus columnas de biografías y encomios

---

(1) Comunicación oficial al Ministro de Estado

del embajador, y los libreros no perdieron esta ocasión de embadurnar las esquinas con carteles anunciadores de las obras del famoso jurisconsulto, y hasta los criados de mi huésped y los de sus amigos, sabiendo que yo tenía la dicha de conocerle, me decían en su mimoso, expresivo y familiar lenguaje: «¡Ay, niño; á ver si este señor nos arregla por fin!»... Nadie — agrega — llegó con más autoridad á tierra extranjera: los españoles del comercio le habían preparado un suntuoso banquete en la casa-palacio donde le alojó el Gobierno, y á él habían sido convidados los ministros, los banqueros, el cuerpo diplomático y cuantos españoles notables en la capital se encontraban.»

Zorrilla había de tener un especial contento por la llegada de su antiguo y cariñoso amigo el autor de *Alfredo*. Fué Pacheco quien, con Donoso Cortés y Nicomedes Pastor Díaz, había patrocinado su candidatura de académico frente á la de D. José Joaquín de Mora; él logró días después que la Academia le eligiera por aclamación en la vacante de D. Alberto Lista; él, en fin, le había favorecido siempre con sus atenciones y consejos. Su llegada, pues, había de serle grata.

En su carruaje ligero de caballos canelos, guarnecidos á la europea, salió Zorrilla al camino mezclado entre la multitud. Vióle Pacheco y le saludó «con la cordial alegría de un padre que vuelve á dar en país lejano y tras largo tiempo con un hijo pródigo á quien creía ya para siempre perdido.» Hablaron después brevemente en la casa destinada á alojamiento de Pacheco, y quedaron citados para departir largo y tendido al siguiente día.

Zorrilla expuso á Pacheco la situación del país según su leal saber y entender. Díjole que había hecho mal en no presentarse diplomáticamente á Juárez en Veracruz; que el Gobierno de Miramón no estaba asegurado, ni mucho menos, y que debía rodearse, en fin, de toda la autoridad y prestigio exterior, para conservar la aureola que le había circundado á su llegada.

Pacheco siguió en días sucesivos sus operaciones diplomáticas, aunque prescindiendo demasiado, á juicio de Zorrilla, de

la etiqueta oficial. Habían entretanto organizado las damas aristocráticas de Méjico una función en el teatro Nacional á beneficio de los pobres. Tomaron á su propio cargo el desempeño de papeles, y encargaron á Zorrilla de dirigir y ensayar *El Trovador*, de Verdi, y de pedir, en una composición *ad hoc*, el óbolo del público. Verificóse la función el día 18 de julio (1860), y de ella escribe Zorrilla: «¡Noche deliciosa! Un recuerdo de luz, flores, armonía, lujo mundano y caridad espléndida, en medio de los tristes y oscuros de mis pesares; una de las mil una noches, de cuyo fantástico relato quedan en mi memoria, y en las efemérides de aquel año, las imágenes y los nombres de la preciosa niña González Bossero; que, azucena apenas abierta al soplo de las auras de su décimosexto Abril, hizo una Azucena que trascendía aromas de juventud á través del oscuro afeitte y los harapos de la gitana, robadora del Trovador; y la de la señorita Peralta, que recorrió después los teatros de España, Italia y Viena, derramando placer en los corazones y recogiendo flores con que tejerse en su patria una corona inmarcesible.»

Zorrilla hizo una recaudación crecidísima, después de leer su poesía *Los pobres*, que termina con la siguiente galantería á las damas mejicanas:

A vosotras, del valle mejicano  
 hijas alegres, de su edén florido  
 blancas hurfes, que la noble mano  
 habéis al pobre, á nuestra voz, tendido;  
 que á su tesoro con afán cristiano  
 vuestro óbolo á traer habéis venido,  
 yo os dejo en estos rústicos renglones  
 de los pobres de Dios las bendiciones.

Y ¡ojalá que al mandato de mi acento  
 el universo humilde obedeciera!  
 Y ¡ojála que la esencia de mi aliento,  
 suave como calor de primavera,  
 grata como la música del viento,

la de algún genio del Oriente fuera,  
para alumbrar vuestra futura huella  
con la alma luz de la mejor estrella!

Y ¡ojalá que desde hoy hasta el postrero  
día en que os dé calor la luz del mundo,  
queden como recuerdo lisonjero  
grabados de vuestra alma en lo profundo,  
los cantares del pájaro extranjero,  
las trovas del poeta vagabundo,  
que osa venir, sin títulos mejores,  
á echar á vuestros pies versos y flores! (1).

El día 22 de Agosto hizo Pacheco entrega de las credenciales al general Miramón. El acto fué también solemne. El embajador español pronunció un discurso sobrio y discreto, y el presidente contestó en otro de tonos mesurados que terminaba así: «Quiera el cielo favorecer mis leales intenciones y escuchar los votos del digno representante de la augusta soberana de España, á fin de que, desterrada la discordia civil, restablecido el orden y consolidado el Gobierno, se aseguren para siempre la independencia y soberanía de la nación mejicana.»

Y, sin embargo, ni el acto era muy oportuno, ni la situación de Pacheco muy airosa. Las tropas de Miramón marchaban de tropiezo en tropiezo y, con la excepción de la capital, Guadalajara y Puebla, todo Méjico se había declarado ya por Juárez.

Pasaron algunos meses, en que Pacheco se convencería de que no era posible sostener á su patrocinado Miramón. El día 6 de Noviembre fué derrotado en Guadalajara el general Márquez, y el propio Miramón corrió tal suerte en San Miguel de Capu-

---

(1) Inserta en el *Album de un loco*, pág. 149.

Por entonces —no conozco la fecha exacta— debió de leer Zorrilla otras dos poesías; una en el Teatro Nacional, en honor del actor mejicano Antonio Castro, y otra en el Colegio Nacional de San Juan de Letrán y Comendadores Juristas de San Ramón, con motivo de la distribución de premios. Ambas figuran también en el *Album de un loco*, págs. 137 y 173.

lapan el día 22 de Diciembre. Cundió el espanto entre los *religioneros*, y las tropas victoriosas se encaminaron á la capital. Pero para conocimiento de lo que sucedió, es preciso leer el pintoresco relato de Zorrilla:

«La intervención de los embajadores tuvo mal éxito con González Ortega; el general Berriozábal y los extranjeros que se armaron, velaron toda la noche, y al amanecer del 25 comenzaron á entrar en la capital las avanzadas de los constitucionales, las blusas rojas de Aureliano Rivera. Ortega, general en jefe, Zaragoza, cuartel-maestre, y Santos Degollado, se apresuraron á entrar tras ellos para evitar desastres, pero por pronto que este último acudió á la imprenta y redacción del *Diario de Avisos*, periódico reaccionario que contra él se había ensañado, no pudo evitar el asesinato de su propietario, Vicente Segura Argüelles, joven aún y muy conocido en los círculos literarios mejicanos. El general constitucionalista impidió que se ultrajara su cadáver, y el sentimiento que por tan desventurado suceso manifestó, le atrajo la simpatía universal.

»Los generales hicieron repicar las campanas hasta la puesta del sol, como se había hecho á la vuelta de Miramón, y dispersaron á cintarazos algunos grupos que increpaban á las monjas, cuyos esquilones permanecían mudos. Dieron un bando que condenaba á ser pasados por las armas, sin más procedimiento judicial, á los que robaran el más mínimo objeto de pertenencia ajena, y fueron fusilados tres en la plaza de Santo Domingo, siete en la de San Pablo, y dos amanecieron el 6 colgados en los faroles de la Plaza, con un cartel al pecho que decía: «Por ladrones». Se publicaron entre salvas de artillería las leyes llamadas de la reforma, expedidas por el Gobierno juarista de Veracruz, la tolerancia de cultos, excomunión de regulares, *refundición* de las monjas, nacionalización de los bienes eclesiásticos y celebración del matrimonio civil.

»El Arzobispo publicó una circular declarando á éste concubinato; y mientras el santo prelado protestaba, fueron llegando los ministros de Juárez, Melchor Ocampo é Ignacio Llave, y el

Se oyeron solemnemente misa las tropas, con la formación y músicas prescritas por la ordenanza. El 1.º de enero del 61 hizo su triunfal entrada el ejército federal por medio de las calles, colgadas y enfloradas, é interrumpidas con arcos de triunfo. Más de seis horas duró el paso por ellas de la comitiva más numerosa que tras sí había llevado en Méjico la bandera tricolor, y transcurrió aquella noche entre iluminaciones, bailes y serenatas.

«El nuevo Gobierno, haciendo oídos de mercader á protestas y reclamaciones, estableció la absoluta independencia de la Iglesia y el Estado, prohibió todo culto exterior, el derecho de asilo de los templos, la asistencia oficial de los empleados civiles á los actos religiosos, la salida del Viático con campanilla y luces, el juramento, etc., etc., etc., y destituyó, en fin, á todos los empleados del Gobierno anterior, de los cuales decía desdeñosamente *El Siglo XIX*, periódico dirigido por Zarco, después ministro de Juárez: «Apenas ha habido quien oiga los clamores del hambre de esas pobres gentes que nada valen, pero que han contribuído á nuestros males tan pasivamente como los tinteros y las plumas de las oficinas.»

«El que esto escribe se paseaba por Méjico, y á veces con el embajador D. Joaquín Pacheco, que veía con asombro realizarse tan tranquilamente en un país católico tan radical revolución; y yendo y viniendo de la quinta de Goicochea á la ciudad, y de ésta á aquella, sin que nadie le frunciera el entrecejo ni por español ni por poeta religioso y católico; y yendo y viniendo nuestro embajador á visitar señoras desde San Cosme á la ciudad, y desde la ciudad á San Cosme, se nos vino encima desde Veracruz el mismísimo presidente Juárez, que llegó á Guadalupe el 10, y después de ser allí recibido por el Ilmo. señor Pardío, su particular amigo, hizo su entrada oficial el 11, organizó definitivamente su ministerio, y aquí fué Troya. El 12 desterró de la república, en el término de ocho días, al embajador de España, á los ministros plenipotenciarios de Guatemala y del Ecuador, y al Nuncio apostólico, Mons. Luigi Clementi, quien andaba,

según el vulgo, muy bien hallado en aquel país católico, apostólico y romano, derramando á manos llenas gracias, indulgencias y privilegios á cambio de derechos establecidos y de ofrendas piadosas de devotos creyentes y de opulentas devotas. *Vox populi...* que puede errar, á pesar de la mitad no escrita de este proverbio latino.

»Quedóse absorto mi buen maestro y protector, el famoso jurisconsulto don Joaquín Francisco Pacheco, al recibir la orden de Juárez á su nombre de bautismo, sin tratamiento alguno de embajador, de cuyo alto carácter había venido investido; pero ésta era consecuencia de haber pasado por Veracruz, sede presidencial de Juárez, como D. J. F. Pacheco, embajador de Miramón, presidente de la capital.

»Pacheco no tuvo tiempo de exponer su embajada á Miramón, porque éste tuvo que fugarse, y Juárez no se la quiso oír porque suponía que era para Miramón. Hubo, pues, que tomarlo á broma, y haciendo las maletas, fuimos sus amigos á despedirle, y partió nuestro embajador en el mismo carruaje con Mons. Clementi, y tras él partieron asimismo desterrados el señor Arzobispo y varios prelados y canónigos que, más ó menos voluntariamente, le acompañaron, y dícese que no fué muy cariñosa la recepción que les hizo el pueblo de Veracruz, instigado por un italiano que dirigió al Nuncio en su rica lengua patria un discurso imposible de ser reproducido por el más hábil taquígrafo, ni traducido por el mejor profesor de ambas lenguas.»

Las circunstancias, como se ve, eran poco propicias para la poesía. De una nota inserta en el *Album de un loco* dedúcese, sin embargo, que Zorrilla estaba publicando por esta fecha, en forma de periódico semanal, el poema *La Inteligencia*, unido acaso á otras poesías bajo el mismo expresado título de *Album de un loco*.

Bien porque semejante estado de cosas invitara muy poco á permanecer en la capital y sus proximidades, bien por razones de carácter más íntimo, Zorrilla no quiso continuar por entonces en la finca de Goicochea. Había desistido ya, por creerlo im-

practicable, del negocio de correos imaginado por Cagigas, y que los banqueros Bustamante y Romero, de la Habana, estaban dispuestos á establecer; véase sin la compañía de Portilla, desterrado en los Estados Unidos, de Manuel Madrid, ausente también de la capital, y del doctor Sanchiz, entregado á negocios tan ajenos á su profesión como el abastecimiento de pescado de mar en la capital: sin nada que le retuviera, cierto día tomó el camino de los Llanos de Apam, juntamente con un criado francés, llamado Próspero, y con sus dos caballos canelos (1).

\* \* \*

Zorrilla recibía mensualmente 250 pesos que le pasaba Isidoro Lira, director del *Diario de la Marina*, de la Habana, y algunas cantidades que Bustamante y Romero le enviaban, bajo pretexto de imaginarias comisiones. Con esto, con la generosidad de sus hospedadores, y con algunas deudas que iba adquiriendo, Zorrilla se arreglaba bien ó mal.

En todo caso, la situación no era muy halagadora. La temporada que pasó Zorrilla en los Llanos de Apam, debió de ser una de las más tristes de su vida. «Tenía yo, pues, en Méjico, por la época que voy recordando—escribe—, lo que he tenido siempre después, el vacío del corazón, ocasionado por la pérdida de lo único que había mantenido mi existencia y alimentado mi poesía: la fe; y extinguida ésta, ¿qué quedaba de mí, que no había nunca tenido más? En mi mesa no había ya tintero, ni á la cabecera de mi cama un libro; el espíritu dormía, la inteligencia funcionaba pero no producía, y el cuerpo vivía, pero no gozaba de la vida. A las seis de la mañana me iba á matar conejos para almorzar; á las once ardillas para comer, y á las cinco de la tarde tórtolas para cenar; mi criado francés, que era profesor en la ciencia

---

(1) Nos dice Zorrilla que había adquirido estos caballos de un mercader español llamado Huijosa, quien se los dió por cinco mil reales, pagados en dos plazos, cinco días antes de quebrar.

culinaria, se ocupaba de la cocina, y yo de mi escopeta, y á las nueve nos acostábamos.»

Y, sin embargo, en los Llanos de Apam estaba ahora la mujer amada del poeta, aquella á quien desde la Habana había escrito su apasionada epístola poética. Dejó Zorrilla un poema inédito—*La mejicana y el árabe*—, donde, discretamente velados, nos da á conocer los peregrinos sucesos de tales amores, siquiera, para mayor disimulo, no se presente como protagonista, sino como testigo (1). Recorran los lectores en pocas líneas el asunto de *La mejicana y el árabe*.

*El autor* está en Méjico, alojado en la hacienda de los Reyes;

(1) En los *Recuerdos del tiempo viejo* (t. 3.º, pág. 121 dice así, refiriéndose á este poema: «... un viejo libro que pensé publicar un día, y que hoy pienso dejar póstumo, porque me he propuesto no escribir ni publicar más versos en un tiempo y en un país en que ya los hace hasta el más humilde anunciante.»

De este poema entresacó la *Cabalgata* y el *Jarabe* que leyó en el Ateneo (1877) y que publicó en las *Lecturas*, así como los versos que insertó en el citado tomo 3.º de los *Recuerdos*, pág. 122.

Guarda el original, incompleto, de *La mejicana y el árabe*, la señora viuda de D. Mariano Fernández Cubas, á la cual estoy muy agradecido por la amabilidad con que me ha facilitado el examen de los numerosos papeles que de Zorrilla posee.

Está contenido en una carpeta de cartón, donde se lee, en letra autógrafa: *Manuscritos inéditos.—Borradores (Núm. 12.) 1863.—La mejicana y el árabe.*

Debió de publicarse en Méjico el anuncio, ó acaso alguna entrega, de este poema; porque entre los citados papeles figura una hoja que lleva pegado en el centro un recorte impreso, que dice así en letras titulares:

LA  
MEXICANA Y EL ÁRABE

*¡Honni soit qui mal y pense!*

También en 1877 debió de pensar en la preparación de un libro donde figuraba esta leyenda. Entre los borradores que conserva la citada señora viuda de Fernández Cubas, figuran tres hojas en folio, encabezadas así: *ACHARELAS Y PAISAJES.—I. Los dos ingleses de Luz. Leyenda en tres capítulos, por José Zorrilla (Agosto 1877).*»

En la segunda hoja se ve una dedicatoria á D.<sup>a</sup> Carmen Aragón de Azlor, Condesa de Guaquí, Duquesa de Villahermosa.

próxima á ésta se halla la de Luz Merás. Llega á aquellos lugares un extranjero—el árabe Abu-Said—, que al conocer á la hermosa campirana queda preso en las redes de amor. Luz era viuda de un rico inglés, á quien por puro agradecimiento—había sacado á sus padres de un grave apuro—, otorgó su mano. Dejó este inglés un hermano, el cual ahora solicitaba reiteradamente de matrimonio á su cuñada, utilizando como armas para sus fines un importante crédito que contra ella tenía.

Leemos, pues, una *Carta del incógnito á la Campirana*, en que Abu-Said hace saber á Luz Merás que le habían llevado á una hacienda vecina de la suya, y que desde el punto y hora en que la vió, padecía los suplicios de amor. En otra *Carta de la Campirana al incógnito*, contesta Luz afectuosamente y le da gratas esperanzas:

De que, al verte, mi ventana  
no alzo yo, me reconviene:  
mas por ella pues que vienes  
debo hacerte yo advertir  
que, en la tierra mexicana,  
las señoras de mi estado  
no en la reja, en el estrado  
es donde han de recibir.

En tu casa hay un poeta  
español á quien yo aprecio;  
ni eres corto, ni él es necio:  
de introductor le irá bien  
el papel; sin etiqueta,  
amigo de ambos, nos trata;  
tengo una fiesta inmediata  
en mi hacienda; con él ven.

Y cuando en mi casa entres  
por la puerta como amigo,  
no habrá reja, ni postigo

ni cortina entre los dos;  
 y doquiera que me encuentres  
 verás, libres de crespones,  
 revelarte mis facciones  
 el placer del alma.—Adiós.

En una *Carta del Extranjero al autor*, descubre aquél á éste su amor y le ruega que le lleve á la presencia de Luz:

Pues de una de estas casitas  
 al pie de un cerrillo puesta  
 como una garza cansada  
 acostada entre la yerba;  
 de una de las alquerías  
 de estas llanuras, es dueña  
 la mejicana enlutada  
 que tiene mi alma presa.

. . . . .

Desde entonces, de mi vida  
 es la ocupación perpetua  
 ir y venir sin descanso  
 de mi hospedaje á su hacienda;  
 pasar bajo sus ventanas,  
 ocultarme en la maleza  
 para espiar de su casa  
 los terrados y las puertas,  
 acechar su sombra móvil  
 á traves de las vidrieras;  
 admirarla si se asoma,  
 seguirla si se pasea;  
 contar sus pasos, si sale,  
 besar de su pie las huellas,  
 escuchar de su voz dulce  
 las melodiosas cadencias,  
 ó el son de su larga ropa  
 que agita al andar la yerba,

ó el ruido de su abanico  
 que sin cesar abre y cierra;  
 y cuando de los jarales  
 entre las matas espesas  
 pasa á mi lado sin verme,  
 yo al sentirla de mí cerca,  
 aspiro á pulmones llenos  
 con una delicia inmensa  
 el olor de que sus ropas  
 el aire impregnado dejan.

En el capítulo IV, titulado *Jarabe y jarana*, se hallan los versos de la *Cabalgata* y el *Jarabe mejicano* que leyó en el Ateneo de Madrid (1877), así como los que insertó en los *Recuerdos* (t. 3.º, pág. 122). Es muy movida la descripción de la gira que la cabalgata hizo

al rancho que se llamaba  
 de San Juan de los Guisaches,  
 dentro de la hacienda misma,  
 mas de la hacienda distante.

Cuando están en la fiesta, llega un *coyote* con su gente; mas no llevaba intentos hostiles:

Venfan de paz: el jefe  
 traía con Luz negocios  
 y venía á presentarla  
 un hermano de su esposo.

Le acompañaba, en efecto, el inglés, cuñado de Luz. La fiesta duró cinco días, porque en Méjico, dice, todos los días son fiesta:

Hijo de España ¡oh buen hijo!  
 mes y medio de reposo  
 y diez y medio de fiesta  
 por año... como nosotros.  
 ¡Viva la Virgen y el Papa!  
 Dios da ochocientos por ocho:

¡gloria á Dios! ÉL guarda el campo,  
y el trigo se viene solo.

Las tierras de España y Méjico  
están por Santiago Apóstol,  
la Virgen de Guadalupe  
y otras, para sus devotos  
guardadas; y á los que dejan  
por rezar de arar sus cotos,  
como á San Isidro, á arárselos  
van los Ángeles Custodios.

El inglés tenía contra Luz un crédito de cerca de medio millón. Así viene á saberlo Abu-Said:

ABU-SAID. Sois de Luz acreedor,  
según pude colegir  
de breve conversación  
con ella.

SMITH. Si ella os lo ha dicho  
obligado yo no estoy  
al secreto. Su marido  
era mi hermano mayor  
y de él heredo los créditos,  
sean en contra ó en pro.

ABU-SAID. Tenéis, pues, contra Luz uno.

SMITH. De casi medio millón.

ABU-SAID. Yo os pago.

SMITH. ¿Cuándo?

ABU-SAID. Ahora.

SMITH. ¿Cómo?

ABU-SAID. En un vale al portador.

SMITH. ¿Contra qué razón social  
ó Banco?

ABU-SAID. A vuestra elección.

SMITH. ¿Aquí en Méjico?

ABU-SAID. Ó en Londres,

ó en París, ó en Nueva York,  
ó en Madrid ó en la India inglesa,  
donde os convenga mejor.

¡Y sería capaz Zorrilla, á quien evidentemente encubre Abu-Said, de ofrecerse á hacer semejante pago! Verdad es que luego habla de casarse con Luz; cosa que sin duda estaba dispuesto á hacer nuestro poeta... cuando enviudara.

Smith está dispuesto á perdonar la deuda á Luz, á cambio de su mano, y para ello señala un plazo. Así las cosas, llegan á la finca los *mochos*, mandados por los generales Andrade y Cobos, y los del coyote tienen que huir (1). Luz ruega á Abu-Said que se retire, mientras que Smith permanece en la hacienda:

---

(1) En esta ocasión ocurrió sin duda el hecho que Zorrilla refiere del siguiente modo:

«Otro jefe juarista con Cobos irreconciliable, fué más tarde sorprendido por éste en la hacienda; apenas si aquél y los suyos tuvieron tiempo de salvarse en la montaña á uña de caballo, y con varios suyos quedó su mujer en aquel caserío. La guerra estaba horriblemente envenenada; los odios de partido cegaban á los partidarios en sus venganzas. Cobos ¡Dios le perdone tan mala idea! pensó en apoderarse de aquella mujer, á quien los dueños de la casa habían encerrado en mi aposento al inesperado arribo de Cobos. Éste me pidió la llave de aquel cuarto, único que le quedaba por registrar; yo sentí en la cara el frío del miedo y de la vergüenza.

»—¡Vamos!—exclamó Cobos, contraído el semblante y los ojos chispeantes de ira.

«Él era un hombre fornido, aunque pequeño, y yo he sido siempre débil y nunca hombre de pelea; él podría ahogarme entre sus brazos sin más esfuerzo que el necesario para ahogar á un pollo, y subí con él á mi cámara, que estaba en el piso alto de la casa. Llegados ante la puerta, saqué la llave de mi bolsillo y díjele cerrándole el paso:

»—Aquí hay una mujer; ambos somos españoles; yo tendré algún día que escribir lo que aquí pase, y siempre habrá deshonra para alguien en mi relato; para mí sobre todo, ó por no haberme dejado matar, ó por no matar á un español que me deshonrará á mí al deshonrar á una mujer á quien ni uno ni otro conocemos.

»Cobos no levantó los ojos; volvió en silencio la espalda, bajó cejijunto

- Luz. Id, pues, y esperad en calma  
que yo os escriba
- A. SAID. ¿Dónde?
- Luz. Id  
á Reyes, en donde está  
vuestro colega el poeta  
castellano.
- A SAID. ¿Con completa  
confianza?
- Luz. Sí
- A. SAID. ¿Y allá  
me escribiréis?
- Luz. Sí
- A SAID. ¿Cuándo?
- Luz. Hoy
- A SAID. ¿Hoy?
- Luz. Antes de anoecer.
- A. SAID. ¿Para volveros á ver?
- Luz. Sí: é idos ya.
- A. SAID. Ya me voy

El administrador de Luz entrega una carta de ésta á lord Smith.

El inglés, la carta echándose  
en el bolsillo, tomó  
el sombrero y dijo: «vamos  
á vernos con Luz» — El son  
de los coches que salían  
de la casa, estremeció  
su fábrica; los tambores  
tocaron á formación  
y el inglés dijo: «¿qué es eso?»

el caracol, y al entrar en el salón donde la familia y sus jefes nos esperaban, dijo:

«—No hay nadie aquí: hemos llegado tarde; que toquen botasilla, y vámonos.»  
(*Recuerdos del tiempo viejo*, t. 2.º, pág. 297.)

ADMOR. Que se van todos.

SMT. ¿Y yo  
me quedo aquí solo?

ADMOR. Es claro:  
la casa es vuestra, Milord.  
Y en efecto, cómo se iban  
vió el inglés por el balcón  
Luz, con su escolta, hacia Méjico,  
y hacia Apam la expedición.

Entretanto en la hacienda de Reyes, donde estaba Abu-Said, todos se disponfan á partir:

EL AUTOR. Atiende.  
Los chinacos sobre Méjico  
por sur y norte se vienen;  
de Veracruz ha salido  
ya Juárez: el presidente  
Miramón sale de Méjico  
contra ellos, y parece  
que en su primera batalla  
va á encontrar su Guadalete.

A. SAID Pero, hombre, ya antes de darla  
¿quién lo sabe?

EL AUTOR Es evidente.  
Aquí no debe el Gobierno  
vencer jamás: es de ene.  
Nuestro embajador Pacheco  
la erró, pues, redondamente  
reconociéndole á él  
y no á Juárez, que es quien vence:  
y nosotros emprendemos  
la de Xenofonte ante éste.

Parece que, en efecto, Luz marchó á Méjico, mientras Zorrilla quedó en la hacienda de los Reyes. Y antes y después los dos amantes se vieron en la ciudad, y en los Llanos de Apam, y aun

parece que en San Angel. «Cultivó demasiado íntimamente—me escriben de Méjico, con referencia á este episodio—la amistad de una opulenta dama».

Zorrilla se apasionó por estos amores, ó al menos lo aparentó. En una *Carta del árabe á la mejicana* (1) extrema el ardor de sus expresiones, como mozalbete que canta su primer amor:

En vano á la soledad  
de los campos me retiro,  
porque sin tregua suspiro  
por volver á la ciudad.

Pongo en vano entre los dos  
resuelto tiempo y distancia:  
vence á mi afán mi constancia;  
vuela mi alma de tí en pos.

En vano mis manuscritos  
mi ingenio á aumentar se aplica:  
tu nombre se multiplica  
nada más en mis escritos.

Del numen en las centellas  
tú sola ya luz arrojas:  
aunque emborrono hojas y hojas  
no hay más que tu nombre en ellas.

Mi estro, tan feraz un día,  
aunque á mí mismo me asombre  
no sabe hoy más que en tu nombre  
ir á buscar poesía.

Y en mi lengua y corazón  
tan esculpido le llevo,  
que sin querer se le elevo  
á Dios entre mi oración.

Jamás le podré olvidar:  
cuando mi tumba se me abra,

(1) Entre los autógrafos que poseen las señoras de Arimón.

será la última palabra  
que pronuncie al espirar.

.....  
Yo te iba en silencio á ver;  
dejábaste tú admirar,  
pues tú misma de tu altar  
quisiste al fin descender.  
Un día en que frente á ti  
me admitiste complaciente,  
el diálogo de repente  
conmigo entablaste así:  
—¿Me amas?

—Sí

—¿Por qué estás triste?

—Porque como á un Dios te adoro.

—¿Qué te parezco?

—Un tesoro.

—Pues tuyo es... y me le diste.

.....  
Ángel de amor que en la tierra  
mis pasos errantes guía;  
faro en cuya luz se encierra  
la de la esperanza mía:  
tú eres mi única ilusión,  
tú mi solo porvenir,  
la vida que hace latir  
mi cansado corazón;  
tú de mi existencia dueño,  
mi sociedad, mi familia,  
llenas toda mi vigilia  
y encantas todo mi sueño.

Delicia de mi existencia,  
mi bien, mi orgullo, mi gloria;  
mi alimento es tu presencia,  
mi nutrición tu memoria.

Desprecio gloria y placeres  
y nada del mundo espero;  
mas vivir con ansia quiero  
sólo porque tú me quieres.

Vivir sin dejar de oír  
tu voz un solo momento;  
vivir bebiendo en tu aliento  
la existencia hasta morir.

Tal vez llegará un instante  
en que por Dios desunidos,  
uno para otro perdidos,  
Dios entre ambos se levante.

¿Quién contra Dios? Tú quizás  
que me olvides podrá ser;  
yo podré tu amor perder,  
pero tú el mío jamás.

Pues como una religión  
conservará mi pasión  
hasta mi último momento,  
tu nombre en mi pensamiento,  
tu amor en mi corazón...

Sólo unos meses debió de estar Zorrilla esta vez en la hacienda de los Reyes. Luego se volvió á San Angel, tal vez con el propósito de aproximarse á Luz. Verdad es que desde San Angel siguió haciendo frecuentes viajes, como sus hospedadores de Goicochea, á los Llanos de Apam (1).

En 1861 comenzó á reimprimir los *Cuentos de un loco*; pero el intento no debió de pasar adelante (2). En cambio, en abril del

(1) V. *Recuerdos del tiempo viejo*, t. 3.º, pág. 120-129.

(2) Sólo he visto una hoja de portada, en 4.º mayor, de mala impresión y papel, que dice así: *Cuentos | de un loco | por | Don José Zorrilla. | México | Tipografía de Juan Abadiano | Escalerillas núm. 13. | 1861.*

En el reverso se lee la siguiente advertencia: «En 1853 empezaron á publicarse en Europa los *Cuentos de un loco*, de cuya publicación no llegaron á esta república más que algunas entregas. Posteriormente saltó á luz en el folletín

siguiente año se estrenó en el teatro Principal, de Barcelona, una zarzuela de nuestro poeta, música del maestro D. Gabriel Balart, titulada *Amor y arte* (1). Está tomada de *Dos Rosas y dos Rosales*, de la cual conserva algunas tiradas de versos. Zorrilla —porque no cabe duda en que fué él quien puso los cantables— dió entrada á la parte lírica con no poca habilidad (2).

Con sus pájaros y sus flores, Zorrilla veía pasar los días en la hacienda de Goicochea. Los días de fiesta solían ir á la finca distinguidas muchachas de la ciudad, «y veían y saludaban en aquel balcón al poeta hurraño que esquivaba su sociedad, mirán-

---

del *Heraldo* la primera parte de uno de estos cuentos, bajo el título de *Historia de tres Ave Marías*: mas al cesar de publicarse dicho periódico hace tres años, quedó pendiente la relación de este cuento. Hoy se empieza á repartir á los suscriptores á este album la colección completa de los CUENTOS DE UN LOCO, con la introducción primitiva publicada en 1853, que faltaba á la leyenda única que de la colección debía de haber sido impresa en el *Heraldo*. Esta primera parte de los CUENTOS DE UN LOCO contendrá los siguientes:

- 1.º *Historia de tres Ave Marías*, cuento diabólico.
- 2.º *Fortuna al juego*, cuento mexicano.
- 3.º *El juramento de la mulata*, leyenda cubana.»

En el *Heraldo* no he visto la *Historia de tres Ave Marías*. De todos modos, no pudo publicarse en 1858, como da á entender Zorrilla, porque aquel periódico desapareció en julio de 1854.

(1) *Amor y Arte*. | *Zarzuela en tres actos* | *original de Don José Zorrilla* | *música del Mtro. Don Gabriel Balart*. | *Representada por primera vez* | *en el teatro Principal de Barcelona en* | *Abril de 1862*. | *Barcelona*: | *Establecimiento Tipográfico de D. Narciso Ramírez* | *calle de Escudillers, n.º 40*. | *1862*.

(2) Uno de los números musicales está formado por la conocida poesía *Las Golondrinas*, pero abreviada y con una nota que dice así: «El compositor ha tenido á bien para la unidad de su composición musical, acortar esta canción, así como suprimir la *Serenata* que canta D. Juan, y otros pequeños trozos; pero no se ha creído oportuno cortar ningún verso de los escritos por el señor Zorrilla, y todos se han impreso.»

El compositor D. Gabriel Balart nació en Barcelona en 1824 y estudió en París. De él dice Saldoni: «Regresado á su patria en 1852, ha compuesto algunas piezas de música vocal é instrumental, siendo aquéllas del género de la zarzuela, distinguiéndose entre todas la titulada *Amor y arte*.»

dole, como las figuras móviles de una linterna mágica, pasar entre el ruido de las risas y la música por bajo de aquel enflorado balcón.»

También él iba con frecuencia á la ciudad, donde, entre otras amistades, tenía la del doctor francés Clement Solía asistir á sus reuniones, y aun le servía de ayudante en las difíciles operaciones quirúrgicas que practicaba. De una nos habla Zorrilla realmente tremenda (1).

Estas aficiones á la medicina le hacían ser muy útil en la finca de Goicochea. Prestaba sus servicios médicos en ésta el doctor catalán D. José María Tort; y como la familia del propietario era larga, y numerosa la servidumbre, cuando las enfermedades arreciaban se hacía difícil la asistencia. El doctor dejaba sus instrucciones á Zorrilla, y éste asistía á los indios en sus chozas y á los campesinos en sus rancherías, sin que le asustara el peligro del contagio ni la índole de los padecimientos, «que tenían algunas veces dice - funesto desenlace, entre las oraciones y los brazos de un buen fraile francisco, capellán de la casa desde su exclaustación.» También al tocar en los *Recuerdos* este punto nos da á conocer una escena horripilante (2).

En el alma del poeta no se extinguía la pena, y á poco que se medite podrá comprenderse la causa. Lejos de su patria, sin bienes de fortuna, falto del calor de la gloria que le rodeara en sus años de vida social, veía el presente tenebroso y el porvenir no muy despejado. «Y en aquel aposento--decía, andando el tiempo, á D. José de Letamendi—, aislado del ruido y de la alegría de aquella rica y bulliciosa familia, pasé yo cuatro años largos, mi querido Pepe, y una vida muy distinta de la que el vulgo de allá y de acá suponían: una existencia ahitada de deleites de Capua; extranjero tolerado en una tierra casi enemiga de España, desterrado voluntario de ésta en busca de una muerte que creí segura en aquélla, encerrando en mi corazón hondos pesares, que aún

(1) *Recuerdos*, t. 3.º, pág. 108.

(2) T. 3.º, pág. 116.

me atormentan, y en mi cerebro amarguísimas memorias, que nunca se borrarán de la mía. ¡Cuántas veces, apechado en la baranda de aquel balcón orlado de clemátidas y de bignonias, perfumado por los jazmines, las magnolias, los cactus y los huele-de-noche, entre aquel pedazo de florida tierra y aquel girón de estrellado cielo, he pasado largas horas con los ojos arrasados de lágrimas, esperando que atravesara bajando del cielo aquel ámbito de salubre atmósfera, el ángel silencioso de la muerte, mientras el son de la música, el rumor del baile y las palabras de los brindis llegaban á mis oídos desde los salones y el comedor de aquella alegre casa, en donde yo solo era extranjero y yo solo era mirado por mi reputación como un pájaro extraño, arrojado por el viento de una tormenta á aquella región, que no era la suya!» (1).

Parece que entre los mismos españoles establecidos en Méjico, la extraña vida de Zorrilla daba lugar á conjeturas y suposiciones. Llamaba la atención que permaneciera un año y otro año alejado de su patria, sin relacionarse apenas con ella; crefase tal vez que, con detrimento del amor patrio, trataba por cualquier medio de atraerse las simpatías de los mejicanos. Por otra parte, doña Matilde O'Reilly no dejaba de enviar á tierra mejicana quejas durísimas de su marido. Mandó cartas, según parece, al conde de la Cortina, al embajador Zayas y á otras personas. La indignación de la abandonada esposa, alcanzaba á Zorrilla en su apartado retiro.

En 1865 dió Zorrilla á la estampa un opúsculo con su poesía *Dios*, leída en el Casino Español de Méjico (2). No fué ésta la última lectura que dió en aquel benemérito centro.

\* \* \*

(1) *Recuerdos*, t. 3.º, pág. 113.

(2) *Dios* | *Composición leída en el Casino español* | por | Don José Zorrilla. | Méjico. | *Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante.* | 1863.

Es la poesía inserta en el *Album de un loco*, pág. 345, con el título de *Al Ateo*.

El escenario político de Méjico se veía tan movido como de ordinario, y ahora con la presencia de figuras extrañas al país. Dueño Juárez del poder, no se mostró muy dispuesto á cumplir el tratado Mon-Almónte, por el cual la república de Méjico había de pagar á España una crecida indemnización. Súpose que Francia é Inglaterra se preparaban á llevar sus armas á Méjico, y el Gobierno español reclamó su intervención. En 7 de Septiembre de 1861 se acordó por las tres potencias una acción común, y en consecuencia el gobierno de España dió órdenes al general Gasset, capitán general de Cuba, para que llevase á efecto una expedición.

En 31 de Octubre del mismo año firmaron aquellas tres naciones el tratado de Londres, encaminado á obtener de Méjico una satisfacción por las ofensas inferidas y el pago de las cantidades adeudadas. Napoleón III, sin embargo, iba más allá: quería establecer en Méjico un Gobierno impuesto por Europa.

Como el general Gasset, entretanto, hubiese llegado á Veracruz y tomado posesión de la ciudad, Francia é Inglaterra mostraron su descontento y pusieron á España en el caso de dar explicaciones. Con los barcos españoles ante Veracruz, y con la bandera roja y gualda enarbolada en San Juan de Ulúa, se explicará que los mejicanos ardiesen en indignación contra España, y que los españoles establecidos, como Zorrilla, en territorio mejicano, se vieran en una situación sumamente difícil.

Ya en cumplimiento del tratado de Londres, el general Prim salió del puerto de Alicante el 22 de Noviembre de 1861; unióse en la Habana á las escuadras francesa é inglesa, y con ellas tomó rumbo á Veracruz. En este puerto desembarcaron las tropas francesas el día 8 de Enero de 1862, y á seguida las naciones aliadas dirigieron al gobierno mejicano un *ultimatum* que contenía diversas peticiones. De todas ellas, eran las de Francia las más rigurosas y apremiantes.

Aceptó Juárez todas las condiciones, rogando solamente que se atenuasen en lo posible y se le diese prórroga para su cum-

plimiento. En vista de ello, el general Prim salió de Veracruz el día 19 de Febrero, y en el pueblo de la Soledad tuvo una entrevista con don Manuel Doblado, ministro de Relaciones exteriores. En ella se acordó abrir amistosas negociaciones en Orizaba. Mas Napoleón III, que de terminar así las cosas no podría realizar sus proyectos, desaprobó este convenio é hizo que se presentase en Veracruz el general conde de Lorencez, para declarar que el gobierno de Francia no podía continuar en tratos con el de la república mejicana. Esto dió lugar á varias conferencias en que los representantes de las potencias aliadas terminaron, como suele decirse, por tirarse los trastos á la cabeza.

La presencia del emigrado general Almonte, que manifestó el proyecto, apoyado por las armas francesas, de convertir el Gobierno de Méjico en una monarquía y dar la corona al archiduque Maximiliano de Austria, enardeció la cuestión. En definitiva, el general Prim y el comodoro Dunlop retiráronse de Méjico, mientras las tropas francesas se disponían á llevar adelante los planes del emperador. Esta conducta de los representantes de España é Inglaterra se atrajo la aprobación universal y el agradecimiento de los mejicanos, que en lo sucesivo miraron á nuestros compatriotas con ojos muy distintos.

No se han de traer aquí los hechos sucesivos, propios de la historia política de Méjico. Baste recordar que, después de tomada Puebla por los franceses en 17 de mayo de 1863, el presidente Juárez se retiró de la capital; que, una vez en ésta el general Forey, nombró una junta superior de gobierno y reunió una asamblea de notables, la cual en sesión de 10 de julio acordó establecer en Méjico la monarquía hereditaria y ofrecerla al príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria; y que Maximiliano, previa aceptación de la corona, hizo su entrada en Méjico el día 11 de junio de 1864, en compañía de la emperatriz Carlota y entre las aclamaciones de la multitud.

Zorrilla presencié esta entrada de los nuevos emperadores, y en *La Flor de los recuerdos* la describió muy detalladamente. He aquí la impresión que nos dejó de Carlota y Maximiliano:

Ellos son: la simpática Carlota,  
de alto decoro y dignidad modelo;  
sencillez en alcázares ignota  
da á su faz juvenil púdico velo:  
grave, serena, perspicaz, lo nota  
todo, y mira de frente, sin recelo  
de parecer, fijándose, altánera;  
que no tiene doblez su alma sincera.

Su cabeza gentil se gallardea  
en sus hombros con gracia soberana:  
su frente nobilísima rodea  
con la imperial diadema mejicana:  
en sus brillantes diáfanos campea  
el águila que fué republicana;  
y al pueblo absorto al saludar Carlota,  
luz, como un astro, de su frente brota.

Blanco como los copos de la nieve  
que de Alemania cubre las montañas,  
rubio, que dar al sol envidia debe,  
y tan rico de barba y de pestañas  
que, cuando al saludar su busto mueve,  
de su barba partida las marañas  
riquísimas circundan su semblante  
de áurea luz con ráfaga ondulante;

cortés, sencillo, natural, sereno,  
Maximiliano avanza. Su figura  
noble y característica, en el pleno  
período juvenil, más que hermosura  
rebosa estilo y dignidad: ajeno  
de altivez imperial, su fe segura  
revela en el cortés Maximiliano  
más el hombre leal que el soberano.

Tradición de la gente primitiva  
del idólatra Anahuac moradora,

fué que, hija del sol, á venir iba  
 raza rubia, á ser de él conquistadora;  
 y ve el indio tal vez, tradición viva,  
 llegar al rubio emperador ahora:  
 y si no hijo del sol, del sol hermano  
 le parece tal vez Maximiliano.

Sus ojos, de un azul más transparente  
 que el del cielo de Méjico, se posan  
 sobre la multitud tan francamente,  
 que si ojos hay que provocarles osan,  
 sondan bien la honradez benevolente,  
 la fe y la lealtad en que rebosan:  
 los ojos del leal Maximiliano  
 tienen la calma del valor cristiano (1).

---

(1) Todos cuantos conocieron á Carlota y Maximiliano hablan con el mismo elogio de su bondad y simpatía. Gutiérrez Estrada se expresa en la siguiente forma:

«El archiduque Fernando Maximiliano tiene un personal que previene en su favor de un modo irresistible; frente espaciosa y tersa, indicio de una inteligencia superior; ojos azules y vivos en que brillan la penetración, la bondad y la dulzura; la expresión de su semblante es tal, que nunca se puede olvidar. El alma se refleja en su rostro, y lo que en él se lee es lealtad, nobleza, energía, una exquisita distinción y una singular benevolencia.

«Dotado de una disposición natural para las artes, las ciencias y las letras, las cultiva con ardor y lucimiento. Su actividad y laboriosidad son prodigiosas: en todas estaciones el día empieza para él á las cinco de la madrugada. El estudio es, puede decirse, su idea fija. Habla seis lenguas con gran facilidad y corrección. Hermano de un emperador ilustre, gran almirante del imperio, colocado muy cerca del trono, objeto del respetuoso amor y admiración de todas las clases de la sociedad, conocido y estimado en toda Europa, está rodeado de cuanto puede lisonjear la ambición más elevada.

«En medio de tan graves negocios, de tanto esplendor y tanta gloria, ha escrito sus *Impresiones de viaje*, varias obras científicas y algunas no publicadas aún, en que ha pagado también su tributo á la poesía.»

Refiriéndose á Carlota, se expresa de este modo Mr. Emmanuel Domenech, director que fué del gabinete de la prensa de Maximiliano:

«La emperatriz Carlota ha debido nacer con la corona imperial sobre la frente. Su aspecto noble y majestuoso indica á primera vista la soberanía; sus

¡Infeliz Maximiliano! ¡Triste Carlota! Quien leyera en el porvenir hubiera podido decir, como Zorrilla:

Vuelve á tu limpia Bélgica, Carlota;  
 torna á tu Miramar, Maximiliano.  
 Llanto y sangre no más es lo que brota  
 y espinas de oro el suelo mejicano.  
 De Austria y de Moctezuma os da ya rota  
 la corona imperial traidora mano.  
 ¡Ay del que por malicia ó ignorancia  
 os trae aquí bajo el pendón de Francia!

\*\*\*

El Colegio de Minería de Méjico, rica y meritoria fundación, celebraba todos los años á fin de curso, para la distribución de premios, una solemne fiesta á la cual asistía lo más brillante de la sociedad mejicana. Preparábase la de aquel año 1864, y Zo-

ojos expresivos é inteligentes revelan los grandes pensamientos. Algunas veces sus labios ó sus ojos se contraen ó se animan con una expresión de desdén que le inspiran los hombres y las cosas; pero su voluntad amortigua con presieza el brillo de los ojos y da á los labios una sonrisa apacible que tranquiliza á los más suspicaces. Creo que no es muy sentimental; pero es buena y generosa, y tiene compasión y consuelo para todos los infortunios. Por término medio gasta diez mil francos semanales en obras de caridad; pero lo que da en secreto ó directamente, nadie lo sabe. Mejor comprendida, y rodeada de personas más adictas, habría llegado á ser la providencia de Méjico, por las instituciones de beneficencia que hubiera fundado, y por el impulso que pensaba dar á las obras de caridad, de las cuales Méjico carece totalmente.

•Digna, pero sin despotismo, tiene una firmeza tenaz é inquebrantable; detiene á respetuosa distancia á los que se le aproximan. Pero es sencilla y benévola para aquellos á quienes se acerca. Dotada de un espíritu recto, penetrante y liberal, la emperatriz juzga las cuestiones más difíciles y elevadas con mucha exactitud. La biblioteca de su gabinete particular en Chapultepec se compone de una sola obra: *El Boletín de las leyes*. Estudia siempre, sin arredrarse por la aridez de las materias que le son útiles. •

rilla recibió la visita de dos profesores del Colegio, con una comunicación del ministro de Instrucción pública y director de aquel centro, Velázquez de León, en que se le invitaba á escribir una poesía y leerla en la velada, ante los emperadores. Zorrilla trató de excusarse modestamente; pero como insistieran en el ruego, ofreció dar la contestación en el término de tres días. Al cabo, aceptó.

La función se celebró el día 18 de Noviembre, y Zorrilla comenzó su poesía con este saludo al emperador:

Sucesor imperial de Carlos Quinto;  
 lo que á mi voz franquea este recinto  
 no es mérito ó saber que en mí se encierra;  
 es honor que se me hace en esta tierra.  
 Los que nacemos nobles en la mía,  
 no importa á qué opinión pertenezcamos,  
 acatamos por ley y cortesía  
 la augusta majestad donde la hallamos;  
 por eso antes de leer mi poesía,  
 cortés y *sin servil* palabrería,  
 caballero español, poeta rudo,  
 ¡majestad imperial, yo te saludo! (1)

Apunta Zorrilla la sospecha de que le habían invitado á esta lectura con intención no muy sana. Otro de los lectores era un joven que imitaba perfectamente su entonación y modulaciones, y pudo creerse que de la comparación saliera malparado el poeta español. Sea como quiera, lo cierto es que salió triunfante en su empeño, y que de este modo le conocieron los emperadores. Al día siguiente, como los demás que en la fiesta habían tomado parte, recibió una invitación para comer en palacio.

También intervino al día siguiente, 19, en la función organizada por el Casino Español. Todos los años, en la misma fecha, celebraba aquel centro un gran baile, precedido de una

(1) Inserta esta poesía en el *Album de un loco*, pág. 379.

función dramática y un himno á la reina doña Isabel II, y la junta directiva impuso esta vez á Zorrilla la obligación de ser el poeta de S. M.

Leyó Zorrilla, pues, unas *Confidencias* y una *Serenata* á la reina, y aprovechó la ocasión para destruir los recelillos y suspicacias que entre los españoles pudiera haber hacia su persona. Por ello figuraban en las *Confidencias* quintillas como las siguientes:

Me han puesto por condición  
al llamarme á vuestra fiesta,  
que mi historia ó mi canción  
fuera para esta ocasión  
expresamente compuesta;

y como la vida extraña  
que llevo fuera de España,  
hace muchos años ya,  
contra mí han puesto en campaña  
muchos *supuestos* quizá,

será bien, si mal no infiero,  
de haceros oír primero  
mis estrofas baladés,  
que os ponga yo, como quiero,  
los puntos sobre las fes.

Confesad que habéis creído  
que mi nacionalidad  
en mis viajes se ha perdido;  
que la han dado ó la han vendido  
desidia ó debilidad.

Confesad que habéis pensado,  
si tal vez no lo habéis dicho,  
que Méjico me ha embriagado;  
que en él me ha narcotizado  
la pereza... ó el capricho.

Confesad que no entendéis  
mi amor á esta hermosa tierra,  
donde cual sombra me veis,  
sin que para mí alcancéis  
el interés que se encierra.

Confesad que en la grandeza  
con que he desdeñado hablillas  
que atacaron mi nobleza,  
creído habéis ver semillas  
de temor ó de bajeza.

. . . . .  
Mi padre siguió al pendón  
contrario á la libertad  
por Don Carlos de Borbón;  
mi padre, con su opinión,  
duerme ya en la eternidad.

Mas si creéis que en mí se encierra  
un átomo de amargura  
ni un leve intento de guerra  
por la reina de la tierra  
donde está su sepultura;

mi corazón si al sondar,  
creéis que fermenta en él  
el más ruin germen de hiel,  
que me amargue al entonar  
un himno real á Isabel,

habéis creído un error  
y me habéis juzgado mal;  
miradme desde hoy mejor;  
yo soy siempre el trovador  
de nuestra tierra natal.

Yo he de morir, cuando muera,  
mirando de cara al sol  
que alumbre nuestra bandera,

y á Dios mi oración postrera  
dirigiendo en español.

En conformidad con esto, Zorrilla procuró que su serenata á la reina fuera sentida, afectuosa y patriótica. Era un saludo que á través de los mares dirigía el poeta á su soberana en nombre de todos los españoles de Méjico.

En el mismo Casino Español dió á conocer Zorrilla, dentro de aquel año 1864, el titulado *Cuento de las flores*. No puede leerse este *cuento* sin profunda sorpresa, pues se ve que Zorrilla, saltando por todas las conveniencias sociales y aun por la discreción misma, hace públicos sus amores con la campirana de los Llanos de Apam, dama á la sazón de palacio, según revela alguna ligera referencia de los *Recuerdos*. Aun sin ser cierta la intervención de la soberana en tales amoríos, y aun descartando detalles accidentales, no es posible dar al *Cuento de las flores* otra interpretación. Abandonado el poeta por la bella, su dolor le hizo incurrir en tales excesos.

Es preciso, pues, que el lector conozca este *Cuento*. No admirará una de las obras maestras del poeta; pero apreciará hasta qué punto, en aquellos sus maduros años, era dócil juguete del burlón niño ciego.

## HISTORIA DE UNA ROSA

### LECTURA DEL CUENTO DE LAS FLORES

#### I

Episodio de la mía  
es la historia de una rosa,  
tan punzante como hermosa,  
una rosa á quien yo amé.  
En mi huerto se abrió un día;  
de mi huerto la arrancaron,  
á la corte la llevaron,  
y tras ella mi alma fué.

De una reina al pie del trono  
la pusieron, y aromaba  
el palacio en donde estaba  
como en búcaro oriental;  
á la corte daba el tono  
y adorada era en la corte;  
era la luz, era el norte,  
el encanto universal.

No había noble mancebo  
ni millonario hacendista  
que á la suprema conquista  
no aspirara de su amor;  
no salía un libro nuevo  
que su nombre no llevara;  
ni un poeta que cantara  
ni otra mujer, ni otra flor.

Yo era pobre .. mas mi acento  
que melódico y canoro  
encerraba en sí un tesoro  
de armonía y de pasión,  
una noche fió al viento  
esta amante serenata,  
que al oído de mi ingrata  
penetró por un balcón.

## II

## SERENATA

Para huir de mi huerto, tus hojas, Rosa,  
se te tornaron alas de mariposa:  
pero yo que las alas del amor tengo,  
por tu rastro en el aire tras de ti vengo;  
y perderle no puedo, pues cuando subes  
por el éter te aplauden astros y nubes.

Abre, pues, tus balcones á mis cantares,  
y á mi alma de tus ojos los luminares.

¡Sal, mi lucero,  
para que yo te diga cuánto te quiero!

---

Tras tu huella me guía cuando te alejas  
la estela luminosa que tras ti dejas;  
en vano estar oculta de mí pretendes:  
por el olor que exhalas do quier te vendes:  
y á ti, aunque no perciba tu luz ni esencia,  
como á la mar el río, va mi existencia;  
para que yo te siga jamás me cierra  
paso á través ni viento, ni mar ni tierra.

¡Sal, que te llamo  
para decirte á solas cuánto te amo!

---

Tu presencia es la vida que me sostiene:  
tu viento el alimento que me mantiene:  
son tus ojos espejos donde me miro  
y tu aliento es el aire con que respiro;  
son tus recuerdos dulces ¡oh dulce dueño!  
pabellón cuya sombra me guarda el sueño.  
Rompe el tuyo un instante, si estás dormida;  
sal á dar con tus ojos luz á mi vida;

¡sal, mi tesoro,  
para que yo te diga cuánto te adoro!

---

Yo no cuento por horas de mi existencia  
las que de ti privado paso en tu ausencia.  
Mi corazón abiertos en el espacio  
de mi pecho te tiene templo y palacio;  
en su palacio vives de mí señora,  
é idólatra en su templo mi alma te adora.  
Perfumero de eterno vital perfume,

pero que en mi alma nunca su luz consume,  
 ¡sal, vida mía  
 á que su ídolo adore mi idolatría!

De tu boca, más fresca que aura de río,  
 cae la sonrisa en mi alma como un rocío;  
 tu voz es á mi oído música grata  
 cual de harpa que en la sombra su son dilata;  
 tus palabras del cielo son armonía,  
 los besos de tu boca miel y ambrosía.  
 A tu balcón un punto sal, mi embeleso,  
 y en el aura nocturna mándame un beso.  
 ¡Sal, dueño mío;  
 sentirás que yo en otro mi alma te envío!

Mas entre las mil lenguas del mundo entero  
 no hay una que te exprese cuánto te quiero;  
 en vano á cuantos genios me asisten llamo  
 á que por mí te expliquen cuánto te amo.  
 ¡Ay! tu amor me rebosa por cada poro,  
 y á tus pies en silencio caigo y te adoro.  
 Dame un átomo ardiente del amor tuyo,  
 tendré luz en mí mismo como el cocuyo.  
 ¡Sal, te lo ruego,  
 para que abrase tu alma mi amor de fuego!

#### DESPELIDA

Pero no, ya no salgas, estrella mía,  
 porque ya en el oriente despunta el día;  
 no salgas, porque el doble sol de tus ojos  
 á la luz de el del cielo va á dar enojos.  
 ¡Adiós, sol de las flores, rosa sultana;  
 rosal de mis amores, hasta mañana!

## III



Esta cántiga amorosa  
que yo enviaba sólo á Rosa,  
en la noche silenciosa  
en palacio resonó:  
y la reina que vivía  
en palacio y que la oía,  
se encantó con la voz mía  
y al palacio me llamó.

---

Yo conté á la reina altiva  
mi pasión inmensa, insana:  
y la noble soberana  
en su corte me admitió:  
y mirando compasiva  
un amor tan violento,  
á mi Rosa en su aposento  
visitar me permitió.

---

Yo á los pies cai de Rosa;  
para mi alma enamorada  
era el mundo entero nada:  
sólo á Rosa vi yo en él;  
pero Rosa era orgullosa,  
y de un día en el espacio  
con el aire del palacio  
se olvidó de mi verjel.

---

El loor que recibía,  
los festejos y las galas,  
daban viento y daban alas  
á su ciega vanidad.  
«Yo te quiero» me decía

¡mas al día muchas veces  
con desdenes y esquiveces  
me abrumaba sin piedad!

---

Yo la amaba como á un ángel  
con celeste idolatría,  
y á mi amor correspondía  
como una mujer vulgar:  
yo un amor la consagraba  
emanado de los cielos;  
¡y ella el dogal de los celos  
me apretaba sin cesar!

---

Rosa era conmigo á solas  
toda expresión, toda fuego;  
llegaba un galán... y luego  
me dejaba á mí detrás.  
Este amor de eternas olas  
era un mar jamás en calma:  
y en tal tempestad mi alma  
no reposaba jamás.

---

En esta marea eterna  
de desdén y de cariño  
mi amor, débil como un niño  
y cobarde como él,  
contrajo profunda, interna  
y letal melancolía;  
nostalgia que me impelía  
sin cesar á mi verjel.

---

Mas... ¡volver sin ella!—Un día  
proponerla osé la vuelta,  
y—«no»—me dijo resuelta.

Era coqueta! así es  
que prescindir no podía  
de tener á cien galanes,  
inodoros tulipanes,  
siempre abiertos á sus pies.

---

Un amor real, profundo,  
solitario y exclusivo,  
y otro amor banal del mundo  
no se pueden nunca atar.  
Era Rosa tan dichosa  
como yo infeliz y esquivo:  
yo en mi estancia silenciosa  
no me hartaba de llorar.

---

La reina, que se pagaba  
de mis cantos y mis cuentos,  
en uno de estos momentos  
me pedía una canción;  
y yo, infeliz, que me ahogaba,  
caía á sus pies de hinojos,  
las lágrimas en los ojos,  
y el duelo en el corazón.

---

En las cortes, los pesares,  
el amor y el sentimiento,  
son niebla presa del viento  
que jamás se posa allí;  
sin placer y sin cantares,  
á mi reina fuí enojoso;  
á mis rivales fuí odioso,  
todo el mundo huyó de mí.

---

Y como Rosa orgulloso  
yo, cuya alma ardiente y viva  
es como una sensitiva  
plantada en mi corazón,  
reventando de celoso,  
en mi aposento apartado  
me encerré desesperado  
á morir con mi pasión.

---

Mas de allí... tras la persiana  
de mi balcón que caía  
á los jardines, veía  
noche y día coquetear  
á Rosa, llevando ufana  
en redor sus cien galanes;  
y al fin con tantos afanes  
pensé de un golpe acabar.

---

Rompí mi laúd sonoro,  
mis cantares y leyendas;  
destruí todas las prendas  
que guardaba de su amor.  
Aún la amo y aún la lloro,  
mas rompí su indigno yugo;  
entre víctima y verdugo,  
morir solo era mejor.

---

Tomé, huyendo del palacio,  
la marmórea escalera;  
mas de Rosa mensajera  
me abordó una dueña allí  
y me dió una margarita,  
flor, oráculo de amores,

que en la lengua de las flores  
significa: «¿me amas?—Di».

—  
Tan impudente descoco  
me pareció la ironía  
más amarga y más impía;  
á mi aposento volví,  
y de ira y de celos loco,  
esta carta por respuesta  
la escribí, y en manos puesta  
de su enviada, partí.

—  
¡Aun recordarla me cuesta  
lágrimas! Decía así:

—  
»Al huir de ti, traidora,  
»recibo de ti un mensaje,  
»que es á fe el postrer ultraje  
»que me podías hacer.  
»Lo que preguntas ahora  
»con candidez tan artera,  
»debe por la vez postrera  
»respuesta mía tener.

—  
»Me preguntas si te quiero;  
»no, Rosa, porque te adoro;  
»y el grande amor que atesoro  
»en mi ardiente corazón  
»es mayor que el mundo entero,  
»ciego, idólatra, profundo,  
»para el cual no tiene el mundo  
»lengua, voz ni explicación.

—

» ¡Me preguntas si te quiero!  
» No hay idioma que te explique,  
» aunque el hombre centuplique  
» de sus lenguas el poder,  
» el amor que absorbe entero  
» toda mi alma y mi existencia;  
» este amor que hace la esencia  
» de la esencia de mi ser.

---

» ¡Me preguntas si te quiero!  
» te idolatro, vida mía!  
» y la ciega idolatría  
» con que te ama mi pasión,  
» el amor más verdadero  
» sobrepuja en tanto grado,  
» que igual nunca ha germinado  
» en humano corazón.

---

» ¡Que si te amo! Dios lo sabe  
» que este amor en mi alma puso;  
» Dios que en ella la envió infuso  
» cuando él mismo la encerró  
» en el pecho en que me cabe  
» esta pasión tan inmensa  
» que no aguarda recompensa  
» más que en Dios que la inspiró.

---

» Este amor, que tiene celos  
» hasta de la luz que miras  
» y del aire que respiras,  
» es tan noble y tan leal,  
» que es capaz de ir á los cielos  
» á hacerte de mi alma ofrenda,

»cuando tu alma se desprenda  
»de tu cuerpo terrenal.

---

»Con oír no más tu acento,  
»con sentirme en tu presencia,  
»siento abrirse á mi existencia  
»una eterna juventud;  
»y al contacto tuyo siento  
»no el deleite del sentido,  
»sino un placer desprendido  
»de la eterna beatitud.

---

»Mas de esta pasión celeste  
»que imprimió en mí un sello eterno,  
»no quiero que haga el infierno  
»una pasión infernal;  
»y aunque la vida me cueste,  
»voy lejos de ti á acabarla,  
»por no parar en cortarla  
»rabioso con un dogal.

---

»Porque tú no has comprendido  
»la pasión que me devora,  
»voraz, única, señora  
»soberana de mi ser;  
»caí por ella rendido  
»á tus pies como un esclavo;  
»mas ¿qué me debes, si al cabo  
»no pude otra cosa hacer?

---

»Cuando á tus plantas inirme  
»caer de hinojos me viste,  
»¡un esclavo más!» dijiste  
»en tu orgullo de mujer.

»¡Nunca! aprende á conocerme:  
 »yo seré tu esclavo; pero  
 »he de ser solo; no quiero  
 »que puedas otro tener.

Tu amor... no intentaré nunca  
 arrancármele del pecho;  
 yo con tu amor satisfecho  
 moriré sin tener más.  
 Mas si mi amor no se trunca  
 jamás, jamás se doblega:  
 como entero á ti se entrega,  
 no parte el tuyo jamás.

»¡A Dios!—Exigir no debo  
 »que, si no puedes, me ames;  
 »no me busques, no me llames;  
 »me has perdido y te perdí.  
 «Yo tu amor en mi alma llevo  
 »puro, eterno... ¡Dios me asista!  
 »Tú tendrás mientras yo exista  
 »un altar dentro de mí.»

Y le tiene; aún arde ilesa  
 de su amor en mí la llama;  
 aún la llora y aún la ama  
 en silencio el corazón.  
 Ya la edad sobre mí pesa,  
 pero virgen todavía  
 guarda fiel el alma mía  
 su poética pasión.

·Diz que Rosa fué duquesa;  
 mas vivió tan desdichada

que murió desesperada  
acordándose de mí;  
y á la boca de su huesa  
que avarienta la esperaba,  
con voz débil exclamaba:  
«yo le amaba y le perdí.  
¡Ay de mí!»

---

Comprendió sólo á la orilla  
de la oscura sepultura  
el amor y la ventura  
que con mi alma la ofrecí.  
Fuf la gala de Castilla:  
su vanidad satisfizo;  
mas infelices nos hizo:  
se perdió y me perdió á mí.  
¡Ay de mí!

---

Yo perdí el juicio, el aliento,  
el poder de mis cantares,  
y los brezos á millares  
brotar en mi huerto ví;  
perdí la voz, el talento,  
mis gérmenes creadores,  
y los genios que en mis flores  
se albergaban junto á mí.

---

Yo quedé sobre la tierra  
sin objeto y sin destino;  
á mi tumba me encamino  
sin darme razón de mí.  
El amor que en mí se encierra  
en un loco no más cabe;

yo mé ignoro... y nadie sabe  
lo que soy, ni lo que fui.

—

Y ella ¡ay!... hasta perdió acaso  
su derecho al paraíso,  
porque Dios tal vez no quiso  
recibir á su alma allí;  
porque yo siento su paso  
cada noche en mi aposento,  
y todas las noches siento  
su alma errante junto á mí.

--

Todas las noches se sienta  
su sombra junto á mi lecho;  
y apoyándose en el pecho  
donde abrigó á su amor di,  
con presión que no calienta,  
con voz que apenas percibe  
mi oído que la recibe,  
me pregunta «¿me amas, di?»  
y yo siento—que mi aliento  
flaco y lento  
la responde «¡te amo, sí!»  
Y la sombra enamorada  
en mi frente un beso deja,  
y á pesar suyo arrastrada  
por la atmósfera se aleja,  
y exclama desesperada,  
«¡me ama! ¡le amo... y le perdí!

¡Ay de mí!

Y del espacio infinito  
allá en el vacío extenso,  
se propaga en eco inmenso  
aquel último ¡Ay de mí!

y yo pienso

que dentro del caos denso  
de mi cerebro repito  
aquel flébil ¡Ay de mí!

## IV

Así vivo: esta es mi historia  
mi postrera Rosa es esta;  
he aquí lo que me resta  
de mis flores... ¡Ay de mí!

Si yo á exigir me atreviera  
que el público me dijera  
si aceptaba ó no la Rosa  
que vine á ofrecerle aquí,  
¿en todo el salón no hubiera  
ni un amante calavera,  
ni una enamorada hermosa  
que me dijera que sí? (1)

De esta manera extraña terminaba el *Cuento de las flores*. No será aventurado suponer que hasta la última octavilla tenía su pizca de intención.

Después de sus lecturas públicas, Zorrilla se retiró á los Llanos de Apam, y allí, cuando menos lo esperaba, entró en relación con el emperador Maximiliano. He aquí cómo refiere el hecho en los *Recuerdos del tiempo viejo*:

«Un día me dijo una dama de la emperatriz que el emperador deseaba hablar conmigo de teatros y poesías, y utilizar mi fama

(1) *Lecturas de Don José Zorrilla, en el Casino Español en 1864. México | Imprenta de Andrade y Escalante. | Calle de Tiburcio número 19. | 1864.*

Contiene las *Confidencias* y *Serenata á S. M. C. doña Isabel II* y el *Cuento de las flores*.

Las *Confidencias* y la *Serenata* se reimprimieron en el *Album de un loco* (pág. 365).

y mi práctica en la gaya ciencia; pero que habiéndole dicho que yo era un furioso republicano, temía de mi parte una grosera repulsa al más sincero avance ó á la más cortés oferta. Respondió la dama á la Emperatriz de lo absurdo de semejante aserto, aseguróla que yo era completamente extraño á la política, y prometióla que, cuando el Emperador visitara su hacienda, me encontraría en ella dispuesto á serle útil como lo creyera conveniente.

»Y en un viaje que hizo por los Llanos para ver el acueducto de Tempoala, se hospedó en una hacienda á cuyo lindero salí yo á recibirle con los propietarios de ella, y fuí de los invitados á su mesa y de los que tomaron parte por la noche en una tertulia en la cual se hizo música y leí y recité cuantos versos él me pidió; pero no habiendo tenido ocasión de hablarme á solas durante aquel largo festín y de los prolongados obsequios que allí se le hicieron, me dijo al retirarse después de la media noche:

»—Mañana saldremos á las cinco, y tendré mucho gusto en que me acompañe usted, que debe conocer este país.

»A la partida para el acueducto tuve yo buena cuenta de que mis criados tuviesen ensillados mis caballos, y me ingerí entre su escolta austriaca cuando arrancó de la hacienda la carretela en que viajaba con su secretario.

»Las mañanas de la estación de las lluvias son deliciosas en aquellas llanuras. Los días amanecen claros y el sol espléndido, y las nubes no empiezan á cuajarse hasta una ó dos horas después del medio día. La tierra despide el balsámico vapor de la humedad absorbida el día anterior á través de las yerbas y las plantas aromáticas que alfombran aquellas extensas praderas, y un aire salubre y vivificador refresca los pulmones al respirar.

»Si no estuviera poblada aquella tierra por nuestra raza, inquieta y torpemente germinadora de guerras civiles, allí se viviría con la vida que Dios acordó al hombre al crearle en el Paraíso; porque Dios ha derramado allí la luz, la vida y la alegría, y el hombre desprecia allí los favores de Dios, tornándose los en

pesares y desventuras. Maximiliano, ó contemplaba absorto aquel maravilloso amanecer, ó rezaba como católico sus oraciones matutinales; ello es que marchamos los primeros minutos en religioso silencio y á lento paso, porque no le gustaba correr en sus viajes ni en sus paseos; al fin, tirando atrás la capota de su ligera carretela, dijo volviendo la cabeza: «Así gozaremos del aire y podremos hablar.» Miré yo á mi alrededor, y vi sólo oficiales y soldados austriacos, autómatas de la disciplina y esclavos de la consigna; los de la hacienda, no creyendo tan madrugador á Maximiliano, enganchaban sus tiros y ensillaban sus caballos para alcanzarnos; espoleé, pues, mi cabalgadura, y me coloqué al estribo, esperando que el emperador me dirigiera la palabra. A las primeras nos entendimos:

» — El secretario que me acompaña — me dijo — es alemán, y no comprende el castellano; habla usted sólo conmigo; hable usted, pues, sin rebozo.

» No se lo dijo á sordo ni tartamudo: preguntó claro y no respondí turbio; quedamos en que, no buscando en mí un adulator ni un palaciego más, yo debía ayudarle á crear un teatro nacional mejicano, del cual me nombraría director, con la condición de que no me mezclaría ni en la política del país ni en las intrigas de palacio; no me obligaría á usar uniforme ni distintivo alguno, y tendría derecho á ser recibido por él inmediatamente que yo le pasara mi tarjeta por la secretaría del gabinete civil.

» Y seguimos alegremente el camino, visitamos el acueducto, cuya arquería compite en altura y extensión con los de Segovia, Mérida y Tarragona, y que es obra de un buen fraile, á quien los indios llamaron el padre Motolinia, que significa «el hombre pobre». Este buen fraile, que dejó en Méjico tan buena memoria como San Francisco Javier en Goa, se mesaría hoy las barbas y lloraría si pudiera resucitar y ver que su acueducto, destruido por el abandono y robadas sus piedras una á una, no sirve ya para llevar á Otumba el agua de Zempoala, que fué para lo que él le construyó; y ¿quién sabe si, como Dios le acordó la perseverancia para construirle piedra á piedra, acordaría á su indigna-

ción el milagro de convertir con una palabra su inmóvil é inútil esqueleto de piedra en un gigantesco cienpiés que moviese todas sus mil columnas para marcharse tras él de aquella ingrata comarca, que se ahoga de sed por haber cortado la médula cristalina que el fraile hizo correr por su hueca columna vertebral?

»Maximiliano ordenó su recomposición; pero esta orden, como otras muchas que dió, no tuvieron tiempo de cumplirse; y en medio de una de aquellas lluvias tropicales de que Europa apenas tiene idea, el emperador se tornó para la capital y nosotros á los magueyales de los Llanos.»

\* \* \*

Reclamado por la protección imperial, Zorrilla se trasladó bien pronto á la capital de Méjico Maximiliano comenzó á mostrarle su afecto nombrándole oficial de la orden de Guadalupe (1).

Con fecha 12 de octubre de aquel año, el emperador dirigió una carta al ministro de la Gobernación, manifestándole su propósito de crear en la corte un Teatro Nacional, bajo la dirección de Zorrilla. Dispuso asimismo que, á modo de inauguración, se diera en Palacio una función, organizada por el mismo poeta.

(1) El oficio original, hoy en poder de las señoras de Arimón, dice así:

GRAN CANCELERÍA  
DE LAS  
ÓRDENES IMPERIALES

México Julio 6 de 1865

S. M. el Emperador nuestro Augusto Soberano, se ha dignado nombrar á V. por decreto de esta fecha oficial de la Imperial y Distinguida Orden de Guadalupe, á cuyo honor se ha hecho V. acreedor por \_\_\_\_\_

De orden de S. M. le participo á V. para su satisfacción, acompañándole el diploma correspondiente, habiendo recibido ya las insignias.

Sr. D. José Zorrilla

México.

«El jefe del Chambelanato — escribe Zorrilla—, un alemán que ejercía las funciones de intendente general de Palacio, recibió la orden de mandar construir el tablado; encargué yo sus decoraciones á un escenógrafo, y el 4 de noviembre, para celebrar los días de la emperatriz, y por elección de ésta, se representó en aquel improvisado teatro la primera parte de mi *Don Juan Tenorio*. Maximiliano y Carlota habían aprendido el castellano en algunas de mis obras, y ella se sabía mi *Don Juan* de memoria; y la doble ventaja de ser su autor y el encargado de distraerles de los afanes de su inseguro reinado, me dieron con ambos un favor y una confianza que no es fácil á muchos particulares adquirir con los soberanos. Maximiliano, que era un príncipe literato y artista, á quien placía deshacerse alguna vez de la enojosa etiqueta de su imperial dignidad en el retiro de su aposento y en las expansiones de su vida íntima, me nombró su lector, no para que le leyera nada, sino para hablar con un hombre ajeno á la política de más halagüeños asuntos, y para saber por él lo que del país no quería ni debía preguntar á los en aquel país nacidos. Tuve yo muy en cuenta aquello de que los reyes son como los leones, con quienes es siempre arriesgado familiarizarse, y á la confianza que el emperador me daba correspondí con la más constante y estudiada circunspección, aun en medio de la leal franqueza con que tenía que contestarle á sus más francas y extremadas preguntas, á las cuales era á veces difícilísimo dar adecuadas respuestas.»

En efecto, el 4 de noviembre se inauguró el teatro de Palacio. Asistieron á la función unos 200 invitados, y Zorrilla jugó el principal papel. Leyó en primer término una poesía dirigida al emperador, que comenzaba con estos versos:

Augusto Emperador: por donde quiera  
que me lleve mi instinto vagabundo,  
llevaré un buen recuerdo, hasta que muera,  
de nuestro buen encuentro en este mundo.  
Ambos hemos venido á estas regiones  
predicando la paz; vos con grandeza

imperial, con corona en la cabeza,  
 con oro, con poder y con legiones;  
 mas en la mano al par, con ansia viva  
 mostrando al pueblo de la paz la oliva.  
 Yo vine solo, aquí, con la nobleza  
 del corazón leal de un castellano,  
 extraño á las políticas pasiones,  
 ajeno á odios de raza y opiniones,  
 á visitar cortés á un pueblo hermano.  
 Mi nombre sin temor traje en mi frente,  
 mi laúd traje en la siniestra mano,  
 y la diestra, cual vos, sinceramente  
 tendida para el pueblo mejicano.  
 Vinimos ambos con intento amigo:  
 con vos la luz espléndida venía  
 de un nuevo y rico porvenir; conmigo  
 vino un aura de amor y poesía.

Después de referirse á la fundación del Teatro Nacional, y de elogiar el intento, estimulaba al emperador para que protegiera las artes y las letras:

¿Ambicionáis, señor, gloria futura?  
 ¿Anheláis á la gente venidera  
 dejar de vos una memoria pura  
 que se trasmita de una en otra era?  
 Pues la gloria, señor, más duradera  
 de las glorias mundanas, porque abarca  
 de todas las demás la gloria entera;  
 la más propia y más digna de un monarca  
 libre de sangre, lágrimas y penas,  
 es la gloria de Augusto y de Mecenas.

Después de representarse el *Don Juan Tenorio*—en el cual, por caso extraño, hizo de Ciutti una señorita—, Zorrilla subió nuevamente al escenario y leyó una poesía titulada *La corona de pensamientos. Galantería poética á S. M. la Emperatriz* En

ella figuran la *trova* castellana y la *kásida* árabe que se hicieron justamente famosas, por contener versos de tanta belleza como aquellos que el lector recordará:

Yo tengo en el arpa que guía mi canto  
el lánguido encanto del ruido del mar,  
las íntimas notas que arrancan el llanto,  
las que hacen á un tiempo sentir y gozar.  
Yo soy el poeta cuyo estro se inspira,  
del Dios de los mundos lanzándose en pos;  
yo soy el poeta de fe, que respira  
el aura que viene del soplo de Dios.  
Yo soy el poeta que sabe el camino  
del cielo en que radia la faz del Señor;  
yo leo en las hojas de un libro divino  
la letra viviente del Dios creador.  
Yo sé cómo un día prendió en los espacios,  
cual toldo flotante de ingrávido tul,  
en lazos y broches de sueltos topacios,  
aliento del mundo, la atmósfera azul.  
Yo veo la estela que en pos de sí deja  
la tierra á quien guía su fuerza interior;  
yo sé por qué es dulce la miel de la abeja;  
yo sé por qué vuela tan alto el condor.  
Yo sé cómo el viento se lleva la nave;  
yo sé cómo al cielo la luz da color;  
yo sé por qué silban el viento y el ave;  
yo sé por qué mece la brisa á la flor;  
yo sé lo que el hombre sin fe nunca sabe;  
yo soy el que tiene del alma la llave;  
yo soy el que sabe quién es el amor (1).

Al terminar esta poesía, los actores cercaron al poeta, y con

---

(1) Se hallan estas poesías en el *Album de un loco*, pág. 405. Recuérdense los comentarios que Villergas hizo á estos versos (pág. 225.)

pensamientos que en las manos llevaban, tejieron una corona. Abrióse de nuevo el círculo, y Zorrilla bajó de la escena al salón para ofrecer á la Emperatriz, sirviéndole de azafate el papel de su propia composición, la corona de pensamientos (1).

(1) He aquí copia del programa de la función:

### TEATRO DE LA CORTE

#### Orden de la Función.

1.º

A las ocho de la noche se dirigirán S. S. M. M. y las personas invitadas al Salón del teatro.

La Música tocará entonces la «Fanfare» dedicada á S. M. el Emperador y compuesta por Rossini.

2.

El Sr. D. José Zorrilla esperará á S. S. M. M. en los escalones que unen al salón con el escenario.

3.

Cuando S. S. M. M. hayan ocupado sus asientos, el Sr. Zorrilla subirá al escenario, leerá una poesía, y concluida su lectura, bajará al salón á poner en manos del Emperador el manuscrito autógrafo de su composición.

4.

Después de esto se correrán las cortinas, se dispondrá el escenario en cinco minutos y comenzará la representación de:

#### DON JUAN TENORIO,

comedia en verso del ilustre poeta D. José Zorrilla, arreglada por su autor para esta ocasión en cuatro actos.

#### Distribución:

Don Juan Tenorio.....	Sr. D. Merced Morales
Don Luis Megía.....	» » Angel Padilla
Don Gonzalo.....	» » Juan de Mata Ibarzábal
Don Diego Tenorio.....	» » Ignacio Servín
Doña Inés.....	Srta. Rita Cejudo
Doña Ana de Pantoja.....	» Ana Cejudo
C. Butarelli.....	Sr. D. Francisco Gómez
Clufl.....	Srta. Concepción Méndez
Brígida.....	Sra. Doña María Cafete
El Capitán Centellas.....	Sr. D. Fernando Pérez

Así se inauguró el teatro de Palacio. De allí en adelante representó en él algunas veces la llamada Compañía Imperial, que actuaba, bajo la dirección de Zorrilla, en un teatro de la capital.

En la función que el 19 de noviembre, como todos los años, celebró en aquel de 1865 el Casino Español, también Zorrilla estuvo encargado de dirigir su voz á doña Isabel II. Abridaba el poeta cierto disgusto en razón á que la reina de España no hubiera contestado al saludo que desde el mismo lugar la dirigiera el año anterior, y practicase, en cambio, determinadas diligencias para averiguar la vida y milagros de Zorrilla en Méjico y recordarle sus deberes conyugales; y nuestro hombre, que no se mordía la lengua, quiso públicamente dar á entender la poca gracia que una y otra cosa le hacían. Aprovechó, pues, la ocasión,

Avellaneda.....	Sr. D. Joaquín Capilla
La Abadesa de las Calatravas..	Sra. Doña Josefa García
La Tornera.....	» » Rosario Muñoz
Lucía.....	Srta. Ibarzábal
Alguacil 1.º.....	Sr. D. Aniceto Cisneros
Idem 2.º.....	» » Felipe Suárez

El Sr. Zorrilla se sentará cerca de S. M. el Emperador, para transmitir los avisos de orden desde el salón al teatro.

## 5.

El Sr. Zorrilla, previa la venia de S. M. el Emperador volverá á subir al escenario, en donde se hallarán ya todos los artistas del teatro mexicano, en medio de los cuales leerá la poesía titulada:

La Corona de pensamientos  
Galantería Poética  
A S. M. la Emperatriz

y concluida esta lectura bajará al salón para ofrecer á S. M. la Emperatriz la corona de flores, sirviéndole de azafate el papel de su composición.

## 6.

La Música de cámara tocará en los entreactos.

(Un ejemplar de este programa, impreso en papel satinado, obra en poder de las Sras. de Arimón.)

y en las *Confidencias*, seguidas de una *Cantilena*, que leyó aquel día en el Casino Español, habló á su soberana con no común franqueza y desenfado. Juzgue el lector:

## I

Ha un año os envié un cantar,  
y aun no sé de él, ni de Vos;  
por si tal vez en el mar  
que se hundiera quiso Dios,  
con éste os le vuelvo á enviar.  
¡Que Dios ampare á los dos!

## II

No sospechéis, Isabel,  
que en este encabezamiento  
se oculta un ruin sentimiento;  
no lleva escondida hiel.

Vos sois la Reina, y yo soy  
vuestro súbdito doquiera;  
mi nombre vuestra bandera  
sombrea por donde voy.

Ha un año, que andando en pos  
de mi honra algo asendereada,  
mi alma abrí hasta allí cerrada,  
para España y para Vos.

Hice aquí una confidencia  
con hidalguía española;  
mas hoy os hablo á Vos sola;  
entrad sola en mi conciencia.

Veréis cerrada en mi pecho  
sólo una puerta; dejarla  
dignaos así; á forzarla  
sólo Dios tiene derecho.

Mas si por la idea os pasa

tomar el lugar de Dios,  
yo os la abriré, y... seréis Vos  
igual á Dios en *mi casa*.

Por mi Reina os reverencio;  
mas os vuelvo á suplicar  
que os dignéis, Reina, pasar,  
ante esa puerta en silencio.

De vuestra fe en el crisol  
al poner mi confidencia,  
nada os dará mi conciencia  
que deshonre á un español.

Así, lo que os voy á enviar  
este año en este papel,  
ignoro, Reina Isabel,  
si es historia ó es cantar.

Tomadlo como os parezca,  
que á ambos nos está mejor,  
pero atended á mi honor  
al darle lo que merezca.

### III

Pregúntanme en vuestro nombre  
qué hago tanto tiempo aquí;  
yo os lo diré, aunque hoy á mí  
el que lo ignoréis me asombre.

No estoy, ambicioso de oro,  
ni de mi Reina ofendido,  
de ella y de mi patria huido,  
acumulando un tesoro.

Yo vivo en un mundo rico  
de gloria y de poesía,  
y nunca con mi hidalguía,  
como mercader, trafico.

Yo aquí, noble Soberana,

con sólo el favor de Dios,  
siembro flores para Vos,  
que germinarán mañana.

Nunca tan pronto creí  
tenéroslo que contar;  
pero ahí va, historia ó cantar,  
lo que preguntáis de mí.

Reina, de un buen castellano  
que el lenguaje no os ofenda;  
hijo de un corazón sano,  
hablo con él en la mano,  
y anhelo que se me entienda.

No extrañéis que os hable así;  
recordad, Reina y Señora,  
que en el tiempo que viví  
nada han ido para mí  
á pedirnos hasta ahora;

y que si hoy en este tono  
os entono mi canción,  
no es que os pido, ni me abono;  
que al mirar por vuestro trono,  
cumplí con mi obligación.

Y cuál es la mía sé,  
cada año que aun aquí esté  
del golfo desde la orilla  
en la lengua de Castilla  
un cantar os enviaré.

Y si, por adverso azar,  
no os dignáis, Señora, Vos,  
admitir bien mi cantar,  
yo pago, al fiarle al mar,  
lo que debo al Rey y á Dios.

Olvidad mi confidencia;  
os la hice, Reina, á Vos sola  
para abriros mi conciencia;  
y ahora oíd con indulgencia  
mi cantilena española.

Se observa en Zorrilla la reiterada intención—para honor suyo debe decirse—de demostrar en las poesías de esta época que ni había servilismo en sus palabras á Maximiliano é Isabel II, ni sus elogios á los mejicanos respondían más que á la gratitud, ni su patriotismo aparecía velado por la más leve sombra.

Con fecha 20 de noviembre recibió Zorrilla una carta suscrita por D. Juan Devicentis, secretario del Gabinete civil del Emperador, en que le comunicaba que podía imprimir por cuenta de la Casa Imperial las poesías á SS. MM. y á la reina Isabel; que quedaba nombrado director del Teatro Nacional y en aquella semana recibiría el correspondiente título; que propusiera el plan de instalación y diera títulos de actores á los que creyera dignos de ello; y que, en cuanto á los gastos habidos en la función del día 4, recibiría la oportuna comunicación de la Intendencia General. Zorrilla contestó diciendo que se harían 500 ejemplares de aquellas poesías y el *Diario del Imperio* las daría en una hoja de suplemento; que aceptaba el cargo de director del Teatro Nacional «bajo las condiciones que sean del agrado de S. M. I., posponiendo con gusto mis asuntos personales al servicio de un Soberano y de un país que con tanta benevolencia tratan á un escritor extranjero». «Sólo—añadía—me tomaré la libertad de suplicar á S. M. ir tres meses á España para arreglar mis intereses que están algo embrollados á causa de mi larga ausencia y de las nuevas leyes de propiedad literaria, promulgadas después de mi salida de él.» Ofrecía, en cumplimiento de lo mandado, dar títulos interinos á los actores, y terminaba diciendo que por de pronto, para el negociado de instalación del teatro, tenía bastante «con un secretario que me servirá de administrador y amanuense y un dependiente que servirá para con-

serie y recadero» (1) Como complemento de esta carta, Zorrilla escribió otra al señor Poliakwich, secretario de la Intendencia de la lista civil, relativa á los gastos de la función del día 4 (2).

Cumplió también Zorrilla la orden de presentar un proyecto para la fundación del Teatro Nacional. En él, después de lamentar la postración en que yacía el teatro mejicano, y explicarla debidamente, hacía ver las dificultades de fundar un nuevo tea-

(1) Posee copia autógrafa de estas cartas la señora viuda de Cubas.

(2) He aquí copia de esta carta:

«Sr. Poliakwich, Secretario de la Intendencia de la lista civil.

»Muy Sor mío y de mi consideración: Como resultado de la entrevista que tuvimos ayer, suplico á Vd. ponga en conocimiento del Sr. Intendente mi opinión con respecto á los actores del teatro de S. M. I. que es ésta.

»Teniendo en cuenta que todos han hecho gastos de vestuario para la función del cuatro del corriente; y que siendo veinte y dos personas las que han trabajado subirían mucho el coste de los obsequios hechos á cada uno en alhajas, ó regalos (que calculados á 200 pesos cada uno pasaría en total de 4.000), creo que quedan suficientemente recompensados dándoles en dinero una cantidad de dos mil á dos mil quinientos pesos, cuyo reparto hará su administración como más conveniente crea.

»Respecto al Sr. D. Manuel Serrano, cuyas decoraciones han sido pintadas con la mayor premura y cuyo valor artístico no es fácil apreciar, opino que sería más oportuno, si S. M. no halla inconveniente, agradecerle con una condecoración, nombrándole primer pintor del Teatro Nacional, según autorización que tengo de S. M. y bajo las condiciones que indico en el plan de su instalación, en informe que tendré el honor de presentar á S. M. el Emperador el último día del presente mes. Si esta opinión mía no fuese de la aprobación Imperial y S. M. el Emperador prefiriera remunerar al Sr. Serrano en dinero, creo que quedaría satisfecho con trescientos pesos.

»Al maquinista Antonio Franco, que dispuso la escena en entreactos de seis minutos, convendría también darle una gratificación de cincuenta pesos.

»En cuanto al saldo de los pequeños gastos adelantados por mí como Director, el portador de la presente, D. J. C. mi Secretario, va autorizado á recibir los 166 pesos á que ascienden, cuyo documento de recepción va autorizado á dar.

»Con esta ocasión tengo el honor de ofrecerme de V. con la mayor consideración su más afdo. svdor. q. b. s. m.

José Zorrilla.

»Méjico, 9 21-65.»

(Posee el autógrafa D. Aurelio Morillo.)

tro y proponía tres soluciones al problema: 1.<sup>a</sup> Capitalizar el teatro de Vergara y adquirirle para Teatro Nacional, abonando el capital y los intereses en varios años. 2.<sup>a</sup> Arrendar el teatro de Vergara y el Principal ó el de Iturbide, sosteniendo en ellos el Teatro Mejicano con el auxilio de las compañías de ópera, baile y zarzuela que se contratasen. 3.<sup>a</sup> Instalar y sostener un Teatro Nacional á fuerza de dinero y contra toda competencia, cosa que Zorrilla creía inconveniente (1).

Esperó Zorrilla la resolución imperial, y entretanto atendió á otro asunto — el de las reclamaciones de su mujer —, que por aquellos días le preocupaba. Copiemos una carta interesantísima, que con tal motivo dirigió á D. Tomás de Asensi, y que nos enterará de este particular y de otros no menos importantes:

«He recibido una comunicación de V. en la cual me avisa que el Sr. D. Tomás (*sic*) del gobierno de S. M. C. pide que envíe fondos á mi mujer D.<sup>a</sup> F. O. y me anuncia V. que esta Sra. tiene la pretensión de venir á reunirse conmigo en cuya idea parece que está apoyada por personas influyentes en el gob. de S. M.

»Esta cuestión es secreto de familia que sólo debería dilucidarse entre mi confesor y yo; pero puesto que mi mujer la ha hecho llegar á un punto de escándalo imposible de evitar, me veo en la dura necesidad de abordarla de frente.

»Mi mujer es la causa de mi expatriación, de mi pobreza y de mi descrédito. Ha establecido un sistema de difamación en contra mía, tan pertinaz y tan villano, que hace quince años que al ir á entablar un negocio ventajoso con un banquero, con un mecenas opulento ó con un soberano q<sup>e</sup> por mi reputación literaria me acuerda su protección, se atraviesa mi mujer con una queja, con una carta ó con un anónimo escrito por mano ajena que arruina el negocio ó impide la protección, desacreditándome; de modo que el banquero, el mecenas y el soberano, desisten de favorecerme, con lo cual desacreditado en todas partes por ella, jamás he podido reunir capital para pagar mis deudas y explotar por mi

(1) Véase el apéndice XIV.

mismo mis obras literarias. Esto necesita pruebas y voy á dárselas á V.

»En primer lugar debo á mi mujer la pérdida del cariño de mis padres, y la felicidad del interior de mi familia.—Mi madre se salió de mi casa en 1845 porque no quiso vivir con ella. Tal vez injusticia por parte de mi madre, pero que hizo que yo no la volviera á ver, y que no me llamara siquiera á su lecho de muerte.—Yo, entre mi madre y mi mujer, todavía me puse de parte de ésta por amor á la tranquilidad doméstica y dejé en Madrid á mi madre ir á casa de una tía prima de mi padre, sin volverla á visitar.

»Mi padre en 1849 no me quiso llamar á mi casa de Torquemada en donde murió, para asistirle en su última enfermedad; y su confesor me reveló después, que había dicho al proponerle qe me llamara: no, porque vendrá con su mujer.—Supongamos también que esto fuese injusto de parte de mi padre; pero no por eso labró menos en mi corazón el germen de la pesadumbre que me le roe toda mi vida, y del hastío que cobré á una persona por la cual, con justicia ó sin ella, perdí el amor de mis padres; y soy hijo único.—Algo debía de haber para que mis padres no quisieran intimar con ella. Este algo, no tiene nadie derecho para preguntármelo: era secreto de mis padres y murió con ellos.

»Sacaba yo del teatro con mis obras dramáticas, suficiente cantidad para vivir decorosamente: pero tenía que asistir á los ensayos y que llevar buenas y frecuentes relaciones con los empresarios y actores.—Mi mujer qe creía que el teatro era un serrallo de los poetas en donde no tenía yo más que tirar el pañuelo á la que mejor me pareciese, se empeñó en acompañarme á los ensayos. Yo di á esta estúpida pretensión la forma menos ridícula que pude, y todos los actores de aquella época se acuerdan de haberla visto siempre en el palco de proscenio de la izquierda del teatro de la Cruz, so pretexto de lo mucho que la gustaba el teatro —Siendo esta situación insostenible, á la muerte de Carlos Latorre dejé de escribir para el teatro, dando por razón que no habría actores para mis obras.—Razón que debió

parecer tan ridícula como la presencia de mi mujer en los ensayos.

»Vivir en un pueblo de provincia, con una mujer á quien ninguna escalera la parece cómoda, ninguna silla suficiente para sus tamaños, ninguna mujer buena para saludada por su marido, que habla á voces en todas partes dejando entrever que es ella quien manda á su marido, ya por que él la sufra por amor á la paz ó ya porque sea un estúpido, era exponerse á ser la rechifla de la población. Vendí los bienes de mi padre so pretexto de pagar á mis acreedores, y me fuí á París con lo poco que me quedaba para hacer mi comercio de libros con los mercados de América.

»No necesito apuntar más sobre los datos de mi vida interior; ningún criado paró en mi casa cuatro meses; ninguna casa me duró seis. Hice un trato con el editor Baudry, trabajé para un periódico del editor Boix y para los freres Garnier; viví como pude y al fin por la quiebra de Boix y de Hidalgo, por mil razones comerciales que no son aquí del caso, si el Sr. D. Bartolomé Muriel no me salva del tribunal de comercio, me hubiera muerto en Clichy ó me hubiera tenido que dar un pistoletazo. Mi mujer y sus amigas dirán que ello me sucedía por mi mala conducta ó por mi poco talento para la administración de mis negocios—pero yo pregunto: ¿qué necesidad tenía yo de salir de España en donde era querido y de abandonar el teatro de donde sacaba suficiente renta para vivir? ni de vender mis bienes, en cuya posesión me dejaban los acreedores de mi padre bajo buenas condiciones?

»Pues bien, yo tuve que huir de mi país en donde había llegado á ser perfectamente ridículo á causa de mi matrimonio. Los que no querían ó no se atrevían á atacarme en mi reputación literaria, que entonces obtenía un favor exagerado del público, contaban de mi historias, me hacían coplitas, que todavía se recuerdan y recuerdo yo, y tenían gracia.

»Al advenimiento de la Condesa de Teva al trono de Francia, quiso hacer un album por los poetas Españoles. Parece que personas muy influyentes en España, dieron á entender que los

que escribieran en este album, no serían bien vistos por el gobierno; no sé de este asunto cosa cierta porque entonces estaba yo en Bélgica procurando hacer un trato con los reimpresores de este país, para impedir en él la reproducción de mis obras por los mercados de América que eran ya mi única esperanza de lucro.

»La publicación del album se retardó. El Sr. D. N. Ceballos me escribió á Bruselas diciéndome que la Sra. Condesa del Montijo quería que yo escribiera algo á su hija, antes que los demás poetas. Yo que no tenía nada (*una palabra ininteligible*), de no tener sueldo del gobierno, ví la situación como cuestión de caballerosidad y escribí mi serenata á la Emperatriz.

»Los Emperadores me acordaron una audiencia y un momento de favor. Mi posición era buena: pero aquí de mi mujer para hacerla mala; en vez de aguardar á que el favor imperial mejorara mis intereses, presentóse al Marqués de Viluma, el Marqués se fué á los emperadores y les dijo que yo era un hombre de mala conducta que no hago vida con mi mujer. Escándalo, rechifla, descrédito mío por el Quijotismo del Marqués de Viluma que dió por razón que siendo uno de los que marchaban al frente de la literatura contemporánea, debía de ser modelo de casados, & &. Los emperadores me retiraron la cruz de la legión de honor, con la cual se había pensado condecorarme: y heme aquí otra vez ridículo y (*una palabra ininteligible*), en Francia. ¿Que perdía la literatura Española porque me condecoraran en Francia? Harto ya de semejante posición, en ridículo en España, y sin medios en Francia de sostenerme, me resolví á romper por todo y me vine desesperado á las Américas Españolas esperando que el viento ú otra de las enfermedades de estos climas me librasen de mí mismo, ó que haciendo en ellas fortuna, me libraría de mi mujer pensionándola.—Pero las enfermedades me han respetado y mi historia en Méjico merece saberse; aunque no pensé verme obligado á revelársela á nadie hasta después de mi muerte—Se publicarán mis memorias íntimas.

»Mi mujer tenía tal vez razón en quejarse de mí, pero más fácil y más lógico era dejarme hacer fortuna que pudiese ella compar-

tir conmigo, que impedirme hacerla y quejarse de la escasa asistencia que yo la daba.

»Al llegar á Veracruz supe que un poeta español *amigo mío* había escrito en la Habana unas quintillas contra Méjico y las había impreso firmándolas con mi nombre.—Gracias de nuestra tierra. Yo ya no podía volverme á Europa: entraba en un país justamente quisquilloso de la honra de la nueva independencia, cargado con la nota de ser su enemigo personal. Es la posición más difícil que he arrostrado en mi vida. El presidente Santa Ana envió sus ayudantes á que me silbaran en el teatro. Me llamó á declarar á la prefectura y me quiso hacer retractar de lo que no había dicho. - El Embajador de España Lozano Almonte, el Conde de la Cortina y las personas sensatas, me defendieron y salí por milagro de las garras de la vanidad de Santa Ana, á quien trataban mal las quintillas en cuestión.

»Los españoles tenemos el defecto de creer que el honor nacional queda herido aun por el deshonor de los particulares en un país extranjero: defecto que nos honra y que yo tengo. Me propuse, pues, hacerme querer ó respetar en Méjico y hacerme aplaudir en el mismo teatro en que había sido silbado, costara lo que costara, incluso la vida. A los diez años lo he conseguido. Este país, como todos, tiene mucho malo y mucho bueno: como lo malo era la política y ésta no pertenecía á mis estudios busqué lo bueno y escribí un libro justo en que apreciaba lo bueno y disculpaba lo malo. En fin, si Méjico no me quiere, me respeta, y no puede echarme en cara más que mi caballerosidad española.

»Juzgue V. lo que me habrá costado esto en un país, cuyo grito nacional á mi llegada era mueran los gachupines: y yo soy gachupín. Pero aquí de mi mujer.—El Conde de la Cortina recibió á los cuatro meses cartas de ella en que me trataba de pillo y algo más. El conde no quiso entregarme las cartas, pero me retiró su confianza y *me perdonó la vida*. El ministro de España señor Zayas, recibió después cartas y anónimos en el mismo sentido y de la misma persona, de las cuales ni aun me habló.

Todos los embajadores de mi país continuaron recibéndolas y constan en la Cancillería.

»Una situación oportuna me deparó decorosamente la hospitalidad de un hacendado rico del país, pues yo no podía recibirla al conocer que me era necesaria. Para vivir en casa de un rico se necesita dinero; y yo no podía revelar que era pobre, con mi reputación literaria. Expuse mi posición á un amigo de la isla de Cuba, el cual me ha mandado por espacio de diez años una mensualidad de cien pesos: con los cuales, aquí en donde una levita cuesta 45, una casaca 50, un par de botas 10, &., ve V. que hay para no morirse de hambre. Así he vivido once años sin que nadie me haya podido probar si soy pobre ó rico.

»Temiendo siempre golpes que no sabía cuándo me podían alcanzar, he vivido en el campo, entre indios y patanes, la mayor parte del tiempo, so pretexto de mi salud y de mi afición á la soledad. No trato con casi nadie como V. sabe, y me he limitado á sostener mi reputación literaria, renunciando á las delicias de la sociedad.

»Todo lo cual se lo debo á mi mujer, cuya ridícula influencia empaña mi reputación social donde quiera que me presento.

»Fuí á la Habana en 1858; allí me siguieron las cartas y anónimos; y á pesar del favor del Cap. gral. salí debiendo cinco mil duros.

»Una casualidad hizo que el Emperador Maximiliano pusiera en mí los ojos; he recibido de él mil distinciones y la Cruz de Oficial de la Orden de Guadalupe. Pero como él me cree rico no se le ha ocurrido darme á ganar dos pesetas por mis versos y por la representación que me ha llevado á darle en su propio palacio. Estoy propuesto para director del teatro nacional; pero suponiendo que algún chisme no intercepte este favor imperial, porque entre su rescripto y mi nombramiento ha pasado un mes. En esta situación llega V. con su comunicación: y si dentro de quince días S. M. el Emperador no me habla nada respecto á mi posición de director del teatro, estoy resuelto á partir para España á entablar bajo las bases de la explicación que doy

á V. en esta carta, la demanda de divorcio y á contrarrestar el escándalo con el escándalo. Puede que este mismo escándalo me capte el favor de una parte del público de España, que no se las eche de moral, y al presentarme en los teatros para dar lecturas públicas, único modo de hacerme con dinero en poco tiempo, me reciban bien y rehaga mi fortuna.

»Me falta sólo darle á V. el presupuesto de mi situación metálica:

## DEBO EN ESPAÑA:

A D. V. de G.—del comercio.....	Pesos	5 000
A la testament <sup>a</sup> del Marqués de B.....		1.000
A la de D. P. Ch. Z.....		1.200
A D. A. F. de los R.....		500
A los hermanos , , , (de Burgos).....		1.000
Al marqués de Viluma.....		300
Picos sueltos.....		560
		<hr/>
		9 560

## DEBO EN FRANCIA:

A D. Bartolomé Muriel (algo más de).....		4.000
A los hermanos G (con intereses de 11 años).....		500
A D. del comercio (con intereses).....		525
En picos sueltos (2.000 francos).....		400
A A. hs. (con intereses).....		300
A D. J. T. C.....		40
A Losada.....		560
		<hr/>
		6.125

## EN LA HABANA:

A B. B. y Comp <sup>a</sup> .....		4 000
A D. J. C.....		1.000
A D. T. Jz y D. T. F.....		1.200
		<hr/>
		6.200

## EN MÉJICO:

A D. T. de P. P .....	800
A T P. (del cº).....	550
Cuentas sueltas.....	926
	<hr/>
	2 276
En España.....	9 560
» Francia.....	6.125
» Habana.....	6 200
» Méjico.....	2.276
	<hr/>
Total.....	Pesos 24 161
Al amigo de la Habana qe me envió (10 años á 1.200)...	12 000
	<hr/>
	36.161

»Al entablar mi demanda de divorcio, cree V. que la justicia pondrá á mi mujer antes que á mis acreedores? Al recibir el favor y el destino de S. M El Emperador Maximiliano, cree V. que por fuerte que sea el sueldo qe me señale me dejarán mis acreedores gran cosa para pensionar á mi mujer? Cree V. que un escándalo dado en Méjico por mi mujer no hará que el Emperador me retire su favor y yo no me tenga que marchar inmediatamente á otra parte cargado de deudas y de ridículo?

»Yo no quiero que V haga mérito para con el Gob de su M la Reina del decoro con que he sostenido con dignidad de Español en un país casi hostil; yo no pretendo que V. le haga la reflexión de que si sus embajadores y sus cónsules hubieran seguido aquí mi política conciliadora, tendrían hoy aquí la misma consideración é influencia que yo he adquirido; no quiero que pondere V lo útil que puede ser aquí mi presencia para hacer el tratado literario y afirmar más las buenas relaciones entre España y Méjico; quiero solo que haga V. presente al Gobierno de S M que yo estoy pronto á pensionar á mi mujer que es á lo que me puede condenar la justicia en mi demanda de divorcio; pero siendo mi mujer el único impedimento para rehacer mi fortuna, quiero que

la obligue á no difamarme y á dejarme trabajar en paz y á aprovechar el favor del soberano, aunque me nombren un interventor por su parte.

»De otro modo rechazo todo derecho por parte de mi mujer, única causa de mi pobreza y de mi descrédito y quiero y haré contra viento y marea que sufra la misma suerte ridícula, ignominiosa y miserable que me ha formado. En el mismo punto en que pise mi mujer la tierra donde me hallo, renunciaré al favor imperial y me iré á otro clima, dejándola abandonada en este, reclamando de la justicia de V. que presente copia de este escrito al Emperador Maximiliano para que no me tenga por un loco ó por un ingrato.

»Siento haber dado á V. estos detalles, de los cuales doy á V. facultades para hacer el uso que crea conveniente; suplicándole que envíe copia de esta carta á la persona que á V. le escribe en nombre de S M C y á D. Hermenegildo Cevallos, calle del amor de D.—en Madrid, quedando de ella copia legalizada y dando otra á la cancillería de la Legación de España para q<sup>e</sup> los ministros futuros de España tengan noticia de mis razones al recibir los denuestos de mi mujer y de sus amigas» (1).

No tuvo necesidad Zorrilla de pensionar á su mujer ni de entablar demanda de divorcio. Poco después de escrita esta carta, á fines de aquel año 1865 ó principios del siguiente, llegó á él la noticia de que doña Matilde O'Reilly había fallecido (2).

No tratemos de juzgar aquí las relaciones entre Zorrilla y su mujer. A estas fechas, y sin medio de contrastar opiniones, sería inútil aventurar ninguna. Bástenos saber que él consideraba como causa de todas sus desgracias su matrimonio con doña Matilde, y que el hijo de ésta, don Antonio Bernal de O'Reilly, acusaba acerbadamente á Zorrilla, andando el tiempo,

---

(1) Borrador autógrafo en poder de las Sras. de Arimón.

(2) El hijo de doña Matilde, don Antonio Bernal de O'Reilly, hallábase entonces, creo que con un cargo diplomático, en Beyruth, donde fecha sus *Apuntes sobre la vida de Mahoma*.

«de infidelidades, de abandono, de su madre muerta á fuerza de amarguras y privaciones» (1).

Esperaba Zorrilla que se resolviera alguna cosa sobre el teatro Nacional; pero pasaba el tiempo y nada le decían. Ni se publicaba el decreto correspondiente, ni se le daban facultades y fondos para la organización. Entretanto los empresarios interesados en contrariar el proyecto, uniendo tal vez á su conveniencia otras miras políticas, aprovecharon la demora para hacer representaciones orientadas á un *teatro popular*. Zorrilla en vista de ello envió una representación al emperador y una larga carta á Devicentis, en que se dolía de la situación y proponía este dilema: ó la aceptación absoluta de su renuncia, ó la publicación del decreto que enviaba adjunto (2).

La verdad es que el Emperador no estaría para dedicar mucha atención al Teatro Nacional: eran muchas y muy graves las cuestiones que le solicitaban. Juárez y los suyos no daban su brazo á torcer, y si es cierto que sufrían frecuentes descalabros, no dejaban de alcanzar triunfos de consideración. Antes y después del Decreto de 26 de Febrero de 1865, en que declaró la libertad de cultos y la desamortización, el papa Pío IX declarábase disconforme con sus actos, y el clero mejicano le combatía por todos los medios. Los conservadores, que le habían dado la corona, se le mostraban contrarios, y los Estados Unidos favorecían declaradamente á Juárez. En medio de estas contradicciones, Maximiliano planteaba transcendentales reformas en la administración interior y procuraba fomentar la riqueza con acertadas medidas.

Zorrilla nos habla en los *Recuerdos* de sus relaciones con Maximiliano. Véanse, pues son de interés, los párrafos que á este punto dedica:

«Esta jamás descuidada circunspección mía para no resbalar jamás en la desnivelada pendiente de conversaciones resbaladi-

(1) *Zorrilla*, por la Condesa de Pardo Bazán, en *La Lectura* de Enero 1909.

(2) Véase el apéndice XV.

zas aun entre personas de condición igual, le hizo tal vez formar de mí no mala opinión y acordarme una confianza, cuyas demostraciones exteriores y públicas la hicieron parecer mayor á los ojos recelosos de los que, con más interesadas miras que yo, asistían á su corte ó solicitaban su favor. Yo nunca tuve el que creyó la gente vulgar que con él alcancé; pero ha-



biéndome dicho un día que le habían hablado no muy bien de mí, y habiéndome propuesto *si quería confesarme con él*, díjele que sí; y tales preguntas me hizo y tales respuestas le dí, que ni le quedó nada por saber ni á mí que revelarle. Rióse mucho y asombróse no poco de lo por mí con él confesado; y como no ignoró desde aquel día nada de lo que de mí saber quiso, no hubo desde aquel día austriaco ni mejicano que de mí le hablase á qu'en él no respondiera que él sabía de mí más que nadie, y que nadie debe hablar mal de lo que no sabe bien.

»La casualidad le reveló algunas atenciones mías, que aunque pequeñísimas, le dieron idea de la sinceridad de mi carácter; vaya una sin consecuencias: tenía yo en mi teatro una muchacha que con su sueldo mantenía á su madre viuda y á dos hermanas. Murió la madre: hízola la compañía decoroso entierro y cristianos funerales. Pedí yo y pagué los gastos hechos en ellos por la compañía, como director del Teatro Nacional; di á cada una de las muchachas treinta duros para los lutos, señalándolas otros treinta mensuales, para que no por falta de pan las faltara el decoro, guardador de la honra: todo lo cual hice yo con ellas en nombre del Emperador y como por él autorizado. Las muchachas agradecidas, y siendo extremadas en mujeriles labores, bordaron primorosamente un pañuelo y fueron á ofrecersele á Maximiliano, dándole con lágrimas gracias por lo que por ellas había hecho. No comprendió Maximiliano bien aquellos extremos de gratitud; pero oyendo mi nombre mezclado en sus sollozos, despidiólas cariñosamente y llamóme para preguntarme qué era lo que aquellas muchachas le tenían que agradecer. Díjele yo lo por mí hecho con ellas en su nombre, y volviéndome él á preguntar si había cobrado yo del Tesoro aquellos duros, y volviéndole yo á responder que para algo había de servir el sueldo del director de un teatro imaginario, se echó á reír y me volvió la espalda, diciendo:

»—Estas cosas no las hacen más que los poetas.

»Y volviéndose al pasar la puerta de su despacho interior, para saludarme y despedirme con un movimiento de cabeza, volvíme yo á mi casa sin volver á pensar en lo sucedido.

• »El primero del mes siguiente recibí un billete del intendente de Palacio, que decía:

«De orden de S. M. remito á usted cien duros, asignación mensual que recibirá usted por su caja particular.»

»Todavía no había hecho uso del derecho por mí demandado de ser recibido por Maximiliano inmediatamente que pasara mi tarjeta; demanda que él no había comprendido y que yo le había dicho que comprendería la primera vez que se le pasara. Un

día se la hice pasar por el secretario del gabinete civil; recibíome al momento, y le anuncié que me constaba que habría riesgo para él si volvía á las cuatro al palacio de Chapultepec, como acostumbraba, por el camino de abajo del acueducto, sin hacer explorar y guardar el de arriba.

»—¿Qué riesgo ha de correr—me respondió sonriendo—quien no ha hecho aquí más que bien?

»—En ese caso—repuse yo—suplico á V. M. que me permita acompañarle á Chapultepec para darle cuenta por el camino de los asuntos de mi dirección.

»—Y me acompañará también usted á la mesa, dijo, y me despidió, añadiendo:—La amistad á Maximiliano le hace á usted soñar con riesgos para el Emperador.

»Hablé con el secretario del gabinete civil, hombre lealmente adicto á Maximiliano; escribió éste cuatro palabras que yo le dicté á la persona de quien le di el nombre; mandó aquel billete á su destino con persona de confianza, y á las cuatro, al salir Maximiliano para Chapultepec, me encontró á caballo en la garita (como allí se llaman á las puertas de la ciudad).

»Maximiliano habitaba en el estío el palacio de campo de Chapultepec, y venía todos los días al de la capital al despacho de los negocios, yendo y viniendo siempre solo, con su secretario particular, en un coupé sin escolta y sin picador. Aquella tarde me llevaba á mí al estribo y se iba chanceando sobre el desempeño del papel de caballero mayor por el poeta desheredado, autor del *Don Juan*. Aquel camino, tan solitario como pintoresco, tiene á la izquierda un campo siempre verde y bien cultivado, que remata en el calado acueducto del agua fina de Tacubaya; y á la derecha una honda acequia le separa no más de un sólido cimiento de musgosos sillares, sobre el cual se afirma el acueducto del agua gorda.

»A la otra parte de la arquería, y á la altura de las seis varas del muro sustentador, corre tendida una calzada abierta entre el acueducto y el campo de extensos maizales y de páramos sin término, cuajados de brezos y de chaparros. La calzada baja,

resguardada del sol poniente por el acueducto, sombreada por hojosa y sonante arboleda, refrescado su ambiente por los derrames que escupe el agua por las ya agrietadas piedras del viejo acueducto y por la de la acequia, enramada de algas y berros silvestres, es en verano un delicioso paseo, pero frecuentado apenas por algún jinete misántropo ó alguna pareja de indios que va ó vuelve al mercado por las mañanas y á sus chozas al medio día.

»Un enemigo cobarde ó un asalariado traidor, apostado y oculto bajo un arco del camino de arriba, tendría la seguridad de acabar impunemente con la víctima que, descuidada, viniera por la calzada de abajo, seguro además de escapar por la chaparrosa y abierta llanura alta. Y por aquel camino íbamos en alegre conversación Maximiliano en su coupé, y yo á caballo á su portezuela; y así llegamos, á paso tranquilo y cómodo, por bajo los corpulentos sabinos de su acotado parque al empinado castillo Azteca de Chapultepec. Allí comimos en una galería, desde la cual veíamos comiendo el indescriptible panorama del valle de Anáhuac, en cuyo centro la capital parece una ciudad de marfil de un abanico chino, destacándose sobre el fondo azul de la laguna de Tezcoco.

»Quien no ha visto á Méjico desde Chapultepec, no ha visto la tierra desde un balcón del Paraíso: Maximiliano se extasiaba contemplando aquel fragante y gigantesco canastillo de flores, puesto al pie de los nevados picos de la Sierra Madre, que le devuelve por el aroma fresco de sus jardines de Iztapalapa, el cedríneo perfume de sus alorces cimbradores y de sus retorcidos enebros. Allí, en aquella galería, exclamó una tarde el infeliz príncipe austriaco, respirando á pleno pulmón aquel aire salubre, y dilatando sus pupilas azules á aquella luz tibia y trasparente: «Así deseo yo que me dé Dios luz y aire, para morir bendiciéndole.» ¡Y Dios le oyó!

»Aquella tarde en que yo le acompañaba, comenzaba ya á confundir su luz con la neblina parda del crepúsculo; teníamos ya vacías las tazas del café y fumaba Maximiliano, no compren-

diendo que yo le despreciara sus elegidos vegueros, y entreteníale yo con el relato de cuentos y pormenores de costumbres del país, sin darnos ni él ni yo cuenta ni de quiénes éramos ni de cómo el tiempo se nos pasaba, cuando nos interrumpió la señal de su telégrafo particular, que la hizo de atención. A los pocos minutos, el empleado que de él cuidaba se presentó con un telegrama descifrado, en el cual anunciaba el gobernador que «habiendo tenido aviso de que gente sospechosa y armada había sido vista en la calzada alta, próxima la hora del paso de S. M. por la baja, la policía había sorprendido á dos individuos cuya procedencia é intentos se averiguaban, habiéndose salvado por el páramo algunos jinetes mejor montados que les acompañaban.»

»Leyó Maximiliano el telegrama y pedíle yo permiso de retirarme. Apretóme las manos entre las suyas, como si hubiera sido un discípulo mío de Universidad; y seguro de que yo no había de decir más de lo que por la mañana le había dicho, me acompañó hasta la escalera, dando orden de que me se escoltara hasta la ciudad.»

Fuese porque lo del Teatro Nacional no se resolvía, fuese por precisión de arreglar sus asuntos en España ó por otra razón cualquiera, es lo cierto que Zorrilla, después de manifestar con insistencia su propósito de emprender el viaje, presentó la dimisión en el cargo de Director de aquel imaginario teatro—que le valía tres mil duros de sueldo—y en el de lector imperial. Maximiliano le oyó, convino en que su viaje era inexcusable y le reveló el pensamiento que tenía, en previsión de que los negocios del imperio empeorasen y se impusiera la abdicación. En tal caso, Maximiliano entregaría al príncipe de Salm-Salm todas sus cuentas, correspondencia y documentos políticos, para escribir una obra, que aparecería impresa en alemán, español, francés é italiano, y pondría en manos de Zorrilla las notas de sus impresiones personales, con objeto de que el poeta español las consignara en una especie de legendario, desde que él y Carlota habían iniciado su aprendizaje del castellano, hasta su

probable regreso á Miramar. En el palacio de Miramar tendría Zorrilla habitación, sueldo y acceso en sus aposentos como lector y cronista suyo, y Maximiliano pagaría al poeta por su libro una cantidad que cubriese y aun doblase sus deudas en Méjico y en Europa: 50.000 duros por dos tomos. Zorrilla aceptó, á condición de que ni en Méjico ni en Miramar perdería la nacionalidad española (1).

De su despedida escribe Zorrilla lo siguiente:

«Quedamos, pues, en que mi viaje duraría un año y tendría vuelta; que conservaría mi sueldo durante mi ausencia, recibiendo adelantada una anualidad como gasto de viaje; que me acompañaría mi secretario de la dirección del teatro, mozo de tanto sentido práctico como entendido en administración, también con su sueldo; que el primer miércoles de mayo me entregaría de sobremesa sus instrucciones, partiendo sin despedirme de nadie más que de él y de Carlota en el vapor *La France*.

«Y á las cinco de la tarde del miércoles 2, concluíamos de comer y entrábamos en su despacho de la torre del Mediodía del palacio de los Virreyes, donde con la cordialidad de un amigo y el cariño de un hermano me entregó un paquete de notas, una libranza de 4.100 duros sobre París, sesenta y dos onzas y media para el pasaje y una letra sobre Madrid para los gastos de la vuelta, que debía verificarse entre junio y septiembre del 67, previo aviso suyo.

«Á las seis menos cuarto se levantó de la silla para despedirme, y me abrazó: él era de aventajadísima estatura, y mi frente llegaba apenas al lugar en que latía su corazón, contra el cual me estrechaba: sentí que los ojos se me inundaban de lágrimas; y cuando me condujo hasta la puerta, yo no pude articular palabra; apretóme la mano, y diciéndome: «Hasta la vuelta, y puede usted escribirme por mi gabinete civil», me despidió. Atravesé el inmenso salón vacío en que la puerta de su gabinete se abría, y al llegar á la puerta de aquél, sintiendo yo que aún me esperaba

(1) Así lo refiere Zorrilla en los *Recuerdos*, t. 2.º, pág. 349.

en la de éste, me volví á hacerle el último saludo. Estaba efectivamente sonriéndome bajo el dintel de aquella puerta; los rayos del sol poniente, que por el balcón del gabinete que tras ella y sobre la plaza se abría, iluminaban por detrás su figura inmóvil, que destacaba sobre aquel fondo de resplandor de incendio: su cabeza rubia parecía cercada de una aureola de luz purpúrea, y nunca he podido olvidar esta coincidencia supersticiosa.

«La primera vez que le vi, entrando en la capital, bajo su manto rojo de púrpura y escoltado por su guardia palatina de uniforme rojo, me pareció que tras de sí dejaba un rastro de sangre; y la última me dejó la impresión de haberle visto circundado de fuego como si saliera ó cayera de un volcán »

El día 13 de junio de 1866 se hizo Zorrilla á la mar en Veracruz. Maximiliano, que tenía algo de supersticioso, telegrafió para que el vapor *La France* no partiera el día 13; pero ni Zorrilla ni el capitán del buque hicieron caso.

Antes de partir, el poeta dirigió al Emperador un telegrama en verso, que decía así:

Ya me espera el bajel; á otro hemisferio  
antes que el mar azul camino me abra,  
sé que os debo al salir de vuestro imperio,  
mi último adiós y mi postrer palabra (1).

\* \* \*

El secretario que llevaba Zorrilla en su compañía era un joven llamado Federico Cejudo, que dió pruebas de cordial afecto al poeta. Llevaba, en previsión de lo que ocurrir pudiera, dos pasaportes: uno regio, á nombre de Zorrilla, como lector del Emperador y agregado á su casa imperial; otro á nombre del secretario, en que decía: «Le acompaña D. J. Zorrilla».

Tenía éste que reunirse en la Habana con un librero francés,

---

(1) Se hallan estos versos entre los autógrafos que posee la señora viuda de Cubas, encabezados así: «Telegrama puesto desde Veracruz al Emperador».

llamado León Williez, á quien debfa señalados servicios. Al morir en desaffo el director del *Diario de la Marina*, Isidoro Lira, amigo y protector de Zorrilla, Williez habfa escrito á éste comunicándole el triste suceso y ofreciéndose á pagarle el mismo sueldo que le daba Lira si se comprometfa á realizar varios trabajos literarios, traducción de obras francesas é italianas. Comunicábale también que habfa satisfecho una deuda de 1.118 pesos, que Zorrilla habfa dejado en la Habana.

Asombrado el poeta ante estas espontáneas liberalidades, aceptó las proposiciones, y escribió á su antiguo amigo Juan Ariza, en la Habana residente, para que le informara de León Williez y de su establecimiento. En vista de la favorable contestación de Ariza, dióse prisa á hacer las traducciones, y puntualmente recibió las mensualidades estipuladas y otras crecidas sumas que necesitó: mil doscientos pesos que dejó en Méjico á don Manuel Mendoza Cortina, para pagar cuentas atrasadas, y trescientos y pico que por razón parecida satisfizo á D. Pío Bermejillo.

Williez, á quien Zorrilla estaba justamente agradecido, habfa de embarcar también en *La France*. «Sencillo y vulgarísimo en su exterior—escribe Zorrilla—, modesto, pero limpio hasta la pulcritud, en su vestir; claro y conciso en el hablar, con poco acento francés en el castellano y con inmensa facilidad en el alemán; nacido y criado en Strasburgo, el alemán y el francés eran simultáneamente sus lenguas maternas; y esa fué su desventura y la mfa, porque, el tiempo andando, mientras arreglaba en Strasburgo sus negocios de familia, tomándole por espfa, le fusilaron los prusianos».

Zorrilla saludó en la Habana á su antiguo hospedador el banquero D. Manuel Calvo, á su condiscípulo Trifón Modet y á Juan Ariza, que después de sus campañas dramáticas en la península, habfase casado en la Habana con una joven del país (1). En la travesfa hasta Saint-Nazaire, Williez se abrogó las fun-

(1) Allf, después de haber dirigido el *Diario de la Marina*, murió en 1876.

ciones de tesorero y prohibió á Zorrilla y á su secretario el pago de todos los gastos extraordinarios.

Una vez en París, los tres viajeros tomaron alojamiento en casa de una tía de Williez. Sirvió éste de solícito *cicerone*, y Zorrilla confirmó su idea de que la capital de Francia era «el paraíso de los tontos». Con su secretario Federico asistió á varios teatros, y en especial á los de magia y baile, por ser, según declaración propia, «muy aficionado á los funámbulos, atletas, equilibristas y bailarines, y sobre todo á las bailarinas». Cierta noche halló en un circo á su antiguo colega de *El Entreacto* Juan del Peral, periodista activísimo, dramático fecundo, el cual se apresuró á notificar en un periódico el regreso de Zorrilla.

Williez arregló las cuentas que Zorrilla tenía pendientes con sus antiguos editores franceses, y con poderes legales realizó sus pagos y cobros. Emplazáronse luego para el mes de octubre en Madrid, y Zorrilla partió con su secretario para Lyon, Aviñón, Nimes y Perpignan. El 19 de julio—no de agosto, como Zorrilla dice en los *Recuerdos*—entraban en Barcelona



#### IV

Zorrilla, sospechoso.—Agasajos.—En el pueblo natal.—Presentación en Madrid.—El «Cuento de las flores.»—Un viaje triste.—Al solar de Quintanilla.—«Album de un loco.»—«El drama del alma.»—A Barcelona.—Zorrilla y Cataluña.—«Ecos de las Montañas.»—Segundo matrimonio de Zorrilla.—Los apuros del poeta.—Excursiones.—«Entre clérigos y diablos ó el Encapuchado.»—La cruz de Carlos III—Una comisión en Italia.

Cuando fué advertida la presencia de Zorrilla en Barcelona, los periódicos se hicieron eco de una noticia publicada por los de Cuba, según la cual el poeta regresaba á España «con una misión especial que le había confiado el emperador de Méjico» (1). Zorrilla se apresuró á dirigir á los periódicos de Barcelona una carta concebida en estos términos:

«Dice V., refiriéndose á los periódicos de la Habana, que traigo una comisión de S. M. el emperador Maximiliano; yo no pigo tan alto: no soy más que lector de S. M. I.; y este cargo no tiene más significación que la del aprecio que S. M. el emperador de Méjico hace de un poeta español. Yo soy en Méjico ni más ni menos que lo que soy en mi país: un hombre que hace versos. SS. MM. el emperador y la emperatriz, que hablan correctamente el castellano, gustan de oirme leer los míos; yo se

(1) *El Diario de Barcelona* publicó en el número del 21 de julio la noticia de haber llegado Zorrilla, y en el del 25 la de la misión que se le atribuía.

los leo: he aquí por qué tengo el título de su lector firmado por S. M. I. Si en estas lecturas me acuerdan los emperadores una atención particu'ar, la cosa me parece que no prueba que me den más importancia que á otro cualquier individuo de su corte, ni creo que tenga más que una interpretación: yo leo, y SS. MM. me escuchan.»



Y por los mismos días—25 de Julio—se publicó en los mismos periódicos la siguiente poesía de Zorrilla, titulada *Vuelta á la Patria* (1):

(1) Bajo la preocupación de que Zorrilla venía á España con una misión secreta, el secretario del Gobierno Civil de Barcelona hizo numerosas supresiones en esta poesía; «y aunque no contaba yo—dice Zorrilla—con que un secretario se atreviera á corregirme mis versos, los publiqué tales como él me los

## I

## EN LA FRONTERA

—¿Estamos ya en la frontera?

—El tiro de este relevo

es ya español.—¡Pues afuera!

—¿Qué va usted á hacer?—La primera  
canción que á mi patria debo.

¡España!... te vuelvo á ver!

Dios tan lejos me hizo ir,

que temí nunca volver.

Si hoy no me mata el placer  
no debo nunca morir.

Dame tu tierra á besar;  
y puesto en ella de hinojos,

déjame dejar brotar

las lágrimas de mis ojos

y á Dios un momento orar!

Deja que á pleno pulmón

aspire voraz tu ambiente,

aunque en tal espiración

dilatándose reviente

de placer mi corazón.

¡España del alma mía!

sin orar á Dios por ti

no he pasado un solo día:

¿quién sabe si todavía

te acordarás tú de mí?

Dios me llevó mis pesares

á llorar á tierra extraña;

---

dejó, acatando la autoridad establecida pero sin comprender semejante exceso literario en la autoridad civil; quien comprendía yo que me prohibiera los versos, pero no que me los corrigiese.»

yo á través de tierra y mares  
 mis lágrimas traigo á España  
 convertidas en cantares.

España de mis amores,  
 si aún mis cantares ansías,  
 no quiero que por mí llores:  
 para ti tornaré en flores  
 todas las lágrimas mías.

¡Dios de España, á quien jamás  
 olvidé por donde fuí,  
 aquí es en donde tú estás:  
 aquí es en donde te das  
 á ver y adorar de mí;

Dios, que sabes con qué fe  
 diez años hora por hora  
 la de mi vuelta esperé,  
 no me abandones ahora  
 que pongo en España el pie!

## II

¡AL COCHE!

¡Bien haya quien grito tal  
 me da en español de nuevo!  
 Ten mi bolsa, mayoral:  
 yo en mi patria sólo llevo  
 mis versos por capital.

## III

EN ESPAÑA

¡Patria... de placer venero!  
 ya tu aura mi faz oreo;  
 ya mi oído el son recrea

de tu lengua nacional.  
Yo no soy aquí extranjero:  
si no conocen ya al hombre,  
aún fío en Dios que mi nombre  
no suene al oído mal.

---

¡Patria! .. no sé si en mi ausencia  
la calumnia me ha mordido:  
yo vuelvo como he partido,  
hijo leal para ti.  
Maestro en la gaya ciencia,  
de los pueblos con asombro,  
solo, y el laúd al hombro,  
tu gloria á cantar me fué.

---

Siempre en plazas y en palacios,  
en teatros y en salones,  
mis primeras expresiones  
me acusaron de español;  
cual poeta y hombre, á espacios  
en mi vida hay malo y bueno:  
español puedo sereno  
enseñar mi faz al sol.

---

Si te dicen que amor tengo  
á un pueblo antes tu enemigo,  
no lo fué para conmigo  
y yo le debo lealtad.  
De tu sangre hidalga vengo;  
no he de ser jamás ingrato  
con quien fiel me dió buen trato  
y franca hospitalidad.

---

Si te dicen que dependo  
de extranjero Soberano,

me tendió leal su mano,  
me trató de igual á igual.  
Yo me doy y no me vendo:  
él lo sabe y él lo estima;  
de fe en prenda, llevo encima  
coronada su inicial.

---

Yo he nacido castellano;  
mas doquiera que me he visto,  
soy cristiano y como Cristo  
prediqué fraternidad.  
Todo hombre nace mi hermano;  
do llevo mi gaya ciencia,  
la fe llevo en la conciencia  
y en la lengua la verdad.

---

Fénix que anuncio mi muerte,  
vengo en mis patrios hogares  
de mis últimos cantares  
el son postrero á exhalar:  
vengo, en un esfuerzo fuerte  
de mis postrimeros bríos,  
á saludar á los míos,  
á hacerme otra vez al mar.

---

A mí á través de sus olas  
llegó el cántico vibrante  
de una pléyade brillante  
de nuevos poetas mil.  
De las letras españolas  
aún mi alma el amor abriga...  
Ven á que yo te bendiga  
¡oh, pléyade juvenil!

---

¡Con cuán íntima delicia  
gozaba oyendo tu cántico,

cuando á través del Atlántico  
 lograba hasta mí llegar!  
 Ven, ven á mí, que es justicia  
 que los vates castellanos,  
 den un apretón de manos  
 al que tuvo aquí su hogar.

—

Que yo os conozca; cercadme:  
 yo soy leal; soy un viejo  
 que sin pesadumbre dejo  
 mi puesto á la juventud.  
 Mas al llegar, toleradme  
 mi viejo laúd que empuñe,  
 y un mal cantar os rasguñe  
 en mi ya ronco laúd.

—

Trémula traigo la mano  
 y cana la cabellera:  
 mas aun traigo la alma entera  
 y brío en el corazón;  
 y aun puedo, buen castellano,  
 lanzar con mi último aliento,  
 un ¡bravo! á vuestro talento,  
 y un ¡viva! á nuestra nación (1).

---

(1) Por entonces debió de escribir, para enviarlos á Maximiliano y Carlota, los siguientes versos, que con el título de *Correspondencia* figuran entre los autógrafos de la señora viuda de Cubas:

A S. M. LA EMPERATRIZ CARLOTA

Ausente vivo de vos,  
 mas no penséis que os olvido:  
 por vos, señora, le pido  
 todas las noches á Dios;  
 y aunque el mar pude pasar  
 vuestro amor vive en mí entero.

Pronto recibió Zorrilla muestras unánimes de admiración y afecto. Don José Puig y Llagostera—aquél, como dice Zorrilla, «extraño personaje, fabricante, diputado, conspirador, y malogrado y disparatado Pepe Puig —, se presentó en el Hotel de las Cuatro Naciones, donde Zorrilla y su secretario se hospedaban, é hizo exhibición de una carta en que el relojero de Londres Ramón Losada, tan caro al poeta, encargaba á éste que se alojase en casa de Puig. Así lo hizo Zorrilla, y desde entonces fué grande amigo suyo y su huésped casi de continuo durante sus estadas en tierra catalana (1).

Los literatos barceloneses se mostraron con él sumamente obsequiosos, y algunos de ellos le acompañaron en la excursión que á fines de aquel mes de Julio hizo á Monserrat. Entretanto, los escritores jóvenes madrileños, por iniciativa de don Juan Pérez de Guzmán, acordaron en gran número regalarle un album con todas sus firmas, y los de la morisca Granada pensaron en dedicarle una corona poética.

En el *Museo Universal*, la memorable revista madrileña, que ilustrara el lápiz de Valeriano Bécquer, apareció el día 5 de Agosto un retrato de Zorrilla, un fragmento de la antigua biografía escrita por Ferrer del Río, y la sentida carta en que don Pe-

---

Yo os probaré cuánto os quiero  
pasando otra vez el mar.

A S. M. EL EMPERADOR MAXIMILIANO

Lo que para vos he hecho  
para mi patria hago hoy;  
mas de mi pecho no os echo,  
pues vuestra cifra en mi pecho  
diciendo va de quién soy.

(1) Puig y Llagostera fué muy popular en Cataluña. Propietario de la gran fábrica de hilados y tejidos de Esparraguera, construyó una colonia de obreros, con escuelas de niños, teatro, etc. Fué diputado en las Cortes Constituyentes de 1869. Combatió el libre cambio de sus amigos Figuerola y Prim. Publicó unas cartas dirigidas á este general, por lo que fué preso, y los industriales de Barcelona le regalaron como homenaje un grillete de oro.

dro Antonio de Alarcón daba la bienvenida al poeta. Preciso es que la reproduzcamos aquí:

«Diez y ocho años han transcurrido desde que nuestro gran Zorrilla abandonó el suelo de España.—¡Diez y ocho años! ¡Toda una vida! ¡Casi la edad que contaba el inspirado vate el día que conquistó el primer laurel sobre la tumba de Fígaro!—Ello es que cuando la generación literaria que hoy milita empezó á percibir, estremecida de entusiasmo, los mágicos sonos de aquel arpa que sonaba al modo del laúd de los antiguos trovadores y de nuestros épicos romanceros, ya el poeta de la fe y de la caballería, de la cruz y del islamismo, de *María* y de *Granada*, no vivía entre nosotros, sino que cruzaba el Oceano para ir á perderse, como huésped de la apartada y espaciosa América, en un limbo que no era la muerte ni la vida, y que tenía algo de una anticipada posteridad.

»Que esta posteridad le ha sido fiel y cariñosa; que no le ha olvidado ni desconocido un solo momento, á pesar de lo efímera que es la fama en los turbados y mudables tiempos que corremos, dígalo el afán con que todos hemos seguido el lejano resplandor del astro que alumbraba otro hemisferio, con que hemos contado los años de su ausencia, con que hemos recogido los últimos acordes del plectro de oro del vate peregrino, y conservándole en constante actualidad su puesto de honor á la cabeza de nuestros poetas, como suelen en los ejércitos llamar y considerar *presente* al héroe que fué baja; pero á quien se juzga irremplazable.

»Durante este tiempo han muerto muchos hombres ilustres, maestros ó camaradas del poeta ausente; han aparecido otros genios, justamente reputados en el mundo de las letras; han pasado y han surgido escuelas literarias; se han operado cambios radicales en la sociedad española; la crítica ha mudado una y otra vez sus dogmas y sus sacerdotes; ha variado esencialmente el gusto del público, y el público mismo ha trocado su naturaleza al asociarse nuevos elementos, antes inertes; y, sin embargo, todos y todo, poetas y lectores, generaciones y escuelas,

han reservado *la parte del león* en la popularidad y la gloria, en la admiración y el respeto, á aquel que, distante y mudo, no requería ya con su lira aplausos á la fama.

»Es decir, que Zorrilla ha alcanzado, vivo y joven todavía, la solemne y desapasionada veneración que sólo se tributa á los que traspasaron los umbrales de la muerte, y hoy se nos presenta como si fuera monumento viviente de su propia gloria, al cual podemos rendir, con eficaces agasajos, que hermoseen y halaguen el último tercio de la existencia mortal del hombre, aquel tributo de gratitud nacional ó patriótica ufanía que ordinariamente es, por lo tardío, una estéril é irrisoria justicia, ya que no una penitencia de la posteridad avergonzada.

»No es de este momento ni entra en mi propósito, analizar detenidamente la razón de la constante boga y durable popularidad de tan celebrado poeta.

»Baste decir que, nacido á la vida pública en lo más recio de la batalla entre clásicos y románticos, mantúvose á igual distancia de la exageración de ambas escuelas, prefiriendo á las atildadas y rigurosas formas de los unos y á la febril anarquía de los otros, combinar lo bueno de los dos gustos en provecho de lo que fué, es y será siempre el verdadero gusto español en artes y literatura. Zorrilla no invocó nunca las muertas divinidades paganas, fingiéndose sacerdote de la falsedad notoria y acomodando servilmente sus espontáneas concepciones al pie forzado ó al molde frío de una regla establecida en los modelos griegos y romanos. Pero tampoco afectó un descreimiento escandaloso cuanto ajeno de la sociedad española: tampoco desdeñó, como ideales muertos, las glorias de nuestros mayores, el amor de la patria, la esperanza en otra vida, la religión del Crucificado y el santo temor de Dios. No, no fué romántico desesperado, iconoclasta, ateo, como no había querido ser adorador de Júpiter ni ministrante de Apolo. Fué español, fué cristiano, fué el poeta caballeresco, el trovador legendario, el continuador del *Roman-cero*, el cantor propio de esta nuestra raza ibérica, en la cual lo céltico y lo árabe neutralizan, vencen y borran, en el carácter y

en la imaginación, todo lo que conservan de helénico y latino las instituciones y la lengua. Fué español, como lo había sido Calderón, el gran poeta del siglo de oro de los neogriegos franceses, y como Lope y Góngora, quienes, si alguna vez vistieron sus conceptos con las usadas ropas del paganismo, se hallan tan distantes de Corneille y de Racine, como la mística de la escultura, como Murillo y Zurbarán de las academias romanas de hoy. Fué español, en fin (como lo habían sido todos nuestros grandes poetas, exceptuando á Garcilaso y sus secuaces, imitadores de los clásicos italianos), ya escribiera el romance tradicional que constituye el poema continuo de nuestra patria, ya se perdiera en sutiles razonamientos teológicos, ya se nos presentase lujoso, soñador y pintoresco á la manera de los *místicos* orientales y africanos, de quienes aprendió ó heredó la regalada música de sus voluptuosas cántigas.

»Natural era, por tanto, que el pueblo lo acogiese y adoptase como su genuino intérprete, como su cantor favorito, y que retuviera sus versos en la memoria y su nombre en el corazón al través del tiempo y á pesar de una absoluta ausencia. Natural es asimismo lo que hoy sucede y lo que yo espero que aún sucederá, y que constituye, por decirlo así, el *argumento* de esta mi pobre y desaliñada carta.

»Hace algunos días todos los periódicos de Madrid publicaron cuatro renglones, dando la noticia de que Zorrilla había pisado el suelo de la patria. El suceso era tan interesante y fausto, que bastaba anunciarlo en términos sencillos para que apareciese con toda su importancia. No: no lo han achicado afortunadamente las vulgares y gastadas fórmulas de elogio y regocijo de que hemos abusado todos hasta la saciedad en cualquier ocasión y á cualquier propósito. La hipérbole, insípida ya por lo prodigada en nuestro país, no ha rebajado á la categoría común de las solemnidades literarias el hecho de que Zorrilla reaparezca en España después de tantos años de ausencia. Pero no basta. Después de la emoción y el respeto, nos urge á todos significarle nuestra admiración y nuestro entusiasmo; y ésta es,

señor Director, la razón de las presentes líneas, que le ruega á usted inserte en su apreciable semanario.

»Con placer he sabido que se prepara V. á publicar en *El Museo* el retrato, la biografía y alguna composición del inmortal autor de *El Zapatero y el Rey*, y, al felicitar á V. por tan noble idea, creo ser intérprete de los sentimientos de nuestros escritores invitándolos á una reunión en que se excogite algún medio por el cual la gran familia literaria de la corte salude al inmortal poeta en su regreso á España, ya sea dirigiéndole un expresivo mensaje á Barcelona, donde ha desembarcado, ya sea disponiéndole una afectuosa acogida para cuando venga á Madrid. Cualquiera de estas demostraciones no haría más que preceder dignamente á las que son de esperar de corporaciones y poderes aquí constituídos, y que no pueden manifestarse indiferentes en esta cuestión de orgullo patrio, ni dejarse aventajar en ella por la liberalidad de algún soberano extranjero.

»Y ahora, para concluir, permítame V. que apunte el especial motivo por que tomo en este caso una iniciativa para la que me faltan títulos y merecimientos.

»Cúpome, hace tres años, la triste, dolorosísima honra de ver morir en mis brazos y de cerrar piadosamente los ojos al insigne poeta que presentó á Zorrilla en la arena literaria; que lo apadrinó en su bautismo de gloria; que escribió el prólogo de la primera edición de sus versos; que vivió con él; que lo amó fraternal, si no paternalmente; que me transmitió, en fin, con la sabrosa historia de aquella ternísima amistad, el cariño que él profesaba al que hoy no lo encontrará en el mundo de los vivos. Don Nicomedes Pastor Díaz, en cuya casa fueron escritas y á quien están dedicadas muchas composiciones de Zorrilla, instituyóme y nombróme, así como á otros dos amigos, su albacea literario. Yo sé el ansia desesperada con que el cantor de *La Luna*, durante su agonía de muchos años, deseaba la vuelta de su amigo; yo sé la apasionada acogida que éste hubiera encontrado hoy en aquel sensible y nobilísimo corazón, cuyo último latido sentí apagarse bajo mi mano: yo creo cumplir hasta con un

deber de conciencia transmitiendo aquí al ilustre vate que torna al teatro de su juventud y de sus triunfos, el legado de aquella amistad, sólo interrumpida por la muerte.

P. A. DE ALARCÓN.»

5 Agosto 1866.

Zorrilla agradeció este cordial saludo que le dirigía el cronista de la guerra de África, y contestó con la siguiente carta:

Á D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

¡Dios te bendiga, Alarcón,  
por tu carta bienvenida!  
Por ella á muerte y á vida  
es tuyo mi corazón.

Y aunque una gota de hiel  
con el recuerdo tan triste  
de quien tanto amé, vertiste  
al fin de tu carta en él,

no por eso será esquivo  
mi corazón para ti,  
pues me ayuda el que perdí  
á hallar su afecto en ti vivo.

¡Dios haya en la eternidad  
recibido su alma buena!  
La mía, de su fe llena,  
dejó su santa amistad.

Tendamos un santo velo  
sobre el mármol que le encierra:  
nuestra alma debe la tierra  
cruzar vestida de duelo.

Hablemos hoy de otra cosa:  
tu noble carta al leer,  
he sentido tal placer,  
que en el alma me rebosa.

Hablas de mí de tal modo,  
que si de mí piensa hoy  
como tú mi patria, voy  
tal vez á atreverme á todo.

Si de tu carta supieras  
cómo obran en mí á estas horas  
las palabras tentadoras,  
lo que escribes no escribieras.

Nunca tuve otra ambición  
que ser en mi patria amado:  
si engañarme has intentado...  
¡Dios te perdone, Alarcón!

¿Sabes tú lo que es tener  
entre ti y España el mar,  
y á que se seque esperar  
á España para volver?

¡Pues once años pasé así!  
Bien quisto, tal vez amado,  
sí, pero desesperado  
de volver nunca, ¡ay de mí!

Tenía oro y no podía  
pagar jamás mi pasaie,  
y á la eternidad del viaje  
tener que emprender temía.

¡Han sido once años de afán!  
aunque me los ha endulzado  
el pueblo que me ha hospedado,  
conmigo siempre galán.

¿Concibes, buen Alarcón,  
cuando tu carta he leído,  
lo que sentir he debido  
en mi español corazón?

Dios me tuvo en tierra ajena  
once años encadenado,  
y hubiera muerto expatriado  
si él no rompe mi cadena.

Yo creo en Dios: sí, en verdad:  
humillé ante él mi cabeza,  
y aguardé con entereza  
la muerte ó la libertad;

y atado de pies y manos,  
de la calumnia y la envidia  
sentí herirme con perfidia  
los aguijones villanos.

¡Y no eran, Pedro, de allí,  
los que allí á traición me herían!  
¡Pedro, los dardos venían  
envenenados de aquí!

Mas mi fe en Dios es completa;  
cristiano soy, y prefiero  
la lealtad del caballero  
á la fama del poeta.

Yo nunca he sabido odiar;  
quienes me ultrajaron sé,  
pero sus nombres eché  
con sus ultrajes al mar.

Dios me otorgó su perdón;  
y mi cadena al romper,  
me mandó á España volver  
sin ira en el corazón...

No me hará un triunfo arrogante  
si alguno un guante me arroja,  
le ruego que le recoja  
sin que yo se le levante.

Creíme olvidado aquí,  
aunque en Dios siempre fié:  
mas da harfo premio á mi fe,  
si aun os acordáis de mí.

Dices muy bien, Alarcón;  
sólo español y cristiano,  
fuf siempre, buen castellano,  
el cantor de mi nación.

Nunca opinión he tenido,  
ni política mancilla:  
sólo á la prez de Castilla  
mirado he por donde he ido.

Si mi nación me lo estima,  
¡benditos sean de Dios  
los duelos que llevé en pos,  
los años que traigo encima!

—  
Perdona estas digresiones  
á que me impulsó tu carta;  
y antes que á Madrid me parta  
lee mis últimas razones.

Traigo un voto que cumplir:  
deja que antes de cantar,  
diga á Dios ante el altar  
lo que debo á Dios decir.

Deja que un momento en calma  
con Dios mis deberes llene:  
aguarda á que Dios serene  
la tempestad de mi alma.

—  
Supongo que no imaginas  
que ansío palmas ni honores:  
yo viví sembrando flores,  
y en todas sé que hay espinas.

Yo vengo ansioso á beber  
la luz y el aire natal,  
al Anahuac imperial  
por si tengo que volver.

Yo amo aquella infeliz tierra:  
¡quién algo del corazón  
no deja en una prisión  
que por once años le encierra!

Mi palabra allí empeñé:  
y aunque en extranjero hogar  
allí tenga que expirar,  
mi palabra cumpliré.

Si á quien mi palabra di  
rico y feliz fuera, yo  
se la pidiera, pues no  
necesitara de mí;

mas como se puede hallar  
solo, á la merced de Dios,  
no he de ser yo de los dos  
quien al otro ha de dejar.

Á él mi palabra me liga;  
si él de ella no me desata,  
ó Dios antes no me mata,  
mi fe á cumplirla me obliga.

Pues debo á la corte ir  
y en ella te debo ver,  
cuándo, y cómo debe ser,  
te debo á un tiempo advertir.

Aun traigo unas trovas viejas  
que cantar en mi harpa rota,  
y traigo una que otra nota  
sobre cuentos y consejas;

y aun traigo algo que decir,  
pues que mi oficio es hablar,  
y algo traigo que contar,  
si me lo quieren oír.

Mas como (si gran fortuna  
no) tuve en Castilla casa,  
voy antes á ver qué pasa  
por la casa en que hube cuna;

así que, antes que á Madrid,  
tengo que ir á investigar  
si me guardan un hogar  
Burgos ó Valladolid.

Después... si deseas flores  
derramar ante mis huellas,  
sea: yo sabré con ellas  
una guirnalda trenzar;

y á estilo de mis mayores,  
en un templo, de fe en prenda,  
haré de ella á Dios ofrenda  
antes de hacerme á la mar (1).

---

(1) Ruiz Aguilera, desde el mismo *Museo Universal*, dirigió á Zorrilla unas décimas muy expresivas:

Desecha vanos temores;  
no, para España no has muerto;  
bien te lo dice el concierto  
de todos sus trovadores.  
Tu senda cubren de flores  
de una orilla á la otra orilla;  
y una corona sencilla  
que su fiel cariño marca,  
te ofrecen ¡oh patriarca  
de los bardos de Castilla!

• • • • •

Pensativo y solitario  
tú al panteón descendiste

Después de hacer una nueva excursión á Monserrat, Zorrilla tomó el camino de su tierra natal. Preparaba, á lo que parece, un libro titulado *Lecturas públicas de don José Zorrilla en América*, y afirmaban los periódicos de aquellos días que «el editor, jefe de una librería de la Habana, estaba en la corte para entenderse con los libreros».

A principios de septiembre llegó á Burgos y tomó alojamiento en casa de los ancianos beneficiados de aquella Metropolitana don Benito y don Julián García, grandes amigos y favorecedores de aquel atrabiliario Superintendente de policía que se llamó don José Zorrilla Caballero. Allí le saludaron representantes del Ayuntamiento, Diputación provincial, Cabildo y otras corporaciones. La *Estudiantina Burgalesa* le obsequió con una serenata, á la cual contestó con una poesía (1).

do yacía en sueño triste  
todo un mundo legendario.  
Estremeci6se el osario  
al rumor de tus pisadas,  
y, por tu acento evocadas,  
con la vida que vivieron,  
las sombras comparecieron  
de las edades pasadas.

En los lechos sepulcrales  
habla la estatua de piedra,  
brotan, con manto de hiedra,  
los torreones feudales  
De las viejas catedrales  
respiramos el ambiente,  
y tu inspiraci6n valiente  
con rasgos de fuego traza  
la historia de nuestra raza  
unida con la de Oriente.

.....

(1) Oigo al pie de mi balc6n  
vuestra gentil serenata.  
¡Cuánto es á mi oído grata!  
¡Cuán grata á mi corazón!

De Valladolid escribió á Zorrilla don Nicolás Acero, en su nombre y en el de su padre don Ventura, invitándole para ocupar, durante su estancia en esta ciudad, una habitación en la casa de que eran dueños, esto es, la misma de la calle de la Ceniza en que viera la luz del día el poeta. Este aceptó, y envió á su secretario Federico Cejudo para que tomara las convenientes disposiciones (1).

Pusieron hondos pesares  
entre Castilla y yo el mar,  
y á Castilla al regresar  
me recibís con cantares.

¡Dios os dé tanto placer  
como con ellos me dáis!  
Si un día España dejáis,  
como á mí os haga volver.

Temí que mi corazón  
se hubiera insensible hecho,  
pero palpita en mi pecho  
de vuestra música al son.

Y pues le hace ella latir  
después de tanto pesar,  
tal serenata á pagar  
debe el corazón salir.

¡Gracias pueblo burgalés!,  
En cambio de la canción  
que envías á mi balcón,  
los versos echo á tus pies.

No extrañes si en el hogar  
do entre lágrimas me hospedo,  
tu serenata no puedo  
con gayos versos pagar.

Págote con éstos, pues;  
mas nunca olvides que son,  
tan pobres como los ves,  
hechos con el corazón.

(1) Don Nicolás Acero fué cultivador de las letras. Escribió, entre otras cosas, una *Teodicea*, un estudio sobre *Ginés Pérez de Hita*, otro sobre el obispo don Pedro de la Gasca, una *Historia de Mula*, y un tomo de poesías titulado *Tiempo perdido*.

Se esperaba en Valladolid á Zorrilla el día 20; pero á causa de un cólico bilioso que tuvo en Burgos, no llegó hasta el 21 por la noche (1). *La Crónica Mercantil* daba cuenta de su llegada y añadía lo siguiente:

«El señor don Ventura Acero, teniente Alcalde de la población y dueño hoy de la casa donde nació el señor Zorrilla, esperaba también á éste en el andén de la estación, acompañado del secretario particular del poeta, señor Cejudo, y de algunas otras personas.

»La elegante carretela del señor Santibáñez, cónsul del Tribunal de Comercio de esta capital, esperaba fuera.

»La Redacción de *La Crónica* puso también un coche á disposición del señor Zorrilla.

»Subió éste á la carretela, y acompañado de los señores Acero (padre é hijo) y del director de *La Crónica*, se dirigieron por las calles más céntricas de la capital, y seguidos de los coches en que venían los señores propietarios, redactores y colaboradores de nuestro Diario, con algunas otras personas de la población, á la antigua morada del inspirado vate, en cuyo semblante se notaba un dulce contento.

»No fué, por cierto, preciso decirle los nombres de las calles que atravesaba el carruaje, ni tampoco guiarle en el recinto de la casa que con tan exquisita galantería le ofrecieron los señores Acero y que con tanto placer le ven hoy disfrutar. Su fiel memoria, su privilegiada imaginación recordaba perfectamente hasta los menores detalles, y se hacía cargo con gusto de los cambios y mejoras que la población ha tenido durante su larga ausencia.»

¿No había de conocer las calles de Valladolid, que hacían resurgir los días de su niñez y los de su vida estudiantil? ¿No había de sentir impregnada su alma de poeta en las más puras é intensas emociones? Al escribir al año siguiente *El drama del alma*, expresaba así la impresión de esta llegada á su pueblo natal:

(1) Tres días antes había llegado á Valladolid don Adelardo López de Ayala.

Esta es Valladolid,.. ¡al fin la veo!  
 ¡Con qué placer... como la luz primera  
 cuando en ella nací. ¡Dios mío! creo  
 que vuelvo hoy á nacer. Espera, espera,  
 cariñosa amistad! Sólo un paseo  
 por la Plaza, una vuelta por la Acera.  
 Déjame este aire respirar: deseo  
 beber las dulces aguas de esta fuente  
 de mis recuerdos, y bañar mi alma  
 en el remanso tibio y transparente  
 que hace, con ellas, resbalando en calma,  
 del tranquilo Pisuerga la corriente.  
 Déjame... quiero hablar con estas piedras,  
 y abrazar estos árboles, y ansioso  
 besar estas paredes, de que yedras  
 son mis dulces memorias, y reposo  
 tomar en estos bancos en que un día,  
 mal estudiante, a divagar venía.

. . . . .  
 . . . . .

Luces, ruido, ¡esto más? Música, flores  
 y coronas y vítores y ofrendas!  
 ¡Dónde, cuándo gané tales honores!  
 ¡Dónde ha de conservar tan caras prendas  
 quien debe de volver á tierra extraña  
 solo y triste a morir lejos de España!  
 Esa gloria me espanta  
 y me fascina al par; porque esa gloria  
 aquí á mi faz levanta,  
 de ese templo al mirar la puerta santa,  
 contra mí mi conciencia y mi memoria.  
 Esa iglesia... ¡ay de mí! De ella contemplo  
 salir en larga y silenciosa hilera  
 todos mis años idos.. triste ejemplo  
 de una existencia inútil, que va entera

á caer en la honda eternidad mañana  
sin costar una lágrima siquiera,  
sin dejar en la tierra un alma hermana  
de sus dichas y duelos compañera.

. . . . .  
. . . . .

Aquí vine á nacer: en ese templo  
santo me bautizaron... «Pues espera,  
andrajo de oropel de gloria humana,  
átomo errante de rumor inútil,  
insaboro raudal, manojó fútil  
de palabras de lengua castellana;  
espera aquí.—¡Prostérnate, altanera,  
ruin y vacía vanidad mundana! ..  
¡De rodillas, orgullo, de rodillas!  
Haz algo bueno alguna vez, villana  
vanagloria procaz, y ora sincera.  
¿Qué vales, polvo vil, si no te humillas?  
Prostérnate: yo soy tu fe cristiana!  
Obedece: en mi voz te habla lejana  
la voz del huracán de las Antillas  
y el eco de las tumbas de la Habana!»

Virgen de San Martín, á cuyas plantas  
casi muerto al nacer recibí un día  
del agua bautismal las gotas santas:  
tú que vida me diste en la agonía,  
tú que mi fe sostienes, y levantas  
en alas de mi fe mi poesía,  
luz de mi inspiración, en tus altares  
acepta tú mis últimos cantares.

Claro es que el poeta recibió en su casa numerosas visitas de sus paisanos. «Individuos del Ayuntamiento—decía *La Crónica Mercantil*—, representantes de los teatros de Lope y Calderón, una comisión de la Sociedad Almansa, otra del Círculo de

Calderón de la Barca, varias personas notables de la población y muchos jóvenes aficionados á las letras, se han presentado solícitos á conocerle y admirarle una vez más.» Y en otro lugar: «En la corrida verificada ayer tarde, y que dejó muy complacido al público, los espadas Gonzalo Mora y Frascuelo brindaron dos toros de los que mataron, al insigne poeta señor don José Zorrilla, que se hallaba en un palco. Por de más está el advertir que este obsequio fué acogido con entusiasmo por los ruidosos aplausos de la multitud» (1).

Los periódicos locales publicaron en sus columnas composiciones del poeta, y llegaronle todos los días invitaciones afectuosas. La ligera indisposición que de Burgos traía le privó de hallarse el día 25 en el baile del Círculo de Calderón, y la precisión de preparar su primera lectura en el teatro le impidió asistir á la apertura de curso, á que había sido invitado por el claustro. El día 1 de octubre dió su primera lectura en el teatro de Calderón (2). Bien mostró la ciudad á su hijo predilecto toda la efusión

(1) Algunos comerciantes avisados no dejaron de atender al negocio, anunciando «fotografías de Zorrilla á cuatro reales».

(2) He aquí la noticia y anuncio que publicaban los periódicos locales:

«La empresa de este coliseo, constituyéndose en intérprete de los deseos del público de Valladolid, que vería con gusto en la escena á su poeta favorito, ofreció al señor Zorrilla su teatro para que estrenase en su ciudad natal una de sus *Lecturas decoradas y puestas en acción*, espectáculo creado por él. El señor Zorrilla contestó á la empresa que no podía negar nada á un pueblo que le ha hecho tan cordial acogida; pero el espectáculo de sus *Lecturas decoradas* necesita trajes y largos estudios, y no pudiendo permanecer la compañía más que hasta el día 2 del corriente, no ha sido posible poner en escena las producciones con que cuenta, tal y tan completas como se hubiera deseado.

El señor Zorrilla, no obstante, ha improvisado una introducción para la *lectura*, que tendrá lugar esta noche y en la que, á pesar de la premura del tiempo, se han prestado gustosos á tomar parte la primera actriz doña Adelaida Álvarez y los primeros actores don Juan Catalina y don Emilio Mario.

El orden de la función es el siguiente:

1.º Sinfonía.

2.º La comedia en un acto, *La llave de la gaveta*, desempeñada por las señoras Álvarez, Sanz y los señores Catalina, Pastrana y Guzmán.

de su cariño. Mucho antes de la hora señalada, las inmediaciones del teatro estaban invadidas por un gentío inmenso. Llegó el poeta en carruaje, y á su espera salió la Junta directiva de la Sociedad constructora del teatro. Abriéronse las puertas principales, y entre aclamaciones de entusiasmo hizo el poeta su entrada, escoltado por los dependientes del teatro, que vestían libreas y empuñaban blandones. Así llegó hasta el aposento que, con una decoración pintada por Ferri, se le había preparado en el escenario, tras las primeras decoraciones. Decoraba este aposento una sillería dorada, forrada de terciopelo carmesí, y cuatro mesas talladas, con cinco magníficos espejos y otros tantos jarrones de porcelana con flores naturales.

En el centro de la sala había un velador dorado, y sobre él una jardinera maqueada. Esparcidos en el suelo se veían muchos ramilletes. Cubría el techo un ropaje de damasco de seda carmesí, y daban esplendente iluminación numerosas arañas y candelabros.

Apenas comenzó Zorrilla su lectura, recibió clamorosas ovaciones. «El entusiasmo—decía *La Crónica Mercantil*—rayó en locura.» Se llenó el escenario de flores y coronas, cayeron de las localidades hojas impresas con poesías encomiásticas, y el público todo, puesto en pie, prolongó por largo tiempo sus ruidosos aplausos.

A continuación se leyeron varias poesías de autores locales, y Zorrilla, por último, dió á conocer el *Album de una rosa*, que

3.º *Las flores del poeta*, introducción, por la señora Alvarez y los señores Catalina y Mario.

*Recitación, lectura, salmodia y declamación*, por el Sr. D. José Zorrilla.

4.º La comedia en un acto, titulada *La capa de Josef*, desempeñada por la señorita Zapatero y los señores Casañé, Mario y Pastrana.

5.º y último. *Album de una rosa*, conjugación del verbo *amar* en trovas, cantares y serenata, por D. José Zorrilla.

Á las siete y media.

Entrada á las localidades, 4 rs.

Id. al paraiso, 3.º



produjo el mismo entusiasmo. A petición del público la actriz doña Adela Álvarez coronó al poeta en escena, con las mismas coronas que le habían arrojado. Zorrilla ofreció sendos ramos á la citada actriz y á los actores don Juan Catalina y don Emilio Mario.

Algo parecido ocurrió en la segunda noche de lectura, y en la representación del *Sancho García*, hecha el día 5 en el teatro de Lope de Vega. Zorrilla presenció esta función desde un proscenio, y al terminar se presentó en escena, para recibir una corona que le ofrecieron los actores. Hubo también numerosas poesías, unas leídas por los cómicos, y arrojadas otras desde las localidades (1).

Ofreciéronle también varios poetas locales un album con más poesías (2), y otro de fotografías le regalaron algunos de sus admiradores, con las vistas más notables de Valladolid. Y el deseo de manifestar la admiración hacia el ilustre paisano llegó al punto que revela el siguiente suelto, inserto, con el título de *Delicadeza*, en *La Crónica Mercantil*: «El bello sexo, que en todas sus demostraciones entusiastas y espontáneas posee en alto grado una exquisita delicadeza, ha dado en llevar unos

(1) *La Crónica Mercantil* publicó en su folletín las poesías leídas y repartidas en los teatros de Calderón y Lope de Vega. Eran de los autores siguientes: Felipe Tournelle, Cándido M. Costilla, José García de Modino, Gregorio Martínez Gómez, Enrique Suárez Rodríguez, Victoriano R. Morán, Toribio Laforga, Ricardo Núñez, José Gabaldón, Emilio Pérez Ferrari, Ramón Medel, Aureliano García Barrasa, Antonio Curros y Enríquez, Victorino Arias, Román Taboada, Manuel L. Esteso y A. Salazar.

Ferrari, que sólo contaba diez y seis años, escribió unas octavas reales dignas de un poeta. Pueden verse en mi libro *Miscelánea vallisoletana* (2.<sup>a</sup> serie), pág. 35.

(2) *Album poético.—Al esclarecido y popular poeta castellano señor don José Zorrilla.—Valladolid: Imprenta de don Pablo de la Liana, 1866.*

Contenía poesías de Práxedes Villar de Latorre, José Tremiño, Félix Berbén, Felipe Tournelle, César de la Mora, Lucas Guerra, Joaquín Saavedra, Alejandro de la Rúa y Rúa, Miguel de Latorre y Arturo Vienne. La dedicatoria está escrita por José Guzmán.

pendientes y un collar de flores que se admira en todas las diminutas orejas y tornátiles gargantas de nuestras paisanas, cuya moda recuerda el *Cuento de las flores* de nuestro distinguido paisano el eminente poeta don José Zorrilla.»

Parecía sin duda que el presente más grato para un poeta habían de ser los versos, y de fuera le llegaban, ya manuscritos, ya en periódicos de distintas provincias, no pocas composiciones. Las poëtisas se distinguieron por sus finezas. Carolina Coronado le dedicó una poesía que comenzaba así:

Zorrilla, ¿qué ha sucedido?  
 ¿Qué nos tienes que decir?  
 ¿Qué ha pasado? ¿Qué has oído?  
 ¿Dónde estuviste metido?  
 ¿Cómo tardaste en venir?  
 ¿Qué jardín te dió la flor  
 para libar su ambrosía?  
 ¿Qué arroyo te dió el rumor?  
 ¿Qué luna te dió su amor  
 para cantar tu poesía?

*La Crónica Mercantil* del 4 de octubre publicó una poesía de Emilia Pardo Bazán «De la Coruña—decía—y de una poetisa, hemos recibido para el insigne poeta la siguiente composición:

#### A ZORRILLA

Dice la pública voz  
 que á España vuelves, Zorrilla,  
 y que á Méjico la bella  
 has dado tu despedida;  
 que los iberos poetas  
 te saludan a porffa,  
 y que España te recibe  
 como una joya perdida  
 que engarzada en su corona  
 de nuevo radiante brilla.

Vuelve á Méjico, que allí  
 hay juventud, savia, vida,  
 allí hay árboles gigantes  
 con sus lianas floridas;  
 allí de ardientes perfumes  
 gime cargada la brisa;  
 allí hay ríos, que jamás  
 surcó la proa atrevida  
 y cuya ignota corriente  
 placentera se desliza;  
 hay flores no cultivadas,  
 hay aves desconocidas,  
 hay un sol de puro fuego  
 que todo lo vivifica ..

Por entonces publicaron también los periódicos la noticia de que doña Faustina Sáez de Melgar, directora de *La Violeta*, había iniciado la idea de ofrecer á Zorrilla una corona poética formada por las escritoras españolas (1).

---

(1) Esta idea—de que luego habló en Madrid á Zorrilla el esposo de doña Faustina corrió la suerte que indica la carta copiada á continuación. Hállase entre los papeles de la señora viuda de Fernández Cubas, y demuestra que Zorrilla no anduvo esta vez muy galante con las damas:

«Sr. Don José Zorrilla.

»Muy señor mío: siento muchísimo tener que dirigirme á V. robando un momento á las graves atenciones que le rodean, pero no puedo menos de hacerlo porque llevada del entusiasmo y admiración que siempre me inspiró su talento, concebí la idea de formar una corona poética, toda de poetisas, para celebrar su vuelta á la patria; este proyecto lo anunciaron casi todos los periódicos de España, y en su consecuencia tengo reunidas 23 composiciones de otras tantas señoras, algunas muy notables, y como quiera que no ha merecido esta idea la aprobación de V., que tuvo á bien calificarla de *estúpida*, diciéndoselo así á mi esposo cuando fué á llevarle una cartita de la tía Avellaneda, me veo en el caso de anunciar al público y á las escritoras que se asociaron á mi pensamiento, el motivo que me obliga á desistir de un empeño que contraje tan espontánea como generosamente. Por lo tanto ruego á V. se sirva decirme cómo salgo del

Mientras de este modo rendían todos parias al poeta, tenía éste otro asunto en que pensar, aunque realmente no sabremos si pensaría mucho en él. Se acordará el lector de la buena *Gumis*, Gumersinda, la prima de Zorrilla, hija de sus tíos Cirilo Moral y Antonia González, y que allá por los años de 1834, en las soledades de Arroyo de Muñó, había despertado el alma del poeta á los estímulos del amor. Olvidada por su primo, casó con un guantero; mas no tardó en quedar viuda. Gumis, sin duda de ningún género, amaba ardientemente á su primo el poeta; y al verse ahora libre, y al verle también libre á él, pensó en realizar un sueño que debía haberse logrado muchos años antes. Zorrilla también debió de pensar ó dar á entender lo mismo. No eran ciertamente unos niños. El poeta tenía cerca de cincuenta años; Gumis iba á cumplir los cuarenta y siete. No creyeron, sin embargo, que esto fuese obstáculo para unirse en santo y conyugal lazo. Es lo cierto que con fecha 4 de octubre de aquel año escribía á Zorrilla su grande amigo D. Julián García, el prebendado de Burgos, y después de preguntarle por sus asuntos, le decía: «La Gumis viene aquí con frecuencia, á ver qué se sabe de tí: quería ya haberte escrito, pero la he detenido, enseñándola á esperar y no forzar los sucesos, y así espera con tranquilidad, como tú se lo decías en tu última» (1).

El día 8 de octubre salió para Madrid Federico Cejudo, el secretario de Zorrilla, para preparar la llegada de éste. Desde Madrid escribió Federico al poeta una expresiva carta, encabezada con el cariñoso dictado de *Papá Coyote*, y en la que, entre otras cosas, decía: «Por la carta de Alarcón comprenderá V. que es el hombre que V. necesita y que le quiere con lealtad y buena fe.—Pienso extender el contrato del Príncipe, la empresa se compromete á dar 5.000 reales por las tres primeras noches

---

compromiso, suplicando me dispense si al pretender honrarle he motivado, aunque con la mejor intención, su desagrado.

Queda de V. con la mayor consideración su atenta segura servidora  
Q. S. M. B. —*Faustina Sáez de Melgar.*»

(1) Posee esta carta la señora viuda de Fernández Cubas.

teniendo derecho á prórrogas de tres en tres, para reformarlo en caso de baja de entradas... Adiós y buen ánimo y no esté triste, que el porvenir no es sombrío —Federico.» (1)

A esta carta, demostrativa de que Zorrilla no veía la situación muy despejada, siguió otra fecha á 12 de aquel mes, y escrita juntamente por Federico y don Pedro Antonio de Alarcón. Éste comenzaba diciendo: «Nuestro muy querido amigo y dueño: ya está tomado un departamento bien amueblado y bastante capaz, con pocas escaleras y en sitio céntrico (Plazuela de San Ginés, 1 y 2, pl, entre la calle del Arenal y la Mayor), por cuarenta reales diarios, sin comer.—Desde ahora mismo, en uso de las facultades que V. nos concede, lo empezaremos á preparar todo para que haga V. su entrada triunfal en la corte el lunes 15, á las 9 y  $\frac{1}{2}$  de la mañana, saliendo V. de ahí en el tren *express* á las 2 y  $\frac{1}{4}$  de la noche del domingo, sin falta alguna, á fin de que no quede plantado el público. Los reyes deben ser exactos cuando los aguarda el pueblo.»

En su número del día 12 publicó *La Crónica Mercantil* un suelto que decía así:

«El Excelentísimo Ayuntamiento ha acordado regalar al ilustre poeta, hijo de Valladolid, señor don José Zorrilla, una medalla de oro y cinta morada, con las armas de la ciudad en el anverso y un lema oportuno en el reverso, como la que los señores concejales usan en los actos de oficio, la que le declare Regidor-Cronista de la Excm. Corporación.

»Habiendo observado el señor Corregidor *no sabemos qué*, se ha solicitado permiso del Gobierno de S. M. por conducto del señor gobernador de la provincia, para que el Ayuntamiento ponga en ejecución su acuerdo.»

Lo que el Corregidor observó fué sencillamente que el Gobierno tenía aún la creencia de que Zorrilla venía a-España con una misión política. Precisamente algunos días antes habían publicado los periódicos otro suelto que decía así: «No es cier-

(1) En poder de la misma señora, como la siguiente.

to que el señor Zorrilla piense por ahora en dirigirse á Portugal ni en pasar, por lo tanto, por Badajoz, como han indicado, no sabemos con qué fundamento, algunos periódicos de la corte y provincias. Aun después de llegar Zorrilla á Madrid siguió González Bravo con los mismos recelos, si bien muy pronto comprendió que carecían de todo fundamento.

El mismo día 12, por la mañana, recibió Zorrilla telegráficamente una mala noticia. Don Benito García, el anciano beneficiado burgalés, había fallecido. En el expreso de las once de la noche salió para Burgos, con objeto de asistir al funeral que se celebraba en la mañana del 13, y este mismo día por la noche regresó á Valladolid

El día 14 salió Zorrilla con dirección á Madrid, en compañía de su amigo D Nicolás Acero. Antes entregó 320 reales á la conferencia de San Vicente de Paúl, y envió á la cofradía de Nuestra Señora de la Peña de Francia, para que las colocara en el altar de la Virgen, las cinco coronas que en Valladolid había recibido (1).

\* \* \*

(1) He aquí la comunicación que dirigió con este motivo al Presidente de la cofradía:

«Teniendo que continuar mis viajes, y habiendo sido bautizado en la parroquia de San Martín, deseo que todas mis coronas sean depositadas durante mi ausencia en el altar de Nuestra Señora de la Peña de Francia: colocándolas de manera que no se vea mi nombre que va impreso en sus cintas; reservándome el derecho de recogerlas, si algun día vuelvo á establecerme á España.

»Remito á V., pues, como Presidente de la Corporación Religiosa dedicada al culto de Nuestra Señora de la Peña de Francia, dichas coronas, en número de cinco, para que se sirva colocarlas en el altar en que se la venera y en el lugar que se crea más conveniente.

»Dios guarde á V. muchos años

»Valladolid 14 de Octubre de 1866. — José Zorrilla.

»Señor Alcalde presidente de la cofradía de Nuestra Señora de la Peña de Francia.»

Ésta por su parte, se apresuró á contestar en los términos siguientes:

«No ha sorprendido ciertamente á esta corporación el rasgo de conmovedora piedad que manifiesta la apreciablesísima comunicación de V. S. fecha 14 de

Se explica que Zorrilla tuviera sus recelillos al regresar á España y echarse de nuevo en el tráfigo de la literatura. Las cosas habían cambiado mucho desde su ausencia. Cuando él marchó á Francia, las corrientes literarias habían entrado por cauces bien diferentes de los románticos: ahora, la desviación se había efectuado en forma tal, que nadie había de recordar el manantial lejano en que bebiera su inspiración el autor de *Margarita la Tornera*.

Los literatos de la nueva generación ¿le tendrían por un poeta anacrónico? ¿Tendría algún valor su obra, representativa de otros tiempos y de otras ideas? En los *Recuerdos del tiempo viejo* manifiesta estas dudas. «Los mejicanos—dice—me habían pronosticado que mi patria no se acordaba de mí; yo me había ya apercebido, por las obras nuevas que había hojeado, de que la nueva pléyade literaria de España, la juventud sobre todo, sabía más que yo, porque había estudiado más; lo que se escribía tenía más meollo y menos hojarasca que la con que yo había afilligranado mis huecos versos. ¿Qué juicio habían formado

---

este mes. Del insigne poeta, gloria de la Católica España y orgullo de la religiosa ciudad que le vió nacer, no podía esperarse otra cosa.

»Esta corporación admite reconocida el grato encargo de depositar á los pies del trono de su excelsa Patrona, Nuestra Señora de la Peña de Francia, las cinco coronas que con tal objeto la ha remitido V. S. En la Parroquia de San Martín de esta ciudad, donde V. S. fué bautizado, y en el altar mayor de la misma en la que se venera la imagen benditísima de la Virgen, hallará V. S. siempre á su disposición dichas coronas.

»Deseando esta corporación dar al ilustre cantor de las excelencias y virtudes de la Madre de Dios en su «Corona poética de la Virgen» una prueba de fraternal cariño, en la junta celebrada hoy, para tratar del asunto que motiva esta comunicación, ha acordado por unanimidad nombrar á V. S. hermano de honor de dicha corporación, cuya credencial es adjunta, y que la colocación de las coronas en el altar de la Virgen se solemnice con una misa cantada para rogar á Dios por la prosperidad espiritual y temporal de V. S.

»Dios guarde á V. S. muchos años.

»Valladolid 16 de Octubre de 1866. Mariano de la Cuesta, Secretario.—El Alcalde, Manuel Zamora Calvo.»

La función á que se alude en la anterior comunicación se celebró el día 28.

de mi valer, en qué estima ó en qué menosprecio me tenían los que tras mí habían surgido? ¿Me conservaban ó me habían ahogado en su memoria?»

No sin salvedades hubiera podido Zorrilla conceder esa ventaja á la producción de sus sucesores. La poesía, al perder la trabazón romántica, dió en lánguida y endeble, aunque luego se recobrara. Era menos lírica en el sentido etimológico de la palabra; menos hallada con las sonoridades musicales y menos propicia á la evocación de épocas pasadas. Era, en cambio, más subjetiva, más sentimental, más ajustada á los moldes de la discreción, si por tal se entiende lo pacato é insaboro. Cuando caía en manos de poetas religioso-morales, llegaba á los ápices de la ñoñez, como aún hoy suele ocurrir.

Esa espontánea reacción contra el romanticismo, llevó no sólo á escribir montones de poesías apañadas y fofas, sino á componer odas con todas las pretensiones del género. Lejos estaban, sin embargo, de alcanzar el brío y la entonación quintanesca.

Claro es que, al hacerse cargo del caso los buenos poetas, supieron lograr resultados mucho más felices. En las mismas poesías de Selgas y Arnao se encuentran muestras de verdadero sentimiento, y no dejó de haber, entre las muchas *baladas* que se escribieron, algunas de notable delicadeza. Y había quien, como Trueba, sabía hacerse simpático por su llaneza, modestia y familiaridad.

Producto de esa misma influencia fueron las *Rimas* de Bécquer. Lo que hay es que Bécquer tamizó aquellos elementos á través de su alma privilegiada, y los depuró y transformó hasta hacerlos desconocidos. Sin duda Bécquer conoció á Heine; pero no necesitaba de ese conocimiento para acomodar su peculiar temperamento poético, como lo hizo, al medio que le rodeaba. Bécquer no hubiera podido ser nunca un poeta bélico y declamatorio; y si en sus versos exhaló los que injustamente llamó Núñez de Arce *suspirillos germánicos*, lo hizo por necesidad natural de desahogar su corazón.

También en otros poetas estaba vigorizado y encauzado el

sentimentalismo. Ruiz Aguilera, por ejemplo, adoptaba un tono natural y sincero, que en las *Elegías* llega á producir la más intensa emoción. No quería Aguilera, por otra parte, contenerse en los límites de ese subjetivismo, y mariposeaba por el campo de la sátira, de la didáctica y de la poesía festiva, á veces, como en *La Arcadia moderna*, con demasiada latitud para la importancia del asunto. Sus cantares, como los de Ferrán, son retoños de la poesía reinante; pero como á ellos se unía el espíritu popular, perfectamente entendido por Aguilera, era éste un encanto que á todos los demás superaba. Todo ello, como se ve, bien apartado de los dominios románticos.

El mismo Campoamor, contrayéndose al cultivo de las doloras, había dado fijeza á su personalidad. Bien puede afirmarse que en las *Ternezas y flores* y en los *Ayes del alma* había sido el precursor del género que pudiéramos llamar descriptivo-sentimental; pero muy luego se convencería de que tales futilidades eran poca cosa para su comprensión, y púsose al servicio de empeños más difíciles, pero más pródigos. Es evidente que en este punto anduvo Campoamor más avisado que su amigo y coetáneo Zorrilla. Éste se estacionó en los tiempos de Walter Scott, resguardado á la sombra de la tradición y dejando oír, en sus escapadas á la vida real, rítmicas serenatas y cantilenas; aquél fué caminando á la par de los años, y en los secretos rincones de su humorismo encontró la receta para no envejecer.

Ni de febles discreteos ni de arranques pindáricos se dejaba llevar Manuel del Palacio. Poeta ponderado, fácil y espontáneo, bastábale entregarse á la expresión de sus propias ideas, pasando con toda facilidad desde las más hermosas poesías serias á los más ingeniosos alardes de agudeza. Era en cierto sentido un parnasiano, y en la intachable envoltura de sus versos, fáciles y elegantes, sabía encerrar pensamientos de más belleza y solidez que los destinados á deducir lacrimosas consideraciones de la contemplación de un clavel ó de una mariposa.

Los ecos clásicos repercutían en otros poetas, como Martínez Monroy y Querol, y en este último con más vigor que en todos

los demás. A la escuela de Quintana pertenece Querol; pero hay en sus versos una flexibilidad, una soltura que no se hallan en la oda tradicional. Podríamos decir que son la oda renovada y apta para expresar las más complejas y sutiles percepciones del hombre moderno.

Pero en este punto, quien vino á innovar genialmente fué Núñez de Arce. No había compuesto todavía el poeta vallisoleitano casi ninguna de las poesías que forman los *Gritos del combate*, y aun á veces — como en *Recuerdos*, *El reo de muerte* y *Crepúsculo* propendía á la expresión de sentimientos de amor y humanitarismo; pero ya empezaba á marcar en la estrofa su garra gigante (1). Un paso más, y surgiría el Núñez de Arce de *La duda* y de *Tristezas*.

Los que modernamente tratan á Núñez de Arce con cierto menosprecio, no han acertado á comprender al autor de *La visión de Fray Martín*. Núñez de Arce no se parece á Cienfuegos, á Quintana ó á Gallego, aunque en ellos pueda tener su filiación. Núñez de Arce no es enfático y alifonante, sino reflexivo y brioso. Núñez de Arce hace plásticas en el verso sus inquietudes y sus santas iras, y nadie afirmará que el modelado de la estrofa sea un defecto si á través de los arrogantes contornos se descubre pasión y fecundidad de ideas. Sin Núñez de Arce, hubiera faltado un gran poeta español que expresara el pensar

---

(1) En *El Museo Universal* de 6 de enero de 1861, publicó el humorístico diálogo de *Los dos héroes*, un tanto modificado al pasar á los *Gritos del combate*.

Nadie diría, al leer poesías como *La caridad cristiana* (en el *Museo Universal*, 31 marzo 1861), que la musa de Núñez de Arce había de variar de índole, como bien pronto lo hizo.

Ciertamente es curioso, como lo dice el título, un largo romance que se publicó en los números 17 y 18 de *El Mundo Pintoresco* (1858). Se titula así: *Curioso romance donde se refieren la vida y aventuras del Maestro Tirso de Molina*. Nos presenta al autor de *La villana de Vallecas* en el momento de retirarse del mundo, para vivir santamente en Toledo, donde se le une con los mismos fines D. Agustín de Moreto; y asistimos, finalmente, á su ejemplar muerte en el convento de Soria.

y el sentir de su tiempo; es, pues, un poeta representativo, un poeta *cívico*, como pudieran serlo Béranger, Freiligrath ó Carducci. A más de eso, ha de tenerse en cuenta que es mucho más difícil escribir versos buenos para encerrar ideas, que escribir versos malos bajo pretexto de expresar *estados de alma*. ¡Mezquina crítica la que no sabe sorprender indistintamente lo mucho que hay de bello en Quintana, en Zorrilla, en Campoamor, en Bécquer, en Núñez de Arce, en Rubén Darfo! ¡Tristes poetas los que servilmente reverencian é imitan á tal ó cual modelo exclusivo, y así ahogan su propia personalidad, admitido el caso improbable de que pudieran tenerla!

Si la situación de la poesía española, al regresar Zorrilla á su patria, se hallaba tan distante del romanticismo, se comprenderán todos sus recelos y temores. Por fortuna para él, la nueva generación de poetas, aun pensando de modo tan distinto, le miraba con respeto y veneración: era el maestro indiscutido, el casi fabuloso héroe de la lectura en el entierro de Larra. Acaso pensaban, como Quintiliano de Ennio: «Ennium, sicut sacros vetustaque lucos, adoremus, in quibus grandia et antiqua roboram jam non tantam habent speciem, quantam religionem.»

Zorrilla, por su parte, también trató de dar público testimonio de su admiración por los escritores nuevos; pero es curioso que, al hacerlo, sólo se acordara de algunos como Selgas, Campoamor, Grilo, Ayala, Eguílaz, Palau y Coll, Serra, Hurtado, *Fernán Caballero*, y—cosa más rara todavía—de Fernández y González y Torcuato Tárrego, cuyas novelas alababa grandemente. Esto, á buen seguro, no agradaría á algunos muy dignos de ser incluídos en el elogio.

El recibimiento que en su llegada á Madrid hicieron á Zorrilla escritores y artistas, en la mañana del 15, no pudo ser más halagüeño. Entre las muchas personas que le esperaban hallábanse Alarcón, Hostos, Vidart, Llofrín, Huelves, Santisteban, Balart (1), Retes, Pedrosa, Albuérne, Rico y Amat, Inza, Mar-

(1) En el *Oil Blas* dió Balart noticia de la llegada con no mucho cariño.

co, Aguilera, Núñez de Arce, Casado, Llanos, Díaz (1), Roca, empresario del Príncipe, Delgado, primer actor del mismo teatro, y numerosos socios del Liceo Español. Momentos antes de llegar el tren se abrió una suscripción, que en el acto produjo 600 reales, para dar una serenata al poeta; y de pedir la correspondiente autorización al Capitán general (porque Madrid se hallaba en estado de sitio) se encargaron el barón de Andilla, Eduardo Asquerino, Núñez de Arce, Ortiz Amor y un oficial del gobierno.

El tren llegó poco después de las nueve y media. Eusebio Asquerino, en nombre de todos, dió la bienvenida á Zorrilla. No quiso éste ocupar el coche que le esperaba, y á pie, acompañado de unas 300 personas, se trasladó á la casa que Alarcón y Federico le habían dispuesto, en la Plaza de San Ginés, 1 y 2, donde le saludaron numerosas personas (2).

A las diez de la noche le dió una banda militar la serenata, á la cual asistió inmenso gentío, que interceptaba el paso en la Plaza de San Ginés. Entretanto se había abierto otra suscripción para hacer un obsequio al poeta (3).

En días sucesivos, las muestras de afecto para Zorrilla siguieron sin interrupción. El periódico *La Patria* publicó un artículo de Ferrer del Río, que rememoraba los pasados tiempos del poeta y sus principales producciones. En *El Cascabel* publicó Frontaura un romance de bienvenida, y días más tarde la biografía y el retrato de Zorrilla.

(1) Así había escrito á Zorrilla su grande amigo D. José María Díaz, el notable autor dramático: «Mi querido Pepe: me encontrarás con la cabeza blanca; pero con muchos deseos de darte un abrazo. - Avísame con anticipación tu llegada á esta villa del Oso y del Madroño.—Tuyo siempre, siempre José M.<sup>a</sup> Díaz —Madrid, 1.<sup>o</sup> de Octubre de 1866.—Calle de San Juan, n.º 58, ent.º»

(Carta que posee la señora viuda de Fernández Cubas.)

(2) La memoria engañaba á Zorrilla al decir en los *Recuerdos* que le acompañaron de la estación á su casa 4.000 personas. Puede verse sobre este punto la detenida noticia que da el *Museo Universal*, en su número del 21 de Octubre.

(3) Estaba abierta en la librería de Gaspar y Roig y en casa del barón de Andilla, secretario de la suscripción.

En la noche del 16 estuvo éste en el teatro del Príncipe. Desde el palco de Alarcón, y en compañía de éste, vió toda la representación de *La jura en Santa Gadea*, «y el público—refería un periódico—le saludó afectuosamente con sus aplausos cuando, empezando ya el acto tercero, entró de nuevo el popular poeta en el palco.»

El jueves 25 de octubre dió en el teatro del Príncipe la primera lectura del *Cuento de las flores*. El público le aplaudió con entusiasmo, y al acabar el *Album de una rosa* le arrojó desde los palcos coronas y ramilletes. Pidiéronle que leyera más poesías, y lo hizo complacido. Gustaron sobre todo el citado *Album de una rosa*, *Lágrimas* y *Suspiros*. «En aquella voz decía el *Museo Universal*—había lo que en aquellos versos, colores, gorjeos, perfumes, frescura, movimiento, diafanidad, ayes, oraciones, todos los ecos de la naturaleza y de la pasión.»

El *Cuento de las flores* constaba de dos actos. En la primera parte aparecía una lujosa decoración de sala, con un telón de gasa interpuesto entre la escena y el espectador. Salía el director de escena y se lamentaba de que el poeta le hubiera recomendado para ejecutar una función á varias jóvenes desconocidas, llamadas Hortensia, Margarita, Sensitiva, Rosa, Flor de Lis, Camelia y otras, y aún no se hubieran presentado éstas en el teatro. Preséntase al fin Sensitiva, y en nombre de sus hermanas manifiesta que no solamente no asistirán al teatro, sino que abandonarán al poeta, porque es viejo, y las flores buscan juventud. Entonces llaman al poeta, y le hacen ver que para salir del compromiso es necesario que distraiga al público con la lectura de algunas poesías, á lo cual se presta gustoso. Abriase el telón de gasa y Zorrilla, adelantándose al proscenio, comenzaba á recitar sus versos. Y en esto se encerraba el mayor interés del *Cuento de las flores*.

La interpretación fué perfectísima. La Dardalla hizo de *Sensitiva*; Elisa Boldún de *Don Diego de noche*; Carmen Berrobianco de *la Actriz*; y en su cometido las acompañaron Julián Romea y Alisedo.

Las apreciaciones de la crítica sobre el *Cuento de las flores* fueron varias; pero todas vinieron á coincidir en que era un espectáculo exótico, simple pretexto para que Zorrilla diera lectura á sus versos. El *Museo Universal* decía, entre otras cosas, lo siguiente: «Se ha dicho que esta especie de alegoría ó apólogo dramático no era necesario para justificar la salida del poeta, á quien no calificaremos de eminente porque no ha menester su genio el pedestal de un adjetivo tan desacreditado; pero si el poeta creyó de buena fe lo contrario, mucho más desconociendo los hábitos presentes de nuestro pueblo en cosas de literatura, digno es aun en esto, no ya de disculpa solamente, sino de encomio. No es Zorrilla, jamás lo fué, de esos hombres que para exhibir quizá raquílicos engendros los rodean desde que son concebidos, en pecado original, hasta que salen á luz, en pecado mortal, de cuantas precauciones son imaginables para que no se malogren, ni por ende, priven al autor de ofrecer su propia personalidad á la estupefacción del público mixtificado. Zorrilla hubiera recibido siempre, con y sin el *Cuento de las flores*, la inusitada acogida que en la noche del jueves 25 del pasado mes; pero ciertamente, si en alguien hubo desconfianza de que así sucediese, fué en él, que ya antes, en los versos que publicó al poner el pie en el suelo patrio, y luego en los que dirigió á don Pedro Antonio de Alarcón, había manifestado la duda, sólo concebible en quien tanto vale, de si España le habría olvidado» (1).

---

(1) Manuel del Palacio hizo una parodia del *Cuento de las flores*, con el título de *Historia de las yerbas*. Está inserta en el libro *Fruta verde* (1881). Aludiendo á la obra parodiada, dice á la terminación:

Nadie admira como yo  
al genio que preparó  
un bocado tan sabroso;  
el caldo está delicioso...  
pero las tajadas, no!

Parodió también Palacio las serenatas de Zorrilla, en algunas como la que empieza:

En los días 26, 27, 28, 29 y 30, se repitieron las lecturas, con algunas variaciones. A la función del 29 asistieron los reyes y la infanta doña Isabel. Al aparecer Zorrilla en las tablas, el monarca le saludó con un ¡bravo! inteligible y entusiasta. En uno de los entreactos llamaron al poeta y le dedicaron las más lisonjeras frases.

A partir del 31 de octubre se dieron en el teatro del Príncipe doce representaciones del *Tenorio*, y casi otras tantas de *El zapatero y el rey*. Huelga decir que en una y otra Zorrilla obtuvo aplausos hasta dejarlo de sobra.

Entretanto, personalidades como la duquesa de Medinaceli y el marqués de Heredia, rivalizaban en distinguir al poeta con fiestas y reuniones. El día 9 hubo en casa de los señores de Casañas un gran banquete, seguido de espléndido baile Zorrilla, Grilo y otros leyeron poesías (1).

No se descuidaban tampoco los vallisoletanos en colmar de honores á su paisano. La Diputación, en sesión del día 24 de octubre, y á propuesta del vicepresidente don Eduardo Ruiz Merino, le nombró cronista honorario de la provincia de Valladolid, con ánimo, á lo que parece, de darle más tarde sueldo (2).

---

He roto dos cristales  
de tu ventana.  
conforme convinimos  
esta mañana.  
Sal, que te espero  
para decirte á solas  
cuánto te quiero.

(1) Es curiosa la siguiente anécdota, que refiere D. J. Millán Astray: «Al regresar del viaje á América subió á una peluquería de la Puerta del Sol; un concurrente vió en el espejo la figura de Zorrilla, y exclamó: «Don José Zorrilla»; todos se levantaron, algunos en cómica actitud, con la cara enjabonada; batieron las palmas con entusiasmo, y el poeta, con lágrimas en los ojos, daba muestras de gratitud.»

(Artículo *La única infamia*, en *El Día* de 22 de febrero de 1917.)

(2) He aquí copia de una carta que Zorrilla escribió á su amigo don Nicolás Acero:

En cambio, por no muy explicables razones de orden político, había dificultades para conceder á Zorrilla la medalla de regidor honorario, suscitadas principalmente por el corregidor, que, á la cuenta, contaba con el apoyo del gobernador y del general Calonge, ministro de Estado. En relación con esto, sin duda alguna, Zorrilla consiguió una audiencia de los reyes y supo desvanecer las sospechas que aún había sobre el objeto de su regreso á España.

Creíase, en suma, que la venida de Zorrilla á Madrid tenía relación con el plan que alguien atribuyó á Napoleón III de destronar á doña Isabel II y colocar en su lugar á Maximiliano, visto que en Méjico no podía sostenerse. Tales rumores habían llegado á González Bravo, que por eso se comportaba fría y recelosamente con su antiguo amigo. Llegó un día, sin embargo, en que el presidente del Consejo conoció lo infundado de sus

«Noviembre-16-Madrid.

»Mi querido Nicolás: recibí á tiempo tu carta del 9, á la cual no he tenido tiempo de contestar hasta hoy.

»Bravo se ha portado conmigo muy bien; pero Calonge sostiene al Corregidor, y el gobernador ha venido aquí á intrigar. No puedo por ahora insistir en eso, por la posición especial de Luis con Calonge.

»En cuanto á lo de cronista, hacedlo pronto ó dejarlo para más adelante, el sueldo de veinte mil es excesivo; para ejemplar basta con 6 ú 8 mil rs.

»Después que S. M. me reciba la segunda vez, puede que yo tenga aquí más influencia y meteré la palanca, hasta donde pueda, por ahora no conviene pujar más.

»Di á mis buenos amigos de *La Crónica* que estoy l.... como el loro de la Duquesa; pero que no crean que les olvido. ¡Quiera Dios que pueda volverlos á abrazar antes de partir! Valladolid será siempre el recuerdo más agradable de mi vida, y tengo esperanza de venir á morir á sombra de las agujas bizantinas de S. Martín y la Antigua. De todos modos, que me preparen tres ó cuatro cuantos de esos rincones para que sea mi primera prueba de cronista—esté donde esté—¡Qué diablos! yo soy una hoja seca, y no puedo evitar que me lleve el viento donde le dé la gana.

»Adiós, mil cosas á Mamá Isabel, á papá y al tío y sabes que te quiere siempre tu agradecido amigo

Zorrilla»

(Autógrafo en poder de D. Alfonso de Gardoqui.)

temores, y mandó á Zorrilla una carta en la cual, tras de felicitarle por su llegada, le invitaba á comer una descomunal trucha, que decía haberle regalado un su amigo. Aceptó el poeta; en el palacio de la Presidencia abrazó á su camarada de los tiempos jóvenes, y en tono festivo se lamentó de que, pasándose de listo, le hubiese tomado por agente de maquinaciones diplomáticas. González Bravo le presentó á los reyes doña Isabel y don Francisco.

Ni Zorrilla olvidaba tampoco á Valladolid. Conservaba en Madrid, recibidas en épocas distintas de su vida, ocho preciosas coronas, y las remitió á su pueblo natal, para que se juntasen á las que ya había depositado en el altar de la Virgen de la Peña de Francia. «Una de las que ahora acaba de mandar—decía *La España* es la que le dedicó la ciudad de Granada como prueba de gratitud por su canto á la capital morisca, y tiene la particularidad de estar hecha con oro y plata nativos del Darro y el Genil.»

De otro asunto que ocupó á Zorrilla en estos días, su propio testimonio nos informa. «Hace y basta á mi propósito—dice—recordar cómo, ajustadas cuentas con mis antiguos editores y con los acreedores viejos míos y de mi casa, con aquellos por ante mi escribano Hortiz y sus hijos Contantino y Pepe, y con los acreedores por mí mismo llamándolos á concurso, resulté debiendo, y acepté con latas condiciones que todos me acordaron, nueve mil y pico de duros; á cuenta de los cuales, exhibí á Gullón mi *Album de un loco* en diez y ocho mil reales, y á los acreedores veinte y tres mil, de los treinta y tantos mil que con mis lecturas había ganado» (1).

---

(1) Véase copia de una carta que recibió Zorrilla. Tiene gracia, y por eso sin duda la conservaba Zorrilla entre sus papeles. Hoy pertenece á la señora viuda de Cubas.

«Sr. D. José Zorrilla.—Mi respetable Sr.—El cartero que diariamente tiene la honra de traerlos la correspondencia del exterior se permite la confianza de molestar vuestra atención con el objeto de que le dispenséis el favor de un versecito para hacer las felicitaciones de Pascua como es costumbre en este

A mediados de febrero tomó Zorrilla el tren para Valladolid. Su secretario Federico Cejudo había ya emprendido el regreso á Méjico (1).

\* \* \*

En *El drama del alma* está trazado poéticamente el itinerario de este viaje, hecho sin duda de incógnito, ya que *La Crónica Mercantil*, tan cara al poeta, no habló de él hasta mucho más tarde.

Á 21 de febrero—día en que cumplía los 30 años—fecha Zorrilla su rendida poesía á la Virgen de San Martín. El poeta, con las coronas, pone al pie de la Virgen los testimonios de su fe y de su gratitud:

¡Madre del hombre Dios y madre mía!  
 Cuando el Cristo en el Gólgota espiraba,  
 á la raza de Adán, por quien moría,  
 de tu amor al amparo encomendaba.  
 Desde que vi á tus pies la luz del día  
 hoy medio siglo de cumplirse acaba.  
 Madre, tras medio siglo de pesares,  
 vuelvo al pie de tu altar á que me am pares.

¡Madre buena del triste y del que llora...  
 ¡No desojgas mi voz, no me abandones!  
 Recuerda que tu fe conso'adora  
 inspiró desde niño mis canciones;  
 solo, con mi arpa y con tu fe, Señora,  
 crucé de medio mundo las regiones;

---

pais.—Espero de vos toda la indulgencia que necesita mi libertad y os doy las más espresivas gracias anticipadamente quedando a sus ordenes con la más profunda consideración y respeto. — El cartero. Hoy 1.º Diciembre 66.º

(1) Zorrilla dice que Federico regresó en diciembre, después de haberle entregado mil duros de los mil doscientos que por su sueldo había dado Maximiliano. Como se habrá deducido de la carta á D. Nicolás Acero, antes copiada, el regreso de Federico tuvo que ser anterior.

y hoy del mundo á través con mis cantares  
me trae mi fe á tus pies á que me ampires.

.....

Mi madre... (¡desdichada madre mía!  
¿quién el futuro mal nos predijera?),  
mi madre me enseñaba y yo aprendía  
de tus dolores la epopeya entera:  
mi madre dió su fe á mi poesía,  
yo uní el tuyo á su amor con fe sincera;  
ella murió abrevada de pesares  
y yo vuelvo por ella á tus altares.

¡Infeliz madre mía! en tedio y duelo  
vivió por mí sus postrimeros años.  
Yo abandoné mi hogar aún muchachuelo  
del mundo por correr tras los engaños;  
ella por mí á tus pies oraba al cielo  
mientras corría yo climas extraños.  
¿Y á quién debí salvar tierras y mares  
si no fué á su oración en tus altares?

.....

Madre, hoy en prenda de mi fe, en tus aras  
vengo á colgar humilde mis coronas:  
prendas son, Madre, para mí muy caras,  
mas aun debo partir á extrañas zonas.  
Por si allá, por recónditas y raras  
razones y desdichas, me abandonas,  
y me pierdo, y las pierdo en mis azares. . .  
guárdalas, Madre mía, en tus altares.

Y á aquellos que pusieron á mi planta  
ó en mi sien esos lauros y esas flores,  
diles que frases no hay en mi garganta  
con que agradezca yo tales honores:  
y si en mi fe no creen. . . ¡oh Virgen santa!

si me juzgan ingrato á sus favores...  
 ¡Madre mía y del Cristo, á tus altares  
 vendré de su injusticia á que me ampares!

Dejó luego otra poesía dedicada *A los jóvenes redactores de La Crónica Mercantil*, llena de íntima pesadumbre y amarga resignación. Termina así:

¡Oh hermanos míos! Mi honra y mi esperanza  
 encomendadas dejo en vuestras manos;  
 si mientras por las vegas del Arlanza  
 voy mis deberes á cumplir cristianos,  
 de la calumnia ó el rencor me alcanza  
 algún dardo traidor, rompedle, hermanos;  
 y cuando muera, de mi fe en abono  
 decid á mi agresor que le perdono.

A dar un adiós último á Castilla  
 voy en la inmensidad de mi tristeza.  
 Debo volver del mar á la otra orilla:  
 si voy... de no tornar tengo certeza.  
 Vosotros que sondáis por qué se humilla  
 coronada de flores mi cabeza,  
 sancionad mi silencio con el mundo  
 sin dar razón de mi pesar profundo

Me cantan por do voy, y no respondo;  
 me aplauden por doquier, y paso mudo,  
 como un espectro que devuelve el fondo  
 de su tumba á la luz, hosco y ceñudo;  
 me buscan mis amigos, y me escondo;  
 me saludan las damas, y el saludo  
 no devuelvo .. ¡Velad por mi conciencia  
 mientras cumplo hasta el fin mi penitencia!

Emprende luego la caminata á los lugares queridos. El poeta va á recluirse en las soledades de Quintanilla Somuñó; pero antes quiere visitar el camposanto de Torquemada, donde ya-

cen los restos de sus padres. Esta parte de *El drama del alma* guarda las páginas más emotivas que escribió Zorrilla. No puede el lector recorrerlas sin trasportarse al mismo estado de ánimo que él tendría al escribirlas. No obedece precisamente esta sugestión á la hermosura de los versos, sino á lo conmovedor de las circunstancias y á la efusión de conceptos, en que late el alma toda del hijo y del poeta

El 15 de marzo estuvo en Torquemada. He aquí las impresiones de esta triste y angustiosa visita á la villa palentina:

Mis padres yacen aquí:  
antes de volver al mar,  
voy en su sepulcro á orar  
por si el mar me traga á mí.

Sin mí les cogió la muerte,  
no escuché su último adiós;  
quiero dejar de lós dos  
recogido el polvo inerte.

Me dejaron al morir  
sin hacienda y sin hogar,  
y yo les quiero dejar  
un panteón en que dormir.

¡Con qué emoción, con qué afán  
por el cementerio adentro  
penetro!... Pero no encuentro  
sus sepulcros... ¿dónde están?

Al guardián octogenario  
demando — ¿Qué ha sido de e'los? —  
y me eriza los cabellos  
con un cuento funerario:

«Sus huesos ha removido  
tantas veces mi azadón,  
que Dios sólo en el montón  
sabe ya cuyos han sido.»

— ¡Rompiste sus tumbas!

— Sí:

tu padre me lo mandó.

— ¡El!

— ¿No sabes eso?

— No;

cuéntamelo.

— Escucha.

— Di.

Nosotros lo sabemos ya. D. José Zorrilla Caballero había dispuesto en su testamento que le enterraran «en el sitio que á juicio del enterrador sea más despreciable en el Campo Santo», cosa que sin duda completó mandando verbalmente al sepultorero que echase en la fosa común sus restos y los de su mujer.

Zorrilla, después de maldecir sus versos y el fanatismo político de su padre, origen de todas sus desdichas, termina con una lamentación que pone al descubierto toda la desesperanza y hastío alojados en su pecho:

Dios que las conciencias ves:  
sé para mí padre ciego;  
la pena de ambos te ruego  
que á mí en la tierra me des.

Sirva á ambos de expiación  
la existencia solitaria  
que he llevado, como un paria  
de la civilización.

Dígnate en cuenta tomar  
que los versos que él maldijo  
son sambenito que el hijo  
penitente ha de llevar

Y que toma en cuenta ten  
por igual como favores  
los silbidos y las flores  
que por sus versos le den.

Y en cuenta ten que, en su afán,  
con esos versos malditos  
se ha de ir confesando á gritos  
y mendigando su pan.

¡Dios mío! Aunque yo infeliz  
viva mucho y mal acabe,  
yo solo de entrambos lave  
hasta el último deslíz.

Dame de mi posición  
conocimiento profundo,  
para no ser en el mundo  
fariseo ni bufón.

Dame ¡Dios mío! humildad  
que en la eternidad me abone,  
y como Tú me perdone  
mi padre en la eternidad.

Después de esto, parte para el sagrado rincón de Quintanilla. Veamos las ráfagas de ilusión que alumbran al poeta al entrar en tierra burgalesa, el reverente fervor con que se arrodilla ante los recuerdos de la madre amante, el gesto de desesperación con que demanda de la Virgen de Muñó el término de sus pesadumbres:

Deja la tierra, corcel,  
de este lugar tras de ti.  
¡Hasta las piedras en él  
manan lágrimas y hiel  
y vergüenza para ti!

Corre, que ya esta carrera  
va á ser tal vez la postrera  
en que tus lomos me das:  
corre y dejemos a irás  
toda su comarca entera.

Corre, y de correr no ceses  
hasta dar en las campiñas  
y los valles burgaleses;  
atropella por sus mieses,  
atraviesa por sus viñas.

Corre. Ya veo á lo lejos  
de sus cerros solitarios  
los ruinosos castillejos  
y los gayos campanarios  
de sus pardos lugarejos.

Ya entramos en su distrito:  
corcel, tu paso detén  
por aquí, que necesito  
buscar aquí un pueblecito  
que para mí es un edén

Castilla, cuyos castillos  
hoy en escombros abruman  
tus débiles lugarcillos,  
y cuyas ruinas perfuman  
las salvias y los tomillos:

te llevé fotografiada  
por donde fuí, en mi memoria;  
no he olvidado de tí nada:  
jornada sé por jornada  
toda tu tierra y tu historia.

Heme aquí en terreno amigo;  
conozco el rumbo que sigo  
palmo á palmo: sí, allí están  
el hidalgo Villodrigo  
y el moro Villaquirán.

Allá Pampliega en el cerro  
que su alta nobleza abona,  
alzando una cruz de hierro

do llevó Wamba á un encierro  
su cabeza sin corona.

Aquí la vieja Celada  
á cuyos pies agua corre  
del Arlanza descansada;  
y allá Torre la almenada,  
y allí Santiuste sin torre.

Allá detrás de una cuesta  
veo de Villaldemiro  
la iglesia en un cerro puesta;  
y de aquel pico en la cresta  
los restos de Muñó miro.

¿Quién así te maltrató  
¡oh Muñó! en ausencia mía,  
que tan pobre te dejó  
de las piedras en que un día  
torreado te vi yo?

¡Pobre Muñó! A duras penas  
conozco ya tus cimientos;  
y tus torres con almenas  
y tus puentes con cadenas  
son ya un cuento de mis cuentos.

¡Pobre Muñó! Todavía  
por tus recuerdos te adoro,  
y no está lejos el día  
en que halle mi poesía  
en tus ruinas un tesoro.

¡Pobre Muñó! Tú me distes  
en mi juventud abrigo,  
y debo, hoy que envejecistes,  
probarte que en mí adquiristes  
entonces un buen amigo.

Sólo te queda un cantar  
que recuerda tu fin triste,  
y yo sé cómo evocar  
á alguien que pueda contar  
á tu pesar lo que fuiste.

Pero.. ¡adiós!--No formes queja,  
Muñó, si adelante sigo  
entre Arroyo y Villavieja,  
que pararme no me deja  
un afán que va conmigo.

Voy á buscar un lugar  
en donde tengo un altar  
en el que antes de morir  
quiero á mi ángel tutelar  
evocar y bendecir.

Allí, tras aquella loma,  
al pie de una torrecilla  
blanca como una paloma,  
las pardas tejas asoma  
de sus casas Quintanilla.

¡Bendito el pobre lugar  
donde mi madre nació!  
¡Bendito el modesto hogar  
donde la luz á mirar  
sus negros ojos abrió!

¡Bendito el aire que, aliento  
inspirando á su pulmón,  
la dió vital sentimiento  
con el primer movimiento  
que imprimió á su corazón!

¡Bendita sea la estancia  
de esta casa oscura y fría,  
donde durmió en la ignorancia

angelical de la infancia  
el sueño del primer día!

¡Bendita sea la campana  
con que tocó á su bautizo,  
y la fuente de que mana  
el agua con que cristiana  
el sacerdote la hizo!

Madre á quien idolatré,  
y con quien nunca viví,  
y cuya vida amargué...  
¡porque tal mi sino fué...  
porque Dios lo quiso así!

Madre, de cuyo cariño  
tan pocos años gocé,  
de quien me apartaron niño,  
y á quien, indócil lampiño,  
yo obcecado abandoné;

¡con cuánto afán busco ahora  
cuanto dejaste tras tí!  
¡Con cuánta fe mi alma adora  
cuanto imagino, señora,  
que guarda algo tuyo aquí!

De estas llaves y aldabones,  
de ventanas y portones  
se aseguraron tus manos,  
y sobre estos escalones  
tus piecitos enanos.

Bajo este enyigado techo  
sonó aquella voz tan suave  
que salía de tu pecho,  
que Dios para ti había hecho  
como el canto para el ave.

En este rincón tenías  
tu lecho casto y modesto,  
y aquí ante la luz ponías  
el espejo en que veías  
tu faz y tocado honesto.

Por estas calles pasaste,  
por estas eras corraste,  
en esta iglesia rezaste...  
¡Madre, por qué no me ahogaste  
cuando la vida me diste!

¿Por qué de la madre tierna  
no pudo más el amor  
que la vanidad paterna,  
de quien nos tuvo el rigor  
en separación eterna?

¿Por qué á extraños al fiar  
mi padre mi educación,  
antes que á tu hijo soltar  
no te dejaste arrancar  
los brazos y el corazón?

¿Qué necesidad tenía  
de lanzarme al mundo vano  
á mí que adorado habría  
la ignorada medianía  
del labrador castellano?

¿Qué nos importaba en él  
con humos de alta nobleza  
salir á hacer un papel,  
si en la alma se torna hiel  
el humo de la cabeza?

¡Aquí hubiéramos vivido,  
madre, los dos tan felices!  
¡Nos hubieran mantenido

tan bien sin gloria ni ruido  
nuestros granos y raíces!

Te hubiera aquí sin cesar,  
pues que tu solo hijo fui,  
día y noche hasta espirar  
al calor de nuestro hogar  
tenido yo junto á ti.

Nadie hubiera de mí hablado,  
ni me hubieran aplaudido,  
ni me hubieran coronado,  
ni en su cámara sentado  
me hubieran reyes tenido.

Pero hubiera sido honrado  
y feliz hubiera sido  
viviendo siempre á tu lado  
por ti en tu hogar cobijado  
como el pichón en su nido.

Mejor que en tierras extrañas  
en mesas de Emperadores  
¡oh madre de mis entrañas!  
comiera yo en sus cabañas  
pan tuyo con tus pastores;

y cuando tus ojos Dios  
cerrado hubiera á la luz,  
al morir yo de ti en pos,  
bastara para los dos  
una tumba y una cruz.

¡Delirios!—Hacia la mar  
me arrastra ya mi deber.  
¡Adiós, villa, adiós, hogar,  
que á ella la visteis nacer  
y á mí venirla á llorar!

Virgen Santa de Muñó,  
Soledad de Quintanilla,  
á quienes mi madre y yo  
orábamos cuando aun no  
se hablaba de mí en Castilla:

pues que ni vivió conmigo  
ni he de tener al morir  
con ella en la tumba abrigo,  
abreviadme ¡ay! el castigo  
de mi vida por venir.

Pues no me podéis volver  
ni á la oscuridad de ayer  
ni á la calma de mi hogar,  
ni á la que en él me dió el sér...  
¡enviad tormentas al mar!

¡Que del buque en que á él me lance  
vaya un huracán en pos,  
y en él de mi muerte el trance  
tan sólo á saber alcance  
el mar en que le hunda Dios! (1)

Zorrilla quedó instalado en la casa familiar de Quintanilla, entonces perteneciente á su primo D. Félix Moral, presbítero. La habitación que ocupó — á lo menos así se dice en Quintanilla — es la situada en el ángulo que la casa forma con una calleja; habitación amplia, si bien modesta, de techo más bajo que alto y con una sola ventana (2).

Los ancianos de Quintanilla y de Arroyo conservan claro recuerdo del poeta y de la temporada que pasó en aquel retiro. Compróse dos buenas jacas, y con su criado iba todos los días, á buen paso, á la estación de Estépar, para recoger su corres-

(1) *El drama del alma*, pág. 186.

(2) He de dar las gracias al señor cura párroco de Villavieja, D. Mariano Izquierdo, por la amabilidad con que me atendió en mi última visita á aquellos pueblos, y al de Arroyo de Muñó, D. Delfín Díez, por las deferencias que igualmente le debo.

pondencia. Otras veces iban á Burgos. También paseaba mucho á pie, sobre todo por el llamado camino de San Pedro. Solía reunirse con el párroco del pueblo, D. Valentín Alegre, y muchos días se llegaba hasta Arroyo de Muñó, situado á dos kilómetros, y donde estaba de cura su primo D. Jerónimo Moral (1).



(1) Se conservan en Quintanilla con cariño algunas anécdotas de Zorrilla. Un anciano, de apellido Porres, me ha referido que de boca del mismo Zorrilla oyeron él y un tío suyo lo siguiente: En la visita que había hecho á Isabel II durante su estancia en Madrid, la reina le preguntó: «¿Qué tal te ha ido por Méjico? ¿Cómo te ha tratado Maximiliano?» Y Zorrilla contestó: «Muy bien, señora: me ha guardado todo género de consideraciones; siempre que estaba delante de él me mandaba sentar y me hacía cubrir.» Entonces Isabel, que había tenido largo rato á Zorrilla en pie y descubierto, le dijo riendo: «Sienta, siéntate y cúbrete.» El hecho podrá ser ó no cierto; pero es indudable que Zorrilla lo refirió.

Dejó en aquellos pueblos fama de caritativo. Cuentan que un día, entre Arroyo y Quintanilla, encontró á un pobre; sacó del bolsillo una moneda y le preguntó de dónde era. El pobre contestó. Preguntóle después Zorrilla adónde se encaminaba, y el pobre, que sin duda no estaba para interrogatorios, repuso: «¡Donde me da la gana!» «Pues por esa contestación—dijo Zorrilla—te has perdido esto», y le enseñó un duro que tenía en la mano.

Otras veces se metía en su habitación y allí pasaba largos ratos «Entonces—refiere un viejo de Quintanilla— decía la sirvienta: el señor *de Zorrilla* está escribiendo y no hay que acercarse siquiera á su cuarto » Refería, á lo que parece, esa misma criada, muerta hace poco tiempo en Estépar, que en cierta ocasión Zorrilla, bajo los efectos de la desesperación que por entonces le abrumaba, exclamó:—¡El mejor día me ahorco!— Poco después, la buena mujer encontró en la habitación del poeta, suspendidas del techo, unas fuertes cuerdas, y al momento supuso que aquél trataba de realizar su propósito. Se apresuró, pues, á quitarlas. Preguntó Zorrilla por las cuerdas, y ella confesó que las había quitado para que no pudiera ahorcarse. Entonces Zorrilla, riendo, dijo el objeto de aquellas cuerdas: eran sencillamente para hacer gimnasia, á la cual, efectivamente, dedicaba un rato diario, dondequiera que estuviese.

Á todo esto, ¿qué era de Gumis? ¿Habíase vuelto á tratar del matrimonio entre el poeta y su prima? Gumis, bien puede creerse, tuvo una de las mayores alegrías de su vida al ver llegar á su primo, en quien desde la florida edad tenía puesto su cariño. Acaso se habló alguna vez de casamiento .. pero el casamiento no se realizó. No obstante, ¿había de ahogarse instantáneamente aquel amor que tantas raíces tenía? ¿Habían de permanecer indiferentes una junto á la otra dos almas unidas desde los años infantiles? Zorrilla y su prima, aunque entrados en el descenso de la vida, evocarían aquellos días felices en que, libres de pesares y amarguras, abrían sus almas al amor. Y el poeta, con el poder de su imaginación, reconstruiría aquellos lejanos episodios, y repetiría los versos que, á raíz de su fuga memorable, escribió para consuelo de la niña abandonada:

Mira ¡oh ríol en caridad  
si de ese fantasma al pie  
una afligida beldad  
llorando tal vez se ve  
su amor y su soledad.



Y si en tu margen desnuda  
 las resbaladizas ondas  
 contempla llorosa y muda,  
 antes río, la saluda  
 que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!  
 por respeto ó por temor  
 de su doliente desvío;  
 el llanto que vierte es mío,  
 que está llorando de amor...

La voz y fama—caiga sobre ellas toda la responsabilidad—afirman en Quintanilla que el poeta y su prima hicieron esas evocaciones con demasiada vehemencia.

A fines de marzo (1867) salió á luz el *Album de un loco*, cuyo manuscrito, como ya hemos visto, había dejado Zorrilla en Madrid al editor Gullón (1). Llevaba un prólogo de Ferrer del Río, muy encomiástico para Zorrilla. ¿Qué había entre los dos para que, latiendo aún sus resentimientos, fueran siempre unidos sus nombres? ¿Creía Zorrilla que Ferrer del Río era mejor para amigo que para enemigo? Tal vez.

La *introducción y prospecto* del libro contienen un desahogo humorístico de Zorrilla. Jáctase en ellos de su independencia, é insiste en su firme propósito de no solicitar el aplauso por medios bajos:

El trabajo da pan, si no riqueza,  
 y como presta honor, y honor demanda,  
 más vale pan ganado con nobleza  
 que palacio dorado, cama blanda  
 y millones logrados con bajeza.

No persigue con su libro ni renombre, ni fortuna, ni favor; se contenta con dar esparcimiento á su pluma, y sin hijos ni

(1) *Album de un loco* | por | Don José Zorrilla. | Madrid, | Alonso Gullón, Editor, | Calle del Pez, número 40. | 1867.

herederos por quien afanarse, tiene bastante con encontrar para su tumba — así escribe — un *ahujero*:

Y aunque no pegue aquí lo advierto al paso:  
 este ahujero que mi polvo encierre,  
 gratis me lo ha de dar, llegado el caso,  
 la católica Iglesia que me entierre;  
 porque, para mi entierro de poeta,  
 no tengo de dejar ni una peseta.

¿Causa de escribir el poeta? Expresada está en unas palabras que sirven de estribillo:

Voy, pues, á revelarte francamente  
 la verdad; y, lector, me importa poco  
 lo que de tal verdad piense la gente:  
 YO ME DOY Á ESCRIBIR, PORQUE ESTOY LOCO.

Fundándose en eso, anuncia su propósito de hablar, en heterogénea mezcolanza, de los más arduos problemas y los más triviales asuntos:

Voy á hablar de los pueblos y las razas  
 todas: de la de Cam y la semítica,  
 hasta la americana y la sajona,  
 de la más fuerte hasta la más raquílica,  
 desde la gigantea á la lapona;  
 de sus costumbres, trajes, lengua y trazas,  
 de sus juegos, peleas, bailes, cazas;  
 y fenicios, asiáticos, mongoles,  
 árabes, esquimales, mejicanos,  
 hotentotes, canarios, españoles,  
 industanis y chinos y romanos,  
 negros, blancos, cobrizos, tornasoles,  
 ricos, mendigos, nobles y villanos,  
 con sus mantos, sus plumas y sus mazas,  
 tírsos, báculos, picas, quitasoles,  
 calzoneras, carcaj, palios, corazas,

incensarios, turbantes y capuchas,  
 zorongos, palanquines y faroles,  
 castañuelas, bonetes y cachuchas,  
 guarda-infantes, casullas, sambenitos,  
 tamboriles, dalmáticas y pitos,  
 van á pasar revista entre mis manos;  
 y aunque les traiga aquí por los cabellos,  
 les voy á examinar con los frenólogos  
 y á dar mi parecer de todos ellos.

    Mi religión no gustará á los teólogos  
 ni mi loca opinión á los políticos,  
 ni mis extraños juicios á los críticos,  
 ni mi moral excéntrica hará gracia  
 á los que en todo ven una blasfemia,  
 ni mi ley cuadrará á la diplomacia  
 ni mi lenguaje inculto á la Academia;  
 pero hará mal en darse por sentido  
 nadie de mi opinión; porque es sabido,  
 y el testimonio universal invoco:  
 sólo un tonto, de tonto convencido,  
 puede hacer caso de lo que hable un loco.

De antes de ahora conocemos casi todas las poesías insertas en el *Album de un loco*, ya por estar publicadas en *La flor de los recuerdos*, ya por haber figurado en sus lecturas de Méjico. Hay, sin embargo, un poema, el titulado *La Inteligencia*, al que sólo de pasada nos hemos referido.

La tesis de este poema puede compendiarse en los siguientes versos del fin:

    Que allá en épocas bárbaras, en tierras  
 pobladas de salvajes y paganos  
 encomendado se hayan á las manos  
 la razón y el derecho; que haya guerras  
 aún entre caribes y africanos;  
 que una guerra que de iras se amamanta,

que á la luz marcha del incendio, y bebe  
ríos de sangre y lágrimas, aun lleve  
en Pekín ó Estambul nombre de santa,  
me apesara tal vez, mas no me espanta;  
mas hoy, en pleno siglo diez y nueve,  
en nuestro mundo culto, entre cristianos,  
donde tenemos todos por creencia  
que somos los humanos  
todos hijos de Adán, todos hermanos;  
al contemplar en guerra á las naciones,  
pregunta mi rebelde impertinencia:  
Si toda discusión para en pendencia,  
si toda paz se firma entre cañones,  
¿para qué diablos sirven las razones?  
¿para qué nos da Dios la inteligencia?

Pero, para venir á esta conclusión, Zorrilla hace un recorrido á la historia universal en tono familiar y pintoresco, según el sumario siguiente: Introducción.—El Génesis.—La raza humana.—Los egipcios.—Los fenicios.—Grecia.—Roma.—Bizancio.—Los bárbaros.—Los monasterios.—Cristo y la libertad—Arabia.—La lengua árabe—Mahoma.—El Korán.—Las Cruzadas.—La educación.—Resumen.—Conclusión

Si se dice que Zorrilla en este poema da muestras de un esceptismo humorista, y sienta los más amplios principios liberales, no se dirá más que la verdad. En su rápida ojeada histórica, va viendo cómo todos los pueblos profesan la religión del odio y la barbarie é imponen su voluntad por la fuerza. La inteligencia no se ve por ninguna parte. El cristianismo trajo al progreso, la caridad, los bienes todos, y la iglesia católica fué durante la Edad Media la fiel depositaria del saber y la cultura; mas de entonces acá han cambiado mucho las cosas. La libertad y la igualdad, la humillación de los tiranos y entronizamiento de la justicia, han de ser normas de conducta en los tiempos que corren:

La libertad y la igualdad son solas  
capaces ya de mantener en calma  
de la agitada sociedad las olas;  
los hombres de hoy empiezan en su alma  
á concebir mejores pensamientos  
sobre la dignidad de los humanos:  
los pueblos, con más nobles sentimientos,  
no son, como antes, tribus de mendigos,  
que tienen que ir hambrientos  
á pedir al portón de los conventos  
pan á la caridad de sus hermanos.

Hoy, con un sentimiento menos bajo,  
con más vigor y más conocimientos,  
basan la caridad sobre el trabajo;  
hoy, libres ya de bárbaros castigos,  
no son los pueblos hordas de villanos,  
tratados por un rey como enemigos  
vencidos; hoy los pueblos no trabajan  
para un señor soberbio, no se rajan  
en trabajo servil las rudas manos,  
ni á vestir su librea se rebajan  
para dar tierra y oro á sus tiranos.

Ferrer del Río, en el prólogo al *Album de un loco*, opina que este poema es lo más excelente que el libro contiene. «Nunca—dice—me ha parecido Zorrilla tan poeta de su siglo: siempre deploré, más ó menos á mis solas, que malograrse su inspiración feliz en brillantar y embellecer lo pasado, ayudando así indeliberadamente á los ilusos que pugnan por reconstruirlo á todo trance. Mucho bien le han hecho rodar por el mundo y ver otras cosas más que catedrales góticas y feudales castillos.» Yo creo, por el contrario, que Zorrilla estaba fuera de su elemento y que en él hay algo de más monta que el humorismo y la vena moralista, un poco superficiales y primitivos, manifestados en *La Inteligencia* y en algunas composiciones de sus últimos años.

A fines de mayo, enviada por su «viejo segundo padre», el prebendado de Burgos D. Julián García, recibió Zorrilla una carta de Maximiliano, en la que textualmente le decía así: «La abdicación va á hacerse necesaria; evite usted un viaje inútil y espere órdenes; tal vez nos veamos en Miramar.» Dispúsose, pues, á esperar; pero un mes después, como rudo y formidable golpe, recibió por los periódicos la noticia de que Maximiliano había sido fusilado en Querétaro.

En efecto, el infeliz emperador había caído á la implacable venganza de Juárez. Desde que la emperatriz — la triste Carlota, que había de sumir sus penas en las nieblas de la locura — partió para Europa, Maximiliano caminó de uno en otro revés. Las tropas francesas, retirándose de Méjico, le dejaron entregado á sus propias fuerzas. Resuelto á llegar hasta el sacrificio, Maximiliano salió de la capital y se puso al frente de sus tropas. Vano esfuerzo. Obligado se vió á encerrarse en Querétaro, y la vil traición del coronel López le puso en manos de sus enemigos. El 19 de junio sufrió la última pena, en unión de sus generales Miramón y Mejía, con la entereza de ánimo propia de los varones justos. La noble resignación con que esperó la muerte y las cartas que dejó escritas para Juárez y la emperatriz Carlota, pruebas son de un corazón firme, magnánimo y generoso.

La funesta noticia causó en Zorrilla tanto dolor como indignación. Y bien se explica que así fuera, porque, aun sin las razones especiales que Zorrilla tenía para ello, el fusilamiento de Maximiliano es uno de los crímenes políticos que merecerán la execración de todo pecho noble. Zorrilla, pues, quiso desahogar la santa ira que le abrasaba, y comenzó á preparar *El drama del alma*.

En la primera quincena de agosto se repartió la primera entrega de *El drama del alma*, con la *introducción y prospecto* (1).

---

(1) Esta primera entrega llevaba la siguiente portada: *El drama del alma. | Algo | sobre México y Maximiliano. | Poesía en dos partes, | con notas en | prosa y comentarios de un loco, | por | D. José Zorrilla. | Burgos: 1867. | Imprenta de D. T. Arnaiz, plaza del Mercado, n.º 17. 32 páginas.*

Casi todas sus páginas están dedicadas á la sentida poesía que se titula *Miramar*:

Castillo de Miramar  
que en el mar azul te miras:  
¿por qué miras sin cesar  
mar adentro en ese mar  
cuyas ráfagas aspiras?

¿Por qué va tu castellana  
de un balcón á otro balcón,  
y á través de su persiana  
contempla la mar lejana  
con febril agitación?

Cierra todos tus balcones,  
castillo de Miramar:  
cuelga de negros crespones  
tus gallardos torreones  
y no mires más al mar.

Ya es en vano que le adules:  
en vano enfloras tus salas,  
en vano tu mármol pules,  
y tus perfumes exhalas  
sobre sus ondas azules.

. . . . .

Yo soy quien á tu señor  
hacía de otros lectura,  
mientras era emperador  
allá donde hoy el rencor  
le niega hasta sepultura.

Yo soy quien á tu señora  
canté allí una salmodía.  
¡No sepa por ti en mal hora  
que canto por él ahora  
los salmos de la agonía!

Castillo de Miramar:

si llegan á ti estas hojas,  
no se las des á hojear;  
tíralas antes al mar  
en donde los pies te mojas...

El libro va dedicado á D. Pedro Antonio de Alarcón, primero en unas octavas del *poeta* y luego en un *comentario del loco*. «El poeta y yo, que voy á comentar sus versos para decirte en prosa lo que la poesía no debe descender á decir—escribe en el último—, te le dedicamos á ti, nuestro buen Pedro, porque habiendo sido tú el primero que nos dió la bienvenida, esperamos de tu amistad que te resignes á ser intérprete de nuestra gratitud á la patria en que nacimos, y á sombra de cuyo pabellón hemos tenido á orgullo vivir en las naciones que nuestra inconstancia ó nuestros pesares nos han hecho visitar.» Como el *poeta* sólo había visto de Méjico «sus nunca marchitos paisajes, sus nunca turbias lagunas, sus siempre floridas campiñas, sus productivas haciendas tapizadas de dulces cañas, abanicadas por ondulantes platanares, arrulladas por maizales sonoros y rayadas por las losanjeadas melgas de los magueyales, como la piel de los tigres y de las cebras», el *loco* iba á contar de Méjico «lo que no te dirán los profundos diplomáticos ni los grandes hombres de Estado, que toman los grandes negocios de las naciones desde una olímpica elevación y les tratan desde ella con una entonación homérica.» Anunció Zorrilla su propósito de publicar todo el libro durante el mes de agosto; pero no fué así.

Según su amigo don Nicolás Acero, que en aquel mes de agosto fué á visitarle en Quintanilla Somuño, Zorrilla, á más de *El drama del alma*, tenía preparado un libro titulado *Crónicas de Castilla*, que dedicaría á la Diputación de Valladolid, compuesto de historias tradicionales y en el que iría intercalada una *Corona de espinas* á la Virgen de la Peña de Francia (1). En lo

(1) En efecto, en sesión que la Diputación de Valladolid celebró días después, se leyó una comunicación de Zorrilla en que ofrecía las *Crónicas de*

que restaba de año pensaba publicar tres libros, el último de ellos titulado *Esencia de rosa* (1).

También publicó *La Correspondencia* un suelto en que se decía que Zorrilla, según afirmación de amigos íntimos, estaba continuando su poema *Granada*. Tomó esta noticia Zorrilla como una insidiosa alusión á su incumplida promesa de terminar el famoso poema, y envió un comunicado á los periódicos en que decía así: «Todo lo que ha dicho *La Correspondencia* sobre mi poema de Granada, es inexacto. Los que con títulos de amigos íntimos míos han dado á su director detalles sobre esta obra, podrán ser, cuando más, amigos officiosos. El tal poema es hoy agua pasada que no mueve molino, y no hay para qué revolverla. No deben ser muy amigos míos los que me revuelven el agua.»

Al comenzar diciembre apareció en las librerías *El drama del alma* (2). Días después, el 26 del mismo mes, fondeó en Cádiz la fragata austriaca *Novara*, donde iba el cadáver de Maximiliano para recibir sepultura en su patria.

*El drama del alma* es la historia del imperio de Maximiliano, escrita con el corazón. Improvisada y desigual, tiene fragmentos llenos de pasión ó esmaltados de primores descriptivos, junto á otros descuidados ó prosaicos. En las primeras páginas, al pintar el cuadro de la América primitiva, ofusca con la riqueza de sus luces y colores:

Y allí había otras razas y otras gentes;  
y la tierra en su faz y en sus entrañas  
criaba, de los nuestros diferentes,  
aves, reptiles, plantas y alimañas;

---

*Castilla*, y se habló de editarlas por cuenta de aquella Corporación. No se hizo, sin embargo.

(1) Artículo de D. Nicolás Acero, en *La Crónica Mercantil* de 4 de septiembre.

(2) *El drama del alma*. | Algo sobre Méjico y Maximiliano, | poesía en dos partes, | con notas en prosa y comentarios | de un loco, | por D. José Zorrilla. | Burgos: 1867 | Imprenta de D. T. Arnalz, | plaza del Mercado, n.º 17.

allí entre cataratas y torrentes  
y lagos y volcánicas montañas,  
cerrado á Europa por el juicio eterno  
estaba aquel edén, que es hoy infierno ..

Por vagabundas tribus mal poblado  
existía aquel mundo: verdad era.  
Dormía allí la corza sin cuidado  
de la desierta loma en la ladera;  
al lago, por el hombre aun no enturbiado,  
bajaba sus cachorros la pantera,  
y el condor, aún por él no perseguido,  
hacía entre los árboles su nido.

De aquellos lagos límpidos á orillas  
iban entre esos juncos tan preciados  
(símbolos de la ley en los golillas,  
lujo de nuestros viejos magistrados),  
ágiles á trepar grises ardillas,  
y á sestear los bisontes fatigados,  
y á digerir los ayarientos boas,  
y á esconder los salvajes sus canoas.

Y eligiendo allí en paz sitios propicios  
de su industrial familia á las labores,  
labraban sus curiosos artificios,  
háviles arquitectos, los castores.  
Tal vez de los primeros edificios  
labrados en la tierra constructores,  
al hombre errante por su inculto suelo  
de la primer ciudad dieron modelo.

Allí á la margen de insondables ríos  
que hierven al calor de los volcanes,  
cuyas riberas y álveo bravíos  
sacuden terremotos y huracanes,  
pelícanos volaban y tildíos,

garzas, y papagayos y faisanes,  
y se iban á esponjar en sus remansos  
ánsares roncós y silvestres gansos.

No es menos animada la descripción de Méjico después de la conquista, con sus aventureros maleantes y sus viciosos indios, que dieron origen á los léperos y los mestizos. Entra en el siglo xix é inicia sus acerbos imputaciones, no sin elogiar el gra-cejo é ingenio natural de los mejicanos y las bellezas del país y de la capital:

Y en medio de este valle pintoresco,  
perla prendida en árabe acerico,  
ciudad como esas que el primor chinesco  
labra sobre el marfil de un abanico,  
blanco, claro, gentil, aéreo, fresco,  
Méjico yace perezoso y rico,  
como sultán que en sus jardines fuma  
viendo al mar á sus pies hacer espuma.

Méjico es la ciudad de los cantares,  
huerto rico de frutas y de flores;  
y en medio de la guerra y sus azares,  
y en medio de la peste y sus horrores,  
se mece en sus chinampas seculares,  
cantando ante su tumba sus amores  
en un cantar que abarca estos extremos:  
«Cantemos hoy; mañana moriremos.»

En el libro segundo, con derroche de tintas, describe la entrada de los emperadores en Méjico; y en el libro tercero asistimos á las duras pruebas por que pasa Maximiliano al verse sin el apoyo de quienes, como Roma y Francia, más obligadas estaban á prestársele. Y de esta manera les hace hablar:

#### MAXIMILIANO

Madre, tú estás del mar al otro lado;  
y en el pueblo revuelto que dirijo

han vendido tu hacienda en el mercado.  
Madre, ilústrame tú: yo soy tu hijo.

ROMA

Que restituyan todos: me han robado.

MAXIMILIANO

Transige, madre mía.

ROMA

No transijo.

MAXIMILIANO

Perdónales sino,

ROMA

No les perdono.

MAXIMILIANO

El perdón base de la fe y el trono  
será; cede, acomódate.

ROMA

No cedo;  
mi hacienda es la de Dios: no hay acomodo.

MAXIMILIANO

Madre, es un laberinto en que me enredo.  
Cedamos algo, ó lo perdemos todo.

ROMA

Tú eres Emperador; yo nada puedo  
ceder: soy infalible.

MAXIMILIANO

Pues me quedo,  
y por ti, buen católico, me inmolo.  
¡A la merced de Dios!—Lidiaré solo.

.....

ZORRILLA

MAXIMILIANO

Francia, ampárame bien, ó no me ampares.

FRANCIA

Yo mando; soy la fuerza de tus manos.

MAXIMILIANO

Yo quiero la razón en mis hogares.

FRANCIA

Yo te avasallaré á los mejicanos.

MAXIMILIANO

Yo me los haré amigos: sus altares,  
su patria, míos son; son mis hermanos,

FRANCIA

No te amarán.

MAXIMILIANO

Abdicaré.

FRANCIA

La vida

juegas: partiré antes.

MAXIMILIANO

¡Tú!

FRANCIA

Sin duda.

Francia no debe errar ni ser vencida.  
Tú eres el responsable.

MAXIMILIANO

Tañ ayuda

es traición.

FRANCIA

Pero es mía la partida.

MAXIMILIANO

Mi fe ante el mundo y ante Dios me escuda.

FRANCIA

Por ella morirás.

MAXIMILIANO

Lo sé y me inmoló

¡A la merced de Dios!—Déjame solo.

La segunda parte de *El drama del alma* está dedicada á narrar su vuelta á la patria; su viaje por Barcelona, Valladolid, Torquemada, Quintanilla, Burgos, entre grandes satisfacciones é inmensos sufrimientos. Pero en la última parte, titulada *¡Væ victis!*, se halla el admirable traslado de la visión que asalta al poeta bajo las bóvedas grandiosas de la catedral burgalesa. Es una de las obras más hermosas que ha producido la musa española de todos los siglos, y aun dando por supuesto que el lector la conozca, voy en parte á trasladarla aquí para su espiritual deleite.

## XX

Es una tarde parda; centellea  
 El sol entre los cárdenos celajes  
 De un aplomado nubarrón que ondea  
 Ante él, cuyos flotantes cortinajes  
 Entoldan su fulgor, amarillea  
 Desgarrándole el sol por mil parajes  
 Con mil rayos de luz de cuando en cuando:  
 Mas el nublado ante él se va cuajando.

## XXI

Penetran en las naves, por los huecos  
 De sus ojivos dobles ajimeces,  
 Los relámpagos vagos y los secos  
 Truenos, roncós aún: siéntese á veces  
 De las hondas capillas á los ecos

Ir por las insondables lobregueces  
 El trueno á repetir que afuera zumba  
 De rincón en rincón, de tumba en tumba

## XXII

Á la luz temerosa y fugitiva  
 Del rápido relámpago brillante,  
 Los arquitrabes en que el templo estriba  
 Vacilan desquiciados un instante.  
 Toda imagen de altar salta de él viva:  
 No hay busto que no marche ó se levante,  
 Pareciendo en redor por un momento  
 Toda inmovilidad en movimiento.

## XXIII

Parece la calada crestería  
 De los arcos y nichos ojivales  
 Ondulante y flexible encajería:  
 Las verjas y barreados barandales  
 Lanzas de militar caballería  
 Que avanza en escuadrones desiguales:  
 Y los tubos del órgano salientes  
 Crestas de grifos, colas de serpientes.

## XXIV

Tórnanse á su fulgor los rosefones,  
 Ojos de leviatán que parpadean:  
 La labor de hojarasca y canelones,  
 Reptiles que en los muros culebrean;  
 Las capillas profundas, pantèones  
 Donde libres los muertos se pasean:  
 Las ventanas de vidrios losangeados,  
 Hornos de salamandras atestados.

## XXV

Al lejano rumor de un ronco trueno,  
 Miles de voces de invisibles bocas

Pueblan del aire el impalpable seno,  
Incoherentes, gárrulas y locas,  
Allí resuena un, ¡ay! de angustia lleno,  
Allá muje un torrente entre las rocas,  
Allá el crujido del incendio estalla,  
Allá rompe el clamor de una batalla.

## XXVI

Gime allí un moribundo que se queja,  
Allá rechina un cable que se amarra;  
Una ráfaga silba en una reja,  
Una tela se rasga en una barra,  
Canta en una cornisa una corneja...  
Y el ruido del turbión que se desgarrá,  
En los huecos del órgano gorgea,  
Bufa, muje, relincha y cacarea.

## XXVII

Del trueno al son y al resplandor del cielo  
Nada queda sin voz ni yace inerte.  
¡Un relámpago!... y pueblan aire y suelo  
Móviles bultos mil—¡un trueno!... y vierte  
Su voz en él mil ecos de odio, anhelo,  
Triunfo, terror, placer, victoria ó muerte.  
Pasan... y pasa cuanto suena y gira,  
La calma torna y el rumor espira.

## XXVIII

¡Cuán poético es Dios! qué poderosa  
La fe del creador catolicismo,  
Que de grandeza artística rebosa  
Al enunciar el pobre cristianismo,  
Con esa sencillez maravillosa  
De quien trae su poder consigo mismo.  
¡Cómo atrae, cómo exalta el alma mía,  
Oh santa catedral, tu poesía!

## XXIX

¡Bendita sea, sí, bendita sea  
 La religión sublime cuyo culto  
 Todas las artes en glosar emplea  
 Su sentido simbólico y oculto:  
 Haciendo por do quier que el pueblo vea  
 Su tradición histórica de bulto  
 En iglesias, imágenes y fiestas,  
 El sentimiento para herir dispuestas.

## XXX

¡Qué fe, qué inspiración, qué poesía  
 Aspira en esta nave solitaria  
 Exaltada esta tarde el alma mía!  
 ¡Cómo en este primor de imaginaria  
 Del Borgofión Felipe me extasía  
 La escena angustiadora y tumultuaria,  
 En que la imagen de Jesús divina  
 Inocente al patíbulo camina!

## XXXI

¡Oh poder misterioso, oh fe del arte!  
 En esta maravilla de escultura,  
 Se ve que el hombre en su alma tiene parte  
 De aquella esencia creadora y pura  
 Con que Dios le hizo á él: Dios la reparte  
 En almas aptas á crear, y dura  
 En sus obras la chispa creadora  
 Á cuya luz quien cree las ve y adora.

. . . . .

## XL

Esa escultura vive!—una armonía  
 Imperceptible casi en ella suena,  
 Que de santa y febril melancolía  
 El embargado espíritu me llena.

Un incoloro albor de opaco día  
 Comienza á herir la escultural escena:  
 Y á su mística luz la piedra inerte  
 En visión á mis ojos se convierte.

## XLI

Todo en el cuadro escultural se mueve:  
 Las figuras de piedra se adelantan  
 Detrás del Salvador, con pie tan leve  
 Que rumor con sus pasos no levantan  
 Al marchar por el campo del relieve.  
 No oso á Jesús mirar, porque no aguantan  
 Mis pupilas la luz y la belleza  
 De su gloriosa y celestial cabeza.

## XLII

Del cuadro, tras Jesús, desvaneciendo  
 Se van del Borgoñón las esculturas,  
 Y de Jerusalén á él van saliendo  
 Por la puerta de piedra otras figuras:  
 Cuya presencia bien aun no comprendo,  
 Mas de quienes por bustos y pinturas  
 De relieves, sepulcros y paisajes  
 Reconociendo voy los personajes

Así surge la visión. Ante el poeta desfilan los conquistadores de América, la corte brillante de los Reyes Católicos, el P. Las Casas con los misioneros, Carlos V. con su dinastía en pos, la muchedumbre de españoles que en tierra americana fundaron ciudades y propagaron la cultura. Por último, el cuadro de horror en que Maximiliano sufre el suplicio.

Al llegar á este punto, la indignación de Zorrilla estalla, como en su cerebro la horrenda descarga del fusilamiento, y prorrumpe en violentos apóstrofes é imprecaciones contra Méjico. Jamás los rayos de la ira han vibrado en la pluma del vate como en estos versos de Zorrilla:

Lo sabes como yo: Maximiliano  
tu corona en las sienes no se puso  
por propia voluntad; ni fué tirano  
ni usurpador en Méjico, ni intruso.  
Fué á engañarle un partido mejicano  
diciendo que era tu nación: fué iluso,  
fué víctima; vivió y murió tu amigo  
y es venganza su muerte no castigo.

Mas tu odio á Europa te arrastró muy lejos:  
tu libertad con él has fusilado  
y en lugar de romper tus grillos viejos  
otros grillos más duros te has forjado  
Escuchaste del Yankee los consejos,  
y del Yankee en la red te has enredado.  
Pues tanto odias tu sangre de europea...  
¡ojalá seas yankee y yo lo vea!

¡Ojalá seas yankee y luterana!  
Porque para llegar hasta ese día  
has de arrojar la lengua castellana,  
la religión del Hijo de María  
y tu ruin libertad republicana  
en el vil lodazal de tu anarquía;  
y sin fuerza, sin honra y sin altares,  
entregarás al Yankee tus hogares.

Pero el Yankee jamás será tu hermano  
ni irá á la par contigo: no lo esperes.  
Dueño una vez del suelo mejicano  
se apropiará tus minas y placeres;  
te obligará á sembrar para él tu grano  
y dará á sus colonos tus mujeres,  
porque tu raza india hallará fea  
¡Ojalá seas yankee y yo lo vea!

¡Ojalá pronto tu anexión reclamen  
los Estados Unidos, pueblo iluso!

Y haz que á su madre en español no llamen  
 tus hijos, siervos ya del Yankee intruso,  
 y odio en la leche de su madre mamen  
 al padre vil que en su poder les puso.  
 Es la ley del tali3n, naci3n ingrata:  
 á hierro muere quien á hierro mata.

Se explicar4 que esta impetuosa acometida, como los *comentarios del loco*, que van al final, levantar4n la en4rgica protesta de los escritores mejicanos; mas entre otras causas que atenueban el hecho, debieron tener en cuenta la de arrebato. Zorrilla profesaba á Maximiliano un cari3o íntimo y profundo, y la infanda ejecuci3n del emperador, no s3lo por 4l anatematizada, sino por Europa entera, le arranc3 palabras semejantes. De todos modos, justa 3 no la actitud de Zorrilla, no es posible olvidar en 4l este aspecto: el que nos le presenta defendiendo la memoria del hombre bueno que fu3 su protector y amigo, y esgrimiendo la sa3a vengadora contra el pueblo culpable de su muerte (1).

Zorrilla, como expresa en la carta con que contest3 4 los periodistas mejicanos y que no s3 si lleg3 4 imprimirse (2), crefa que Maximiliano habfa muerto por el abandono en que le dejaron «su hermano el Emperador de Austria, Napole3n III, y el famoso *non possumus* de Pío nono.» Bajo esta idea, reiteradamente expuesta en *El drama del alma*, escribi3 los sonetos encabezados con el lema *Post mortem meam*, que, segun dej3 dispuesto en su testamento, habfan de publicarse un a3o despu3 de su muerte. Contienen el m4s violento ataque que puede imaginarse contra Roma, y en especial contra Pío IX (3).

(1) El presb3tero gaditano D. Enrique Romero Jim3nez public3 4 principios de 1868 un drama en dos actos y en verso, dedicado 4 Zorrilla, bajo el ttulo de *El m4rtir de la traici3n 3 el emperador Maximiliano*. Los personajes del drama, 4 m4s de Maximiliano, eran: la emperatriz Carlota, la princesa de Salm-Salm, el P. Feischer, el poeta Zorrilla, Miram3n, Mejfa, Escobedo y L3pez.

(2) V3ase el *Ap3ndice XVI*.

(3) El pliego que dej3 Zorrilla con el citado lema *Post mortem meam*, se ex-

Es indudable. Los desengaños, los sufrimientos, las enseñanzas de la vida, habían impreso honda huella en las ideas de nuestro poeta. Tal vez conservaba la fe en Dios; pero hablaba perdido por completo en sus ministros (1).

\* \* \*

Dícenos Zorrilla que una carta de Barcelona, recibida en Quintanilla Somoñó, le anunció la llegada de uno de los socios de la casa Montaner y Simón; y que en efecto, este último, presentándose en su retiro, le propuso la traducción de los poemas

---

travió después de su muerte; pero las Sras. de Arimón, sobrinas del poeta, conservan un autógrafo de aquellos sonetos y yo tengo una copia.

Publicó Zorrilla algunos de ellos, con el título de *Inri*, en *La Ilustración Ibérica* (1883). Otros son impublicables. En los dedicados á Pío IX, las invectivas llegan al límite.

(1) En la *Historia de España* del P. Mariana que se halla entre los libros de su pertenencia, vense de su puño y letra algunas notas marginales como las siguientes:

En el cap. XVIII del lib. XVII, donde habla de los trabajos sufridos por los monjes de San Jerónimo: «trabajos grandes y que les hicieron famosos en la gordura de sus cerviguillos, de sus panzas y de sus bolsas.»

En el cap. II del lib. XVIII (*De la muerte del rey don Enrique*): «¡Qué cristianos principios jesuíticos, P. Mariana! ¡Bienaventurados por la venganza tomada! ¿Y Cristo, por cuya sangre fué redimido y perdonado el mundo? ¡Ah canalla de la compañía de Jesús!»

En el cap. XII del lib. XIX, que habla del antipapa Luna y de San Vicente Ferrer: «Conque si Viceferrer era tan santo y tan por el antipapa, éste no debía ser sino muy legítimo pontífice. Sino, ¿quién inspiraba á Ferrer: Dios ó el diablo?»

En el cap. XIV del mismo libro: «Es claro: el clero cobra, pero no paga; ruega á Dios por los que le pagan y por él se batan.»

En el cap. XVIII del mismo libro (*Que el papa Benedicto vino á España*): «¡oh historia de la Iglesia! ¡Y Cristo!»

En el cap. XIV del lib. XX, al hablar de la muerte en Florencia del Cardenal de España: «¡oh religión romana!»

Puede verse también el *Album de un loco*, pág. 245 y sigtes.; la *Leyenda del Cid*, pág. 86; y *A escape y al vuelo*, pág. 85 y sigtes.

de Tennyson en su edición ilustrada por Gustavo Doré. Esto debió de suceder antes de mediar el mes de noviembre, ya que por aquellos días los periódicos anunciaron el propósito de Zorrilla de establecerse en Barcelona. En diciembre, el Liceo Barcelonés le nombró su socio.

Parece que su salud se resentía un tanto en el pueblecillo burgalés. En los últimos meses de 1867 padeció calenturas intermitentes y una fuerte erisipela, y al comenzar el siguiente año pasó otra enfermedad. Esto, sin duda, fué causa de que no se trasladara á Barcelona hasta los últimos días del mes de marzo (1).

El recibimiento que le hicieron los literatos barceloneses, fué tan cariñoso y entusiasta como á su llegada de Méjico. El miércoles 25 le dieron una serenata y al domingo siguiente le obsequiaron con un banquete de más de cien cubiertos, en el cual leyó poesías. Desde entonces, las muestras de afectuosa consideración no cesaron para Zorrilla en Cataluña.

En los *Recuerdos del tiempo viejo* anuncia Zorrilla que los pormenores de esta época de su vida están en su *Vuelta á la patria*, libro que, como otros á que hace referencia, no debió de escribir nunca. «Víctor Balaguer, Pedro A. Torres Ditazza, Roure y otros poetas catalanes—escribe—me pasearon en triunfo noble y generosamente por la tierra de las sangrientas barras y las rojas barretinas; allí fué desde entonces aceptado y tenido por hermano, y dondequiera que á oirme me han llamado, me han colmado de obsequios y de aplausos, y me han despedido con un puñado de duros; porque en aquella tierra del trabajo se comprende que nadie debe trabajar sin recompensa. Desde entonces hasta hoy he tenido casi siempre mi casa en Barcelona, y allí soy mirado como catalán, aunque no uso barretina; y allí he podido decir, como un hermano entre sus hermanos, que

---

(1) En este mismo mes dijeron los periódicos, sin ser cierto, que había estado en Sevilla.

«cuando por las calles ven mi persona,  
dicen los noys que pasan: es *En Surrilla*,  
lo mismo que si fuera de Barcelona.

«Y sea el que quiera el porvenir — agrega —, no será mi pluma quien eche más leña al fuego, ni seré yo quien retire el primero su mano de entre la de los poetas catalanes; y espero en Dios que sobre estas manos jamás desenlazadas el porvenir volverá á construir lo roto y á unir lo cortado, si por desgracia la política ó el interés llegaran á cortar algo; siendo la poesía la inmóvil base y el indestructible anillo de la unidad y de la fraternidad españolas» (1).

¡Ah, poeta! ¡Eterno navegante por los mares del ideal! Cúmplase tu vaticinio, y venga pronto la poesía con su divina mano á estrechar lazos que no deben desatarse...

Puig y Llagostera dió alojamiento á Zorrilla en su casa de Barcelona y en su fábrica de Esparraguera, y de este modo comenzó el poeta á escribir, no ya la traducción de Tennyson, sino unas leyendas originales—*Ecos de las Montañas*—, adaptadas á los grabados de Gustavo Doré. Las primeras entregas se publicaron en abril. Al mismo tiempo, el editor Manero dió una reimpresión de *Las almas enamoradas* (2).

El día 29 de marzo se dió en el Teatro Principal una función en honor de Zorrilla. En ella se representó una obra de Vidal y Valenciano titulada *Ben vingut sia* (3), cuyas primeras palabras —bien merecen transcribirse— son éstas:

(1) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. 2.º pág. 372.

(2) *Las almas enamoradas*, | leyenda . n verso | por | Don José Zorrilla | S. M. | Barcelona: | Administración, Ronda del Norte, número 128. | Librería, Plaza del Teatro, número 7 | Madrid: | Librería de Antonio de San Martín, Puerta del Sol, 6. | 1868.

Los cajistas de la casa Manero regalaron á Zorrilla una rica tabaquera, acompañada de un soneto.

(3) *Ben vingut sia. Salutació fraternal á D. Joseph Zorrilla Estrenada espresament ab motiu de haber asistit eix célebre escriptor á la funció de tarde que quiscuns poetas catalans, li dedicaren lo dia 29 de Mars de 1868. Per Eduart Vidal Valenciano.—Barcelona... 1868.*

- ELVIRA. Si fossin en catalá  
Llegiria deseguida.
- D. ANTON. Estás mòlt equivocada.  
¿Sè 't figura que 'n Zorrilla  
es poeta castellá?
- ELV. Sí senyor.
- D. ANT. T 'enganyas, filla.  
Zorrilla es gloria espanyola,  
gloria nacional, Elvira,  
y jo so tant espanyol  
com qui mès espanyol sia (1).

«Terminado el propósito—decía *El Diario de Barcelona*—la actriz señorita Juaní, con sentimiento y entusiasmo, ofreció á

(1) A propósito de esta función escribe lo siguiente D. Francisco Gras y Elías:

«El poeta Eduard Vidal i Valenciano escrigué un a propósito en vers, titulat *Ben vingut sial*, que s'estrenà, un diumenge a la tarda, en el Teatre Principal; funció a la qual va assistir en Zorrilla. Jo era molt jove, i recordo amb delit l'entusiasme amb que'l públic cridava a les taules al poeta castellá i l'obsequiava amb flors i corones de llorer.

«D. Manel Angelon fou dels primers de Barcelona que anaren a saludar-lo. Ell, tot entusiasme i tot cor, ¡com no avia de cercar el callu de l'amistat del gran poeta vallisoletà!

«A l'acabar-se la festa al Teatre de Santa Creu, se l'endugué a la seva torre, a dalt de San Gervasi. Ell vivia en el segon pis, i en el primer el propietari de la torre, el notari senyor Belisolell, persona molt entusiasta de la poesia; y en el menjador d'aquell representant de la fe pública tingué lloc un esplendíd àpat en honor de Zorrilla, asseint-se a la taula moltes dames i senyoretas, i poetes i periodistes de la capital.

«Acabat el sopar, el poeta festejat pujà en el saló de l'Angelon, on tingué lloc una vetllada literaria en obsequi d'aquell. Més qui féu l'esmerç de la festa fou el mateix Zorrilla, llegint, com sols ell sabia fer-ho, algunes de les seves més inspirades poesies.

«D. Joseph sortí contentíssim de tals obsequis, i no trobava paraulas per a mostrar son agraïment a l'Angelon.

«D'aquella torre on tingué lloc tant ermosa festa no'n queda res. Poc temps després l'adquirí'l nostre biografiat [Angelón] i la convertí en fonda, posant-li'l nom de *Restaurant Tibidabo* i perdent-hi molts diners; i avui, en el seu lloc, hi ha'l convent de Jesús i Maria.

«Tant bona amistat quedà, desde aquella nit, entre l'Angelon i en Zorrilla, que al casarse aquest, poc temps després, en segones nupcies, amb la Srta Joana Pacheco, a la parroquia de Santa Agna d'aquesta capital don Manel fou una de les poques persones convidades a la boda »

(*Siluetes d'Escriptors Catalans del sígle XIX*, tercera serie, pág. 79.)

Zorrilla una corona de laurel con cintas blancas y letras de oro. El telón tuvo que levantarse tres veces; tantos eran los aplausos del público á Zorrilla, á Vidal y Valenciano y á los actores que habían intervenido en la representación. Luego, el joven poeta Estanislao Clariana, desde un palco, frente del que ocupaba Zorrilla, pronunció una bella poesía enalteciendo el genio del vate castellano, en cuyas elevadas inspiraciones se ve el destello de la divinidad que el Ser Supremo ha infundido al hombre. » (1).

El día 2 de abril, la empresa, actores y autores del *Teatro Catalán* obsequiaron con una función á Zorrilla, celebrada en el Teatro Romea. Se representó primeramente el drama bilingüe *La rosa blanca*, de Federico Soler (Serafí Pitarra). Después, con la escena adornada, y en medio el busto de Zorrilla, rodeado de banderas que ostentaban los títulos de las obras principales del agasajado, los poetas catalanes Roure, Alcántara, Carreras, Soler, Marquina, Baró, Chas de Lamotte y Tutau, recitaron ó leyeron poesías alusivas al acto. Últimamente se representó la obra *Un pollastre aixelat*, de José María Arnau (2).

Días después se celebró en el Ateneo Catalán en honor de Zorrilla una magnífica fiesta. El presidente del Ateneo, D. Joaquín Rubió, leyó una poesía castellana dedicada á Zorrilla; don Ricardo Sepúlveda, unas anacreónticas; D. Cayetano Vidal y Valenciano, un estudio sobre los *Orígenes de la leyenda del Tenorio*; D. Víctor Balaguer, dos poesías provenzales: *La morto*

(1) El programa de esta función fué el siguiente:

1.º El drama en tres actos *Tal farás, tal trobarás*, de D. Eduardo Vidal y Valenciano.

2.º El apropósito en un acto, escrito por el mismo autor *como salutación fraternal á Zorrilla*, titulado *Ben vingut sia*.

3.º Lectura de poesías, dedicadas á Zorrilla.

4.º La pieza en un acto *Otra torre de Babel*.

(2) El día 6 fué Zorrilla obsequiado en la morada de la poetisa Doña María Mendoza de Vives. Leyó esta señora una oda, titulada *El Diluvio*; doña Pilar de San Juan, otro trabajo literario; poesías castellanas, Zorrilla; catalanas, Balaguer (D. Víctor) y Agulló; valencianas, Laballa; y Calvet y Vidal, provenzales.

En otras casas linajudas también invitaron á Zorrilla.

*vivento* y *La mort de Beciers*; D. José Leopoldo Feu, *La muerte de la poesía*, poemita castellano; D. Manuel Angelón, un artículo humorístico sobre el cigarro; D. Jacinto Labaila, la poesía *El Escorial*; D. Adolfo Blanch, *L'anima enamorada*; D. José Vergé, *Mon primer cant*; D. Dámaso Calvet, *¡Son ells!*; Zorrilla, por último, leyó tres poesías, «que fueron decía *El Diario de Barcelona*—tres ramos de rosas de agradecimiento, amor y admiración á Barcelona.»

Á mediados de abril, Zorrilla, en compañía de algunos amigos, retiróse al campo, para descansar; pero bien pronto regresó á Barcelona, atraído por un acontecimiento literario de importancia desusada: el de los juegos florales, que aquel año de 1868 tuvieron un carácter y una significación trascendentales. Merced á la iniciativa de D. Víctor Balaguer, que los presidía, tuvieron en ellos representación los poetas provenzales, los castellanos, los valencianos y los catalanes de las cuatro provincias.

El día 29 llegaron á Barcelona los poetas provenzales, entre otros Mistral, Roumieux, Meyer y e. príncipe Guillermo Wyse Bonaparte. Fueron recibidos en la estación por los literatos y poetas españoles, entre ellos Zorrilla, y gran número de curiosos.

Los poetas castellanos estuvieron representados por Núñez de Arce y Ruiz Aguilera. Fueron objeto, como todos los demás, de numerosas atenciones.

No he de dar cuenta de todas las fiestas y solemnidades que hubo con este motivo (1). Baste saber que el primer domingo de mayo se celebró solemnemente en el Salón de Ciento la fiesta de los juegos florales, en que obtuvo la flor natural el poeta D. Adol-

---

(1) El día 1 de mayo se celebró en el teatro del Prado Catalán una velada organizada por el Liceo Barcelonés en honor de Zorrilla, que era su presidente literario. Se representaron la comedia *De potencia á potencia*, de Rodríguez Rubí, el apócrifo *Herencia de gloria* y la comedia *Ojo y nariz*, y se leyeron varias poesías.

El día 4 varios jóvenes organizaron una función en Romea, en obsequio de Zorrilla y de los demás poetas. Representóse el *Sancho García* y la comedia *Tal hi va que no s'ho creu*.

fo Blanch y Cortada. El día 5 se celebró un banquete dispuesto por los mantenedores en honor de los poetas premiados y de los forasteros, y allí pronunció Mistral un discurso, leyó Zorrilla una poesía de saludo á los provenzales, el príncipe Wyse otro discurso que repartió impreso, Ruiz Aguilera poesías, etc., etc.

También el Ateneo Catalán dedicó á los forasteros una velada literaria. Rubió y Ors leyó poesías catalanas; Rafael Ferrer, valencianas; Wyse y Meyer, provenzales. Hubo elogios en verso para los poetas de Provenza, Castilla y Valencia. Núñez de Arce leyó una epístola, Mistral *El Trobair catalá* y Zorrilla varias poesías.

Pero la fiesta más expresiva y simpática de todas, fué la expedición á Monserrat y Tarrasa, organizada por Balaguer. En



ella, según escribía uno de los expedicionarios á *El Telégrafo*, de Barcelona, los poetas se mostraron gozosísimos, como escolares escapados de la escuela, cantando y recitando poesías y dirigiéndose mutuos *vivas*, que repetían los ecos de la montaña (1).

(1) El grabado arriba inserto está tomado de una fotografía entonces hecha en el monasterio de Monserrat. En ella figuran los siguientes poetas:

1, Celestino Barallat; 2, Wenceslao Querol; 4, Pedro Antonio Torres; 6, Rou-

De regreso en Barcelona, celebróse un banquete popular en el teatro del Prado Catalán. Asistieron más de 2.000 comensales, en los cuales se mezclaban los trabajadores con la nobleza, los capitalistas con los literatos. Una banda militar y los coros Clavé amenizaron el acto. A la terminación, Zorrilla y Mistral, entre aplausos y aclamaciones, se abrazaron estrechamente (1).

Cuéntanos Zorrilla que por estos días se presentó á él inopinadamente León Williez, el famoso librero de la Habana, y le habló así: «Vengo de Madrid, y vuelvo á Francia para establecer casa editorial en París. La muerte de *aquel señor* le desliga á usted de su palabra; he aquí lo que le propongo: un contrato por diez años; tres tomos de leyendas, verso y prosa, y quince mil francos en cada un año y casa en París; cuentas cada tres años. Si se pierde, usted no debe nada: si se gana, cubiertos gastos de impresión, correo, administración, etc., á partir utilidades. Libres á usted las obras de teatro, libre á mí la especulación.» (2)

Zorrilla, previa consulta con Puig y Llagostera, aceptó. Hízose la minuta del contrato provisional, y Williez, después de entregar á Zorrilla una cantidad para el viaje á París, partió aquella misma noche. Tiempo después supo Zorrilla que Williez, trasladado á Strasburgo para arreglar asuntos de familia, cayó en manos de los prusianos, que le tomaron por espía y le fusilaron. «Conque, según mi cuenta — escribe — yo he muerto mercantilmente tres veces: la primera en la Habana, el 60, con Ca-

---

mieux; 7, Luis Roca; 8, Federico Mistral; 10, Víctor Balaguer; 11, Felipe Jacinto Sala; 12, Príncipe Bonaparte; 13, Ferrer y Bigné; 14, Eduardo Vidal Valenciano; 17, Alberto de Quintana.—Ignoro quiénes son los otros.

(1) El día 26 de junio se celebró en el teatro de los Campos Elíseos una función en honor de nuestro poeta por la *Sociedad Zorrilla*, fundada para estimular el fomento del arte dramático, y que, como sus similares *Julián Romea*, *Latorre*, *Balaguer*, etc., produjo grandes beneficios.

Días después se celebró en el Liceo Barcelonés otra función dedicada también á Zorrilla, en la cual se representó *Sancho García*.

(2) *Recuerdos del tiempo viejo*, t. 2.º, pág. 373.

gigas, cuya falta echó por tierra el negocio que debía enriquecerle á él, á Portilla y á mí; la segunda en Méjico, fusilado con Maximiliano, y la tercera en Strasburgo, con Williez »

El día 30 de junio trasladóse Zorrilla á Reus, para asistir á las fiestas que esta ciudad celebraba en honor de su patrona la Virgen de la Misericordia. Los juegos florales se celebraron en la magnífica residencia de D. Fernando Miró; y Zorrilla, no obstante padecer una afección á la garganta, leyó una poesía inédita, recibida con entusiasmo indescriptible. D. Víctor Balaguer y don Antonio Bofarull acompañaron á Zorrilla en estas fiestas (1).

De Reus se trasladó Zorrilla á Tarrasa y se instaló en la casa de D. Mariano Rius, que más tarde fué conde de Rius. Éste dió en su honor una fiesta espléndida, que duró toda la noche. En ella, claro es, nuestro poeta halagó á los concurrentes con el encanto de sus lecturas. Al día siguiente, igualmente en honor de Zorrilla, hubo otra fiesta en el mar. Los concurrentes embarcaron en lanchas iluminadas á la veneciana y con fuegos de bengala. La noche era plácida, sosegadísima.

Habíanse alejado ya del puerto, cuando de pronto Zorrilla se puso en pie. En medio de un silencio sepulcral, todas las miradas se fijaron en él. Entonces el poeta, profundamente emocionado, recitó *La canción del pirata*, de Espronceda. Una tempestad de aplausos siguió á los últimos versos. Después Zorrilla recitó otras poesías suyas.

«No cabe en una gacetilla—decía el *Diario de Tarragona*— reseñar los obsequios de que han sido objeto en estos días el señor Zorrilla y el señor Balaguer. Reuniones de confianza y literarias, festejos, invitaciones, convites, almuerzos, bailes, cenas y paseo marítimo durante la noche por la rada de nuestro puerto, fuegos de bengala, regatas, vivas, aplausos, iluminaciones á la veneciana en las falúas y botes, etc., etc.»

Terminaron estas fiestas. Zorrilla, acogido doquiera con

---

(1) Los poetas asistentes á ellas recibieron diferentes obsequios, como un banquete y un baile de honor en la casa March, y una jira á las ruinas de Poblet.

idénticas pruebas de afecto, apenas pudo dedicar unos ratos perdidos á los *Ecos de las Montañas*. Resumen de su vida en estos días son los siguientes párrafos de los *Recuerdos*:

»Retirado en una masía de Tarragona, perteneciente á la familia del hoy conde de Ríus, trabajaba yo con afán en la conclusión de mis *Ecos de las Montañas*, que es en mi juicio el libro peor que en verso se ha publicado en España en lo que del siglo va transcurrido. Ni otra cosa podía ser, escrito en los intervalos breves que de quietud relativa me dejaba la interminable serie de convites, veladas, excursiones y extremados obsequios con que los catalanes me honraron por aquel tiempo. En medio de un capítulo, el municipio de Tarragona, la comisión de los juegos florales de Reus ó cualquiera otra delegación de perentoria fiesta mayor, en país más ó menos cercano, me encerraba en un *coupe* de un tren especial, y comenzaba conmigo una semana de bailes, lecturas, festines y serenatas; y los buenos de mis editores Montaner y Simón quedaban en Barcelona con las manos en la cabeza, sin poder dar á los suscriptores de mis *Ecos de las Montañas* otra razón de la falta de entregas que la de que el autor estaba en una ó en otra fiesta, en tal ó cual población. Cuando de ellas á Barcelona me devolvían los que para ellas me secuestraban, ya no tenía tiempo de leer lo que iba publicando; y sin saber lo que decía, y esperando el cajista mis cuartillas en la antesala, concluía línea tras línea y verso tras verso, la atrasada entrega, que permitía respirar á los Montaner y Simón, quienes aceptaban los insulsos desatinos de mi original, contentísimos de saber que aún no me habían vuelto loco ó entontecido la vanidad ó el cansancio, con que mi alma y mi cuerpo debían rendir y abrumar todas aquellas extremosas demostraciones de entusiasmo de los pueblos catalanes por el poeta castellano.

»Lo más curioso en estas fiestas y certámenes de torres de hombres y luchas de carreras de los *Xiquet de Valls*, en los cuales me tocaba dar alguna vez el premio á los vencedores, era que aquellas sencillas gentes, que entre Balaguer, Torres, Martí

y Folguera y mil catalanes á quienes por famosos conocían, veían por vez primera á tan extraño desconocido, se preguntaban unos á otros:

—«¿*Qui es aquest tan petit ab tanta perilla que tot hom lo saluda?*»

»No faltaba alguno que respondía:

—Es *En-Surrilla*

»Y entonces se sucedían infaliblemente esta pregunta y esta respuesta:

—¿*Quim Surrilla? ¿Lo ministre?*

—¡*Ca... no! Aquest es .l'home tan savi qu 'a fet* Don Juan Tenorio.

»¡Dios mfo! Sólo entre aquellos sencillos campesinos podía dar fama de sabio *Don Juan Tenorio* al que tan ignara y desatentadamente le escribió. Pero tales son la gloria y la popularidad, y tal es el inmediato castigo que Dios á su vanidad impone: el nombre del ministro comenzaba á oscurecer el del poeta; la política comenzaba á ahogar á la poesía, y así se confunde y se borra todo sobre la tierra. Hoy algún comerciante, al remitirme con su cuenta el objeto por mí comprado, encabeza mi cuenta escribiendo: «Debe D. Manuel Zorrilla...»

»Cuando rectifico el error y le hago comprender que soy el poeta, y no el ministro, se queda como quien comprende que habla con una sombra, y alguno me ha dicho cándidamente:

»—¡Ay, yo le creía á usted muerto hace mucho tiempo!

»He aquí la gloria nuestra: la del muerto (1).

»Como quiera que sea, y mientras sobre la tierra en que nací me sienta vivo, cumple á mi gratitud y á mi honradez consignar en él, antes de concluir este libro, mi reconocimiento con los

---

(1) Otro tanto le ocurre al conde del Padul, en *La hermana de San Sulpicio*, de Palacio Valdés. Después de alabar los versos de la *garza enjaulada*, dice así, colgándole al autor del *Tenorio* los milagros de D. Manuel: «Pero yo no puedo sufrir á ese señor. Creo que es quien tiene la culpa, hoy por hoy, de todo lo malo que sucede en España.»

amigos que por Valencia y Cataluña en estos últimos años, sin confundir al poeta con el ministro, me han ayudado á vivir; contribuyendo á sostener mi reputación con sus juiciosos escritos, como Pitarra (Federico Soler) y Conrado Roure, Jacinto Labaila, Herrero y otros ciento; con su hospitalidad y su hacienda en Figueras, Gerona, Mataró, Reus, etc., la familia Albert, el doctor Barba y los empresarios Brugada, Jordán y Griffel, y otros muchos á quienes no temo ofender no nombrándolos, porque

la adulación servil fuera en mí mengua,  
 porque la fe del hombre agradecido  
 está en el corazón y no en la lengua.

Ni puedo ni debo añadir un nombre ni una palabra más (1).

Con todas las dilaciones que Zorrilla nos ha dicho, los *Ecoss de las Montañas* llegaron á su fin, formando dos tomos que son gala del arte tipográfico (2). No diré yo, como Zorrilla, que sea el peor libro de verso del siglo XIX: pero sí, hecha excepción de algunos trozos, lo más flojo que el poeta escribió.

Los asuntos de *El castillo de Waifro* y de *La fe de Carlos el Calvo*, están tomados principalmente de la *Historia de Cataluña*, de D. Víctor Balaguer, con las variantes que sugirió á Zorrilla la entrada del elemento poético y sobre todo la necesidad de atenerse á los dibujos de Gustavo Doré. La primera de estas leyendas, que es la más extensa, refiérese á la lucha de los descendientes de Waifro con Carlo Magno, y conquistas de Bernardo, duque de Septimania y conde de Barcelona, que después de llevar el adulterio al palacio de Ludovico Pio, mata de

(1) T. 2.º, pág. 375.

(2) *Ecoss de las Montañas* | *Leyendas históricas*. | *Dibujos del eminente artista Gustavo Doré, — abiertos en acero por los más acreditados grabadores ingleses*. | *Leyenda primera*. | *El castillo de Waifro* | por | D. José Zorrilla, | Barcelona. | *Montaner y Simón, editores* | *Calle Condesa Sobradíel, 10* | 1868.

En el segundo tomo, en vez del título de la leyenda, dice: Tomo II.

Los mismos editores hicieron en 1894 una edición reducida y en un tomo.

amor á Genoveva de Aquitania y penetra triunfante en el casti-  
llo de Waifro. *La fe de Carlos el Calvo*, mucho más breve, se  
contrae al episodio de la traición infame con que el mismo Ber-  
nardo cae á manos de Carlos el Calvo.

Pero lo que verdaderamente da pena es ver cómo el poeta  
tuerce y esclaviza su inspiración, falsea los hechos históricos y  
añade los menos oportunos, todo para buscar situaciones ade-  
cuadas á los grabados con que Doré ilustró los *Idylls of the*  
*King*, de Tennyson. Los nobles de Arturo, á quienes el poeta  
inglés hace brindar por Lanzarote y la doncella de Astolat, se  
convierten aquí en aliados de Hunaldo que se disponen á com-  
batir; el cadáver del rey ignorado, cuya corona, como feliz pre-  
sagio, rueda hacia un pantano al paso de Arturo, es aquí el  
cadáver de Hunaldo, que pide á Waifro la venganza de su raza;  
el valeroso Geraint y el noble Yniol, que penetran en el ruinoso  
castillo de este último, pasan á ser el bastardo de Hunaldo y el  
belicoso Ayzón, juntos en el castillo de Waifro; la dulce Elena,  
muerta de amores por Lanzarote, con su blanca azucena en una  
mano, exánime en la barca que la conduce al real palacio, es  
ahora la no menos amable Genoveva de Aquitania, muerta  
también de amores por el conde Bernardo. Y así por este estilo,  
á cada paso vemos transformados en soldados aquitanos é los  
caballeros de la Tabla Redonda, y en paisajes pirenaicos las  
campiñas de Caerleon y de Din.

El caso más lamentable de todos ellos es el correspondiente  
al desenlace de *La fe de Carlos el Calvo*. La relación de Orión  
Ariberto, los anales de Fulda y las historias del Languedoc  
—fuentes todas que cita Balaguer en su *Historia de Cataluña*—  
dicen que Carlos mató traidoramente al conde Bernardo de una  
puñalada. Zorrilla hace que le mate de este modo:

Descompuesta la faz, desmelenado,  
mal unidas las ropas y en la diestra  
desnuda la ancha espada, presentándose  
el rey con pasos y furor de hiena,

llegóse al conde por detrás, y airado  
le cercenó de un tejo la cabeza.

En las que se dicen *Notas de los editores*—aunque evidentemente son de Zorrilla—, que siguen á la leyenda, se hace referencia á los textos antes citados y se agrega el párrafo siguiente: «La variación que el autor y el pintor han hecho en los detalles de la muerte de Bernardo, para hacer alarde del atrevimiento del dibujo que la representa en esta obra, no agravia á Carlos, cuyo alevoso crimen está probado.» Claro está. Como que Zorrilla quiso aprovechar de este modo el grabado que en *Geraint and Enid*, de Tennyson, representa la muerte del conde Doorm á manos de Geraint, en presencia de la aterrada Enid:

This heard Geraint, and grasping at his sword,  
(It lay beside him in the hollow shield),  
Made but a single bound, and with a sweep of it.  
Shore thro' the swarthy neck, and like a ball  
The russet-bearded head roll'd on the floor.

Muy distinta de las anteriores es la leyenda *Los encantos de Merlín*, que Zorrilla inspiró directamente en *Merlín and Vivien*, de Tennyson, aunque sin atenerse, ni mucho menos, al asunto de este poema. La historia de Merlín y de la maga Bibiana, en versos fáciles y jugosos, tiene el encanto de los cuentos infantiles y de las narraciones maravillosas. Merlín, el prodigioso encantador, refúrase á la soledad, para vivir tranquilo y descansado:

Harto al cabo Merlín de gloria y fama,  
y harto de ser el protector ó el bardo  
de tanto paladín y tanta dama,  
de tanto rey legítimo ó bastardo,  
de tanto enamorado caballero  
y tanto vagabundo aventurero;  
harto de hacer castillos y palacios,  
de unos para placer, de hacer á otros  
cruzar comarcas y salvar espacios,

llevándoles á lomos, no de potros  
 ni de otra más vulgar cabalgadura,  
 sino de grifos, sierpes y vestiglos  
 de horrenda forma y de infernal bravura,  
 para que fueran héroes de esos lances,  
 extremos y románticos percances  
 con que la poesía de otros siglos,  
 con profusión que pareció locura,  
 llenó historias, comedias y romances;  
 determinó por fin el viejo mago  
 la corte abandonar del rey Arturo,  
 para vivir en paz libre y seguro  
 de tanta aparición, duende y endriago.

Pero ¿habrá quien burle las asechanzas del amor, por muy Merlín que sea? Bibiana le sigue á su retiro, consigue atraerse su amor, y, arrebatándole el libro de conjuros, lee la fórmula cabalística que encanta para siempre al viejo mago entre la savia de un tronco añoso.

*Los encantos de Merlín* limpia de pecado á los *Ecos de las Montañas*; pero hay otra cosa mucho más bella todavía, y es la introducción del libro. La hermosura de esa introducción es bastante, no sólo para compensar cuantos defectos tengan las leyendas, sino para henchir muchos tomos. Recordaré al lector algunas estrofas:

## I

    Ecos de las montañas, que nutridos  
 de las aguas, los vientos y las aves,  
 con la voz, los murmullos y los ruidos  
 tristes, medrosos, gárrulos ó graves,  
 venís á susurrar en mis oídos  
 del aire azul entre las ondas suaves:  
 ¡qué avara saborea el alma mía  
 de vuestro vago son la poesía!

## II

Ecos de las montañas... Cuando aspiro  
vuestra sonora esencia con el viento  
que os lleva sobre mí, como un suspiro  
enviado por la tierra al firmamento,  
¡con qué placer la atmósfera respiro  
en que bullir y murmurar os siento:  
concierto de una música sin nombre  
que envía Dios en el silencio al hombre!

## III

Ecos de las montañas .. Cuando el día  
comienza á declinar, y en la llanura  
oigo desparramarse la armonía  
de vuestra voz que baja de la altura,  
bendigo la montaña que os envía  
con la brisa, que impregna de frescura  
los árboles, que dan á sus picachos  
rumorosos y móviles penachos.

## IV

¿De qué habláis? ¿Qué os decís? - Mi oído atento,  
vuestro murmullo al percibir, se lanza  
tras él, y le persigue por el viento  
de comprenderle al fin con la esperanza;  
mas ¡ay! nunca por él mi pensamiento  
lo que decís á comprender alcanza.  
Ecos de las montañas, ¿vuestro ruido  
nunca lo que os decís dirá á mi oído?

## V

Vagorosos rumores, yo os adoro;  
porque hallé desde niño en vuestros sonos  
para mi triste espíritu un tesoro  
de vagas é infantiles ilusiones.

Vuestro susurro plácido es un coro  
 que me canta del aire en las regiones  
 himnos cuyas palabras no comprendo,  
 mas á las cuales con afán atiendo.

. . . . .

## XV

Ecós de las montañas, romped francos  
 en palabras: narradme los misterios  
 de las crestas, cavernas y barrancos  
 do han dejado al pasar reinos é imperios  
 pardos escombros y esqueletos blancos  
 de alcázares, castillos, monasterios:  
 mansión de vivos en la edad pasada  
 y hoy de sombras poéticas morada.

## XVI

Ya va á ponerse el sol: ya centellea  
 sobre la curva colosal del monte,  
 cuya silueta ante su luz negrea  
 como el monstruoso lomo de un bisonte  
 gigantesco é inmóvil... ya sombrea  
 la cavidad azul del horizonte  
 con su niebla el crepúsculo... ya inerme  
 se echa en su nido el águila... ya duerme.

## XVII

Forma, color y luz la luna toma,  
 libre ya del fulgor del sol ausente,  
 y lo que él abrasó por valle y loma  
 platea su luz fresca y transparente.  
 La flor da al aura su nocturno aroma,  
 su frescura á la atmósfera la fuente;  
 el cielo es una tienda de reposo,  
 la tierra un lecho blando y aromoso.

## XVIII

Es una noche que abrirá á la aurora  
los capullos que abril nutrió fecundo:  
una noche esplendente, inspiradora  
de ascético fervor ó amor profundo  
¡Ecos de las montañas, es la hora  
de vuestra libertad! ¡Vuestro es el mundo!  
¡Ea! bajad de la montaña umbría  
y llenad la llanura de armonía.

## XIX

Descended: yo os evoco, yo os lo mando  
Dios esta noche á mi poder sujeta  
la vaga voz de vuestro errante bando.  
Para, de ecos perdidos turba inquieta;  
y en sus oídos al posar parando,  
lo que dices al aire di al poeta.  
¡Ah! ya sumisos á mi voz os siento  
venir... ¡Ecos.. me habláis!—Estoy atento.

## XX

¡Habladme... ya os comprendo... casi os veo  
de la móvil calina en las marañas  
de ráfagas, que en raudo serpenteo  
hace y deshace el viento en sus extrañas  
locas ondulaciones! .. ¡Mi deseo  
se cumple!—¡Ecos que hervís en las entrañas  
de las rocas que dan al Pirineo  
su diadema de rey de las montañas:  
sed los primeros cuyo son perdido  
un secreto de amor lle á mi oído!

\* \* \*

Actuaba en el Teatro Principal ó de Santa Cruz, alternando con una compañía de ópera cómica francesa, otra española dirigida por D. Domingo García y D. Leopoldo Burón. En ella figuraba como característica doña Vicenta Martín, actriz de mérito (1).

Según parece, Zorrilla presenció en el Teatro Principal, de teñón adentro, el estreno de una pieza de circunstancias, original de D. Luis Pacheco, hijo de doña Vicenta. Gustó la obra, felicitó Zorrilla al autor, simpatizó con él en el mismo escenario, y como mirase por el agujero del telón y viera en un palco una hermosa mujer rubia, le preguntó:

—¿Quién es aquella rubia que hay en aquel palco?

Miró el interpelado por el agujero y respondió:

—Es mi hermana.

—¿Me hace usted el honor de presentarme á ella?

—Con mucho gusto (2).

La señorita Pacheco y sigo al mismo informante - había vivido en Madrid, donde se la conocía por la *niña de mármol*. «Llamábasela así, no sólo por la clásica y escultural perfección de su figura, sino también por la marmórea y fría impassibilidad con que veía, sin apartarse nunca de la más pulcra y exquisita educación, los tributos y homenajes de «sus fieles».

Zorrilla quedó prendado de la señorita Pacheco, y como era hombre que no solía andarse por las ramas, puso en un ejemplar de *El drama del alma*-una dedicatoria que decía: *A Juana Pacheco, que será mi mujer* (3). No se le entregó, sin embargo, hasta que se formalizaron las relaciones amorosas, y entonces escribió en el libro dos cuartetas, una en la portada, que decía así:

(1) La famosa Rosita Mauri, con D. Vicente Moreno, dirigía el cuerpo de baile.

(2) *Crónicas momentáneas*, de Mariano de Cavia, en *El Liberal* de 30 de enero de 1893.

(3) *La viuda de Zorrilla*, artículo de Colombine, en *La Semana* de 22 de julio de 1916.

## A JUANA PACHECO

—

La fe de mi corazón  
 destilé en este papel:  
 lee, Juana con atención  
 y piensa en mí al leer en él.

El autor.

Y la siguiente al final de la leyenda:

Cuando hayas llegado aquí,  
 Juana, mi libro al cerrar,  
 ¿te podré yo preguntar  
 qué es lo que piensas de mí?

J. Zorrilla.

Juana Pacheco era novia de un poeta aragonés llamado Luis San Juan, grande amigo de Narciso Serra; pero los padres de él se oponían, y esto favoreció sin duda los propósitos de Zorrilla. Es el caso que muy poco tiempo después, el día 20 de agosto de aquel año 1869, D. José Zorrilla y doña Juana Pacheco contraían matrimonio en la iglesia de Santa Ana <sup>(1)</sup>.

Por aquellos días comenzó Zorrilla una larga correspondencia con D. Manuel P. Delgado, hijo del editor de sus obras juveniles, y á la sazón propietario de la casa editorial del mismo nombre. Nada he de decir aquí de esta interesante correspondencia, porque el lector podrá conocerla íntegramente <sup>(2)</sup>; pero sí he de llamar la atención sobre las repetidas pruebas que en ella hay de la difícil situación económica por que atravesaba el poeta. Propone Zorrilla á Delgado continuar la edición de sus obras, y para ello firma al fin el correspondiente contrato; le habla, en tono de amenaza, de refundir algunas cuya propiedad era de Delgado, entre ellas el *Tenorio*, y hace con este motivo curiosas observaciones; gestiona el estreno en Barcelona de una obra

(1) Véase el Apéndice XVII.

(2) Véase el Apéndice XVIII.

original de Delgado, y la elogia reiteradamente; y, por último, adquiere con Delgado una deuda de 14.400 reales.

Para nadie es hoy un secreto que Zorrilla pasó continuos apuros pecuniarios y atravesó difíciles situaciones. No creo tampoco que sea preciso callarlo aquí, por cierta clase de miramientos. El poeta, como tal poeta, es un ser con quien no rigen las leyes sociales, y aunque veamos á Zorrilla lleno de deudas, y aun burlando el derecho de sus acreedores, no hemos de mirarle como un tramposo vulgar, que haga todo eso por vicio ó mala fe. ¿Cuándo fueron unidas la poesía y el cálculo?

Desde fecha muy pronta, acaso desde que marchó á París por primera vez, las deudas no abandonaron á Zorrilla hasta su muerte. Zorrilla no daba valor al dinero. Sin derrocharle a manos llenas, gustaba de ver en su mesa buenos manjares y tal cual botella de *champagne*. La administración doméstica, dicen los que le conocieron en sus últimos años, no fué un modelo en su hogar. A su lado, por otra parte, no había pobres (1). Y él, que de este modo llegaba al desequilibrio económico, pasaba un mal rato cada vez que algún acreedor llamaba á su puerta.

No nos admire, pues, ver desde ahora continuas pruebas de los agobios que perseguían á Zorrilla. Ilusión hubiera sido pen-

(1) Véase un ejemplo:

«El poeta volvió una vez de Barcelona triste y contrariado. Había ido á dar un tiento á sus editores porque tenía precisión de fondos, y entre el viaje y la tacañería del librero le quedaban muy pocas pesetas, tres ó cuatro centenares.

»Y aquel día, precisamente, apenas quitándose el polvo del viaje, Zorrilla recibía á la viuda de un framoyista que se mató en un teatro de Madrid, cayéndose desde los telares.

»Iba la mujer rodeada de niñitos medio desnudos. El poeta conoció á su marido, el cual *le había colgado* las decoraciones de *El Zapatero y el Rey* ó cosa parecida.

»Contó su miseria la pobre, invocó el hambre de sus hijos y... Zorrilla la entregó en el acto las pesetas que le habían sobrado de Barcelona.

»Y se quedó sin blanca.»

(*Los apuros de Zorrilla*, por Darío Velao, en la *Revista Castellana* del mes de febrero de 1917.)

sar que un poeta intentara ni supiera buscar un camino para salir de ellos.

Al terminar el año de 1869, Zorrilla hizo una excursión á Palma de Mallorca, solicitado por los literatos de aquella ciudad, que deseaban oírle. Llegó á Palma en la madrugada del 11 de diciembre, á bordo del vapor *Mallorca*. Fué recibido en el muelle por buen número de personas y por la música del regimiento de Soria, que guarnecía aquella plaza. Se le acompañó hasta el Real Palacio de la Almudaina, donde á la sazón vivía D. Joaquín Asensio de Alcántara, publicista y poeta, que desempeñaba un cargo administrativo en los bienes del Real Patrimonio. Asensio era grande amigo de Zorrilla, le había invitado, le dispuso el recibimiento y le hospedó en sus habitaciones del Real Palacio.

Los mallorquines obsequiaron en aquellos días á Zorrilla con jiras al interior de la isla y otras atenciones. El día 13 leyó poesías en el Teatro Principal, donde actuaba una compañía dirigida por el maestro Goula. Fué muy aplaudido.

El día 14 hubo una función variada en el mismo teatro: piezas de canto, baile, orquesta dirigida por Goula y lectura de versos por Zorrilla. Por los corredores y sala se repartieron con profusión versos impresos, dedicados á Zorrilla, entre ellos un soneto firmado por P. de A. P. (Pedro de Alcántara Peña).

El día 17 solemne función en el Ateneo. Presidió D. Eduardo Infante, por no estar en Palma D. José Luis Pons, presidente efectivo. Leyeron composiciones las señoras y señoritas Martínez de la Fuente (doña Angelina), Margarita Caimasi de Bauló, Manuela de los Herreros, Juanita Gizcart, y los señores D. Pedro de Alcántara Peña, Gabriel Maura, León Carnicer, José Tarongí, Matías Bosch, Felipe Curtois, Rafael Llobera, Asensio de Alcántara, Lladó y Figuerola, Jerónimo Rosselló y el agasajado Zorrilla. Al final recibió una corona de plata.

El día 18 se representó *Cada cual con su razón*, de Zorrilla, en la sociedad *La Tertulia*. Asistió el autor y leyó versos.

El día 19, sesión literaria y artística en el *Casino Balear*. La concurrencia fué numerosísima.

El 20, otra función en el Teatro Principal.

El día 21 salió Zorrilla para Barcelona. Dispensáronle los mallorquines una despedida cariñosísima (1).

A principios de 1870 dejó Zorrilla su vivienda de la calle del Consejo del Ciento, 359, para fijarla en San Gervasio, calle del Colegio, 39, frente á la estación del ferrocarril. Allí continuó sus trabajos literarios, «aislado—dice él—con mi mujer, mis flores y unos cuantos bichos, pájaros y cuadrúpedos que forman mi única sociedad» Escribió un drama, titulado *Entre clérigos y diablos*, y con ánimo de estrenarle á la vez en Barcelona y en Madrid, le dió en la ciudad condal á los actores del Teatro Principal, y en la corte á su antiguo amigo Pizarroso, que actuaba en el teatro de Lope de Rueda; mas como en este último se había representado *La Carmañola*, de Nocedal, y había despertado las pasiones políticas, creyó conveniente cambiar el título primero de su drama por el de *El Encapuchado*, «porque

---

(1) Por aquellos días se publicó el *Almanaque de las islas Baleares para 1870*, y en él una notable poesía de D. Antonio Frates, promotor fiscal en un Juzgado de la isla. Frates había estudiado en la Universidad de Valladolid, y aun es probable que su padre fuera vallisoletano.

Debo todas estas noticias á mi querido amigo el gran poeta y erudito mallorquín D. Juan Luis Estelrich. Me refiere también el señor Estelrich la siguiente curiosa incidencia:

«Manuela de los Herreros, joven entonces y de buen humor (hija de un primo de Bretón de los Herreros, Director muchos años de este Instituto), hizo unos versos, medio parodia, medio chuscada de algunos de Zorrilla, y los recitaba con mucho gracejo. La cosa no tenía malicia ninguna; pero Asensio de Alcántara, olvidando que menos blancas no ofenden, lo tomó por la tremenda y publicó una composición verdaderamente insultante, que comenzaba (y para muestra basta un botón):

Cierta marisabidilla  
que no sabe hacer calceta,  
ni medir una quintilla  
ni zurcir una cuarteta...  
¡ha parodiado á Zorrilla!»

no puedo—decía—rebajarme á parecer político ni á manifestar menosprecio al clero.»

El 19 de marzo se estrenó la obra en Barcelona (1). El éxito fué regular, aunque no faltaron críticos, como Miguel y Badía, que elogiaron grandemente la obra.

*El Encapuchado* es una comedia de enredo, por el estilo de *El Alcalde Ronquillo*; una novela folletinesca trasladada al teatro. Los dos primeros actos están bien llevados, y logran su objeto, que es el de excitar la curiosidad; el tercero es de mérito muy escaso.

Al llevar Zorrilla á la escena la figura del prebendado burgalés D. Lope de Rojas, lo hizo de modo puramente caprichoso y fantástico. Utilizó, para documentarse, la *Historia del templo catedral de Burgos*, de D. Manuel Martínez Sanz; pero muy bien hubiera podido ahorrarse el trabajo, porque á la postre prescindió de ella, para forjar en rededor de aquel personaje una compleja intriga de familia (2). No es el don Lope de la tradición, que huyó despavorido al oír el espantoso crujido en que retembló el maravilloso crucero de la catedral burgense; ni es el Don Lope de la historia, emigrado de Burgos por causas políticas, y abrumado en sus últimos días por los remordimientos, que le hicieron restituir una crecida cantidad: es un don Lope convertido en misterioso fantasma, que vela por el cumplimiento del bien y de la justicia.

Particular es la intervención que tiene en la comedia el racionero D. Luis de Maluenda, no menos que la que toma el bueno de

(1) El reparto fué el siguiente: *El Encapuchado*: D. Leopoldo Burón. *Doña Ana*: Srta. Carolina Gilli. *Juan Fernández*: D. Manuel Calvo. *El capitán*: Don Domingo García. *Maluenda*: D. José Alverá. *Mariposa*: Doña Eloísa Baena de Burón. *Colonia*: D. Manuel Arcas. *Vicovero*: D. José Burtos.

Dedicó Zorrilla *El Encapuchado* á su «segundo padre» el prebendado de la catedral de Burgos, D. Julián García.

(2) Entre los libros que fueron de Zorrilla figura la citada *Historia* del señor Martínez Sanz, que conserva aún numerosas señales, sobre todo en los lugares que tratan de D. Lope de Rojas.

Juan de Colonia, el prodigioso imaginero que en el admirable templo trazó las agujas de la fachada principal. Y como Zorrilla quiso también presentar á Simón de Colonia, digno hijo de Juan, le sacó en compañía de su padre, á trueque de tenerle mudo durante toda la escena.

No pudo en modo alguno entusiasmar *El Encapuchado*. ¿Quién había de ver en ella la misma mano que trazó las escenas de *El Zapatero y el Rey*? (1).

Quiso Zorrilla que le aplaudieran en Zaragoza, patria de su mujer, y de acuerdo con la compañía de Mata, que actuaba en el teatro de Novedades, llegó el día 29 de marzo á la ciudad aragonesa.

Dió en aquella ciudad varias lecturas, la primera el día 2 de Abril, con *El cuento de las flores* y otras poesías. En la segunda de ellas, el público zaragozano le aclamó con entusiasmo, y al final, en medio de una verdadera lluvia de ramilletes, le entregó una magnífica corona en cuyas anchas cintas se leía en caracteres dorados lo siguiente: «Zaragoza.—5 de abril de 1870. —Al insigne poeta D. José Zorrilla, los escritores zaragozanos».

El poeta, agradecido, ofreció la corona á la Virgen del Pilar y se comprometió solemnemente á cantar las tradiciones históricas de Zaragoza y de Aragón, en una composición que empezaba así:

Zaragoza viene á echar  
tantas flores á mis pies,  
que yo no puedo pasar

---

(1) A propósito de *El Zapatero y el Rey*. Mi amigo el privilegiado poeta José Montero ha publicado en el *Nuevo Mundo* de 21 de febrero de 1919 un artículo titulado *¿Zorrilla, plagiarlo?*, referente á los elementos que para su drama sacó Zorrilla de *El montañés Juan Pascual*, de Hoz y Mota, y de que yo hago mérito en el tomo I de esta obra, pág. 351 y sgtes. Copia el señor Montero los mismos versos que yo copio allí.

Convencido estoy de que el señor Montero no conocía mi libro al escribir su artículo; pero no hubiera estado de más que se informara un poco mejor, para no dar lugar á que alguien pueda preguntarse: *¿Montero, plagiarlo?*

por Aragón, sin cantar  
 un cantar aragonés.  
 ¿Quién soy yo? Nunca valí  
 más que un pájaro que canta.  
 ¿Qué es, pues, lo que halláis en mí?  
 ¿Qué es en mí lo que os encanta  
 para encantaros así? (1).

El 6 de abril se estrenó *El Encapuchado*, que fué aplaudida por el público.

El día 8 partió Zorrilla para Madrid: quería hablar de sus negocios con el editor Delgado. Prometió á los zaragozanos, sin embargo, regresar muy pronto, y, en efecto, al cabo de pocos días estaba de vuelta en Zaragoza.

El día 20 de abril se celebró en el paraninfo de la Universidad, organizada en honor de Zorrilla por la Academia Filosófico-literaria de Zaragoza, una de las más brillantes solemnidades que en aquella ciudad se recuerdan. Presidió el Rector D. Jerónimo Borao, y tuvo á su derecha al poeta y á su izquierda al doctor D. Martín Villar. La concurrencia de damas era numerosísima (2).

Una música amenizó el acto. Después de un discurso del presidente y de un estudio de D. Santos Pina acerca de Sor Juana Inés de la Cruz, al que contestó D. Antonio Hernández Fajarnés, leyeron varias poesías los académicos señores Clariana, Comelerán, Blasco, Laita y Salinas, unas dedicadas á Zorrilla,

(1) Se publicó en el *Diario de Zaragoza* del 6 de abril.

(2) Como que no faltó quien improvisara la siguiente seguidilla:

Paraninfo le llaman  
 á este recinto,  
 pero no es al presente  
 tal paraninfo.  
 Son tan divinas  
 las muchachas que encierra,  
 que es *Para-ninfas*.

otras de asunto libre. Tras un breve descanso, el señor Borao entregó á Zorrilla, arrollado y sujeto por una cinta azul con puntas de oro, color simbólico de la facultad, el diploma en que se le nombraba académico honorario. Por último, Zorrilla leyó una poesía á la Academia, pergeñada sobre otras suyas, y algunos fragmentos del *Album á Rosa* (1).

Las sociedades *Liceo Artístico y Literario* y *Juventud Católica*, también recibieron y obsequiaron á Zorrilla. Por su parte los periódicos locales insertaban á diario poesías á él dedicadas, suscritas por Posac, Aparicio, La Ripa, Agustín Paraíso y otros poetas

A consecuencia del frío cogido en aquellas funciones, Zorrilla pasó un fuerte catarro, que le obligó á guardar cama. Su mujer —que pocos días antes había ido desde Barcelona para acompañarle— también sufrió una indisposición.

Hasta el 5 de mayo no regresó Zorrilla á Barcelona, y á su casa de San Gervasio. No repuesto aún de sus achaques, el día 22 del mismo mes dió una lectura en el Teatro Principal, y en los días siguientes se vió aquejado por anginas y una inflamación en la boca. *El Encapuchado*, entretanto, siguió representándose en aquel teatro, en espera de su estreno en la villa y corte.

Vea Zorrilla que pasaba el tiempo y que su situación no llevaba trazas de mejorar. Ya no había que pensar en el nombramiento de cronista de Valladolid, que sin duda tropezaba con insuperables obstáculos. Echóse, pues, á buscar otro medio, y cayó en el de acudir al gobierno de la República en solicitud de que le concediese protección para escribir la *Leyenda del Cid*. Al efecto, en los primeros días de octubre, dejando á su mujer en Zaragoza, pasó de Barcelona á Madrid.

---

(1) Se publicó la relación de todo esto en el siguiente folleto: *Academia filosófico-literaria | de | Zaragoza. | Sesión extraordinaria | en honor de | Don José Zorrilla. | Reseña. | Discursos. | Poesías. | Dedicatoria de Zorrilla. | Zaragoza. | Establecimiento tipográfico de Calixto Ariño | 1870.*

En la corte, aparte de otras diligencias, siguió sus negociaciones con Manuel P. Delgado. Hablóle de varias obras, ya escritas, ya por escribir, como *El que se fué á Sevilla*, *Después de la muerte*, *Leyes humanas*, *Cuestión social* y *La Virgen del Perdón*. Zorrilla cita á menudo, y aun da como existentes, algunas obras que sin duda tuvo intención de escribir, pero que nunca salieron de su pluma. Sospecho que alguna de las cinco citadas, que realmente anduvo en manos de los empresarios, era de su cuñado Luis Pacheco, y que Zorrilla quiso cubrir á éste con el prestigio de su nombre para llevarle á feliz puerto (1).

El día 8 de octubre se estrenó en el Teatro Español *El Encapuchado*. Valero hizo el protagonista y la señora Cairón la *Mariposa*. La acogida fué peor que en Barcelona. Cañete—y bien se ve que no había olvidado antiguas rencillas—aprovechó la ocasión para poner á Zorrilla como digan dueñas en *La Ilustración Española y Americana*. Primero dió cuenta sencillamente del estreno, diciendo que la obra no había hecho «más que pasar», y en el número siguiente (25 de octubre) hizo un largo y detenido análisis. «A no corroborarla antiguas producciones de Zorrilla dice, aludiendo á una observación por él hecha—, *El Encapuchado* sería vivo testimonio de que en sus dramas y leyendas el poeta vale siempre más que la obra. Hasta aquéllas donde ha recibido menos aplausos y que no han logrado hacerse populares, descubren que su punto de vista es bueno, elevada su manera de concebir los asuntos, y su inspiración llena de misteriosa poesía; mas emplea para dar forma visible á sus creaciones medios tan poco adecuados á la genial belleza del fondo, que rara vez dejan de empequeñecerlas y afearlas.» Y más adelante: «Por lo demás, el atavío de la forma no es tan adecua-

---

(1) En el catálogo de la Sociedad de Autores Españoles (1913) figuran las obras *Encontró lo que buscaba* y *El gabán del Rey*, de Zorrilla. Ni impresas ni manuscritas hállanse estas obras en los depósitos de la citada Sociedad, y parece que se han incluido en el catálogo por la simple noticia de los títulos, sin que conste que Zorrilla llegara á escribirlas. Otro tanto ocurre con *Agua pasada*, de Zorrilla y Pacheco.

do y bien pulido, que su natural encanto pueda encubrir los defectos del plan, disimular la indecisión de los caracteres, comunicar jugo y vida á la sequedad y desmayo de los afectos. Ni una centella de poesía capaz de levantar el espíritu, ni un rasgo de pasión de los que arguyen estudio y conocimiento del corazón humano esmaltan este desgraciado poema; y si alguna vez se descubren en él propósitos de avalorar el diálogo con observaciones morales y políticas de trascendencia filosófica, ó no pasan de conatos, ó son de una trivialidad impropia de tan esclarecido ingenio.

No muy satisfecho, pues, del éxito de su obra, Zorrilla siguió sus trabajos para alcanzar la subvención del Gobierno. Hizo en aquellos días, según él dice en una de sus cartas á Delgado, dos viajes á Quintanilla Somuñó. Trajo á su mujer á Madrid y puso casa en el barrio de Salamanca; mas parece que doña Juana cayó enferma de cuidado y los médicos la hicieron volver á Barcelona. Entonces Zorrilla se pasó á una casa de huéspedes de la calle de la Cruz, 14, principal (1).

---

(1) En esta casa de huéspedes fué compañero de Zorrilla el notable periodista D. Manuel Troyano, quien refirió el hecho en *El Imparcial* de 24 enero 1893. En esta casa de huéspedes vivía también D. Luis Pacheco, cuñado de Zorrilla, y esta fué la causa de que en ella se alojara el poeta.

«Tuve la fortuna—dice Troyano—, ó por mi juventud ó por mi sincera admiración, y desde luego por su mucha bondad, de inspirarle simpatías, y la confianza por ellas motivada me permitió enterarme del estado de ánimo del gran poeta y de la penosa labor á que por entonces fiaba su subsistencia y la de su familia, á la cual había dejado lejos de Madrid».

Ocupaba Zorrilla un gabinete de la fachada con dos alcobas; en la una de éstas había establecido su gabinete de trabajo. No había allí otro mueble ni objeto alguno, sino una mesa y una silla. Zorrilla, para no distraer su atención, escribió toda su vida en forma semejante, y de cara á la pared.

«Levantábase agrega Troyano—muy de mañana, y encerrándose en aquella oscura pieza, trazaba sus siempre bellos y sonoros versos á la luz de una bujía... Entre doce y una de la tarde ponía término á su jornada; mas cuando salía al comedor para tomar el almuerzo, era fácil conocer en la expresión de su rostro la dura tensión nerviosa á que su cerebro había estado sometido.

«Por lo general, la huella de la fatiga desaparecía pronto y la tendencia ex-

En su apoyo llamó el poeta á su homónimo D. Manuel Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento. Le visitó, se reconocieron como parientes, y el ministro quiso proteger al poeta. Dábase la feliz circunstancia de ser Director de Instrucción pública D. Juan Valera, á quien Ruiz Zorrilla llamó y encargó de buscar un recurso encaminado á tal fin. No menos que el ministro lo deseaba Valera. «Impulsado por este anhelo - escribe el autor de *Pepita Jiménez* -, tuve una [ocurrencia] que me atrevo á calificar de feliz, aunque me esté mal el decirlo. Expuse mi proyecto á Don Manuel, que le aprobó y me autorizó para llevarle á cabo. Fuí al punto á ver á D. Cristino Martos, ministro de Estado entonces, y sin dificultad conseguí de su munificencia aún más de lo que yo deseaba. La fundación piadosa de Monserrat, que tenemos en Roma y que el ministro de Estado administra, produce una renta de unos cuantos miles de duros. De ellos propuse á D. Cristino que diera á Zorrilla tres mil anuales, pero á D. Cristino le pareció poco y concedió cuatro mil á Zorrilla, con el motivo ó pretexto de que fuese á estudiar á aquellos archivos para poder reivindicar bastantes predios rústicos y urbanos pertenecientes

---

pansiva de aquel espíritu siempre joven se mostraba en una regocijada verbosidad en la que se atropellaban las deliciosas narraciones de episodios de su vida, los recuerdos y las esperanzas. Otras veces esta feliz reacción no se producía, y entonces la conversación del vate, enojado por las contrariedades de la existencia, tomaba tinte sombrío y los sarcasmos contra la poesía y la gloria y la sociedad y el mundo salían de aquellos labios como nube de aceradas flechas.

»Por dicha se hospedaba en la misma casa un distinguido jefe de ingenieros, ayudante de D. Amadeo, y deudo muy cercano de D. Manuel Ruiz Zorrilla, á la sazón presidente del Consejo de Ministros. El distinguido militar y el gran poeta se conocieron y se estimaron, y haciendo indagaciones genealógicas, vinieron á resultar algo parientes. El primero habló del segundo con el jefe del Gobierno, y pocos días después le presentaba en casa de este hombre público. Algunas semanas más tarde, Zorrilla recibía la credencial del destino que fué luego á desempeñar en Italia. Su alegría era la del pájaro que escapaba de la estrecha jaula. Todos lo celebramos como cosa nuestra; porque aquella naturaleza verdaderamente excepcional, siempre dejaba en pos de sí una estela de luz y de cariño.»

á la fundación y de los que se había incautado el Gobierno de Italia» (1).

Antes de esto, sin embargo, Zorrilla recibió la credencial de la gran cruz de Carlos III, acompañada de una carta que decía así:

«*Ministerio de Estado.—Particular.—Sr. D. José Zorrilla.—*Muy señor mío y de todo mi aprecio: si alguna compensación tiene el hombre político que ocupa un elevado puesto de las fatigas y sinsabores que este le proporciona, es la de poder en ocasiones dadas recompensar el verdadero mérito y ser intérprete del sentimiento público otorgando al genio el galardón que de justicia le corresponde.—Tal es la satisfacción que experimento al tener el gusto de remitir á V. la credencial adjunta, con que el Rey ha querido distinguirle como al Príncipe y Decano de nuestros poetas líricos; esperando que aceptará también el testimonio de admiración y aprecio de este su afmo. amigo seguro servidor: que besa su mano.—C. Martos.—8 Marzo 1871» (2).

Zorrilla contestó á esta carta con la siguiente:

«He recibido la credencial de la Gran Cruz de Carlos III con que Su Majestad se digna agraciarme y la carta de V. E. que la acompaña, pero con las frases escesivamente lisonjeras de ésta me pone V. E. en la posición más difícil de mi vida.

»La más noble recompensa del poeta es sin duda la reputación que á sus escritos otorgan los contemporáneos: y cuando los reyes y sus gobiernos se creen en el deber de reconocerla, honrandoles por ella como hoy á mí el Gob<sup>o</sup> de S. M. no puede el más ambicioso ingenio apetecerla mayor.

»Pero el más grande escollo en que puede tropezar la reputación de un poeta es la vanidad de creérsela merecida aceptándola como tal.

»Mis obras, Exclmo. Sor, son muy numerosas, pero son las más incorrectas de las producidas por los poetas de nuestro si-

(1) *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, t. V., pág. 268.

(2) La Real Orden correspondiente se publicó en la *Gaceta* del 10 de marzo.

glo; me complace y me duele hallarme en esta ocasión de declararlo espontáneamente. Deben mis obras su fama á la época innovadora en que las empecé á publicar, á los alardes de religión y de españolismo de que estan salpicadas, á los asuntos populares que tratan, á mi larga ausencia de mi país, á lo novelesca que supone el vulgo mi vida en regiones remotas y más que á todo esto, á la fortuna que á mi ignara osadía acompaña desde mi juventud

»De aquí la perplejidad en que me sume la carta de V. E.

»No puedo, Excmo Sor, ni aceptar ni rehusar la calificación elevada que hace de mis escritos, ni los laudatorios epítetos que me prodiga; porque aceptarlos sería convenir en que los merezco; y rehusarlos, ser descortés é ingrato, esponiendome al riesgo de que se me atribuyese el orgullo de creer que merezca más.

»Acepto, pues, Excmo. Sr., con gratitud personal la noble distinción de que soy objeto, y doy á V. E. las gracias por la generosa largueza con que se me concede, pero protesto en mi conciencia contra la aseveración de que la debo más á mi controvertible mérito, que al favor del Gob.<sup>o</sup> de S. M. y á mi innegable fortuna.

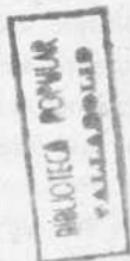
»Soy de V. E. con la más at<sup>a</sup> consideración afmo. Sor que besa su mano.» (1).

Por Real orden de 21 de marzo se encomendó á Zorrilla la misión de examinar los archivos y bibliotecas de Roma, Bolonia y otras poblaciones del reino de Italia, con encargo de determinar las propiedades y derechos de España en las diferentes fundaciones de aquel país y de consignarlo en una detallada memoria. Bien pronto preparó el viaje. Hipotecó su sueldo; prometió pagar á Delgado con sus dramas *Después de la muerte* y *El que se fué á Sevilla*, ó, de no ser así, con las cantidades que pensaba cobrar de otros editores, y dispuso la partida. Días des-

(1) La carta autógrafa de Martos y el borrador de la de Zorrilla, también autógrafa, pertenecen á la señora viuda de Fernández Cubas.

pués, el 25 de abril, salía con su mujer en el vapor *Guadiana*, con dirección á Italia.

Una coincidencia. D. José Heriberto García de Quevedo, el grande amigo y colaborador de Zorrilla, fué víctima por aquellos días de una desgracia que le causó la muerte. Llegó á Versalles, procedente de Ginebra, en los últimos días de la dominación comunista; disponíase á comunicar algunas órdenes de Cassani, encargado de la guardia y custodia del palacio Basilewsky, cuando le hicieron fuego desde una barricada inmediata. De resultas de la herida murió en París el día 6 de junio.



# ÍNDICE

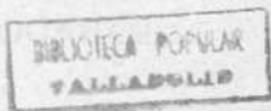


	Págs.
I.—En Francia.—Las primeras impresiones.—Amistades literarias.—El golpe más rudo.—Regreso á España.—En el solar.—Vuelta al trabajo.—Obras dramáticas.—El «Teatro Español.»—Renacimiento del «Liceo»,—Zorrilla y Cañete.—A la Academia.—«Traidor, inconfeso y mártir.»—«Marfa»,—Muere el padre del poeta.....	5
II.—Amarguras.—Una herencia ilusoria.—«El último fuego del hogar.»—Vuelta al yunque.—Novedades literarias.—¡A París!—El huésped Muriel.—«Granada.»—La emperatriz Eugenia.—Graves apuros.—Leila.—¡A Méjico!.....	91
III.—En Méjico.—Las famosas quintillas.—Buenos amigos. Correrías por el campo.—Un abrazo al autor de «Marfa».—«La flor de los recuerdos»,—En Cuba.—Un negocio loco.—Muerte de Cagigas.—Vuelven los apuros.—Segunda parte de «La flor de los recuerdos»,—«Dos Rosas y dos Rosales.»—Regreso á Méjico.—Una retirada.—En San Angel.—La embajada de Pacheco.—Lecturas públicas.—La revolución.—Los amores de la Campirana.—El Emperador Maximiliano.—Un poeta áulico.—El Teatro Nacional.—Regreso á la patria.....	195
V.—Zorrilla, sospechoso.—Agasajos.—En el pueblo natal.—Presentación en Madrid.—El «Cuento de las flores.»—Un viaje triste.—Al solar de Quintanilla.—«Album de un loco»,—«El drama del alma.»—A Barcelona.—Zorrilla y Cataluña.—«Ecos de las Montañas.»—Segundo matrimonio de Zorrilla.—Los apuros del poeta.—Excursiones.—«Entre clérigos y diablos ó el Encapuchado.»—La cruz de Carlos III.—Una comisión en Italia.....	555

# GRABADOS

	Págs.
Vista de Torquemada.....	29
Casa de Zorrilla en Torquemada.....	31
Jardín de la misma.....	33
Zorrilla en el cuadro de Esquivel.....	50
Zorrilla en el <i>Musée des Familles</i> .....	149
Baronesa de Wilson.....	182
Emperador Maximiliano.....	345
Zorrilla en 1866.....	356
Casa de Quintanilla Somuñó.....	410
Grupo de poetas.....	438

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE SEGUNDO TOMO DE  
ZORRILLA: SU VIDA Y SUS OBRAS,  
EN LA IMPRENTA CASTELLANA DE  
VALLADOLID, EL DÍA 10  
DE MAYO DE  
1919











EJEMPLAR : INVENDIBLE : RE-  
PARTIDO : GRATVITAMENTE  
POR : EL : EXCMO. : AYYNTA-  
MIENTO : DE : VALLADOLID

N.º .....

A .....





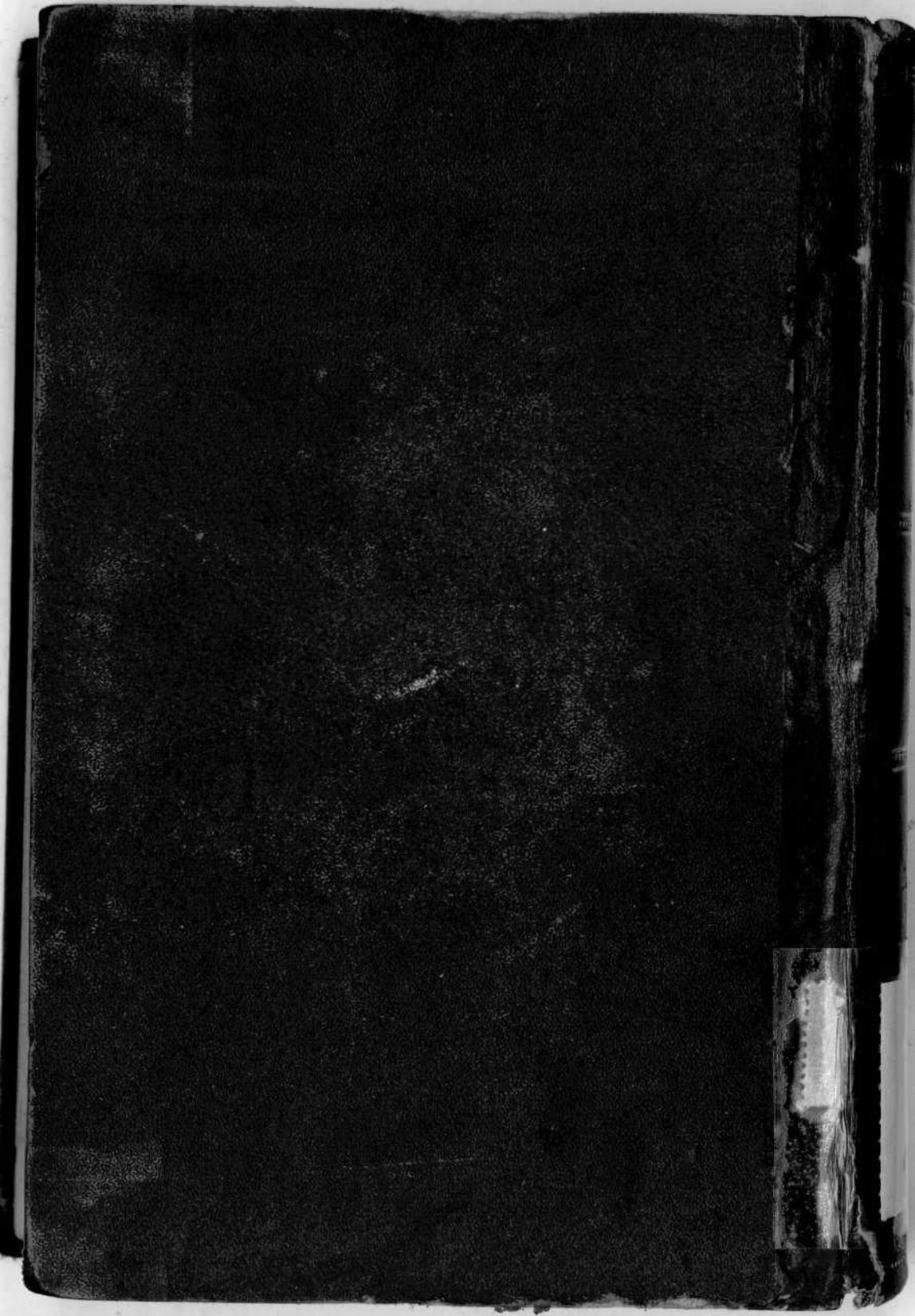
SL 893 (Vol.2)

80646



10000128809

89A



ALONSO GORTI

ALONSO GORTI

ZORRILLA

SU VIDA

A SUS OBRAS

2

SL

393

(V.2)